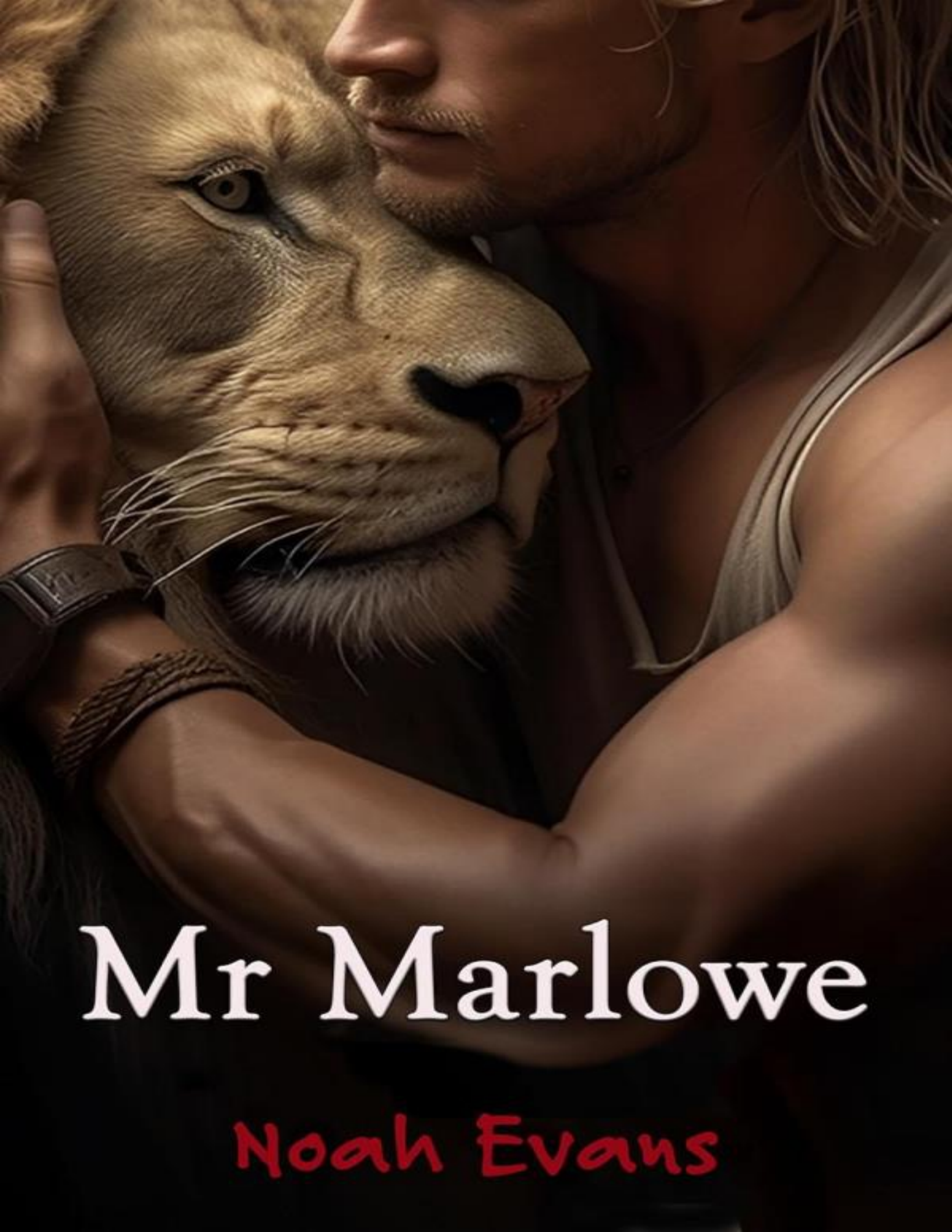


Mr Marlowe

Noah Evans

Índice

Título
Preámbulo 1
Preámbulo 2
Preámbulo 3
Preámbulo 4
Preámbulo 5
Preámbulo 6
1
2
3
4
Chat alternativo
5
6
7
Chat alternativo
8
9
10
11
12
13
14
15
Chat alternativo
16
17
Chat alternativo
18
Chat alternativo
19
20
21
22

23
24
25
26
Chat alternativo
27
28
29
30
31
Chat alternativo
32
33
34
35
Chat Alternativo
36
37
Chat alternativo
38
39
40
41
42
43
Chat Alternativo
44
45
46
47
48
49
50
51
52
Epílogo 1

Epílogo 2
Epílogo 3
Nota de autora

Mr Marlowe

Noah Evans

Preámbulo 1

Mary Kate se alejó lo suficiente del resto de invitados como para que nadie los escuchase. O más bien, para que nadie de su familia lo escuchase a él, aunque sabía bien que tanto sus padres como sus tías conocían el lenguaje corporal de Igory cuando tenía aquellas reacciones.

Por suerte apenas conocían a nadie, era la boda de uno de los amigos de su cuñado Hércules con una de sus amigas del colegio, Dayana King, pero de la que ya hacía años que no sabía nada. Así que los pocos conocidos que tenía, estaban bien vigilados.

—Te dije que aquí no —le dijo.

Igory se giró antes de llegar a la fuente.

—Lo que no sé es qué demonios pintamos aquí —respondió él.

MK cogió aire por la boca y lo echó de golpe.

—Nos han invitado, ¿cómo iba a decir que no? —habló intentando mantener la tranquilidad.

Dirigió una fugaz mirada hacia los invitados, y allí a lo lejos vio una mirada que conocía demasiado bien. La de su tía Natalia. Los ojos azules de su tía solían reparar en todo sin dejar muchas posibilidades de escabullirse.

—Pues diciendo que no. —Igory siguió la línea de la mirada de MK hasta Natalia—. Tengo demasiadas cosas que hacer como para estar perdiendo el tiempo.

MK le puso la mano en el brazo, a ver si así conseguía que se calmase. Aunque ni siquiera sabía bien por qué se había puesto así. Uno de los invitados había derramado parte de su copa en el suelo y le salpicó un zapato, no había pasado nada más. Pero a Igory parecía molestarle hasta el aire que se respiraba allí.

—Es un compromiso familiar, solo hay que estar un rato y nos iremos.

—¿Un compromiso familiar? Ahora estar en todo lo que organicen esos seis… ¿cómo se hacen llamar? —Hizo una mueca despectiva—. Misters, aunque de Misters tengan menos que yo, ¿es un compromiso familiar? Porque hasta lo que yo sé, tú solo eres una Lyon, sin embargo tu familia ahora parece más bien el circo que regenta tu tía. Cabe todo lo estrafalario que pase por ahí. Y me pierdo, la verdad.

MK alzó las cejas, era una suerte que Vicky no lo hubiese oído. Y daba igual que no lo hubiese oído, el hecho de que hablase con aquel desprecio de algo que amaba, una de sus personas favoritas del mundo, hizo que le ardiese el pecho.

—Entiendo que Hércules sea de la familia. Pero esos cinco, ¿quién leches son para que yo tenga que estar aquí hoy?

Explicárselo era perder el tiempo. Solo quería que dejase de alzar la voz y al parecer lo

estaba consiguiendo. No sabía hasta qué punto su padre permanecería al margen como le prometió. A eso se le sumaba que estaba allí su tía Vicky, que tenía la lengua algo más incontrolable que su padre. Ellos sabían que Igory había vuelto a gritarle en medio de todo el mundo aunque ni siquiera estuviesen cerca. Lo vieron reflejado en su propio rostro, y en el de los invitados más cercanos. El detonante, quizás el derrame de aquella copa que ni siquiera llevaba ella. O quizás había sido una escueta conversación con alguien del mismo gremio audiovisual de un señor ya jubilado que conocía el trabajo de los Ramson y no los había alabado. Se inclinaba más por esa opción, un momento justo antes del derrame. Igory miró hacia los invitados. Luego la miró a ella.

—No te das cuenta, ¿no? —le preguntó a MK—. Te molesta mi actitud, pero te parece bien que tus tías no dejen de reírse en cada reunión y que encima las aplaudan esos cinco payasos que ahora, no sé por qué, parecen de tu familia de toda la vida.

MK negó con la cabeza sin entender.

—¿Qué tiene que ver eso con que me grites en medio de todo el mundo? —preguntó ella y en cuanto lo hizo supo que las consecuencias serían otra reacción soberbia por parte de él.

—Ese es el problema. —Regresó la voz altiva e intensa—. Que en cuanto estás con gente te molesto. —Lanzó la copa hacia una de las papeleras, no la encestó, el cristal chocó contra el filo y se partió—. Y si esa gente además son los Lyon, las amigas de tu madrastra y ese circo que se tienen montado últimamente con esos tíos, te molesto aún más. —Se apartó de ella.

—Vale, nos vamos —se apresuró a decir ella. Así lo único que Igory conseguiría sería que su padre rompiese al fin. Y quería evitarlo a toda costa. La gente cercana se percató de la acción de Igory. El bochorno la inundó.

—¡No! —Igory se giró para ponerse de cara a ella un instante—. ¿No es un compromiso familiar? —le dijo—. ¿No está aquí toda tu familia? Pues aquí te quedas.

—¿Qué? —Le brillaron los ojos, el bochorno iba a más.

—Que me voy. No soporto estas fiestas que organizan los tuyos, ni soporto a tus tías, ni te soporto a ti cuando ellas están cerca.

MK dio unos pasos siguiendo los de Igory.

—¿Primero me gritas y ahora te vas y me dejas sola?

—Por supuesto. Te he dicho que tengo demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo en tus… compromisos familiares.

MK se detuvo.

—¿En perder el tiempo conmigo? —preguntó, aunque Igory estaba ya a unos metros.

—Yo sé muy bien lo que hacer con mi tiempo. —Se detuvo para mirar atrás—. ¿Sabes tú qué hacer con el tuyo? Porque parece que no tienes claras tus prioridades. Tienes esta noche para recapacitar —añadió y ladeó la cabeza con soberbia—. Y mañana me cuentas.

Aquello de «mañana» no lo entendía bien, ya que vivían juntos.

—¿Me estás diciendo que no puedo volver a casa hasta mañana?

Igory alzó las cejas y torció los labios en una mueca mientras miraba de nuevo hacia los invitados.

—Está ahí tu familia, ¿no? No creo que ninguno te deje dormir en la calle —respondió y se giró de nuevo para irse.

No me lo puedo creer.

Lo siguió con la mirada mientras Igory avanzaba a través del césped hacia una de las salidas. Su cuerpo estaba inmóvil, no quería mirar atrás para comprobar si su padre o alguien de los suyos lo había visto. Seguramente sí, tampoco importaba mucho. Los suyos no solían preguntar nada. Como ella les pidió, lo dejaban pasar. Al igual que ella misma lo dejaba pasar. Demasiadas veces. Y cada una de ellas dolía, al principio tan solo dolía en el momento y luego pasaba. Pero el dolor cada vez perduraba más y ya no lograba recuperarse de una cuando empezaba la siguiente, formando un malestar permanente al que hasta se había acostumbrado.

Se había acostumbrado en el edificio de los Ramson, donde trabajaba. Donde a nadie le sorprendía ya la forma en la que Igory Ramson la trataba, y donde ella había pasado a ser una sombra traslúcida que vagaba alrededor de los directivos de la productora. Desde que se mudó a casa de Igory, la sombra se extendía sin parar a cada minuto de su vida. Una puerta cerrada, gritos. Y las consecuencias. Vacío. Como en el que acababa de dejarla.

Y ya después de varios eventos y compromisos profesionales y familiares, de un lado o del otro, la sombra seguía esparciéndose. Aquellas reacciones con ella sin más razón que la de respirar cerca, ya no eran nada nuevo. Se acostumbró a la vergüenza y al bochorno, en privado y en público, estuviesen donde estuviesen.

Aquella noche no iba a ser diferente. Albergó la esperanza de que no pasara, pero pasó. Como pasaba siempre, de un segundo a otro.

Las consecuencias fueron aún mayores que las de otras veces. Tampoco sabía la razón.

—¿MK? —Cerró los ojos al oír la voz de su padre a su espalda, y tragó saliva intentando contener las lágrimas.

—Papá —pudo responder. Admiraba el temple que podía tener Christopher Lyon, no había faltado a su promesa ni una sola vez. Ni una.

Bajó la barbilla, era difícil contener las lágrimas.

—¿Puedo quedarme en casa esta noche? —dijo con rapidez para que no se le notase que estaba a punto de romper a llorar y contuvo la respiración, en un intento de guardarlo dentro y que no escapase.

Sintió la mano de su padre sobre su hombro izquierdo.

—¿Me estás preguntando que si puedes pasar la noche en la casa Lyon? —respondió el

hombre—. ¿Cuál es tu nombre?

Aún con los ojos a punto de rebosarle, sonrió levemente.

—Mary Kate Lyon —lo dijo casi en un susurro.

—Creo que no necesitas mi permiso —añadió él y la sonrisa de ella se amplió.

Mary Kate volvió a tragar saliva mientras sentía cómo un dedo de su padre rozaba la piel en la parte posterior de su hombro. Donde tenía el tatuaje del unicornio, al igual que su hermana Michelle. Salvo que ella lo tenía tapado con tres capas de maquillaje especial para tatuajes.

—¿Ya no te gusta? —Christopher seguía frotando con el dedo, quizás en un intento de quitar el maquillaje, solo conseguiría esparcirlo y que el tatuaje pareciese un borrón. Pero a aquellas alturas de la noche le daba igual, más arruinado estaría el maquillaje de su cara.

—Es la costumbre.

—Ya. —Él no cesaba en su empeño.

—Igory y los Ramson dicen que en los eventos no es… —La joven bajó la barbilla sin terminar la frase.

Notó que su padre separaba la mano de su hombro y ella se giró levemente para mirar qué estaba haciendo.

—¿Lo dicen ellos? —habló con ironía mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo y lo sacudía en el aire.

MK enseguida se giró para que le alcanzase el hombro de nuevo. El señor Lyon pasó el pañuelo por él, con tanta fuerza que hasta le raspó levemente y se encogió.

—Va a ser muy difícil quitarlo así, papá —dijo ella.

—Para mí sí, pero seguro que tu madre y tus tías tienen algo para quitarlo —respondió y MK volvió a sonreír, a pesar de no tener ganas absolutas de hacerlo.

Sintió cómo le retiraba el pañuelo del hombro.

—No es necesario, creo que me iré ya a casa —dijo ella y se hizo el silencio un instante.

Quedarse allí en aquel estado y aparentar que no pasaba nada era tremendamente difícil.

Oyó la respiración del hombre, había aspirado con cierta intensidad.

—En diez minutos te recogerán en la puerta. —Lo oyó decir con la misma tranquilidad de siempre. Sin insistir, sin intentar convencerla, sin preguntas y sin presionarla para que hablase nada más.

Lo de la garganta aumentó de manera considerable. Y se sentía culpable, culpable por hacer pasar a su padre por todo aquello.

—No esperes aquí, vas a coger frío. Ve a por tu abrigo —le dijo, notaba cómo él se retiraba.

MK se llevó la mano a la nariz y se sorbió levemente.

—Papá —lo llamó antes de que se alejase más.

Se dio media vuelta para mirarlo y lo de sus ojos aumentó. Ser consciente de que cuando ella

tomaba sus decisiones no era la única que sufría las consecuencias, hizo que todo lo que tenía por dentro se multiplicase.

Y su padre no merecía sufrir por ella.

Abrió los brazos y se lanzó hacia él, dejando caer la mejilla en su pecho. Sintió cómo los brazos del jefe de los Lyon la envolvían.

Lo apretó con fuerza conteniendo el llanto, no podía romper delante de él. No quería hacerlo pasar por eso.

Volvió a apretarlo y se dejó envolver por completo. Estaba segura de que él era la persona que más la quería en el mundo, y eso que Michelle, Claudia y la tía Georgina tenían puesto el listón muy alto. Pero lo que le transmitía su padre era diferente, y aunque ya tuviese una edad, aunque ya no fuese una niña que buscase refugio y protección, le gustaba la sensación de que el jefe de los Lyon la envolviese de aquella manera. Recordaba que años atrás podría estar así durante tardes de lluvia en el sofá frente a cualquier película que decidiesen ver. Recordaba que aquel lugar nunca fue fácil de conseguir, siempre tuvo que empujar y hacerse hueco contra Michelle, y algo más tarde contra cuatro energúmenos, pero llegó la pequeña Ella y la competición más ardua de los Lyon era por achucharla a ella.

Cerró los ojos. Hubiese vuelto a la infancia sin pensarlo, donde las tormentas no llegaban a alcanzarla, donde los truenos y los rayos no podían traspasar el paraguas de Christopher Lyon, y bajo él estaba ella.

Se apartó de su padre comprobando con rapidez que no le hubiese manchado la camisa con algún churrete de la pintura de ojos. Mejor que ella misma no se mirase en ningún espejo.

—Mañana te veo. —Se acercó para besarlo en la mejilla y al retirarse vio que su padre miraba sus ojos, buscando las muestras de todo lo que estaba conteniendo.

Él no dijo nada, solo asintió.

La joven le dio una palmada en el hombro antes de alejarse de él y miró el recorrido que tendría que hacer para recoger el abrigo, comprobando que no había más opción que pasar entre la gente. Dejó atrás a su padre y se apresuró hacia el edificio. Antes de entrar, miró atrás. Él ya no estaba en el jardín, habría vuelto con su madre.

Ladeó la cabeza mientras lo buscaba entre la gente, pero no pudo encontrarlo.

Cruzó un pasillo donde estaban los baños y se detuvo en ellos. Había cola, sabía que más adentro se encontraban otros baños, supuso que estarían menos concurridos. Atravesó un salón interior con más invitados y llegó hasta otro pasillo.

Solo había una señora de mediana edad frente a los lavabos, quizás esperaba a alguien que había entrado en algún baño.

Abrió una de las puertas de manera aleatoria y entró. Sacó el móvil del bolso y miró la pantalla. Más allá de las fotos que los Lyon menores habían enviado al grupo de la familia

quejándose unos de lo que habían liado otros, no había más. Hasta el chat de las hadas madrinas estaba en silencio. Como en cada reunión de unicornios, únicos momentos en los que si escribía, nadie contestaba.

Ladeó la cabeza. No era que esperase un mensaje de Igory, ya había perdido la esperanza de que él en alguno de aquellos momentos le escribiese entendiendo, reconociendo y pidiendo una disculpa. Nunca la había.

Se dejó caer en la puerta y volvió a respirar mientras los ojos se le llenaban de lágrimas de nuevo.

Una noche para pensar.

¿Pensar en hacer las maletas y regresar a la casa Lyon?

Tenía la suerte y el privilegio de contar con una familia completamente perfecta. Una familia que en sus mayores anhelos le hubiese gustado replicar, en otro lugar y por ella misma. Y tuvo la ilusión de haber encontrado el camino junto a Igory.

Negó levemente con la cabeza.

Se limpió los ojos con papel que cortó del rollo y lo tiró a la papelera. Cogió aire y salió del baño. No había cola en el guardarropa, nadie se iba tan temprano, acababa de comenzar la fiesta.

Le dieron su abrigo, que estaba junto al de su madre. Su padre la excusaría con todos, aunque muchos ya supondrían las razones. Los ojos de su tía Natalia hablaban por sí solos.

Se puso el abrigo y se dirigió hacia una puerta trasera donde no había tantos invitados, solo empleados y reponedores.

Y desde allí accedió al jardín. Aquella zona estaba mucho menos iluminada que la frontal, justo lo que quería. Que nadie pudiese verla a la luz.

Esa vez sí notó el aire de la noche fresco en las mejillas, no sabía por qué el escozor que provocaban las lágrimas en la piel era inmediato, aunque ya las hubiese limpiado.

Se apresuró hacia la salida rodeando el edificio, allí había un coche largo y negro, quizás sería el de los Lyon.

Se envolvió bien en el abrigo y miró un instante hacia los focos del otro lado, donde se escuchaba el bullicio y la música.

Y dos siluetas frente a los focos, cortando la luz cerca de la fuente, la hicieron detenerse apenas a unos metros de la salida.

Entornó los ojos, tan solo podía ver las formas oscuras, así que dio unos pasos más intentando que la distinta perspectiva del foco, no tan de frente, le dejase ver algo más.

Volvió a detenerse mientras una ráfaga de aire hizo que se sostuviese el cuello de pelo del abrigo hasta la barbilla.

No había errado reconociendo a su padre y ladeó la cabeza al verlo ante aquella figura enorme que a tanta distancia parecía un coloso, a pesar de que su padre midiera metro ochenta y

siete.

Era uno de los Misters, un Mister con el que había coincidido muy poco, quizás al que menos había visto de todos. Dio unos pasos más sin dejar de mirarlos, recordando el escueto trayecto junto a él por la alfombra hasta el altar de Michelle. Recordaba que vio la tela de la chaqueta tan tirante en su brazo que pensó que no llegaría hasta las escaleras sin rasgarse.

La luz volvía a oscurecer sus siluetas, pero aun así, entre destellos de fondo, pudo ver cómo su padre adelantaba una mano. Y el coloso bajó la barbilla en una leve inclinación de cabeza, gesto que la hizo volver a entornar los ojos atenta.

Marlowe cogió la mano de su padre y las siluetas quedaron inmóviles un instante. Otra ráfaga de viento hizo que revolotease su abrigo y se abrió paso bajo la tela hasta su piel. Encogió los hombros mientras se le erizaba el vello.

Dio un paso atrás sin dejar de mirarlos hasta que se soltaron las manos. No sabía qué tipo de cercanía podía tener su padre con aquel hombre, lo había visto hablando muchas veces con Blake, con Stoker, con Byron, con todos los que solían estar en Londres. Pero nunca había visto a su padre con aquel Mister en concreto. De hecho, por lo poco que lo había podido observar, Laurence Marlowe no parecía relacionarse con nadie que estuviese fuera de aquel círculo pequeño de amigos. Distante y un tanto silencioso, con aquella estatura y anchura que hacían que hasta acercarse a él no fuese una opción.

La ráfaga movió el pelo de Marlowe y unos mechones distorsionaron la silueta del perfil de su cara, él no tardó en devolverlo a su sitio, aunque quizás su sitio no estaba en ninguna parte. No era el Mister más sofisticado, desde luego.

Siguió dando pasos atrás hasta que atravesó la verja. Ellos seguían allí, sin moverse. Y MK volvió a detenerse.

Apartado, solitario, salvaje y acostumbrado a estar entre leones, con una voz que podía hacer temblar los barrotes que sostenían los focos, y con una mirada repleta de seguridad que hacía que quisiese apartarse de su paso de inmediato. Sumado a un físico a otro nivel.

Demasiados atributos que se podían ver y percibir de una sola vez para que en su cabeza él hubiese perdido la consideración de un hombre con el que se pudiese hablar o darle la mano. Inaccesible para los humanos. Inalcanzable quizás para ninguna mujer.

Mr Marlowe.

Frente al rey de los Lyon.

—¿Miss Lyon? —Era el chófer de la familia.

Se dio media vuelta, la puerta del coche ya estaba abierta. Avanzó unos pasos y subió el pie para meterse. Sujetó la puerta y volvió a mirarlos. Según decía Hércules, la habilidad de Marlowe con los leones rozaba lo sobrenatural.

Un coche tocó el claxon desde atrás. El coche Lyon estorbaba en la puerta y no dejaba pasar

a los demás.

Mary Kate entró en el coche con rapidez y el chófer le cerró la puerta.

Preámbulo 2

—No quiero que te precipites. —La voz de su padre solía hacer eco en el despacho y parecía retumbar en los cristales aunque no la hubiese alzado un ápice.

MK bajó la barbilla para mirar la mesa y sobre ella estaba el montón de folios del contrato. A solo unos centímetros de los papeles, la pluma oscura con el apellido Lyon grabado en polvo de oro.

—Quiero que lo pienses bien, no hay prisa —añadió su padre.

Para ella sí la había. Acababan de explicárselo y le habían puesto el contrato por delante. Un proyecto en solitario, sin los Ramson, sin Igory. Un proyecto que por ella misma nunca hubiese iniciado, que ni siquiera estaba en la línea de lo que quería producir.

Sudáfrica, la reserva de la que se encargaba Mr Marlowe. Y un proyecto audiovisual entre la productora, que no sabía cuándo había abierto su madre junto a sus tías, y la colaboración de la fundación Misters.

Una idea más loca imposible.

—No quiero que firmes eso sin que estés segura.

¿Segura?

No estaba segura de nada. Aquella mañana había enviado a los empleados a por sus cosas a la casa de Igory, lo que significaba que volver a la productora en dos días iba a ser una pesadilla, cuando la mayoría de directivos eran los padres y hermanos de Igory. Y él mismo.

Claro que no estaba segura de querer echar a andar aquel proyecto. Pero de lo que sí estaba segura era de que no quería nada de las posibilidades que la rodeaban.

Contuvo la respiración. No entendía absolutamente nada de animales, más allá de los perros y gatos que habían pasado por la casa Lyon, desde Clock habían sido muchos. Y lo más salvaje con lo que había convivido eran sus hermanos menores.

Alejarse de todo lo que conocía, apartarse en un lugar perdido durante meses para preparar aquel proyecto…

—Mary Kate, no lo tienes que hacer ahora. Puedes hacerlo en una semana, un mes, un año o nunca —continuó su padre.

Y se hizo el silencio absoluto. Su madre no había abierto la boca desde que le explicó el proyecto y el contrato que había redactado Blake. Tampoco lo hizo su tía Georgina, estaba a un lado de la mesa inmóvil, casi con la respiración contenida. Y no sabía por qué, con los ojos brillantes.

La joven dirigió la mirada hacia la pluma y vio a su padre moverse, como si él quisiese

apartarla y que no pudiese cogerla, aunque MK ni siquiera había hecho el amago de agarrarla. Quizás sus intenciones eran demasiado previsibles.

Quedarse o marcharse.

Había optado por un cambio, por eso mandó a recoger sus cosas, con todas las consecuencias. Pero no esperaba que el cambio fuese tan drástico.

Ningún sitio puede ser peor que el que tengo.

Iniciar por ella misma. Ponerse al límite. Ponerse a prueba. Al fin. Sola.

Cerró los ojos un instante.

La imagen de la otra noche, los focos, las siluetas oscuras de su padre y Marlowe llegaron a su cabeza. Ahora que entendía lo que significaba aquella imagen, el recuerdo le erizó el vello lumbares arriba.

Abrió los ojos y soltó el aire. Cogió la pluma, le quitó el tapón y la acercó al papel.

—No quiero que lo hagas en ese estado. No así —le dijo su padre.

—¿Así cómo?

—Enfadada y dolida. Sin meditarlo.

Acabó la firma y dirigió los ojos hacia su tía Georgina. El brillo de su mirada había aumentado. Luego los dirigió hacia su padre.

La joven no dijo nada, solo lo miró un instante, antes de cruzar el despacho y salir de allí. Cerró la puerta.

Comenzarían las consecuencias. Todas. De una decisión y otra.

Preámbulo 3

Mary Kate llegó a la planta de los Ramson y se apresuró a cerrar la puerta de su despacho, sin soltar el abrigo ni el bolso, comprobando que estaba bajada la persianilla del cristal. Cogió aire por la boca y lo echó de golpe.

Como cada vez que ella peleaba con Igory en lo personal, automáticamente se trasladaba el mal ambiente a la productora. Eran las consecuencias de que parte de la directiva, una parte abundante y de peso, fueran los Ramson; los padres de Igory, él mismo y sus hermanos. Y el resto de empleados de aquella planta eran la mayoría sus satélites, con mayor o menor afinidad a ellos.

Y todos parecían ponerse de acuerdo en considerarla un elemento a evitar en la productora. Y era justo en ese instante, cuando el malestar se trasladaba al resto de su mundo, cuando solía desear con todas sus fuerzas que todo volviese a ser como antes.

Cogió aire despacio por la nariz. Esa vez no volvería a ser como antes. Había dado un paso más, uno que no había dado nunca. Y no era solo el haber cogido parte de sus cosas y haber vuelto a la casa Lyon apenas dos días atrás, el día después de la boda de Mr Blake. Sino una propuesta, un proyecto, bien alejado de lo que había hecho hasta el momento, pero por primera vez iba a iniciar algo fuera de los Ramson y de la productora. Sola.

La firma fue apresurada, ni siquiera lo meditó. Casi ni había leído las numerosas páginas a pesar de que su padre insistía en que lo hiciese. Y tampoco sabía por qué le brillaban los ojos a tía Georgina cuando la vio rasgar el papel con la pluma.

Fue un arrebato, una necesidad de sacar un pie de aquel trasto relleno de cemento que no la dejaba dar un paso sin llenarse de dudas y miedos.

Llevaba años aprendiendo a la sombra de los Ramson, nunca pensó en un proyecto en solitario, ellos nunca pensaron dejarla en un proyecto en solitario, nunca la considerarían preparada. Su sitio profesional junto a ellos estaría en la sombra, sin ideas, sin opciones, simplemente vacía.

Y aquella sensación transparente sobresalía de su vida profesional y continuaba extendiéndose por el resto de su vida junto a Igory.

Se quitó el abrigo, sabía bien que en el momento en el que ella quisiese distanciarse de él, toda la productora se distanciaría de ella. Pero tenía un contrato que aún duraría dos años más. Dos años menos dos meses, justo el tiempo que hacía que firmó el último con los Ramson. En aquel momento de la renovación, ella acababa de discutir con Igory, aquellas discusiones periódicas que venían de algún lugar difícil de ubicar y darle sentido. Pero firmó porque

mantenía la esperanza de que todo mejoraría. Que él mejoraría su actitud.

La realidad era que nada mejoraba, solo pasaba el tiempo.

Oyó cómo llamaban a la puerta, quien fuese ni siquiera esperó a que le diese permiso para entrar. Así que ya supuso quién era.

Basilia Ramson, la madre de Igory, y hasta hacía dos días atrás, su suegra.

Basilia tenía el pelo oscuro con un corte recto a la altura de la clavícula, una mujer madura y bien conservada de estética y peso, alta como todos los de la familia y elegante. Inteligente y con la frescura que da la seguridad de llevar años en la profesión, con el legado cumplido de hacer que sus hijos continuasen con lo que ella y su marido Dick habían iniciado en la productora.

—Mary Kate —le dijo sin ninguna cordialidad, con la tirantez con la que la trataba cada vez que ella y su hijo tenían desavenencias—, no hace falta ni que te excuses, porque no me importan las razones por las que hiciste las maletas el otro día. Pero ¿has esperado justo el momento oportuno? ¿Ha tenido que ser ahora?

Sabía que se lo echarían en cara. Cada vez que ella no agachaba la cabeza le reprochaban que había elegido el momento justo para que su hijo errase en un proyecto importante. Tanto que ya dudaba si el propio Igory la usaba de excusa cuando no estaba a la altura.

—Sabes lo importante que es esta semana para Igory, y la presión por la que está pasando.

—El momento es el que ha querido Igory, no yo.

Basilia alzó las cejas a pesar de la tirantez de su frente.

—Mi hijo no quiere esta situación.

—Yo tampoco.

Basilia volvió a hacer el mismo movimiento de cejas.

—Entonces, ¿por qué has hecho las maletas y te has ido de su casa? —replicó la mujer.

MK notó cómo le ardía la garganta, contuvo la respiración un instante, intentando contrarrestar la humedad de los ojos.

—Porque no aguanto más lo que hace —respondió bajando la cabeza. Lo de la garganta aumentaba.

Los tacones de Basilia sonaron en el suelo, se acercaba a ella.

—¿Lo que hace? —repitió la mujer—. No ha hecho más que ayudarte desde que te conoció. Y aquí estás, en un despacho en la planta principal de una gran productora. Pero tú quieres más.

—No se trata de lo que quiero aquí. —Alzó los ojos para mirar a Basilia—. Se trata de lo que quiero fuera de aquí.

La mujer negó con la cabeza.

—Aparentemente tan perfecta. —Basilia dio un paso atrás para alejarse de ella—. Pero estas son las consecuencias de una crianza en las nubes.

Contener la respiración ya no servía, la humedad de sus ojos aumentaba.

—Mimada y consentida, sin límites. —Negó de nuevo con la cabeza—. Mi hijo te ha dado la oportunidad de tu vida, aquí y fuera de aquí. Y así se lo agradeces. Dejándolo. ¿Eres de las que piensas que lo mereces todo solo por existir?

Basilia no esperó, agarró la puerta y salió del despacho. Se detuvo y miró un instante a MK.

—Esa gargantilla —le dijo la mujer bajando los ojos para mirarla—, hace unos días fui con él a comprarla —añadió—. Eso demuestra que él no quería esta situación. Quizás sea lo mejor y encuentre a otra mujer que sepa apreciar lo que tiene.

Basilia cerró la puerta con firmeza.

MK notó el brillo en los ojos, había sido dura, como siempre. Y eso que aún los Ramson no sabían nada del nuevo proyecto, sin embargo, a aquellas horas, Alan Blake ya habría enviado el contrato a la directiva.

Miró la hora, Blake no tardaría mucho en llegar. Algo de agradecer, Stoker lo esperaba aquella tarde para llevarlo al primer destino de su viaje de bodas. No sabía si merecía tanta consideración por parte de Blake, Stoker y el resto de Misters. Cuando ella siempre se mantuvo distante con aquella parte de la nueva familia, aquella que había unido Michelle, su gemela. Pero hasta el apoyo de aquella gente que apenas conocía, le estaba sirviendo de ayuda en las consecuencias de esa decisión.

No estar sola aquella mañana significaba mucho. No quería estar sola. Porque si ya todos los Ramson iban a por ella sin miramientos cuando ella se distanciaba de Igory, en esa ocasión las consecuencias serían tremendas.

Era difícil, tenso, y doloroso. Porque ella había puesto muchas ilusiones dentro y fuera de aquella productora. Ahora todo eso se había desmoronado de una vez. Ninguno de sus esfuerzos había sido suficiente. Por más que lo intentó.

Se llevó la mano a la cara mientras las lágrimas aumentaban. Y ni siquiera tenía la seguridad de haber hecho lo correcto.

Cogió su móvil, no había encontrado información de la reserva sudafricana objeto del proyecto, su misión era exactamente esa, hacer un trabajo que, precisamente, la diese a conocer. Aunque Marlowe ya había dejado claro que en ningún momento podrían dar datos de su ubicación.

Un proyecto en solitario, al fin, donde nadie podría vetar sus ideas, ridiculizarlas y llevarlas al traste. Ni siquiera la persona con la que había compartido su vida desde un tiempo atrás y con la que no tenía fuerzas, ni ganas ni ilusión por continuar.

Había firmado el contrato con los Misters y con una productora nueva y adjunta a ellos, con un símbolo que conocía bien y que solía llevar tatuado en la parte posterior del hombro, como su gemela.

Huir a cualquier parte. Lejos de todo.

Dejó el móvil en la mesa y apoyó las manos en ella para encorvarse ligeramente, coger aire y dejar pasar el llanto.

Parecía todo perfecto cuando conoció a Igory, un productor y director audiovisual con una brillante carrera por delante, alguien con quien compartía vocación y proyectos. Pero todo pareció desvanecerse al tiempo, cuando se dio cuenta de que Igory solo podría tener una relación con él mismo. Y que todo lo demás era accesorio. Incluso ella. Y nada de lo accesorio merecía consideración, ni respeto ni atención ni absolutamente nada.

Bajó aún más la barbilla recordando la persona que ocupaba su lugar junto a Igory antes que ella. Recordaba ver el vacío de los ojos de aquella chica de la productora llamada Eleine, una sombra, un zombi por los pasillos de aquella planta con demasiada poca voz y demasiado miedo a los Ramson. Una chica que Igory no dudó en eliminar del tablero y poco después buscarla a ella con intenciones más allá de los proyectos profesionales.

Al principio toda la familia del productor parecía estar encantada con el cambio que había hecho Igory. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y comenzaban sus problemas por aquel carácter extraño de Igory, tampoco estaban contentos con ella.

Que me educaron consentida y sin límites.

Una clara ofensa hacia ella que se extendía a su familia y no sabía hasta qué punto su padre se mantendría al margen. Las lágrimas al pensar en él aumentaron.

Se llevó la mano a la parte posterior del hombro izquierdo. Allí, grabado en tinta en la piel, estaban todos a los que ella quería, reducidos a un único dibujo, un símbolo que ya no sabía muy bien lo que significaba. Giró la cabeza para alcanzar a vérselo, no hacía calor para llevar un vestido sin mangas, pero necesitaba que estuviera visible. Quizás porque dentro de todo aquel bucle negro en el que Igory y los Ramson la habían sumido, necesitaba el apoyo de los que la querían. Y aquel tatuaje que ellos insistían en que ocultase en los eventos de la productora con maquillaje, lo necesitaba más que nunca.

Cogió aire por la boca y formó con sus labios un círculo para expulsarlo. Estaba tan nerviosa que hasta sentía la ligereza en las piernas. Basilia no había hecho más que aumentar todo aquello en su cuerpo.

Se sobresaltó al escuchar un sonido tenue en su móvil y bajó los ojos para mirar a la pantalla.

Marlowe.

No esperaba que le respondiese tan pronto. Apenas le había escrito antes de subir al ascensor y Hércules le decía que tuviese paciencia porque no solía tener cobertura hasta que no se acercase a alguna de las antenas. Y eso podía pasar en horas, o nunca.

Entre que apenas había cruzado palabra con él las pocas veces que lo había visto, que no serían más de dos o tres, y la consideración lejana y difusa en la que lo tenía, hasta le resultaba extraño que fuese él quien estaba al otro lado del teléfono.

El mensaje que MK le había enviado era básico y escueto, sin muchas formalidades y con muchas menos cordialidades. Saludarlo, decirle que se hacía cargo del proyecto y preguntarle si allí tenía algún tipo de almacén.

Más escueto, menos cordial y con ausencia de formalidades fue el mensaje de Marlowe.

«Trastero o almacén. Depende de lo que consideres trastero o almacén y de lo que pretendas guardar».

MK alzó las cejas y se mordió el labio.

Creo que todavía no soy consciente de dónde voy a meterme.

«Para guardar algunas cosas de trabajo y los enseres personales que no me quepan en el dormitorio».

Le dio a enviar sin soltar aún el labio. La respuesta de Marlowe llegó inmediata.

«Algunas cosas de trabajo y lo que no te quepa en el dormitorio puede ser una sola maleta o media casa Lyon. ¿Puedes decirme qué quieres guardar?».

Hasta se sobresaltó al leerlo.

Con lo sofisticados que son los Misters, y me parece que me ha tocado un… medieval de cuidado.

Se detuvo a pensar la respuesta, aún no había meditado su equipaje. Tendría que hacer un tanteo del clima y de las cámaras y objetivos que necesitaría para hacer las pruebas de un posible rodaje.

Sacudió levemente la cabeza, no estaba para pensar.

«Un par de maletas, quizás tres».

O cinco.

«Ok».

MK ladeó la cabeza leyendo de nuevo aquella respuesta de tan solo dos letras.

*¿*OK *significa que sí hay almacén? ¿U* ok *significa que le parecen bien dos o tres maletas?*

Cogió aire por la boca y lo echó de golpe.

«Y quería preguntarte otra cosa. Me han dicho que estos primeros meses estaré en tu casa. ¿Tengo que llevar sábanas y toallas o tienes allí? No quiero ser una molestia en ningún momento. No me importa llevar lo que haga falta».

Marlowe escribía de nuevo. Al menos no la tenía un rato esperando. Aunque en vista a la mañana que llevaba, casi que prefería hablar con él en otro momento.

«Es mejor que las traigas, sí».

MK volvió a escribir.

«¿Cuál es la medida de la cama?».

«Ni idea, pregúntale a Hércules».

Madre mía.

Se sobresaltó con un chirrido. Alzó la mirada hacia la puerta, había escuchado el pomo al otro lado, Igory ni siquiera se había molestado en llamar.

Dirigió sus ojos directamente a ella, buscando resquicios del estado en el que se pudiese encontrar. Mary Kate sabía que a él siempre le daba igual el estado en que la encontrase, no le importaban en absoluto sus lágrimas y su sufrimiento en ninguna circunstancia, menos aún en aquellas concretas. Pero el rato escueto en el que se había concentrado en su conversación con Marlowe había hecho que aquel peso en los ojos y la tirantez de la garganta, y hasta el malestar en el pecho y el estómago que le había intensificado Basilia, se quedasen en un segundo plano.

No había sido consciente de ello hasta que encontró de frente los ojos de Igory, y que el hecho de no encontrarla como otras veces, deseando romper a llorar, pareció al fin hacerle reaccionar de algún modo.

Había sido una sorpresa para él, no estaba acostumbrado, le había cogido desprevenido. Y no le gustaba.

—No sé por qué voy a perder el tiempo hablando contigo —dijo Igory y enseguida cogió aire —. Pero espero que estés contenta con la que estás liando.

La joven no respondió, hacerlo significaba que él alzase la voz y temblasen los cristales. Temblarían un poco más tarde, en cuanto le dijesen que se iba a un proyecto en solitario.

—Presentarte aquí, ¿para humillarme? ¿En mi propia empresa? —Como siempre, estaba ofendido cuando ella reaccionaba a su trato. O es que lo hacía tan poco que ni siquiera estaba acostumbrado.

La joven sintió cómo su cuerpo se sobresaltaba levemente. ¿Ya sabría que se iba? Por un momento le pareció que sí.

—Al menos podrías haber esperado unos días —añadió Igory—. O irte definitivamente. —Eso último lo dijo rezumando soberbia—. Pero atente a las consecuencias.

MK bajó la barbilla.

—Novata y sin más talento que otros, ni más mérito que ser la hija de un Lyon. Que en este mundo, querida Mary Kate, no vale para nada.

Las consecuencias, ya se las había relatado demasiadas veces. Olvidarse de aquel mundo por completo, nadie la contrataría, según él.

—La culpa la tengo yo por haber confiado en ti —siguió Igory y ella alzó los ojos para mirarlo—. No sé los pájaros que te han metido en la cabeza tu madre y esas tres…

Igory no acabó la frase.

—¿Tres qué? —respondió ella, a ver si él era capaz de decirlo.

—Que te estás equivocando. —Y lo estaba diciendo sin saber que iba a marcharse de la empresa Ramson, y que se iba empujada por ellas cuatro—. Todo por una estupidez en esa mierda de fiesta.

Mary Kate volvió a bajar la barbilla mientras cogía aire. En otras ocasiones, era ese el momento, justo el momento, cuando lo que fuese que había pasado comenzaba a perder importancia. Cuando prefería olvidarlo, ignorarlo, y volver a empezar. Un círculo absurdo que siempre la llevaba al mismo sitio y la dejaba en el mismo estado.

Cogió aire despacio.

—Lo haces tantas veces que ni siquiera le das importancia —dijo ella conteniendo el llanto de nuevo.

—¿A qué? —Parecía que con cada respuesta lo ofendía más, ya comenzaba a alzar la voz.

—Que te da exactamente igual humillarme, desplazarme, hacerme vacíos, hacerme una inútil, y que encima me sienta culpable —logró responder sin que se le quebrase la voz un instante—. Y me está matando por dentro.

Igory apretó los labios. Ahora sí que lo había ofendido de verdad.

—Por eso me he ido de tu casa —se apresuró a decir antes de que él explotase—. Y por eso me voy de aquí.

Quería decirle ya que se iba de la empresa. Necesitaba soltarlo. Que todos explotasen al fin y que su cuerpo temblase al límite mientras soportaba lo que tuviesen que decirle. Y coger su bolso y su abrigo y echar a correr lejos de allí.

Pero a Igory aquello pareció hacerle gracia.

—Irte. —Asintió con la cabeza—. ¿Tú? ¿A dónde?

La imagen de Igory se le emborronó levemente con la humedad de los ojos. Las dudas de que estaba haciendo lo correcto se hicieron intensas y le enmudecieron la garganta.

Y él pareció notar su debilidad y dio un paso hacia ella.

—¿Tú sola? ¿A dónde vas a ir? —le gritó—. Si la única razón por la que te da esta productora una oportunidad tras otra soy yo. —Gritaba tan fuerte que ella tuvo que girar la cabeza y cerrar los ojos—. Pero ahora, Mary Kate, en mi nuevo proyecto puedo asegurarte que estás fuera.

Se alejó de ella.

—Aunque me lo pidas llorando como siempre, estás fuera. —La miró sujetando la puerta—. Es lo único que haces bien. Llorar cuando te arrepientes de hacer estupideces como las de ahora. —Se detuvo un instante antes de cerrar del todo y volvió a abrir—. Eres inestable, infantil y ya me estoy hartando —añadió—. ¡Estoy harto de tener que soportar tu inestabilidad! —La señaló con el dedo—. ¡Esta vez puedes llorar lo que quieras, que no va a servir! —gritó y cerró la puerta.

Mary Kate miró un instante la puerta cerrada mientras lo de la garganta aumentaba, y la humedad en los ojos y el tembleque de los labios.

Soportar mi inestabilidad.

Quizás el problema lo tenía ella, como le hacían ver Igory y los suyos una y otra vez.

Respiró despacio por la nariz, el tembleque iba a más. Apretó los párpados, se retiró de la mesa y se llevó ambas manos a la cara, una de ellas aún tenía el móvil en la mano.

Se restregó la cara y dejó caer el móvil en la mesa. Rompió a llorar.

Ahora llegaba lo peor. Y posiblemente los próximos días.

Iniciar algo yo sola.

¿Sería capaz de hacerlo bien?

El miedo de dar pasos aumentaba por momentos.

Preámbulo 4

Había visto que Mary Kate estaba escribiendo, pero no llegaba ningún mensaje después de que le respondiese que no tenía ni idea de la medida de la cama. Quizás se lo estaba preguntando a Hércules.

Buscó con la mirada a Olivia Fendy, una de las dueñas del hostal Karibu, el lugar donde Marlowe solía comer cuando salía de la reserva hacia el primer lugar más poblado de por allí cerca.

A esas horas estaba lleno de gente, no era una época de mucho turismo, por lo general solían ser empresarios locales, no había mucha restauración donde elegir.

—Olivia. —Estaba a media distancia, hablando con una de sus trabajadoras del restaurante, pero en cuanto escuchó su voz, reconocible hasta en aquel sitio concurrido de gente, giró la cabeza hacia él mientras su trenza castaña le caía tras la espalda—. ¿Sabes qué medida tienen las camas de la litera?

Olivia no solía frecuentar la casa, quizás había estado allí una o dos veces y tan solo el tiempo que él tardaba en coger algo. Pero era una mujer que entendía al menos de medidas de camas, ya que tenía unas veinticinco en la pensión.

Ella sonrió enseguida mientras se acercaba, dejó caer el antebrazo en la barra y se inclinó levemente hacia él.

—¿Para la chica londinense? —Olivia contuvo la sonrisa. Al otro lado del salón pudo ver cómo la doctora Bruce enseguida desviaba su atención hacia ellos. Olivia y ella eran amigas, muy amigas no mucho tiempo atrás. Pero desde que la doctora regresó parecían haberse distanciado de golpe.

Las razones prefería no meditarlas ni mucho menos valorarlas en voz alta en presencia de ellas dos. Como especialista en animales, aunque solo observador en humanos, sabía bien que ni siquiera debía preguntar.

—¿En tu casa? —Olivia volvió a contener la sonrisa.

Olivia tenía treinta años, solo dos menos que él y la doctora Bruce. Su padre era un empresario de la zona y a cada hijo le había dejado regentar uno de sus negocios. A Olivia le había dejado aquella pensión, conociendo al resto de hermanos Fendy, supuso que no se fiaba de dejar a cargo a ninguno de sus varones, más aficionados al alcohol y otras cosas, y que la pensión acabase convertida en una sala de fiestas.

—¿Entonces para qué esa habitación que me acabas de reservar para los próximos meses? —añadió ella.

Marlowe alzó la mirada sin levantar la barbilla.

—También la voy a necesitar —respondió él y ella frunció el ceño.

—Pensaba que era porque ella se quedaría aquí todo el tiempo.

Eso era lo que hubiese deseado él, pero en las condiciones estaba que Mary Kate tenía que estar en la reserva. Marlowe tuvo que apretar los labios para no sonreír. Seguro que en ninguna de sus cábalas, las tías de Michelle habían valorado las condiciones en las que dejaban a la joven. Conociendo algo a los Lyon, y de la forma que había vivido aquella joven, dudaba y mucho que fuese capaz de mantenerse en la casa. Y tampoco era que él estuviese acostumbrado a tener visita mucho tiempo.

Podría ser un desastre.

Así que la habitación en la pensión Fendy sería un refugio para la salud mental de los dos.

—La tendrás por aquí a menudo, seguramente —dijo él.

Olivia asintió con la cabeza mientras miraba fugaz de reojo a la doctora Bruce.

—¿Es agradable o es una niña pija al extremo y consentida, acostumbrada a tener sirvientes?

Sabía muy poco de MK, apenas había escuchado su voz pocas veces. Y si sabía exactamente cómo era su cara, era porque salvo en el borde del labio superior, su cara era un espejo de la de su hermana. Quizás ese borde del labio superior diferente lo explicaban aquellas cosas que se inyectaban algunas jóvenes. O quizás verdaderamente eran diferentes. También recordaba que su cara era más fina que la de Michelle, más parecida a la de Georgina Lyon y su propio padre.

—Es una niña pija al extremo, consentida y acostumbrada a tener sirvientes. Pero eso no significa que tenga que ser desagradable.

Todos los Lyon eran agradables sin excepción, así que estaba completamente seguro de que su educación sería similar a la de su padre. Lyon no hubiese permitido otra cosa, lo había visto en la boda de Hércules corrigiendo sin cesar a aquellos terremotos cachorros que tenía con Claudia.

—Entonces ser una niña pija al extremo, consentida y acostumbrada a tener sirvientes, no tiene nada de malo —dijo Olivia y entornó levemente los ojos—. Tú lo fuiste hace tiempo —sonrió—. Nadie lo diría.

—Hace ya tanto que ni lo recuerdo. —Marlowe se apartó de la barra. Tenía que irse—. La litera —le recordó—. ¿Lo sabes?

—Es más pequeña que una cama de noventa, así que supongo que será de ochenta. Cualquiera de las dos le parecerá pequeña.

—Para eso tiene su reserva en tu pensión —respondió Marlowe y Olivia sonrió. La vio mirar de nuevo a Bruce.

—¿Vienes esta noche? —preguntó. Desde el regreso de Bruce, hacía la pregunta con menos confianza que las otras veces de recibir una respuesta positiva. Como si pensase que una vez

hubiese vuelto la doctora, él ya no regresaría para estar con ella. Y la realidad era que había pensado en no volver a ver a Olivia, pero no por Bruce en sí. Sino por aquella distancia que ahora había entre las dos, que conociendo el carácter de Olivia y Amanda Bruce, no traería nada bueno. Y lo que menos necesitaba con la llegada de Mary Kate Lyon allí era otra tensión añadida.

No había sido buena idea aquel proyecto, ni siquiera sabía cómo se había dejado embaucar por Blake. Ni tampoco acababa de creerse que Blake no se hubiese dado cuenta de que la intención de aquellas mujeres hubiese sido, desde un principio, meterle allí a Mary Kate Lyon.

No había que ser un observador experto para darse cuenta de que aquella chica andaba retirada del resto de la familia, que por alguna razón se había desplazado, y que seguramente estuviese en una cerca andando en espiral. Así que tampoco podía culpar a nadie por querer ayudarla.

Pero ayudarla enviándola a un sitio como aquel tampoco parecía tener mucho sentido. Quizás ellos solo buscaban meterla en un proyecto lo más lejos posible de todo lo que conocía. Y el más lejano conocido era él.

Y me largan el problema a mí.

Ya les valía a todos, incluidos los Misters.

No conocía a aquella joven de nada. Su vida no tenía nada que ver con la que ella había tenido en veinticinco, casi veintiséis años y tampoco conocía el estado en el que se encontraba Mary Kate Lyon. Así que supuso que tendría que soportar a una criatura de ciudad remilgada y encima llorando cada dos por tres.

Cogió aire por la boca y lo echó de golpe. Ver a Christopher Lyon con aquel estado de desesperación apenas tres días atrás era lo único que le consolaba de haber firmado aquel documento traicionero.

—¿Vas a venir o no? —La voz de Olivia hizo que la imagen del león más grande de aquella familia se difuminara de golpe.

Marlowe bajó enseguida la mirada hacia su móvil. Blake dijo que ya había salido camino de la productora y Hércules había contestado con un «Bien» al que había añadido «no dejes que la rompan».

—Laurence. —Olivia esperaba una respuesta.

—Vendré, sí —respondió él sin dejar de mirar la pantalla de su teléfono mientras se alejaba de la barra aún más para salir de allí.

—¿Tú, atento al móvil? ¿Qué se traen entre manos los Misters? —preguntó Olivia siguiendo la misma dirección que Marlowe, pero desde dentro de la barra.

Marlowe ni se detuvo para contestarle, volvía a leer el mensaje de Hércules.

«No dejes que la rompan».

—Hacer lo mismo que hago yo. —Salió del restaurante. Fuera el aire no era más fresco, pero al menos el sonido se había disipado.

No sabía quiénes eran los de la productora ni por qué iban a romper a aquella joven de poco volumen y de aspecto vulnerable. Supuso que por las mismas razones que lo hacía el hombre alto y delgado que siempre la acompañaba, al parecer algo le daba derecho a gritarle, apartarla o humillarla delante de todo el mundo. Un comportamiento narcisista, egoísta, ególatra y repugnante que no reconocía en ninguna especie que hubiese estudiado. No, aquello era una tara exclusiva de la raza humana. Una especie que cuanto más pasaba aislado, menos le gustaba tratar. Y ese mal gusto aumentaba cuando se montaba en un avión y cruzaba hasta Londres.

La única ventaja que Mary Kate tendría allí, a cambio de todas las comodidades y seguridad, sería la de no encontrar nada parecido a lo que estaba acostumbrada y que le pudiese hacer daño. Allí ella sería un elemento más de aquel ambiente. Un elemento que no pegaba mucho y que seguramente sería incómodo para él. Pero un elemento, al fin y al cabo.

Un elemento más. Entre animales, insectos, vegetación, selva y sabana.

Miró su móvil, MK había enviado dos mensajes más, así que abrió su chat. Letras aleatorias que no significaban nada, le habría dado sin querer. Llegó un mensaje más. Más letras aleatorias, seguiría dándole a las teclas sin ser consciente.

Tarde, Blake.

Se apresuró a abrir el chat de Misters.

«Blake, ¿has llegado ya a la productora?».

Su amigo se apresuró a responder.

«Estoy de camino, no soy Stoker», respondió Blake.

Pues posiblemente ya la hayan roto.

Ni siquiera respondió a Blake, abrió directamente el chat de MK.

«No sé qué quieres decir con lo de arriba, pero la cama es de ochenta». Le dio a enviar.

Se detuvo en la puerta del coche, una vez que se subiese y echase a andar, iría perdiendo y cogiendo cobertura, y no podría responder a tiempo. Tampoco sabía bien el estado en el que ella se encontraba.

Y por mensajes tampoco podría saberlo.

«Le di sin querer, lo siento. Gracias, preparo la ropa esta tarde con el resto de cosas».

«He conseguido almacenamiento extra, por si te viene bien», le dijo y miró de reojo la pensión.

«Muchas gracias, no es necesario», respondió MK. «Me adaptaré, no te preocupes».

¿Adaptarse? Mary Kate Lyon no sabía lo que decía. Aunque posiblemente en aquel momento y si era verdad lo que había dado a entender Hércules con ese «romper», ella no vería mucho impedimento en adaptarse a cualquier cosa, cualquier cosa le parecería mejor que lo que tenía

alrededor.

Un león roto. Eso piensan mandarme.

Menudos liantes estaban hechos unos y otros. Un león roto, uno más para la reserva, como si ya no tuviera bastantes.

Bajó la mirada a la pantalla de nuevo. ¿Cómo de roto estaba este?

Cerró el chat con la joven y buscó en la agenda. Solo esperaba que la cobertura fuera suficiente para escucharla bien.

Aquellos liantes eran mucho peores de lo que imaginaba. Sabían bien que nunca se negaba a acoger a un león. Los leones eran su debilidad.

Lo demás ya se lo había prometido a Christopher Lyon. Y eso eran palabras mayores.

Preámbulo 5

La joven echaba el aire despacio por la boca mientras se limpiaba de nuevo las lágrimas. Enfrentarse a lo que se venía, al verdadero final de su andadura con los Ramson, era algo que la hacía querer echar a correr. Huir de allí. No pasar por aquello.

No entendía la reacción de su cuerpo. Si irse lejos era lo que quería, ¿por qué temblaba? ¿Por qué tenía tanto miedo?

Cerró los ojos un instante, estaba comprobando que el miedo era real. No era solo imaginario como las otras veces, antes el querer salir de allí era solo un deseo, un pensamiento, una fantasía. Ahora era real, y la respuesta de su cuerpo era la misma que aquellas veces, pero mucho más grande.

Mirarlos a todos ellos a la cara y decirles que se iba. Mirar a Igory y decirle que quería salir de aquel círculo oscuro en el que se había metido junto a él.

No era capaz. Era una cobarde. Seguramente sin Blake ni siquiera hubiese podido decir nada.

La más cobarde de los Lyon.

Sentía que ni siquiera merecía aquel apellido. Si hubiese sido Michelle… Michelle hubiese dado un puntapié al suelo el primer día que cualquiera de ellos la hubiese humillado. Su hermana era fuerte, era segura, y por eso siempre estuvo protegida y cómoda bajo su ala.

Como le dijo Igory una vez; ella siempre fue la gemela lenta, la gemela ingenua, la gemela torpe… Y había creado una especie de dependencia con su hermana. Y la tenía que romper.

Romper significaba estar sola. Sola con los Ramson.

Se sobresaltó con el sonido de su móvil. ¿Sería Blake, que ya estaría abajo?

Miró la pantalla y frunció el entrecejo.

¿Laurence Marlowe?

Se detuvo mirando la pantalla antes de descolgar. La última llamada que esperaba era la de Laurence Marlowe.

Se sorbió los mocos y se limpió la cara de nuevo. Cogerle la llamada tal y como estaba era revelar su estado. Y causaría muy mala impresión y demasiada desconfianza que la persona destinada a un proyecto entre Misters y unicornios anduviese llorando como una imbécil.

Volvió a limpiarse y sorberse y se acercó el móvil al oído. Respiró hondo y se aclaró la garganta.

Soltó el aire y cerró los ojos. Nada de lo que hiciese eclipsaría su estado. El aire apenas se contenía, rebotaba en el pecho al igual que lo hacía en los berrinches infantiles.

Va a descubrir a quién va a meter en mitad de una reserva sudafricana.

Entre bestias y sabía Dios qué más.

Y augurará el mayor de los fracasos.

Entreabrió los ojos y las lágrimas regresaron. Cortó la llamada y buscó el chat de Marlowe. Aquellos mensajes de letras aleatorios tenían la culpa.

Soy torpe para todo.

No había empezado y ya podía masticar el fracaso. Aquello no saldría bien de ninguna manera.

«No puedo cogerte, luego te llamo», le escribió.

Ladeó la cabeza sin dejar de mirar la pantalla.

«No puedes cogerme, ¿por qué?».

Porque estoy llorando como una idiota y muerta de miedo.

Se restregó la cara de nuevo sin dejar de mirar el móvil.

—Y a este qué le importará —murmuró.

«Hoy es mi último día aquí. Estoy recogiendo mis cosas». Envió el mensaje.

«Te llamo luego, ¿ok?», añadió al chat.

Y se detuvo a esperar la respuesta de Marlowe. Le aparecía en línea, le habían llegado los dos mensajes, pero no respondía.

Se sobresaltó cuando la puerta se abrió de nuevo, Igory estaba allí otra vez y hasta pudo ver cómo salía aire ardiendo por los orificios de su nariz.

—Ahora entiendo que te fueras de mi casa —dijo y se apartó de la puerta para que ella saliese al pasillo.

Mary Kate se irguió enseguida para salir, miró el móvil, el tembleque se había disipado de nuevo. Parecía que las distracciones funcionaban contra aquella reacción superlativa de su cuerpo a las circunstancias.

Pero tan veloz se iban como regresaban de golpe en cuanto volvía a tener a Igory delante. Y más en un pasillo, con empleados por todas partes y Basilia y su marido Dick de camino hacia ellos.

—¿Me has utilizado todo este tiempo? —Igory alzó un papel impreso con demasiadas letras. El escrito de Blake—. ¿Has estado preparando esto a mis espaldas sin decirme ni una palabra?

—Yo no…

—¡Esto es lo que pasa cuando engrandeces a alguien y la haces creer que tiene talento! —La voz de Basilia la hizo cerrar la boca.

MK soltó el aire despacio mientras sentía los ojos oscuros de Basilia sobre ella, como los de una serpiente venenosa a punto de escupir.

—La niña dulce y tonta no resultó ser tan dulce ni tan tonta —añadió la mujer.

—Algo que os dije desde el principio. —Oyó una voz a su espalda. MK se giró enseguida,

era Yurena, la hermana de Igory—. No importa de dónde vengan, solo quieren escalar.

—No esperaba esta traición por tu parte, MK —dijo Igory—. Con todo lo que he hecho por ti.

—Con todo lo que hemos hecho todos por ti —añadió el padre de Igory.

Acorralada entre ellos y el cristal de la ventana de su propio despacho, deseando echar a correr, sintió una ligereza en las rodillas que no podría retener.

—¿Desde cuándo estabas preparando esto? —preguntó Igory—. ¿Lo has hecho para humillarme aún más?

—Yo no sabía nada hasta hace dos días.

Igory inclinó la cabeza hacia delante mientras alzaba las cejas.

—¿Dos días para preparar todo esto y que ese neandertal rubio acepte? No te creo —respondió él.

El tembleque se detuvo un instante y frunció el ceño asimilando las palabras de Igory.

¿Le ha llamado neandertal rubio a Marlowe? Este no lo ha visto lo suficientemente cerca para comprobar bien su tamaño, ¿no?

—Lo organizaron los Misters y mis tías junto a mi madre —respondió—. Yo no sabía absolutamente nada —tuvo que repetir, pero daba igual las veces que se lo dijese.

Basilia comenzó a reír.

—Una panda de tíos chulos y unas mujeres que no asimilan bien la edad que tienen, ¿pretenden producir una serie en una reserva en Sudáfrica? —Su risa aumentó y se le unió su hija Yurena. Igory, sin embargo, no reía un ápice, tampoco su padre—. Y quieren que seas tú la que lo dirija. Porque tú eres una especialista en dirigir documentales y, por supuesto, una especialista en animales salvajes, ¿verdad?

Ya se está pasando.

MK abrió la boca con rapidez para responder.

—¿Tú? Tú no sabrías ni dirigir un anuncio de cuatro segundos, joven —la cortó Basilia—. En cuanto a mi hijo, te arrepentirás mientras vivas. Porque no vas a volver a pisar la planta Ramson.

—Ni mi casa —añadió Igory.

Y a pesar de todo lo que tenían delante, el escrito de Blake, y sabiendo que había sacado todas sus cosas de la casa, seguían utilizando que no volviese por allí como una especie de amenaza.

Mary Kate bajó la cabeza un instante.

—No busco volver a pisar la planta Ramson —dijo tranquila y alzó la mirada hacia Igory—. Ni tampoco tu casa.

Y Yurena se llevó la mano a la boca como si acabase de insultarlos.

—Os dije que me esperaseis. —El otro hijo de los Ramson rodeó a su padre para colocarse junto a su hermano. Fred era algo más bajo que Igory. Seguramente acabaría de llegar, nunca era puntual, a veces no aparecía por la productora hasta media mañana. Era juerguista y tenía un nulo talento para absolutamente nada que significase trabajar. Su madre solía decir que estaba terminando sus estudios. Unos estudios que no acabaría aunque pasasen los años. Pero ellos solían quitarle importancia.

—La princesa resultó ser una rana —dijo entre risas—. Ya decía yo que no podía ser tan perfecta. ¿Es cierto que te vas?

Igory le dio un codazo a su hermano para que se callase.

—A Sudáfrica —respondió Yurena—. Una pija en Sudáfrica, menudo drama de documental. —Rio la joven.

—Esto es lo último que esperaba de ti, Mary Kate Lyon —le dijo Igory—. Dejarme tirado en el peor momento, humillarme de esta manera y aceptando un proyecto por libre. —Dio un paso hacia ella—. Pero lo que no sabes es que no eres capaz de dirigir tu propia vida. ¿Cómo vas a dirigir un proyecto? Ni siquiera esos Misters de los cojones y tus tías las impresentables te soportarán. —Dio otro paso hacia ella—. Porque por mucho apellido Lyon que tengas, no eres nadie, Mary Kate.

—Ya tenéis el escrito de Blake, no tengo nada más que hablar aquí. —Se metió en su despacho para coger el abrigo y el bolso y marcharse de allí.

—Huir, bonita forma de enfrentarse a sus decisiones. —Oyó decir fuera al padre de Igory.

—Es lo que es. Ya os dije que nos la colaría. —Era la voz de Yurena.

MK frunció el ceño y negó con la cabeza. Se colgó el bolso y se echó el abrigo en el brazo.

Me voy. No puedo estar más tiempo aquí.

Salió y tuvo que rodear a Yurena y Fred.

—Ahora solo va a comprobar todo el mundo lo que nosotros llevamos viendo mucho tiempo. No importa el dinero que tengan esos tíos y tu padre. —Oía decir a Igory, miró a atrás, parecía que aún iba tras ella. Exacto, había llegado hasta la mitad del pasillo siguiéndola. Entre empleados que se detuvieron al escucharlo y su propia familia a solo unos metros—.¡Siempre vas a seguir siendo una inepta y una inútil!

Hasta vio el cuerpo de una de las becarias sobresaltarse al oírlo. Pero ella ya estaba acostumbrada, su cuerpo ya no se sobresaltaba por nada. Solo tragaba.

—Oye, Mary, siento mucho esta salida tuya. —Era Fred de nuevo y con demasiada ironía—. Porque… ahora que ya no eres de la familia, ¿cómo voy a enterarme si tu tía la de los muslos gordos se divorcia algún día?

Esa vez MK sí se sobresaltó, pero no fue por las palabras miserables de Fred, sino por un abrigo largo y oscuro que revoloteó junto a su pierna izquierda mientras una silueta algo más alta

que ella se colocaba entre ella y los Ramson.

La estela oscura de Blake invadió en cierta medida un pasillo iluminado con luz azul bastante intensa. Una oscuridad que sabía que estaba de su parte y que hizo que la ligereza en sus piernas fuese algo más cómoda.

—Si te refieres a Natalia Valkyrie —respondió Blake a Fred—, debo decirte que para lo único que a ella le gustaría tenerte delante sería para ordenarle a su perro que se coma el nudo de la corbata que llevas puesta.

MK tuvo que apretar los labios al ver la cara de Basilia. Que Blake nombrase a una de sus tías aumentó aún más esa sensación de comodidad que hacía que sus pies se clavasen con más peso en el suelo.

No recordaba lo mucho que mola mi familia.

No lo recordaba y eso no era bueno. No recordar a los suyos hacía que la sensación de soledad la rodease todo el tiempo. No estaba sola. No lo estaría jamás.

Y Blake allí, entre ella y los Ramson, era tan solo una muestra.

Y se lo agradecía. Se lo agradecía tanto que la garganta volvió a tirarle y los ojos se inundaban poco a poco. Tragó saliva y bajó la cabeza, ocupando todo su campo de visión la lana del abrigo marrón oscuro de Alan Blake.

—No te esperábamos tan pronto —dijo Igory—. Se ve que Mary Kate tiene prisa por acabar con esta traición.

Vio a Blake mover la cabeza para responderle.

—Señor Blake. —Era la voz del padre de Igory la que hizo que Blake tuviese que callarse. Estaba comprobando cómo aquella familia acostumbraba a no dejar a nadie hablar. Y hasta se avergonzó de escucharlos tratar a Blake tal y como la trataban a ella—. Como ya sabrá, esa joven tiene un contrato con el grupo de productoras a la que pertenece esta empresa. Si se va, no puede producir nada en ninguna otra productora ni en ninguna parte. Quizás no ha contado con ello.

—Señor Ramson, no me tome por imbécil, yo cuento con todo —respondió Blake y vio cómo la boca de Yurena, que estaba a punto de decir algo, se cerraba de inmediato—. Una cláusula con un único impedimento monetario.

—Un impedimento monetario bastante alto —dijo Igory.

—Y la familia de mi representada está dispuesta a hacerse cargo —añadió Blake con rapidez —. Porque aunque se os haya olvidado, Mary Kate es una Lyon. Con todas las consecuencias.

Lo de la garganta aumentó tanto que MK tuvo que llevarse la mano a ella y encorvarse ligeramente.

Por todos los demonios, soy una Lyon.

Hasta el tatuaje tras el hombro pareció tomar temperatura. Lo había olvidado, lo había olvidado por completo.

Soy una Lyon y ni siquiera soy capaz de responderles, de enfrentarme a ellos. Solo soy capaz de huir y llorar.

Era todo lo que Igory decía de ella. Torpe, endeble, insegura y miedosa. No era capaz de abrir la boca, de responder a sus insultos, de defenderse a sí misma, ni siquiera de defender cuando atacaban a los suyos. Y le dolía, una punzada ombligo adentro hizo que se encorvase aún más.

—Pues dígale al señor Lyon —era Basilia de nuevo—, que su hija no lo vale. En absoluto.

—Cuando llegue el momento, puede usted decírselo directamente al señor Lyon —replicó Blake.

—Todo ese dinero que vais a invertir en ella se perderá. —Esa vez sí fue Yurena, que se asomó tras Blake.

Blake tuvo que girar la cabeza para mirarla, MK dio un paso atrás y seguidamente otro. Aquel maldito dolor tras el ombligo ni siquiera la dejaba ponerse derecha.

—Eso es lo que es. Y encima de haber tenido que aguantar aquí a la niña consentida este tiempo, así es como nos lo paga —añadió Basilia.

MK sintió en el antebrazo la mano de Blake, que la movió ligeramente para retirarla más atrás, alejándola de ellos.

—No me esperabais tan pronto —les dijo Blake volviendo a empujar levemente a MK—, supongo que por eso la teníais arrinconada en un pasillo. —Blake miró al padre de Igory—. Como le he dicho, el señor Lyon está dispuesto a pagarles la cantidad acordada en la cláusula, pero esta mañana he estado hablando con el director del grupo y está interesado en distribuir el proyecto *Lyon*.

MK alzó la mirada para verles la expresión, ni siquiera ella sabía de aquello.

—Así que esa cláusula ha resultado ser una estupidez porque no van a ver una sola libra. —Vio a Blake sonreír—. Le acabo de dejar todos los documentos firmados a su secretaria. Así que nos ahorramos las formalidades, porque esto no es una despedida. Sabrá de todos nosotros.

Por eso cobra lo que cobra.

Hasta en aquel estado la satisfacción con la jugada de Blake fue suprema.

—Como ve, señor Ramson, yo lo tengo en cuenta absolutamente todo —añadió Blake dando un paso hacia atrás y volvió a apartar a MK para que comenzase a andar—. Nos vemos en la presentación de nuevos proyectos, en tres meses.

Escucharlo decir eso la hizo sobresaltarse.

Sabía cuál era el evento, una gala en la que todas las productoras presentaban un adelanto de sus novedades. Tres meses, la mitad de su estancia inicial en la reserva. ¿Ya tendría que tener preparado un tráiler? La mano de Blake en su antebrazo le impidió detenerse. Pero es que la ligereza de sus piernas no la dejaba andar.

Ahora sí. Estoy empapelada de mierda hasta las orejas.

Había dado el paso, sus cadenas estaban rotas, pero su cuerpo tenía más miedo que nunca.

Blake ni siquiera la dejó mirar atrás, la hizo meterse en el ascensor y la puerta se cerró de inmediato.

Se dejó caer en la pared del ascensor y bajó la mirada hacia la pantalla de su móvil, lo sacudió suavemente.

—Vas tarde, Blake —dijo, aunque ni siquiera lo había desbloqueado, como si recordase el último mensaje que había recibido. Volvió a sacudir el móvil.

¿Te lo ha enviado tía Natalia?

Ni siquiera se atrevió a preguntar, pero era propio de ella saber justo qué estaba pasando aunque estuviese a kilómetros de distancia.

—Lo siento —añadió Blake—. Me ha entretenido Zumberg.

Zumberg era el director del grupo completo de productores. MK negó con rapidez con la cabeza.

—Muchas gracias —le dijo agarrando la lana del filo de la manga del abrigo de Blake.

Blake nunca le había caído del todo bien. Los restos de aquella estela oscura que le había oído decir a Irina, ella siempre los percibió también. Pero tan solo con lo que acababa de hacer por ella, aquellos restos de oscuridad se disiparon o al menos, perdieron la importancia y el efecto de ese respeto temeroso que imponía Blake a sus ojos.

Al fin y al cabo, era el medio hermano de Hércules y eso lo convertía en alguien cercano o parte de la familia. Nunca fue capaz de mirar así a los Misters. Para ella, salvo Hércules, eran cinco desconocidos que cada vez iban tomando más protagonismo en las reuniones familiares. Reuniones en las que ella estaba escasamente cerca de su propia familia.

Estaba comprobando que el hecho de que para ella fuesen solo unos desconocidos era únicamente culpa de ella misma y de ese círculo apagado en el que solía estar sumida.

Blake la dejó salir primero del ascensor y ella se adelantó colocándose el abrigo.

No hay vuelta atrás.

Y todos habían puesto una cantidad considerable de dinero sobre sus hombros y un compromiso con Zumberg.

Que confiasen de aquella manera en ella hizo que el miedo aumentase.

Salieron, el aire fresco en la piel le recordó que las lágrimas que llevaba echadas aquella mañana siempre le irritaban y le escocían. Tendría que estar hecha un desastre, siempre llevaba en el bolso un estuche con maquillaje, algún corrector y colorete para disimular que había llorado. Y que Alan Blake la viese así, le avergonzaba sobremanera.

Menuda Lyon.

Sabía lo que solía provocar su padre en el resto y Michelle hacía honor a lo que significaba

ser una Lyon.

Y luego estaba ella misma. Blake lo tenía delante.

Bajó la cabeza y miró al suelo.

—Gracias —le dijo de nuevo. Estaba deseando que se marchase y coger un taxi a casa.

No quería comentar ni una palabra de lo que había pasado allí dentro. Su reacción pusilánime frente al resto le avergonzaba y la hacía sentir aún peor, aumentando todo aquel ataque de ligereza temblona que estaba soportando en el cuerpo. Eso sin contar con que Blake había escuchado las cosas que Igory había dicho de ella.

Pero Blake no se iba, así que ella alzó levemente la mirada para observarlo. Los ojos de Blake eran demasiado claros, a media distancia le daban un aspecto terrorífico, como un vampiro o un zombi. Sin embargo, de cerca, como estaba comprobando ahora, no daban miedo en absoluto.

—Podría decirte que te olvidaras de ellos, pero es para nada porque al principio vas a recordarlos todos los días, y aunque después te vayas acordando menos y ya no duelan, la realidad es que vas a tenerlos en el recuerdo lejano durante toda la vida —le dijo Blake y ella alzó las cejas—. Puedes dejarte hundir por ese recuerdo o puedes usarlo para algo bueno.

El hombre inclinó la barbilla en un gesto de despedida y se alejó de ella para cruzar la carretera.

—Buen viaje —le dijo la joven antes de que él cruzase la calle.

Blake le miró un instante y lo vio contener la sonrisa.

—Buen viaje, señorita Lyon —dijo él. Se colocó bien el cuello del abrigo y cruzó la carretera.

Buen viaje.

Cogió aire por la nariz y dio unos pasos por la acera, podría caminar un rato y coger el taxi al final de la avenida. Le vendría bien.

Sus primeros minutos sin cadenas. Volvió a respirar.

No hay vuelta atrás.

Y aun sin saber si estaba errando o había hecho bien, no quería volver atrás.

«Proyecto Lyon», lo había llamado Blake, sonaba bien.

Proyecto Lyon. Ella era una Lyon.

Una Lyon.

Preámbulo 6

Chat alternativo

Vicky: ¿Eso le estaban diciendo? Me voy a cagar en la puta madre de todos.

Mr Lyon: Tendría que haber ido yo.

Claudia: Te pidió que no fueras.

Mr Lyon: Hoy me correspondía a mí. Ya estoy harto de no intervenir.

Natalia: Por eso mismo era importante que no fueras, hubieses explotado allí. Blake no iba a perder el temple. Gracias, Blake.

Blake: No ha sido nada. Pero ahora entiendo por qué estabais preparando esto.

Mayte: Extremadamente necesario.

Vicky: Pues ya está hecho. Esto ha empezado, gente.

Mr Damon: Y da mucho miedo.

Wilde: Jajaja.

Mr Lyon: Me reservo mi opinión.

Vicky: Ya empezamos. Menuda mierda de chat que vamos a tener.

Wilde: ¿Mierda? No sabes lo que dices. Me he comprado una cinta para llevar colgado el móvil. De aquí no me pienso mover.

Stoker: Jajaja.

Mr Lyon: Vamos a partir de la base de que la que vais a mandar allí es mi hija. Mi hija. Tenedlo en cuenta.

Byron: Lo van a tener en cuenta, pero poco tiempo. Te aviso.

Mr Lyon: Ya me imagino, ya.

Vicky: Irina, di algo. No vale leer y quedarse callada.

Mayte: Vicky, por Dios. ¿Quieres que se vaya?

Vicky: ¿Cómo se va a ir, si es ella la creadora de este lío?

Mr Damon: ¿Irina tuvo la idea? ¿No fuisteis vosotras?

Stoker: Menuda sorpresa, jajaja. ¿En serio? ¿Irina?

Mr Damon: ¿Veis? Los locos no pueden estar demasiado tiempo juntos. Luego pasa lo que pasa.

Mayte: Seguid, que se va.

Vicky: Irina, pronúnciate.

Wilde: Creo que aún no somos conscientes de lo que tenemos en este chat, Sir Thomas

Damon y la señora Yadav. A uno de mis paleontólogos casi le da algo cuando se lo he dicho esta tarde.

Blake: Y el resto desperdiciándolo diciendo estupideces, jajaja.

Byron: La verdad es que es una vergüenza por vuestra parte.

Michelle: Acabo de leerlo. ¿Que han acorralado a mi hermana? Lo de ese tío es muy fuerte. Hasta el último minuto.

Natalia: Ese tío no se creía que fuese cierto que MK se iba. Se ha encargado de mermarle la seguridad durante demasiado tiempo. Pero se ha hecho real, MK está fuera de allí y de su casa, y va a estar a demasiados kilómetros como para que la tiente a volver.

Vicky: Bueno, debemos tener en cuenta que sí va a volver.

Natalia: Y ahí es donde está el inestimable trabajo de nuestro recuperador de leones.

Wilde: Jajaja. Menuda encerrona que le habéis montado. Sois terribles.

Mr Damon: No digáis que no os lo advertí. Y mi duda ahora es… la que inspiró este extraño «Érase una vez», ¿va a hablar? ¿O solo piensa leer nuestras sandeces para luego insultarnos hasta el ridículo?

Blake: Jajajaja.

Mayte: Al final deja el grupo.

Vicky: Si se va la metemos en el otro chat.

Stoker: ¿Hay otro? Yo quiero.

Vicky: No. En el otro están prohibidos los Misters, antiguos o nuevos.

El Mago: Tranquilo. También están prohibidos los magos y los malos.

El Malo: Y es una suerte.

Stoker: Jajaja.

Mr Damon: Señoras y señores, Irina Yadav está escribiendo y mi editor (su marido) dice que puede escribir una novela en menos de quince días. Así que pueden llovernos una ristra interminable de insultos por segundo. Coged los paraguas, que viene.

El Malo: Jajajajaja.

Mayte: Thomas, por Dios.

Irina Yadav: «Blake, vas tarde». Nuestro cuidador de leones acaba de empezar a hacer su trabajo según lo previsto. Lo que aún no entiendo es la utilidad del señor Damon aquí con su ardua aportación de sandeces.

Vicky: Toma ya.

Stoker: Jaaaaaajajajaaja.

Mr Damon: Pues para poner las notas finales en el preámbulo de esto. ¿Estamos todos?

Hércules: Estaba en clase, ahora os estoy leyendo.

Mr Blake: Estamos todos.

Mr Damon: Entonces empezamos.
Stoker: Avión preparado. Unicornios, Misters, cinturones abrochados.
Mr Damon: Érase una vez… Misters 5: Mr Marlowe.

1

Los tacones no sonaban en la pista de despegue, pero retumbaban en la escalera que accedía al pequeño avión de Stoker. Se sujetó el pelo a un lado para que no se lo despeinase el aire y se giró para verlos una vez más.

Contuvo la sonrisa al ver a su padre sujetando a Aníbal, cogiendo en un pellizco la manga de su abrigo, sin soltarlo un ápice. La pequeña Ella seguía diciendo adiós con la mano mientras dejaba caer su cuerpo al otro lado de su padre. Oliver ni siquiera la estaba mirando a ella, había dado unos pasos hacia la parte delantera del avión y no era capaz de cerrar la boca. Chris miraba la pantalla de su móvil, aunque alzó los ojos un instante para decirle de nuevo adiós con la mano. George parecía ser el único que no le quitaba la mirada, como su padre.

Claudia sonreía, sin embargo, mientras esperaba paciente a que Michelle y Hércules acabasen de hablar con Stoker y este subiese al avión.

Tenía el pecho a punto de explotarle, si no había roto a llorar en el aeropuerto era porque ya los días anteriores había agotado las lágrimas que le quedaban. No había ni una más.

Se agarró a la barandilla de la plataforma y le lanzó un beso con la mano a Ella, la niña sonrió enseguida. No sabía por qué su hermana pequeña tenía cierta fijación en ella, los días que pasó en la casa Lyon no se separaba de su lado, siguiéndola a todas partes y cogiendo y preguntando por todas sus cosas. Quizás porque era una niña con demasiados hermanos varones por delante y su referente más cercano eran las gemelas mayores. Pero aun así, siempre se inclinó más por ella que por Michelle. Quizás porque ella era la parte más superficial y sofisticada de las dos, y eso a una niña de apenas ocho años le gustaba.

Sonrió al ver cómo Ella se liaba en el cuello la bufanda que ella le había dado antes de dirigirse a la escalera. Le resultaba extraño recibir la admiración aunque fuese de una miniatura como era Ella Lyon, y le producía cierta pena. Sentía que no tenía absolutamente nada admirable, de hecho esperaba que Ella no se pareciese en nada a ella misma. Estaba convencida de que en cuanto la pequeña fuese consciente de todo, se inclinaría definitivamente por Michelle.

Cruzó una mirada escueta con su padre. Por mucho que Mr Lyon se mantuviese firme, ella que lo conocía bien, sabía que no estaba del todo convencido. Era más, lo veía de manera similar a la resignación con la que solía mostrarse a las locuras del resto de la familia. Echaba de menos a la tía Georgina. Tuvo que despedirse de ella el día anterior en aquel mismo aeropuerto, un viaje de trabajo que por más que lo intentó, no pudo cancelar.

Michelle y Hércules se apartaron de Stoker, ya se iban y lo del pecho se le aceleró aún más. El piloto ya alcanzaba los pies de la escalera.

Su madre se llevó la mano tras el hombro, donde ella y Michelle llevaban el unicornio, un

gesto que MK entendió perfectamente y asintió con la cabeza a Claudia mientras que el escozor de la garganta se hacía intenso. No estaría sola más que el tiempo que no le llegase la señal de la antena, no sabía cuánto sería eso.

El olor de Stoker era muy característico y demasiado notorio, sabía que él ya pasaba tras ella hasta la puerta del avión.

—Señorita Lyon. —Lo oyó decir y se sobresaltó al escucharlo, mientras caía en la cuenta de que todos los Misters, salvo Hércules, se referían a ella como señorita Lyon. Era la única Lyon que para ellos no tenía nombre de pila.

Una señal más de su lejanía respecto a su propia familia, que coincidió con la llegada de todos ellos hasta los Lyon. No podía culparlos, ninguno la conocía más que de lejos y manteniendo las distancias.

Pero ahora Blake la había sacado de la productora Ramson, Stoker estaba a punto de hacerla volar y un tercer Mister desconocido iba a acogerla en su propia casa, en medio de una reserva natural entre selva y sabana.

Se dio media vuelta para ponerse de cara a Stoker, con los tacones tan altos y la plataforma de sus zapatos, Stoker era casi de su estatura. Pero ya conocía el tamaño de Laurence Marlowe y el haberse acostumbrado a la estatura de Hércules no era suficiente.

—Hay que irse —dijo Stoker y ella asintió.

Él le hizo un gesto con el brazo para que entrase, pero la joven volvió a mirar a su familia antes de dar un paso. Tragó saliva y alzó la mano para decirles adiós una última vez.

Atravesó la puerta del avión, y pudo ver por el rabillo del ojo cómo Stoker sonreía con cierta ironía. MK frunció el ceño levemente.

Debe resultar gracioso que alguien como yo esté dispuesta a ir a un sitio como aquel.

Nadie quería decirle bien cómo era el otro lado, ni Marlowe ni su casa, ni el terreno, ni los animales que iba a encontrarse, salvo los leones, que no era poca cosa.

Que a MK le gustasen los animales tampoco creyó que fuese suficiente.

La puerta se cerró y enseguida tuvo a Stoker junto a ella.

—Cuando lleguemos allí será casi mediodía, así que te recomiendo que duermas lo que puedas.

No podría dormir aunque se lo propusiera. Las horas serían largas durante el vuelo y conociéndose, pasaría por todo tipo de estados; desde los nervios al pánico absoluto, como los últimos días. Tampoco había dormido bien los dos últimos meses, cuando veía que su situación con Igory no mejoraba. Realmente no recordaba cuándo había dormido de manera placentera y profunda por última vez.

—Lo que necesites, mi tripulación te atenderá —añadió él y lo vio dar unos pasos hacia la cabina.

La joven se apresuró a detenerlo agarrándolo del antebrazo. Acostumbrada al contorno de antebrazo de Igory, el de Stoker, más grueso, casi se le escapó. Pero ni siquiera hizo falta que lo agarrase del todo, él se detuvo.

—Gracias por todo lo que estáis haciendo. —Tal y como le dejó la garganta la despedida de su familia, se le quebró la voz en la última palabra. Bajó la barbilla enseguida y dirigió la mirada hacia el suelo. No sabía por qué se avergonzaba hasta de su presencia frente a los Misters. Una sensación de ser la oveja tonta y torpe de la familia, cuando sabía que el resto habían creado un vínculo de admiración y amistad con ellos. Hasta sus tías, y su tío mago, y su tío malo y Sir Thomas Damon.

Pero ellos eran todos sublimes. Ella solo era la gemela de Michelle.

Y posiblemente no le llegaba ni al tobillo aunque su estatura fuese un dedo y algo mayor. Una familia tan potente que solo hacía que lo que ella era, su mediocridad, resaltase aún más.

—No es nada —respondió Stoker.

—Sí, sí que lo es. —Alzó la mirada hacia él.

Por ella. No lo merecía.

—Es un proyecto de todos, ¿no?

Y lo mismo lo echo a perder.

Recordó a los Ramson con Blake en el pasillo. «No lo vale». Ni la inversión, ni la compensación que estaba dispuesto a pagar su padre. Tuvo que abrir la boca para contrarrestar la corriente de pánico que le subió estómago arriba.

Volvió a asentir a Stoker.

—Que disfrutes del vuelo. —Lo vio sonreír y atravesar la puerta de la cabina.

—Señorita Lyon. —Una de las azafatas la llamó desde la parte de atrás del avión—. Por aquí.

La chica le señaló uno de los sillones. El avión era una especie de salón privado, como otros en los que se había montado. Vio que en el techo había lo que parecía una pantalla desplegable. Pero no tenía ganas de ver nada. Solo de echarse y no pensar en nada.

Se sentó en el sillón que le dijo la chica y dejó el bolso en una pequeña mesa baja que había junto a ella. Se abrochó el cinturón y buscó los auriculares en el bolso.

Desbloqueó el móvil para desconectar el internet y encontró un mensaje en el chat de las hadas madrinas.

«Unicornios *forever*».

Y hasta muerta de miedo y con demasiadas dudas, logró hacerla sonreír.

2

Había llegado a coger el sueño varias veces, no sabía bien por cuánto tiempo. Tampoco había sido muy profundo. Era un continuo despertar y volver a dormir como todas las noches previas, en las que el tiempo que no dormía simplemente permanecía quieta con los ojos cerrados. El avión y el salón interior se habían sumido en una completa oscuridad durante muchas horas, pero ahora se podía apreciar la luz en las rendijas mínimas que dejaban las persianas que cubrían las ventanas.

Es de día, estamos cerca.

Y el cuerpo se le hizo ligero de inmediato.

África, selva, sabana, y Mr Marlowe.

La ligereza aumentó. Nadie le había dicho ni una sola palabra sobre él. A pesar de haber preguntado varias veces, Marlowe parecía ser un misterio para todos. También era cierto que no se había atrevido a preguntarle a ninguno de los que lo conocían bien, los Misters.

Miró hacia la puerta de la cabina, aún tenía una oportunidad. Dentro de los Misters, Stoker parecía ser el más accesible, o al menos con el que más fácil era hablar, y eso que uno de ellos era el marido de su hermana.

Se incorporó y se sacudió la cabeza para que el pelo bajase a su lugar. Bajó la mirada hacia sus zapatos, se los había quitado para estar más cómoda tumbada. Tiró del algodón de su vestido para que volviese a quedar en su lugar, justo a la altura de su rodilla, y metió los pies en el interior de sus zapatos. Sabía que no le costaría acostumbrarse a las botas que llevaba en una de las maletas, planas, bastas y con demasiados refuerzos, incluidos tobillos y pantorrillas. Prefería no preguntar las razones, una parte de ella las sabía.

Y ahí estaba la muestra de lo desesperada que se sentía para aceptar todo eso en una necesidad de cambio.

Se puso en pie y enseguida acudió a ella una de las azafatas.

—Miss Lyon, no puede levantarse ahora, vamos a aterrizar —le dijo.

Mierda.

Volvió a poner el culo en el sillón y la ligereza se hizo tan intensa que pensó que el avión ya estaba descendiendo, se abrochó el cinturón.

Ahora sí, Mary Kate, esto ha comenzado.

Las persianas de todo el compartimento se elevaban y la luz penetró en él. Un sol fuerte y luminoso que hizo que entornase los párpados. No estaba acostumbrada a aquel tipo de luz, le recordó a las visitas a tía Vicky en Italia o cuando iba a ver a tía Natalia a España.

Calor, es lo único que sabía que sentiría durante todo el tiempo. Un calor sofocante, supuso. Con su tono de piel más le valía no dejar lejos la protección solar o no podría tumbarse durante días, al menos eso le dijo el médico dos días atrás. También le recomendó unas pastillas para aminorar ese efecto solar, aun así, le dijo que no se expusiera demasiado. Su piel no lo soportaría. Se inclinó para mirar a través de la ventana, nunca había viajado a África, era su primera vez. Se acercaban a una pequeña ciudad, una ciudad muy similar a cualquier otra de cualquier parte del mundo. La diferencia estaba en lo que le rodeaba, una extensión de tierra que se perdía en el horizonte.

La ligereza de su cuerpo se mezcló con la sensación levemente vertiginosa del descenso del avión. Cerró los ojos.

Mi nueva casa durante los próximos meses.

Volvió a abrir los ojos, la extensión abierta desaparecía de su vista a medida que bajaban y llegaban únicamente las construcciones y bloques de viviendas.

Y sintió cómo el avión parecía posarse y aferrarse al suelo, su cuerpo basculó ligeramente sintiendo cómo el cinturón le apretaba. El lugar en el que le habían puesto las vacunas aún le dolía cuando se rozaba con algo.

Y el avión se detuvo.

Señorita Lyon, está usted en un problema enorme.

Exhaló el aire con fuerza.

Muy grande.

Se desabrochó el cinturón y, ahora sí, se puso en pie. Cogió su bolso y se apresuró a la puerta de la cabina ignorando que una de las azafatas había abierto la boca para decirle algo.

Frenó en seco al encontrarse de frente con Stoker. Pensaba que él tendría que quedarse dentro más tiempo, aunque tampoco tenía mucha idea de aviones ni de lo que había que hacer una vez aterrizado.

—¿Estás bien? —Tenía que ser muy evidente que no.

Alzó la mirada hacia el piloto. No lo conocía de nada, pero no tenía a nadie más.

—No —le respondió y él alzó las cejas—. Estoy espantada. Y nadie me dice ni una sola palabra de Marlowe ni de cómo es esto. —Desvió la mirada un instante hacia una de las ventanillas mientras volvía a exhalar el aire—. Me dicen la reserva, la reserva. Como si yo supiera qué demonios es una reserva. Hércules me ha nombrado a una tal Maya y a una… Sabrina. —Vio la sonrisa irónica de Stoker—. Que ni siquiera sé si es una mujer o un animal. —Volvió a coger aire—. Y llevo tres días… —La última vez fueron los mensajes en Ramson, cuando ella le dijo que no podía cogerle la llamada—. Tres días que Marlowe ni siquiera me responde a los mensajes ni me coge el teléfono.

Se formaron unos pliegues en la frente de Stoker cuando todo su rostro tomó una expresión

irónica.

—¿Y que Marlowe haga eso te preocupa? —volvió a sonreír—. Marlowe desaparece semanas.

No sabía si eso era verdad o una más de sus ironías.

—Ahora mismo me preocupa todo. —Y era verdad, la ansiedad no dejaba su mente quieta. Hasta llegó a pensar que Marlowe se había arrepentido de meterse en aquel lío y en aquella invasión en su vida.

Porque tenía que reconocer, que con el carácter independiente que debía tener, que aceptarla allí sería igual de desagradable para él que para ella.

Pero Stoker no parecía darle importancia, quizás para no preocuparla, o es que era una versión de Vicky en Mister, siendo el más inconsciente del grupo.

La sonrisa de Stoker se amplió.

—Hace tres días Marlowe fue a otra batida por el río —respondió Stoker—. Están buscando a un cocodrilo que se ha acercado demasiado a la parte que abastece a un poblado y necesita trasladarlo a otro lugar.

El labio inferior de Mary Kate se desplazó hacia abajo junto a su barbilla, sin poder evitarlo, y dejando sus labios formando un óvalo.

—Así que, aunque no nos haya escrito ni a ti ni a mí, si no ha acabado en el estómago de un cocodrilo enorme o en el fondo del río, estará ahí abajo esperándote.

El óvalo que formaban sus labios seguía inmóvil.

—Él es Laurence Marlowe, así que tienes que empezar a seleccionar bien el matiz de todo lo que te preocupe, o me llamarás en unos días para que te recoja. —La sonrisa de Stoker pasó a ser una leve risa mientras daba unos pasos hacia la puerta del avión, ya abierta.

De esto no me habían dicho una palabra.

¿Lo sabían todos? Posiblemente y eso explicaba que su padre insistiese tanto en que lo pensase mejor.

Se llevó la mano a la cara.

—No, no ha acabado en el estómago de un cocodrilo. —Oyó decir a Stoker desde la plataforma.

Marlowe estaría abajo.

Menos mal.

La ligereza se hizo tan intensa que casi no podía dar un paso, esperó a que su cuerpo sufriera aquel calambre que le provocaban la inseguridad y el miedo. Pero no llegó, solo quedó la sensación ligera mantenida unos instantes.

Giró la cabeza para mirar fuera, Stoker se había apoyado en la barandilla mirando hacia abajo.

—Señorita Lyon. —Era una de las azafatas que le daba el abrigo. Un abrigo que ya no se pondría, a juzgar por la temperatura que desprendía aquella puerta abierta.

—¿Podría llevarlo con mis cosas? —le pidió ella.

O tirarlo a la basura.

Porque ya le sobraban hasta las medias. Por suerte había previsto algo y su vestido de algodón era de media manga. Tenía que salir, Stoker ya no estaba en la plataforma, estaría bajando las escaleras, unas escaleras que estaban en el lateral de la plataforma y no podía verlas.

Sacó medio cuerpo y un pie, y pudo ver a Marlowe justo a los pies de la escalera lateral. La ligereza en su cuerpo aumentó aún más.

Dios, ¿lo recordaba tan grande?

Stoker pasaba a ser alguien mediano en la imagen.

Su tacón hizo un sonido sordo en el metal del suelo cuando lo apoyó, y quizás fue ese sonido lo que hizo que Marlowe enseguida moviese la cabeza para mirarla a ella, en un gesto reflejo tan brusco y rápido que hizo que el propio Stoker también se girase para mirarla a pesar de acabar de bajar el último escalón.

La joven se agarró a la baranda, porque aunque estaba acostumbrada a aquellos zapatos con tacón alto y plataforma en la parte delantera, su cuerpo aún no estaba del todo seguro para una escalera tan empinada.

Fue a alzar la otra mano para saludar, pero Stoker se había vuelto a girar hacia su amigo. Los vio abrazarse y oyó el sonido de las palmadas que acompañaron al abrazo y que sonaban a golpes en un saco de boxeo.

Que me lo hacen a mí y me desmonto.

Lo de sus tacones en el metal del suelo bajando cada escalón estaba siendo una vergüenza escandalosa, por suerte ellos seguían diciéndose cosas a corta distancia, más palmadas y hasta se escuchaba la risa de Stoker. Desde las escaleras podía ver bien el pelo de Marlowe, una melena rubia, aunque más dorada y algo más oscura que la de ella, que le caía a los lados a leves ondas.

Los dos se retiraron un poco uno del otro y pudo verlo mejor. Su imagen era muy diferente a lo que había visto de él. En los eventos en los que había coincidido con él solía llevar la misma indumentaria que el resto de Misters, sobre todo recordaba el traje claro en la boda de su hermana Michelle.

Pero ahora Marlowe llevaba un pantalón de bolsillos estilo militar, de un color verde marrón, demasiado similares a varios que le había regalado su madre y que llevaba en la maleta.

Tuvo que detenerse en la escalera.

Pantalones de bolsillos y camisetas de algodón sin mangas.

Justo la ropa que llevaba Laurence Marlowe.

Sabían mucho más de lo que me han contado.

Tuvo que abrir la boca para que le entrase el aire y acabar de bajar los escalones. Bajó dos, solo le quedaba uno.

No, no lo recordaba tan grande.

O solo recordaba el tamaño a lo alto y había obviado lo que ahora con menos ropa y a piel descubierta se veía tan evidente, el volumen.

Estuvo a punto de abrir la boca tanto como lo había hecho en el avión cuando Stoker le dijo la razón por la que Marlowe no respondía a los mensajes. Con aquella camiseta, el hombro y los brazos de Marlowe quedaban completamente al aire. Y aunque el pecho y la espalda estaban cubiertos, el algodón pegado no dejaba mucho margen a imaginar.

Menudo bicharraco.

Bajó el último escalón siendo consciente de que su delgadez junto a él se tornaría en algo débil y escuálido. Ni juntando sus dos muslos harían uno de él y necesitaría cuatro brazos suyos para acercarse a solo uno de Marlowe.

Con los tacones de diez centímetros y la plataforma, su frente apenas le llegaba al hombro. Ni usando el de doce, el que reservaba solo para ocasiones, le alcanzaría ni siquiera a la barbilla.

Bajó el último escalón y llegó hasta ellos.

Llamaba la atención el color de su piel, supuso que en origen no sería un color muy distinto al de ella, pero tantas horas al sol le habían dado aquel tono tostado, como si hubiese estado los últimos meses de vacaciones en un barco.

Se sobresaltó levemente al ver que la mirada de Laurence Marlowe se dirigía hacia ella.

Me ha pillado mirándole el brazo.

Tuvo que levantar la cabeza más que de costumbre cuando miraba a alguien. Medir casi metro noventa con tacones no era suficiente ni mucho menos. Mirar a Marlowe era como volver a la infancia y mirar a tío Erik, hasta aquel momento la imagen de un coloso que tenía en la mente, que ahora competía con Hércules. Marlowe los superaba a todos. Su nuca tendría que acostumbrarse a aquella inclinación.

Vio que Marlowe se detenía un instante en sus ojos, quizás acostumbrado a los de Michelle o bien porque era la primera vez que la veía al sol. Aquel defecto genético heredado de una mujer llamada Jane y que, aunque no lo pareciese, era su madre real, que supo amortizar con matrimonios tremendamente rentables. Se quitaría, eso decían los médicos, el violeta iría desapareciendo y solo quedaría el azul, de hecho a Michelle solo le quedaban restos. Ella, como siempre, era más lenta para todo que su hermana, incluida la melanina de los iris, así que su violeta era más notorio. Algo que no le gustaba a media distancia. Perdía naturalidad y elegancia. Tal como le decía Igory, parecían más unas lentillas de una adolescente friqui que los ojos de una señorita.

—Bienvenida. —Su voz hizo que hasta el cocodrilo que rondaba el río del poblado pudiese

parecer inofensivo.

Este tumbará los árboles cuando grite.

—Gracias —respondió ella a media voz.

Se apartó levemente de ellos para que pudiesen acabar de saludarse y hablar sin que ella estuviese delante, se dirigió hacia el lateral del avión para ver cómo bajaban sus cosas.

Buscó su móvil en el bolso y le dio línea.

«Papi, ya estoy aquí. Todo *ok*. Te quiero».

El primer mensaje tenía que ser para él.

3

El olor de flores blancas y vainilla de Mary Kate Lyon se alejó con ella mientras sus tacones producían un sonido menos escandaloso en el suelo de la pista.

—Aquí la tienes —dijo Stoker a media voz.

Tuvo que asentir varias veces mientras la sonrisa de Stoker se ampliaba.

—Verás como no es tan desastroso como parece —añadió Stoker.

Sin haber acabado de asentir, movió la cabeza para negar con ella y Stoker soltó una carcajada.

—Con ese olor que lleva ni envolviéndola en una mosquitera la salvaría aquí —dijo y Stoker tuvo que girar la cabeza para reír—. Y espero que traiga otro tipo de zapatos.

Stoker le puso la mano en el hombro.

—Todas esas maletas son suyas, así que seguro que trae de todo.

El ceño se le frunció de inmediato al ver cómo bajaban varias maletas del avión. Algo que ya intuía cuando ella le preguntó por un almacén o trastero. Reservar una habitación en el hostal pasó de ser una buena opción, a ser una idea brillante y necesaria.

El pelo de Mary Kate brillaba al sol sobremanera, un pelo fino, suave y liso sin ningún enredo, que colgaba tras un flequillo que se abría desde la mitad de su frente. No creyó que fuese ese su pelo natural del todo, el de Michelle tenía menos volumen y caía más recto. El de Mary Kate formaba una onda en la punta que lo enroscaba hacia dentro. Y en teoría, las dos hermanas debían ser iguales.

Aunque era evidente que Mary Kate tenía menos peso que su hermana, quizás también las circunstancias peculiares de sus últimos meses la habían consumido. No lo había notado en los eventos, supuso que los trajes de fiesta lograban eclipsarlo, pero fuera de que su constitución fuese fina, aquella joven no estaba en su mejor momento físico.

También acababa de comprobar que la chica tenía la barbilla más sobresaliente que Michelle y el hoyuelo menos marcado que su hermana. Dentro de ser gemelas, Mary Kate se parecía mucho más a su padre y a su tía Georgina, con la diferencia de que sus labios eran particularmente gruesos. También el violeta de sus ojos era más notable, algo que a su parte bióloga le llamaba la atención. Un misterio de la ciencia que solo afectaba a unos pocos.

Mary Kate leía algo en su teléfono, su vista atendió a la blancura de la piel de la joven hasta en sus manos, que escribían en la pantalla de su móvil con unos dedos finos que terminaban en unas pequeñas uñas curvas pintadas de lila.

—No sé en qué demonios estabais pensando ni en qué demonios estaba pensando yo —dijo y

la risa de Stoker regresó. Marlowe volvió a negar con la cabeza.

Volvió a mirar a la joven.

—No va a ser nada, ya verás. Unos pocos meses aquí, luego grabaremos el documental y se acabó. Ella regresará a Londres —dijo su amigo—. Y todo volverá a ser como antes para ti.

Y parecía tan fácil en la cabeza de Stoker que hasta podría llegar a convencer a un imbécil.

—Si tú lo dices… —Volvió a mirar a Mary Kate.

El pelo platino le caía por el perfil de su cara formando un marco dorado.

Era extremadamente curioso. Así, en aquellas mismas circunstancias, era como solían llegar la mayoría de los animales a la reserva; escuálidos, inseguros y muertos de miedo.

Y solo había necesitado unos segundos para verlo.

Ahora entendía bien a Mr Lyon y aquella escueta conversación en la boda de Blake. Él estaba dispuesto a enviarle uno de sus mayores tesoros. Un león roto enviado al lugar donde van los leones rotos, porque él solo no sabía cómo arreglarla, y eso le dolía sobremanera como padre.

Mary Kate no era una mujer como otra. Allí dentro había un león. Como lo había dentro de su padre y dentro de toda su familia, sin excepción.

Pero el suyo estaba roto.

Tendría que seguir observándola, solo lo había hecho unos segundos y ya había una cosa que tenía clara.

Hasta en aquellas circunstancias lamentables, el tesoro de Mr Lyon era de una belleza extraordinaria.

4

«¿Ves como no era por ninguna de esas idioteces que pensabas?», le había escrito su hermana desde el chat de las madrinas. «Te dije que seguro que tenía una explicación más normal».

«Buscar cocodrilos no sé hasta qué punto entra en explicación más normal», escribió tía Vicky y su madre lo llenó de risas.

Entró un mensaje de su tía Natalia.

«Esas idioteces que a MK se le pasan por la cabeza se llaman Igory Ramson, ahora mide a todo el mundo según la lógica y comportamiento de ese capullo. Y la lógica de desaparecer siempre se traducía en algo malo contra ella. Necesita tiempo».

Alzó las cejas al leerlo y se apresuró a escribir.

«Esto va a ser peor de lo que imaginaba, ¿verdad? Por eso nadie me decía nada». Le dio a enviar, aunque le hubiese gustado escribir mucho más.

«Ya estamos con la negatividad», respondió su tía Vicky.

¿Negatividad? Esto es una puñetera jungla. Un cocodrilo, madre mía.

«Verás como todo va a ir bien». Esa vez era tía Mayte.

«Al principio te costará, como todos los comienzos», dijo su madre.

La joven se mordió el labio superior y lo absorbió hacia dentro.

«¿Al principio me costará que no me coma un cocodrilo y luego ya lo llevaré mejor?». Le dio a enviar. Se hubiese reído de sus propias palabras, pero no era ironía ninguna, era literal.

«A ver, te dijimos que no ibas a estar en un resort», respondió su madre.

«Vale, y asumí que me esperaba una casa en medio de la nada sin mucho espacio».

«Pues ya está», respondió su hermana.

«No, no, pero hay que decirle la verdad», dijo su tía Vicky y MK frunció el ceño. «No estaban a favor, pero yo creo que debes saberlo desde el principio».

Tía Vicky seguía escribiendo.

«Tú hazle caso a la madrina Vicky, que es muy vieja y sabe mucho. Y no te va a pasar nada».

Vicky seguía escribiendo.

«Eso va a estar lleno de bichos de todo tipo y animales salvajes, algunos de ellos peligrosos. Serpientes, lagartos, cocodrilos, hienas, leones… Pero, como ves, Marlowe lleva años allí y está como una rosa. Así que no te separes de él. Pero no separarte de Marlowe es literal, no te alejes de él más de dos metros en estos meses allí, si es solo un metro mejor ¿vale? Todo el tiempo, MK, pégate a él a todas horas. Y no va a pasarte nada.

¿Pero ese qué consejo es?

«¿Ya, Vicky? ¿Tan pronto?». Le puso su madre a tía Vicky y llovieron las risas de todas, hasta las de su hermana Michelle.

«Con la edad voy perdiendo la paciencia», respondió su tía y se multiplicaron las risas.

Pero ella no tenía ni idea de a qué venía todo aquello.

«Hermana, tengo una curiosidad», escribió Michelle. «¿Papá te ha dicho que no hagas nada de lo que diga tía Vicky?», le preguntó.

¿Por qué va a decirme que no haga lo que me diga tía Vicky?

Siendo Vicky su persona favorita de la familia, no procedía mucho que su padre le dijese eso.

«¿Eso suele decir? Hay que ver la tirria que me tiene el Lyon de las narices».

Más risas.

«No», respondió ella a su hermana y su mensaje se perdió entre más risas.

«¿No? Fantástico», escribió Vicky. «Entonces vamos a hacer un documental de puta madre. Ya verás. Nos va a salir de categoría».

Llegaron aplausos al chat.

«¿Ya estáis de camino a la choza?», preguntó su hermana.

¿La choza? ¿Es una choza?

«No, estamos aún en la pista del avión. Está Marlowe con Stoker».

Los miró de reojo, ellos seguían hablando.

Se hizo el silencio en el chat.

Chat alternativo

Vicky: Stoker, vete ya a tomar por culo, hombre. Y deja a esos dos solos, que estamos perdiendo el tiempo.

Mayte: Pero qué brutísima eres, Vicky. Por Dios.

Wilde: Jaaaaajajajaja. Este chat es mejor mirarlo cuando está uno solo.

Blake: Tú ya tienes fama de loco, Wilde, da igual.

Lyon: Me parece que va a ser mejor que yo no esté por aquí.

Damon: ¿Ya, Chris?

Lyon: Si es que con Vicky es imposible.

Stoker: Jajajaja. Ya, ya me voy.

Natalia: Desde luego que el chaval le echa paciencia. Porque encima que ha ido hasta allí a llevar a MK… Sí que es para mandar a tomar por culo, pero Stoker a Vicky. Que no lleva ni diez minutos con Marlowe.

Blake: Jajajaja.

5

Nadie hablaba y era extraño que todas se callasen a la vez. Tuvo que mirar la cobertura, estaban todas las líneas, sin embargo. Sacudió el móvil y se movió del sitio. Pero seguían sin llegar mensajes.

¿Será de los aviones?

Guardó el móvil, cuando saliese del aeropuerto lo miraría. Cogió aire y lo echó de golpe.

Una choza.

Otro pequeño inconveniente que tampoco le habían dicho. Miró a Stoker y a Marlowe.

Una choza.

Si cabía Marlowe dentro, no podría ser muy diminuta. El espacio justo.

Yo solo espero que no tenga novia, amiga o lo que sea.

Soltó el aire de golpe. Sería terriblemente incómodo. No le habían dicho nada de que Marlowe fuese completamente soltero, pero ya de lo que no le decían no podía deducir nada.

Stoker parecía haber recibido un aviso en su teléfono, y en cuanto bajó la mirada hacia la pantalla estalló en risas. Eso sí le había contado Michelle, que había un chat de Misters muy similar al que tenían sus tías con ellas. Así que Marlowe también lo habría recibido, pero él no pareció buscar el suyo en ningún bolsillo de los que llevaba su pantalón. Quizás ese mensaje vendría de otro lado, o bien Marlowe pasaba del móvil completamente, algo que ya sabía que también solía hacer.

Stoker dio unos pasos alejándose de su amigo, Marlowe avanzó para apartarse del avión, justo el camino que había tomado el carro con sus numerosas maletas.

De nuevo tuvo a Stoker junto a ella.

—Buen viaje de vuelta y gracias de nuevo —le dijo ella y él sonrió con ironía mirando hacia Marlowe.

—Aunque sea enorme y pueda dar algo de miedo, tranquila. —MK se sobresaltó al oírlo y alzó la mirada hacia Marlowe—. En cuanto a Maya, no se suele acercar a la casa cuando hay gente, no tendrás problemas. Con Sabrina quizás, no le gustan los extraños en casa. —Aquellas palabras de Stoker hicieron que ella girase la cabeza para mirarlo a él.

—¿Sabrina es una mujer? —preguntó enseguida y Stoker comenzó a reír mientras se alejaba de ella.

¿Ahora que me está soltando cosas se va? No, no, no.

Dio un paso hacia él, pero Stoker se alejaba aún más.

—Guarda bien todo lo que aprecies, si puede ser, mejor bajo llave —añadió él—. Y disfruta

de tu estancia, señorita Lyon. Nos vemos… —Miró su reloj y pasó la pantalla—. Cerca de Navidad —añadió.

Ella asintió con resignación y alzó la mano para despedirse, lo hizo sin mucha efusividad y a él pareció hacerle gracia.

Pero no me dice quién coño es Sabrina.

Stoker ya subía las escaleras del avión, volver a preguntarle sería tener que hacerlo alzando la voz y Marlowe la oiría.

Aquí entre unicornios y Misters la llevo clara. Es como si todos se hubiesen puesto de acuerdo.

Ella se giró hacia donde estaba Marlowe, no era difícil localizarlo. Al menos iba a ser fácil no perderlo mucho de vista.

Comenzó a dar pasos hacia él, que se había detenido a unos metros del camino hacia el edificio. Se detuvo frente a él al ver que no avanzaba. Marlowe miraba el avión de Stoker, ya estaban retirando la plataforma y cerrando la puerta. Pronto comenzaría a andar hacia otra parte de las pistas.

Los ojos de Laurence Marlowe eran la mezcla exacta del verde y el azul claro, de esos iris que según les diese el sol parecían de un color diferente. El color exacto que solía salirle cuando intentaba hacer mezclas de pintura muchos años atrás en edad escolar, y que Michelle siempre le rectificaba hacia el azul o el verde. Y aquel color difuso bajó hasta ella e hizo que se enderezase.

Espero no haber sido muy descarada mirándolo, que eso es de mala educación.

Marlowe la miró un instante en silencio, quizás como respuesta a haberla encontrado mirándolo con demasiado detalle.

—Señorita Lyon, hueles excesivamente bien.

Y no sonaba a ningún cumplido.

¿Cómo?

—Le vas a encantar a demasiados elementos molestos que pueden hacer que acabes en urgencias.

Ella se llevó la mano al cuello enseguida, uno de los lugares donde se había echado el perfume. Allí entre los dedos encontró aún la gargantilla que le había regalado Igory. Su último regalo apenas unos días antes de la ruptura.

—Aquí es más aconsejable no añadir nada más a tu olor corporal.

Porque me van a comer los bichos, ya.

La joven asintió varias veces. Ya estaba embadurnada, solo esperaba que Marlowe no le dijese que se tirase de cabeza al río para quitarse el olor. Porque prefería los insectos que un cocodrilo.

Y yo odio los insectos.

Suspiró levemente mientras él comenzaba a andar y recibió una especie de calambre en un brazo que hizo que se pasase la mano por él varias veces. Ya le estaba picando todo.

Buscó en su bolso el espray que le había aconsejado la doctora y lo agitó. Cerró los ojos y se roció con rapidez, vestido incluido.

Miró el bote.

Mi mejor amigo los próximos meses.

Solo esperaba no acabar en el hospital, porque sería un comienzo terrible de proyecto. Y no estaba para muchos contratiempos. En aquel momento podría ahogarse en un charco de un palmo.

Guardó el espray y buscó con la mirada a Marlowe. Estaba a varios metros, pero por suerte se había detenido para hablar con los que llevaban el carro de las maletas.

Como siempre vaya tan deprisa, mal lo llevo.

Era capaz de apresurarse a pesar de llevar tacones, estos resonaron en el suelo y de nuevo llamaron la atención de Marlowe.

—Ellos van a llevarse tus cosas, tú ven por aquí. —Se dio media vuelta y entró en el edificio.

Siguió la espalda de Marlowe por el interior del aeropuerto. Eso era lo que quedaba a partir de ese momento, seguir los pasos de aquel coloso que imponía a la vista. Tuvo que aguantar la risa cuando vio a tres turistas mirarlo con la boca entreabierta.

Llegaron hasta unos despachos, Marlowe se adelantó y llamó a alguien que estaba en el interior. Ahora quedaba lo más pesado, todo el papeleo.

—Pasa, te están esperando.

Ella dio unos pasos hacia el umbral. No sabía qué le habría dicho Marlowe a aquella gente, pero tanto el hombre como la mujer pusieron la misma expresión que los turistas al ver a Marlowe, pero al verla a ella.

—Señorita Lyon —le dijo el hombre—. Siéntese.

MK miró tras ella, pero su coloso ya no estaba allí, recorrió con la mirada aquella parte del aeropuerto, pero tampoco lo encontró. Perderlo de vista tan pronto no era algo que tuviese previsto y aumentaba la ligereza de su cuerpo.

—¿Señorita Lyon? —volvió a llamarla el hombre.

Y no tuvo más remedio que entrar y tomar asiento, de nuevo miró a través del cristal, solo se veía gente pasar.

—Así que vas a trabajar con Mr Marlowe —le dijo el hombre y tuvo que mirarlo.

Aunque tardó unos segundos en recordar lo que le había dicho.

—Sí, algo así —respondió y la mujer sonrió.

—Siempre recibe solo visitas, es la primera vez que viene alguien a trabajar con él —añadió el hombre.

Ella volvió a girar la cabeza hacia el cristal. Marlowe parecía haberse disuelto por completo, porque esconderse con esa envergadura no sería muy posible.

Firmó varios documentos y entregó todo lo que le había preparado Alan Blake. Pasaron unos quince minutos, ya casi habían acabado. Y la ansiedad de acabar y no saber a dónde acudir comenzaba a hacer presencia.

La mujer le devolvió la carpeta.

—Bienvenida, señorita Lyon, espero que disfrute de su estancia aquí.

—Muchas gracias. —Cogió la carpeta y la guardó en el bolso.

Se puso en pie para salir y se dio media vuelta hacia la puerta. Laurence Marlowe estaba en el umbral, al menos lo que este le dejaba, porque parte de su frente no cabía si no era inclinado.

En aquella postura el marco hacía sombra en sus ojos y su frente, dejando solo a la vista parte de su nariz, los labios y su mandíbula. Unos labios gruesos que mantenía cerrados y le dejaban contemplar al completo su forma. Era como si no le hiciese falta espirar por ellos. Ni siquiera su pecho parecía moverse al respirar.

La tranquilidad suprema que desprendía su imagen hizo que la ligereza acumulada en su cuerpo se alzase aún más para luego caer en peso como un plomo, asentándose por completo a través de los pies en el suelo, en una relajación placentera que hizo que espirase despacio el aire que había contenido cuando se puso en pie.

Marlowe se echó a un lado para dejarla salir.

—¿Ya podemos irnos? —preguntó y Marlowe asintió con la cabeza, pero seguía observándola sin avanzar un paso y sin decir ni una palabra. Era la segunda vez que él lo hacía y ya dudaba que fuese en venganza por haberle mirado el brazo demasiado tiempo. No era por eso y la sensación que le provocaba era tremendamente incómoda. Y también tremendamente placentera.

Porque lo de aquel hombre era otro nivel.

—¿Y mis maletas?

—Ya han salido —respondió él dando un paso al fin.

—¿Hacia tu choza? —Regresaba la velocidad al andar, pero esa vez se propuso seguirle el ritmo y no ir detrás, aunque tampoco él iba muy deprisa.

Lo vio contener la sonrisa.

Ay madre, que le he dicho choza.

Regresaron los golpeteos de los tacones en el suelo. Un sonido que volvía a hacer que él mirase sus zapatos y hasta los siguiese con la mirada.

—¿Choza la llaman? —preguntó él.

—¿Quiénes? —Su respuesta haciéndose la distraída hizo que contener la sonrisa para Marlowe fuese más complicado.

—Quienes te lo hayan dicho.

—Mi hermana Michelle. —Esa vez la carcajada solitaria y contenida en él acabó en una especie de rebote en su estómago, que era esa parte del cuerpo que estaba debajo de un pecho que no cabría ni en su propio sujetador.

MK bajó la mirada hacia el suyo propio para luego dirigirla al de Marlowe.

Yo creo que tiene más tetas que yo.

Y eso que ella se las aumentó unos años atrás. No mucho, tan solo para no verse tan delgada. Y ahora que había perdido tanto peso con los problemas con Igory, se alegraba de haber tomado la decisión de operarse, al menos abultaba en algo. Esperaba no perder allí más peso aún, o saldría volando en el primer vendaval de Londres.

—Todas las maletas no van a mi casa. —Lo oyó decir, Marlowe había dejado de mirar sus zapatos para observar cómo ella miraba el pecho de uno y de otro.

Mierda.

Nunca tuvo muy afinado el disimulo, pero con Marlowe estaba siendo bochornoso.

Pasaron por un control y ya pudieron salir a la calle.

—He reservado una habitación en una pensión durante toda tu estancia, allí podrás almacenar lo que no necesites en la casa. —Bordearon la barrera que llevaba hasta un aparcamiento—. Y dormir los días que quieras.

Los días que quieras deshacerte de mí. Sabrina es una tía, entonces.

Llegaron hasta un coche tosco. Un tipo tracción a las cuatro ruedas sin techo color café, los coches que acostumbraba a ver a través de la ficción en ambientes como aquel. Donde debía tener el techo solo había una pequeña estructura, una especie de barrote con tres focos.

No tenía asientos individuales, era un sillón largo en la parte delantera y otro en la parte trasera, podrían caber bien allí seis personas. Atrás había un habitáculo a modo de maletero al aire libre y un pequeño compartimento.

El bolso lo dejó a los pies del asiento y se subió al coche. Era muy alto, tuvo que sujetarse el vestido para que el algodón no se desplazara y enseñase a Marlowe la entrepierna de los pantis. Aquella parte tupida era horrible.

El asiento era cómodo, no esperaba que un vehículo tan tosco tuviese aquel asiento tan mullido. Aunque con el motor en marcha la vibración era notable.

—Ya te he dicho en muchas ocasiones que no quiero ser una molestia —le dijo a Marlowe, mirándolo de reojo. Se detuvo un instante a observarle el perfil, la forma de su nariz le suavizaba el rostro. Era curioso que eso hubiese pasado desapercibido en un primer momento, un aspecto tan… peculiar, una bestia salvaje, un titán, un coloso, una imagen aparentemente bruta con una nariz recta que se ensanchaba levemente en las aletas y apuntaba hacia arriba.

Menuda nariz bonita.

MK dejó caer los párpados levemente, a corta distancia Marlowe no era una imagen bestia ni bruta. Y al sol aquel color de ojos era absolutamente celestial.

Y ya no sé ni lo que estaba diciendo antes.

Giró la cabeza hacia el lado contrario y miró a través de donde hipotéticamente estaría la ventanilla de un coche normal. Pasaban por una calle de casas y bloques bajos.

Que no quiero ser una molestia. Eso estaba diciendo.

—No es necesario que me tengas pegada a ti todo el tiempo. Puedo… quedarme unos días en tu casa y otros en el hostal. No hay problema. Te lo digo para que no pienses que he venido a fastidiarte ni mucho menos. Sé que te gusta estar solo.

Para lo que sea que hagas, solo o en compañía.

Vio que los ojos de Marlowe se movieron hasta alcanzarla un instante para regresar a la carretera enseguida.

—¿Lo sabes según la misma fuente que lo de la choza? —preguntó él y ella se enderezó en el asiento.

Tenía que reconocer que lo de solitario lo había deducido ella sola por comentarios aleatorios.

—No, pero es algo evidente.

Marlowe asintió despacio, sintió que quizás debía argumentar algo más su afirmación.

—Llevas aquí muchos años y se te ve incómodo en las fiestas entre tanta gente —añadió enseguida.

Marlowe giró en la esquina de la avenida.

—A ti también —respondió él y Mary Kate notó cómo todo su cuerpo se tensaba con demasiada incomodidad.

Bajó la mirada enseguida mientras el coche aceleraba por una carretera más recta. Salían de la urbe.

Incómoda en las fiestas.

Era imposible estar cómoda cuando Igory era impredecible, cuando en cualquier momento y en cuestión de segundos pudiera sentirse humillada, abochornada y tener que echar a correr. O aún peor, tener que quedarse y aguantar la vergüenza y las miradas, y más acciones de Igory.

¿Marlowe lo sabía? Lo sabía. Pensaba que todo aquello no era tan evidente en las reuniones. Los Misters siempre andaban en grupo hablando y riendo. Y ella solía estar alejada tanto de ellos como de su familia. No esperaba que ninguno lo hubiese visto. Pero él sí lo había visto.

Y regresó aquel bochorno que parecía perseguirla aunque se hubiese ido a la otra punta del planeta. No poder desprenderse de él, como si se hubiese pegado a su cuerpo y aunque se sacudiese, seguía aferrado impidiéndole dar un paso.

Marlowe ya sabía lo que tenía delante de sus ojos, daba igual que ella intentase aparentar

algo que no era. Era simplemente Mary Kate. Y cargaba con todas las piedras del edificio derruido que cada vez veía más difícil reconstruir.

Ya le estaba quemando el sol en los brazos, se pasó la mano por uno de ellos.

—¿Dónde vamos? —Estar callada solo hacía que aquella sensación de vergüenza continua aumentase.

Trató de tragar saliva. El bochorno esa vez llegaba acompañado de cierto picor en la garganta y de una leve sensación húmeda en los ojos. Volvía a acordarse de su familia, no sabía muy bien por qué la pena aumentaba cuando pensaba en su padre. Quizás porque le dolía mucho no ser lo que él hubiese merecido que ella fuera y que encima se resignara y la siguiese queriendo igual.

Su último mensaje en el móvil. «Todo va a ir bien».

—Al hostal Karibu, es la hora de comer —respondió Marlowe—. Y no hay cerca de esa choza mucho más donde elegir.

La ironía de Marlowe la hizo contener la sonrisa.

—A dónde vamos todo está lejos —añadió Marlowe—. No sé si eso también te lo han dicho.

Ella asintió con la cabeza. En medio de la nada. Una nada con demasiados elementos, unos con más peligro que otros. No sabía cómo Marlowe había elegido esa vida, pudiendo tener otra completamente cómoda en una ciudad como era Londres.

Volvió a mirarlo. Era evidente que no tenía nada que ver con el resto de los Misters, si nunca lo hubiese visto, nunca lo habría imaginado con un grupo de amigos así.

—¿Cómo acabaste aquí? —La joven desvió de nuevo la mirada hacia el lado contrario. Las casas cercanas a la carretera cada vez estaban más espaciadas y comenzaban los árboles.

—Estos años nunca he estado demasiado tiempo en ninguna parte. No empecé solo, éramos un grupo y nos movíamos por África. Luego me fui apartando de ellos para seguir el trabajo que vine realmente a hacer, y seguí moviéndome por distintos centros de animales, hasta que decidí que todos eran demasiado pequeños. —Se detuvo en un cruce de carreteras y volvió a tomar otra salida—. Fui probando posibilidades de terrenos de reserva, hasta que encontré este.

—¿Y es definitivo?

—Nunca tomo nada como definitivo, pero… aquí tengo todo lo que necesito para hacer mi trabajo tal y como quiero hacerlo. Sin muchas limitaciones ni para mí ni para los animales.

Sonaba bien. Un lugar donde tener todo lo que se necesita, algo impensable para ella. Ni siquiera Londres parecía tener tantas posibilidades para Mary Kate. Ni Londres ni ningún otro lugar en ninguna parte.

Se dejó caer en el respaldo del asiento mientras el viento templado entraba por el lateral de la duna y le revoloteaba el pelo. No era un coche inglés, el volante estaba a la izquierda y a veces la sensación era extraña. Solo extraña, nada incómoda. El coche tenía una anchura suficiente como para poder ver a través de la luna delantera todo el paisaje como si fuese una pantalla

panorámica.

Tenía todas las cámaras en las maletas, se lamentó de no haber llevado alguna en el bolso. Uno de sus placeres absolutos era la fotografía, la mezcla de enfoques y de colores aleatorios con *zoom* imposibles. Allí podría exprimir aquel placer hasta el infinito, no tenía dudas.

—¿Y el resto de ese grupo? ¿No ha seguido un camino como el tuyo? —Pasó el dedo por el borde de la puerta del coche.

—Algunos sí —respondió—. Están en otras reservas o van y vienen sin tener un lugar fijo, como yo estaba antes. Es el caso de la doctora Bruce. Ahora vuelve a estar por aquí, así que la conocerás pronto. Su especialidad son los primates.

La joven movió los párpados para mirarlo un instante.

¿La doctora Bruce es Sabrina?

Era una posibilidad y tomaba sentido que fuese ella. Alguien que llevaba tiempo cerca de Marlowe, que tendría que conocerlo bien.

Me parece que me voy a tener que ir muchas noches al hostal. Yo con este y la otra paso de estar allí en la choza. Ni que fuera violinista.

—¿Y tú? ¿Cómo acabaste aquí? —Lo oyó preguntar y tuvo que contener la sonrisa.

La explicación era mucho más simple en apariencia de lo que verdaderamente significaba.

—Hace unos días me pusieron un contrato sobre la mesa de mi padre. Y lo firmé.

En un arrebato de desesperación absoluta.

—¿Así? ¿Sin más? —dijo él.

MK se incorporó levemente en el asiento, los árboles comenzaban a abrirse para dar paso a una explanada de pasto seco. A lo lejos pudo ver una manada de algo que no se apreciaba en la distancia. Eran tan solo una mancha marrón en el paisaje.

Volvió a lamentar no llevar la cámara.

—Son antílopes y cebras. —Oyó decir a Marlowe—. ¿Qué sabes de animales?

Marlowe decía que había cebras en medio de aquella mancha marrón, pero desde allí no podía apreciarlo. Le encantaban los colores de las cebras. Desde niña.

—¿Crees que no debería haberlo firmado? —preguntó ella ladeando la cabeza, seguía sin poder verlas.

—¿Qué sabes de animales, Mary Kate? —Ella no le había respondido a su pregunta, por eso quizás él tampoco quiso responder la suya.

—Sé que los perros deben comer una vez al día, que tienen vacunas anuales y que hay que ponerles un líquido en la nuca todos los meses en épocas más cálidas para que no se les peguen los bichos.

Miró a Marlowe y ella tuvo que contener la sonrisa al ver la expresión que tomaba su cara con los frunces en su frente.

—De animales salvajes —tuvo que decir él con la misma tranquilidad con la que solía hablarle.

—¿Mis hermanos cuentan como animales salvajes? —Hasta se giró al completo para ver qué expresión ponía Marlowe esa vez. Que la consideración de coloso tosco se difuminara a uno más humano y hasta irónico tras aquella montaña, acababa de ser un descubrimiento.

Esa vez el cuerpo de Marlowe se sobresaltó levemente estómago arriba y giró la cabeza hacia la ventanilla del coche para reír.

Esta no la vio venir.

Mary Kate tuvo que reír también. Pero no iba a desistir sin que Marlowe respondiese a su pregunta. Estaba comprobando que él no era de esquivar la verdad cuando hablaba. Y se agradecía en una circunstancia repleta de dudas como en la que se encontraba.

—¿Crees que no debería haber venido? —No fue exactamente igual a la pregunta anterior. Pero básicamente, firmar o ir hasta allí, era lo mismo.

Marlowe se enderezó de nuevo en el asiento, su expresión ya no reflejaba ironía. También la risa había desaparecido.

—No tienes ni idea de qué vas a encontrar aquí, ni de las condiciones en las que vas a estar, no sabes nada de los animales con los que vas a tratar y gritas con los insectos.

Claro que grito con los insectos. Cómo demonios sabe…

Enseguida se le vino a la mente un bicho oscuro y alargado sobre la seda color pastel.

La boda de Michelle.

Miró a Marlowe siendo consciente de que las pocas veces que lo había visto, él había visto más de lo que imaginaba.

Ver a la más descolorida y apartada de los Lyon. Siempre pensó que sería invisible. Prefería serlo, desde luego. Para lo que había que ver.

—Entonces no debería haber venido, ¿no? —Que Marlowe ya supiese entre unas cosas y otras que era una pusilánime, mermaba sus esperanzas de que saliese bien de alguna manera.

—No lo has preguntado con exactitud. La pregunta correcta sería, ¿crees que soy la idónea para este proyecto? Mi respuesta: No. Hay multitud de personas acostumbradas a esto y que están especializadas en este tipo de campos para hacerlo en mucho menos tiempo. Tú me has preguntado: «¿Crees que no debería haber venido?». Esa pregunta, tal y como la has formulado, no va dirigida a mí. Y tienes que responderla tú dentro de un tiempo. Porque ahora mismo, Mary Kate Lyon, sea por las razones que sea, estás aquí.

Volvieron a una pista solitaria rodeada de extensiones de tierra. Marlowe aceleró mientras Mary Kate se quedó callada y él respetó el silencio. Siguieron carretera adelante.

—¿Y qué es lo que pasa cuando una persona de ciudad, de una parte en concreto de la ciudad, con unas costumbres y unos…?

No era capaz de decir la palabra.

«Privilegios».

—¿…y una forma de vida que no tiene nada que ver con esto llega aquí? —continuó.

—Es la primera vez que veo el caso, así que no tengo ni idea.

La joven frunció el ceño.

—Pero tu vida en Londres era parecida a la mía.

Esperaba no haberla cagado. Hasta lo que sabía, Hércules y Blake eran los únicos de los Misters que no pertenecían a familias acomodadas. Marlowe no tenía familia, eso también lo sabía.

—Lo era, pero no exactamente, así que no es el mismo caso —respondió—. Yo siempre quise esto. De niño ya soñaba con leones. Llegué aquí sabiendo que esta era mi casa.

Mary Kate llevó la mirada hacia la muñeca de Marlowe, llevaba un brazalete de cuero marrón en la muñeca derecha, y de ahí le salía una cicatriz que le atravesaba el largo de la piel tirante del antebrazo.

—Y cuando decidí quedarme a vivir en África ya había estado aquí muchas temporadas y ya no tenía familia en Londres —añadió—. No hay nada en una ciudad que me atraiga.

Tenía una segunda cicatriz, esta estaba algo más clara y parecía más reciente. Empezaba en la parte posterior del hombro, justo en la curva que formaba la camiseta, y seguiría bajo el algodón.

A Marlowe no le daba miedo estar solo en medio de la nada y sin cobertura entre animales salvajes. Caerse, ser atacado, lastimarse y no poder siquiera pedir ayuda. Enfermar, morir solo. No lo entendía.

—Si estuvieran vivos, ¿lo entenderían? —No nombró a sus padres, pero estaba comprobando que con Marlowe ni siquiera hacía falta decir frases completas.

Él asintió sin dudarlo un instante.

—Mi padre era luchador profesional.

Vale. De ahí el tamaño del hijo.

—Mis padres crecieron en un barrio marginal, pero su carrera lo llevó a otro nivel en EEUU.

Y de ahí la herencia que recibió.

—Llegó a prestarse a combates de verdad complejos. Pero era lo que él quería y había elegido. Mi madre lo entendía y apoyaba. Y hasta yo lo entendía y lo apoyaba. Ellos lo entenderían también.

Imaginó a Marlowe quince años atrás en un dormitorio enorme repleto de peluches de leones y jirafas con las paredes forradas de pósters de paisajes africanos, tragándose documentales a todas horas.

La curiosidad por saber cómo era físicamente de pequeño se hizo intensa.

Menudo marmolillo de niño.

Posiblemente de los que se hacían brechas y no lloraban.

Siguió su hombro con la mirada hasta el cuello, en aquel lado no parecía haber más cicatrices. Tampoco se atrevió a observar con mucho detenimiento. Si la volvía a pillar mirándole las tetas, se moriría allí mismo de la vergüenza.

Se acomodó otra vez en el asiento, el vaivén del motor comenzaba a ser placentero, como un suave masaje en la parte lumbar y las nalgas, con aire cálido sin llegar a quemar.

Los nervios comenzaban a calmarse a pesar de no haber solventado sus dudas sobre sus circunstancias allí. Era como si la respiración tranquila de Marlowe, acompañada a su voz y su manera de hablar, hubiese recorrido el asiento del coche hasta llegar a ella.

En un principio aquello no le estaba pareciendo un lugar inhóspito, acababan de salir de una urbe y entrar en una carretera, como en cualquier lugar del mundo, salvo que entre antílopes y cebras. Y como decía tía Vicky, Marlowe estaba de una pieza. Aunque tendría que seguir revisándole las cicatrices.

Las cicatrices. Con menos ropa.

Se removió en el asiento mientras una ligereza repentina y esa vez placentera le entraba desde las nalgas arriba, aumentada por la vibración del motor.

Qué demonios estoy pensando.

Tampoco podía castigarse por eso. A Marlowe había que asimilarlo y digerirlo hasta que se acostumbrase a él y todo en él le pareciese normal.

Normal y corriente.

Iba a necesitar tiempo.

Se dio media vuelta para mirar el paisaje y apoyó la mejilla en el asiento, aunque le estuviese dando la espalda a Marlowe. Pero al menos evitaría que él viese que se le estaban enrojeciendo las mejillas, ya el sol ponía de su parte, ella acababa de hacer el resto.

Algunos setos pasaban veloces por delante de ella. Se desplegó algo en el techo del coche, una especie de visera que les tapaba el sol. Lo agradecía, ahora hacía realmente cómoda la travesía.

—Gracias —le dijo a Marlowe.

—Al principio te dolerá.

¿Más dolor que el que ya tengo?

—¿El qué?

—La piel.

Encima del de dentro, también el de fuera.

Giró únicamente la cara para mirarlo.

—¿Sobreviviré? —respondió y lo vio contener la sonrisa.

Descubrir. Era lo único que le quedaba por delante. Descubrir todo el tiempo. Y si todos los

descubrimientos iban a ser exactamente igual que el que tenía delante, aquello no podría ser tan malo ni tan temible.

Peor era lo que dejaba atrás. Los párpados le pesaban, y el cuerpo. La ligereza volvía a caer haciendo su cuerpo un plomo sobre el mullido asiento. A pesar del sonido del coche podía sentir el silencio absoluto fuera. Un silencio al que no estaba acostumbrada.

Su pecho estaba respondiendo bien, apenas era consciente de que estaba respirando. ¿Le dolería la piel? Eso no era nada.

6

La vio entre unos matorrales, veloz, como siempre. Ella podía escuchar aquel motor y a él desde kilómetros. Y no sabía que era un peligro que llegase hasta allí, estaban ya cerca del poblado. Habría atravesado la zona de la doctora Bruce, cruzar por el río no creyó que fuese capaz.

Lo de aquella leona se le estaba yendo de las manos.

Miró por el retrovisor, temía que en una de aquellas el animal se cruzase a la carretera. Solía perseguirlo en caminos de arena, pero nunca en la pista.

Aminoró la marcha, tenía que salir de la carretera cuanto antes, aunque eso significase dar un rodeo para llegar al pueblo. Suspiró al volver a ver a Maya entre los árboles. Era miedosa para todo lo habitual en un león, sin embargo no parecía verle nada temeroso a salir de su hábitat e invadir la zona de otros.

Lo que no entendía era cómo podía pasar por la zona de la manada de Mali sin que la viesen o la atacasen. Lo de aquella leona era un caso tremendamente extraño. De dónde venía y quién la había llevado era un auténtico misterio. Era joven, un ejemplar demasiado joven para estar sola, las hembras no solían estar solas nunca. E integrarla estaba siendo una auténtica pesadilla. Ninguna manada de leonas la quería cerca, y aún menos cerca de su león. Tampoco era normal eso.

Maya tuvo que perderse de alguna manada, pero llegar allí… Demasiados kilómetros y un río lo suficientemente ancho como para que no sobreviviese al cruzarlo entre depredadores.

Miró de reojo a Mary Kate, la había visto moverse, pero había sido una falsa alarma. Seguía dormida. Supuso que sería el cambio de hora, quizás no habría dormido bien en el avión. Le había reclinado aquella parte del asiento, al menos podría estar más cómoda. Era la primera vez que había necesitado reclinarlo, ni siquiera sabía que se podía al ser un asiento aparentemente de una pieza. Pero acababa de comprobar que únicamente la parte de abajo, en la que se sentaban, era una pieza. El resto eran efectivamente tres con motor independiente.

Ni siquiera cuando le estaba reclinando el asiento se había despertado. Tampoco cuando esquivó a la cebra.

Bajó la mirada un instante hacia los muslos de Mary Kate, el vestido se le había enrollado más de la cuenta y él no podía hacer nada para devolverlo a su sitio. No pensaba tocarla en una parte así mientras ella dormía. Así que alargó la mano hacia la parte baja de su puerta y cogió una toalla de microfibra que solía usar en la batidas para secarse.

Se la dejó caer en los muslos para taparla.

Quedaban pocos kilómetros para llegar al pueblo y Maya seguía tras ellos. Tuvo que

apartarse de la carretera y meterse a través del primer hueco que encontró donde pudiese avanzar con el coche. Muchas veces Maya solo quería que le echase cuenta unos instantes y curiosear quién iba con él. Como unas semanas atrás con los Misters.

Y acceder a sus deseos era algo que nunca hacía, salvo en ocasiones en las que el animal pudiese ponerse en peligro. Y el pueblo no era un lugar del todo seguro. Pasaban por allí demasiadas personas de las que desconocía procedencia e intenciones.

Detuvo el coche y abrió la puerta despacio comprobando de reojo que Mary Kate seguía sin inmutarse.

Pero a la señorita Lyon parecía no despertarla absolutamente nada.

Maya estaba a media distancia con la cabeza ligeramente agachada, la cruz de su espalda sobresalía por encima de ella, sabía que no iba solo y tenía la mirada fija en el montículo inmóvil en el otro asiento del coche.

No era un animal demasiado grande ni demasiado pesado. El cuidado con ella era relativamente distinto al que tenía con el resto de leones que vigilaba. Quizás por eso había cometido algún error al permitirle ciertos privilegios que a otros no.

Y se lamentaba por ello. Que encima lo siguiese a todas partes, tampoco contribuía.

Byron solía decirle que tenía la misma debilidad por Maya que tuvo tiempo atrás con Artax. Y era precisamente eso lo que debía evitar. Tenía que evitarlo a toda costa.

Se acercó a Maya e interpuso su pierna entre ella y el coche, y el animal subió la mirada hacia él.

Había conocido a muchos leones, pero no a todos podía entenderlos de la misma manera. Y si en algo tenía razón Byron, era en que a Maya podía verla con la misma claridad con la que leía al león blanco Artax.

Para Maya era una decepción sublime que él le pidiese distancia. La misma expresión que pondría si un grupo de leonas le pegasen para expulsarla de su territorio.

Y la leona volvió a mirar hacia el coche. Maya era un león miedoso y desconfiado con los humanos. Ese era su único consuelo en la seguridad del animal. No se acercaría a nadie que no fuese él.

Él o un montículo inmóvil, durmiendo plácidamente en el asiento del coche. La vio dar un paso y levantar la cabeza para mirar por encima de la puerta hacia el otro asiento.

—No, no —le susurró poniendo el pie en el asiento para interponer el muslo delante de Mary Kate.

No estaba tan loco como para hacer un acercamiento entre bestia y dama sin tenerlas preparadas. Y menos con Maya. Pensaba introducir a Mary Kate a través de Mali, mucho más acostumbrado a los humanos y a las visitas.

Eso sin contar con que Mary Kate abriese los ojos y encontrase a un león a menos de un

metro. Podría pasar cualquier cosa con un sobresalto.

Pero Maya no parecía tener intención de acercarse más, solo mantenía la mirada fija en ella. Nunca se había acercado tanto al coche cuando este estaba ocupado, solo miraba en la distancia, aunque fuesen olores que ya conociese de varias veces, como los de sus compañeros de las batidas. Tampoco se acercó mucho a los Misters. Ni a la doctora Bruce, ni a Olivia Fendy.

Pero también era cierto que ninguno de ellos, nunca, estuvo dormido. Y Mary Kate estaba encogida de lado en el asiento, con las manos enlazadas y la mejilla apoyada en ellas. Completamente inmóvil y con la respiración tranquila, ajena a todo lo que había a su alrededor.

Contuvo la sonrisa.

Leones.

Volvió a contenerla mientras dirigía la mirada hacia Mary Kate. Los leones solían dormir la mayor parte del tiempo, para Maya no sería algo muy extraño verla en aquel estado en el que nunca había visto a ningún humano, pero que sí había visto demasiadas veces en los suyos.

Tuvo que encoger el estómago para contener una carcajada y comenzó a negar con la cabeza intentando no reír y no hacer el mínimo ruido.

Bajó el pie del asiento para empujar a Maya y que se apartase del coche. No tuvo que insistir, la leona volvió a mirarlo con los mismos ojos que le ponía siempre cuando él estaba a punto de irse.

—Vuelve —le susurró. Más tarde iría a comprobar si había llegado bien, solo esperaba que pasase veloz por la manada de Mali y que no llegasen a alcanzarla.

Pero las leonas de Mali no eran el único peligro, ni siquiera el cocodrilo del río. El verdadero peligro de aquel animal solitario era precisamente ese, estar sola. Estar sola y cruzarse con una manada de hienas. Mali, Turuc y otros leones solían mantenerlas alejadas de las manadas. Pero Maya no tenía manada. Y el fin de un animal sin manada solía ser opaco y difuso.

Pellizcó suavemente a la leona en el lateral del cuello y la vio encogerse. A Maya le encantaba que le hiciese aquello. Se prometió no hacérselo nunca más. Lo prometió varias veces, durante semanas, una tras cada nuevo pellizco.

Mi debilidad, ya.

Volvió a apartarla y Maya se alejó hacia el lateral de la carretera, echando la vista atrás un instante, seguramente para comprobar que se montaba en el coche.

Arrancó, ni siquiera hizo falta mirar a Mary Kate, por lo que estaba viendo no se despertaría con nada. Comprobó que Maya ya no estaba y aceleró.

No pasaron más de quince minutos cuando atravesó los postes de madera y la banderola que señalaba la entrada principal del pueblo. La pensión Karibu estaba en la esquina de la calle principal.

En el aparcamiento no había muchos coches y por suerte ningún bus de turistas, era

incómodo y molesto comer entre tanto alboroto.

Vio a un lado el coche de uno de los grupos Ranger que solían acompañarlos en algunas batidas.

Aminoró la marcha para buscar el hueco más cercano a la puerta.

—¡Marlowe! —Oyó la voz de la doctora Bruce, que salía entre dos vehículos. Había cambiado de coche, uno más similar al suyo pero en azul, con un remolque detrás. Sabía que estaba trasladando ejemplares de otra reserva.

Ella lo rodeó para llegar hasta la puerta del conductor. La vio mirar el mismo montículo que la leona unos minutos atrás. Pero Bruce no se detuvo en ella, enseguida puso una expresión irónica.

—¿Esta es la chica de Londres? —preguntó y él asintió con la cabeza—. Ha tenido que ser un viaje muy pesado, por lo que veo.

Bruce se retiró del coche.

—Te veo dentro —le dijo y se dirigió hacia la puerta.

Aparcó

y miró a Mary Kate.

—Señorita Lyon —le dijo—. Hemos llegado.

La vio moverse, así que no insistió más y se bajó del coche. Oyó la puerta del restaurante de la pensión, unas pequeñas campanas que sonaban cuando alguien salía o entraba. Bruce acababa de entrar, pero a su vez salía un grupo de tres hombres. Los Rangers.

—¡Marlowe! —dijo uno de ellos a media distancia en cuanto lo vio y Marlowe se acercó a ellos—. Ya nos han dicho que nada tampoco esta vez. —El joven alargó la mano para que él se la chocase.

—Creemos que se mete en las cuevas —le respondió él.

Uno de ellos hizo una mueca.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Ver la manera de buscarlo allí —dijo Marlowe. Dos de ellos lo miraron como si estuviese loco, el otro se retiró y empezó a reírse.

—No vais a parar hasta que os arranque una pierna.

—Hay que sacarlo de ahí. No hay otra manera.

—Pues esperad a que salga —dijo otro de ellos.

—Es lo que llevamos haciendo todo este tiempo. Y no lo encontramos —respondió y el hombre negó con la cabeza.

El que se había apartado para reírse hizo un movimiento brusco hacia su coche. Como si en el primer vistazo no hubiese visto bien lo que había dentro del vehículo. Y en el segundo tampoco, porque se alzó para mirar buscándole la forma a lo que fuese aquello que estaba

encogido en el asiento.

—¿Eso es… una chica? —lo preguntó tan desconcertado que Marlowe tuvo que contener la sonrisa.

Su pregunta hizo que los otros dos mirasen también.

—Sí —respondió comprobando que Mary Kate no se había despertado en absoluto cuando la llamó.

—¿Está enferma? —preguntó el hombre.

—No.

—¿Y qué le pasa? —preguntó otro.

—Que está durmiendo.

Seguían desconcertados, pero no preguntaron más, se giraron hacia él y se despidieron entre bromas de que acabaría en el fondo del río. Los miró mientras se alejaban y una vez que los tuvo a unos metros, miró a Mary Kate.

Será posible…

Dio un paso hacia el coche.

—¡Marlowe! —Esa vez era la voz de Olivia. Marlowe se dio media vuelta al oírla.

Olivia llegaba del otro lado de la calle, habría ido a ver otro negocio de la familia que estaba cerca de allí.

—No te esperaba tan pronto, pensaba que te quedarías en la ciudad con Stoker hasta la tarde.

—Stoker tenía prisa —respondió y Olivia asintió con la cabeza.

—¿Y la chica de Londres? ¿No ha venido contigo? —preguntó. Estaba claro que lo había visto hablando solo con los Rangers.

Marlowe le hizo un gesto con la cabeza señalando el coche.

—Ahí —respondió y Olivia giró la cabeza.

Marlowe tuvo que contener la sonrisa de nuevo al ver la expresión de Olivia.

—¿Está…?

—Dormida.

Ella guardó silencio un momento mientras la observaba.

—¿Y vas a dejarla ahí?

—No.

—Pues entonces diré que preparen una mesa para dos. —Hizo una mueca mientras daba un paso hacia la puerta—. Te veo dentro. Será un placer conocerla despierta.

Olivia sonrió antes de agarrar la puerta y entrar.

Marlowe miró de reojo hacia su coche. Dejarla allí en el coche no era una opción que se le hubiese pasado por la cabeza, pero estaba convencido de que podría entrar a comer y hasta tomarse un café después de la comida, y Mary Kate seguiría inmóvil en el coche cuando saliese

del restaurante de la pensión.

Se acercó al coche y pudo verle la cara de nuevo, rodeada de pelo dorado blanquecino que se había esparcido por el asiento a consecuencia de las veces que cambió de postura al principio.

Se sacó el móvil del bolsillo sabiendo que los Misters habrían mandado una pila de mensajes preguntando. Ya hacía más de cuatro horas que había dejado a Stoker y él les habría dicho que MK había llegado. Abrió el chat y empezó a pasar mensajes.

No se equivocaba, todos preguntaban.

«Hemos llegado a Karibu, el trayecto bien. Hablamos mañana o cuando pueda», les respondió.

Y enseguida entraron tantos mensajes que no era capaz de leerlos antes de que desapareciesen en la pantalla.

«No, no. Señor Marlowe, necesitamos un veredicto». Wilde fue el último que escribió, pero enseguida apareció otro tren de mensajes.

Siempre hablaban mucho, pero lo de ese momento había sido una absoluta explosión.

«Eso, necesitamos un veredicto». El mensaje de Blake fue el único que alcanzó a leer.

Un veredicto, dicen.

«¿Cómo ves a este león?», preguntó Hércules.

Tuvo que contener la sonrisa.

Ya van a empezar.

Lo estaba viendo venir. Lo había visto demasiadas veces en el chat a aquellas alturas, exactamente cinco. ¿Por qué se había librado él? Simplemente porque nunca sus circunstancias les dieron pie, aunque sí que Stoker y el resto comenzaron una tímida partida respecto al regreso de la doctora Bruce, aun sabiendo que en aquel momento él se estaba viendo con Olivia. Pero ellos eran así, de un momento a otro dibujaban una línea de salida y salían disparados.

¿Cómo veo a este león?

Un león, la llamaban. Tampoco le sorprendía después de aquellos chat sobre la otra gemela tiempo largo atrás.

Negó con la cabeza, no le habían dado ni unos días. Cuando entraban en aquel modo eran terriblemente impacientes. Insistentes hasta el hartazgo. Y muy pesados.

Él no era Hércules, no era Blake, ni Wilde, ni Stoker, ni Byron. A él se le daba mejor echarles paciencia.

Un veredicto a este león.

Marlowe miró hacia el coche.

Los párpados de Mary Kate ni se inmutaban y esa vez él se permitió sonreír al completo.

Que no era una mujer normal ya lo suponía. Que allí dentro había un león era algo que imaginaba.

Lo que no esperaba era que fuera tan evidente.

Miró el móvil y escribió en la pantalla.

«No está muy segura de dónde viene y ni siquiera sabe cómo ha acabado aquí ni a dónde la va a llevar esto. Es miedosa y a la vez no es consciente del peligro que tienen algunas acciones, como ese olor a jazmín y vainilla que va a dejar en el asiento del coche y sobre el que lleva casi cuatro horas durmiendo. Dice que no es necesario que la tenga conmigo todo el tiempo, que no quiere ser una molestia, pero cuando me pierde de vista se pone nerviosa y si yo tardase más en aparecer, posiblemente hasta entraría en pánico. Como si no tuviese suficiente con Maya. Así que gracias a todos por esta maravillosa aportación que me habéis traído a la reserva. Rezad porque seamos capaces de grabar aunque sea media hora de documental».

Le dio a enviar y esperó a que llegasen las risas.

Y llegaron. A decenas.

«Primer mensaje de Marlowe y ya me está dando la vida», dijo Blake.

«Mientras reís y decís sandeces, me voy a comer. Que se ha hecho más tarde de lo que esperaba».

Guardó el teléfono en uno de los bolsillos.

Se dejó caer con los antebrazos en la puerta del coche mientras dirigía de nuevo los ojos hacia la leona de pelo dorado, y contuvo una carcajada.

7

—¿Señorita Lyon? —Oyó en alguna parte de aquella marabunta de imágenes sin mucho sentido que pasaban por delante de ella como si estuviese viendo una mezcla de fotogramas de películas que poco tuviesen que ver unas con otras.

Y en esos fotogramas estaban las esferas del mago, Nanuk, el antiguo perro de Natalia, las esculturas de Thomas Damon y la vitrina en la pared de rosas secas, los patines de línea, las madrinas, su madre, hasta su verdadera madre Jane, y Blake, y Stoker, y también el delicado Owen Byron. Junto con Basilia, con Igory, con Fred… Dayana King y aquella chica de pelo rizado que decían que era un genio y cuyo nombre le encantaba, Anastasia, el pelo rosa de Jimena y Mía y sus ojos enormes. Y Michelle diciéndole que no pensaba separarse de ella, las palabras que le dijo cuando sus padres se divorciaron y las separaron.

La luz llegó fuerte a través de los párpados y entreabrió los ojos. El fotograma cambió a un cielo azul con pocas nubes y delante de él, casi cubriéndolo todo, un león de hombros enormes y pelo rubio.

Tardó unos segundos en ser consciente de dónde se encontraba y de las circunstancias en las que estaba.

Dioooooos.

Se llevó enseguida las manos a la cara para taparse la luz, ya no estaba aquel parasol, y se limpió con disimulo la comisura de la boca.

He echado hasta baba.

El bochorno la cubrió mucho más que el sol.

Menudo sueño que me he pegado. Qué vergüenza.

Se apartó las manos de la cara y miró a Marlowe. Allí, a sol directo, los ojos de Marlowe eran una locura. Él estaba en silencio, observándola de pie y apoyado en la puerta del coche.

Y la que le han mandado para trabajar está tumbada.

Cogió aire y lo guardó dentro, a ver si la vergüenza se disipaba. Se irguió en el asiento, no sabía en qué momento Marlowe se lo había reclinado.

—Lo siento —dijo apartando la mirada de él y buscando el bolso junto a su pies.

¿Y esta tela?

Una tela fina, similar a los trapos que usaban las empleadas de la casa Lyon para limpiar el polvo.

Al retirarla y ver su vestido enrollado fue consciente de cuál era la función de aquel trapo grande.

Ahora sí que me muero de la vergüenza.

Se tiró del vestido y miró de reojo a Marlowe, que se había apartado de la puerta y le daba la espalda.

Mary Kate echó el aire de golpe.

Ya le he enseñado los jamones, como diría la madrina Vicky.

Miró el reloj en el móvil.

A las pocas horas de llegar. Superando precedentes unicornios, sí señor. Mary Kate Lyon, como no. No podría ser otra.

Abrió la puerta del coche y salió. Tenía aún la espalda enorme de Marlowe delante, ya no sabía si el gesto fue más bien para no estar mirando mientras ella se quitaba el trapo de encima y se colocaba bien el vestido.

Suspiró. Seguir dándole más vueltas a aquel bochorno era para nada.

Miró de reojo el cartel que estaba en una puerta doble del edificio.

Hostal Karibu.

—¿Aquí es dónde vamos a comer? —Se pasó la mano por el pelo, abierto y despeinado. Ni siquiera en el avión se había despeinado tanto, era como si hubiese estado arrastrando el pelo por todo el camino.

Metió el dedo en un enredo para quitarlo y Marlowe giró la cabeza para mirarla. Mary Kate detuvo el paso que estaba a punto de dar. Iba a necesitar tiempo, un tiempo razonable, para acostumbrarse a aquella forma de mirarla.

—¿Desde cuándo no comes? —Y a su voz.

La joven se sobresaltó enseguida con la pregunta.

—Desde esta mañana —respondió.

Marlowe asintió levemente varias veces.

—¿Desde esta mañana según la hora de aquí o la de Londres? —dijo él y Mary Kate abrió la boca enseguida para responder—. No me refiero a un *snack* del avión, me refiero a comida suficiente como para que tu cuerpo se mantenga en pie.

Y la joven cerró la boca enseguida.

Era muy difícil comer cuando el estómago se mantenía continuamente pegado a la espalda, hecho un gurruño y apretándole tanto hacia abajo que a veces hasta hacía que tan solo el olor a comida le diese arcadas.

—Porque aquí no te va a ser suficiente mantenerte en pie —añadió—. Hay montes, lagos, una porción de selva a este lado y mucha sabana al otro. Kilómetros al día, cuestas, barrancos y la probabilidad de partirte la cabeza si te caes. Eso sin contar con lo que podría matarte si no te mata la caída.

Marlowe se adelantó hacia la puerta. Mary Kate ni siquiera pudo responder, las palabras de

Marlowe la habían bloqueado por completo.

Comía poco, era cierto, y ni siquiera sabía cómo su cuerpo seguía en pie. Cada vez más consumido y delgado, pero en pie. Era algo que tenía que solucionar, Marlowe se lo había dejado claro. Allí no era suficiente.

Él abrió la puerta y enseguida sobrevino el olor a comida. Su estómago se encogió en un gesto de repulsa a lo que venía. Encima no sabía qué tipo de comida cocinarían allí.

Y todas las dudas que había tenido por el camino se disiparon. Ya no había dudas. Ni una.

Aceptar aquello en las circunstancias en las que estaba había sido el peor error de su vida.

Dio unos pasos hacia la puerta que sujetaba Marlowe y lo miró de reojo al atravesarla.

Y quién leches le habrá dicho a este que como poco, ¿mi padre?

Era al único que había visto hablando con él. Pero podría haber sido cualquiera. El no saber cuál era la relación real entre su familia y los Misters era un tanto incómodo. Y aún lo era mucho más que el Mister más alejado, solitario y asalvajado pareciese conocer algunas cosas sobre ella.

Aunque fuera señalaba que era una pensión, supuso que la puerta estaría por otro lado, porque aquel local era tan solo un restaurante. Uno de mesas de madera colocadas demasiado lineales. Con las paredes con listones de madera hasta la mitad y la parte libre pintada de amarillo, con ilustraciones de animales. Había gente, pero la mayoría de mesas estaban libres.

Dejó que Marlowe la adelantase y su silueta pareció llamar la atención de los comensales y de algunos de los que estaban en la barra, una barra que ocupaba todo el lateral y que a Mary Kate más le recordó a la barra de las películas del oeste que a algo relacionado con África.

Pero los ojos no solo se detuvieron en Marlowe, enseguida dirigieron su curiosidad a ella, que supuso que tras él no podría resaltar gran cosa.

Desde luego que con estos tacones desentono aquí lo más grande.

No sabía por qué había creído que se detendrían en otro lugar más similar a la ciudad. Aunque le habían dicho que la reserva y la casa del Mister estaban en medio de la nada, realmente pensaba que lo más cercano sería un lugar de otro tipo, donde con un vestido y unos tacones no se sintiese fuera de lugar.

Pero fue consciente de que una de las maletas iría directa a donde fuese que pudiese dejarla hasta la vuelta.

Marlowe se detuvo en una mesa cuadrada y de pequeñas dimensiones, con un banco a cada lado, sin ni siquiera respaldo. Mary Kate se sentó enseguida, solo quería quitarse de la vista cuanto antes.

Pronto descubrió que sentada estaba a la vista de la misma manera.

—Marlowe. —Oyó una voz de mujer antes de que él se sentase—. Ahora que ya está despierta, ¿piensas presentármela?

¿Cómo? ¿Despierta?

La joven alzó la mirada mientras notaba cómo la cara se le caía a trozos lentamente. Aun así, le habían enseñado a sonreír en todas las circunstancias.

Era una mujer de unos treinta y pocos años, similar a Marlowe. Tan similar que hasta su ropa era parecida, camiseta de algodón sin mangas y pantalón de bolsillos. Tenía el pelo rizado, un rizo más pequeño que el de Anastasia, y le caía suelto hasta los hombros, castaño claro con algunas vetas rubias. Sus ojos eran azul claro y se dirigieron enseguida a ella.

—No hace falta —añadió la mujer moviendo la mano en el aire—. Soy Amanda Bruce.

Ostras, la doctora.

Mary Kate se puso en pie y quizás la doctora no se esperaba su estatura, porque la vio dar un pequeño paso atrás. No entendía cómo, acostumbrada a Marlowe, podía parecerle alguien grande, aunque tenía que reconocer que con los tacones tan altos tampoco era muy frecuente su estatura. No la volverían a ver así por allí.

Amanda, ha dicho Amanda. Esta no es Sabrina.

—Mary Kate Lyon —dijo al cogerle la mano a la mujer.

—Aún no me ha quedado claro cuál es exactamente vuestro proyecto —dijo Amanda mirando a Marlowe, aún no le había soltado la mano.

A mí tampoco me queda claro.

—Pero nos veremos por aquí un tiempo, ¿no? —añadió la doctora.

—Claro. Encantada.

Vio que la doctora Bruce dirigía la mirada hacia Marlowe, así que se dispuso a sentarse de nuevo.

—¿Cuál es tu especialidad? —preguntó Bruce girando de nuevo hacia ella.

¿Mi qué?

Mary Kate sintió cómo su culo irrumpió en la silla.

—El audiovisual. —No se le ocurrió qué más podría responder.

—Sí, pero me refiero a qué animales sueles rodar.

Uffff.

—Es mi primer documental con animales —respondió y la mujer frunció levemente el ceño.

—Entonces —la doctora miró a Marlowe—, creo que estás en la compañía correcta. Yo soy primatóloga, me encargo de una pequeña porción de primates aquí. Linda con vuestra zona, así que serás bienvenida cuando quieras.

Vio cierto interés de la mujer hacia su color de ojos, lo mismo de siempre. Lo mismo de todas las veces. A pesar de que en interiores solía verse más como un azul oscuro un tanto intenso. Quizás algún rayo que atravesaba la ventana la estaba traicionando.

—Muchas gracias —respondió Mary Kate.

Bruce volvió a mirar a Marlowe.

—¿Sabes que otra vez ha entrado Maya hoy? —le dijo a él. Y aquel nombre hizo que Mary Kate enseguida atendiese a la conversación.

—Sí, acabo de estar con ella y creo que ya se dirige a la reserva de nuevo —respondió Marlowe.

Acaba de ver a Maya por el camino. Mientras yo dormía, supongo. Lo pronto que voy a enterarme de quién es Maya.

Vio que Marlowe la miró un instante de reojo. La ligereza en el cuerpo se le hizo intensa.

—Tienes que hacer algo con ese animal o la encontrarás muerta entre hienas cualquier día. O dar una solución drástica.

Y todo el cuerpo de Mary Kate se sobresaltó en el asiento al escucharlo.

O me ha dejado sola en el coche o he estado cerca de un animal. Y yo durmiendo.

Volvió a sentir la mirada de Marlowe mientras ella desviaba la cabeza hacia un lado de la mesa.

No tenía ni idea de qué podría ser una solución drástica, pero acababa de comprobar en la expresión de Marlowe una negativa absoluta a lo que se estuviese refiriendo la doctora Bruce.

Maya es un animal.

La joven cogió aire por la boca y lo soltó de golpe.

—Piénsalo. —Bruce se retiró de la mesa y volvió a mirarla a ella—. Bienvenida.

Mary Kate le sonrió de nuevo y la doctora se giró para marcharse hacia la barra, donde había dos hombres esperándola.

Marlowe clavó sus ojos enseguida en ella sin decir una palabra. Él sí había sido consciente de su reacción al enterarse de que había estado cerca de un animal, que aunque no habían aclarado de qué especie, podía imaginarlo.

Y juraría que él estaba aguantando soltar una carcajada.

—Primates, leones, hienas… —dijo ella. En un espacio interior, tan solo con el leve sol de las ventanas de madera, los ojos de Marlowe parecían más verdes que azules—. ¿Qué es Maya?

Para él fue algo más difícil no soltar la carcajada, vio cómo se tensaba su mandíbula en el esfuerzo, quizás por eso no respondía. Y su gesto hizo que la leve ligereza que le estaba produciendo el nerviosismo, se disipase. Su cuerpo se asentaba despacio en la silla de nuevo. Apretó los labios para no reír también.

—Y has estado con ella mientras yo dormía —añadió Mary Kate y lo vio girar la cabeza para reír.

Le estaba encantando, encantando a límites que no esperaba en absoluto, aquella versión de Marlowe. Quizás porque ni siquiera la imaginaba. Pero hacerlo reír le estaba gustando sobremanera. Le daba otro tono a las circunstancias, al momento y a lo que había ido a hacer allí. Un tono más parecido a lo que había sido siempre su vida, salvo casi sus últimos dos años. Y

conseguir aquel color en alguien como Marlowe, aunque fuese de manera tímida, le producía cierto orgullo.

Dar color.

Dejó caer ligeramente los párpados, pensando en la paleta de matices de la que siempre hablaba la escritora Irina Yadav. Nunca la había entendido del todo, posiblemente porque estaba embadurnada en grises. Una paleta que, según Irina, no se limitaba solo a los príncipes, sino a toda una vida, paso a paso, en todas las circunstancias. Y estaba comprobando que dar color podía ser maravilloso.

Se inclinó hacia su bolso para sacar una libreta y la risa de Marlowe se disolvió, dando paso a cierta curiosidad por lo que ella estaba poniendo en la mesa.

Ella la abrió para que la viese bien. Era una libreta que ella misma había diseñado, decorado y encuadernado. Fue su entretenimiento para calmar los nervios y las pesadillas de los últimos días. Un libro de experiencias con la pasta forrada con papel entelado y anillas doradas. Un papel un tanto infantil quizás en su decoración. Tenía unas líneas doradas sobre fondo violeta y alguna ilustración de leones con caras afables y sonrientes.

Lo abrió y se fue al apartado de primer contacto con leones, acercó de nuevo la libreta hacia ella. Vio que Marlowe se inclinaba para leer.

—Durmiendo —dijo ella al poner el bolígrafo en la línea de respuesta donde ponía MK Lyon y alzó la mirada de nuevo para ver la sonrisa de Marlowe.

Qué cúmulo de vergüenzas y qué poco me están importando ahora mismo.

Pasó a la línea del león. Allí puso Maya y pasó a la línea de reacción.

—¿A qué distancia he tenido a Maya? —preguntó. Era más una curiosidad que algo de importancia.

—Medio metro —y lo dijo tan tranquilo que ella ni siquiera se sobresaltó.

Marlowe miraba la página de la libreta, pero Mary Kate no escribía nada. Estaba sintiendo que aunque no tuviese ni idea y nunca hubiese hecho algo remotamente parecido, con Marlowe tendría la posibilidad de sentirse capaz.

Sentirse capaz, que no era poco. No recordaba el último día que llegó a sentirse capaz. Era lejano.

—¿Y qué ha hecho Maya?

—Mirarte. —La conexión entre la voz de Marlowe y algo que le producía cierto peso en la silla, hacía que el haber estado durmiendo frente a un animal salvaje no pareciese algo tan arriesgado ni mucho menos peligroso. Quizás porque entre ese depredador y ella había un elemento más. Él. Y lo que transmitía Marlowe eran palabras mayores. Tuvo que alzar la mirada hacia él al sentirlo evidente en su cuerpo—. Y querer mirarte más cerca.

—No comerme —dijo con ironía y la risa de Marlowe aumentó.

«Curiosidad», apuntó en la libreta y Marlowe se inclinó aún más sobre la mesa, esa vez para ver el lateral del cuaderno, donde estaba la guía de apartados.

—¿Ahí pone Marlowe? —preguntó y hasta en la voz le notó el desconcierto.

Ella tuvo que hacer que la carcajada rebotase en su estómago y no subiese o rompería en muchas más.

—¿Están los leones y estoy yo? —Puso el dedo en la guía—. Y… ¿molestias?

—Sí, alergias o cualquier cosa que me pase… —dijo ella.

—¿Miedos? —siguió leyendo él—. ¿Miedo a qué?

A demasiadas cosas.

Supuso que para él el miedo era un sentimiento lejano, seguramente ni siquiera lo recordaría, si es que lo tuvo alguna vez. Lo dudaba.

—Otros animales —siguió leyendo otro apartado—. ¿Y qué pinto yo aquí? —Marlowe cogió la libreta para abrir por su apartado.

Mary Kate tuvo que contener la risa al ver que Marlowe había pasado de la curiosidad hasta algo parecido a la molestia. Y ni siquiera entendía cómo podía hacerle gracia que alguien enorme estuviese molesto, cuando había estado tanto tiempo aterrada con la idea de que alguna acción suya, aunque fuese de manera inconsciente, pudiese molestar a ninguno de los Ramson, principalmente a Igory. Y sus terribles consecuencias.

Consecuencias que la hacían acabar llorando.

Le quitó el cuaderno a Marlowe para que no fisgase más. Ya había escrito algo los días previos, sobre todo en apartados que podrían crearle algún tipo de bochorno. Los había menos objetivos y muy viscerales. Además, hasta en la guía podía verse a qué apartados le había reservado más cantidad de páginas. Al de los miedos, al de ella misma que llevaba el símbolo de un unicornio, evidentemente al de los leones. Y al de Marlowe.

Ni siquiera sabía el por qué a él le dio tanto espacio. Ni siquiera estaba segura de que fuese a escribir sobre él. Guardó el cuaderno enseguida.

Y sintió la mirada de Marlowe en medio del silencio en la mesa.

—Así que piensas tomarte esto como una especie de safari y yo soy parte de la fauna que pensabas encontrar —dijo y ella tuvo que apretar los labios para no sonreír.

Y si al no negárselo iba a extender aquella expresión irónica en él, no pensaba responder.

Tenía que reconocer que no iba mal encaminado. Él era una parte de todo ello, quizás el canal que esperaba encontrar, a pesar de no conocerlo.

No lo conocía. Pero hasta sin conocerlo y aun antes de poner un pie en Bloemfontein, ya era capaz de percibir todo lo que producía Marlowe. Y sabía que Marlowe era como la casilla segura de los juegos de mesa.

Quizás parte de la culpa la tenía su propio entorno. Era evidente que Marlowe producía cierto

respeto. Y una admiración enorme.

Hasta sus hermanos lo tenían completamente idealizado, quizás porque sabían que convivía con leones, a lo que se sumaba aquel físico grande y llamativo.

Marlowe podría ser un dios o un personaje de película.

Quizás por haberlo tenido idealizado de aquella manera, ahora la sensación al hacerlo reír o incluso molestarlo, reacciones corrientes de los de a pie, podía tener un efecto placentero en ella.

—Detesto las cámaras, las fotos —dijo él mientras se ponía en pie y se retiraba de la mesa, pero se detuvo un instante para inclinarse levemente hacia ella. Así, sentada y él en pie, se hizo notorio su mayor volumen—. Y ahora también que se escriba sobre mí. Avisada quedas para lo que puedas estar preparando en este proyecto.

Marlowe se giró y se alejó de la mesa hacia la barra. MK lo miró de reojo, aún apretaba los labios para no reír.

Cómo podía Marlowe darle un aviso así y que la sensación de su cuerpo fuese de una completa inmunidad. Una inmunidad que la empujaba a que grabarlo, hacerle fotos, dibujarlo o escribir sobre él fuese uno de los nuevos propósitos que añadir en aquella libreta.

Volvió a mirar a Marlowe, hablaba con un camarero en la barra, estaría pidiendo la comida, ni siquiera le había preguntado qué quería comer. Pero que él eligiese la comida era lo último que le preocupaba en aquel momento.

Bajó la mirada hacia su bolso, allí asomaba la libreta. Sentía que la había hecho demasiado pequeña.

Su mirada se dirigió fugaz hacia la esquina de la barra. Quizás una voz más alta de lo que debería la había llevado hasta aquella imagen. Y no solo a ella, a más gente en el restaurante.

Estaba la melena rizada de la doctora Bruce tapándole lo que tendría que ver al otro lado, otra mujer algo más menuda que la doctora, que a pesar de que no era tan alta como ella sí que tenía más anchura de espalda.

Vio que Marlowe se giró enseguida, pero el camarero ya salía de la barra con una tabla de madera y con los platos, y lo llamó.

Mary Kate apartó la vista de las dos mujeres para dirigirla al camarero y a Marlowe, que ya estaban cerca de la mesa.

Y el olor a carne asada penetró en su nariz cuando el hombre colocó la tabla en el centro de la mesa. La mitad la ocupaba un filete grueso y extenso. En la otra parte había arroz y patata asada.

Marlowe ni siquiera se sentó, cogió el cuchillo y el trinchador y lo clavó en la carne.

—No voy a pretender que el primer día engullas como una hiena, pero —tumbó el trinchador para medir un trozo—, cada día aumentarás la cantidad. Hasta que acabes engullendo como una hiena.

Mary Kate alzó las cejas a la vez que el trozo de bistec caía en su plato.

—Es carne de bisonte —le dijo y le apartó arroz cocido y patatas.

Soltó los utensilios y se apartó de la mesa.

—Quiero el plato limpio —añadió y enseguida se apresuró hacia la esquina de la barra.

Las voces se habían alzado y se oyeron también de algunos de los de la sala.

Vio que el cuerpo de la doctora Bruce se había desplazado, acababan de empujarla desde aquel lado que no podía ver. Pero un manotazo de Bruce hizo que al fin pudiese ver lo que había frente a la doctora. Otra mujer, o una síntesis de mujer y fiera, que respondía al manotazo de la doctora con otro manotazo aún peor.

No me lo puedo creer. Se están pegando.

Mary Kate abrió la boca enorme mientras clavaba el tenedor en el filete, tenía varios centímetros de grosor y rezumaba jugo rojizo.

Marlowe y otro hombre ya habían llegado hasta ellas. Marlowe solo necesitó una mano en el hombro de cada mujer para que los siguientes manotazos acabasen uno en el pelo de Bruce y el otro en el aire. Las había separado sin esfuerzo.

La joven bajó la mirada hacia su plato. Por fin pudo distinguir alguna palabra en la discusión.

Mentirosa. Zorra.

Colocó el cuchillo y cortó la carne. Estaba blanda, masticar mucho tiempo le hastiaba, pero tendría que volver a acostumbrar la mandíbula. Marlowe no había sido muy exigente, apenas medio plato. Sin embargo, seguía pareciéndole demasiado. No sabía si lo llegaría a acabar.

Se metió el trozo de carne en la boca y alzó la mirada hacia las mujeres. Habían bajado las manos, parecía que lo peor ya había pasado. Ladeó la cabeza sin dejar de mirarlas mientras masticaba, se añadió en la boca parte de una patata, le facilitaría el proceso.

Bruce se había inclinado sobre la otra mujer para hablarle. Ya no se pegaban, pero de ahí a que la conversación fuese cordial había un trecho.

Menudas fieras.

Algo no muy habitual en Londres, desde el instituto no recordaba algo así. Marlowe sujetó a Bruce para apartarla y la mujer le quitó el brazo, no pudo oír lo que ella le estaba diciendo a él, pero lo había señalado con el dedo y por la expresión, no parecía ser algo agradable.

Mary Kate frunció el ceño mientras cortaba otro trozo de filete. Tragó el que tenía en la boca. Marlowe no pareció molestarse en absoluto por lo que fuese que le acabasen de decir. Así que no podía estar segura de que él fuese parte de la discusión. Tampoco podía fiarse de las reacciones de Marlowe, debía tener un temple a otro nivel, como todo lo demás.

Un trozo más y más patata y volver a masticar.

De nuevo se alzaron las voces y las mujeres arremetieron una contra la otra. Esta vez el otro hombre tuvo que intervenir para separarlas porque Marlowe solo no fue capaz de hacerlo tan

rápidamente como la primera vez.

Se oyó un claro «mentirosa», «falsa», «felina salida» y lindeces similares.

Mary Kate volvió a tragar y bajó la mirada para cortar otro nuevo trozo de filete. Vio en su bolso que algo se encendía. Sería el móvil.

Lo sacó del bolso. Era, como no, el chat de las hadas madrinas.

Había estado horas en las que no les escribió ni un solo mensaje.

«Estará ya sin cobertura», decía Mayte.

«De eso nada, apenas habrán llegado al pueblo y durante todo el camino tienen cobertura. O eso me ha dicho Hércules». Era su hermana.

«La cobertura, claro, ¿os pongo una foto de la cobertura? ¿O ya os la imagináis?». Había escrito Vicky y los siguientes centímetros de chat eran iconos variados de risas y fuego.

Negó con la cabeza mientras contenía la risa.

«Sí, sí tengo cobertura», les escribió. «Acabamos de llegar al restaurante del pueblo. Siento no haber respondido antes. Me he quedado dormida».

«Dormida», era su madre.

«Sí».

«¿Todo el camino?», preguntó su hermana.

Alzó la mirada, parecía que se habían calmado de nuevo. Marlowe intentaba retirar algo más a Bruce de la otra mujer. Ahora ya podía verla bien, era algo más baja que Bruce y más delgada. Tenía el pelo castaño recogido en una trenza.

«¿Cuatro horas durmiendo? ¿En serio?». Era su tía Vicky.

Se apresuró a responder.

«Estaba cansada. No he dormido bien estos días».

«Ya, claro». Esta vez era Natalia.

Volvió a mirar, de nuevo no se escuchaba lo que estuviesen hablando.

—Ha sido desde que ha vuelto Bruce, el otro día las vi discutir en la calle pequeña. —Oyó tras ella a una mujer hablando. No quiso girarse para que no supiesen que los estaba escuchando —. Y me imaginé que iba a acabar pasando esto.

—¿Pero aquí en su propio negocio con todo el mundo mirando? —respondió una voz de hombre—. Cuando Fendy se entere de lo que acaba de hacer su hija, se vienen reformas otra vez.

—¿Qué reformas va a hacer? Si el resto de los Fendy son unos inútiles.

Me voy a enterar de todos los cotilleos en menos de medio plato.

Cortó de nuevo el filete.

—Pero la doctora no estaba, no puede recriminarle nada a su amiga. Y nadie sabía que iba a volver —dijo la mujer.

—Eso pienso yo.

—Y Laurence tampoco creo que haya hecho nada mal.

O sea que no es que esté metido en la discusión. Es que él es la discusión.

Bajó la mirada hacia su móvil.

«Se acaba de liar parda en el restaurante. La doctora Amanda Bruce y otra que aún no sé quién es, pero parece que es la hija del dueño del negocio por lo que estoy oyendo, se están insultando y pegando aquí en medio».

Varias escribían, tantas que supo que entrarían todos los mensajes a la vez.

«¿La de los gorilas?». Vicky fue la primera. «Jajajaja, no me lo puedo creer».

«¿Que se están pegando?». Tía Mayte lo acompañó con un emoticono gritando.

«Qué primitivo todo». Natalia lo acompañó con fuego.

«Ha ido Marlowe a separarlas. Pararon, pero se liaron de nuevo a tortas. Ahora están solo hablando, de momento».

«¿Y tú dónde estás, hermana?», preguntó Michelle.

«En la mesa, comiendo». Su hermana respondió con risas.

«Tengo que terminar unas cosas y ahora os explico qué les pasa», puso Natalia.

«No te molestes, Natalia. Ya lo imaginamos todas», respondió Vicky y hasta Mary Kate sonrió levemente mientas alzaba la mirada hacia ellos.

Regresaron las voces altas y un nuevo empujón. La chica que no conocía llegó a rebotar en Marlowe cuando Bruce la empujó. Se engancharon de nuevo y esa vez la trenza de la mujer y los pelos de Bruce se vieron incluidos en la pelea.

«Ahora mismo se han enganchado otra vez, pero de los pelos», escribió en el chat.

«Jajaja, ¿en serio?», respondió su madre.

Cogió de nuevo el tenedor y cogió más filete y más patata. El arroz lo notaba demasiado seco, pero el resto le estaba gustando. Sobre todo aquel bisonte poco hecho rezumando jugo.

«De los pelos, qué *heavy*», dijo Vicky. «Ea, pues ya estás rodeada de fieras, y sin siquiera pisar la reserva. Bienvenida a la fauna salvaje, señorita Lyon». Volvió a sonreír al leer a la madrina Vicky.

«Marlowe creando conflictos entre mujeres, tan callado y tan serio como parece. No me lo esperaba», dijo Mayte.

«Ya ves. Aquí el más tonto te hace sumas de tres cubos», dijo su madre y llovieron más risas.

«Pues yo sí me lo esperaba. Esa pila inmensa de testosterona que tiene tenía que liarla parda por alguna parte», respondió Vicky.

Esta vez hasta el estómago de MK rebotó con una carcajada mientras el chat se llenaba de risas.

«¿Han acabado ya?», preguntó Mayte.

«No quiero mirar mucho, que es de mala educación». Soltó el móvil un instante para poder

cortar más trozos del filete.

«A la mierda la educación, tú sigue retransmitiendo en *live* todo lo que esté pasando. ¿Siguen volando pelos?».

MK alzó la mirada hacia ellos antes de responder. Al parecer Marlowe no era tan lejano ni tan inaccesible. Al menos ellas dos habían accedido a él.

«Parece que ya han parado».

Habían conseguido separarlas del todo, unos metros una de otra. A la doctora se la había llevado un hombre. Marlowe, sin embargo, se había quedado con la mujer de la trenza.

Mary Kate bajó los ojos enseguida. Parecía que en la pelea había una clara ganadora.

Quedó un instante con la mirada perdida en la pantalla del móvil. Sucedían más mensajes, pero no los estaba leyendo.

Era evidente que había una ganadora. Echó una mirada fugaz hacia Bruce, que la seguían llevando hasta la otra punta del local. La doctora se giró un instante para mirar a Marlowe y a la otra mujer. Gesto que hizo que Mary Kate también los mirase. Marlowe estaba frente a la mujer de la trenza, escuchaba algo que ella le estaba diciendo.

Se han llevado a la doctora Bruce, pero la otra sigue junto a Marlowe.

Sintió una leve ola de ligereza en el cuerpo. Una mezcla de curiosidad y nerviosismo por querer saber. Aquella mujer de nombre desconocido había ganado la batalla a otra mujer, que de imbécil, como podía apreciarse, tenía bien poco. No conocía de nada a la doctora, pero saltaba a la vista que no era una pusilánime. Y ya había visto delante de sus ojos que más le valía no ser su enemiga. Mucho menos su antigua amiga.

Así que podía imaginar cómo sería la otra amiga de Marlowe.

¿Será ella Sabrina?

Stoker le dijo que no le gustaban los desconocidos en casa. Podría ser Sabrina o podría tener cualquier otro nombre. Daba igual. Más le valía tener cuidado con todas las fieras de por allí.

Definitivamente, el cuaderno era demasiado pequeño.

Dejó de mirar a Marlowe mientras miraba de nuevo la pantalla de su móvil, esperando que la ligereza se difuminase. No podía tener curiosidad ni ese deseo de saber el primer día. Y menos cuando ella no había ido hasta allí a saber ni a curiosear. Solo a trabajar.

Pero su chat se había llenado de memes y emoticonos.

Acabo de despertar a un monstruo.

A varios monstruos, en realidad. Les había abierto la puerta del cotilleo respecto a un personaje bastante misterioso. Y ya no podría pararlas.

«*And de winner is*…», decía Michelle esperando a que ella respondiese.

Suspiró.

Como Marlowe se entere…

Después de haberle dicho lo de la cámara, las fotos y que no quería que nadie escribiese sobre él, supuso que le parecería infinitamente peor si en vez de en un cuaderno, lo escribiera en un chat con cinco unicornios dispuestas a sacarle las tripas para limpiarse con ellas las lágrimas de las risas que iban a echar.

Parte de la ligereza que provocaba la curiosidad o lo que fuese que la estaba invadiendo de una manera extraña, y que nada tenía que ver con la inseguridad y el miedo, se mitigó y apretó los labios para no reír. Porque hablar de él allí dentro, en el mundo de los unicornios, le estaba encantando.

«Ha ganado la otra. La que no conozco». les dijo. «Se han llevado a Bruce y Marlowe se ha quedado con ella».

Recibió una sarta de risas. Ahora vendrían las sandeces. Le costó no esbozar ninguna sonrisa. La ligereza se difuminaba, ya casi no la sentía.

El sonido de la silla de madera la sobresaltó y enseguida apartó el móvil. No había visto que Marlowe se había acercado hasta ella.

No, si al final pilla el chat.

Levantó la cabeza lo suficiente para mirarlo. A pesar de lo que acababa de pasar, él seguía con la misma tranquilidad con la que habían llegado, como si «dos señoritas» no se hubiesen agarrado de los pelos por lo que fuera que hubiese pasado entre él y ellas.

Y eso que él vive aquí, que hay cuatro gatos y veinte leones. No me quiero ni imaginar lo que liaría en Londres.

La pila inmensa de testosterona que decía la madrina Vicky era tremendamente placentera a la vista. Lo demás ni lo imaginaba.

Los ojos de Marlowe enseguida se dirigieron hacia el plato de Mary Kate.

Ella lo miró también. Solo había dejado parte del arroz, el resto había desaparecido por completo. Y al observar la expresión de Marlowe al verlo, por primera vez en toda su vida se sintió orgullosa de vaciarse en el estómago un plato de comida. Un orgullo que podría parecerle completamente absurdo apenas unas horas atrás, respecto a algo que le hubiese podido resultar hasta maleducado antes de despegar los pies del suelo del aeropuerto de Londres.

Marlowe no dijo una palabra, se sentó y apartó su plato, acercándose directamente la tabla de madera.

Esa pila inmensa no se mantiene de aire. Necesitará kilos de comida.

Con lo que quedaba en la tabla ella tendría para sobrevivir una semana.

Marlowe cogía los cubiertos para comer.

—Me ha gustado —dijo ella viendo que él no pensaba preguntárselo.

—¿Qué exactamente? —respondió él bajando la mirada hacia la carne que estaba cortando.

La comida. Y el espectáculo.

Sabía que iba por ahí la pregunta. Pero sus madrinas le enseñaron que hacerse la tonta funcionaba mucho mejor.

—La comida. —Ladeó la cabeza al decirlo. Sostener la mirada a Marlowe en la escueta distancia de una mesa tan pequeña y disimulando una respuesta diferente a lo que él preguntaba, era difícil.

—¿La aguantarás dentro de dos horas sin vomitar? —preguntó Marlowe y ella frunció el ceño levemente.

Los vómitos eran frecuentes al principio, cuando los colores se iban perdiendo aunque apenas lo notara. Una degradación de tonalidades de todo lo que la rodeaba hasta que solo quedó el blanco y el negro. Los únicos extremos que le gustaban a Igory. El gris era motivo de discusión, de humillación, y de días de castigo.

Consecuencias.

Apartó la mirada de Marlowe.

Al principio su estómago solía explotar de momento y sin previo aviso. Luego simplemente se cerró. Si alguna vez la obligaban o la ponían en el compromiso de comer algo más, recordaba haber dado alguna arcada.

Pero el trozo de filete y la patata habían entrado bien, no se fiaba del arroz y lo dejó. No se había parado a pensar en la necesidad de reparar no una parte, sino todo lo que había perdido.

—Pondré de mi parte —respondió alzando la mirada de nuevo hacia Marlowe.

La piel dorada de Marlowe contrastaba de una forma sublime con el color de sus ojos, las vetas rubias de su pelo, y con el algodón de la camiseta que de haber sido marfil en vez de aquel verde embarrado, la combinación hubiese rozado lo celestial y lo extraordinario.

Y lo vería en todos los colores. Había días. Los había de sobra.

—En cuanto a lo otro, señorita Lyon —dijo él—. A pesar de que ni te has inmutado, siento que haya sido así el primer día. Y tengo que decirte que no es lo habitual.

Mary Kate apretó los labios para no reír.

—A pesar de que no me haya inmutado, Mr Marlowe, me alegra saber eso porque ya estaba pensando que estaría mucho más segura en medio de la reserva.

Lo vio encogerse y echar una leve risa mientras negaba con la cabeza. Marlowe se metió una mano en uno de los bolsillos y sacó algo que dejó caer en la mesa.

Era una llave en un llavero metálico circular con un número.

—Ahí están tus cosas. Coge lo que vayas a necesitar. El resto se quedará aquí —dijo.

Mary Kate arrastró la mano hasta la llave, Marlowe había dejado la suya muy cerca, la mano derecha, en la que llevaba el brazalete de cuero. Era extraño que alguien como él llevase un complemento de cualquier índole, así que pensaba que pudiese tener algún escrito, decoración o grabado que pudiese significar algo. Pero aquel trozo de tela era completamente liso. No había

nada.

Cogió la llave y se dispuso a levantarse, pero sintió vibrar su móvil y por reflejo miró la pantalla. Entre muchos avisos de mensajes había llegado el último. Era de la madrina Natalia.

«¿De verdad piensas que la mujer que no conocemos ha ganado porque se han llevado a Bruce y Marlowe se ha quedado con ella? ¿Sí? Querida señorita Lyon, ¿dónde está Laurence Marlowe en estos momentos? Bienvenida».

Entreabrió la boca y alzó la mirada fugaz hacia él.

A menos de un metro de mí.

Tía Natalia nunca iba mal encaminada. Fuera quien fuese aquella mujer y lo que tuviese con Marlowe. La doctora Bruce y viejas razones y nuevas rencillas. Él.

Y ella acababa de aterrizar en aquella extraña jungla.

Bienvenida.

El cuaderno iba a resultar tremendamente pequeño.

Chat alternativo

Stoker: Pues esto empieza fuerte, señores, jajaja.

Mayte: ¿Ya os habéis enterado?

Wilde: Marlowe lo está contando en el chat ahora mismo.

Lyon: ¿Enterado de qué? ¿Qué ha pasado?

Vicky: Jajaja. ¿Pero tú no te ibas del chat, Chris?

Damon: Si estando aquí se entera de poco, imagínate si se va. Por eso se queda.

Vicky: Jajaja.

Byron: Stoker, ¿tú no estabas en el avión?

Stoker: Estoy haciendo una escala para recoger a un cliente. Siempre llego en los momentos buenos y necesarios.

Lyon: ¿Vais a contar qué ha pasado?

Natalia: Tranquilo, Chris, que tu leona está bien. Pero ha habido una pequeña trifulca entre otras fieras que rodean a Marlowe.

Hércules: Jajaja.

Lyon: ¿Se han peleado los leones? Pero si MK me ha dicho que aún no han llegado a la reserva. Está organizando sus cosas en una pensión.

Wilde: Ese es el caso, que aún no han llegado a la reserva.

Damon: Mira que os gusta el misterio. Contadlo ya.

Vicky: Lo cuento yo. Una doctora de primates y otra que todavía no sabemos quiénes se han liado a leches en la pensión. Mary Kate dice que la que se ha quedado con Marlowe es la que no conocemos. Con lo cual, deducimos que la primera que estuvo con Marlowe es la doctora y que se lo ha tomado como una traición por parte de la otra chica.

Blake: Exacto. Vaya nivel. Me habéis dejado a cuadros.

Wilde: Fíjate que Marlowe nos cuenta la mitad, así que no estábamos seguros de las razones. Gracias por una explicación tan aclaratoria de las circunstancias.

Stoker: Jajajaja.

El Mago: Lo que yo os diga, son tremendas.

Byron: La que no sabéis quién es se llama Olivia Fendy.

Claudia: ¿Es la hija del dueño de la pensión?

Hércules: ¿Seguro que vosotras estáis en Londres?

Stoker: Yo me cambio de chat. Metedme en el de los unicornios.

Wilde: Jajaja.

Blake: Dice Marlowe que ya van a salir hacia la reserva. Así que leona a salvo de fieras.

Stoker: Y Marlowe a salvo también.

Natalia: Bien.

Irina Yadav: Entonces la leona se ha llevado el premio grande y sin despeinarse. Para ser la primera batalla no ha estado mal.

Lyon: ¿La primera? ¿Dónde demonios habéis metido a mi hija?

Damon: No se puede escribir una leche con vosotros en este plan, jajaja.

Mayte: Apaga el chat.

Blake: Van a quedarse sin cobertura en breve. Nos quedamos sin saber hasta mañana o pasado mañana.

Vicky: Eso va a ser lo peor. No saber en tiempo real.

Hércules: A ver cómo se las apaña Mary Kate con Sabrina. Esa es brutal.

Lyon: ¿Quién es Sabrina? ¿Otra?

Wilde: Jajajaja. Un lagarto que vive en casa de Marlowe. Entre bichos varios que van y vienen.

Stoker: Y el mono *cabxxx*. Te roba todo lo que pueda pillar.

Claudia: Jajaja.

Blake: Para completaros la información de lo que sabemos. La doctora Bruce era compañera de Marlowe desde hace mucho tiempo, del primer grupo cuando llegó a África. Como los dos son un tanto parecidos con el trabajo, han estado de un lado a otro y nunca han podido tener una relación muy en condiciones. Más bien era algo informal e intermitente. Pero el año pasado Bruce se asentó allí cerca, estuvo unos meses y se fue. Entonces una de sus mejores amigas, Olivia Fendy, vio la oportunidad dorada. Esa chica llevaba mucho tiempo detrás de Marlowe aunque él no lo quisiera reconocer. Ha vuelto Bruce, el lío está montado.

Lyon: Lo que no entiendo es al límite que han llegado para pegarse. Por Dios, mujeres adultas… ¿Dónde se han educado? ¿En medio de la selva?

Natalia: Llevas razón, Chris. No temas por MK que a ella la has educado en los mejores y más elitistas colegios ingleses.

Irina Yadav: Lo de la señora Vicky se ve venir, pero la realidad es que usted no se queda atrás, señora Valkyrie.

Wilde: Jajajajaja.

8

Enroscó el parasol y el filtro en el objetivo y puso la mano debajo de este antes de alzar la cámara. Tuvo que sujetarse con el codo al respaldo del asiento para poner la rodilla, perdió levemente el equilibrio. No era una carretera lisa, era un camino de arena y el coche no dejaba de moverse.

—¿No había una cámara más grande en la maleta? —Oyó decir a Marlowe a su espalda.

Aquel teleobjetivo era lo mejor que tenía, pero tenía que reconocer que era bastante exagerado.

—Es el objetivo lo que abulta, un *zoom*… —Explicarle a Marlowe las características si él no tenía ni idea iba a ser difícil—. Muy bueno.

—¿Y piensas llevar la mochila de esos… *zoom* tan buenos a todas partes donde vayamos?

No le respondió, comprobaba los ajustes de ISO de la cámara. No estaba acostumbrada a aquel sol tan intenso. Su experiencia era más de interiores y exteriores con poca luz, así que tendría que hacer varias pruebas. En el coche sería imposible, necesitaba suelo firme y un trípode.

Se giró volviéndose a aguantar con el codo al respaldo para no perder el equilibrio y miró a Marlowe.

—Ni se te ocurra dirigir ese tubo hacia mí. —Fue la respuesta de Marlowe a su movimiento. Ni siquiera la miraba, seguía pendiente de la carretera.

No quieres fotos, ya.

Ni siquiera sabía cómo Marlowe había accedido a aquel proyecto. Quizás si hubiese sabido que era a ella a la que iban a enviar se habría negado en rotundo.

Pero justo en aquel ángulo, uno en que al estar arrodillada en el coche la hacía ascender en estatura hasta superarlo, una foto justo así, desde arriba, con el sol reflejándose en el pelo de Marlowe y dándole aquel color ambiguo entre el verde y el azul, sería absolutamente perfecta.

Se irguió y bajó los párpados intentando imaginarlo desde una cámara. La forma en la que sus hombros sobresalían de la camiseta, el color de aquella piel…

Otros con muchísimo menos se pegan el día a selfies*.*

—Agacha la cabeza —añadió él.

¿Qué?

Una rama se arrastró desde su coronilla hacia atrás.

—Tarde. —Fue la palabra de Marlowe, que seguía sin mirarla.

MK se llevó la mano a la cabeza y se giró para mirar atrás. Un árbol algo más inclinado que

el resto y una rama sobresaliente, no muy gruesa por suerte.

Se miró la mano para comprobar si el arañazo había profundizado hasta que sangrase. Pero no. Le escocía, eso sí.

Esto me pasa por mirarlo.

—No puedes ser tan lenta cuando te diga que hagas algo —dijo él y ella volvió a mirarlo.

Pues mala cosa. La lentitud va conmigo.

—Esto no va a ser una excursión ni un safari. Cuando te diga que hagas algo, tendrás que hacerlo sin preguntar y sin dudar de las razones.

Mary Kate se fue dejando caer poco a poco en el asiento hasta estirar las piernas y sentarse bien.

—Ayudaría algo que me advirtieses al menos, no me hubiese levantado del asiento —respondió y cogió aire por la boca mientras dejó caer la cámara en el regazo.

Y notó cómo él la miró de reojo un instante. Ahora los setos y árboles se agolpaban estrechando el camino.

—No hay razón para que no te levantes del asiento, si sigues mis consejos. —ahora fue ella la que lo miró de reojo a él.

Hacer todo lo que me digas sin rechistar. Más o menos, ¿no?

Bajó los ojos.

Lo mismo que hacía allí.

—¿Podrás? —volvió a sentir la mirada de Marlowe.

Seguir órdenes, directrices sin margen a tomar ni una sola decisión. No era nuevo para ella. Recordarlo hizo que su cuerpo pareciese encogerse en el asiento hasta hacerla pequeña. Y llegó Igory hasta su cabeza, y Basilia…

Cerró los ojos y casi pudo verlos delante de ella.

—No me has respondido, ¿podrás? —Tuvo que abrir los ojos al escucharlo.

—Claro que podré. Es lo que mejor se me da. —No lo dijo en su mejor tono, era una especie de ironía bañada en ira, aunque no hubiese alzado la voz un ápice. Su cuerpo seguía encogiéndose, viéndose tan pequeña junto a Marlowe como se veía junto a los Ramson aunque era más alta que alguno de ellos—. Seguir órdenes sin abrir la boca y recibir las consecuencias si desobedezco. Eso lo conozco bien.

Marlowe dio un frenazo tan fuerte que la joven tuvo que agarrarse al salpicadero. No llevaba cinturón puesto, pero su espalda no se retiró del respaldo un ápice. Algo firme e inamovible estaba de lado a lado de sus costillas e hizo el mismo efecto del cinturón. O quizás más presión aún.

El coche se detuvo en seco.

Tuvo que echar todo el aire de golpe del susto mientras se aferraba a lo que la había

sostenido y que seguía en sus costillas. Una piel tirante que desprendía calor. El brazo de Marlowe era tremendamente firme a pesar de que ya estaban parados y no tenía que hacer fuerza.

Lo miró enseguida y encontró la mirada a la que hasta los propios leones tenían respeto. Un don celestial que podría funcionar con animales y humanos. Y que la hizo tragar saliva y querer echar a correr lejos del coche.

—La diferencia es que las consecuencias de desobedecer mis órdenes, señorita Lyon, no dependen de mí.

Sintió cómo el brazo de Marlowe dejaba de hacerle presión, lo había retirado. Si no la hubiese sujetado, seguramente habría chocado contra el salpicadero. Hasta eso tuvo él en cuenta al frenar. Por eso tal vez no hubo advertencia de que se pusiese el cinturón, como tampoco la hubo de que se arrodillase en el asiento. Porque él conocía bien lo que representaba un peligro en aquel camino y todos los que había para él eran salvables.

En cuanto a lo que Marlowe acababa de decirle, no era capaz de responder una palabra. El bochorno fue tan inmenso que hasta notó cierta humedad en los ojos. De manera casi inconsciente, en su mente lo había equiparado a los Ramson y él parecía haberse dado cuenta.

Se sintió tan imbécil que tuvo que girarse hacia la puerta del coche para quitarse de su mirada, dejando caer el hombro y el costado en el respaldo. Otro gesto que le resultó infantil y que no hizo más que aumentar el bochorno que estaba sintiendo.

Marlowe no dijo nada más, puso en marcha de nuevo el coche.

Mary Kate cerró los ojos, la humedad aumentaba y lo de la garganta tampoco era que ayudase mucho. Se estaba tensando tirándole hacia abajo.

Venir aquí ha sido una mala idea.

La humedad crecía, no podría contenerla mucho tiempo y no sabía cuánto les quedaba de camino. Pero abrir la boca y preguntar sería revelar que estaba a punto de romper a llorar. Y romper a llorar el primer día y por una estupidez era algo que le daba todavía más vergüenza. Más aun siendo Marlowe como era, con aquel temple que hasta para corregirle solo había necesitado unas cuantas palabras y ni siquiera de malos modos.

Llorar significaba revelar que ella era la oveja negra de los Lyon, la pusilánime de una maravillosa familia de unicornios. Así que se mantuvo inmóvil en aquella postura, con los ojos cerrados y sin decir ni una palabra.

Infantil y estúpida.

Claro que ir hasta allí había sido una mala idea. Su estancia no haría más que confirmarle todo por lo que se lamentaba.

Hasta con los ojos cerrados notó que se le caía una de las lágrimas. Lo único que no podía recriminarle a los Ramson era que le habían dicho la verdad. Todos los que le decían que podía hacer cualquier cosa que se propusiera no eran objetivos, pertenecían a su gente cercana y ellos

nunca serían capaces de reconocer que era una inútil.

Respiró despacio, ni siquiera era capaz de enderezarse y volver a mirar a Marlowe, quizás disculparse. Es lo que debería. No era difícil, estaba tan acostumbrada a disculparse como a obedecer. Disculpas muchas veces vacías en las que ni siquiera sabía bien cuál era la razón. Sus disculpas eran tan solo una goma de borrar para que «las consecuencias» que provocaban un cambio en Igory se difuminasen, se aflojasen, para que no chocasen contra ella y le golpeasen rebotando en una pared invisible. Para que al fin y al cabo, no doliesen tanto.

Disculparse por tantas cosas de las que ya no conocía bien el verdadero sentido de una disculpa.

Tragó saliva dos veces y apretó las yemas de los dedos contra la esquina del respaldo en una especie de pellizco.

—No quería que te molestases, lo siento. —Fue capaz de decir, aunque ni siquiera miraba a Marlowe. Eso era ya más difícil.

—No me ha molestado en absoluto. —Fue la respuesta de Marlowe—. Pero es necesario que lo tengas claro tú.

Tu voz, la biblia. Ok.

Volvió a cerrar los ojos.

Con esa voz no me será difícil. No me sería difícil aunque no estuviésemos en una sabana.

Marlowe tenía el semblante perfecto para ser alguien que seguiría en cualquier ámbito y lugar. Podía hacerse una idea del lugar que ocuparía en su grupo de amigos. Uno parecido al que ocupaba la madrina Natalia.

—¿Te duele? —preguntó él.

—No. —Fue rápida en responder, en el estado en el que había entrado su cuerpo había olvidado por completo el golpe.

Un estado en el que lamentaba haber ido hasta allí y haber metido a Marlowe en aquel lío que seguramente no los llevaría a ninguna parte, un error que decepcionaría nuevamente a su familia aunque no fuese capaz de decírselo.

Lamentaba hasta su propia existencia.

Abrió los ojos cuando sintió el coche aminorar la marcha y pestañeó para aclarar la vista. Llegaban a una pequeña construcción blanca. Más pequeña de lo que imaginaba. Era apenas un cuadro, su constructor no se había complicado lo más mínimo.

Ni siquiera sabía cómo ella y Marlowe cabrían allí dentro sin pisarse uno al otro.

Se enderezó en el asiento sin dejar de mirar la casa.

—Vuelvo a repetirte que si quieres puedes quedarte en la pensión. —Lo oyó decir.

Pero ni siquiera lo escuchó bien, su mirada se dirigía hacia la puerta, no sabía la razón por la que no estaba completamente encajada en el marco.

¿Aquí han entrado todos los Misters? ¿Dormirían en pie?

No eran precisamente pequeños.

Abrió la puerta del coche y bajó de él sin dejar de mirar la puerta encajada. A un lado de la casa podía ver una mesa de madera volcada en el suelo, similar a las que había en los parques que tenían los bancos unidos, uno a cada lado. Pero o estaba rota o no se había usado en décadas.

Sobre la puerta había una pequeño farol colgado desde la fachada, supuso que sería para las noches. Pero allí fuera no había sitio donde sentarse.

Llegó hasta la puerta. Madera y no muy pesada. Efectivamente no estaba cerrada, cabía un dedo entre el marco y la puerta, casi podía ver el interior.

—A veces se hincha y no cierra —dijo Marlowe a su espalda.

Preguntarle a Marlowe si no le daba miedo tener una puerta que no cerrase sería una absoluta estupidez. Aquel hombre no podría tener miedo a nada.

Mary Kate se detuvo y lo dejó adelantarla hacia la puerta.

Ver la imagen de Marlowe delante de sus ojos con una mano en el picaporte de la puerta, hacía que el hecho de que esta no cerrase no tuviese demasiada importancia. ¿Quién demonios iba a entrar allí con semejante coloso dentro?

Ninguna fiera de los alrededores. Al fin y al cabo, los animales eran más listos que los humanos.

Marlowe se detuvo antes de abrir.

—Si algo te incomoda, volveremos a Karibu y te quedarás allí —dijo y vio cómo los músculos de su brazo se tensaban para abrir.

Karibu, donde se pelean las fieras. Muy mal tiene que estar esto para irme allí.

Lo había pensado en una idea fugaz mientras colocaba sus cosas en la habitación del diminuto hotel. Era una habitación de madera, con un colchón más o menos aceptable, cama de matrimonio más pequeña que la que tenía en casa. Almohada mejorable. Una mesa y una silla. Y un sillón durísimo frente a una tele diminuta.

Podría quedarse si lo requiriesen las circunstancias, si Marlowe por cualquier razón no la quisiese en la casa.

Pero siendo sincera, tampoco estaría cómoda en Karibu. Como tampoco estaría cómoda en aquella cuadrícula con techo ni en ninguna parte de allí. Las razones no eran únicamente materiales. No era su casa y estaba rodeada de extraños.

Cogió aire y lo contuvo mientras Marlowe abría la puerta.

Y la idea de darse una ducha para quitarse el perfume y la tensión del viaje se desvaneció de repente.

Tensó todos los músculos de la cara para que no reflejasen lo que estaba cayendo garganta abajo y haciendo una bomba en su estómago.

A pesar de no haber aire, únicamente el leve movimiento de la puerta hizo que una pequeña ola de polvo, pelusa y hojas se moviese en el suelo de la casa.

No me lo puedo creer.

Quizás eran las consecuencias de una puerta que no cerraba, o quizás las ventanas tenían el mismo problema de la puerta.

Marlowe entró en la casa y ella quedó inmóvil donde estaba.

—Señorita Lyon. —Lo perdió de vista, la puerta volvía a moverse y a casi cerrarse tras él—. Bienvenida.

Dio unos pasos por el suelo arenoso, los tacones eran una incomodidad en aquel terreno y debía tener cuidado de que las pequeñas piedras no la hiciesen resbalar. Cogió el pomo de la puerta y sintió el polvo pegarse a su mano.

Tendría que acostumbrarse hasta al nuevo olor de su morada. Y este no sabía cómo explicarlo. Ni mucho menos digerirlo.

Era como una mezcla de arena de gato y tienda de especias.

Bajó la cabeza y miró hacia al suelo. Hasta el lugar donde se peleaban las fieras le estaba pareciendo una mansión similar a la de los Lyon.

Estaba claro que las veces que le dijo Marlowe que podía quedarse en la pensión no era por ninguna cordialidad añadida.

Sabía que Marlowe no tenía personal de servicio, algo que no le importaba en absoluto. Claudia las preparó bien para todos los escenarios e hizo hincapié en que no fueran ningunas inútiles. Michelle y ella podrían sobrevivir en casi cualquier parte. Casi en cualquier parte. Esa en concreto no estaba en la lista.

Pues es lo que hay, Mary Kate.

Abrió la puerta, que extrañamente abría hacia fuera, y quizás esa era la razón por la que no encajaba y el olor a arena de gato se hizo intenso.

Una única sala con dos ventanas, una a cada lado, de madera. Abiertas, por supuesto. Y una especie de red abombada, quizás para que no entrasen los bichos.

A la izquierda tenía un sofá de unas dos plazas, aunque dudaba que si se sentase Marlowe en él entrase nadie más en el hueco que quedaría. Una mesa de plástico y un par de sillas, también de plástico.

Al lado derecho había una nevera y varios muebles bajos. Los que tenían puertas estaban cerrados con cadena y candado. Tuvo que alzar las cejas sin poderlo evitar.

Sobre ellos había una tabla de madera a modo de encimera de cocina en la que había apoyado una cocina eléctrica con hueco para una sola olla. Al lado, junto a varias bolsas, había un cubilete con pinzas y otros enseres de cocina mezclados con otros que no sabía para qué se podrían usar.

Y un fregadero que más parecía un lavabo.

Esto es una broma y me ha traído a una choza abandonada.

¿Byron sobrevivía allí cuando iba a visitar a Marlowe? No se lo podía creer. Allí no imaginaba a ningún Mister, ni siquiera a Stoker.

Dio unos pasos dentro de la casa y levantó otra pequeña ola de tierra y pelusas.

Este tío tiene una fortuna y una casa enorme en Londres. ¿Por qué cojones vive así?

Marlowe estaría en una de las habitaciones de dentro, que estaban a tan solo un metro y pico de donde se encontraba ella. A juzgar por la forma de la casa y de la habitación que tenía, las habitaciones deberían de ser una caja de zapatos. Había en el centro un corto pasillo que acababa en un armario de metal, una puerta a la izquierda y dos a la derecha.

Siguió dando pasos y llegó hasta la primera puerta, la de la derecha.

Era un baño, similar a los cuartos de aseo de los bares pequeños, de esos estrechos en los que se tenía que entrar de lado. Con un lavabo a la izquierda, un sanitario justo al lado y al fondo una ducha con cortina que en sus inicios supuso que sería blanca.

Se inclinó para asomarse, el espejo sobre el lavabo era redondo y parecía empañado.

—Si lo ves pequeño, podrías quedarte en este. —Oyó decir a Marlowe.

Mary Kate dio dos pasos más y llegó a lo que serían las puertas de los dormitorios. Una justo frente a la otra. Según lo que estaba viendo, la habitación de la izquierda sumaría los escuetos metros del baño. Esa sería la diferencia entre las dos.

Y la caja de zapatos grande era el dormitorio de Marlowe.

—No es necesario —respondió con rapidez.

Una cosa era tenerla a ella allí, y otra perjudicarlo aún más. Así que se giró hacia la derecha, donde estaba el suyo.

Mínimo, más de lo que pensaba. Con una litera de hierro pegada a la pared que dejaba únicamente medio metro libre hasta la otra pared y una ventana al fondo.

Sin armario.

Echó todo el aire de golpe y dio un paso hacia dentro de la habitación.

La litera tenía los colchones a la vista, así que fue un acierto haberle preguntado a Marlowe por la ropa de cama. Aunque tampoco sabía dónde iba a guardarla. Como su ropa, sus enseres de baño, su ordenador, sus cámaras…

Tuvo que bloquear las piernas, porque las ansias de echar a correr fueron reales.

—¿Estás segura? —Esa vez la voz de Marlowe sonó más a ironía.

Debe ser divertido ver a alguien como yo aquí.

Se dio media vuelta para mirar el otro dormitorio y sintió un golpe, como un latigazo cortante justo a la altura del talón.

—¡Hostias! —Levantó el pie en un respingo mientras daba el grito y se agarró a la puerta.

—¡Marlowe! —gritó. Si hubiese podido subirse a la puerta lo habría hecho. Miró el suelo,

pero allí no había nada.

Entonces, ¿qué demonios le había dado aquel golpe en el talón?

—¡Marlowe! —volvió a llamarlo a gritos sin haber visto que ya estaba allí.

Y por reflejo se agarró a su hombro intentando hacer fuerza para levantar también el otro pie y quedarse en el aire.

—Algo me ha dado en el talón —lo dijo acelerada y con miedo, tanto que seguramente podría resultar bochornoso, pero le daba igual. Solo quería mirarse el talón, pero en aquella postura era difícil y más sin querer poner un pie en el suelo. El zapato donde le habían dado el golpe se le salió del pie y cayó al suelo. Había logrado alzarse del todo agarrada entre la puerta y el hombro de Marlowe.

Marlowe la sujetó por la cintura, quizás para que no tuviese que hacer tanto esfuerzo. Al sentir cómo la rodeaba con un brazo por las costillas, dejó caer en parte su peso en él.

Miró a Marlowe, que parecía estar esperando a que ella dejase de moverse intentando alcanzarse el pie o seguir escalando puerta arriba para no pisar el suelo. Seguía manteniéndola en el aire con un solo brazo y sin hacer mucho esfuerzo. Quizás ninguno.

—Es Sabrina —y Marlowe lo dijo con tanta tranquilidad que ella dejó caer su peso por completo en él, soltando la puerta y quedándose quieta.

Sabrina.

—No le gustan los extraños —dijo ella recordando las palabras de Stoker y vio que Marlowe tensaba la mandíbula con una especie de risa contenida.

—Estaba buscándola en el otro dormitorio —añadió él—. Precisamente por esa razón.

Pues no sé si alegrarme de que no fuera una tía. Aunque las mujeres aquí tampoco es que den mucha confianza.

Marlowe seguía sin soltarla, y no era que le importase en absoluto. A pesar de la presión en las costillas no era ninguna incomodidad. Al contrario. Al menos allí estaba lejos de Sabrina. Y eso le hizo recordar las palabras de tía Vicky de que no se separase de Marlowe más de dos metros y si era solo uno, mejor.

Sentía que dos metros eran demasiados y eso que aún no habían salido de la casa.

—Aparte de lo que me acaba de hacer, ¿hace algo más? —preguntó y su pregunta pareció hacerle aún más gracia a Marlowe.

—No. —Él la sacó al pasillo, estaba a punto de ponerla en el suelo.

Mary Kate apoyó la otra mano en su hombro mientras él la soltaba, notando que era un punto de apoyo bastante fiable y seguro. Quizás el más seguro que pudiese encontrar a kilómetros.

Y no he salido de la casa.

Puso el pie con zapato en el suelo y la punta del pie descalzo, quitó una mano de Marlowe, pero resistió algo más la otra, el tacón era demasiado alto y la punta del pie no era suficiente. Así

que se agarró a la pared para quitarse el zapato que le quedaba y poner el pie en el suelo.

Alzó la mirada hacia él y Marlowe se hizo todavía más alto. Aquella era justo la postura de la nuca a la que debía acostumbrarse. Sabía que sin tacones las medidas de ambos variarían, pero no esperaba que sus expectativas estuviesen tan distorsionadas. La frente podría encajarle entre los dos abultamientos que formaban el pecho de Marlowe, y ni siquiera era por la parte alta. Por primera vez, desde que alcanzó la estatura adulta, se sintió tremendamente pequeña midiendo metro ochenta.

El Marlowe real era grande, grande hasta asustar.

—¿Cuánto mides? —Fue casi un susurro, pero la pregunta le salió con tan fiel reflejo a sus pensamientos que Marlowe volvió a tensar la mandíbula para no sonreír.

—Creo que dos metros ocho —respondió él.

Mary Kate alzó las cejas y no precisamente por la pregunta, acababa de ser consciente de que su mano izquierda aún estaba en su hombro, justo en la parte que no tapaba el algodón de la camiseta, directamente en la piel cuyo color dorado parecía desprender el mismo calor que la chapa del coche cuando lo recogieron en el aparcamiento del hostal Karibu.

Levantó la mirada hacia el techo, en medio de aquel poco espacio había algo bien hecho, el techo lo suficientemente alto. Bajó de nuevo la mirada hasta los ojos de Marlowe.

—¿Y tú quieres cambiarme la cama? Quizás ahí no quepa ni yo —dijo y sintió un pequeño bote en el hombro de Marlowe, reflejo de un movimiento en su estómago al encogerse con una leve carcajada.

Mary Kate se inclinó levemente hacia delante para mirar dentro de la habitación, su pecho estaba a milímetros del cuerpo de Marlowe. Pudo ver dos pequeñas patas bajo la sombra de la cama, con unos cuantos dedos muy largos que terminaban en quizás finas uñas. Se ladeó inclinándose más para verla mejor. Las patas formaban un codo flexional y seguían hacia los hombros, se sujetó en la puerta, necesitaba inclinarse más para verla al completo.

—Sabrina es… —Sobre unos hombros más estrechos de lo que esperaba, encontró una cabeza con una cresta de púas y unos ojos enormes a cada lado, mirándola sin parpadear con una frescura que casi la hizo sonreír—. ¿Una iguana?

—Sí, más o menos —respondió Marlowe, que se había inclinado a la par de ella.

Sintió que Marlowe se irguió y quedó ella sola inclinada mirando a Sabrina. De inmediato el cuerpo del lagarto se inclinó a un lado flexionando una de sus patas para mirarla con un solo ojo, como si se estuviese tumbando en el suelo. Entonces Mary Kate alcanzó a verle la larguísima cola. Tal vez de allí procedía aquella sensación de latigazo cortante que había sentido en el tobillo.

Y Sabrina estaba calculando para volver a apuntarle con ella.

Mary Kate enseguida se irguió y se apartó de la cama.

—Creo que mi cama va a ser la de arriba —dijo dándose la vuelta en el pasillo para dirigirse a la puerta y viendo de reojo cómo Marlowe giraba la cabeza hacia el otro lado para reír.

Llegó hasta el coche y recorrió el exterior con la mirada. La casa estaba en un claro entre árboles, frente a ella comenzaban tímidamente hasta producir un espesor en el que no se veía más allá de unos metros. Sin ningún camino que se apreciase más que en el que habían llegado en el coche. El silencio era absoluto, solo roto por unos leves zumbidos que se mimetizaban tan bien con la tranquilidad que ni siquiera resultaban malsonantes.

Oyó el crujido de una rama procedente de aquel espesor de arbustos y se sobresaltó.

Sintió a Marlowe tras ella, apenas a dos metros.

—Ahí hay algo —le dijo con rapidez.

—Claro, siempre hay algo por todas partes. —Y lo decía como si fuese evidente. La rodeó para llegar hasta el maletero del coche.

—¿Y pueden acercarse tanto a la casa? —Mary Kate movió la cabeza para mirarlo.

—Pueden hacer lo que quieran. —Marlowe ni siquiera miraba hacia los setos, sacaba las maletas y las colocaba en el suelo, eran solo tres, pero no sabía dónde las iban a poner.

Mary Kate se acercó a él y a la pila de maletas, pero volvió a dirigir los ojos hacia los setos. La rama de uno de los árboles hizo que enseguida cambiase su atención. Las hojas parecían balancearse, algo se había subido hasta el árbol.

Se agarró al asa de una de las maletas para tirar de ella, pero seguía inmóvil mirando el árbol. La tierra se le estaba pegando a las medias y se clavaba algunas piedras más punzantes que formaban el suelo.

Marlowe ya cargaba las maletas hacia dentro.

—Evita andar descalza por aquí —le dijo él—. Miras demasiado hacia arriba y la mayor parte de los peligros los tienes en el suelo.

Mary Kate dio un respingo y se miró los pies.

Mierda.

Recorrió con la mirada el camino hacia la casa. Solo veía alguna hormiga andando por algunas piedras. Hormigas que no hacía falta entornar mucho los ojos para verlas. Sintió una especie de cosquilleo axilas adentro que la hizo sacudirse. Las hormigas nunca le dieron el más mínimo asco, pero estas eran gruesas y con la cabeza enorme.

Volvió a sacudirse y se dio cuenta de que Marlowe ya estaba dentro. Así que de inmediato se apresuró a tirar de la maleta y seguirlo. Oyó un nuevo chasquido en los arbustos, tras su espalda, y por reflejo se giró a mirarlo, deteniéndose.

Qué demonios será.

Allí era mejor no saberlo, seguramente el latigazo de Sabrina sería una broma comparado con lo que pudiese pasarle por allí.

No separarse de Marlowe iba a convertirse en una necesidad absoluta. Volvió a tirar de su maleta y llegó dentro de nuevo.

—Tienes un armario en el pasillo y otro en mi cuarto. —Lo oyó decir—. Vacía esto para que pueda llevar las maletas atrás.

Atrás hay algo para guardar trastos, menos mal.

Marlowe estaba acuclillado junto a la litera y había metido el brazo bajo la cama. Sacó la mano bajo la panza de Sabrina. Ahora podía verla entera. El animal se había agarrado con sus delgadas zarpas al antebrazo de Marlowe, como si fuese un tronco. La cola caía desde la mano de Marlowe hacia abajo. Solo por su cabeza Mary Kate no fue capaz de deducir su tamaño completo. Muy larga para lo poco que abultaba su cara. Pero tampoco es que supiese mucho de anfibios.

Marlowe se dio media vuelta y lo tuvo a él y a Sabrina de frente, que seguía aferrada al antebrazo de Marlowe y había levantado la cabeza para mirarla con unos ojos enormes, en comparación con su cuerpo, y completamente circulares.

—No intentes cogerla, ni apartarla ni mucho menos espantarla, porque te atacará igualmente —le dijo Marlowe—. Solo intenta que no te alcance.

Pasó por delante de ella para salir del dormitorio mientras Mary Kate se quedó inmóvil y con las cejas alzadas.

Convivir con el lagarto de los coletazos o con la fiera que engancha de los pelos a las mujeres que se le acercan a Marlowe.

Suspiró. Tenía que vaciar las maletas, pero iba a ser difícil colocar lo de dentro en ninguna parte.

Miró la cama de abajo, podría usarla a modo de extensa repisa. Supuso que era lo mejor para las cámaras o para las cosas de aseo.

Pero lo primero que iba a necesitar era una escoba.

—¡Marlowe! —Tuvo que alzar la voz, no sabía a dónde habría ido con Sabrina—. ¿Tienes una escoba?

—Creo que hay una atrás. —Se sobresaltó al escucharlo responder a media voz no muy lejos.

Con lo grande que es no hace ni ruido cuando se acerca.

Lo miró de reojo mientas él salía de la casa.

Cree que hay una. Este barre bien poco.

Alzó los hombros y los dejó caer mientras exhalaba aire por la boca. Ahora era cuando comenzaban a molestarle las cervicales por haber dormido en el coche. Ya echaba de menos el sillón de masajes y presoterapia de la casa de Igory.

Dejó caer la sien en el marco de la puerta y dirigió la mirada hacia la ventana. Uno de los cristales estaba abierto, había otra mosquitera allí, algo más tensa que la que había visto en el

salón. Apenas podía bien a través del enrejado, supuso que del polvo. Lo del olfato era maravilloso, ya no apreciaba el olor a arena de gato.

Salió de la habitación y se inclinó para mirar el dormitorio de Marlowe. Había una cama doble que ocupaba casi todo el dormitorio y un armario de tela abierto completamente con varias pilas de ropa no muy bien dobladas.

La cama no tenía cabecero, y solo tenía puestas dos sábanas, una para cubrir el colchón y otra que estaba arremolinada a un lado, supuso que para taparse si hacía fresco. Un solo almohadón, allí no cabría más que él. Así que era una suerte ser consciente de que no habría visitas. Todo lo que hiciese Marlowe con las fieras que se pegaban, era fuera de aquella casa.

A un lado de la cama había una mesa pequeña y redonda de madera con una botella de agua.

Qué barbaridad. Habrá que ver el WC.

Salió del dormitorio y se colocó frente al otro marco de la puerta que había más adelante de su cuarto. Solo marco, porque no había puerta.

No me lo puedo creer.

Busco la luz con la mano, con la pequeña ventana que podía ver a través de la cortina no veía todo lo que necesitaba ver. Accionó la luz, una bombilla amarillenta que colgaba del techo.

Con la luz pudo comprobar que el cristal del espejo estaba aún peor de lo que había apreciado en un primer momento, allí no podía ni peinarse. Sobre el váter había un armario de plástico, intentó abrirlo, pero parecía tener algún tipo de seguridad, como le había visto a algunos botiquines. Apoyó una mano en la pared para inclinarse y ver el cierre.

Era una tuerca, le dio varias vueltas hasta que oyó el clic y pudo abrirlo.

Botes varios de pomadas cuyas cajas de cartón llevarían allí demasiado tiempo, algunos botes más de pastillas de medicación básica que solían ir en los botiquines, cuyo color reflejaba que llevaban allí tanto tiempo como las pomadas.

Un vaso, con un cepillo de dientes y un bote de pasta, con sorprendente buen estado para su asombro. Y junto al vaso, en una peana de plástico, una cuchilla de afeitar y un bote de espuma.

Se alegraba de que al menos Marlowe la higiene personal la llevase mejor que la higiene de la casa. Cerró el armario y levantó la tapa del WC.

No entendía la funcionalidad de un WC sin agua en el fondo. Pero estaba seco y podría llevar seco mucho tiempo, porque hasta partes de la taza estaban resquebrajadas.

Yo me voy a morir aquí.

Alargó la mano hacia la cortina de la ducha y la retiró.

Con el asco que me dan a mí las cortinas de las duchas.

La ventana pequeña no la habrían limpiado en la vida más que con el agua de la ducha, con lo cual estaba más limpia que el resto de ventanas. En cuanto a las esquinas de la placa, mejor no valorarlas.

En el poyete de la ventana había una pastilla de jabón. Únicamente una pastilla de jabón.

Se apoyó en el lavabo y se encorvó ligeramente.

Vale, Mary Kate, solo unos contratiempos sin importancia. Ya sabías que no venias a un resort.

Pero aquello estaba superando sus expectativas.

Y nadie me dijo nada. La madre que los parió a todos.

Oyó que Marlowe entraba de nuevo.

—¿Esto te vale? —preguntó y ella se asomó para ver qué llevaba.

Era una escoba, desde luego, o lo fue antes de perder casi todas las cerdas y quedarse únicamente con las de los lados.

—La usaba para sujetar unos cables cuando intenté instalar una antena arriba.

Mary Kate cogió el palo de la escoba.

—¿Y funcionó? —Barrer con aquello debía de parecer un chiste.

—No.

Para sorpresa de nadie.

La joven tuvo que encoger el estómago para aguantar una leve carcajada que rebotó dentro de su cuerpo.

Lo de este hombre…

Puso la escoba en la esquina del dormitorio. Tendría que pasarla demasiadas veces. Triple trabajo seguramente.

—Ya te he dicho que puedes…

—Quedarme en el hostal, ya —lo cortó ella.

Y había que pensárselo muy bien en aquellas condiciones. Pero no podía engañarse, había ido a trabajar y no podría trabajar en la distancia. Necesitaba estar allí. Aquella casa era el epicentro de todo. Y él. Así que separarse de él tampoco era una opción.

Y aunque fuese una opción, no se alejaría de él.

Alzó la mirada hacia Marlowe, él la observaba desde el pasillo.

Él…

Apartó la mirada enseguida. No sabía por qué demonios, pero había ido hasta allí para liberarse de todas aquellas cadenas que la habían hecho dependiente de todo. Y sin haberse liberado de ninguna todavía, estaba comenzando a poner eslabones todavía más gordos que la atarían a Marlowe. Por la supervivencia, por el miedo, por lo que fuera. Quizás no tenía remedio.

Se llevó la mano a la sien.

No, no tengo remedio. No lo tengo.

En circunstancias normales se agarraba a un clavo ardiendo y Marlowe era un clavo enorme y rojizo que desprendía mucho calor. Lo comprobó muy bien cuando le rodeó las costillas con el

brazo.

Barrió la porquería hasta la puerta del cuarto, cerca de los zapatos de Marlowe.

Intento ser independiente al fin y su existencia me lo va a poner difícil.

La hacía sentir pequeña, endeble y demasiado desvalida en un lugar como aquel. Además de infantil, esto último ni siquiera estaba segura a qué se debía.

Pero acababa de salir de un círculo donde se sentía inútil y ahora no se sentía mejor. Y esa vez ni siquiera era culpa de Marlowe.

Así que el problema lo tengo yo.

Volvió a mirar a Marlowe.

Y su existencia, claro.

—Toma. —Le dio la escoba—. Barre eso hasta la calle.

Si esa era la escoba, supuso que no habría recogedor.

Marlowe se quedó mirando la escoba un instante antes de cogerla, como si fuese un artefacto que no hubiese visto nunca.

Pues verás encima lo bien que barre.

Tuvo que contener la sonrisa y darse media vuelta para que no la viese. Se inclinó para cargar una maleta y la dejó caer sobre la cama, mirando de reojo lo que estaba haciendo Marlowe.

Habrá usado más veces la escoba, pero para barrer desde luego que no.

Marlowe había puesto la escoba en el suelo y la arrastraba como si fuese un rastrillo. Mary Kate se detuvo a observar mejor. Como las cerdas centrales estaban torcidas o caídas, había dejado parte de la basura atrás.

Y justo en ese punto era donde se notaba que, a pesar de su aparente dependencia y aquella vida asalvajada y extraña, Marlowe era alguien que procedía de donde procedía, de manera indiscutible. Era un hombre que había crecido en una mansión con empleados suficientes como para no tener que preocuparse más que, como decía Vicky, de limpiarse el culo lo mejor que sabía.

Y estaba comprobando que aquellas palabras de Vicky eran literalmente ciertas.

Ella misma podría haberse visto en las mismas circunstancias si no la hubiesen educado unicornios.

Cogió el colchón superior y lo sacó al pasillo para sacudirlo, Marlowe no había regresado para recoger la basura que había dejado atrás. Ni regresaría, una vez arrastrado o más bien dejado atrás lo que ella había barrido, estaba empujando con la escoba algunas hojas y tierra del salón.

Al menos lo intenta.

Regresó el colchón a su lugar y le puso la funda y las sábanas que llevaba en la maleta con una colcha fina de lino. Hasta el lino simple de color natural se veía con demasiado *glamour* para aquella choza. Lo remetió como pudo para que no colgase nada y colgó sus toallas en los hierros

de los pies de la litera.

—¡Marlowe! —lo llamó—. ¿Dónde lavas la ropa?

Marlowe no iba del todo limpio de barro, pero tampoco con una suciedad que le llamase la atención.

—Hay una lavadora en la parte de atrás, junto al depósito de agua, pero… —Lo tenía de nuevo en la puerta, parecía haberse dado cuenta de que gran parte de la basura seguía en el lugar que la dejó ella—. Hay un saco detrás de esta puerta. Mete ahí lo que quieras lavar y lo llevaremos al hostal una vez por semana.

La puerta a la que se refería Marlowe era la del dormitorio de él.

—¿Hay poca agua? —preguntó, era lo que desprendían sus palabras.

—Vienen a llenar el depósito una vez a la semana, para mí más que suficiente. Pero estos días, y no sé hasta cuándo, hay que compartirla.

Poca agua.

Eso explicaba el WC sin agua.

Eso de ducharse al levantarse y lavarse el culo antes de dormir supuso que tendría que posponerlo hasta que regresase a Londres.

—Hay un poblado aquí cerca, en el río donde suelen recoger el agua hay un cocodrilo que no encontramos y que está dando problemas. Mientras se soluciona suelen venir por agua casi a diario.

Mary Kate intentó no mover ni un músculo de la cara. El cocodrilo que dijo Stoker que Marlowe estaba buscando. Un cocodrilo con una pila de dientes que supuso no le haría ninguna gracia ver a humanos cogiendo agua.

Abrió la boca despacio para decir algo, pero no se le ocurría nada qué decir, aquellas cosas solo las había visto a través de la ficción.

Y ahora que sabía las razones se sentía mal hasta de lamentar que no hubiese agua en la taza del váter.

—El WC… —dijo.

—Funciona todo y podrás usarlo, pero tenlo en cuenta —le dijo él. Mary Kate asintió con la cabeza y lo vio abrir la boca para añadir algo más.

—El hostal, ya —replicó con rapidez y Marlowe cerró la boca—. Pero lo dejaré como último recurso.

Un último recurso lejano.

Cada vez más lejano. Porque aquel lugar inhóspito y repleto de incomodidades, cercano a un poblado, a un río con un cocodrilo y a una sabana con leones, hienas, antílopes y jirafas, la estaba llenando de curiosidad. Y posiblemente necesitaría más cuadernos y más tarjetas de memoria para sus cámaras.

Con su nueva estatura, sin tacones, no podía ver bien el pico que formaba el labio superior de Marlowe. Lo había visto bien en el coche, le gustaba la hondonada justo en el centro de sus labios, bajo una nariz a la que no lograba ponerle una sola pega. Hasta esa parte de su cara necesitaría más cuadernos y más tarjetas de memoria para sus cámaras si él se dejase.

Dio un leve paso hacia atrás. De nuevo, una vez más, se había detenido demasiado tiempo en el rostro de Marlowe. Así que se escabulló dentro de la habitación de nuevo y abrió otra maleta.

—Si es por estar lejos de aquí… —Lo vio pasar empujando la escoba delante de él hacia el otro dormitorio, de la misma manera, sin despegarla del suelo como si estuviese arando—. Podría recogerte por las mañanas o incluso podría buscarte un coche si prefieres moverte tú misma.

Uhhhhh. ¿Si yo me fuese al hostal no te quedarías a dormir también en el hostal? Menuda alegría para la señorita Fendy.

—Si algún día necesitas que me vaya de aquí o necesitas que me quede en el hostal, me iré. Por eso no te preocupes —respondió sacando camisetas de la maleta y colocándolas en pilas en la cama.

Marlowe no respondió, algo que hizo que ella se detuviese y mirase hacia el otro dormitorio un instante.

Y no dice que no hará falta.

Supuso que los encuentros con la chica Fendy serían en el hostal. Y quizás por eso le había cogido aquella habitación. Ahora encajaba aún mejor todo. Marlowe haría visitas de vez en cuando a la de la pensión.

Sintió cómo de inmediato le ardieron hasta las orejas.

La pila de testosterona que decía tía Vicky, era mejor no saber por dónde salía ni qué hacía con ella.

Se abanicó con la mano la cara antes de volver a coger otra pila de camisetas, las dejó sobre la cama.

¿Ves como la de la trenza era la que había ganado la pelea de gatas?

La que seguiría beneficiándose al tocho de la manada de por allí.

El calor en la cara aumentó.

Dejó caer una pila de pantalones en el colchón. El calor seguía aumentando.

Se sentó para colocarse las primeras botas que encontró en la maleta, aunque fuese con el vestido y con las medias, Marlowe le había dejado claro lo de no ir descalza.

Necesitaba una terapia unicornio con urgencia, las tendría. Si la pila de testosterona rebosaba mucho, podría tener terapias muy a menudo.

Pues yo digo una cosa. Estamos aquí para trabajar, no para que este pierda el tiempo echando polvos con la de la pensión mientras yo… yo que sé qué voy a hacer mientras.

Se puso en pie y sacó una caja ovalada donde guardaba el secador y los accesorios. Como si allí le fuesen a hacer falta. Estaba viendo que también le sobraba el maletín de maquillaje de dos pisos. Lo colocó al fondo, en la esquina de la cama y puso encima el secador.

En la maleta había otro neceser. Su hermana Michelle le había ayudado a hacer el equipaje.

Y la muy traidora no me dijo absolutamente nada de las condiciones en las que estaría.

Y eso que estuvo ayudándola a elegir las barras de labios y las paletas de sombras.

Es una traidora absoluta.

Cogió otro neceser, este era duro, como las maletas de cabina, con una forma algo ahuevada. Lo abrió.

Eran enseres de baño, gel, champú, mascarillas, crema de peinado, cremas de la cara, compresas, tampones… Entornó los ojos al ver una caja de color metalizado que no correspondía con ninguna ampolla de vitaminas.

Alargó la mano enseguida hacia ella.

Qué demonios.

¿Qué demonios le había metido Michelle sin consultarle lo más mínimo?

Llamarla traidora era poco.

Soltó la caja como si fuese un insecto y acabase de picarle, y se llevó la mano a la cara, dando unos pasos atrás retirándose de la cama.

Una caja de preservativos, será cabrona, meterme eso aquí.

Y encima de las grandes. Excesivamente grande.

La madre que la parió.

Miró con rapidez hacia la puerta para comprobar si Marlowe había visto algo, pero él seguía en el otro dormitorio.

Si la llega a ver Marlowe me muero.

Y era tan grande que con tan solo abrir el neceser se vería. Allí no tenía donde guardarla ni tirarla, tendría que esperar a que volviesen a ir al pueblo.

Tenía las toallas en los hierros de los pies de la litera, podría envolverlo en una de las toallas pequeñas. No quería ni pensar que Marlowe lo llegase a ver.

Y pudiese pensar que con qué finalidad traigo esto aquí.

Arrastró la mano por su cara, que cada vez le ardía más, mientras cogía una de las toallas y la sacudió en el aire.

Entonces vio casi volar a una bola de pelo.

—¡Ahhh! —El grito fue tan agudo que hasta la bola de pelo pareció asustarse y de un movimiento rápido apoyó una mano diminuta en el hierro lateral de la litera superior y desapareció bajo ella.

—¡Ahhh! —volvió a gritar y se pegó a la pared al ver una pila de camisetas volcarse y caer

en parte al suelo—. ¡Marlowe! —El grito fue aún más alto.

Y lo que fuese volvió a asustarse porque también gritó. ¿Era un mono?

De tamaño pequeño, aquella bola no abultaba mucho.

Y la bola cayó sobre su maleta.

—¡Marloweeeee! —gritó de nuevo, Marlowe ya salía al pasillo.

Y al contrario que a Sabrina, la presencia de Marlowe hizo que el mono diese un respingo e hiciese volar un sujetador y varias bragas antes de salir de la maleta y apoyarse en el marco de la puerta para lanzarse al salón.

Mary Kate dio un grito y echó a correr saltando por encima de la maleta, pero el mono salía de la casa a toda velocidad. Y era para nada perseguirlo.

Se llevó la mano a la cara. Ya no era que le ardiesen los cachetes, es que estaban en llamas directamente.

—¿Qué te ha quitado? —preguntó Marlowe echando a correr tras él.

Mary Kate se tapó hasta los ojos con las manos.

La puñetera caja metalizada.

Marlowe ya había salido de la casa, por suerte ni siquiera tenía que responderle. Y si tenía aún más suerte, el mono se perdería por los árboles y le ahorraría la tensión de esconder aquello y deshacerse de él sin que nadie lo viese. Porque eso de tirarlo en la basura de la pensión y que llegase a los oídos de la gata en celo, tampoco es que fuese muy buena idea.

Solo esperaba que Michelle no le hubiese dejado por ahí más regalos de aquel tipo.

Mi hermana se va a librar porque no tengo cobertura, porque es para ponerla bonita.

Llegó hasta la puerta de la casa.

Suerte. Suerte no iba a tener aunque naciera de nuevo.

Marlowe estaba bajo el segundo árbol mientras una rama se movía sobremanera y hacía que se cayesen las hojas.

Al final ve la puta caja.

Se apresuró a ir hasta el árbol mientras la lluvia de hojas aumentaba. Se oían gritos desde la parte de arriba y algo parecido a una risa.

—Déjalo, no tiene importancia —le dijo en un intento de que se quitase de allí.

—La tiene porque se convierte en una diversión para él. —Lo vio alargar la mano hacia una de las ramas del árbol y moverla—. Lleva unos días empezando a devolver lo que se lleva.

¿Cómo? No, no, por Dios.

—Y ha dejado de mearse desde el árbol.

Mary Kate frenó en seco frente a Marlowe y se quedó inmóvil.

Que haga lo que quiera, pero que no devuelva la caja.

—El otro día trajo el móvil de Blake —añadió Marlowe, que no dejaba de mover ramas

buscando al mono.

Para robarle el móvil a Blake el mono tiene que tenerlos como ruedas de carro.

Porque robarle a ella no tenía mucho mérito, supuso.

Oyó a lo lejos un sonido que no supo reconocer. Un gruñido agudo y extraño. Frunció el ceño y dirigió la mirada hacia los últimos arbustos, donde acababa la vegetación. Desde allí dentro podía ver que no era tan extensa ni tan espesa como imaginaba. Volvió a escucharse el gruñido seguido de otro sonido agudo.

La risa de un villano.

Apenas de un segundo. Era lejano, pero parecía hacer eco, rebotar y llegar hasta ella.

De nuevo aquella risa aguda, esa vez aún más extendida. Levantó ambas manos hasta la camiseta de Marlowe.

—¿Te dan miedo las hienas? —Lo oyó decir.

Hombreeeeee, que si me dan miedo las hienas.

Cerró las manos en el algodón cogiendo un pellizco con cada una y lo miró. Marlowe soltó las ramas y la miró.

¿Soy rara porque me den miedo las hienas? Cada vez que he visto una tenían un cartel por delante de las vallas que decía «Animal altamente peligroso».

Regresó la risa, esa vez el eco se hizo más evidente y el sonido fue más extenso que el anterior. Un efecto extraño, como si fuese un sonido producido por algún tipo de altavoz. Parecía imposible que aquello procediese de la garganta de un animal, sin efectos técnicos ni altavoces.

Mary Kate giró la cabeza para mirar tras ella, parecía que las hienas estuviesen allí mismo.

—No se acercan de día, no te preocupes —respondió él alzando de nuevo un brazo para alcanzar otra rama.

O sea, que de noche sí. Menudo consuelo.

Bajó la mirada hacia el suelo y cerró los ojos para coger aire despacio.

Tampoco es que esperase otra cosa, sabía a dónde venía.

Aunque escucharlos en vivo era muy diferente a imaginarlo. No había pantallas, ni una valla ni absolutamente nada más que aire y arbustos entre ella y aquellos animales. Y eso le aflojaba las piernas.

Dio un paso más hacia Marlowe. Si había algún remedio para aquella ligereza de piernas, estaba en el aura que se formaba alrededor del cuerpo de Marlowe. No tenía dudas.

Seguía sujeta a su camiseta de una manera tremendamente bochornosa, como se sujetaba a su padre años atrás cuando había mucha gente en las calles por Navidad. Siempre le dio pánico perderse entre la multitud y no encontrarlo.

No había cambiado mucho. Allí estaba, agarrada a Marlowe.

Se oyó un pequeño grito y algo similar a una risa, esa vez procedente de las ramas del árbol.

Alzó la mirada y pudo ver, con un aleteo similar al de una mariposa, caer algo brillante y plateado. Mary Kate lo siguió con la mirada hasta que irrumpió en la frente de Marlowe.

No me lo puedo creer.

Soltó la camiseta de Marlowe mientras sentía cómo otra cosa chocaba contra su cabeza. Cerró los ojos al sentir cómo el bochorno llegaba de inmediato a ellos provocándole cierta humedad. Los cachetes los tendría ya derretidos del fuego.

Antes de abrir los ojos otro más chocó contra su cabeza y cayó por su brazo hasta el suelo. Abrió los ojos y los dirigió directamente hacia las ramas del árbol.

Allí estaba el mono, sentado sobre una rama y enseñándoles todos sus dientes. Tenía la caja cogida con ambas manos y la sacudió en el aire, más paquetitos cuadrados y brillantes salieron de ella y cayeron.

Y con rapidez le dio la vuelta a la caja y la volvió a zarandear en el aire.

La madre que lo parió.

Mary Kate cerró los ojos al ver aquella lluvia plateada cayendo. No tardó en sentirlos sobre la cabeza, tanto los que caían directos y algo más fuerte, como los que rebotaban de la cabeza de Marlowe. Se oyó un sonido algo más sordo, la caja habría caído junto a la lluvia sobre la cabeza de Marlowe y también rebotó en ella, justo en uno de sus hombros.

De nuevo se oyó una risa que acompañó a una humedad con cierta temperatura sobre su hombro.

—¡Ahhhh! —Se apartó de la corriente de líquido y miró hacia arriba—. ¡Se está meando! ¡Qué ascooooo!

—Vuelve a las andadas —dijo Marlowe con la misma tranquilidad de siempre, aunque también tenía la camiseta algo salpicada.

Lo vio sacudirse el pelo y voló uno de los paquetes brillantes que cogió en el aire.

Mary Kate levantó una mano, pero la detuvo antes de que le rozase la barbilla, ni siquiera podía taparse la cara con el pis de mono salpicado por todas partes.

Marlowe frunció el ceño levemente mirando el papel brillante y plateado con una estrella morada en el centro.

Encima parece que son morados con purpurina o algo.

Giró la cabeza para mirar hacia donde sonaban las hienas momentos antes.

Que vengan todas y me coman. Me da igual.

Oyó el crujir de la caja de cartón, Marlowe la habría recogido del suelo.

Hermana, yo te mato.

No podía quedarse allí mirando hacia otro lado, tendría que ayudarlo a recogerlos del suelo. Así que giró la cabeza de nuevo.

—Lo siento —dijo inclinándose en el suelo—. Eran una broma de mi hermana.

—No tienes que dar explicaciones de cada cosa que lleves en la maleta —respondió él echando un sobre más en la caja.

—No de cada cosa, pero sí de esto. —Alargó la mano para echar el primero que había recogido.

Que es una caja de condones enorme y aquí solo vamos a estar tú y yo días y días. Vaya si tengo que darte explicaciones de esto. Qué vergüenza, por Dios.

—A mí no debe importarme lo que hayas traído ni las razones. —Lo oyó decir mientras ella recogió uno a uno hasta cinco con cada mano.

Las razones de traer algo así aquí son evidentes. ¿Pero cuantos venían en la caja, por favor?

Los soltó en la caja de cartón, había uno más alejado de ella y apoyó la mano en el suelo para alcanzarlo y enseguida notó lo que parecía un picotazo.

Sacudió la mano y dio un leve gemido que hizo que Marlowe alzase los ojos.

—Una hormiga —dijo él y ella se miró la mano. Justo en la línea del dedo gordo tenía un pellizco blanquecino bordeado de algo rojizo.

—¿Aquí las hormigas pican? —Se pasó el dedo por la zona.

—Muerden, como todas, solo que estas tienen los dientes más grandes. Pero no te debería haber dolido en la mano. Y menos cuando te ha soltado enseguida. —Lo oyó decir.

MK enseguida se miró las piernas y se sacudió las medias aunque no tuviese nada en ellas.

Hormigas piraña, otra cosa que sumar.

Volvió a pasarse las manos por las piernas. Nueva obsesión que detener, que una hormiga le trepase muslos arriba hacia zonas blandas. Cerró los muslos enseguida.

Vio que su gesto llamó la atención de Marlowe y estaba segura de que sabía la razón. Agradeció que guardase silencio.

Y otra vez las hienas.

Pero esa vez Marlowe dejó de recoger los paquetes brillantes del suelo e irguió el cuerpo aun estando acuclillado. Mary Kate se detuvo también con su gesto y miró tras de sí.

Ella no había notado más que una escandalera de gruñidos y risas, pero para él no había sido igual que los sonidos anteriores. Estuvo a punto de preguntar qué pasaba, pero sabía que tenía que seguir guardando silencio para que él pudiese escuchar bien lo que fuese que le hubiese llamado la atención.

Nuevamente más gruñidos y risas, esa vez se cruzaban unas con otras. Y Marlowe se puso en pie de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó enseguida.

—Maya. —Marlowe echó a correr hacia la casa, dejando la caja de cartón en el suelo, que Mary Kate se apresuró a coger y seguirlo.

Con botas y vestido aún, que se le enrollaba al dar zancadas. Casi chocó con Marlowe, que

ya salía de la casa de nuevo y ni siquiera pudo ver qué llevaba en la mano.

—Quédate aquí —dijo él.

—¿Sola? No —Acababa de entrar en pánico, las hienas parecían estar cerca y no sabía si era por el efecto del sonido. Sola en la casa. Con un lagarto y un mono ladrón. No es que ninguno de los dos diese mucha protección de ningún tipo.

No lo oyó protestar, solo corría dirección a los arbustos, así que lanzó la caja al asiento del coche, que era lo más cercano que tenía y enganchó la mano en la tira de la cámara que aún estaba en el asiento para echar a correr tras él.

Marlowe corría terriblemente rápido y las botas pesaban demasiado, no podía seguirle el ritmo. De hecho, si mantenían mucho tiempo la velocidad, quedaría irremediablemente atrás.

El vestido seguía enrollándose en sus muslos hasta hacerse una minifalda. No podía quedarse atrás lo más mínimo, no había sendero ni camino y los árboles y arbustos parecían ser todos iguales.

Así que cogía aire como podía para mantenerse a no más que tres metros de él. Sin experiencia en aquel tipo de terreno acabaría cayendo al suelo, estaba convencida. Se oyó lo que parecía una jauría de perros, todos gruñendo a la vez. Más risas.

Todo el vello se le erizó y al fin entendió la utilidad de la ligereza de sus piernas cuando caía en aquellos estados de nervios y miedo. La ligereza era una explosión de energía tremendamente útil cuando estaba corriendo. No la haría alcanzar a Marlowe, eso no era posible dentro de sus capacidades, pero al menos no iba a perderse.

Así que mantuvo el ritmo a pesar del peso de sus botas y del sudor que caía por su espalda. Silencio absoluto de nuevo, una nueva risa. Regresaba la jauría y notó cómo Marlowe aceleraba aún más la carrera.

Y a pesar de saber que cuando se detuviese ella no sería capaz de dar un paso más, aceleró con él. Más lejos de lo que imaginaba, mucho más, aunque las risas parecían estar a su lado. Allí los sonidos tendrían que rebotar en los troncos de los árboles.

El pecho le explotaría. Y las piernas. Y el vestido incluso. No sabía hasta qué punto por detrás le taparía el culo. Pero no había allí atrás nadie para verla, le daba exactamente igual.

Caería o desfallecería, donde fueran estaba demasiado lejos.

Los árboles se acababan y no se veía nada más al frente. Sería una pendiente, supuso.

Vio que Marlowe aminoraba hasta frenar, se oyó la arena al derrapar.

Era una explanada con un desnivel considerable, a unos metros de un barranco, lleno de piedras, matojos y unos pocos arbustos. Allí supuso que era donde se formaba el eco que amplificaba todos los sonidos.

Mary Kate notó cómo sus botas resbalaban con la arenilla y las pequeñas piedras al intentar frenar. Y su cuerpo basculó hacia atrás, caería de culo y derraparía con él por toda la pendiente.

Inclinó las piernas para que la caída no fuese tan estrepitosa, pero Marlowe le sujetó el brazo para que resbalase con él.

—Te dije que te quedases en la casa —dijo él y con un movimiento rápido le rodeó la cintura y la alzó del suelo con un brazo, mientras con el otro le daba la vuelta y la empujaba desde el muslo para alzarla aún más hasta la parte alta de un saliente de roca a apenas un metro del barranco.

Mary Kate tardó unas décimas de segundo en reaccionar a que lo que tenía que hacer era subirse del todo al saliente. Así que él la empujó aún más desde los brazos para montarla él mismo. Notó cómo la cubierta de la cámara se arañaba contra la piedra.

—¡No te muevas de ahí! —gritó Marlowe rodeando el saliente y siguió descendiendo por la pendiente.

Mary Kate quedó de rodillas en la piedra mientras pensaba que iba a perder el conocimiento del ahogo de la carrera. Hasta se sentía mareada. Las piernas ya ni le temblaban, las sentía ardiendo y con una especie de latido intermitente que hacía que le doliesen y dejase de sentirlas por momentos, como si no pertenecieran a su cuerpo.

Jadeaba sin parar, el mareo aumentaba y hasta el sol comenzaba a molestarle a pesar de que comenzaba a anaranjarse.

Regresaba el ruido de la jauría y esa vez fue capaz de percibir el eco con una contundencia que le decía que ahora sí que estaban cerca. Allí, en aquella colina de rocas, era donde rebotaba el sonido que se expandía hasta la casa.

Estaba tan asfixiada que apenas podía moverse, una falta de oxígeno aún mayor que la que tenía cuando estaba corriendo. Sentía cómo el sudor le pegaba el vestido en la piel.

Bajó la cabeza, tenía la rodilla derecha fuera de las medias, el agujero era considerable y dejaba libre un rasponazo que empezaba a tornarse rojo. En cuanto a la otra rodilla, parecía no haberse raspado, pero comenzaban a correr las carreras hacia los muslos.

Estaba claro que aquello estaba muy muy lejos de todo lo que había sido hasta aquel momento su vida. Y estaba comprobando que adaptarse iba ser mucho más que difícil.

Se tiró del vestido para cubrirse el muslo, ni siquiera el fino algodón había resistido. Como no lo había hecho la piel de su rodilla derecha. Como no lo hizo su mano al mordisco de la hormiga. Como no había resistido su pecho a la carrera ni sus piernas al peso de las botas.

Cerró los ojos intentando recuperar la respiración. Allí encima del saliente alto de las rocas estaba todo lo que ella era.

Espiró con fuerza para volver a coger aire esperando que el mareo que le causaba la falta de oxígeno se disipase. Quizás no solo era la falta de oxígeno, también la falta de alimento durante meses, la debilidad extendida en el tiempo que solo creía tenerla por dentro.

No solo estaba por dentro. Su debilidad cruzaba la barrera del plano físico y no tenía ni idea

de en qué manera.

El rugir de la jauría hizo que alzase la barbilla y abriese los ojos, podía ver la llanura abajo, al menos una parte de lo que había al fondo de la pared rocosa. Un animal de un *beige* claro había salido de entre unos arbustos secos y corría despavorido a toda velocidad.

Mary Kate se irguió levemente apoyando la mano en la piedra y luego la otra para alcanzar el filo del saliente y verlo mejor. El descenso era empinado y su equilibrio y su mareo no le permitían asomarse mucho más sin el peligro de caer. Pero quería ver.

De entre los arbustos salieron lo que parecían perros moteados, mucho más pequeños que la leona que huía despavorida. Pero que corrían ágiles tras ella, contó hasta seis. Y pudo distinguir la cabeza de al menos dos más que quedaron entre los arbustos.

Seguía jadeando, si hubiese tenido un bote de agua se lo hubiese bebido hasta acabarlo. Pero no llevaba nada consigo, solo una cámara que se había golpeado contra las piedras.

Bajó la mirada hacia el objetivo de la cámara y le quitó el tapón. Pesaba, no sabía ni si iba a ser capaz de sostenerla sin temblar.

Unos rugidos intensos la hicieron alzar la cabeza. Al fondo de la explanada pudo distinguir a un grupo de animales dorados.

Leones.

Como la que huía de las hienas. Y todas las que estaban en primera línea eran hembras.

Más atrás había una figura más de la que tan solo podía distinguir la silueta, apreciablemente mayor, y con un grosor en el cuello y en la cabeza que lo hacía diferente al resto.

Levantó la cámara y dirigió el objetivo hacia ellos, tuvo que contener la respiración para poder graduar el *zoom* y enfocar bien. Ahora los podía ver a todos bien.

Eran cuatro hembras que dejaban atrás al macho, que parecía distante y ajeno, o más bien indiferente a lo que estuviese ocurriendo en la llanura. Y no lo entendía cuando siempre oyó que los leones macho eran los que solían defender los territorios y a su manada de los peligros.

Dirigió el objetivo hacia la leona que huía de las hienas y a la que ya le habían ganado el suficiente terreno como para alcanzarla.

El *zoom* le dejaba la imagen tan clara, nítida y cercana que podía apreciar que ya le habrían alcanzado, la leona tenía una herida en la pata trasera izquierda y otra en el lomo. Esta última sangraba de manera considerable.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba aún más, como si siguiese en la carrera tras Marlowe, lo que hacía que el jadeo la marease más.

Podía ver que las cuatro leonas se detuvieron, tenían la mirada fija en la leona que huía.

Vamos, llega hasta ellas.

Quizás estar con los suyos era lo único que podría salvarla de aquella jauría dispuesta a echarla de allí, de herirla o de quizás matarla.

Pero cuando la leona que corría llegó a unos metros de las leonas, una de ellas, la segunda de la derecha, salió disparada a correr también tras ella, haciéndola dar un requiebro y perdiendo el terreno que le quedaba de margen de las hienas.

¿Qué?

La leona atravesó la jauría sin más remedio y la vio dar un salto en un intento de intentar zafarse de las hienas por el aire, pero una de ella enganchó su mandíbula a una de sus patas traseras mientras otra saltaba para morderle el lomo, esa vez en una de sus nalgas.

Mary Kate dio un grito y se llevó la mano a la cara dejando caer la cámara en la piedra.

¿Pero qué demonios?

Le brillaron los ojos y hasta el mareo pasó a un segundo plano. Se arrastró en la piedra y colocó una mano en el filo más extremo para verlo todo al completo.

En otro requiebro huyendo de las hienas, la leona volvió a acercarse a las leonas, pero la respuesta de otra de ellas fue la misma que la de la anterior, y esa vez alentó a las dos que quedaban y que dieron una leve carrera hacia la leona, dejándole claro que eran un muro que no debía de pasar.

Más rugidos y risas y un nuevo salto de la leona, pero esa vez no pudo con el peso de todas las hienas y cayó en medio de ellas. Las risas aumentaron y los gruñidos también.

Y entonces se oyó un silbido seguido de una ráfaga de luz. Las leonas, aunque más alejadas de la pelea de bestias, fueron las primeras en echar a correr hacia la parte extensa de la llanura donde estaba el león, que seguía ajeno a todo lo que estaba sucediendo por allí.

Un segundo silbido y una luz de fuego que cruzó por encima de la jauría de hienas hizo que enseguida los animales se sobresaltasen y se esparciesen considerablemente. Otra ráfaga de fuego acabó por dispersarlas por completo y echaron a correr hacia los setos secos donde esperaba el resto.

La leona herida se puso en pie de un salto y echó a correr en el otro sentido, subiendo parte de la pendiente y perdiéndose entre los árboles.

Mary Kate alzó la barbilla para cerrar los ojos y coger aire.

Jo-der.

Empezaba a recordar la escueta conversación entre Marlowe y la doctora Bruce, lo que dijo de las hienas y Maya y que ella no supo asimilar, acababa de entenderlo de una manera visual completa.

Y la razón, sobre todo la razón.

El jadeo había bajado, pero ahora un extraño fuego en la garganta hacía que el aire entrase hirviendo dirección hacia su pecho.

Alcanzó a ver a Marlowe ascendiendo de nuevo, pero no hacia la pared de roca donde se encontraba ella, sino por la parte central, justo a la altura donde comenzaban los setos y los

árboles por los que habían llegado ellos.

La joven dirigió la mirada hacia la explanada, ahora todos los leones estaban lejos, donde comenzaba a perderse el sol anaranjado que formaba siluetas con sus cuerpos. Se movían despacio, acercándose hacia aquella figura más grande y tranquila que parecía estar congelada en un horizonte inmóvil.

Volvió a mirar hacia donde estaba Marlowe, pero él ya no ascendía. No lograba verlo por ninguna parte.

Y la ligereza regresó a su cuerpo mientras miraba de reojo los setos por donde huyeron las hienas. No creyó que hubiesen ascendido también, ninguna había cogido la pared de piedra, todas habían huido a través de los setos.

Y desconocía si pensaban volver. La luz se iba perdiendo lentamente, pronto se haría de noche. Así que el único lugar seguro que podría encontrar a demasiados kilómetros a la redonda ya sabía dónde estaba.

Se dejó resbalar de la piedra apoyándose en los codos, pero no la recordaba tan alta cuando Marlowe la subió allí, así que en el momento en el que su cuerpo se colgó en el aire y no encontró suelo donde apoyar los pies, el peso la hizo resbalar. El dolor al sentir la piel de los codos quemarse y hasta rasgarse hizo que gimiera.

Su cuerpo cayó al suelo.

9

Solo esperaba que Maya no se hubiese asustado demasiado y se hubiese detenido por allí cerca. Necesitaba revisarle las heridas.

Dio un par de silbidos, no acostumbraba a llamarla de ninguna manera, aquel animal siempre encontraba la forma de llegar hasta él. Y eso acabaría llevándola a algo malo.

Bruce se lo estaba advirtiendo, lo hizo desde que le habló de Maya. Así que lo que acababa de pasar no iba a ser ninguna sorpresa para nadie.

Vio uno de los ojos de Maya entre unos arbustos y luego desapareció. El animal debía estar aterrado si ni siquiera era capaz de salir sabiendo que solo estaba él.

—¡Maya! —Hacía ya tiempo que el animal reconocía su nombre. No era habitual que un animal reconociese el nombre que él le daba. No eran mascotas, eran animales salvajes que estaban cerca de él. Así que un nombre era simplemente una regla de rigor para las fichas que llevaba de cada uno.

Pero Maya, como lo hizo anteriormente Artax, o como lo hacía Mali o a veces Turuc, sabía que se dirigía a ella.

Se acuclilló apoyando una rodilla en el suelo mientras que el animal salía despacio. No tenía mucho tiempo, tendría que recoger a Mary Kate de la piedra y llevarla a casa antes de regresar para tratar a Maya. Solo quería comprobar su estado y si era necesario dormirla para llevarla al pueblo a que la atendiese Mike.

El animal jadeaba cansado y por el dolor de las heridas. En la carrera había podido verle la del lomo, la que más le preocupaba. Y tampoco estaba seguro de que uno de los últimos mordiscos de las patas no le hubiese cogido la articulación.

La leona cojeaba exactamente de esa pata.

De cerca estaba comprobando que también tenía algunos rasguños menores en otras partes del cuerpo. No tenían importancia, ni siquiera le dejaría cicatrices. Pero la del lomo era tal y como había imaginado. La marcaría de por vida.

La leona se acercó a él como solía hacer cuando lo encontraba a ras del suelo, pasando la cabeza sobre su hombro hasta que el pecho le chocase contra su cuerpo, como si quisiese montarse sobre él.

En aquella postura, con la barbilla de Maya sobre su hombro, pudo ver bien la herida que le preocupaba de cerca.

Las hienas solían hacer heridas tremendamente grandes. Su mandíbula sobredesarrollada era una máquina de desgarrar. Maya perdería mucha sangre.

Pasó la mano por la parte lateral de su lomo notando las costillas del animal, Maya había perdido peso nuevamente. No era capaz de cazar animales grandes, se alimentaba de chinchillas y de lo que fuese capaz de alcanzar sola. Cazar no era fácil ni siquiera para un león. Hacían falta varias leonas y a veces hasta un macho para cazar una pieza grande.

Y Maya estaba completamente sola.

Le dio una palmada en el cuello, el pobre animal estaba exhausto y seguramente seguiría perdiendo sangre y la debilitaría aún más. No podía dejarla sola, las hienas podrían regresar, eran inteligentes y sabían demasiado bien que el primer asalto había sido un éxito.

Quizás Maya ni siquiera habría sobrevivido si él no hubiese intervenido.

Y bajo el punto de vista de muchos, él no debería haber intervenido.

Pero lo había hecho.

No sabía hasta cuándo podría sostener a Maya. Bruce le hablaba de soluciones drásticas. No valoraba ninguna de ellas, aunque sabía que estaba volviendo a meter la pata con un animal.

Maya le empujó con la frente en la sien y Marlowe volvió a ponerle la mano en el lomo. Quedaba muy poco para el anochecer.

De repente sintió el cuerpo del animal sobresaltarse y encogerse, se le escabulló de los brazos y giró sobre sí misma para irse con rapidez entre los arbustos. Vio que estos se movieron. Se puso en pie.

Los arbustos seguían moviéndose uno tras otro, Maya no solo se había escondido, sino que huía de nuevo.

Y como las hienas no andaban por allí y las leonas de Turuc se habían ido, solo quedaba algo que pudiese hacer huir a Maya.

Mary Kate Lyon.

Otra que, aunque correcta como lo era Maya, no pensaba hacerle caso ni una sola vez.

Solo seguirlo.

Y tanto para una como para otra, podría ser malo.

Se dio media vuelta y vio a unos metros a Mary Kate, que se había detenido junto a uno de los árboles.

Llevaba colgada la cámara a modo de bolso y le caía sobre una de las caderas. Pudo apreciar en aquella trompeta enorme color beis que tenía como objetivo un rasponazo negro.

Mary Kate permanecía callada y seguía inmóvil. No creyó que llegase a ver a Maya con él, el animal era mucho más ávido que un humano para detectarlo con el tiempo suficiente como para desaparecer. Pero Mary Kate parecía intuir que allí cerca había algo, así que no se atrevía a avanzar un palmo más.

Tenía el pelo despeinado y algo mojado de sudor. El vestido de algodón se había enganchado en un lateral y caían algunos hilos, algo con peor solución que las numerosas manchas marrones

y otras amarillentas que lo salpicaban.

Se había echado la rodilla derecha abajo, y peor aspecto tenían sus codos, no fue consciente del momento en que le hubiese pasado aquello, quizás todas o parte fueron a partir de que la dejase en la roca.

Fuera como fuese, no era el estado en el que quería encontrarla la primera tarde de su estancia allí. No cabía algo así en su compromiso con Mr Lyon, de ninguna manera.

Le habían dejado en el aeropuerto a una joven impecable y en tan solo unas horas, su imagen se había dado la vuelta por completo.

Y aunque no se sintiese orgulloso por lo que estaba viendo, la imagen que ahora mismo tenía delante era la que posiblemente más se acercase a la realidad sobre Mary Kate Lyon.

La joven que recogió en el aeropuerto llevaba un disfraz.

Ya no lo tenía.

Era el ciclo exacto de los leones rotos cuando llegaban a la reserva. A las pocas horas de entrar ellos le permitían verlos tal y como eran. Y a partir de ahí él podía deducir cuánto de más profundo dormía el león.

El león de Mary Kate dormía en las mazmorras de un cuerpo en ruinas. La bestia despertaría algún día. Siempre lo hacían.

10

El aleteo de las hojas formaba una línea alejándose de ellos. Ni siquiera le había dado tiempo a verla, el animal se había escabullido en cuanto supo que estaba cerca.

—¿Está bien? —preguntó a media voz. Se lamentó de haber seguido a Marlowe. Un animal salvaje, una fiera herida, podría ser peligrosa y ella era una extraña en aquel sitio.

Se avergonzó de no haberlo meditado.

—No está bien y tú no te tendrías que haber movido de la piedra —respondió él girando para mirar tras de sí hacia los arbustos, habían dejado de moverse—. Pero así no podré hacer nada, ni contigo ni con ella.

La joven frunció el ceño al oírlo, aquello último no lo había entendido bien. Dio unos pasos despacio hacia Marlowe, con un ojo puesto en los arbustos por si la leona regresaba. Aun de lejos estaba comprobando el tamaño real de un bicho de aquellos y no era ninguna broma.

—¿Por qué las leonas no la ayudaban? —No sabía bien cómo formular la pregunta, no era exactamente que no la hubiesen ayudado. Es que básicamente la estaban echando a la jauría.

—Porque no es de la manada —respondió Marlowe, aún miraba hacia los arbustos, quizás esperando que alguno volviese a moverse.

Llegó hasta el aura segura que se formaba alrededor de Marlowe, a menos de dos metros de él, como decía Vicky.

—¿Y dónde está su manada? —No se atrevió a ponerse a su lado, si Maya regresaba prefería estar tras él. No le importaba hablarle a su espalda. Era enorme y cubría prácticamente todo su campo de visión. Y le daba cierta tranquilidad.

Marlowe bajó la cabeza.

—No tiene manada.

Mary Kate alzó las cejas.

—Llegó aquí y no sé muy bien de dónde procede. No es fácil que un animal de fuera de la reserva llegue hasta aquí. Por eso trasladé a las manadas a este lugar —añadió él—. Lo normal es que los animales nazcan en la manada o yo decida si es posible un sitio para ellos cuando los traen. Pero Maya simplemente apareció. —Lo oyó coger aire despacio—. Pensaba que al ser hembra sería fácil. Suele ser fácil. Pero con ella no.

Marlowe dio un paso a un lado para alejarse de los arbustos.

—Tengo que ir a la casa a por unas cosas y volver con Maya —le dijo y Mary Kate recibió la mirada directa de los ojos de Marlowe. También su voz se comenzaba a poner firme, una autoridad que podría hacer aletear las hojas sin tocarlas—. Y ahora sí quiero que no te muevas de

la casa, que no me sigas y que no intentes buscarme.

Mary Kate negó con una sacudida de cabeza que no convenció mucho a Marlowe.

—Si no le trato las heridas anidarán las moscas y las larvas pueden hacerla morir, y no va a dejarse hacer nada si tú estás cerca, ¿eso lo entiendes? —añadió y Mary Kate quedó inmóvil.

No moverme de la casa. Ahora sí está claro.

Marlowe avanzó algo más y esperó a escuchar sus pasos tras él. Mary Kate dirigió una fugaz mirada hacia los arbustos.

—Lo siento —dijo y empezó a seguirlo.

Marlowe no respondió y eso hizo que algo por dentro pesase más de lo debido. En su mente y sin poder remediarlo, el silencio significaba algo malo, algo que aunque estuviese lejos, casi en la otra punta de la tierra, su cuerpo lo recibía de la misma manera que siempre.

Recibió un picotazo en el estómago, por dentro hacia abajo. Una bomba que explotaba y provocaba una honda hasta su garganta que hacía que pudiese vomitar en cualquier momento. A pesar de acabar de sudar, un frío extraño le recorrió el cuerpo erizando el vello, tuvo que rodearse con los brazos, intentando que aquella bomba que acababa de explotar no dejase salir nada más hacia fuera.

Cerró los ojos un instante y se concentró únicamente en respirar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marlowe y ella alzó los ojos hacia su espalda, por suerte ni siquiera se había dado la vuelta para mirarla. Lo que no entendía era cómo se había dado cuenta si no había emitido ni un solo sonido y no la estaba mirando.

Mary Kate tragó saliva.

—Creo que ha sido la carrera. —No podía decirle otra cosa.

El cuerpo de Marlowe se giró levemente y encontró sus ojos. Con la luz anaranjada del último sol, su piel tomaba un color tostado más intenso, lo que hacía que el claro de sus ojos resaltase aún más en medio de mechones de pelo sin mucho orden.

Perfección absoluta de colores, demasiado similares a los que acababa de ver en el claro entre leones.

Y él seguía observándola, como si estuviese buscando la respuesta correcta porque la que había dado no acababa de colar.

Marlowe alzó la mano y la joven la sintió firme en su barbilla mientras él se inclinaba levemente hacia ella.

—La carrera… hace ya un rato que ha acabado, señorita Lyon —le dijo y la soltó para seguir el camino a través de la arboleda—. Pero usted está repleta de heridas. —Ella levantó el brazo para mirarse el codo, aquella manera formal de dirigirse a ella supuso que estaba llena de ironía —. Desafortunadamente, para sus larvas no tengo remedio.

¿Qué?

Mary Kate se detuvo de inmediato y miró de nuevo la espalda de Marlowe. Él seguía el camino como si nada, cuando era evidente que en ningún momento se había estado refiriendo a las heridas de sus codos o de la rodilla.

Larvas en las heridas.

Que infectaban, que impedían que cerrasen y pudiesen curar.

Repletas de heridas.

Que estaban abiertas, que seguían sangrando aunque hubiese huido literalmente a la otra punta del mundo.

Entornó los ojos hacia Marlowe.

Michelle le dijo que el talento de Marlowe para los leones rozaba lo sobrenatural y podía hacerse una idea tan solo viendo la conducta que parecía tener Maya con él. Pero estaba comprobando que tenía también una intuición certera al más cercano nivel de la madrina Natalia. Algo que podría desnudarla de inmediato cada vez que quisiera y sin que ella pudiese hacer nada por cubrirse.

Un crujido tras ella la sobresaltó.

—¡Marlowe! —Miró atrás aterrada, ya estaba oscureciendo demasiado—. Hay algo aquí.

—¡Pues no te quedes atrás! —Él ya estaba a varios metros y no pensaba detenerse a esperarla.

Mary Kate corrió hacia él y pellizcó con una mano la parte de atrás de su camiseta. Había sobrepasado con creces el límite del bochorno en un solo día, así que un poco más no importaría mucho. Estaba dolorida, con la ropa rota, sucia, bañada en sudor, orinada por un simio, herida y exhausta.

No era posible pedirle nada más a la primera tarde junto a Marlowe.

11

La ducha le había sentado aún mejor de lo que esperaba a pesar de que la presión del agua era deprimente. Después de ducharse y cambiarse de ropa, volvió a seguir colocando sus cosas. El armario del pasillo era pequeño, así que decidió aceptar la invitación de Marlowe a usar también el suyo.

Uno de tela cuya cremallera no funcionaba del todo bien.

Lo de este hombre es otro nivel en todos los sentidos. Qué desastre.

Cogió una montaña de camisetas que en origen habrían estado dobladas, pero que de tirar de una y otra se habían esparcido por la tabla y las echó en la cama para doblarlas bien y volverlas a meter. La única manera de hacerle hueco a las suyas.

Vio una de tela muy fina y media manga, de un color crudo que no llegaba al blanco, pero era muy cercano. Justo el color con el que se lo había imaginado durante todo el día.

Esta se la voy a poner arriba del todo.

Contuvo la sonrisa y metió la pila en el armario junto a la suya. Con los pantalones hizo exactamente lo mismo para hacerse hueco.

Oyó un sonido que parecía metálico en el salón y se asomó, quizás Marlowe estaría ya de vuelta. Y tenía que reconocer que había mirado el reloj del móvil dos veces desde que se fue. Aunque había cerrado la puerta a toda la presión que pudo y tenía controlada a Sabrina bajo el sofá del salón, cada vez que oía un ruido en medio de aquel silencio, todo su cuerpo se sobresaltaba sobremanera.

Se apresuró hasta el salón. La puerta de la calle estaba medio abierta.

—¿Marlowe? —nadie respondió.

Mala cosa.

Allí la aventura parecía no acabar nunca. Y llegada la noche, la posible aventura acojonaba de lo lindo.

Vio a Sabrina asomarse bajo el sofá, estaba comiendo algo.

—¡Ahhhhhhh! —Dio un brinco y hasta los mechones de pelo que comenzaban a secársele por la espalda parecían producirle el cosquilleo de las patas de cualquier cosa—. ¿Eso es una cucaracha? Ahhhhhhh. —Y seguía pataleando aunque tuviese medio cuerpo dentro de la boca de Sabrina—. Qué ascooooooo.

Echó a correr hacia el cuarto y siguió sacudiéndose. Volvió a asomarse, tenía que encajar la puerta de nuevo. Hizo una mueca de asco y miró de reojo al lagarto.

Una cucaracha con una forma más redonda y de cuerpo más aplanado de lo que estaba

acostumbrada. Y por el crujido que estaba escuchando también sería mucho más dura. Aparte de otra dimensión. Allí todo era tamaño Marlowe.

Aumentó su mueca de asco.

—Yo aquí voy a morirme —dijo llevándose la mano a la cara. Cerró los ojos, pero seguía escuchando el crujir del lagarto al comer.

Y encima le sabrá a gloria.

Apretó los dientes en otra mueca.

Y ahora sé que hay cucarachas en la casa. Además de arañas de colores varios y otros bichos que no sé cómo se llaman.

Miró a Sabrina de nuevo, ya se había terminado la cucaracha. Solo le hacía falta eructar para completar el cuadro.

—¿Quieres dormir en mi cuarto? Por mí estupendo —le dijo al animal, que acababa de inclinarse de lado en el suelo para apuntarla con la cola—. Eres un *aspirabichos* maravilloso con una catapulta infernal en el culo.

Contuvo la sonrisa con la frescura con la que la miraba Sabrina con aquellos ojos brillantes y redondos.

Pero volvió a escuchar el sonido metálico.

Y no era la cucaracha.

Sabrina y ella no estaban solas. ¿Cómo leches no había visto al mono sobre la encimera de cocina? Como si Marlowe fuese dado a tener decoración escultórica sobre los muebles.

—¡Ehhh! —Y había cogido su secador de pelo. Uno de última generación, pequeño y manejable, con el cabezal en forma de cilindro. Y justo por el hueco del cilindro la estaba mirando el mono—. ¡Tú!

El mono se irguió mientras seguía con el secador delante de su cara, como si el cilindro fuese un catalejo.

Y que me tenga hasta que reír con el mono golfo este.

—¿Piensas robarme todo lo que he traído? —Pisó el cable para que no pudiese llevarse el secador cuando echara a correr—. Pues no vas a llevarte el secador.

El mono la miró un instante. Luego saltó hacia ella dando un grito, haciéndola gritar también y recular hasta el pasillo. Levantó el pie del cable con el susto.

El mono echó a correr hacia la salida.

Me cago en la madre que lo parió.

—¡Ehhhh! —Salió tras él, pero se detuvo en la puerta.

Le había prometido a Marlowe no salir de la casa, y correr hasta el árbol aunque no estuviese muy lejos no era buena idea. Eso sin contar con que el mono se orinase encima de ella otra vez.

—¡Sinvergüenza! —gritó, como si él la fuese a entender, lo perdió de vista entre las ramas,

estas se movían con fuerza.

Se dejó caer en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. La oscuridad que rodeaba la casa no le permitía ver mucho más allá del primer árbol.

Suspiró y negó con la cabeza.

A cualquiera que se lo diga…

Se llevó la mano a la frente y contuvo una carcajada.

Pero gracia no tiene ninguna, es un problema.

Teniendo la multitud de cosas que necesitaba y con pocas posibilidades de reponerlas allí. Arrastró la mano desde la frente hasta que le cubrió todo el lateral de la cara.

Volvió a suspirar.

Se sobresaltó cuando vio una sombra moverse con rapidez a apenas dos metros de la puerta. Enseguida metió un pie dentro de la casa.

Era un bulto pequeño, casi a ras del suelo y de un tamaño más bien redondo. Entornó los ojos un instante mientras iba cerrando la puerta.

—¿Qué cojones eres?

No le había cogido la forma. Era pequeño, pero por sus dimensiones laterales tendría que ser muy gordo. Y ya había visto que lograba moverse con rapidez. El bicho se había detenido y se había puesto en pie.

Ratas sí que no, eh.

—Ahhhh. —Ahogó el leve grito de asco en una especie de gallo.

Sacudió los hombros, movimiento que pareció imitar la rata o lo que fuese aquello. La luz se reflejó un instante en los ojos del animal, que brillaron. Eran tan grandes y redondos que parecía imposible que pudiese tener un cuerpo tan pequeño.

Mary Kate detuvo la puerta. Acababa de apreciar la forma de la hipotética cabeza, era pequeña como la de un roedor, pero tenía una especie de trompetas a los lados de la cabeza.

Un roedor de cuerpo redondo con las orejas de *Mickey Mouse* y los ojos de un búho.

Es la prima de una rata. Asco de igual manera.

Un escalofrío espalda arriba hizo que sus hombros se sacudiesen de nuevo.

Bichos por todas partes y de todos los colores.

Encajó la puerta y tiró del pomo dejando caer su peso para hacer más presión. Aunque si Marlowe no era capaz de cerrarla entera, ella lo haría aún menos.

—¿De esas no comes, Sabrina? —preguntó y echó todo el aire de golpe.

Sabrina no respondió, pero pudo escuchar un leve crujido debajo del sofá.

Sabrina sigue con el banquete.

Frunció los labios y apretó los párpados. Prefería no saber cuál sería el nuevo manjar de Sabrina. El escalofrío regresaba.

Diooooos.

Fue a revisar su cama por enésima vez.

—Como me encuentre un bicho de esos crujientes mientras estoy acostada… —Dejó caer la frente en el colchón de su cama. Por muy alta que estuviese la litera superior, allí todo volaba.

Yo aquí no voy a sobrevivir.

Podría buscar una mosquitera y colocarla alrededor de la cama a modo de dosel. No se le ocurría otra cosa para protegerse.

Se llevó una mano a la parte de atrás del otro brazo y se rascó con las uñas. Acabaría por hacerse daño en la roncha. Se había puesto ya una crema que le había recetado el dermatólogo de Londres para cada picadura, pero aquellas picaduras parecían estar también, como todo, a otro nivel.

Oyó la puerta abrirse y salió al pasillo, volviendo a comprobar que en su cuerpo la presencia de Marlowe hacía que aquella montaña de inconvenientes no fuera tan imposibles.

Marlowe no había entrado aun, estaba detenido en el marco y miraba hacia fuera de la casa. Seguramente estaba intentando ver o escuchar algo, así que ella cerró de inmediato la boca.

Bajó enseguida los ojos hacia la mano izquierda de Marlowe, llevaba cogido el cable de su secador y este colgaba balanceándose levemente.

¡Bien!

Él se giró y entró en la casa, dejando la puerta sin cerrar. Quizás era una costumbre y por eso ni se preocupaba en cerrar la puerta.

—Lo has encontrado —dijo ella cogiendo el secador en el aire.

—Más bien me lo han lanzado a la cabeza. —Marlowe se entremetió los dedos en el pelo a un lado de la cabeza.

Mary Kate tuvo que apretar los labios para no reír mientras alzaba la mano hacia el pelo de Marlowe. Con la otra lanzó el secador hacia el sofá.

Con la mano enorme de Marlowe entre su pelo no había sitio para nada más, así que ella se hizo hueco bajo los dedos de Marlowe.

—No es nada —se apresuró a decir él.

Pero nada era un pequeño abultamiento, él ya lo habría notado, pero estaba dejando que ella también lo tocase.

Quizás Marlowe no era tan inaccesible como había dibujado su cabeza durante todo el tiempo desde que su hermana acercase a los Misters a los Lyon.

—Yo también tengo un «no es nada» que me hizo la rama esta tarde —respondió ella y Marlowe bajó la cabeza, quizás para reír.

—¿Cómo está Maya? —Se alejó de él y entró en el dormitorio para buscar uno de sus neceseres.

—Está perdiendo mucha sangre por la herida del lomo, pero quiero esperar hasta mañana para decidir qué voy a hacer con ella. —Lo oyó decir desde el otro dormitorio mientras buscaba en el neceser. Encontró otro de ellos abierto. El mono habría encontrado un festín en su dormitorio con tantos cacharros y botes.

Posiblemente hasta le faltarían cosas y aún no lo sabía.

—¿Cuál es la otra opción? —Vio de refilón a Marlowe pasar hasta el baño.

—Dormirla y llevarla al veterinario del pueblo. —Lo oyó responder con el eco hueco que hacía el sonido en el cuarto de baño—. Pero tal y como está Maya, no le viene bien pasar por un proceso así. Tendría que estar días en una jaula. No quiero añadir más a lo que ya tiene encima.

Tuvo que acercarse a la puerta del dormitorio para oírlo bien.

—¿Dónde has metido el jabón? —Lo oyó preguntar y ella contuvo la sonrisa.

El baño no tenía puerta y Marlowe evidentemente estaría desnudo. Así su cuerpo se bloqueó bajo el marco como si el pasillo estuviese repleto de manjares de Sabrina.

—Si lo que buscas es champú y gel, están en la ventana —respondió dejando caer la espalda en la puerta.

—Busco mi pastilla de jabón.

—No la necesitas.

—Por supuesto que sí. Y tampoco necesito que me ordenes el armario ni me hagas la cama.

Esa vez tuvo que llevarse la mano a la boca para no hacer ruido al reír. Cogió aire por la nariz rápidamente y lo contuvo para responder sin que se notase.

—No te he ordenado el armario, pero con tu ropa esparcida la mía no cabe.

— Vale, ¿y de los cuatro botes de colores cuál cojones es el que me tengo que echar? —preguntó él y esa vez Mary Kate tuvo que subirse el cuello de la camiseta para taparse la boca—. ¿O es este que está aquí en tarro?

Se restregó la nariz intentando que la risa se detuviese.

—El azul para el pelo y el blanco para el cuerpo.

Se oyó el agua caer.

—¿Y si solo quiero usar uno?

—El azul.

El gel te va a dejar el pelo para quedarte pegado en la pared.

—¿No tendrá perfume, no?

Podía imaginárselo abriendo el bote y llevándoselo a la nariz. Su risa aumentó.

No lo oyó protestar más, así que el discreto aroma a jabón no le parecería del todo mal.

Además va a dejarte pelazo.

Si ya lo tenía bonito de por sí con una simple pastilla de jabón.

Se detuvo el sonido del agua, ya habría acabado. Mary Kate volvió a subirse la camiseta

hasta la nariz para reír y dejó caer la nuca en la puerta, esperando la siguiente.

—¿Y dónde está mi toalla?—dijo él y ella tuvo que encogerse con una carcajada, ya hasta le brillaban los ojos.

Ese trozo de trapo con mal color está en la basura.

Sacó la cara de debajo de la camiseta y se abanicó con la mano mientras cogía aire despacio por la nariz.

—Está ahí colgada, la más oscura. —Era un juego de varias toallas en distintos tonos. Había decidido quedarse con la cruda y dejar la más tostada para él.

Marlowe no respondió. Se enderezó y retiró la espalda de la puerta cuando lo sintió salir del baño. Bajó la mirada con rapidez hacia el neceser, recordando qué estaba buscando dentro.

Pudo notarlo enorme en el pasillo y no fue capaz de detener sus párpados, que giraron de inmediato hacia él y hacia el destello que producía el tintineo de las gotas de agua en su espalda.

Su cuerpo quedó tan inmóvil que hasta notó cómo se le tensaba la garganta cuando pegó la lengua al paladar. Marlowe no se detuvo en ella, ni siquiera creyó que la hubiese mirado camino del otro dormitorio.

Y seguía inmóvil a pesar de que él ya no estaba y había cerrado la puerta. Dudaba si el movimiento acuoso en sus ojos eran restos de las risas de antes o de lo que acababa de ver.

Pero ¿qué he visto?

Tendría que verlo así varias veces antes de poder asimilarlo.

Marlowe cubierto con una toalla que en su cuerpo no ocupaba más que una faldita escocesa.

Qué. Barbaridad. Más. Loca.

El prodigio extraordinario de la perfecta genética humana que tan bien sabían plasmar los griegos.

Y su hermana. Y su cuñado Hércules. Cuando creaban un desnudo en una escultura con la que pretendiesen impactar con un espectáculo visual.

Pero no estaba en la galería de Michelle y Hércules. Estaba en una choza entre selva y sabana junto a un hombre que, por suerte para él, vivía entre leones. Porque estaba convencida de que si Marlowe viviese en medio de una sociedad normal en Londres, las mujeres a ese no lo hubiesen dejado vivo.

Se le había olvidado hasta respirar. Mucho más lo que estaba buscando en el neceser.

Y ahora disimula, que no se note que has visto hasta campanitas.

Antes necesitaba superar los dorsales y los oblicuos de Marlowe, tampoco era que le hubiese dado tiempo de verle nada más.

Formó un círculo con los labios para echar el aire. La puerta del otro dormitorio se abría y dirigió los ojos hacia la rendija de luz.

El truco de la camiseta arriba había funcionado, para ninguna sorpresa. No creyó que fuese

un hombre de pensar mucho qué ponerse más que la primera prenda a mano.

Y una vez más la realidad superaba las expectativas.

Sacó la barra del neceser y lo dejó caer en la cama para acercarse a Marlowe. Y los ojos de él fueron directos hacia la barra, que de alguna manera sabía que era para él, mirándola como si Mary Kate estuviese a punto de punzarle, cortarle o cometer una especie de sacrilegio con él.

—¿Qué es? —preguntó con rapidez, pero no puso impedimento cuando ella le entremetió de nuevo los dedos en el pelo.

El pelo de Marlowe estaba mojado y frío. Ya tan solo en el tacto pudo notar los efectos del champú, puso los dedos en la piel bajo el pelo, le gustó el contraste del calor con el frío, todo de una vez. El bollo estaba algo más hinchado.

Que fuese tan alto significaba tener que acercarse mucho para alcanzarle la cabeza.

—Para los golpes —respondió abriéndole el pelo y acercando a él la barra. Se alzó de puntillas en el suelo.

—No hace falta. —Sin embargo, inclinó levemente la cabeza para ponérselo más fácil.

—Claro que no —le contestó como solía contestarle en las mismas circunstancias a alguno de sus hermanos cuando se estampaban contra algo.

Retiró la barra de la cabeza de Marlowe. Era una pena estropearle el pelo con el ungüento en aquella parte de la raíz. Estaba segura de que le hubiese quedado perfecto.

Bajó la mirada hacia los ojos de Marlowe y debajo de unas pestañas claras se encontró con los iris de él, que tenían a aquella distancia un color tan nítido y acuoso que casi se pudo ver reflejada en ellos.

Contuvo la respiración a pesar de que ahora estaba vestido. Dio un paso atrás y se retiró de él.

No sabía si Marlowe era consciente de lo que era capaz de provocar en las mujeres. Al fin y al cabo, vivía allí alejado de todo. Quizás no del todo aunque dos fieras se hubiesen liado a leches aquella misma tarde.

A lo largo de sus años había conocido a hombres de muchas clases y, por lo general, los que tenían cierto don atractivo solían exponerlo continuamente y parecían estar orgullosos de sus atributos. Con Marlowe no había nada más lejos. De hecho, ni siquiera se peinaba.

Frunció el ceño mirando su flequillo, al separarle el pelo se lo había dejado algo desorganizado. Alzó una mano y pasó uno de los mechones mojados de su pelo de un lado de su cara al otro. Un gesto inconsciente que ni siquiera meditó, pero que al terminarlo hizo que cierto bochorno le inundase la cara.

Se apartó todavía más y se dirigió a su dormitorio para guardar la barra en el neceser.

—Gracias. —Lo oyó decir.

No tenía que darlas, al fin y al cabo era él quien la había acogido en su casa. Una casa que de

acogedora tenía solo el nombre. Pero era su casa. Donde vivía.

Pudiendo vivir en cualquier otro lugar y de mucha mejor manera, Marlowe vivía allí.

Y ahora ella también.

Dejó el neceser en la cama de abajo. Tendría que buscar un candado para la puerta de su dormitorio o el mono acabaría dejándola sin nada.

Dejó caer la frente en el colchón de la litera superior.

Lo que puede cambiar la vida en días. En horas.

Hacía muy poco trabajaba en una productora en el centro de Londres y vivía en una casa apenas unas calles más adelante con su novio Igory.

Hacía unos pocos meses creía tener una idea clara de cómo iba a ser o dirigir su vida. Una ligera idea que conllevaba solo unos pares de posibilidades.

Contuvo la sonrisa. Ni en las más remotas se imaginaba en un lugar como aquel ni haciendo lo que estaba haciendo.

Cogió aire y se llenó los pulmones para echarlo de golpe.

—Ven aquí. La cena. —Oyó decir a Marlowe y se sobresaltó perdida en sus pensamientos.

—No tengo hambre, gracias —respondió. Solo pensaba en acostarse y dormir si tenía suerte. Porque lo cierto era que estaba derrotada. Y no siempre el cansancio era compatible con el sueño.

—No he preguntado si tienes hambre —replicó él.

Mary Kate levantó la frente del colchón.

Comida no, por favor.

Además no sabía qué habría podido hacer Marlowe en los pocos segundos que llevaba en el salón. Tendría que ser algo que estuviese hecho de antes.

El sonido del microondas le despejó todas las dudas.

Lo último que necesitaba su estómago para rematar el día era que le apretujasen comida antes de dormir.

—Mary Kate Lyon. —Esa vez su voz sonó tan firme que ella se irguió enseguida.

Me ha salido aquí otro padre.

Salió al pasillo y vio que Marlowe quitaba la tapadera a un plato grande y redondo, parecido a los que se solían usar bajo las *pizzas*. Pero no era una *pizza*. Era una tortilla de un color amarillo muy claro y de tres dedos de espesor. Dentro, y enredado con el huevo, se podían apreciar cosas verdes.

Marlowe cortaba una porción y se lo apartó en el plato. Una vez descubierto el interior, las cosas verdes ocupaban más espacio de lo que imaginaba.

—¿Qué es?

—Claras de huevo con espinacas. —Mary Kate miró su plato. Nuevamente Marlowe no

había sido muy exigente con la cantidad. Una porción que no le costaría demasiado trabajo meterse garganta abajo y digerirla sin que su estómago la empujase para vomitar.

Y, por supuesto, para él sería el resto.

Come cantidades de león.

Se sentó frente a su plato y cogió el tenedor mientras Marlowe echaba la tablet de Mary Kate a un lado. Ella la cogió enseguida para apagarla.

En la pantalla había una imagen congelada de lo poco que había podido grabar. A pesar de ser una cámara de fotos, la calidad del vídeo había salido bastante buena. Cuando sacara el otro arsenal, el especializado, podría sacar vídeos mucho mejores. Aunque no tenía ni idea de cómo montaría la presentación.

Una presentación era como un tráiler del proyecto. Una forma de venderle al productor el trabajo. Y entonces esa productora o cualquier otra se interesaría en lo que estaba haciendo.

Pasó el dedo por la pantalla y la imagen se fue moviendo despacio al son de su dedo. Podía ver cómo una hienas saltaban a las patas traseras de Maya.

—¿Por cosas como esta es por lo que no te gusta salir de la reserva? —preguntó—. Me refiero a ir a Londres.

De la reserva era evidente que salía, y si no que se lo preguntasen a Miss Fendy.

Alzó la mirada hacia él para escuchar su respuesta. Estaba convencida de que en otras circunstancias personales hubiese podido disfrutar de otra manera de aquel espectáculo para los sentidos llamado Laurence Marlowe. Una manera más intrínseca e intensa.

Por una vez tenía suerte en algo. En otras circunstancias personales, con menos heridas, ninguna larva y un margen de tiempo suficiente en el que Igory solo fuese un mal recuerdo de años grises, seguramente hubiese estado absolutamente fascinada. Y conociéndose, en menos de una semana estaría llorando entre los árboles porque aquel dios de pelo de león frecuentara a una fiera en la pensión Karibu.

Pero en su estado, su fascinación chocaba contra el cristal del escaparate de una tienda sin puerta. No había nada más allá que una vitrina a través de la que mirar.

—No. —La respuesta fue rotunda—. De hecho, hay veces que ni siquiera estoy en la reserva.

¿Me acaba de decir en toda mi cara que se va al pueblo a follarse a la Fendy?

—No me interesa nada de lo que hay en Londres —añadió.

—Pero allí están tus amigos. —Ladeó la cabeza al hablarle.

Pero a ti solo te interesan los leones y la Fendy. Por cierto, la caja de preservativos la he tirado a la basura al completo. Quien quiera alguno que los compre.

—Y estarán cada vez que vaya. —Marlowe no solía comer con prisa y eso le gustaba. Era lo que más necesitaba hasta que arreglase su estómago, lentitud y tranquilidad—. A estas alturas cada uno tiene su vida. Y yo la mía.

—¿Y tu casa de allí? —A la tortilla le faltaba sal y estaba algo seca. Pero podía ir masticando y tragando.

—Desde hace un par de años viven allí unos inquilinos a los que no he visto en mi vida. Se encarga Blake.

Mary Kate encogió levemente la nariz.

—Blake es como un seguro de vida, ¿no? —dijo ella y Marlowe sonrió levemente—. No sé si le conviene tener muchos amigos como vosotros. —La sonrisa de Marlowe se amplió.

Y Mary Kate acababa de descubrir que hasta en la otra punta del mundo y con un carácter solitario, el efecto que le producía la familia en la expresión reflejaba la regla exacta de lo que sentía ella por la suya.

—A pesar de lo que pueda parecer, Blake…

—Lo sé —lo cortó ella.

—No, no lo sabes. No lo conoces —dijo él echando una mirada al plato de Mary Kate. Ya iba por la mitad—. Solo ves lo que cree ver la mayoría sobre él.

—No os conozco a ninguno —respondió ella con rapidez.

—Entonces, ¿por qué aceptaste venir aquí con un desconocido?

—Porque mis padres, mis madrinas y mi hermana sí os conocen.

No los conocía en absoluto más que a través de la gente que la rodeaba. Podría poner excusas de las razones por las que ella fuera la única para la que ellos eran unos desconocidos. Pero ya sabía que con Marlowe, al igual que con la madrina Natalia, esquivar o mentir era hacer el ridículo.

—Cuando el ogro bajó del torreón yo empecé a trabajar en una productora —respondió—. Creí encontrar el sitio idóneo que había estado buscando desde siempre. Y creí encontrar a la persona correcta para compartir mis proyectos. A partir de ahí…

Bajó los ojos recordando cómo empezó todo. Al principio nada parecía malo, no había ni una sola pega para Igory. Él era absolutamente perfecto, educado, cercano, correcto, detallista y con la misma pasión por el mundo audiovisual. Fue más adelante cuando los días comenzaron a perder el color.

Hasta hacerse grises.

Pero aquel cuento maravilloso acabó de una manera similar a la de Maya en medio de la llanura con las hienas, solo que en el pasillo de los Ramson fue Blake el que llevaba las bengalas.

—A partir de ahí desaparecí —acabó de decir.

Marlowe ya estaba terminando de comer. Pero a ella aún le quedaban unos cuantos bocados. Bocados que ahora le costaría más tragar y digerir. La pequeña puerta de su estómago se cerraba cuando pensaba en Igory.

Y no quería seguir contándole nada más a Marlowe. Ya él lo sabría, no tenía que pasar la

vergüenza de admitir cómo se había dejado tratar y pisar así. Él estaría acostumbrado a otro tipo de mujeres. No se imaginaba a Bruce en sus circunstancias. Una mujer acostumbrada a selvas y gorilas, ¿qué sería Igory Ramson para ella?

—Pensarás que soy imbécil.

Soltó los cubiertos y se puso en pie, no podía acabar de comer. Vomitaría.

Pero Marlowe ni siquiera levantó la mirada de su plato. Seguía comiendo los últimos trozos.

—Hay a diez metros una leona con heridas que le han hecho animales que miden menos de la mitad. ¿Piensas que es imbécil?

Mary Kate se detuvo a un metro de la mesa.

—No es lo mismo. Ella estaba sola y los otros eran varios —replicó, aunque en su mente regresó la imagen del pasillo de los Ramson, la humedad en los ojos y la tirantez en la garganta fue inmediata—. Si hubiese sido una sola hiena…

—Ya la ha herido una sola hiena —la cortó él.

La humedad de los ojos aumentó, apoyó la mano en el marco de la entrada del baño y bajó la cabeza.

—No has acabado de comer.

—No quiero más.

—Acaba el plato.

Ella tragó saliva.

—No puedo. —Seguía sin entrar en el baño. Estaba esperando si Marlowe iba a seguir insistiendo.

Pero él no insistió. Solo escuchó el sonido la silla raspar el suelo y de los platos. Ni siquiera ella había recogido el suyo. Tampoco era que pudiese volver tal y como estaba. Se limpió el ojo izquierdo y entró en el baño.

Abrió el mueble de Marlowe y cogió la cápsula en la que guardaba el cepillo de dientes, no creyó que a él le importase que hubiese colocado el cepillo junto al de él.

Hasta la pasta de dientes le estaba dando fatiga. Cuando el estómago se encogía de aquella manera no había nada que pareciese poder pararlo.

Se apresuró a enjuagarse la boca, si seguía cepillándose los dientes, acabaría por echar la cena por el WC.

Se apoyó en el lavabo para encogerse y contrarrestar aquel dolor intenso. El que le producía el miedo y las dudas. La culpa. Una culpa extraña que la hacía responsable de todo lo que había pasado con los Ramson.

Metió la mano bajo el agua y se la llevó a la cara. Cerró el grifo y hundió la cara en la toalla. Respiró en ella hasta tres veces. Se asfixiaría si no se retiraba de la toalla o vomitaría si se la quitase de la boca.

Pudo más la falta de aire. Dejó caer la toalla en el lavabo y apoyó la espalda en la pared.

Marlowe seguía en el salón, había escuchado el sonido del agua, la losa, los platos y el metal de los cubiertos. El bochorno por haberlo dejado solo recogiendo aumentó. Era cierto que era una joven privilegiada acostumbrada a no tener que hacer nada de aquello. Pero lo haría cada vez que hiciese falta.

Marlowe ya estaría lamentando haber accedido a aceptarla allí. La humedad en los ojos aumentó tanto que tuvo que llevarse la mano a uno de ellos. Él acabaría hartándose y en poco menos de una semana la echaría de allí.

Y entonces ella tendría que presentarse en Londres frente a su familia. No podría soportar la vergüenza y la decepción. Todavía menos todo lo que tuviesen que decir los Ramson cuando se enteraran a través del director del grupo de productores.

Cogió aire por la boca y lo echó en un suspiro. Ni siquiera sabía bien qué era lo que esperaba todo el mundo de ella, salvo los Ramson. Y seguramente ellos estuviesen más cerca de la realidad que ninguno de los demás.

¿Qué podría pretender ella en un lugar en el que no encajaba y encargada de un proyecto por el que no sabía ni por dónde empezar?

Se miró el codo derecho, aquella marabunta de arañazos se mezclaba con cardenales y algo más oscuro, quizás sangre seca. Le escocía mucho a ratos. El otro apenas había podido mirárselo más allá de lo que le permitía el escueto espejo. Algo en el hombro y en el cuello no le permitía girarlo lo suficiente como para verse.

En la rodilla le dolía hasta el roce del pantalón.

Pero todas aquellas heridas pasaban a un segundo plano. Las peores eran las otras, eran profundas y, como decía Marlowe, estaban repletas de larvas.

Se sobresaltó al ver a Marlowe en el umbral. Aún no se había acostumbrado a la falta de puerta en el baño. Habituada a tener uno para ella sola o a compartirlo con Igory, que era como tener un baño para ella sola, que aquel lugar concurrido no fuese un templo donde aislarse y llorar le resultaba más que extraño. Y la dejaba aún más desnuda ante el otro inquilino de la choza. Tenía su dormitorio, era cierto. Pero un dormitorio que no tenía un grifo con agua ni un WC donde vaciar los malos pensamientos que siempre salían amargos hacia la boca, desde las entrañas.

Sintió la mano de Marlowe en su antebrazo y se dejó arrastrar hacia el pasillo y luego empujar hacia el salón. Vio que Marlowe había retirado una silla de la mesa.

Dio un sobresalto cuando sintió algo frío y punzante en el primer codo y se giró enseguida, pero la otra mano de Marlowe en el hombro hizo que no pudiese moverse.

—Estate quieta. —Ni siquiera estaba haciendo esfuerzo por inmovilizarla, tan solo había apoyado en ella una mano que parecía pesar varios kilos.

—Quema.

—Claro. —Volvió a sentir el frío punzante que le provocaba una gasa de algodón. Supuso que la botella de cristal que estaba encima de la mesa era la culpable. Tenía un olor a alcohol tremendamente fuerte.

La quemazón desapareció y solo quedaban picotazos leves. Marlowe retiró la gasa. Lo tenía a su espalda, él volvía a coger la botella de la mesa y una nueva gasa.

El gesto de Marlowe no hizo más que aumentar el escozor de la garganta y la humedad de sus ojos.

Al igual que le pasaba con Blake y Stoker, sentía que aquellos desconocidos estaban paliando, cada uno a su manera, la cadena de errores, estupideces y consecuencias. En definitiva, su ineptitud.

—Gracias. —Y su voz no pudo ocultarlo.

—No es nada. —La misma respuesta de sus dos amigos.

—Sí, sí que lo es. —Frío del que quemaba de nuevo, ahora en el otro codo, se encogió levemente, esa vez Marlowe ni siquiera la sujetó. De alguna manera sabía que no iba a moverse —. Yo también soy una desconocida para vosotros.

—Alguien que tiene casi tu misma cara está casada con uno de mis mejores amigos. No eres una desconocida.

Casi la misma cara. ¿Nos ve diferentes?

Solo los cercanos notaban la diferencia.

—La rodilla. —Lo oyó decir a su espalda y entonces entendió que la silla estuviese alejada de la mesa.

Tiró de la pernera del pantalón de algodón y se sentó, acabando de subírselo. Marlowe rodeó la silla y se acuclilló con la mirada fija en su rodilla.

Su se estaba secando y ya podía apreciar el efecto de volumen del champú. Le gustaba el contraste que hacían las puntas de los mechones más dorados en la piel de su cuello.

Notó su mano tras la rodilla, un leve cosquilleo precedió a una sujeción firme con las yemas de los dedos. Pronto llegaría el frío punzante en la herida, así que cerró los ojos y se concentró en su tacto, únicamente en su tacto. La sujetaba por la corva y su mano casi podía envolverle la rodilla. Dejó caer el peso de su pierna en él al completo y la sujeción se hizo más fuerte cuando Marlowe apretó algo más los dedos, justo en el límite en el que la presión pudiera doler.

Contuvo la respiración, la gasa llegaba a su piel. Apretó los dientes y la lengua al paladar. Escocía, ardía, punzaba.

—Ya casi está. —No pensaba gritar, pero de querer hacerlo la voz tranquila de Marlowe hubiese frenado su grito.

La gasa ya no estaba, pero el ardor perduraba. Fue sintiendo cómo la presión de los dedos de

Marlowe aminoraba despacio. Volvía a apoyar el pie en el suelo. La presión desapareció por completo.

Y al retirar la mano de ella notó que el ardor aumentaba.

Abrió los ojos y bajó la mano hasta la corva de su rodilla, intentando estirar la piel. Quizás había sido eso lo que aminoraba el dolor.

Pero no funcionaba. A lo mejor porque su mano era pequeña, o quizás porque estaba fría. Cogió aire despacio, cada vez quemaba más. Pensaba aguantarlo sin quejarse un ápice.

Echó el aire con la misma lentitud con la que lo había cogido.

Duele, mierda.

Mucho más que las heridas de los codos. Vio a Marlowe pasar hacia la mesa y volver a poner un plato en ella.

—Ahora acaba de comer —dijo y ella miró de reojo el plato.

Pensaba que ya se le habría pasado lo de la comida.

Eran pocos los trozos que quedaban. Pero se le hacía un mundo.

—Si como, vomitaré —replicó.

Marlowe se giró para mirarla con tanta rapidez que hasta Mary Kate se sobresaltó.

—¿Estás enferma? —Hasta alzó las cejas al decirlo.

No entendía por qué le hacía la pregunta. Ya él sabía que no.

—No.

—Entonces no hay razón por la que no debas comer.

Ella bajó la mirada hasta su rodilla.

—Ya te lo he dicho. Si sigo comiendo, vomitaré. —Giró la cabeza, Marlowe volvía a estar tras ella.

Lo vio inclinarse y ella por reflejo se irguió pegando la espalda a la silla. De inmediato tuvo un costurón firme desde el hombro izquierdo al costado derecho que la fijaba al respaldo. La silla se elevó del suelo.

Marlowe dio dos pasos con ella sentada en la silla en peso. Hasta la mesa. Y volvió a dejarla en el suelo, frente a su plato.

En cuanto vio el plato, apretó el estómago esperando contrarrestar la arcada.

—Come. —No sabía si sonaba a advertencia, consejo o directamente a una orden.

—Te he dicho que no puedo.

Marlowe apoyó la mano en la mesa para inclinarse hacia delante, a menos de medio metro de ella.

—No estás enferma, así que no hay ningún motivo que te impida comer. —Marlowe arrastró el plato para acercarlo más a ella.

Lo miró de nuevo. Estaba cansada, el viaje, los nervios, la carrera… Solo quería echarse en la

cama y cerrar los ojos.

Marlowe dio un pequeño golpe al tenedor.

—Las hay y están en mi estómago. —Cogió el tenedor.

—Miedo, culpa, remordimiento y un remolino de pensamientos que no te vienen bien, ninguna de esas cosas está en tu estómago —replicó Marlowe y ella alzó la mirada hacia él con un sobresalto.

Y Marlowe le hizo un gesto con la cabeza hacia el plato.

Tú mismo. Si vomito será tu culpa.

Pinchó la tortilla haciendo más fuerza de la cuenta y el metal chirrió en el plato.

—¿Por qué esa insistencia con la comida? —preguntó antes de meterse la comida en la boca, reflejando cierta ira que le había provocado que Marlowe fuese tan directo.

Él se había retirado de la mesa y se había dejado caer en la pared, con los brazos cruzados. Ni siquiera pensaba irse muy lejos de ella.

—Cuando un león vence al león principal y se hace con la corona de la manada, es muy frecuente que el antiguo rey se aparte y deje de comer hasta que muere —dijo Marlowe y ella lo miró de reojo—. No puedo evitar relacionar el ayuno perpetuo con la derrota, el abandono, la debilidad y la muerte.

Mary Kate tragó lo que tenía en la boca de inmediato, a medio masticar. Por suerte era blando. Cogió el vaso para beber agua enseguida.

—¿Le has dado de comer a Maya?

—Si alimento a Maya, perdería las habilidades para cazar y aunque está sola y no es muy buena cazando, es el único instinto que conserva de lo que es. No le haría ningún bien. —Marlowe se empujó con la espalda en la pared para erguirse—. Pero si sigue así, en unos días tendré que darle de comer.

—¿A qué se refería la doctora Bruce cuando te habló de una solución drástica? —preguntó cogiendo otro trozo de tortilla.

Marlowe volvió a dejar caer la espalda en la pared.

—Una solución drástica con Maya podría ser no implicarme y sacarla de la reserva para dejarla a su suerte, o trasladarla a otra reserva donde yo no esté.

—¿No implicarte hubiese sido haber dejado hoy que la matasen las hienas?

—Teniendo en cuenta que esto es una reserva donde se replica completamente la vida salvaje, podría haber sido así.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

—Esperaré un tiempo y volveré a intentarlo en la manada de Mali. Está más lejos, al fondo de la reserva, y es mucho más pequeña que la de Turuc. Turuc es un macho mucho más joven, sus leonas también lo son, no solo las de este lado. Hay otras dos manadas de leonas de Turuc

siguiendo la línea del río y algunos machos secundarios.

Ya sabemos entonces quien es el que triunfa en la reserva, ¿no?

—¿Turuc es el león que se veía al fondo?

Marlowe asintió con la cabeza.

—Yo no tengo ni idea de leones, pero… —Un trozo más, ya le quedaban dos y pequeños—. Si Maya no encaja en ninguna manada, ¿no puedes montar una manada nueva?

Aquello pareció hacerle gracia Marlowe.

—No mientras Turuc y Mali manden. Son leones que necesitan mucho espacio, sobre todo Turuc. Cuando los escuches rugir lo sabrás.

Mary Kate sonrió.

—Entonces Bruce… —ya casi acababa—, lo que viene a decir es que desistas con Maya.

—Bruce suele estar en contra de hacer vínculos con animales que traspasen la línea del trabajo que venimos a hacer. Y Maya me persigue todo el tiempo. —Ladeó la cabeza mirando el plato de Mary Kate, pareció estar satisfecho de haberse salido con la suya—. Ten en cuenta que aquí los animales no dejan de ser lo que son. Viven en libertad absoluta, cazan su propia comida, luchan por los territorios, por una jerarquía. La única diferencia entre estar dentro y fuera de la reserva soy yo. Yo los recupero, yo los integro y yo intervengo cuando enferman o se hacen heridas. Aparte de convivir con ellos, pero esto último depende más de lo que ellos te permitan que de tu voluntad.

—Y a ti te lo permiten.

—Si no tuviese ese privilegio no sé si hubiese podido hacer este trabajo. Al menos no como me gusta. Pero es cierto que una vez dentro se pueden formar ciertos vínculos poco explicables con algún animal. Y quizás eso no sea del todo bueno, no dejan de ser animales libres y salvajes, con todo lo que conlleva.

Mary Kate frunció el ceño sin entender mucho a qué se refería.

—¿Conllevan que te ataquen? —Se había acabado el plato entero.

Marlowe miró el plato antes de dirigir sus ojos hacia ella, y al verle de nuevo la misma expresión volvió a sentir la misma sensación que en el restaurante cuando acabó su plato. Una sensación que ayudaba a que la comida se asentase sobremanera en su estómago con el peso de un ladrillo.

—Conlleva demasiadas cosas. —Le quitó el plato de delante—. Ahora sí, a dormir.

Ella se giró en la silla. Estaba cansada e irse a la cama era lo único que quería hacer instantes antes. Pero ahora hubiese preferido seguir haciéndole preguntas a Marlowe.

Buscó su libreta en el bolso, notando que alguien había hurgado en él. Y por supuesto, Marlowe estaba libre de toda sospecha.

—Voy a necesitar algún tipo de cierre en el dormitorio con ese mono —dijo sacando el

cuaderno del bolso y vio de reojo cómo a Marlowe parecía haberle hecho gracia su comentario.

Buscó la parte donde estaba Maya y escribió un escueto comentario sobre lo que había pasado con las hienas y las leonas de Turuc.

Luego se dirigió al siguiente apartado y escribió el nombre del león. No sabía absolutamente nada de él, ni de ninguno. Pero con tan solo ver su silueta imponente y extraordinaria, ya comenzaba a sentir la curiosidad de ver y saber.

Miró de reojo a Marlowe, estaba enjuagando el plato, así que le daba la espalda. Una espalda que aunque no empezaba en la cintura con tanta anchura, iba creciendo formando una letra V poderosa.

Ver y saber.

Supuso que en el reino de los leones aquellos que dominaban los territorios y las hembras tenían que ser una versión similar a Marlowe. Bajó la mirada hacia el cuaderno y la dirigió hacia la pestaña de él.

Era la primera noche y ya tenía para escribir sobre él. La mesa en el escueto salón era el peor sitio para hacerlo sabiendo que a él no le hacía ninguna gracia.

Ni las cámaras.

—Señorita Lyon, a la cama. —Lo oyó decir.

Ella cerró el cuaderno de golpe.

Ya quiere quitarme de en medio y quedarse solo.

—¿Vas a ir a ver Maya? —preguntó ella levantándose de la silla y Marlowe se dio la vuelta enseguida para ponerse de cara a ella. Mary Kate frunció el ceño al ver que se acercaba a ella, tanto que estuvo a punto de dar un paso atrás para que su cara no chocase contra el voluminoso pecho de él.

Su cuerpo se tensó cuando él le rodeó el cuerpo con uno de sus brazos y con la otra mano le sujetó el antebrazo.

Inclinó su cabeza despacio hacia ella.

Qué demonios. ¿Va a comerme la boca?

—Maya está a menos de dos metros de ti —respondió él en un susurro, su pelo le cosquilleaba en la nariz. Si no se sobresaltó al escucharlo fue por la forma en la que la tenía agarrada. Aunque quisiese no podía moverse—. Lleva ahí desde que te sentaste a comer.

El cuerpo de Mary Kate se petrificó de inmediato.

—¿En la puerta? ¿Conmigo aquí? —lo preguntó en un susurro, ni siquiera era capaz de sacar la media voz como lo hacía él.

Y encima la leona no ha comido.

Alzó la mirada hacia Marlowe, tenía la nariz tan cerca de la de él que cuando Marlowe asintió, la rozó con ella.

Tiene hambre y este es su amigo. Pero yo no.

Las piernas se le aflojaron por completo al escuchar el chirrido leve de la puerta, lo había escuchado mientras estaba sentada en la mesa, pero pensó que sería el viento. Tonta de ella, no hacía un ápice de viento. Bajó la cabeza y encogió el cuerpo casi sin darse cuenta. Aquel sonido había hecho que se cagase encima como nunca lo había hecho en su vida.

Los ojos se le llenaron de inmediato.

—¿Sigue ahí? —preguntó en un susurro. Las lágrimas fueron a más.

—No te muevas, ni grites, ni mucho menos te des la vuelta.

Mary Kate cerró los ojos.

Ni una sola noche voy a durar aquí. Me van a comer antes.

Encima mucho se temía que los hospitales estaban terriblemente lejos.

Voy morir la primera noche.

—Lo has hecho muy bien todo el tiempo. —Esa vez también él susurraba.

Lo he hecho muy bien, dice. No sabía que tenía a una leona tras la espalda. La espalda, por Dios bendito. Dicen que no hay que darles la espalda a los leones. ¿O era a los tigres? Lo mismo da, felinos son todos.

Y en el silencio absoluto oyó un sonido que de no saber que tenía a un león a metro y pico de su espalda, no podría relacionarlo con ningún otro animal.

No era un rugido en sí, parecía algo ahogado desde el interior del cuerpo, como si el ronroneo de un gato dejase de ser tranquilo y placentero. Era exactamente eso, un rugido que ronroneaba desde el interior del cuerpo, uno grande y poderoso.

Por eso quería que me fuese a dormir.

Era urgente que se acostumbrase a obedecerlo en absolutamente todo lo que le dijese, sin ni siquiera preguntar. O no duraría viva allí ni media semana.

No se atrevía ni a respirar.

Inclinó la cabeza despacio hasta notar el cuerpo de Marlowe en la frente, quizás era el hueco en mitad de su pecho, y allí dejó caer la cabeza. Si hubiese podido, se hubiera metido dentro de él, en un funda segura y libre de las zarpas de los depredadores.

Y a mí me daban pánico las cucarachas.

Ya habían dejado de crujir en las mandíbulas de Sabrina. Habría acabado de comer.

Como una cucaracha voy a crujir yo como Maya me enganche.

Él le soltó el antebrazo y ella dejó caer la mano en él, con la mano que le quedaba libre agarró el lateral del cuerpo de Marlowe. Era una sensación similar a envolver el tronco de un árbol, con un tacto mucho más cálido y placentero y con la capacidad de hacer que ella pudiese hundirse en él, con la seguridad y protección que conllevaba. No pensaba moverse ni un ápice, no mientras que un león estuviese con quizás medio cuerpo en el salón.

—Cuando te avise, me rodeas despacio y sin mirar atrás te metes en el dormitorio —dijo él.

¿Soltarte? Y una mierda. Yo no me muevo de aquí.

Resbaló la mano que había dejado caer en él hasta el otro lateral de su cuerpo. Quizás Marlowe supo lo que significaba eso, porque su pecho se hinchó levemente para luego vaciarse mientras lo escuchaba espirar.

—Mary Kate. —Sin embargo, pronunció su nombre tranquilo. Y se alegraba de haberlo escuchado así, era la primera vez que Marlowe la llamaba por su nombre.

Escuchar su nombre a media voz, sin prisa, sin reproches ni gritos, en una reprimenda porque no pensaba obedecerlo. Casi no recordaba cuál era la sensación, tampoco recordaba la última vez que una voz fuera de la familia pronunciase su nombre y no sonara a algo estúpido e inútil. Su voz hizo que parte del terror de las piernas se le aligerase.

—No puedo sacar a Maya de aquí si no me sueltas —añadió él, lo sentía muy cerca de su oído—. Porque ella tampoco piensa irse.

Se volvió a oír el sonido, esa vez algo más fuerte y ronco, mucho más similar al de un rugido.

Diosss.

Sus piernas parecían conectadas con la garganta de aquel animal, se le habían aflojado de nuevo.

—¿Confías en mí?

¿Que si confío en ti?

Marlowe había estado toda la tarde subiendo peldaños de tres en tres en las escaleras por las que se accedía a todo lo que le importaba en su vida. Y ya iba por más de la mitad, quizás porque allí su vida comenzaba a depender de él sobremanera.

—Tienes que hacer lo que te digo. —Que él mantuviese la calma hacía que rodearle y dirigirse al dormitorio no pareciese tan lejano y peligroso—. ¿De qué tienes miedo?

De un león. ¿Te parece poco?

Aquello anulaba a todos los miedos absurdos que llevaba en el avión. Ahora sí que el miedo era real y palpable. Y hacía que su ano se aflojase de manera intermitente deseando evacuar.

—De que salte y me muerda —respondió tan bajito que no sabía si Marlowe la había escuchado.

—Si salta, entre ella y tú estaré yo, por eso te he agarrado, para poder girarte sin darte tiempo a hacer ninguna barbaridad que te ponga en peligro.

Un metro de distancia, decía tía Vicky. Eso es mucho.

Dejó caer aún más la frente en su pecho.

Esta es la distancia correcta.

—Rodéame y ve al dormitorio. —Oyó y ella apretó los labios—. Como si ella no estuviera aquí.

Va a darme un infarto.

Retiró despacio la frente del pecho de Laurence Marlowe y alzó levemente los ojos para mirarlo. Había sentido su voz tan cerca del oído porque realmente sus labios estaban cerca de su oído.

Basculó el cuerpo despacio para retirarse de él, pero se le bloqueó enseguida sin atender mucho a la orden.

Rodearlo no tiene por qué significar despegarme de él.

Movió una de las piernas para pasarla al lateral de Marlowe, despacio la otra sin dejar de envolverlo, mientras sentía que el brazo de él tras su espalda se aflojaba para dejarla ir. Mary Kate se apoyó en la mano que tenía en el costado derecho de Marlowe para mantener el equilibrio y mover de nuevo la pierna, esa vez no tenía más remedio que despegar su tronco de él si quería rebasarlo dirección al pasillo.

Cogió aire y lo contuvo.

Confiar en él es lo primero.

Si él decía que no pasaría nada, era porque no pasaría nada. Ya lo intuía, Marlowe era dios en la sabana.

Volvió a apoyarse en el cuerpo de Marlowe con la mano que había dejado atrás y al fin su equilibrio estuvo por completo recuperado en sus pies. Sin él.

El rugido ahogado esa vez se oyó tan nítido que casi pudo notar cómo su cuerpo basculaba buscando un abandono por completo frente a la fiera. Solo se había despegado de Marlowe y ya la leona le rugía a su espalda.

Temple, Mary Kate.

O estaría perdida y lo pondría en peligro a él, porque ya le había dejado claro que entre la leona y ella estaría él.

Así que bajó la cabeza y se concentró en resbalar despacio la mano por Marlowe para soltarlo por completo.

Dio un paso y lo sintió cerrar el ancho del pasillo con su cuerpo al completo. Ya estaba a salvo de Maya. Ahora solo tenía que avanzar hasta el dormitorio, se hubiese escondido en el baño si este hubiese tenido puerta. Pero no la tenía, así que dio unos pasos lentos y sin mirar atrás entró y cerró la puerta.

—La madre que me parió. —Echó todo el peso de su cuerpo contra la puerta y exhaló aire con fuerza. La ligereza del cuerpo no se iba. Estaba repleta de energía como para echar a correr y hacerlo mínimo hasta la roca desde donde grabó a Maya.

Y había dejado fuera su bolso, y su cuaderno y hasta la tablet donde visualizaba los vídeos. Todo estaba en el salón junto a Marlowe y la leona.

Sacudió una mano en el aire en un intento de echarse aire en la cara.

—Esto es demasiado ya —jadeaba levemente, el aire no acababa de entrar al pecho.

Oyó el chirrido de la puerta y un golpe. Ese golpe lo reconocía, la puerta se había pegado contra la pared de la fachada.

—¡Maya! —A la leona no la llamó tan tranquilo como lo hizo con ella y Mary Kate tuvo que contener la sonrisa.

Negó con la cabeza mientras su sonrisa se ampliaba.

Parece mentira que esté junto a un león.

Tan mentira como podría parecerle haber estado ella misma junto a un león y que no entrase en pánico, ni gritase ni echase a correr.

Tampoco podría parecer muy real haber salido indemne, absolutamente indemne de un encuentro con un animal salvaje. Pero cerca de Marlowe no sabía muy bien dónde estaba el límite de lo frecuente o lo probable, o lo real o no.

Era un mundo completamente diferente a todo lo que conocía y lo de la casa y los insectos era lo de menos.

Volvió a escuchar la puerta chirriar y esa vez el golpe que hacía cuando se encajaba. Ahora entendía la explicación de una puerta que abriese hacia la calle, al contrario que el resto de puertas principales de las casas.

Una puerta que los animales, salvo el mono que tenía manos para tirar, no pudiesen abrir empujando.

Hasta lo más extraño podría tener una explicación lógica.

Volvió a llenarse de aire y echarlo de golpe. No pensaba salir ni aun sabiendo que el salón estaba ya vacío.

Miró a través del cristal de la ventana, desde allí, al ser una ventana que daba al lateral de la casa, no se veía absolutamente nada.

Destapó la cama superior y comprobó que no hubiese bichos en ella.

Necesito una mosquitera con urgencia.

No sabía si el huevo de citronela que había sobre la cama de abajo o el espray en las sábanas harían algo. Subir iba a ser una odisea, la litera no tenía escalera y le dolían la rodillas en una especie de tirantez al doblarlas y estirarlas que solo le ponían trabas a la hora de escalar por los hierros de los pies de las camas.

Tuvo algún patrón bochornoso y su forma de poner los codos y arrastrarse en el colchón no creyó que fuese muy atractiva.

Pero llegó a la cima y se dejó caer de boca sobre la cama.

Hasta el colchón más viejo del mundo le parecería un paraíso.

Se dio media vuelta y se colocó boca arriba.

Derrotada.

Absolutamente hecha polvo, por fuera y por dentro. Aun no se le había pasado del todo el miedo del salón.

Pero era un miedo que había empujado a sus otros miedos a un segundo plano.

Se encogió de lado y se tapó con la sábana hasta las orejas, aquella extraña sensación de seguridad si tenía la sien cubierta. Como si a las arañas u otros insectos les importase.

Resopló.

Era el primer día y ya le dolía hasta el alma.

El alma ya me dolía de antes.

Ahora el dolor físico lo superaba.

Cerró los ojos. Extrañaría su almohada de Londres, solo esperaba que se pudiese dormir.

¿Podría, después de todo?

El silencio era absoluto a pesar del escaso aislamiento acústico de la casa. También era plena la oscuridad.

Marlowe decía que escucharía a Turuc rugir. Sería lo mejor de sus innumerables noches de insomnio allí. Escuchar algo más que los escasos sonidos nocturnos de una casa, que se limitaban al crujir de los muebles.

El rugido de Turuc, si ya el de Maya la acojonaba, qué no haría con ella el enorme león. El trabajo de Marlowe, en la distancia de Londres, se veía interesante, admirable y hasta despertaba cierta curiosidad.

Ahora podía ver la realidad de verdad.

No todo era tan idóneo como imaginaba. Trabas y problemas, como los de cualquier otro trabajo, sumado al peligro personal y a otras cosas.

Pero Marlowe había elegido esa vida.

Silenciosa y apartada. Incómoda quizás para los que estaban acostumbrados a privilegios. No se imaginaba allí en sus circunstancias a Igory ni a ninguno de los Ramson, Basilia y toda aquella seguridad arrolladora hubiesen echado a correr en cuanto Sabrina hubiese dado el primer mordisco al caparazón de la cucaracha con forma de platillo.

Se estremeció al recordarlo.

En cuanto a lo de Maya, ni siquiera sabía cómo ella misma había mantenido la calma a pesar de todo lo que tenía dentro.

No se escuchaba regresar a Marlowe. Siguió pendiente de la puerta. Tardaría en dormirse, estaba segura.

Cerró los ojos sin embargo.

12

Abrió los ojos, estaba segura de que los acababa de cerrar. Apenas recordaba estar esperando el sonido de la puerta abrirse. No la llegó a oír, pero acababan de llamar a su puerta de manera firme.

—Señorita Lyon, arriba. —La voz llegó detrás de los golpes.

¿Vuelvo a ser señorita Lyon? Me gustaba más Mary Kate.

La luz ya entraba por la ventana.

¿De día?

Acababa de cerrar los ojos, no podía ser. Se sentó en la cama sin dejar de mirar la ventana.

—¿Señorita Lyon? —Volvió a escuchar su voz, esa vez con algo de ironía.

—Ya, ya voy —respondió mirando hacia la puerta.

Pero a ver cómo coño me bajo de aquí.

No estaba acostumbrada a hacer un salto al vacío nada más levantarse y las piernas le dolían aún más que la noche anterior.

Agujetas. No, por Dios.

Arrastró el culo hasta el borde, tirarse no era una opción, se estamparía contra la pared o contra el suelo. Así que se puso bocabajo y fue dejando caer el cuerpo.

Fue inútil, las sábanas resbalaron con ella y cayó al suelo, dándose con el codo en la puerta.

—No esperaba tanto ímpetu a estas horas de la mañana. —Lo oyó decir al otro lado.

Encima guasa.

—No me he roto nada, gracias —respondió poniéndose de rodillas en el suelo y agarrándose el codo.

—El primer desayuno está listo.

¿El primer desayuno? ¿Y esa manía de cebarme?

Se echó el pelo para atrás con la mano y abrió la puerta antes de ponerse en pie.

Marlowe estaba apoyado en el marco de la puerta del dormitorio y bajó los ojos para mirarla, todavía de rodillas en el suelo. Obvio que volviese a llevar la camiseta de color blanco roto de la noche anterior y que parecía sentarle aún mejor, o era que ya no lo recordaba con demasiado detalle.

—Hace falta una escalera —añadió ella poniéndose en pie.

—Yo pienso que no hace falta ninguna escalera. —Observaba cómo se ponía en pie. Entre las heridas y los dolores, de manera bastante torpe—. ¿Puedo escribir en tu cuaderno?

Mary Kate alzó las cejas con la pregunta.

—Claro —dijo aunque no sabía para qué quería Marlowe escribir nada. Se sujetó al marco para erguirse del todo.

—Me alegro, porque ya he llenado unas cuantas páginas. —Marlowe retiró su espalda de la pared y se dirigió hasta el salón.

¿Cómo?

Mary Kate se apresuró a ponerse las botas para seguirlo y buscó con la mirada el cuaderno, obviando que la mesa estaba llena de comida.

En una taza de barro había un ungüento que olía a algo cítrico muy ácido, se asomó a olerlo mejor antes de abrir su cuaderno. No se atrevía a sentarse, no pensaba sentarse hasta que ayudase a Marlowe con el desayuno. No había ido allí a tenerlo de sirviente.

Buscó entre las páginas vacías y encontró varias escritas. Apartado unicornio.

Joder.

A Marlowe no se le había ido por alto.

La losa del plato sonó en la mesa, a pesar de ser plástico. El ruido la sobresaltó y miró el plato y hacia la ventana.

—¿Qué hora es?

—No tengo ni idea. ¿Ves que lleve un reloj? —respondió él empujando la silla tras ella para que se sentase—. Está saliendo el sol, aquí es cuando empieza el día.

Ella lo miró de reojo antes de sentarse.

—¿Entonces podrías llamarme antes de que saliese el sol para ayudarte con el desayuno? —preguntó y volvió a dirigir la mirada hacia el cuaderno—. Y si aquí no hay reloj, para qué me haces un horario.

—No es un horario, son tus obligaciones de la mañana mientras estés aquí. —Se sentó en el lateral de la mesa.

—Mis obligaciones de la mañana son… —No entendía bien aquel dibujo mal hecho—. ¿Colgarme de un palo?

Lo vio contener la sonrisa.

—No es un palo. —Marlowe puso un pegote de manteca de cacahuete sobre la torta de Mary Kate—. Bueno, sí, literalmente sí. —Su sonrisa se amplió—. No quiero volver a verte encaramada a una roca como lo hiciste ayer, ni mucho menos bajando de la cama estampándote contra la puerta. Así que habrá que ponerle remedio.

Mary Kate alzó las cejas y se inclinó hacia él levemente.

—¿Me estás diciendo que soy torpe de narices?

Sí, me lo está diciendo. En toda mi cara. Menos mal que estoy acostumbrada.

Marlowe la miró un instante sin responder.

—Si llevases aquí tres meses y siguieses cayendo de la cama de esa manera o sin poder

subirte a una roca por ti sola, podría decirse que eres torpe, sí. Pero acabas de llegar y no puedes hacer bien algo que no has necesitado hacer nunca. Así que solo es falta de práctica.

—Y esto es…

—Llámalo entrenamiento. Cómete eso.

Mary Kate apartó los ojos del cuaderno para mirar su plato. Una torta del tamaño del plato con manteca de cacahuete y algo que parecía miel. A un lado había aguacate y más frutos secos.

—Entero. —Marlowe empujó la taza para que se la bebiese también.

Primer desayuno, dice, con esto tengo yo para tres días.

—¿De dónde cojo el agua? —Se levantó, pero Marlowe la detuvo para que volviese a sentarse.

—Por eso es tan grande. —Volvió a señalar la taza.

Ahora entendía el tamaño del zumo de lo que fuese, la manteca de cacahuete era seca y por mucho que Marlowe lo hubiese mezclado con miel, seguiría estando seca. Necesitaría líquido.

El plato de Marlowe era igual que el suyo, pero todo se multiplicaba por tres.

—Come.

—Ya, sí. —Cogió la torta, la hizo un canuto y le dio un mordisco mientras pasaba las páginas que le había escrito Marlowe.

Diferentes cada día. No sé cómo leches pretende que yo haga todo esto sin morirme.

—¿Esto qué es?

—Está casi todo en la parte de atrás. No dibujo muy bien, pero reconocerás cada cosa en cuanto la veas.

Bebió el zumo, se le secaban la garganta y la boca.

—¿Y esto para qué es? —Le señaló unos dibujos que parecían las viñetas que tenían algunos aparatos del gimnasio. Un gimnasio que pagaba, pero que no recordaba ni dónde estaba su tarjeta de socia.

—Si anoche yo no hubiese estado aquí y Maya te hubiese saltado encima, aunque no fuese con intención de atacarte, habrías acabado en el hospital de la misma manera.

Los ojos de Mary Kate se abrieron enormes al escucharlo.

—Necesitas peso, necesitas fuerza, necesitas equilibrio, necesitas agilidad —añadió Marlowe —. Necesitas estar a la altura de las circunstancias de lo que quieres hacer. —Paró de comer un instante para mirarla—. Porque estás decidida a hacerlo, ¿no?

—Sí, claro.

Pero nada de esto estaba en el contrato.

—Es que… no creo que nadie que vaya a hacer un documental haga estas cosas, ¿no?

—No tengo ni idea de lo que hacen otros. —Pareció darle igual su observación.

Mary Kate pasó las páginas de nuevo.

—Y hoy después de esto... —Si es que le quedaban fuerzas—, ¿qué vamos a hacer?

Lo vio fruncir el ceño.

—Planificar algo en este lugar es para nada —respondió Marlowe y al verlo mirar hacia la puerta la hizo encogerse y mirar atrás de un sobresalto—. ¡No hagas eso! —Sonó a reprimenda absoluta.

Pero ya no se fiaba de lo que pudiese tener tras la espalda.

—Ayer lo hiciste bien, no lo eches a perder. —Marlowe se llenó la taza de nuevo y regresó a la mesa.

—No sé ni cómo lo hice bien. —Volvió a mirar la puerta con recelo, pero vio cómo Marlowe contenía la sonrisa.

Se oyó un ruido metálico fuera y Mary Kate se sobresaltó de nuevo.

—Deja de hacer eso. —Su tono mostraba una paciencia extendida, similar a un maestro con el alumno alborotador de la clase.

—¿Pero qué es? —Llegaba de cerca de la ventana de la cocina, así que movió el cuerpo para girar la cabeza hacia el otro lado.

—Han venido a por agua. —Más sonidos metálicos.

Mary Kate frunció el ceño, pudo ver dos siluetas, una más grande que la otra. La pequeña demasiado pequeña como para ser de un adulto.

—¿Sin avisar? —Se puso en pie intentando ver más.

Eran muchas más personas, todas mujeres. Llevaban una extraña túnica de colores ocres y rojo oscuro.

—Tienen mi permiso perpetuo para coger lo que necesiten. Sin avisar. No siempre estoy aquí. —Marlowe seguía comiendo.

Pero el desayuno pasó a un segundo plano. El color de piel oscuro y brillante sobre el ocre de las ropas llamaba su atención sobremanera. Los contrastes de colores siempre fueron su debilidad.

Vio una cara redondeada en el cristal, el pelo formaba una especie de diadema de rizos diminutos y apretados en su cabeza. Se oyó un grito y la niña enseguida se apartó de la ventana.

—¿Viven cerca? —Dio unos pasos hacia la ventana. Los sonidos metálicos procedían de utensilios que llevaban consigo.

Había cuatro mujeres inclinadas en el suelo, llenaban vasijas enormes y las estaban llenando con una manguera que debía salir de un biombo pegado a la fachada. Dos niños corrían cerca de la casa y a tan solo dos metros de la ventana estaba la niña que se había asomado, con una ropa similar a la de las mujeres, pero adaptada a su tamaño. Tenía un dedo metido en la boca y sin sacárselo de ella, sonrió.

—Son de un poblado de por aquí, sí.

Ladeó la cabeza y sonrió a la niña.

—¿Los del cocodrilo?

—Sí. —La niña volvió a sonreír con el dedo en la boca y la sonrisa de Mary Kate se amplió.

—¿Puedo salir?

—No son leones, ¿por qué no vas a poder salir?

Por reflejo y sin pensarlo, lanzó una mirada directa a Marlowe como respuesta a su ironía.

—Señorita Lyon, esas mujeres y niños no proceden de ninguna tribu aislada. Viven en un poblado con pocos recursos, pero están acostumbrados a turistas, voluntarios y visitantes. Solo huyen de los cocodrilos o de algunos animales salvajes. Y no creo que vayan a confundirte con ninguno de ellos. Pero primero acábate el desayuno.

Se acercó a la mesa de mala gana y cogió lo que quedaba de rollo de torta. La mordió con rapidez, masticó, tragó, volvió a morderla y se bebió lo que quedaba de zumo en la taza.

Dejó su plato vacío y miró a Marlowe para comprobar que no tenía nada más que objetar.

—¿Hablan inglés? —preguntó mientras rebuscaba en su bolso.

—Entienden y hablan algo, no creo que tengas problemas a no ser que busques una conversación extendida.

Sacó unas pequeñas bolsas de plástico con gomitas de azúcar de colores que compró en el aeropuerto. Vio en los ojos de Marlowe que entendió lo que pretendía en cuanto las vio.

—Les vas a caer muy bien a esos niños. —Lo oyó decir mientras se daba la vuelta para salir.

Sabía que Marlowe ya no podría verle la cara, así que sonrió. Salió fuera y echó un vistazo al camino hacia los árboles, ya no se fiaba de que el león se acercase a la casa después de lo de la noche.

Sacudió la bolsa y la abrió mientras daba pasos camino al lateral de la casa donde estaban el biombo y la manguera.

Fue la niña la primera en verla, y con el dedo en la boca sonrió tanto que arrugó la nariz en una especie de risa. La mujer que tenía cogida la manguera la levantó la cabeza para mirarla y se irguió enseguida.

—No, por favor. —La detuvo Mary Kate enseguida—. Soy… una amiga de Marlowe —señaló hacia dentro de la casa.

Una amiga, pero no como la del hostal. Yo soy una amiga normal.

Si entendían el idioma, no lo hacían muy claro.

—¿Puedo darle esto a los niños? —intentó hablar más despacio. Sacudió la pequeña bolsa en el aire.

Otra de las mujeres frunció el ceño mirando la bolsa.

—*Rafiki*. —Oyó decir a una de las mujeres, una que a pesar de estar así vestida, seguramente no tuviese más de dieciséis años.

«Rafiki», dice. Vete a saber lo que es.

—¿Rafiki? —La joven de la tribu le señaló a la casa.

Mary Kate frunció el ceño.

No sé lo que significa Rafiki. Pero le llamaron gorila en la boda de mi hermana y no sé cómo no voló la pajarita del fulano que se lo dijo. Espero que no signifique nada malo.

—Amiga —se señaló a ella misma y luego a la casa—. De Marlowe.

—*Rafiki* —repitió la joven.

Y Marlowe diciendo que entienden el inglés. Tiene que estar descojonándose ahí dentro. Ya podría salir y echarme un cable.

Las mujeres se miraron y una de ellas dijo algo y todas rieron.

Que soy una amiga normal. Si Rafiki significa ligue, os equivocáis.

Una de ellas la miró y añadió algo más que tampoco entendió. Por mirarlas no había sido consciente de que la niña se había acercado y la miraba, todavía con el dedo índice dentro de la boca. Quizá en un gesto de contrarrestar la vergüenza de acercarse a ella.

No tendría más de cinco años.

—*Simba jike*. —La oyó decir y encogió la nariz de nuevo para reír, o al menos algo que se le parecía.

La más joven dio unos pasos hacia Mary Kate.

—Amigos de Marlowe solo leones —le dijo en una pronunciación un poco forzada. Alargó la mano hacia su pelo y Mary Kate cayó en la cuenta de que ni siquiera se había parado a peinarse. Se miró en el reflejo del cristal de la ventana.

Dioooooos, qué vergüenza.

La joven se puso las manos en el pecho.

—Yuma —le dijo.

—Mary Kate. —Ella también se puso las manos en el pecho—. Lyon.

La joven alzó las cejas y enseguida se dirigió hacia las otras mujeres.

—*Simba jike* —repitió lo que había dicho la niña y una de la mujeres se llevó una mano a la cabeza.

¿Qué demonios significa eso? Joder, encima sin línea para mirarlo por internet.

La joven la señaló con el dedo.

—*Lion* —repitió su apellido.

—*Simba*. —Rio una de las mujeres y la risa se contagió al resto.

La niña tiró de la camiseta de algodón de Mary Kate. Hasta se le había olvido para qué había salido. Agarró la mano de la niña y volcó la bolsa, varias gomitas cayeron en la pequeña palma, cuyo color contrastaba con el del dorso de su mano, y aún más con el de Mary Kate.

Las gomitas no eran desconocidas para aquella pequeña que enseguida cogió una y se la

metió en la boca, diciendo una palabra que no entendía. Enseguida llegaron los dos chicos y pudo repartir lo que quedaba en la bolsa.

—¿Queréis? —les dijo a las mujeres. Una de ellas sí alargó la mano y ella se acercó para darle.

—Lion —dijo una y emitió un rugido. De cerca pudo comprobar que eran muy jóvenes, más jóvenes que ella incluso.

Mary Kate sonrió.

Así que les hace gracia que mi apellido suene a león.

Aunque se escribiera de manera diferente tenían la misma fonética y no creyó que ellas entendiesen mucho de cómo se escribía en inglés una palabra u otra.

—*Simba jike*. —De nuevo la misma palabra.

Una de las mujeres le dijo su nombre y siguieron las siguientes. Solo logró memorizar el de Yuma, no eran fáciles para su oído, menos recordarlos o pronunciarlos.

La palabra que había dicho la niña cuando le dio las chucherías debería significar gracias, porque lo reconoció en todos.

Mary Kate se dio la vuelta para retirarse de las vasijas y de la manguera en la que ellas echaban el agua y vio a Marlowe apoyado en la fachada de la casa, observando sin decir una palabra.

Y sin hacer ruido, como siempre.

Las mujeres tampoco parecían haberse dado cuenta hasta aquel momento. Una de ellas enseguida le dijo algo y a él pareció hacerle gracia. Y lo oyó responder en aquel mismo idioma que tan difícil era pillar una sola palabra suelta.

Marlowe la miró a ella y Mary Kate dio unos pasos hacia él.

—Dicen que solo ando con leones. —No despegaba su espalda de la fachada. Seguía en la misma postura, con los brazos cruzados y la cabeza levemente inclinada para mantenerle la mirada a ella—. Y que entonces tú podrías ser una leona. —Los ojos de Marlowe se dirigieron a su pelo, a un lado y a otro de la cara, y a la parte superior, que era lo que estaba peor—. Tu nombre ha confirmado sus sospechas. —El pecho de Marlowe se movió con la carcajada—. Y que eres muy guapa.

—*Kafwakka*. —Oyó a su espalda y Marlowe tuvo que sonreír.

—¿Eso significa guapa? —preguntó ella mirando de nuevo a Marlowe.

—No. Es el nombre de la protagonista de un antiguo cuento del poblado. *Kafwakka* era una leona que a veces aparecía como una mujer de pelo rubio, tan claro como el de los leones.

Mary Kate frunció el ceño. Las mujeres volvieron a reír.

—Ahora ríen porque no ven a Maya y tienes heridas en los codos. —Marlowe bajó la mirada hasta los pantalones de algodón claro de Mary Kate—. Y sangre en el pantalón —añadió

Marlowe y Mary Kate se tapó la boca con la mano mirándose la rodilla. La sangre habría brotado de noche y ahora tenía una pequeña mancha seca a la altura de la rodilla—. Oyeron a las hienas ayer. Y a la leona.

La joven dio unos pasos hacia la esquina de la casa para volver dentro y cambiarse. Se giró para despedirse de las mujeres con la mano. Lenguaje universal y absoluto, recibió un adiós en ingles esa vez, no muy bien pronunciado, pero entendible.

—Una mujer león. —Ella misma tuvo que encoger el estómago para contrarrestar la carcajada. Tenía que reconocer que el asunto tenía su gracia.

—No. —Marlowe la seguía—. Una leona, que a veces se convertía en mujer. Dicen que la leona vio a uno de los cazadores de la tribu y se enamoró de él. Así que empezó a seguirlo por todas partes. Hasta que consiguió tomar forma de mujer para conquistarlo.

Mary Kate se detuvo, sintió el calor inmediato cuello arriba.

—¿Por eso se ríen? —preguntó. Marlowe no respondió, pero pudo comprobar que estaba aguantando la sonrisa.

Diossss, cuando se adula el ego de los hombres cómo crecen. Da igual cómo sean, no pueden hacer nada contra eso. Ese orgulloso varonil de «soy el que más hormonas tiene de la sabana…», les falta rugir como Turuc.

—Les hace gracia que Maya se haya podido convertir en mí para conquistarte. Conquistarte. Yo —dijo cogiendo el pomo de puerta de la casa—. Pues sería una pena que pensasen eso. —Tuvo que tirar con fuerza para abrirla, no sabía cómo el mono había sido capaz de abrirla con el tamaño que tenía—. Porque se les jodería el cuento.

Ni siquiera miró la expresión de Marlowe.

Estoy yo para aguantar un despliegue de orgullo de ningún tío. Ufff, es que me da hasta urticaria. Con lo que llevo soportado en Londres con el egocéntrico de Igory.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta.

Con que «Kafwakka». Siendo una leona y queriendo convertirse en humana, ¿por un tío? Y una mierda me iba yo a convertir en humana por un tío.

Dio una arcada.

Se quitó el pantalón de algodón. La rodilla tenía sangre seca, ya no creyó que sangrase más. La herida se estaba curando.

Se colocó una mallas.

Y ahora a hacer deporte, me cago en la hostia.

Sacudió la camiseta antes de ponérsela.

Encima que llevo el tiempo en el culo para diseñar el proyecto y adaptarme a esto, perderlo haciendo ejercicios.

No se imaginaba a Igory ni a ninguno de la productora allí y bajo aquellas condiciones y el

mando de Marlowe.

Se cambió las botas por las deportivas y salió fuera. La puerta estaba abierta, Marlowe aún no había entrado. Así que salió fuera a buscarlo.

Lo vio en la esquina de la casa hablando con una de las mujeres en aquel idioma que no entendía.

Cuando vayamos al pueblo me voy a descargar una app o algo que me enseñe y me traduzca.

Había una palabra que se repetía mucho en la voz de la mujer, «mamba». Mary Kate frunció el ceño y se acercó despacio a ellos.

La mujer paró de hablar y la miró.

—*Kafwakka* —dijo y comenzó a reír.

—No, Mary Kate Lyon —le respondió con tanta rapidez que vio a Marlowe girar la cabeza para reír. Pero su nombre no hacía más que aumentar la risa de la mujer.

La mujer señaló a Marlowe y mirando a Mary Kate, dijo algo en su idioma. Solo pudo entender la misma palabra, *«mamba»*.

—¿Qué es mamba? —preguntó y la mujer colocó la palma de la mano sobre la otra para abrirla y cerrarla dos veces.

El cocodrilo.

—¿Quieres que él atrape al mamba? —preguntó Mary Kate y la mujer asintió.

Marlowe la miró a ella.

—Quiere invitarte a su casa durante la próxima expedición —le dijo Marlowe—. Para que no estés aquí sola. Ya le he dicho que te quedarías en la p…

—No, no, no. —Hasta movió la mano en el aire para que Marlowe no acabase la frase—. Me quedo con ella. —Miró a la mujer—. Estaré encantada —sonrió—. Díselo, Marlowe.

Me gustan infinitamente más que las bestias que se pegan.

Marlowe tradujo su aceptación y la mujer sonrió aún más. Dijo algo que tampoco entendió.

—Dice que todos estarán encantados de recibir a la mujer león, amiga de Marlowe —tradujo él.

Pero no había escuchado su nombre en toda la frase y no creyó que se le hubiese ido algo tan familiar en medio de una barrunta de palabras que no reconocía.

—¿Cómo te llaman a ti? —preguntó intentando contener la risa.

—Ellos siempre me llaman *mwindaji*. —En cuanto lo vio girarse levemente estando la mirada de la mujer y de ella, intuyó lo que significaba aquel nombre.

—Cazador. —Tuvo que alzar la mirada, no era la mujer la que había dicho aquella palabra, sino Yuma.

Ahora voy entendiendo por qué les ha hecho tanta gracia la mujer león.

Miró de reojo a Marlowe.

—Con que *mwindaji* —dijo y las mujeres rieron. Y le estaba gustando la forma de reír que tenían, le recordaban a algo que le encantaba.

Unicornios.

En otro ámbito.

Una mujer llamó a la que hablaba con ellos y esta enseguida se dirigió hacia las vasijas. Ya las tenían todas llenas.

Mary Kate se acercó a Marlowe.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar con todo eso?

—Hora y media aproximadamente si no quieren atravesar el valle de las hienas ni bordear el río.

Mary Kate alzó las cejas y miró a Marlowe.

—¿Y por qué no las llevas en el coche?

Recibió una mirada tan directa de Laurence Marlowe que estuvo a punto de dar un paso atrás.

—Porque la carretera futurista que lleva hasta su poblado está cortada —respondió con un tono que rezumaba ironía—. Y tendría que coger por la otra, que tiene tantos baches que llegarían las vasijas vacías.

Mary Kate se dio la vuelta y sacudió la mano en el aire.

—Vale, vale, ya me he enterado.

—Una vez a la semana les hago llegar biombos, pero no son suficientes —añadió Marlowe —. Ellos se abastecen muy bien con el río, pero es un lugar que suele plagarse de cocodrilos cada dos por tres.

Mary Kate se detuvo.

—¿Y no hay manera de llevarles un abastecimiento definitivo? —preguntó mientras él la rebasaba hacia la parte trasera de la casa.

—La hay, y es la razón por la que acepté ese proyecto de las narices. —Aquella frase sonó a rugido.

Lo observó sin avanzar un ápice mientras él seguía adelante, algo en su pecho pareció desplegarse produciéndole una cierta ligereza. Y esa vez no era por Maya, por las hienas ni mucho menos por el recuerdo de Igory o los Ramson.

Por eso firmó.

Para obtener el dinero de llevarle un agua definitiva a aquella gente sin que les supusiera ningún peligro.

Miró tras ella, las mujeres ya se iban. Avanzaban con aquellos cántaros enormes mientras los niños corrían delante.

Y la ligereza aumentó en su cuerpo con aquella imagen.

Había firmado sin tener ni idea, sin hacerse la más remota idea de todo lo que conllevaba en todos los sentidos. No solo era el apoyo de su padre, la financiación de los Misters o las unicornios, o de la decepción en otros si no lo conseguía.

Cogió aire y lo contuvo.

Lo que Marlowe acababa de ponerle sobre los hombros pesaba más que un león. Y el peso enorme hizo que le brillasen los ojos y las mujeres y los cántaros se emborronasen levemente. Tuvo que tragar saliva.

—¡Mary Kate Lyon! —Se enderezó en cuanto lo escuchó. Debían haber temblado hasta las hojas de los árboles.

Echó una mirada hacia la puerta, de nuevo encajada, solo esperaba que el mono se mantuviese lejos.

—¡Voy! —Dio un leve trote y llegó hasta la puerta de atrás.

Había una contracción, como una especie de almacén adherido a la parte de atrás de la casa con una puerta doble de chapa, cerrada con una cadena que Marlowe estaba abriendo y dejaba caer en el suelo.

Un terreno cercado y varios palos que le recordaban a los que solían poner en los parques para que los jóvenes se colgasen a hacer ejercicios. Reconoció varios de los dibujos de Marlowe.

Dio pasos hacia el que tenía más cerca.

—Tengo que colgarme en este hoy, ¿no? —Era tan ancho que aunque lo llegase a alcanzar, no podría agarrarlo.

Fue girando sobre sí misma y siguió mirando cada construcción de troncos y cuerdas, pudiendo reconocer más dibujos. Saltar, escalar, marinear sobre troncos, encaramarse a sitios.

He visto clases avanzadas de gym más livianas.

Resopló. Y eso era lo que le esperaba cada mañana. Ya iba entendiendo lo del primer desayuno. No sabía la hora en la que tendría el segundo, pero estaba segura de que se comería a Marlowe por los pies después de un rato allí.

Él había acabado de abrir el almacén, lo de dentro era un gimnasio convencional y escueto.

Los músculos no venían del aire, claro.

Y si pensaba atrapar a un cocodrilo no podría dejar de ir mucho, aunque no sabía hasta qué punto una preparación física y toneladas de comida irían a servirle frente a un cocodrilo.

A mí desde luego contra un león no.

Saltó e intentó agarrarse al tronco, pero sus manos resbalaron en cuanto lo rozó.

Esto va a ser de cojones.

Se miró las manos. No le durarían mucho en aquel estado impoluto.

13

Ahogada, derrotada, chorreando en sudor, dolorida, de nuevo magullada y con el sol ya dándole de pleno. Marlowe ya había acabado con lo suyo, pero no le había perdonado ni una sola vuelta al circuito.

No era capaz de alzarse agarrada al tronco, así que tenía que permanecer simplemente agarrada con el cuerpo colgando. Algo sumamente difícil y que le había hecho varias heridas.

Había varios troncos, unos verticales y otro horizontales, en distinta altura. En los altos se tenía que colgar, en los verticales encaramarse y quedarse quieta, en los bajos atravesarlos guardando el equilibro. Había sitios para meterse y hacer flexiones, otros para hacer sentadillas…

Volvía a dolerle hasta el alma. Y sus nuevas heridas.

La pintura de uñas había comenzado a descascarillarse y podía notar los bordes negros de la mierda que estaba acumulando debajo.

Se rascó el cuello, las picaduras tampoco ayudaban. Eso sin contar los siseos de algunos insectos que habían estado a punto de dejarla caer varias veces.

Esto es una brutalidad.

Suspiró y se dejó caer del último tronco.

Mañana no me voy a poder ni mover.

Había un barreño de agua en la puerta metálica que Marlowe había cerrado con cadenas de nuevo. Se lo había dejado allí por si necesitaba echarse agua en la cara y ya lo tenía casi vacío. Así que cogió en peso el cubo y se lo echó encima.

El nudo que se había hecho en el pelo se deshizo por completo con el agua tibia. Pero hasta tibia la agradecía por la espalda. Se encogió mientras se le erizaba el vello.

Llevó el barreño con ella hasta la casa. Seguía jadeando y por el calor supuso que tendría la cara encendida.

Rodeó la casa hasta el otro lado, donde estaba la manguera de la que habían cogido el agua las mujeres de la tribu y se inclinó en el suelo. Necesitaba más agua en la espalda.

Se acuclilló en el suelo, apoyando la rodilla, que de tan dolorida por todas partes ni la sentía como la noche anterior y se llevó la manguera hasta la cabeza, presionando el botón.

Cerró los ojos. Mientras más agua caía por su cabeza espalda abajo, el vello se le erizó aún más.

Abrió los ojos y encontró a Marlowe en pie frente a ella.

—Señorita Lyon —dijo—. ¿Puedes mirarme un momento?

Pero ya lo estaba mirando, no entendía mucho qué le quería decir. Quizás él quería ver algo en su cara.

Marlowe se inclinó hacia ella. Se había cambiado la camiseta blanca por una en tono más marrón. Pero a aquel color de piel, pelo y ojos le quedaría bien cualquier color.

—Sigue mirándome. —Le puso dos dedos en la barbilla para levantársela—. Ahí, justo ahí.

Y fijó sus ojos en los intensos y transparentes de Marlowe, en los que al sol, una vez más, pudo verse reflejada con una perspectiva redondeada. Marlowe se inclinó aún más. Lo tenía tan cerca que tuvo que contener la respiración para no echarle el aliento de su jadeo.

Y pudo ver las motas de colores que se arremolinaban en sus iris y que le daban aquel color ambiguo entre el verde agua y el azul claro. Un espectáculo para la vista de los que adoraban el contraste de colores, y estaba comprobando que con el contacto de sus dedos en su barbilla el espectáculo era aún más intenso.

—Y no te muevas —añadió Marlowe. Sus palabras hicieron que su cuerpo se bloquease de inmediato.

Otra vez.

No se movió ni para coger el aire, seguía aguantándolo. Como también aguantaba la mirada de los ojos de Marlowe a pocos centímetros de los suyos, y aunque no sabía lo que tenía tras ella, lo que tenía delante tampoco era poca cosa.

Fue rápido, tan rápido que apenas pudo ver a qué le había dado en el aire con la bota, a la altura de la sien de Mary Kate. Ella enseguida giró la cabeza y miró al suelo. El cuerpo de la serpiente se levantaba erizado del suelo, pero la bota de Marlowe le impedía levantar la cabeza.

Mary Kate se llevó la mano a la boca.

Él se agachó y cogió al animal en un movimiento rápido a la vez que levantaba la suela de su cuerpo y lo lanzaba en el aire lejos.

Dios bendito.

La miró de reojo.

Otra vez me hubiese mandado un bicho al hospital.

—No hay mucha agua por aquí, tampoco para ellas. Tenlo en cuenta cada vez que te acerques a la manguera —le dijo con la misma tranquilidad del que ha lanzado una pelota de golf en vez de una serpiente, seguramente venenosa—. Suelen andar por este lado de la casa. Por eso esas mujeres llevaban las varas de metal.

Mary Kate dejó caer la cabeza hacia delante, aún no se había recuperado del ejercicio, ahora sí que no se sentía capaz de mover las piernas ni siquiera para levantarse.

Y él parecía saberlo, porque dejó caer su mano al lado de ella para que se agarrase. Miró la mano de Marlowe un instante, la pocas veces que lo había agarrado imaginaba que la suya se perdía dentro de la de él, pero esa vez tenía la oportunidad de verlo de cerca.

Lo agarró y de manera inmediata sintió la presión del agarre de él. Y la sensación de saber que él no la soltaría en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, llegó hasta ella. Apretó la mano de Marlowe también, acababa de salvarle una vez más. Se puso en pie.

Volvía a tener la cara de Marlowe a la distancia de siempre, justo la que separaba la diferencia de estatura, pero una vez vistos sus ojos de cerca, podía notar también las motas verdes y azules a media distancia. Ya conocía sus formas.

—El segundo desayuno me va a dar una indigestión —le dijo y él tuvo que contener la sonrisa.

Por unos motivos u otros, ya estaba acostumbrada a vivir con un nudo dentro que le apretase el estómago. No era una sensación extraña para ella. Como tampoco lo era la ligereza del miedo en el cuerpo ni las punzadas en el pecho.

Dio unos pasos hacia la casa.

—Si me dices lo que es, puedo prepararlo yo —añadió. Y se detuvo un instante. Se había dejado atrás su mano agarrada a la de Marlowe y casi lo había arrastrado con ella para que la siguiese. Lo soltó enseguida con un ligero bochorno.

Estuvo a punto de disculparse. Pero no lo hizo, porque al bajar la mirada hacia su propia camiseta su mente quedó en blanco de inmediato. Se apresuró a despegársela del cuerpo. Aquel sujetador deportivo de algodón no tenía absolutamente ningún tipo de relleno que le cubriese los pezones, y entre el agua y la tensión de la serpiente, los tenía para colgar toallas.

—Puedes ducharte si quieres. —Lo oyó decir mientras se adelantaba hacia la casa, quizás en un gesto cordial para aminorarle el bochorno de la camiseta.

O porque ni siquiera le interesa verlo.

Tampoco lo culpaba. Era una joven en ruinas, su atractivo se fue por el váter poco a poco a medida que su mal estado con Igory avanzaba. Y aunque en Londres era capaz de emborronar su verdadera imagen, entre ropa de diseño, tacones y maquillaje, ahora quedaba solo ella. Su estado natural y lamentable.

No era capaz de soltarse la camiseta y no quería quedarse allí sola con la posibilidad de más serpientes. El deseo de dar un paseo por los alrededores de la casa se difuminó de inmediato. Separarse de Marlowe no era buena idea.

Miró el biombo, estaba a menos de la mitad y recordó aquellas risueñas mujeres, a los niños correteando, y la chiquilla del dedo en la boca y su hermoso pelo de rizos encrespados. Aquella agua no le pertenecía.

—No hay agua para tantas duchas. —Seguía sujetándose la camiseta y atravesó el salón para llegar al dormitorio.

—Hay una forma, pero quizás no te guste. —Lo oyó decir desde el dormitorio y aun sin soltar la camiseta, aunque no estaba a la vista de Marlowe, levantó la cabeza para seguir

escuchando. Pero él no dijo nada más.

—¿Por qué no va a gustarme? —Ya comenzaba a convencerse de hacer sus necesidades en los alrededores, aunque la serpiente le había truncado los planes. Sus gustos estaban pasando a un segundo plano a medida que pasaban las horas.

—Porque es al aire libre y no podrás usar tus maravillosos jabones que abultan el pelo —respondió Marlowe y Mary Kate se puso el dedo en los orificios de la nariz para que no se oyese su risa.

Esperó a acabar de reír antes de hablar.

—¿Serpientes?

—A veces, pero babosas seguro. Muchas, por cierto.

Ni loca, vamos.

Arrugó la nariz al oírlo.

—Sin jabón —dijo y arrugó más la nariz. A ver cómo se quitaba la mierda sin jabón.

Se llevó la mano a la cara.

Cuando tenga la regla me voy a morir del asco.

—La otra opción es el hostal —añadió Marlowe.

Oooootra vez con el puto hostal. ¿Qué pasa? ¿Tienes ganas de ver a la Fendy?

Se sacó la camiseta del cuerpo y se quitó el sujetador sin ni siquiera cerrar la puerta. Marlowe estaba en el salón, no podía verla.

—¿Y qué hacen las babosas? —Se secó con una de las toallas y cogió otro sujetador.

—Desprender ese flujo mucoso que hace que se peguen a todo.

—¿Nada más? —Lo imaginaba peor.

—Nada más.

Pues me quedo con las babosas y tú sin Miss Fendy.

—Acepto.

—Pienso que el hostal es mejor opción. —Lo oyó decir mientras se quitaba los pantalones.

Mejor opción, claro. Pobre Marlowe. Yo dándome una ducha con jabón y sin babosas ni serpientes de agua mientras que tú…

—Y tampoco sé si tendremos que llevar a Maya al pueblo.

Se abrochaba el pantalón de bolsillos, los mismos pantalones anchos que solía llevar él, pero varias tallas menos. Aunque a ella le quedaban especialmente anchos, un cinturón elástico lo arreglaba en parte.

—¿La has visto hoy?

—No, no sé dónde está.

Se sentó en la cama para cambiarse los calcetines.

—¿En qué estado suelen llegarte los leones? —Los sacudió y los puso junto con la ropa de

deporte sucia en el suelo—. No los he visto aún, pero supongo que voy a ver solo la parte buena.

—Me han llegado en muchas circunstancias, por lo general suelen llegar en los huesos, a veces enfermos o maltratados, sin mucha identidad, con inseguridad, debilidad y con los instintos anulados. —Escuchó mientras metía el pie en la bota—. Esa es la parte más difícil de este trabajo. Puedes curar a un animal, enseñarlo a alimentarse… pero es más difícil que el león vuelva a ser lo que es. Perder esos atributos va en contra de la naturaleza. Un león salvaje puede enfermar, herirse o debilitarse, pero también pueden superar todo eso ellos solos.

Tiró de las cuerdas de las botas mientras seguía escuchándolo.

—Cuando un león se pierde siempre es culpa de la mano humana. Una mano que cambia sus condiciones y hace dormir al león, o una mano que lo pisa y lo golpea hasta que desaparece. De una forma u otra, el león ya no está.

—¿Y todos tienen solución? —Amarraba la otra bota.

—Al principio, los primeros años, tuve un par de casos que no logré solucionar y tuve que llevarlos a otras reservas. Hay leones que suelen ir dando tumbos entre cuidadores sin encajar en ninguna parte. No te voy a engañar, hay leones que son irrecuperables, también depende mucho de la edad y las circunstancias. Pero el tiempo y ellos, hasta en los casos en los que he fracasado, me han ido enseñando y ahora estoy convencido, absolutamente convencido, de que mientras el león esté dormido ahí dentro, por mucho que se les haya golpeado y pisado para que desaparezca… —Se puso en pie, la voz de Marlowe había acabado de calmar sus pulsaciones y su respiración—. En cuanto se les da la oportunidad de ser lo que son —llegó hasta el salón mientras Marlowe continuaba y dirigió los ojos hacia ella—, tarde o temprano la bestia siempre sale.

Mary Kate notó cómo el vello se le erizaba levemente espalda arriba.

—¿Y Maya en qué estado está? —Día y medio y aún no se acostumbraba a su mirada, ni a centímetros de sus ojos ni a media distancia.

—Muy mal. —Fue rotundo.

—¿Su león está dormido? ¿O es que ya no lo tiene?

Y a él pareció gustarle esa pregunta.

—A simple vista parece que no lo tiene. —Marlowe giró el cuerpo hacia la cocina sin dejar de mirarla—. Ese apego sin sentido y… su forma de actuar inconsciente de los peligros de los que luego hay que sacarla. No lo tiene, eso te diría Bruce o cualquier otro que la viese. —Marlowe dejó de mirarla para abrir la puerta de uno de los muebles. Y Mary Kate juraría que acababa de contener la risa—. Pero yo llevo demasiado tiempo entre leones.

Ella se acuclilló en el suelo frente al mueble para ayudarle a coger las cosas. Allí había fruta y algo envuelto en una tela. Parecía una hogaza enorme de pan. La cogió. Tenía que reconocer que unas rodajas de aquel pan, estuviese blando o duro, le apetecían.

—¿Hay mantequilla?

—Ahí dentro. —Le señaló la nevera.

Me acaba de hacer reina.

Claudia solía hacerles tostadas con mantequilla para desayunar cuando eran pequeñas. Aún las desayunaba si iba a la casa Lyon.

Allí no había tostadora, ni le hacía falta. Cogió una parrilla plana y la puso en la diminuta cocina eléctrica para que se calentase mientras desenvolvía el pan.

Abrió el cajón de los cubiertos, no había visto un cajón de cocina con menos cubiertos y más chismes que nada tenían que ver con la cocina en toda su vida. Cogió un cuchillo que parecía estar afilado.

Vio que Marlowe la miraba de reojo.

—Entonces tienes que hacer que Maya recupere su león e integrarla en la manada, ¿no? —Hundió el cuchillo en la corteza del pan.

—Algo así. —Se veía que Marlowe no podía evitarlo, agarró el mango del cuchillo enseguida, como si ella se fuese a cortar haciendo la rebanada.

Mary Kate movió el codo para apartarlo con él y cortó la primera rebanada y la puso sobre la parrilla. Se dispuso a cortar una segunda, el olor a tostado no tardó en llegar.

Y el olor hizo que la sensación confortable de la casa Lyon llegase hasta su cuerpo. Puso una segunda rebanada en la parrilla y volvió a cortar otra.

—Mali o Turuc —dijo pinchando la primera tostada para que no se quemase, y sacándola para ponerla en un plato.

Cortó dos más.

Yo voy a comerme dos. ¿Él tendrá bastante con tres?

Cortó una más.

Yo dos. Él cuatro.

—Ya te dije anoche que con Mali. Siempre me ha sido más fácil integrar a los leones con Mali que con Turuc.

—No me refiero a lo que sea más fácil con Maya. ¿Dónde la enviarías tú si la aceptasen?

—Por edad y por cercanía así, con Turuc.

Era algo que sospechaba y no sabía por qué.

Marlowe puso el plato en el aire y cerca de la parrilla para acortarle el recorrido al sacar las tostadas.

—A Mali le debo muchas facilidades con mi trabajo. —Esperó a que Mary Kate echase la última y se llevó el plato a la mesa mientras ella apagaba la cocina—. Es un león veterano, con un carácter muy distinto a Turuc. Y a pesar de conservar todos sus instintos no le incomoda la presencia humana cuando se la impongo —Marlowe sonrió—. Es a su manada donde suelo

llevar a mis amigos. Y a donde irás tú también.

—¿Ellos no han visto a Turuc? —Acercó la jarra de agua. Pensaba beberse la mitad ya que se había asentado el calor del ejercicio. Notaba seco hasta el esternón.

—Sí, pero no suele salir bien.

Mary Kate hizo una mueca antes de sentarse.

¿Miss Fendy entra dentro de «amigos»?

—Conservan las cabezas, no será para tanto —respondió y Marlowe la miró enseguida. Quizás no esperaba su ironía.

—¿Tienes una idea de lo que pesa Turuc?

La joven alzó las cejas.

—Es de los leones más grandes que he visto y llevo centenas —añadió Marlowe—. Solo he tenido uno más grande.

Lo miró de reojo enseguida.

—¿Y dónde está?

—Murió en la otra reserva. —Él ni siquiera la miró. Untaba con mantequilla la tostada—. ¿A esto no le echas nada más?

—A veces jamón ibérico, pero no creo que haya por aquí.

Al nombrarlo la boca se le hizo agua y a su cabeza llegó la imagen del jamón oscurito y brillante en el plato. Aún quedaban varias semanas para Navidad. En el próximo mensaje a su padre, en cuanto tuviese línea, sería lo primero que pediría, jamón en cuanto volviese a casa.

—¿No lo has probado nunca? —Al ver que Marlowe no había reaccionado lo supuso.

—Alguna vez, supongo.

No, si lo hubieses probado alguna vez no lo supondrías.

El salive aumentó y las ganas lo hicieron aún más. La tostada con mantequilla pasó a ser algo liviano con poco más sabor que el cartón.

—¿Cómo murió? —Dirigió de nuevo los ojos hacia él.

—Llegaron dos leones forasteros —respondió él—. Murieron Artax, tres leonas y todos los cachorros.

—Lo siento.

—Como te dije anoche, viven completamente salvajes y libres, con todo lo que conlleva.

Se hizo el silencio absoluto y Mary Kate notó la tensión en su propio cuerpo. Lo miró de reojo de nuevo. Esa vez él no tenía que reprenderle para que comiese, lo estaba haciendo sola. Y desde hacía mucho tiempo lo estaba haciendo con algo de hambre. No mucha, pero sí hambre. Algo que ya ni recordaba.

—¿No estabas allí? —Sabía que no debía preguntar, pero la curiosidad le pudo. Una curiosidad alimentada por aquel silencio.

—Estaba a una distancia menor que la que me separa de Turuc. —Marlowe cogió su última tostada—. Pero cuando llega un momento así, aunque quieras interferir, no sirve para nada.

La joven lo miró en silencio un instante. La curiosidad aumentaba, pero presentía que había preguntado demasiado. Bien sabía que había asuntos que solo debían ser escuchados cuando no se preguntaba por ellos.

Y a pesar de mantener la tranquilidad y el temple seguro de siempre, estaba comprobando que Marlowe no estaba cómodo hablando de aquello.

—¿Aquí puede pasar? Con Mali o con Turuc. —Ya se estaba acabando el segundo desayuno. Casi sin darse cuenta y con ganas de comer. Todo un logro en su miserable estado.

—Pensaba que no, hay un río que los separa del resto de las tierras y es muy difícil que un león pueda atravesarlo sin ahogarse. —Marlowe había acabado y se dejó caer en el respaldo de la silla—. Pero ha aparecido Maya, que es una leona inofensiva, así que pueden aparecer machos.

Mary Kate ladeó la cabeza, la aparición de Maya quizás pudo haber truncado en parte los pensamientos de Marlowe.

—¿Por eso los trajiste aquí? —dijo ella y no sonó del todo a pregunta. Era simplemente una deducción de sus propios pensamientos.

No creyó que por mucho que Marlowe tuviese interiorizado eso de que los leones eran libres y salvajes, hubiese recibido como si nada la muerte de uno de sus machos principales, tres leonas y no sabía cuántos cachorros.

Por supuesto que no.

Marlowe se levantó con un gesto rápido y ágil.

—¿Preparada para tu primer contacto con un león? —preguntó cogiendo su plato y dejándolo en el fregadero.

—¿Ya? —Ella se giró en la silla y apoyó el brazo en el respaldo.

Y lo vio contener la sonrisa.

—Y después iremos al lago de babosas. Está de camino —añadió y ella hizo una mueca.

La joven se puso en pie y recogió su plato y su vaso.

—¿Y Maya? —No había aparecido, según Marlowe.

—No suele ser muy necesario buscarla —respondió Marlowe saliendo fuera.

Mary Kate limpió las migas de pan de los platos y los dejó en el escurridor, donde se había fijado que solía dejarlo Marlowe. Los vasos eran solo de agua, así que los dejó a un lado junto a la jarra.

Higiene mínima.

Al menos de momento.

Sí tuvo que usar el jabón y el agua para limpiar el cuchillo de untar la mantequilla. Se esmeró en hacerlo fugaz sin despedir ni una gota de agua. Después de haber visto a aquellas mujeres

andar durante hora y media para recoger el agua, en su cabeza el agua había pasado a ser un bien de un valor supremo.

—¿Lista? —Encontró la espalda de Marlowe en el umbral de la puerta.

Ella echó a correr hacia su habitación a por la mochila que preparó la noche anterior con un par de cámaras y algún trípode. Metió una toalla y ropa limpia.

—Lista. —La mochila pesaba, solo esperaba no tener que andar mucho cargando con ella.

—Pues vamos. —Fue un alivio verlo dirigirse hacia el coche.

14

Marlowe detuvo el coche y desde allí ya se podía ver una especie de estanque pegado a una pared de roca de donde emanaba agua en medio de la vegetación.

Bañarme aquí en medio, madre mía.

—Deja tu ropa sobre alguna roca y luego la sacudes antes de ponértela —dijo él.

Buff, esa frase no da mucha confianza.

Bajó del coche y comenzó a andar dirección al agua, mirando tras de sí de reojo para ver qué era lo que iba a hacer Marlowe.

Esto es un problema, porque no quiero que me vea, pero tampoco quiero que se aleje demasiado.

—¿Vas a bañarte también? —preguntó alzando la voz.

—Si lo que quieres saber es si voy a mirarte. No, no voy a mirarte —respondió él.

Mary Kate soltó la mochila en una roca y se giró hacia el coche.

—Solo quiero saber si vas a bañarte. —Abrió la mochila.

—Sí, voy a bañarme. —Lo vio coger la tela con la que le había cubierto las piernas la tarde anterior en el coche—. Entraré por el otro lado de esa roca de ahí, para tu tranquilidad.

Mary Kate miró el estanque. Había una parte más boscosa en la que las rocas invadían el agua. Tras ellas no podría ver a Marlowe ni él a ella. O quizás sí.

Volvió a mirar al coche, pero ya no lo veía a Marlowe.

—¡Marlowe! —gritó.

—Qué. —Se sobresaltó al tenerlo tras la espalda. Se dio media vuelta de inmediato.

—¿Y si encuentro una serpiente?

—Voy a estar en el agua, a unos metros —respondió él levantando la mochila de Mary Kate y mirando debajo—. Sacude bien la toalla y la ropa.

Que lo volviese a repetir aumentó la desconfianza.

Quizás llevaba razón y hubiese sido mejor el hostal.

Suspiró mientras él se adelantaba y se alejaba hacia las rocas que bordeaban el estanque.

—En esta parte hay un hueco, te será más fácil entrar al agua —dijo sin detenerse.

Verlo alejarse de ella en medio de aquel silencio hizo que la ligereza de sus piernas regresase de una manera extraña. Hubiese preferido tenerlo allí junto a la mochila, de espaldas mientras ella se bañaba.

—¿Y si espero a que salgas? —Se mordió el labio al preguntarlo.

—Perderíamos tiempo. —Fue su respuesta.

Miró las rocas que bordeaban el estanque y resopló. Aquella parte era muy diferente a la que rodeaba la casa, estaban alejados de las tierras, eso era evidente, y podía notarlo hasta en la vegetación.

Se quitó la camiseta y la dejó sobre la mochila. Desnudarse en medio de la soledad de una especie de jungla de una belleza natural y llamativa no era tan fascinante como podría haber imaginado en su mente londinense.

Daba vergüenza e inseguridad, algo similar a desnudarse en una calle paralela y solitaria de cualquier lugar, con la sensación de que alguien pudiese aparecer en cualquier momento.

Se desabrochó el pantalón. Casi podría caerle sin tener que ayudar a bajarlo. Y eso que era una talla mínima. Había partes de su cuerpo que con el tiempo y si se miraba bien, ni siquiera reconocía.

Una de ellas era la cadera, aquel hueso prominente bajo el elástico de las bragas, junto a una hondonada, como si todo lo que había dentro de la piel se hubiese consumido.

Aunque la escultura de tío Damon pudiese parecer una fantasía absoluta, aquel hueso, la hondonada, las costillas y hasta las rodillas sobresalientes en medio de dos piernas extremadamente delgadas le recordaban demasiado a la princesa de las pesadillas.

Contuvo la respiración. La princesa de las pesadillas no era ninguna fantasía, era real. Y nunca fue consciente de lo fácil que podía ser convertirse en ella, aunque la primera vez que la vio le diese escalofríos y le pareciese una exageración.

Los ojos se le llenaron enseguida. Regresaba la vergüenza y la culpa y aquel malestar infinito que de inmediato le contrajo el estómago, aún lleno con el desayuno. Tragó saliva, no podía permitir que el malestar le llegase hasta la garganta.

Volvió a mirarse mientas se quitaba el sujetador. La parte artificial de su cuerpo era lo único que había sobrevivido a la degradación y a la ruina. Un motivo más para abochornarse y para sentirse culpable. Un parche, un remedio para disimular lo que había dentro de ella. Un remolino absoluto de pesadillas.

Era una suerte que Marlowe estuviese al otro lado de la roca. La vergüenza de la desnudez pasaba a un segundo plano. Le avergonzaba su desnudez, en concreto la suya. Que nadie viese con sus propios ojos en el verdadero estado en el que se encontraba.

Se limpió las lágrimas del ojo derecho y metió los pies de nuevo en las botas para acercarse al agua, no creyó que fuese buena idea andar unos metros descalza por allí.

Se descalzó y entró en el agua. No se había quitado las bragas, no sabía bien la razón, pero quitárselas aumentaba su inseguridad, como si aquel algodón fino pudiera salvarla de una picadura o algún bicho. Pero no se planteaba tener los genitales al aire de ninguna manera.

Agua fresca a pesar de estar en aquel lugar caluroso. Y por suerte, tan clara que se podía ver los pies y cualquier cosa que se pudiese acercar a ella.

No veía babosas, pero también podrían tener el color transparente del agua. De todos modos no pensaba demorarse en el baño, cuanto antes se vistiese y regresase con Marlowe, mejor.

Se inclinó en el suelo para que el agua le cubriese más, se mojó el pelo y la cara con las manos, y hundió las axilas en el agua. No tuvo valor para sumergirse por completo.

Ni siquiera había sido capaz de entrar en el agua mucho más que un metro desde las rocas.

Se puso en pie y salió del agua. La sensación arenosa en el pie mojado era un tanto desagradable. Aún más ponerse los calcetines y las botas sin secarse los pies, y con el agua chorreando por las piernas.

Sacudió la toalla varias veces, la miró por ambas partes y cuando comprobó que estaba vacía, se la envolvió. Miró hacia la pared de rocas tras la que estaría Marlowe, no se escuchaba nada, como si no estuviese allí.

—¡Marlowe! —dijo alzando la voz—. Ya estoy fuera, voy a vestirme.

Pero no obtuvo respuesta y el bochorno de ser tan lamentable la invadió por completo.

Se puso unas bragas secas y el sujetador. Y se apresuró a colocarse los pantalones y las botas de nuevo.

Tiró del cinturón elástico y el pantalón se ajustó a su diminuta cintura pegada a sus costillas.

Y oyó un sonido similar a un sorbido de nariz.

Las piernas se le flexionaron de inmediato mientras se giraba para mirar.

—¡Marlowe! —lo llamó con un grito tan agudo, que hasta la voz le falló y acabó su nombre con un gallo.

Era enorme y oscuro y estaba encogido en una de las rocas del estanque. Con su grito, el gorila se irguió y la miró.

—¡Marlowe! —otro grito similar. Dejó caer la toalla en el suelo y echó a correr hacia las rocas altas, donde tendría que estar él.

Podría ser la carrera más rápida de su vida, donde las botas y su propio cuerpo parecían no pesar absolutamente nada.

En cuanto rebasó las rocas vio a Marlowe inclinado en el suelo, que se puso en pie de inmediato desnudo, o casi. Sí llevaba ropa interior.

Y ella se impulsó en un salto sobre él. Apoyó las manos en uno de sus hombros y abrió las rodillas para encajar el lateral de la cintura de Marlowe entre ellas. Encaramándose a él como si fuese uno de aquellos postes en los que la había hecho practicar aquella mañana. Ninguna de las veces lo había hecho con tanta soltura y seguridad. También era que ninguna de las veces había un gorila enorme a unos metros de ella.

No fue consciente de que no llevaba camiseta sobre el sujetador hasta que su pecho derecho, bien sobresaliente del triángulo de algodón, chocase contra la mandíbula de Marlowe.

Qué. Vergüenza.

Una vergüenza que no llegaría plena a ella hasta que pasase el pánico por el gorila. Nunca los imaginó tan sumamente grandes.

No creyó que un *tetazo* en la cara lo hiciese desestabilizarse un ápice, tampoco el peso de su cuerpo encaramado a él. Recibió su mirada de reojo.

Él aún estaba mojado, pero eso no la hizo resbalar. Apretó las rodillas alrededor de él.

—Un gorila —se apresuró a decirle—. ¡Ahí!

Se giró para señalar y rodeando la roca encontró a la doctora Bruce con una visera en mitad de su alborotado pelo. Que se detuvo de inmediato cuando los vio.

Ahora sí. Qué. Vergüenza.

Se apoyó en el hombro de Marlowe para bajarse de su cuerpo y con disimulo lo dejó delante de ella, escondiéndose tras su espalda de la mirada de Bruce.

Encima parecerá otra cosa. Me va a coger la otra fiera y me va a arrastrar por la reserva.

—¿Has abierto la cerca? —Oyó a Marlowe preguntarle a Bruce.

—Lo siento, estaba probando. Podrías haberme avisado de que vendrías por aquí —respondió ella—. ¿Os ha hecho algo?

—No. —Marlowe se giró para mirarla a ella y Mary Kate alzó los ojos intentando soportar el bochorno.

—Voy a intentar alejarlo. —Bruce se metió de nuevo tras la roca.

Mary Kate se llevó una mano a la sien, Marlowe seguía mirándola.

—Lo siento. —No sabía qué decir.

—Correr gritando así es una barbaridad, ¿lo sabes?

—Supongo, sí. —Y el bochorno por estar en sujetador llegó. Se puso las manos por delante del pecho para cubrirlo.

Marlowe se inclinó enseguida para recoger su camiseta y se la dejó caer para que se tapase con ella.

—Gracias —le dijo y la verdad era que le agradecía el gesto sobremanera.

Bajó los ojos al suelo, donde estaban las botas y el pantalón de Marlowe, é ya lo recogía. No quería detenerse mucho en él, podría considerarse una falta de respeto ante su escasez de ropa. Pero sus ojos se dirigieron enseguida a la parte alta de uno de los muslos de Marlowe.

Tuvo que entreabrir la boca para respirar.

En medio de aquel amasijo de músculos que se apreciaban, desde el principio hasta el final, encontró una hondonada de distinto color que el resto de su piel. Una cicatriz enorme formada para rellenar un hueco, piel y músculo desaparecidos quizás. O arrancada. Del tamaño de la palma de una mano o más.

Quedó inmóvil y apartó la mirada de él enseguida.

Le han mordido.

Y no un mordisco ligero precisamente. Para formar aquel desastre en una pierna firme, tendrían que haberlo desgarrado por completo. No era la única marca que ahora era capaz de verle, pero quizás eclipsaba todas las demás.

Marlowe ya se había subido los pantalones y la cicatriz quedó cubierta.

—¿Fue un cocodrilo? —preguntó mientras él se abrochaba.

—Fue un león —respondió.

Ella cogió aire y lo contuvo. No quería ni imaginarse un mordisco semejante.

—Salvajes con todo lo que eso con lleva —repitió las palabras de Marlowe, cada vez tenían más sentido.

Y cada vez le daba más miedo. Siguió a Marlowe para rodear la piedra. Vio que Bruce salía de entre unos árboles para acercarse a ellos.

—Lo siento, de verdad —dijo Bruce uniendo sus manos delante.

Mary Kate se dirigió a la roca donde tenía la mochila. Necesitaba al menos colocarse la camiseta para poder pronunciar palabra.

La sacudió y se la metió por la cabeza con rapidez, pero esta se atoró enrollada.

Es que no doy una.

—Miss Lyon, ¿cómo está siendo tu experiencia? —La oyó preguntar.

—Es mi segundo día. —Pudo sacar la cabeza y meter los brazos—. Pero punta a ser…

No esperaba tan cerca a Bruce, su cuerpo dio un respingo.

Un sobresalto continuo.

—Aun así supongo que todo lo que te esté enseñando Laurence Marlowe esté resultando ser interesante.

Mary Kate alzó las cejas ante tal despliegue de ironía.

—¡Bruce! —la llamó Marlowe—. Deja ese tono, que no viene a las circunstancias.

Bruce miró a Marlowe un instante.

—Pues me alegra oírlo porque… —Se retiró el pelo para que viese el resultado de las garras de Miss Fendy—. Ya puedes ver el resultado cuando te acercas al león. —Le hizo un gesto a Mary Kate con la cabeza —. Os recomiendo que aun así, no acerquéis a Olivia a las circunstancias.

Tú también le pegaste.

Fendy también estaría señalada. Ya no recordaba bien cómo empezaron ni quién. Pero las dos se dieron para el pelo.

Y van a darme a mí como me descuide. Aquí ni entre humanos parecer haber nada seguro.

Bruce era una mujer, no un animal. Si no había gritado y echado a correr a encaramarse a Marlowe como con el gorila, era porque llevaba junto a humanos toda la vida, pero la sensación de su presencia era muy similar a la inseguridad de estar a unos metros de un gorila o de Maya.

Y no saber por dónde iba a salir su reacción o su lengua.

—¿Ya os vais?

—Vamos al territorio de Mali, ¿has visto a Maya por aquí?

—No, hubiese sabido que estabas cerca —respondió Bruce.

—Ayer le atacaron las hienas.

—Te lo dije. Era cuestión de tiempo. ¿Está bien? —Bruce se acercó al coche.

—No estoy seguro, quizás tenga que llevarla con Mike.

Mary Kate los observó a media distancia, cerraba su mochila para volver a colgársela. Sacó una goma de uno de los bolsillos y se recogió el pelo con las manos para atarlo con la goma en una cola alta. Si iba a andar con higiene mínima y posiblemente enredos y más, en medio de aquel lugar inhóspito, era mucho mejor llevarlo recogido.

No era ni media mañana y ya tenía los hombros rojos. Se pasó la barra de protector por el pecho y los brazos, y nuevamente por la cara. Al ver a Bruce recordó que se había dejado la gorra en casa.

—¿A que estás esperando? Es muy egoísta por tu parte, Laurence. —La oyó decir.

Laurence.

Era el nombre de pila de Marlowe, pero le resultaba tremendamente extraño oírlo para referirse a él. Hasta sus propios amigos solían llamarlo Marlowe. La palabra que ella misma más estaba repitiendo desde que llegó allí. A gritos la mayor parte de las veces.

Le ardían hasta las orejas de la vergüenza. La presencia de Bruce solo hacía que el bochorno aumentase, que su cuerpo encogiese a la altura de las hormigas de cabeza gorda que andaban por el suelo.

Guardó la barra de protector, se colgó la mochila y comenzó a dar pasos hacia el coche. Estaba vestida, pero parecía que seguía estando desnuda, con los huesos de las caderas sobresalientes y con el estómago y las ingles hundidas. A la vista de todos.

Se llevó la mano al cuello, aún llevaba la gargantilla, último regalo de Igory, y el oro blanco se recalentaba al sol haciendo que le picase. Ni siquiera sabía cómo podía llevar una joya entre selva y sabana. Algo absurdo y estúpido que solo podía excusar con falta de tiempo. No había parado un instante desde que llego allí, y el tiempo que no hacía nada lo pasó durmiendo. Volvió a rascar la piel bajo la gargantilla y rodeó el coche y a Bruce para echar la maleta en la parte de atrás.

Había visto que Bruce se había fijado en ella en el restaurante. Lo volvió a hacer mientras se ponía la camiseta. Y volvía a hacerlo ahora. Casi estaba esperando que hiciese un comentario sobre ella.

—Debe ser muy importante como para llevarla aun con el peligro que conlleva, señorita Lyon —le dijo Bruce—. No es ninguna baratija. Y la querrán tanto humanos como animales —

añadió.

Marlowe ya estaba sentado en el coche y giró levemente la cabeza hacia atrás para mirar a Mary Kate.

—Aunque con la compañía continua de Laurence Marlowe, esos peligros se reducen considerablemente. Quizás por eso te atreves a llevarla, ¿me equivoco?

Mary Kate se llevó la mano a la gargantilla.

—Se me olvidó quitármela. —Abrió la puerta del coche para entrar—. Solo es eso.

—Amanda. —La llamada de atención de Marlowe pareció tener efecto en Bruce y cerró la boca.

Él puso en marcha el coche.

—¿Vas a ir a Karibu hoy? —preguntó la mujer.

—¿Piensas ir tú? —respondió Marlowe y Mary Kate tuvo que contener la sonrisa.

—Por supuesto que sí. —Bruce sonrió al decirlo.

Se retiró del coche para que Marlowe lo pusiera en marcha. Mary Kate pudo ver a lo lejos dos gorilas que salían de entre los árboles con andares tranquilos. Se giró en el asiento para verlos bien.

Bruce dio unos pasos hacia los árboles sin dejar de mirar el coche, como si las bestias que parecían columnas protectoras de la vegetación no supusieran ningún peligro.

Hay gente verdaderamente hecha de otra materia.

Una materia que ella quisiera para sí. Bruce estaba hecha de la misma forma extraordinaria que Marlowe. En modo femenina, estaba repleta de esa fuerza arrolladora que tanto le gustaba en las personas.

—Antes fue la mejor amiga de Olivia —dijo Marlowe.

—No me interesa por qué se han pegado. No tienes que darme explicaciones —respondió sujetándose en el asiento para seguir girada hacia atrás y ver a Bruce y a sus gorilas.

Enseguida fue consciente de la respuesta que le había dado a Marlowe y el tono con el que se lo había dicho. Abrió la boca y frunció el ceño en una mueca de espanto.

Qué demonios.

Se sentó bien en el asiento. El camino comenzó a hacer que el coche se balanceara demasiado. Odiaba aquellos bamboleos, le entraría fatiga en unos instantes. Contuvo la respiración. No le quedaba más que aguantar.

15

Abrió las patas del trípode. Estaban ante un nuevo barranco, bajo ella una explanada llana, un territorio algo similar al que había cerca de la casa, solo que este tenía más vegetación y un plato de agua aproximadamente en la mitad, no se veía muy profundo. Acababa de ver a un animal atravesarla a lo lejos, parecía una suricata aunque no la había podido ver en pie. Un animal de poco tamaño que apenas había hundido la mitad de su cuerpo. Así que aquel plato de agua no era más que un charco grande que se formaba con las lluvias.

Había colocado el trípode a unos metros del borde del barranco. Quería probar la luz y los ajustes en un intento de entretenerse con algo el tiempo que Marlowe la había dejado sola. La idea era tan solo no entrar en pánico ni hundirse en la ansiedad. Ya comenzaba a abochornarle demasiado su comportamiento y no sabía si eso último que le había dicho Bruce significaba precisamente eso. Que no pensaba separarse un ápice de Marlowe.

Pocos minutos le habían costado a Bruce verla realmente tal y cómo era. Una inútil e inepta joven en ruinas, con demasiado miedo a todo.

Y hasta en el lugar donde más normal pudiera ser tener miedo, en concreto el suyo llamaba la atención.

Marlowe le había dicho que iba a tener su peor contacto con un león, pero se había ido solo. Ya le parecía raro que el primer día intentase acercarla a ellos. Ella misma se moriría del susto, y más después de ver la secuela de la herida de Marlowe.

Si eso era lo que provocaba la mandíbula de un león en un muslo ancho y lleno de músculos, qué podría producir en el suyo.

Me arrancaría la pierna de cuajo.

Giró la anilla del objetivo hasta que ajustó la imagen. Parecía que los ajustes estaban todos correctos, ahora solo tendría que probarlos.

Miró a lo lejos la llanura. Estaba claro que por muy potentes que fueran sus cámaras, si quería grabar algo en condiciones, tendría que acercarse lo suficiente a los animales como para grabar algo bueno e interesante. Desde allí ni siquiera se veía un solo león.

Solo había animales con cuernos largos que se parecían a las cabras montesas. Y un poco más lejos, una manada de jirafas. Tan lejanas que apenas se apreciaban las patas bajo el cuerpo. Considerando el tamaño de un jirafa, debían estar a kilómetros.

«El tamaño» era un elemento que tendría que afinar allí. En aquella realidad todo parecía ser mucho más grande que en una imaginación sesgada por imágenes y fotos. Los árboles eran más

altos, las hojas que caían más anchas, las hormigas tenían una cabeza considerable y mandíbulas con dientes que dolían. Los gorilas eran gigantes.

¿Cómo sería un león?

Resopló. Grande. Muy grande.

Le dio al botón de grabar y rodeó la cámara para dar pasos por delante del objetivo hasta llegar al borde del barranco. Al menos con su tamaño podría tener una referencia.

Ahora había varias suricatas junto al charco y una de ellas se puso en pie. Siempre le habían hecho gracia aquellos animales que en los vídeos documentales solían erguirse en escalera, uno tras otro, como las fichas de dominó pero al revés.

Y ya descubrió lo que estaba mirando la suricata que estaba en pie. No tardaron en echar a correr.

Delante iba un león dando pasos despacio y tranquilo. Llamaba la atención el contraste del color dorado del pelaje en su cuerpo con el marrón chocolate y hasta negro de su cabeza. Como si la melena no correspondiese con su cuerpo, como si fuese un collar y diadema sobrepuesto enmarcándole la cara.

Hasta en aquella distancia era evidente la anchura de cada pezuña que iba retirando y apoyando en el suelo.

Llevaba la boca entreabierta e iba directo hacia el charco de agua, acortaba distancia sin prisa, sin parecer importarle las suricatas, ni las cabras o lo que fuesen, mucho menos los pájaros que ya comenzaban a divisarlo, y aún menos las jirafas del fondo.

Todo parecía darle igual y nada, ni siquiera ella, podría representar un peligro o algo a lo que temer.

Se acuclilló en el suelo mientras lo seguía observando. Lo del contraste del color de la melena era una locura. La pintura perfecta, la estética más prodigiosa para fotografía, imagen, pintura y hasta ilustración.

El león se detuvo al borde del charco e inclinó sus patas delanteras, agazapando la parte delantera de su cuerpo, para sacar la lengua y beber.

Mary Kate entornó los ojos. Nunca hubiese imaginado que pudiese resultar tan elegante y embelesadora la imagen de nadie bebiendo de un charco de agua y barro. Tampoco hubiese imaginado que observar en el silencio y la distancia los andares tranquilos de un león hubiese podido detener su mente y llevarla a un estado de limbo. Donde no cabía la ligereza que le provocaba la inseguridad y el miedo, ni tampoco la culpa, el bochorno y el lamento por donde la habían llevado las circunstancias.

Como si no importase quién era ni de dónde venía, ni mucho menos lo que hubiese dejado atrás o llevase consigo a cuestas.

Se sujetó con una mano en el suelo, no se fiaba de su propio equilibrio cuando sus ojos

estaban absolutamente concentrado en una sola imagen.

En él.

En la forma en que había inclinado sus patas, en cómo la melena le cubría el cuello. En el triángulo perfecto que formaba su nariz sobre los morros. En la calma al beber a pesar de estar sediento por la temperatura.

Ser un león todo el tiempo.

No era solo rugir, dormir, atacar a las amenazas o a la comida. La bestia no estaba todo el tiempo despierta, se agazapaba sin irse lejos hasta que fuese necesario sacarla.

Un semblante que le recordaba mucho a su padre.

Se puso en pie y se retiró del barranco para regresar a la cámara y apagarla. Había logrado centrarse bien en la imagen. Solo visionó dos segundos, la imagen de su cuerpo de espaldas acercándose al barranco. Y hasta en la cámara pudo apreciar que no sabía a ciencia cierta que era ella, tampoco se reconocía.

No sabía que había sido tan difícil esconder su verdadero estado. Quizás su familia sí que habían visto el deterioro, estaba segura de que a pesar de no haber dicho nada, lo habían visto.

Borraría el vídeo en cuanto tuviese afinados y apuntados los nuevos ajustes.

—¿Señorita Lyon?

Se dio media vuelta al oír la voz de Marlowe y quedó inmóvil y petrificada mientras se llevaba la mano a la boca.

A él solo le hacía falta sujetarlo con un antebrazo, que le había colocado bajo el largo del cuerpo, lo que le permitía tenerlo sujeto de los hombros con la mano.

El animal había dejado caer sus patas sin mucha resistencia, y parecía más un muñeco que un bebé de león.

Abrió la boca, pero la garganta se le había quedado sin una gota de saliva para hablar, como si todo el fluido de la boca le hubiese subido a sus ojos, donde sí que encontró un peso considerable. Tanto que la imagen de Marlowe y el león se emborronaron levemente.

Diossss.

La forma perfecta de su nariz triangular adaptada a unos morros pequeños llenos de puntos donde salían en varillas duras sus bigotes. El animal la miró y pudo ver bien el delineado oscuro alrededor de los ojos.

Hubiese gritado, hubiese gritado tanto como con el gorila, pero esa vez por el reflejo de otros sentimientos.

Ni siquiera se había quitado aún la mano de la boca.

El animal braceó en el aire y pudo fijarse en la enorme zarpa en comparación con su tamaño. Acostumbrada a los perros, aunque estos fueran grandes, el tamaño de la zarpa de un león en proporción a su cuerpo ya indicaba que no iba a ser cualquiera cosa cuando creciera.

Marlowe se detuvo delante de ella.

—Tu primer león. —Movió el brazo para ponerlo delante de ella.

No me lo puedo creer. Me muero.

Los morros, la nariz, la línea negra alrededor de los ojos, su forma de mirar. Todo su cuerpo pareció derretirse y caer al suelo, como un muñeco de nieve a pleno sol.

Gritaría si se quitaba la mano de la boca.

Y Marlowe lo seguía manteniendo delante de ella.

Dios.

Se quitó la mano de la boca y la bajó hasta el animal, tocándolo con cuidado, como si pudiese desvanecerse al mero contacto.

—¿Qué tiempo tiene? —preguntó arrastrando la mano por su lomo.

—Dos meses, por eso no lo pongo en el suelo. Nos haría correr un rato detrás —dijo Marlowe y Mary Kate tuvo que reír—. Cógelo.

¿Yo? ¿Y si lo dejo caer?

Su cuerpo se tensó de inmediato mientras Marlowe le daba la vuelta al león para que pudiese cogerlo de la misma manera.

—Mete el brazo debajo. —La barriga de aquel cuerpo ardía. —Para que caiga el peso. —El cachorro enseguida apoyó la zarpa en ella, en un intento de zafarse de dejar caer la barriga en ella.

Y Mary Kate se lo pegó enseguida al cuerpo. No hubiese sido capaz de cogerlo como Marlowe aunque se hubiese atrevido. Tenía el tamaño de un perro de unos cinco kilos, pero pesaba el doble, como si estuviese relleno de cemento. Podía hacerse una idea de lo que pudiera pesar el que estaba en el charco de agua.

Lo envolvió con el otro brazo, el león volvía a apoyar la zarpa para salir de aquel hueco que le había formado con los brazos y el cuerpo.

—Y eso que he traído al más tranquilo. —Oyó decir a Marlowe y Mary Kate sonrió.

Lo de los ojos no se iba y aumentó cuando el animal alzó la barbilla para mirarla.

Morir de amor completamente.

Y sentir que todo lo que tuviese que soportar para llegar hasta ellos mereciese la pena. Se apretó en el cuerpo al animal y lo alzó para que le alcanzase el cuello.

—Eso es lo que dice Bruce que no se debe hacer —dijo Marlowe al verle las intenciones.

Que se vaya al infierno la Bruce.

Hundió la cara en el cuello del animal y la alzó para rozarle la mejilla por la suya.

—Pero eso en concreto estaría permitido, es similar a lo que hacen ellos. —Marlowe contuvo la sonrisa.

Mary Kate retiró la cara del león y puso los labios en su cabeza para besarlo.

—Eso es lo que no estaría permitido. —La risa de Marlowe aumentó.

El león volvió a levantar la cabeza para mirarla y enseguida se apoyó en su pecho para escalar hasta su cuello. Ella tuvo que agarrarlo para que no se cayera al suelo por encima de su hombro y hasta sintió las manos de Marlowe en apoyo.

Parecía que solo quería asomarse a la llanura porque quedó quieto erguido y con una pata en su hombro. Pero aun así, esa vez fue él el que dirigió su cabeza hacia su cara, dejando caer todo su cuerpo. Tuvo que necesitar de nuevo la ayuda de Marlowe para controlarlo mientras volvía a hundir la cara en el animal.

—Me encanta. —Al fin pudo decir algo.

—Luego crecen y van perdiendo la gracia. —Oyó decir a Marlowe.

—Como mis hermanos. —Alzó la mirada hacia Marlowe y lo vio que había girado la cabeza hacia un lado para reír—. Ahora están en la edad en que lo retan todo y creen que van a poder dominar el mundo en un par de años.

—De esos tengo un par abajo. Y les está saliendo el pelo oscuro como el de Mali. —Dibujó una línea con el dedo en la cabeza del animal.

Mary Kate sonrió. No había visto los de Marlowe, pero suponía que se refería a leones *delgaditos y patilargos* con una sola línea de melena que les atravesaba la cabeza de delante a atrás.

—¿Mali es ese león perfecto de melena chocolate que está en la llanura?

Marlowe asintió con la cabeza. No podía ocultarlo, se notaba que estaba tremendamente orgulloso de sus leones.

Ella bajó la mirada hacia el cachorro, que acababa de dar un bostezo, abriendo la boca enorme y enseñando sus pequeños dientes. En poco tiempo serían tan poderosos como para desgarrar un trozo de muslo a alguien enorme como Marlowe.

—¿Es su padre?

—Sí —respondió Marlowe y ella volvió a llevárselo a la cara.

—¿Y su madre ahora me perseguirá por toda la reserva por haber cogido a su hijo? —preguntó y esa vez hasta se escuchó la risa de Marlowe.

—Si te lo hubieses llevado tú, seguramente sí. Pero a mí se me permite.

Alzó los ojos para mirarlo.

Dios en la reserva.

—El elegido, ya. —El animal volvió a erguirse en ella, pero esa vez no tuvo la ayuda de Marlowe.

Él dio unos pasos atrás para alejarse de ella.

—Va siendo la hora de comer —dijo dándose la vuelta para alcanzar el coche.

—¿La nuestra o la de sus padres?

Lo digo para salir corriendo.

No estaba muy segura de empezar a andar con el león en brazos, ya Marlowe no estaba para sujetarlo si le iba de las manos. Sintió un arañazo un tanto más doloroso que los anteriores roces en el brazo.

Menudas zarpas.

Volvió a frotar su mejilla con la de él. Los arañazos comenzaban a no tener importancia. Y el león volvió a bostezar, esa vez pudo verle hasta el cielo de la boca.

—Si me vas a tener mucho tiempo con él, luego no querré soltarlo —dijo y Marlowe, que había retirado la mochila de Mary Kate del maletero para buscar algo debajo, rio.

—Si no quieres soltarlo, traeré a su madre y tías para recogerlo —sonrió—. Son como tu madre y tus tías, pero en león.

Mary Kate hizo una mueca y rompió en carcajadas. Lo último que esperaba era que él las nombrase en un comentario como aquel.

Dio unos pasos hacia el coche, donde seguía Marlowe. Lo vio sacar lo que parecía una tanza gruesa y anzuelos.

—En nada nuestra comida estará lista —dijo y ella frunció el ceño.

Desde luego que es una caja de sorpresas.

Bajó la mirada hacia el león.

—¿Eres niño o niña? —le preguntó mientras el animal la miraba.

—Niño. —Fue Marlowe el que respondió—. Ven por aquí.

Lo siguió mientras él se metía entre los árboles.

—¿Tiene nombre? —Esquivó una rama rota en el suelo.

—Nuru. —Seguían alejándose del coche y adentrándose entre árboles y vegetación más tupida.

Mary Kate miró tras de sí.

—¿Y no vendrán a buscarlo? —preguntó.

—Saben que está conmigo. —Esa vez Marlowe tuvo que saltar el tronco de un árbol caído y esperó para ayudarla a saltarlo a ella—. Suelo llevarme cachorros para revisarlos, desparasitarlos o para medicarlos cuando lo necesitan. Ellas solo esperan a que los lleve de vuelta.

—He dejado allí mi trípode y mi cámara. —Se dejó caer del tronco sabiendo que él iba a sujetarla a ella y a Nuru.

Sus pies cayeron rozando las botas de Marlowe. Solo los separaba el león.

—Y estará cuando regreses —dijo él.

Cuando Marlowe entornaba los ojos se formaba una línea alargada y perfecta en la parte superior de ellos, dándole un aspecto felino que no había apreciado.

—¿Él no come? —Apretó al animal, que metió la cabeza bajo su barbilla.

—Ya ha comido, mira la barriga. —Marlowe pasó el dedo por el estómago abultado del león. Mary Kate levantó la parte superior del cuerpo del animal para verlo bien.

Sonrió al verle el estómago hinchado. Marlowe retomó el camino y ella lo siguió.

—¿Y si no pueden salir de la reserva no crees que Turuc deje espacio para nadie más? ¿Qué pasará con los cachorros?

—De momento ni Turuc ni Mali tienen competencia. Pero algún día cualquiera de estos cachorros los superará en fuerza, se atreverán a retarlos, Mali o Turuc perderán. Y abandonarán.

Se dejarán morir.

—Así es cómo funcionan y contra eso sí que no puedo hacer nada. —Los árboles se abrían y se comenzó a escuchar el sonido del agua—. Cuando lo pongas en el suelo no le pierdas ojo. No es un perro que puedas llamar y que piense ni siquiera en venir —le dijo—. Y que no se acerque al agua si no estoy yo. Esto que valga para ti también.

Mary Kate se detuvo en seco.

—¿Este es el río del cocodrilo?

—Este es —y respondió como si no tuviese importancia.

¿Y nos traes aquí?

Él ni siquiera prestó atención a su gesto ni a su expresión. Ni siquiera fue consciente de que Marlowe había recogido algunas ramas del suelo por el camino. Se inclinó en el suelo y las prendió con algún encendedor que llevaba en el bolsillo. Olía a algo similar a gasolina, así que no creyó que hubiese prendido únicamente las ramas.

Luego se retiró del fuego, dio unas zancadas y se subió a una de las piedras grandes que bordeaban el río.

—¿Tienes mucha hambre?

Mucha hambre no tengo nunca.

No entendía nada de pesca, pero era la primera vez que veía a alguien pescando tan solo con una tanza y un anzuelo. Sin caña, sin carrete y sin nada más.

Desde luego que a este lo puedes dejar en medio de una sabana durante un mes entero y sobrevive sin problemas.

Dejó a Nuru en el suelo y el animal se sentó como lo haría cualquier gato o perro, pero con las patas traseras dejadas caer a un lado. Así se le notaba aún más la barriga llena.

Lo primero que hizo fue orinar.

Me estoy meando yo también.

Tendría que esperar a que acabase Marlowe, no pensaba mear estando sola con Nuru y que tuviese que echar a correr con el culo fuera.

El león empezó a andar dando pasos con una especie de saltos hacia los árboles y ella lo siguió. Si no lo detenía, llegaría hasta el coche tras él o, peor aún, se perdería y tendría que

volver a llamar a Marlowe a gritos.

—¡Nuru!

—Te he dicho que no es un perro.

—¿Y entonces por qué llamas a Maya? —Giró la cabeza hacia él para responderle—. Algo entenderán.

Lo vio contener la sonrisa. No pudo detenerse mucho en Marlowe, aquel pequeño parecía un muñeco a cuerda y esta mucho se temía que no iba a acabarse.

Dio un trote, olió un árbol, luego se detuvo en unas flores de donde salió un insecto volando, y le dio con la zarpa a unas hojas grandes.

Mary Kate frunció el ceño recordando el juguete preferido de uno de los gatos de la casa Lyon.

—¡Nuru, mira! —Agarró una rama con hojas en la punta y la partió haciendo fuerza con la rodilla.

Bajó la punta de la rama hasta que las hojas de la puntas dieron en el suelo y lo movió para llamar la atención del león.

Surtió efecto, el león se detuvo a mirarlo.

Esto me va a servir un rato al menos, para que no eche a correr muy lejos.

Volvió a moverlo y él se agazapó sin dejar de mirar las hojas.

Se le va a caer la cara de bonito. Diooos. Menudo paraíso que tiene aquí Marlowe.

Acercó las hojas al animal y en cuanto tiró del palo para alejarlas de él, el león saltó encima para agarrarlas. Ella volvió a moverlas y las hojas se escaparon de sus zarpas, no sobrevivieron todas, pero comenzó a andar arrastrando la rama por el suelo y Nuru la seguía.

Atravesó de nuevo los árboles y volvió a ver a Marlowe, aún estaba en la roca y giró la cabeza hacia ellos. Mary Kate no se detuvo, siguió adelante hacia el resto de árboles.

Supera esto, amansador de leones.

Bajó la cabeza ante la expresión de Marlowe. Y no porque lo viese sorprendido, sino porque no estaba sorprendido en absoluto.

Pasó de largo el tramo suficiente como para que él no la viera ya y se sujetó a un árbol mientras sentía tras ella a Nuru mordiendo la rama y las hojas.

Quizás las expectativas de Marlowe con ella eran mejores que las de ella misma.

Se inclinó en el suelo para mirar al león, estaba despedazando las hojas y emitió una especie de gruñido que más que asustar, la hizo reír. Lo agarró y lo cogió en brazos para llevárselo de nuevo a la cara. No se dejó abrazar mucho más de un par de segundos, se zafó de ella para saltar de nuevo sobre las hojas.

Sin embargo, regresó a ella poniéndose en pie en su rodilla y volvió a dejarse apretar.

Hijo de Mali. Hija de Christopher Lyon.

Claro que Marlowe no podía estar sorprendido.

Chat alternativo

Vicky: ¿Dónde están?

Stoker: Sin cobertura. Qué esperabas. Es solo el primer día.

Vicky: Es que esto es como estar viendo una peli y que te la pongan sin voz y en negro un rato.

Wilde: Yo te adelanto que Marlowe suele estar desaparecido días. Pero quizás con Mary Kate no se atreva a tanto. Allí es aún mediodía, quizás por la tarde.

Stoker: ¿Y si el mono le ha quitado el móvil como a Blake?

Claudia: No, por Dios. Que nos quedamos de apagón.

Christopher: Tiene también el ordenador y la tablet.

Blake: El mono es un ratero de cuidado. Se puede llevar también el ordenador y la tablet. Bueno, ¿os cuento lo de Navidad?

Hércules: La fiesta benéfica que estáis organizando Vicky y tú para la fundación. Ya lo sabemos.

Blake: Pero no sabéis que se han vendido todas las invitaciones. Parece que desde la boda de Michelle hemos crecido en prestigio en organización de fiestas.

Vicky: Porque estoy yo, no por otra cosa.

Claudia: Jajajaja.

Natalia: Y Mateo, importante.

El mago: Ahí le has dado.

Blake: Tendremos entre invitados estrellas de cine, de la música y diversas artes, además de empresarios importantes. Jayden Larsson ha sido de los últimos en comprar la invitación. Así que tendremos a Irina, además de en el chat, en la gala. Pero os tengo una noticia mala.

Damon: ¿Dices que viene Irina y luego dices que hay una mala noticia? ¿No tienes que decirlo al revés?

Mayte: Thomas, por favor.

Damon: Es que le va a espantar a todos los posibles benefactores.

Wilde: Jajajaja.

Blake: Zumberg, el director del grupo de productoras va a ir con su esposa y ha comprado más invitaciones.

Natalia: Ufff, para los Ramson.

Blake: Exacto.

Vicky: No jodas, ¿Igory y la *Basilisca* esa allí?

Blake: Al completo. Y ahora es cuando viene lo peor de la mala noticia.

Mayte: Madre, que hay más.

Blake: Los Ramson han ofrecido a Zumberg un documental similar al que queremos hacer. Y Zumberg ahora dice que va a esperar a la presentación oficial de los proyectos para decidirse, porque no se puede hacer cargo de los dos. Así que ahora son la competencia directa de Mary Kate.

Claudia: Es que son malos, malos, malos de verdad. Nunca se han interesado por un documental de ese tipo. Pero ahora con tal de joder a Mary Kate, allá que van.

Byron: Lo esperaba.

Natalia: Se veía venir una jugada así. Su narcisismo no les permite dejar ir a Mary Kate libre y que tenga la posibilidad de un éxito de ningún tipo.

Vicky: Pues hay que decírselo a Mary Kate.

Blake: Cuando se conecten.

Hércules: ¿No es mejor esperar? Acaba de irse, aún no se encontrará bien.

Natalia: No. Hay que decírselo ya.

Byron: Pobre.

Lyon: Así que piensan darnos la fiesta.

Vicky: ¿Qué dices? Que ni lo intenten.

Claudia: Además tenemos a Irina.

Stoker: Son siete semanas de nada. Voy a pasarle las fechas a Marlowe, para que vaya digiriendo que tenemos gala dos días antes de Navidad. Él que decía que no pensaba ni venir a Londres.

Wilde: Ni yo.

Stoker: Pues ya no tenéis excusa.

Vicky: Chris, hemos cogido un microbús, que somos muchos, para ir hasta la gala. ¿Puedo poner como sede oficial tu casa?

Lyon: Pon lo que te parezca.

Vicky: Entonces salimos todos de la casa Lyon, ¿de acuerdo?

Stoker: Estas cosas dilas más cerca que luego se me olvidan.

Vicky: Otra cosa importante. Colores, solo se puede ir de negro, verde navideño, rojo o blanco.

Blake: Stoker, encárgate tú.

Stoker: Como siempre.

Vicky: Byron, ¿puedes escribirme? Te voy a necesitar.

Byron: Claro.

Vicky: Pues ya está. Corto y cierro hasta que tengamos novedades.

16

Ya chisporroteaban las ramas consumiéndose por completo. El fuego se apagaba bajo las suelas de Marlowe.

Mary Kate seguía sentada en el suelo, Nuru se había dormido apoyándole la barbilla y una pata sobre el muslo mientras ella lo acariciaba. Y seguía acariciándolo mientras escuchaba una especie de ronquidos que le producían tanta risa como sus intentos de rugidos.

Vio que Marlowe dirigía miradas continuamente hacia los árboles.

—¿Hay algo por ahí? —preguntó, aunque allí siempre era mejor no saberlo.

—El problema es qué no hay.

Maya.

—¿Y es normal que no aparezca?

—No. —Fue rotundo. Se puso las manos en las caderas, seguía inspeccionando con la mirada los arbustos—. Esta mañana no estaba por los alrededores de la casa, pensé que se habría alejado y que eso era buena señal. Pero cuando salgo de la casa siempre suele aparecer por alguna parte.

—¿Por qué no usas localizadores? —Resbaló la mano por el cuerpo de Nuru.

—¿Esos cacharros del demonio?

—Al menos cuando tengas un animal herido o en problemas. Te serían útiles y a ellos podría salvarles la vida.

Marlowe ladeó la cabeza al mirarla.

—Tengo una visión más primitiva de este trabajo. —Entornó levemente los ojos.

—A lo mejor tendrías que modernizarte. —Bajó los ojos hacia Nuru, seguía roncando.

—No.

Volvió a pasar la mano por el animal.

—No quieres dejar de implicarte con ellos, como dice Bruce, pero tampoco quieres nada que te ayude a trabajar como te gusta —replicó ella—. No tiene mucho sentido, señor Marlowe.

—Porque nunca tengo problema para encontrar a mis leones. —Pasó con rapidez por delante de ella para llegar hasta al río.

—A Maya no la encuentras. —Era la primera vez que veía que a Marlowe le había molestado un comentario. Reacciones que ella siempre solía evitar en todos y que la invitaban a recular enseguida. Disculparse aunque no lo hubiese hecho con mala intención. Pasar a otra cosa.

Golpe y consecuencia. Infalible a la hora de adiestrar. Adiestramiento que le habían proporcionado los Ramson.

—Porque Maya no tiene una manada. —No era el tono habitual de Marlowe. Claro que

estaba molesto, una molestia posiblemente aumentada por no saber el estado de Maya—. Las hembras no suelen alejarse de su terreno.

Mary Kate bajó la cabeza para mirar a Nuru. Claro que el adiestramiento que le habían proporcionado los Ramson era infalible. Posiblemente la habían convertido en un saco amortiguador de golpes inmóvil e incapaz de dar respuesta, como se había sentido con Bruce. Y ahora la sensación incómoda de haber podido molestar a Marlowe que le impedía poder seguir diciendo una palabra más.

Comenzó a rascar la pezuña de Nuru, una pezuña que se abría como un abanico, demasiado ancha para su cuerpo. A pesar de ser un cachorro que a simple vista podría parecer por el tamaño al de un perro grande, ni sus posturas ni su forma de echarse ni su constitución tenían nada que ver.

No podía culpar a Marlowe por su debilidad por aquellos animales fascinantes. Si eran capaces de enamorar a primera vista, no quería ni imaginar lo que podría ser convivir con ellos. Claro que tendría que estar afectado por Maya. Como en su momento estaría afectado por cada animal que hubiese dejado atrás. Al fin y al cabo, a muchos de ellos hasta los habría visto nacer, o llegar en mal estado y recuperarse. Suponía que el vínculo con todos ellos iría más allá que un simple contacto físico.

No llevaba reloj, no sabía el tiempo exacto que llevaba con Nuru y ya sabía que no lo olvidaría jamás.

Mi primer león.

Era lo que le había dicho Marlowe. Su primer león tenía un ronquido agudo y calmado que hacía que la tranquilidad lograra traspasarle el pecho y no permitirle que le punzara. Su primer león hacía que a pesar de saber que había molestado a Marlowe con su comentario, no hubiese sentido la ligereza en el cuerpo del miedo y la inseguridad y la culpa aterradora. Su primer león estaba consiguiendo que olvidase por un momento de dónde venía y lo que habían hecho con ella.

Porque al igual que la había hecho sentir su padre, Mali, mientras bebía en la charca, a Nuru también le daba exactamente igual. Había jugado con ella, le había mordido, rugido, babeado el pelo, y ahora la usaba de cojín mullido mucho más cómodo que el suelo.

Sonrió sin dejar de mirarlo.

—No creo que hayas hecho nada mal con Maya —le dijo a Marlowe, aunque ni siquiera levantó la cabeza para mirarlo. Seguía intentando memorizar a Nuru. ¿Sabría reconocerlo entre otros tras una cámara?

—Aquí la diferencia entre hacerlo bien o mal está en los resultados —respondió él lanzando una piedra al agua—. Y ya estás viendo los resultados.

—Que no la encuentres no significa que esté saliendo mal.

—Que no la encuentre significa que donde ha ido no puede volver —replicó él—. Ya te he dicho antes que las hembras no suelen alejarse de los territorios.

—Y el suyo es donde estés tú, ¿no? —dijo ella y vio a Marlowe mirarla enseguida—. Por eso me dijiste esta mañana que la encontraríamos. Porque aparecería donde tú estuvieses.

Marlowe dio unos pasos hacia ella y Nuru. Maya no aparecía, así que supuso que Marlowe querría ir a buscarla.

—Nuru, te voy a interrumpir la siesta —dijo él cogiéndolo de la pierna de Mary Kate.

El animal entreabrió los ojos medio dormido y ella le envolvió la cara con las manos, al contacto él volvió a cerrar los ojos a pesar de que tenía el cuerpo colgando de las manos de Marlowe.

—Sigue durmiendo —dijo ella riendo.

—Claro. —Le tendió una mano a ella para ayudarla a levantarse—. ¿Crees que la madre lo lleva de un lado a otro en brazos o en un carro?

La risa de Mary Kate aumentó. En pie volvió a coger a Nuru y siguió a Marlowe de regreso al coche y a donde estaban las cámaras.

El camino de vuelta se le hizo más corto, quizás porque sabía que tenía que desprenderse de Nuru y le apetecía poco. Ya él se había espabilado por el camino y comenzaba a escalarle el pecho hacia su hombro.

Llegaron al borde del barranco que daba a la llanura y Marlowe se dio la vuelta esperando que le diese el león, pero ella le dio la espalda un instante para alzar al animal y ponerle la cara frente a la suya.

La cara…

—¿Volveré a verlo?

—Claro —respondió él y ella sonrió.

Miró los ojos de Nuru.

Vas a ser un león precioso y enorme como tu padre.

Lo besó justo encima del triángulo de la nariz.

No dejes que nade golpee y pise al león.

Y al decirlo la tirantez en la garganta y el peso en los ojos fue tan inmediato y notorio, que tuvo que llevarse al animal al pecho y apoyar la mejilla en él.

—Mary Kate. —Oyó la llamada de atención de Marlowe—. Tenemos que irnos. Te he dicho que vas a volver a verlo.

Pero lo de sus ojos aumentó y tuvo que tragar saliva.

Que nadie golpee ni pise tu león, Nuru.

Volvió a besarlo y contuvo la respiración para parar aquello y que Marlowe no la viese.

Le dio al animal y él enseguida metió el brazo bajo el cuerpo del león y se lo llevó

perdiéndose entre los árboles.

Soltó todo el aire de golpe y se acercó al trípode y a la cámara. La sensación en la garganta y en los ojos no se iba. Se apoyó en el trípode para encogerse levemente. Comprobó que Marlowe ya no estaba.

Miró hacia la llanura, lejos de la charca y caminando despacio y tranquilos, había dos leones de pelaje dorado. Más finas que un león y sin melena, pero animales fuertes y poderosos de igual modo.

Golpear y pisar al león para hacerlo desaparecer.

¿Era lo que habían hecho con Maya?

Se llevó el dorso de la muñeca a la boca en un intento inútil de detenerlo, pero ya todo su cuerpo se dejaba llevar por el llanto. Se sorbió la nariz y el peso en las cuencas de los ojos aumentó.

Es lo que hicieron conmigo.

Flexionó las piernas y dejó caer las rodillas en el suelo, el llanto aumentó tanto que las leonas se emborronaron delante de sus ojos. Encogió el cuerpo, el dolor de barriga se hizo tan fuerte que tuvo que apoyar los brazos y apretarse con ellos.

Golpear, pisar y colocarle una cadena con la que no pudiese irse muy lejos sin ahogarse. Para que siempre tuviese que regresar. Para que siempre tuviese que lamentar haberse escapado. Golpear, pisar, pisar, golpear.

Hasta que el león desapareció por completo.

Se sobresaltó con un sonido detrás. Lamentó que Marlowe hubiese regresado y la encontrase en aquel estado. Giró la cabeza para mirar y su cuerpo se quedó inmóvil de inmediato.

A unos tres metros del trípode, con la parte delantera del cuerpo agazapada y silenciosa, estaba Maya. En un acecho que le recordó demasiado a la caza en los documentales.

Tragó saliva y contuvo la respiración. Si llamaba a Marlowe a gritos solo la haría saltar sobre ella y que la matara o la malhiriera.

Apretó los labios sin dejar de mirar al animal y los ojos le rebosaron, en silencio y sin mover ni un músculo de la cara. Hasta el sufrimiento y el dolor no servía de nada en aquella vida salvaje en lo que todo daba igual.

Maya tampoco se movía, parecía congelada, la imagen de un león a punto de saltar sobre su presa en *pause* tras el cristal de una pantalla.

Hasta el dolor de barriga desapareció de inmediato. Y si sus piernas estaban ligeras, tampoco lo notaba. No sentía nada. Ni siquiera miedo.

Quizás su cuerpo se había abandonado por completo esperando que el animal decidiese qué hacer con ella. En una especie de juicio final, algo aleatorio y sin razones, pero final igualmente.

En la oscuridad en la que estaba la leona podía verle la herida en el lomo. Era de un color

morado y extraño. No entendía mucho de heridas ni de leones. Tampoco sabía si la leona sobreviviría a las consecuencias del ataque.

Estaba visiblemente magullada y herida. Y ahora que había visto a las leonas en la llanura, podía ver la diferencia de ellas con Maya claramente. La piel de Maya caía levemente al final de su lomo mostrando un estómago absolutamente vacío. Y los huesos de sus caderas y hombros estaban demasiado sobresalientes. Patas delgadas que acababan en grandes zarpas, tan anchas que aumentaba lo llamativo de la delgadez.

Mary Kate exhaló el aire despacio mirando aquel animal de estado lamentable y debilitado.

Tú y yo hemos olvidado lo que somos. Y estas son las consecuencias.

Lo de sus ojos regresó de una manera incontenible y las lágrimas cayeron sin remedio. Tuvo que cerrarlos.

Aunque ella esté tan mal, no creo que yo pueda sobrevivir a su ataque.

Los colmillos seguían siendo los de un león y ya había visto en la pierna de Marlowe un ejemplo de lo que eran capaces de hacer. Ya Nuru le había dado una muestra en zarpazos y mordiscos de juego y tenía varias señales.

Entreabrió los ojos despacio y miró a Maya un instante, ni siquiera se atrevía a mover la mano para limpiarse las lágrimas.

No podía levantarse, no podía correr, no podía gritar. No podía más que abandonar su cuerpo y sus pulsaciones hasta que ella lo decidiera.

La miró a sus ojos y de inmediato todos sus pensamientos quedaron en blanco, concentrada únicamente en los movimientos que pudiese hacer la leona. Pero Maya también estaba inmóvil, tan inmóvil como ella. Ni siquiera parecía estar respirando.

Oyó algo en los arbustos y la vio mover la cabeza enseguida, gesto que ella imitó de inmediato.

—¡Maya! —La voz de Marlowe hizo que la propia leona flexionase aún más las patas delanteras en un sobresalto.

Ver uno de los muslos de Marlowe entre las dos hizo que el llanto de Mary Kate se intensificara y su pecho comenzase a subir y bajar en pequeños saltos.

Se sobresaltó con un sonido sordo, una especie de disparo de bomba de aire, extraño y agudo. La leona dio un respingo y saltó hacia los setos.

Mary Kate se tapó la boca y parte de la nariz mientras que aquel llanto aumentaba sin remedio.

Marlowe se dio media vuelta y bajó la cabeza para mirarla. Ahora veía de dónde venía el sonido. Un artilugio similar a una pequeña ballesta o disparador. Dardos que sabía que se usaban para dormir bestias.

Eso quería decir que tendrían que llevar a Maya a alguna parte. Y hasta sin entender de

animales un ápice, también estaba de acuerdo.

No conocía al animal en estado normal. No la había visto antes de que la atacasen. Pero había una diferencia brutal entre ella y las leonas de la llanura.

Bajó la cabeza, quizás los nervios contenidos explotaban ahora y le estaban produciendo una especie de mareo. Jadeaba y ni siquiera era capaz de ponerse en pie.

Marlowe la envolvió con los brazos y la puso en pie, no fue capaz ni de darle las gracias. La garganta no le funcionaba, algo que nunca había experimentado de una manera tan real. Su abuela decía que cuando era niña conoció a una chica que quedó muda un tiempo a raíz de un susto.

No creyó que fuese cierto hasta aquel momento.

—No es normal que ella se acerque así. —El propio Marlowe recogía el trípode—. Nunca lo hace con nadie. —Lo vio echar una mirada hacia los setos—. Pero ya es la segunda vez.

Llevó el trípode con la cámara en el maletero. Ella seguía mareada, como si lo que llevase aquel dardo le hubiese dado también a ella. Ni siquiera podía ver a su alrededor con nitidez y los párpados le pesaban sobremanera.

Marlowe se perdió entre los setos y lo perdió de vista, así que intentó dar unos pasos hacia el coche.

Se agarró a la puerta y se encogió levemente mientras cerraba los ojos.

Joder, qué susto.

Ni el gorila, ni la serpiente, ni siquiera la propia Maya la noche anterior.

Y sin embargo el susto de verdad parecía haber llegado tarde a las circunstancias. Cuando Maya estaba delante no sentía absolutamente nada.

Miró tras de sí y vio a Marlowe que traía a Maya desvanecida echada al hombro.

¿Puede con ese peso?

Estaba bastante delgada, eso sí. Y derrumbada parecía más una alfombra que un león vivo.

Marlowe abrió la puerta del coche y la echó en la parte de atrás.

—No le durará mucho, así que vamos rápido —dijo sentándose al volante.

Mary Kate echó una mirada a Maya antes de montarse en el asiento delantero. Cubría todo el largo de los asientos de atrás con una cabeza considerablemente grande. No sabía qué llevaría lo que Marlowe le había puesto, pero no parecía dormida del todo.

El aire a través del coche en el camino le vino bien al menos para comenzar a recobrar el cuerpo.

—Si te sirve de algo, no iba a atacarte. —Lo oyó decir.

—¿Que no? —Puso el codo en la puerta del coche y dejó caer la frente en la mano.

—Estaba preparada por si tú la atacabas a ella.

Levantó la cabeza y miró al asiento de atrás.

¿Que yo la ataque a ella?

La boca entreabierta de la leona mostraba parte de sus colmillos. Y ahora acostumbrada a las zarpas de Nuru, las de Maya le parecían tremendamente grandes. Alargó la mano hasta una de ellas y colocó la palma de la mano debajo.

Madre de Dios.

Atributos extraordinarios para dominar territorios enteros. Una clara ventaja sobre hienas y la mayoría de animales de por allí.

Sin embargo, las hienas la habían malherido de forma consistente.

Maya no tenía el pelaje dorado de Nuru ni de las leonas de la llanura de Mali. Era más clara, mucho más clara. Y ese color hacía que la línea negra de sus ojos pareciese un moderno delineado con gel de los que ella misma solía hacerse en Londres.

—¿Esa herida morada? —Pasó la mano por el cuerpo del animal. En grande o pequeño, la forma triangular y el color de su nariz era tremendamente embaucador.

—No está bien.

—Lo suponía. —Volvió a pasar la mano por el animal y la detuvo cerca del pecho. Allí, ardiendo dentro de Maya, podía sentir los latidos fuertes de la leona.

Sin embargo, si seguía pasando la mano y comparándola con Nuru, el abultamiento de la barriga llena del cachorro nada tenía que ver con el hundimiento y las costillas de Maya. Bajo el pelaje de aquel animal había poco más que huesos.

Miró su cara, de nuevo la nariz triangular, los morros repletos de bigotes duros y punzantes y la línea de sus ojos. Al igual que la boca, tampoco sus ojos estaban completamente cerrados. Bajo la línea negra podía ver parte de sus iris algo vidriosos, de un tono miel verdoso. Un color que resaltaba y completaba el espectáculo de colores de su pelaje. Había visto pocos leones de cerca, solo dos de momento, no sabía si eran frecuente en ellos las frondosas pestañas que tenía Maya.

—Es muy bonita —dijo rascándole bajo la barbilla y vio de reojo cómo Marlowe contenía la sonrisa.

Retiró la mano de Maya y se sujetó en el borde del asiento para seguir de espaldas mirándola.

—¿Por qué zoología y no veterinaria? —preguntó y dejó caer la barbilla sobre su mano.

—Hice dos años de veterinaria. Pero ya decidí quedarme aquí y fue complicado seguir.

Entendía que con todo el tiempo que le ocupaba aquel trabajo era muy difícil terminar unos estudios.

—¿Y ese veterinario también es especialista en leones?

—Leones, jirafas, gorilas y todo lo que te puedas encontrar por aquí —respondió Marlowe y Mary Kate sonrió.

—Pero los leones se comen a las jirafas, ¿no? —dijo y Marlowe encogió la cara en una

extraña mueca—. ¿También tienen cuidadores aquí?

—No creas que es tan frecuente que coman jirafas. No es un animal fácil de cazar para ellos. Saben el riesgo de bajas que hay y aquí tienen otros alimentos más accesibles.

—¿Como las cabras esas de la llanura?

—Con esas no tienen ni para empezar, ni las miran. Cebras y antílopes sobre todo.

—¿Y qué come Maya?

—Mapaches normalmente. Son muy agresivos, por eso tiene tantas cicatrices en la cara.

Mary Kate volvió a mirar a Maya para observar lo que decía Marlowe. Su mirada se fijó enseguida en una cicatriz cerca del ojo.

—Tal y como está, las hienas no andarían lejos —añadió Marlowe.

Estaba mal herida y querrían acabar con lo que habían empezado.

—No creas tampoco que aquí las hienas son las malas de la película —dijo él y ella lo miró —. Son animales con sus instintos de lo más respetables. Lo normal es que no les den problemas a los leones.

—Esa risa pone los pelos de punta —dijo ella y Marlowe rio.

—Porque no es una risa. Y te aseguro que su mandíbula sí que pone los pelos de punta —respondió él y ella hizo una mueca—. Las hienas son inteligentes, leales con su manada y muy estrategas. Son animales fascinantes también.

—Son como perros, ¿no? Por lo que pude ver ayer… —Se señaló la nariz.

Las hienas tenían la trufa como los perros.

—No son felinos, es lo que quieres decir.

—Eso —respondió ella y vio a Marlowe sonreír.

Volvió a pasar la mano por el cuerpo de Maya. Tocar a aquellos animales, sentir el vaivén de su cuerpo cuando respiraban y el calor que desprendían, se estaba convirtiendo en algo que le estaba encantando.

—Tendrá que estar unos días con Mike. —Él también giró la cabeza para mirar a Maya.

Siguieron avanzando hasta llegar a una carretera y Marlowe pudo acelerar.

Mary Kate no dejaba de mirar al animal, no se había movido un ápice, pero seguía con los ojos entreabiertos.

Se detuvieron en la carretera delante de una construcción casi del tamaño de la casa de Marlowe, con una puerta doble metálica. Él se bajó del coche y sacó una llave para abrir.

A simple vista parecía una casa abandonada por el mal estado, pero cuando Marlowe abrió la puerta vio que era una especie de almacén.

Entornó los ojos cuando Marlowe sacó rodando un remolque con la parte superior de hierros.

Una jaula con ruedas.

De varias que podía ver que había dentro. Quizás un almacén compartido entre los distintos

cuidadores de la zona con jaulas de distintos tamaños.

Se bajó del coche por si necesitaba ayuda, pero no sabía tampoco en qué podría ayudarlo cuando no tenía ni idea. Aun así agarró uno de los barrotes y lo ayudó a llevar la jaula de ruedas hasta la parte de atrás del coche para que él anclase las correas a él.

Tampoco podía ayudarle a meter a Maya, no podría ni con el peso de una pata. Cuando él se irguió con la leona en brazos pudo ver que Maya alzó levemente la cabeza y observó mejor el color de sus ojos.

Mary Kate entreabrió la boca y notó la tirantez en su garganta.

No estaba del todo dormida.

Pero no se había movido un ápice mientras ella la estuvo tocando por el camino.

Contuvo la respiración. Un rato antes pensaba que moriría a manos de aquella leona.

La observó tumbada en la jaula mientras Marlowe cerraba la puerta y echaba el cerrojo.

La jaula solo le daba un aspecto más lamentable a su estado.

Se subió al coche y giró la cabeza para seguir mirando a Maya.

—¿Saldrá de esta? —preguntó a Marlowe.

—Mike le hará una analítica y nos lo dirá. La cadera parecía que la tenía bien, pero ahora no lo sé. La postura que tenía delante de ti era rara.

Siguieron el camino en coche y poco a poco fue viendo cómo Maya se iba recuperando. Al principio, aunque despierta, seguía tumbada completamente. Luego levantó la cabeza y buscó con la mirada a Marlowe. Y a ella.

Se volvió a echar completamente.

Mary Kate miró al frente y comenzó a ver los carteles que señalaban el pueblo. Y hasta uno con el dibujo del hostal Karibu. Verlo le aligeró de una manera extraña el cuerpo.

Sacudió levemente los hombros con la sensación y volvió a mirar a Maya.

Entrar al pueblo con un león en el remolque, a pesar de ser un lugar acostumbrado, no dejaba de llamar la atención de los que andaban por la calle. Quizás hasta para ellos un león era algo digno de mirar, por muchas veces que los hubiesen visto.

Marlowe giró y Mary Kate pudo reconocer el aparcamiento del restaurante y por lo tanto, el hostal. El coche no se detuvo, siguió adelante y entraron en otra calle.

El pueblo tampoco era grande, así que no tardaron en llegar a una casa que parecía tener atrás las carpas de un circo como el de la tía Vicky.

Marlowe bajó del coche.

—Quédate aquí con ella. Intenta echar a los curiosos si se acercan a preguntar. —Cerró la puerta del coche—. Voy a prepararle un hueco con Mike.

¿Y cómo cojones se echa a un curioso?

Abrió la puerta del coche y miró la jaula. El animal había vuelto a alzar la cabeza para mirar

cómo se marchaba Marlowe.

Mira que dejarme sola aquí en medio con un león.

Miró a su alrededor y comenzó a ver cómo grupos de gente se agolpaban y comentaban.

Dio unos pasos y se colocó en el centro de la jaula, en un intento seguramente inútil de tapar a Maya con su cuerpo y que no pudiesen verla.

Era un león y no entendería mucho. No sabía por qué le incomodaba que la gente la viera en aquel estado lamentable. Miró a Maya, ella la estaba mirando sin ni siquiera levantarse.

Mary Kate se acercó aún más a los barrotes de la jaula. Maya no estaba del todo recuperada de lo que fuese que la habían puesto, sus ojos seguían vidriosos y brillantes. Pero la estaba mirando como si pudiese verla.

A pesar de que su cabeza, sus colmillos y sus zarpas eran las de un león, era muy complicado poder ver una leona en ella. Y así, con su cuerpo extendido, la delgadez del tronco y cómo sobresalían los huesos de sus caderas era más evidente.

¿De dónde venía? Marlowe no tenía ni idea. Así que no era posible saber qué habían hecho con ella para haberla dejado así, correteando de un lado a otro de los territorios sin que nadie la quisiera. Sin que ella ni siquiera supiese sus posibilidades. Atacada por todos y defendida por nadie.

—Consecuencias —dijo a media voz mirando a la leona.

Y a pesar de haber pasado frente a ella uno de los mayores sustos de toda su vida, fue capaz de agarrar un barrote con una de sus manos.

Volvía a regresar lo de los ojos y la garganta.

—Nos han golpeado y pisado al león —susurró y Maya bajó levemente la cabeza sin dejar de mirarla—. Y ahora tú y yo hemos olvidado lo que somos.

Los ojos de Maya se emborronaron levemente y Mary Kate bajó la cabeza tragando saliva. Pestañeó para que desapareciesen las lágrimas con más rapidez.

Se sobresaltó cuando Maya se puso en pie de un salto. El ruido de su peso en el suelo del remolque hizo que pareciera que se hubiese roto. Ella soltó de inmediato el barrote y se retiró de la jaula.

Pero Maya no dirigía sus ojos a ella, sino más adelante, a un lado de la calle. Mary Kate se dio media vuelta enseguida, como si tras ella tuviese una serpiente, un gorila o una hiena.

Pero era imposible que hubiese animales en mitad del pueblo. Con *jeans* y una especie de banda elástica a modo de camiseta, y su gruesa trenza dejada caer a un lado del pecho, a varios metros de ella estaba Olivia Fendy.

Una presencia que no le gustó en absoluto y que alzó aquella ligereza extraña en su cuerpo con una especie de tintineo en el pecho que la hizo tensarse de inmediato.

Y tras su espalda oyó un rugido ronco y profundo, como si Maya hubiese tenido que sacarlo

de los subsuelos de su cuerpo.

Pero había barrotes frente a la leona y a Olivia no pareció detenerla su rugido.

—Hola —le dijo la mujer y miró enseguida hacia la jaula.

—Hola. —No había cruzado una palabra con ella. Fue Marlowe el que le dio las llaves y lo hizo todo. Pero ambas sabían quiénes eran y no cabían presentaciones.

Tampoco sabía por qué su cuerpo seguía tenso, con un deseo irremediable de que Olivia desapareciese de allí.

—Esta es… ¿Maya?

No la ha visto en su puñetera vida.

Y no sabía la razón muy bien, pero que no conociese a la leona en absoluto y ver la incomodidad de Maya con Olivia hizo que aquel tintineo del pecho le fuese placentero.

—Es lo que le decía Bruce. —Olivia no se atrevió a tocar los barrotes, se mantuvo a medio metro.

Pero aun así Maya dirigió su cuerpo hasta donde los hierros acababan y volvió a emitir un sonido ronco y profundo.

La propia Mary Kate se irguió y quedó inmóvil, ella estaba mucho más cerca de Maya que Olivia. Estaban los barrotes, no había peligro para ninguna de las dos, pero la diferencia estaba en que los ojos, y por lo tanto los dientes de la leona, estaban cerca de Fendy, mientras ella estaba a la altura de su estómago. Los rugidos no iban con ella.

Otro sonido ronco, esa vez mantenido en el tiempo. Y Mary Kate observó que sus patas, las cuatro, temblaban. Aun no estaría del todo bien de lo que le había puesto Marlowe y parecía que fuese a caerse al suelo en cualquier momento.

—No la esperaba tan mal —dijo Olivia—. Con las leonas que suele tener Marlowe en la reserva…

¿Leonas como tú?

—La han atacado las hienas —le dijo a Fendy y Maya reaccionó a su voz, dirigiendo su mirada hacia ella.

—No me refiero solo a las heridas. Me refiero a ella.

El calor le subió pecho arriba.

Está demasiado canija, ¿y qué pasa?¿Mucho problema?

Otro rugido ronco, esa vez tan forzado que se rompió por el camino antes de dar pasos torpes y descoordinados hasta el lado de la jaula donde estaba Mary Kate y encogerse dejando caer el culo en el suelo, con las patas de lado, como había visto sentarse a Nuru.

No sabía si era por aquel calor en la garganta o por la tensión en su cuerpo a pesar de que Olivia no estaba diciendo absolutamente nada fuera de lugar. Pero el hecho de que Maya se hubiese ido a su lado de la jaula hizo que el tintineo y la ligereza volviesen a ser placenteras.

—Se pondrá bien —y lo dijo con convicción, como si entendiese algo de leones y de veterinaria. Se abochornó enseguida de su propio comentario.

—Sí, ya. Marlowe sigue empeñado en integrarla, y diga lo que diga Bruce, yo sé que no va a parar hasta conseguirlo.

Lo sabes porque lo conoces a fondo.

Más ligereza. Más tintineo. Calor.

Fendy se giró hacia ella y vio que la mujer se detenía en el color de sus ojos, como solían hacer todos. Maya de nuevo hizo el sonido ronco, quizás era el único sonido que era capaz de emitir en su estado y su cuerpo se encogió aún más atrás, dejando que fuese Mary Kate la que estuviese más cerca de Fendy.

¿Yo delante? Pues la llevamos clara, Maya.

Vio que Olivia miró tras el hombro de Mary Kate y su gesto hizo que girase la cabeza. Marlowe había salido de la casa del veterinario. Y su mirada se detuvo un instante en la jaula al lado donde estaba la leona, luego en ella y luego en Olivia Fendy.

—Hienas. —Oyó que le decía a Olivia—. Lo que dijo Amanda.

—Y le encantará llevar la razón —respondió él.

Ver a Olivia en el mismo campo de visión que Marlowe aumentaba aún más la ligereza y el tintineo.

Y regresó el rugido de Maya, que hizo que Marlowe alzase la cabeza hacia la leona con rapidez. Mary Kate notó que él la miró de reojo un fugaz instante.

Marlowe metió el pie en el agarre del remolque y lo abrió para poder desencajarlo del coche.

Mary Kate sujetó los barrotes al ver que la jaula se desplazaba, por un momento pensó que se le venía encima.

Pero habría sido efecto del bamboleo, la jaula no se había desplazado un ápice.

Entreabrió la boca para echar aire. Tenía los dedos dentro de la jaula, con un león dentro. Herido y enfermo, *ok*. Pero era un león capaz de rugir.

Vio a Marlowe girar la jaula y la sujetó para facilitarle el trabajo. Una de las puertas laterales de la casa se abrió, dentro había un hombre de piel oscura, aunque no tanto como las mujeres de aquella mañana.

—¿Pasareis la noche aquí? —preguntó Fendy.

—Según me diga Mike —respondió.

—Le llevará un rato. ¿Te veo ahora? —Oyó decir a Fendy mientras la jaula se desplazaba y su cuerpo con ella.

—Sí, claro.

Me he bañado con las babosas donde el gorila para nada.

No soltó la jaula aunque no hiciese falta su fuerza, tampoco la estaba ejerciendo. Pero soltar

la jaula parecía significar quedarse atrás, como Fendy. Y no quería quedarse atrás.

El tintineo y la ligereza se iba mientras avanzaban hacia la cancela donde los esperaba el hombre.

—Tendrías que haberla traído anoche —dijo el hombre en cuanto vio a la leona.

—Estaba la posibilidad de que no lo necesitara.

Ella sabía bien por qué Marlowe no la había llevado. Hacer a Maya pasar por una jaula y entre desconocidos. No le gustaban. Ya lo había dejado claro con Fendy.

La respuesta de la leona con el veterinario fue similar a lo que hacía con Fendy. Un rugido desde los suburbios.

Entraron en un terreno asfaltado ya dentro de la parcela. Más adelante comenzaba la carpa con la entrada tapada por una lona. Dentro escuchó el sonido de un mono y miró enseguida a Maya de reojo que miraba a un lado y a otro nerviosa.

Pobrecita.

Ahora entendía lo que Marlowe quería evitar.

Él se retiró un momento con el veterinario. La leona se había puesto en pie y lo miró mientras Marlowe se alejaba. Se dejó caer de nuevo, con el culo y sus patas traseras en los barrotes que estaban justo delante de Mary Kate.

Esta pobre se agarra a un clavo ardiendo.

Entre desconocidos se acercaba a lo único que conocía si no estaba Marlowe. Lo había hecho con Fendy y lo volvía a hacer ahora.

Resbaló una de sus manos por los barrotes abajo hasta casi el final donde estaba el pelaje de la pata trasera de Maya. Soltó el barrote despacio y metió la puntas de los dedos en la jaula.

El animal sintió el roce en el acto y enseguida giró la cabeza para mirarla. Pero volvió a dirigirla al frente donde estaba Marlowe.

Mary Kate exhaló aire despacio y abrió los dedos entre el pelaje.

¿Podría quedarme sin dedos en menos de un segundo? Podría quedarme sin dedos en menos de un segundo.

Acarició al animal y avanzó un poco más. Esa vez la leona no se giró hacia ella.

Debo estar loca.

Sin Marlowe en medio, sin que le dijese si hacerlo o no.

Me ha visto agarrada a los barrotes y no ha dicho nada. Y me ha dejado acariciarla por el camino a pesar de que no estaba del todo dormida.

Rascó el lomo de Maya y la vio encogerse levemente.

Marlowe no tienes uñas largas, ¿verdad?

Volvió a rascar.

Las uñas largas molan más.

Alzó la mirada hacia Marlowe y vio que él las estaba mirando, así que desvió la mirada enseguida.

No seremos las mejores leonas de la reserva, pero que no nos subestimen tampoco.

Bruce no estaba de acuerdo en darle una oportunidad a Maya. Quizás había más que tampoco lo estarían. En cuanto a Fendy, supuso que ella vería bien todo lo que hiciese Marlowe.

Maya se giró para mirarla un instante. Los ojos de la leona, hasta vidriosos por la medicación, eran absolutamente impresionantes.

Una oportunidad para nosotras.

Bajó la cabeza y dirigió la mirada hacia su mano entremetida en el pelaje de la leona. Sintió a Marlowe junto a ella.

—Haciendo amigos, por lo que veo —dijo él a su lado.

—Estaba nerviosa, solo quería… —Lo notó cerca de su oído.

—Se lo decía a Maya —la corto él y ella alzó con rapidez el rostro. Encontró los ojos de Marlowe a centímetros de los suyos.

—Cuando te alejas se acerca a mí. —Y cuando lo dijo fue consciente de que no solo lo había hecho cuando se acercó Fendy o cuando la dejaron sola con ella en la jaula.

Lo hizo en la reserva, al borde del barranco, y ella pensó que Maya la atacaría, cuando lo único que el animal quería era acercarse.

—Lo sé. —Marlowe agarró los barrotes de la jaula para empujarla. Volvió a inclinarse hacia su cara—. Bienvenida a la manada, señorita Lyon.

Mary Kate abrió la boca para coger aire, pero este no entró un ápice. La jaula rodaba hacia la carpa, Maya emitió un sonido diferente al rugido ronco, este era más agudo y reflejaba un grito desesperado.

Mary Kate la miró, claro que estaba asustada, estaba aterrada. Tanto que hundió su cuerpo entre los barrotes en un intento de escapar a través de ellos.

Mary Kate notó que los ojos se le llenaban, la imagen de Maya aterrada justo después de las palabras que le había dicho Marlowe hicieron que la jaula se emborronase de inmediato a su vista.

Pronto traspasaron la lona y quedó sola.

La manada.

Había un lugar para ella y para Maya. Un lugar en el que no importaba lo lamentables que pudiesen parecer, sus miedos y debilidades. Una manada temporal, un refugio para los leones rotos.

Quizás las mujeres de la tribu no habían errado del todo cuando se refirieron a ella como la mujer león. Maya convertida en mujer.

Si Maya se hubiese convertido en mujer no sería muy diferente a ella.

Heridas por fuera o por dentro, qué más daba. Leones rotos de igual manera.

Una jaula.

Más heridas.

Maya tenía que recuperarse. Tenía que salir de aquella de la manera que fuese. Merecía la oportunidad de volver a ser lo que realmente era.

Y ella también.

17

Esperó a Marlowe en el coche, más alejada de la carpa de lona. Marlowe al fin salió de la casa de Mike.

—Pasaremos la noche aquí —le dijo y la presión que mantenía en el pecho cayó al suelo liberando del peso. Le daba exactamente igual pasar la noche en el pueblo, en el hostal o en el coche en la puerta del veterinario. No quería alejarse demasiado de Maya.

Las palabras de Marlowe seguían raspando con una fina punta de acero en su piel y ya la habían atravesado, dirección a algo más hondo que hacía que se hubiese abierto un eslabón entre ella y aquel animal escuálido y enfermo que estaba bajo las carpas.

—¿Qué ha dicho el veterinario? —preguntó ella, viendo que Marlowe no se detenía en el coche.

Al hostal, ya.

Ella rodeó el coche y se puso a su lado.

—Necesita antibiótico y ha perdido mucha sangre. Sabremos la gravedad cuando tenga los resultado de las analíticas. Va a hacer un par de placas y otras pruebas. De momento la ha dormido para ponerle las vías. —Él miró hacia las carpas—. Al menos así estará tranquila.

—Estaba aterrada. —Los ojos de Maya llegaron de nuevo a su cabeza.

—Una jaula y un lugar extraño, ¿cómo estarías tú?

Ella ya estaba así, en una jaula, invisible, pero una jaula. Y en un lugar extraño, que dejaba de ser tan extraño cuando Marlowe estaba cerca.

Miró también hacia las carpas. Demasiados sentimientos paralelos la estaban uniendo a Maya, sobrenatural y extraordinario, teniendo en cuenta lo que cada una de ellas era.

—Vamos al hostal. —Lo oyó decir. Algo que ya tenía asumido.

Y lo único bueno que tenía el hostal era un cargador para el móvil. Había intentado leer los mensajes unicornios, pero la batería no le permitió ni abrir el chat. Ni siquiera se había acordado de ponerlo a cargar. Y eso era extraño cuando el móvil siempre había sido la extensión de su mano.

Estaba claro que allí no era nada útil y algo que no echaba de menos.

—Al menos hoy dormirás bien, ¿no? —dijo él.

Mejor vas a dormir tú.

Y a ella tendría que darle exactamente igual porque acababa de llegar y apenas conocía a Marlowe.

—Anoche también dormí bien. —Un sueño profundo e intenso como ya no recordaba.

—¿Acostumbrada a dormitorios de sesenta metros y mansiones? —La ironía de Marlowe hizo que ella contuviese la sonrisa.

—Sí. —La carpa se alejaba de la vista.

Tomaron otra calle, ya la reconocía. Una calle ancha y principal llena de comercios. Se colgó mejor la mochila.

—¿Traes tu llave?

—No. —La había dejado en la casa. Quizás porque ir al hostal no era una idea que le gustase y llevarla consigo podría ser una especie de mal agüero o de atracción a que terminase allí.

Pero había terminado allí de todas formas.

—Le pediré otra a Olivia —respondió él. Ya llegaban a la parte lateral del hostal, donde estaba la puerta del restaurante.

Le daba igual hasta dormir en el suelo. Solo quería un enchufe en aquel momento.

Miró su móvil con la pantalla oscura.

—Y un cargador —dijo y Marlowe bajó los ojos hacia la pantalla.

—Puedes usar el mío.

Lo necesito para desquitarme diciendo burradas y que me respondan burradas más gordas. No, no puedo usar el tuyo. Tiene que ser este. El arma más poderosa que tengo ahora mismo.

—Cargarlo es solo un momento, muchas gracias —respondió ella.

Marlowe empujó la puerta del restaurante.

Era media tarde y no estaba tan lleno como el día anterior. Tan solo una mesa ocupada y varias personas en la barra. Olía a una especie de café intenso y extraño, un olor que hasta la invitaba a pedir lo que fuese que llevara aunque no pegase ojo en media noche.

—¿A qué huele?

—Es una infusión de especias que mezclan con café. Ni siquiera lleva leche, es… extraño si no estás acostumbrada.

Vio a Fendy dirigirse hacia ellos.

—Lo quiero —dijo con rapidez y Marlowe alzó las cejas—. Y esos rollitos de azúcar de allí, los que tienen el chocolate.

—No es azúcar ni es chocolate.

—Da igual, lo quiero también. Dos. —Los estaba señalando con el dedo.

—¡Vance! Atiende a Miss Lyon, por favor. —Era la voz de Olivia, que llegó con una sonrisa enorme.

Lo contenta que está. Para no estarlo.

—¿Señorita Lyon? —le dijo un chico desde la parte de la barra donde estaban las bandejas de los dulces o lo que fuese aquello.

Mary Kate dio unos pasos, pero miró atrás.

Me ha quitado de en medio elegantemente de un plumazo. Crack.

—¿Cómo está la leona? —Oyó a Fendy tras su espalda.

Hambrienta, ¿no lo ves?

Contuvo la sonrisa mientras llegaba a la barra. El joven le dio una bandeja pequeña de madera para que cogiese lo que fuera.

—Puede coger lo que desee y llevárselo a la mesa —le dijo y ella le dio las gracias.

Se mordió el labio observando bandeja por bandeja.

No sé qué coño es esto, pero voy a probarlo.

De lejos parecía hojaldre con chocolate. No lo era.

Se detuvo delante de unas pequeñas tortas.

Y esto también lo voy a probar.

Ladeó la cabeza mirando lo que parecía un huevo frito del tamaño de uno de codorniz. Tampoco es que estuviese frito.

Pa la bandeja también.

Miró un instante a Marlowe. Ya no podía escuchar qué hablaban, él se había inclinado para escuchar a Olivia, que estaba algo alzada de puntillas y se había apoyado con la mano en el pecho de Marlowe.

Tintineo. Ligereza. Calor.

Cogió además dos capullos de hojaldre rellenos de algo.

—¿Señorita Lyon? —Era una chica, tuvo que girarse y bajar la cabeza para mirarla. Si no era hermana de Fendy, se le parecía sobremanera, aunque mucho más joven. Apenas habría cumplido los dieciocho—. Mi tía dice que necesita un cargador.

La chica llevaba un cargador, justo el que necesitaba.

—Muchas gracias —le dijo cogiéndolo y sujetando la bandeja con una sola mano.

—Tiene un enchufe al lado de aquella mesa.

—Estupendo —sonrió todo lo que pudo.

Soy infantil, estúpida y una amargada de la vida. Fendy está siendo amable conmigo y yo intentando evitar el hostal solo porque se está empotrando a Marlowe.

Miró la mesa que le había señalado la chica.

Soy una persona horrible.

Se dirigió hacia la mesa con la cabeza baja.

Quizás no estaba muy equivocada Basilia Ramson cuando decía todo lo que ella era. Una joven acostumbrada a tenerlo todo cuando quería y tal y cómo lo quería. Y por eso aquella reacción de rabieta de «como estaba jodida ella, que se jodan todos los demás».

Cogió aire profundamente y se sentó en la silla dejando el cargador y la bandeja en la mesa.

Podría haber metido la pata en el chat unicornio si no hubiese recapacitado. Miró hacia

Marlowe, seguía hablando con Fendy.

Encima soy una desagradecida.

Lo estaba siendo con Marlowe, un hombre que la había aceptado irrumpiendo en su casa y su vida, y solo había hecho que ayudarla desde que llegó. Aunque le pareciese mentira y su sensación fuese que llevaba allí mucho más tiempo y sintiera que Marlowe fuese su seguro de vida ahora, apenas había llegado la mañana anterior.

Egoísta y desagradecida.

Una vez más tenían razón los Ramson. Enchufó el cargador y metió la clavija en el móvil. Miró de nuevo a Marlowe.

Ligereza. Tintineo. Calor.

No se iba aunque quisiese. Encendió el móvil.

Chat alternativo

Vicky: Señores… ¡están en línea! ¡A por ellos!

Blake: ¿Sí? Marlowe no ha dicho ni una palabra, ya le vale.

Wilde: Como siempre.

Mayte: Pues Mary Kate está hablando con nosotros ahora mismo.

Lyon: A mí no me ha escrito todavía. Voy a llamarla ahora mismo.

Claudia: Después. Ni se te ocurra cortarnos ahora mismo, que nos está contando.

Stoker: ¿Qué os está contando?

Mayte: Así no funciona esto, Stoker, a vosotros que os cuente Marlowe.

Hércules: Pues la llevamos clara.

Damon: Y a los que solo estamos aquí, ¿quién nos cuenta?

El Malo: Somos relleno, creo.

Wilde: Jajaja. No creáis que los Misters estamos mejor. Marlowe habla muy poco.

Natalia: Resumen. Están en el hostal porque a Maya la han atacado las hienas y está mal. Mary Kate ha sobrevivido a una serpiente, a la cola de Sabrina, a un mono ratero, a una leona, a hormigas de cabeza gorda, a un gorila y a una charca de agua con babosas. Ah, y a las cucarachas en forma de platillo que se come Sabrina.

Stoker: Jajajaja. Muy bien.

Lyon: Por Dios.

Byron: ¿Se ha bañado donde las babosas? No me lo puedo creer.

Mayte: Oooohhh, dice que Marlowe le ha llevado a un hijo de Mali de dos meses.

Wilde: ¿Veis? Eso no nos lo contaría.

Stoker: De todo eso, si acaso, nos contaría lo del gorila.

Claudia: Un león chiquito. Ya estamos muriendo de amor.

Mayte: Dice que Maya está muy mal. Pobrecita.

Byron: Qué lástima. Es preciosa esa leona, pero está en muy malas condiciones.

Irina Yadav: Como la nuestra.

Vicky: Irina, ¿andas por aquí?

Irina Yadav: Claro. Por fin habláis de algo interesante. He tenido que vaciar el chat varias veces.

Claudia: Jajajaja.

Vicky: Mary Kate dice que Marlowe está hablando con Fendy y ella está en la mesa cargando el móvil. Misters, ¡a las filas! Enteraos si sigue con la Fendy y luego lo cascáis por

aquí.

Stoker: Jajajaja. No podemos preguntarle así directamente. Es muy descarado, ¿no?

Vicky: ¿Queréis que lo hagamos todo nosotras o qué?

Wilde: Jajaja. Me voy a atragantar.

Blake: Seguid contando. Que le estoy hablando a Marlowe, pero pasa de nosotros.

Vicky: Que cuando estaban en el lago ese, el gorila apareció y Mary Kate estaba medio desnuda. Que le ha saltado un ojo a Marlowe con una teta y lo ha visto Bruce.

Mayte: Qué basta y qué bruta, Vicky. Y en el ojo no ha sido, ha sido en la cara.

Blake: Wilde se tiene que estar ahogando de la risa ahora mismo.

Lyon: Vicky, estoy por aquí, ¿recuerdas?

Vicky: Hola, Chris. A lo que voy, como se entere la Fendy la va a arrastrar de los pelos por la reserva.

Stoker: ¿Y Bruce se lo va a decir?

Natalia: Ni lo dudes.

Byron: ¿Y ahora qué hacemos?

Vicky: Esperar a que se líe parda y luego decidimos.

Lyon: ¿Cómo?

Vicky: Chris, esperar a que se líe parda y luego decidimos.

Lyon: Pues no me parece. Porque la culpa es vuestra, que la habéis enviado allí con extrañas intenciones que ni ella ni él saben con el dichoso documental. Y luego están las consecuencias como esa señorita Fendy, que encima me da hasta pena porque estoy viendo lo que va a pasar.

Vicky: Oye, que a mí Blake me dijo que Marlowe estaba solo, ¿eh? A nosotras no nos eches la culpa. Es de los Misters.

Blake: Lo de que la culpa de lo que sea iba a ser nuestra era algo que estaba viendo venir.

Stoker: Jajajaja.

18

Lanzó una mirada fugaz hacia Marlowe y Fendy. Ahora un hombre se había acercado y hablaba también con ellos.

Y la leona esta no le quita la zarpa de encima.

Encogió la nariz y bajó los ojos hacia la pantalla del móvil. Les había hecho a sus tías, su hermana y su madre un resumen de su escueta, pero intensa estancia. Y aunque habían puesto risas y su tía Vicky había enviado llamas de fuego con el episodio de la charca de las babosas y su bochornosa reacción en sujetador sobre Marlowe, parecía que habían desaparecido todas a la vez.

«¿Andáis por ahí?». Tuvo que preguntar, nadie le respondía desde hacía unos minutos.

«Claro que andamos por aquí». Al fin apareció una de las madrinas, Mayte. «No nos vamos a ir a ninguna parte, MK. No estás sola, ¿recuerdas?».

«Además hay algo que necesitamos que sepas», dijo Natalia.

Alzó las cejas al leerla.

«Estamos organizando una fiesta de navidad para los Misters, ¿sabes?», escribió tía Vicky.

«No es eso. No la distraigas ahora», respondió Natalia.

«¿Podemos empezar con buenas noticias y luego le das las malas? No cuesta nada», replicó Vicky.

Pues estoy como para malas noticias.

Encima Vicky las había dicho en plural.

«¿Qué ha pasado?», preguntó y volvió a mirar a Marlowe.

Las malas noticias seguramente que en la distancia se llevaban mejor.

«¿Los Ramson?», añadió a su pregunta.

Sabía que aparecerían por alguna parte, pero no los esperaba tan pronto. De todos modos estaban lejos, en la otra punta del mundo.

«Blake te lo explicará mejor. Pero ahora quieren rodar también un documental y ese jefe que tenéis en el grupo dice que solo distribuirá el que más le interese. Así que, chica, haz que se le caigan los mocos en la presentación y tumba a los Ramson».

Sintió cómo el pecho se le encogía hasta hacérsele un gurruño apretado y duro que le dolía. La ligereza de las piernas se intensificó y el temblor llego hasta su estómago.

«No entres en pánico», escribió su madre. «Llevas ventaja. Una enorme, de dos metros y pico».

Volvió a mirar a Marlowe y entreabrió los labios para respirar acelerada. La presión en sus

hombros se había multiplicado en peso y consistencia.

Contra los Ramson.

Igory y Basilia intentarían tumbar su propuesta por todos los medios.

Por su cabeza pasaron como fotografías mudas y rápidas la imagen de su familia, la de los Misters y hasta la de la llanura de la reserva y aquella buena gente del poblado que necesitaban el agua.

Y todo depende de mí.

Y ella apenas era nada. Más ligereza y más terror azotaban su cuerpo. Apoyó el codo en la mesa y dejó caer la frente en su mano.

«Ahora lo importante. La fiesta navideña. Stoker os está preparando los billetes».

No iba a ir a ninguna fiesta navideña. Aunque iría a Londres para cenar con su familia, no tenía ni cuerpo ni ganas para eventos.

«Allí también estarán los Ramson», añadió Natalia.

Con menos razón.

«Te has levantado hoy de vieja amargada», replicó tía Vicky.

Se llevó la mano a la cara. Huir de los Ramson iba a ser tarea imposible. Estaban dispuestos. Irrumpir completamente en su vida empujando los barrotes de su jaula para que no pudiese tumbarlos.

«Solo quiero que lo digiera todo».

No lo digeriría, lo vomitaría. Y ya se había terminado la merienda, todo saldría por el camino de las cañerías. Arrastró la mano de la frente hasta la boca y encogió el estómago.

Solo la idea de estar frente a los Ramson en un evento, solo la idea de estar frente a ellos compitiendo por un proyecto. Apretó el estómago aún más.

Cerró los ojos.

No lo digería, lo vomitaba.

Dio la primera arcada y se puso en pie con tanta rapidez que la silla sonó al desplazarse en el suelo. Sabía que había llamado la atención de Marlowe y que al mirarla él, Fendy y el otro hombre también dirigieron su mirada a ella.

Pero echó a correr mirando a su alrededor dónde estaba el baño sin apartarse la mano de la boca. Encontró el símbolo y apresuró los pies. Abrió una pequeña puerta de madera celeste, el olor a cañería era fuerte a pesar de que el mismo pasillo llevaba a una especie de patio trasero, tendrían algo de atasco. No era que fuera un hostal muy sofisticado.

Encontró dos puertas y abrió la primera que encontró, también celeste. Allí estaba el wáter, esperándola sin tapa.

Mejor, ya no aguantaba más. Acababa de comer y era cuando más difícil era sujetarlo.

Los nervios parecieron explotar en su estómago y subirle hasta la garganta.

Sintió una presión en el brazo y se irguió del susto. Marlowe tiró de ella y la sacó del diminuto baño hacia el pasillo. Tuvo que volver a ponerse la mano en la boca y el amargor de lo que venía estómago arriba quedó adherido en su garganta.

Volvió a tirar de ella hasta aquel patio interno, dejando atrás el olor a cañería, que aumentaba aún más sus ganas de evacuar el remolino de nervios.

—¿Qué pasa? —La soltó y se puso frente a ella subiéndole la barbilla con la mano, quizás para que le entrase mejor la brisa. Anochecía.

Pero no podía responderle, cerró los ojos y respiró por la nariz.

—El maldito móvil. —Lo oyó decir y sacudió negando con la cabeza, pero él le apretó la barbilla y se la subió aún más—. ¿Ha sido directamente él o el plan es más cobarde y sofisticado para ponerte así aunque esté a kilómetros? —soltó Marlowe y ella tuvo que abrir los ojos para mirarlo—. Sea lo que sea, lo ha conseguido.

Marlowe le soltó la barbilla y se retiró de ella con rapidez, como si entre ellos fuese a derramarse todo aquel pánico que le recorría el cuerpo.

Apretó la lengua al paladar y tragó saliva y aquel amargor, mientras cogía aire por la nariz.

Mary Kate apoyó una mano en la pared del patio y volvió a coger aire sin dejar de apretar la lengua al paladar, una manera de cerrar la garganta y que el amargor fuese bajando de nuevo. Tuvo que colocar también la otra mano en la pared, si se encorvaba por el dolor de la barriga acabaría cediendo al vómito.

Marlowe esperaba a media distancia, una distancia en la que no lo mancharía si explotaba su estómago al fin.

—Los Ramson quieren el proyecto, presentarán una alternativa al mío en tres meses. —Volvió a respirar por la nariz.

—Vale. —Fue la respuesta tranquila de Marlowe.

Y se queda igual, no los conoce.

—¿Algo más? —añadió él.

Mary Kate bajó la cabeza y volvió a tragar el amargor.

—Tienes un evento con los Misters en Navidad. —Ni siquiera en su nuevo círculo seguro iban a dejarle espacio y tranquilidad—. Y allí estarán ellos.

—Tengo un evento. ¿Yo? —preguntó él con cierta ironía.

Giró la cabeza para mirarlo. Mirar a Marlowe siempre era dejarse llevar por lo que transmitía su imagen tranquila, segura y poderosa. Claro que a él le daban igual los Ramson. Para él no eran más que moscas molestando al león.

—Los Misters, sí —respondió ella y él alzó las cejas.

—¿Tú no? —Entornó los ojos al oírlo. Imagen tranquila y poderosa donde las hubiese.

Negó con la cabeza y Marlowe frunció el ceño. Dio unos pasos hacia ella.

—¿Por qué? —Hasta bajó la cabeza para acercarse más a su oído y escuchar la respuesta que ella pudiese darle.

Porque solo van por una razón.

Estaba completamente segura. Y ella no era capaz. Pero no quería decirlo en voz alta. Miró a Marlowe, tampoco hacía mucha falta que lo dijese, seguramente él ya lo sabría.

—Hemos traído a Maya para que Mike la recupere. Pero supongo que estás de acuerdo con Bruce en que hay que darle una solución drástica a sus circunstancias. —Mary Kate se sobresaltó y él se retiró de ella.

¿Dejarla morir o alejarla de aquí como dice Bruce?

—Por supuesto que no —replicó enseguida.

Marlowe volvió a acercarse a ella.

—Las hienas volverán a intentar atacarla, ¿lo sabes? —Tenía los ojos de Marlowe a centímetros de los suyos. Justo la distancia a la que más le gustaba tenerlos.

—Pues… —quería replicar, necesitaba replicarle, pero no sabía por dónde.

Marlowe acortó los centímetros que los separaban.

—Tendrá que aprender a defenderse.

—¿Sí? —La ironía de Marlowe hizo que todo su cuerpo se bloquease.

Mary Kate notó cómo los ojos se le llenaron enseguida.

Ella y yo.

No solo ella había visto una similitud entre dos leonas rotas. Los ojos se le llenaron tanto que no pudo disimularlo delante de Marlowe. Pero él no dijo nada más, dio unos pasos hacia atrás para volver a alejarse de ella. Se detuvo antes de atravesar el pasillo y entrar para dejarla sola. Marlowe le daba la espalda.

—Aquí o en cualquier lugar, Maya solo tiene una opción para sobrevivir —le dijo sin girarse para mirarla—. Y ya te he visto con ella y también la reacción que tiene ella contigo. Te adelanto que es algo poco frecuente en leones. ¿Piensas ayudarme con ella o no?

Ella dio un paso hacia él.

—Claro que sí —respondió enseguida.

—Recuperarse, hacerse fuerte y volver a ser un león —dijo él—. Esos son los pasos para que las hienas dejen de suponer un problema y la acepten los suyos. ¿Seguro que estás dispuesta a ayudarme?

—Sí. —Sonó rotundo.

—Entonces ve a cambiarte si lo necesitas, la noche va a ser larga —le dijo antes de inclinarse para acceder por el pasillo.

Siguió la espalda de Marlowe con la mirada hasta que lo perdió de vista tras las puerta celeste.

Recuperarse, hacerse fuerte y volver a ser un león.

Se dio media vuelta, dándole la espalda al pasillo. Marlowe había sido más que claro.

Cristalino.

Bajó la cabeza y resopló. Cerró los ojos, la humedad no se había ido del todo, pero ya no rebosaría ni una gota.

Estaba a favor de que Maya volviese a la sabana salvaje, habiendo visto con sus ojos lo que eso significaba. Hienas que desgarraban su cuerpo y leones que no la querían cerca. Cuando ella ni siquiera se veía capaz de acudir a un evento donde estuviesen los Ramson.

Recuperarse, hacerse fuerte y volver a ser un león.

Las hienas dejarán de ser un problema.

Marlowe seguramente no fallaba, así que más le valía tatuarse aquellas palabras en la frente.

Se llevó la mano al cuello, allí seguía el collar de oro blanco y brillantes, la soga de Igory.

Los leones no llevan collar.

Pasó la otra mano tras su nuca. Aquellos cierres de seguridad llevaban tiempo y sola era complicado. Fue el propio Igory el que se lo colocó.

Recuperarme, hacerme fuerte, volver a ser un león.

Idear, diseñar el documental, tenía las herramientas, pocas, pero la principal, Marlowe, estaba a su lado. Todo el tiempo. Como también estaría junto a Maya hasta recuperarla.

Detuvo los dedos en el cierre del collar.

Ni así se veía capaz de superar a los Ramson. Apretó los dientes.

¿Por qué demonios se han tenido que meter?

Eran las consecuencias, el castigo que siempre tenía que recibir de su parte. Se había marchado fuera de su alcance, allí no servía cualquier castigo. Eligieron uno que la dañaría estuviese donde estuviese. Sin tener que cruzar con ella ni una sola palabra. Solo jugando con su mayor problema. La inseguridad y el miedo.

Hijos de puta.

Apretó los dientes y contuvo la respiración. Le dio con el dedo a la pequeña ruleta y el broche se abrió.

La gargantilla cayó pecho abajo y puso la mano para que se enrollase en ella.

Cogió aire por la boca y se llenó los pulmones para soltarlo de golpe.

El lío en el que me he metido es aún mayor del que esperaba.

Ya de por sí el propio documental le parecía un problema cuando tantos, incluido Marlowe, habían puesto su confianza en ella.

Ahora tendría que ganarle el proyecto a los Ramson.

Y no tengo ni puta idea.

Conocía bien a Igory, buscaría los mejores medios para hacer una presentación, un tráiler

absolutamente perfecto. Así que el nivel que necesitaría ella para superarles no tenía límite.

Tenía que reconocer que para el tráiler no había pensado llevar allí a ningún equipo de ayudantes ni cámaras grandes. No creyó que hiciese falta. Ahora ya no tenía dudas.

Resopló.

No sé cómo leches voy a salir de esta.

Posiblemente por la puerta de atrás, como siempre. Y repleta de heridas, como Maya.

Bajó la mirada hacia su mano. Tampoco podría hacer mucho si no comenzaba por lo más importante. Liberarse y salir de la jaula.

Dentro de una jaula nunca podría lograrlo.

Recuperarme, hacerme fuerte, volver a ser un león.

Como lo era su hermana o lo era su padre. Al fin y al cabo, ella también era una Lyon.

Apretó el puño alrededor de la gargantilla y dirigió sus pasos hacia la puerta celeste.

Recuperarme.

Primer paso.

Salir de la puñetera jaula de las pesadillas.

Abrió la puerta y buscó a Marlowe con la mirada, él había regresado con Miss Fendy y con el otro hombre y Mary Kate se apresuró hacia ellos.

Marlowe digirió la mirada hacia ella cuando ya Mary Kate estaba cerca, quizás no la esperaba tan pronto. Quizás esperaba que se quedase en el patio llorando un rato más.

Pero en este punto ya no me quedan ni muchas lágrimas.

Balanceó la mano con el puño cerrado y lanzó hacia Marlowe la gargantilla, y él la cogió en el aire sin ser muy consciente de lo que era.

Mary Kate no se detuvo, rebasó a los tres dirección a la mesa donde había dejado sus cosas. Podía ver la pantalla del móvil encendido, seguirían llegando mensajes de su familia.

—¿Para qué demonios me das esto? —Marlowe la habría seguido hasta la mesa.

Mary Kate cogió la mochila y se la colgó. Tenía que subir a cambiarse y volver a bañarse, esa vez con jabón, ya le había dicho Marlowe que la noche sería larga.

—La primera aportación para tu proyecto de canalización de agua. —Quitó el cargador del enchufe—. No sé si con eso tienes para algo, pero sumará a lo que consigamos con el documental.

Marlowe frunció el ceño y miró la gargantilla.

—¿Por qué? —preguntó él alzando la mirada hacia ella de nuevo, no podía culpar a Miss Fendy por no despegarse de él desde que cruzase la puerta del restaurante. Eran demasiados los motivos por los que Marlowe era un ser absolutamente extraordinario, y esos atributos divinos y celestiales pasaban también por una imagen que, después de haberle dicho claramente cuál era su único camino si es que no quería morir entre hienas, lo ascendían a la altura de un dios.

Pero ni sus atributos celestiales hicieron que se detuviera ni un segundo en él, ella ya se dirigía hacia la puerta que llevaba al pasillo que unía al restaurante con la pensión, camino de las habitaciones.

—Porque ya no lo quiero —respondió y vio cómo Marlowe bajaba la cabeza tras ella para atravesar el umbral sin darse un golpe.

—Si no lo quieres, ¿no es mejor que se lo devuelvas a él?

Lo seguro que está que es de Igory.

Marlowe tenía la intuición sobrenatural de la tía Natalia. Y aunque eso aumentara el bochorno, también eliminaba la ansiedad de tener que ocultar, tapar o disimular. Y le estaba encantando aquel abandono de apariencias y mostrar lo que era: una leona rota. Como Maya.

Porque no tenía nada de malo serlo. Y porque allí, en la reserva de Laurence Marlowe, siempre estaba la oportunidad de poder hacerlo mejor.

Se detuvo y se dio media vuelta para ponerse de cara a Marlowe, que seguía tras ella.

—Aquí será más útil.

Marlowe la miró en silencio un instante, quizá intentando buscar respuestas en su expresión a cualquier cosa que se le estuviese pasando por la cabeza en ese momento. Era extraña la sensación de estar frente sus ojos, porque parecía que a Marlowe siempre le quedaba mucho más por ver y comprobar.

—Aun así no puedo aceptarlo. —Le cogió la mano para ponerle la gargantilla sobre ella.

—¿Por qué? —Mary Kate retiró la mano para que no se la diese.

—Porque es una respuesta impulsiva a lo que él ha hecho.

Ella puso el dedo en el pecho de Marlowe señalando y lo apretó en él.

—Una respuesta impulsiva a lo que él ha hecho hubiese sido lanzar la gargantilla al río del cocodrilo. —Volvió a apretar el dedo en el pecho de Marlowe.

Está duro de narices. Tremendo.

—Y es donde va a acabar si no te la quedas porque no pienso devolvérsela, pero lanzarla al río sí que va a ser mi respuesta impulsiva a tu rechazo. —Apartó el dedo del pecho de Marlowe —. Y es una pena. Así que decide. O para el poblado o para el cocodrilo.

Marlowe alzó levemente las cejas, su expresión había cambiado al sarcasmo absoluto.

—Para el cocodrilo —dijo él y ella asintió con la cabeza conteniendo la sonrisa—. ¿Y es buena? —preguntó Marlowe con ironía.

—Esa gargantilla es parte de su escenario de apariencias y frivolidad narcisista suprema. —Se puso las manos en la cintura—. Claro que es buena. —Volvió a contener la sonrisa—. Al cocodrilo le encantará seguramente.

Esa vez consiguió que Marlowe no pudiese ocultar del todo la leve risa.

—De todos modos… —Marlowe cerró la mano y la gargantilla despareció de su vista dentro

de su mano—. La guardaré un tiempo de tus reacciones impulsivas, por si cambias de opinión.

Lo miró mientras él se daba la vuelta, su espalda enorme no la dejaba ver nada más. Marlowe regresó al pasillo que llevaba al restaurante y lo perdió de vista.

Mary Kate se llenó los pulmones de aire y los soltó de golpe mientras seguía girando la puerta del pasillo por donde se había ido Marlowe.

Ya voy entendiendo.

Las fieras peleándose el día anterior.

Bajó la cabeza.

Alguien que arregla leones rotos nunca sería capaz de romper a ninguno.

¿Sería esa la zona de seguridad que le transmitía Laurence Marlowe? Por eso Maya no se despegaba de él. Por eso ella misma no era capaz de despegarse mucho de él.

Volvió a mirar a la puerta y dio unos pasos atrás alejándose de ella, pensando que más allá de aquella madera habría una mujer tremendamente afortunada.

Miss Fendy, la elegida de dios.

En un bullicioso Londres durante años, en multitud de viajes por todo el mundo, nunca había encontrado a un ser extraordinario a aquel nivel, con la capacidad de hacer que hasta con el cuello a milímetros de la boca de una serpiente, con tan solo mirarlo pudiese estar segura de que todo iría bien.

Pudo sentir cómo dentro de su cabeza una luz roja y brillante se encendía.

Peligro absoluto.

En sus circunstancias y teniendo que estar allí bastante tiempo, un tiempo suficiente como para apartar del todo a Igory Ramson de su cabeza, corría el peligro de que la presencia continua de Marlowe junto a ella la convenciese de que el resto del mundo ya no merecía la pena.

Y sin más remedio ella pertenecía a ese resto del mundo.

Se retiró del pasillo con rapidez y se dirigió hacia las escaleras, llevándose la mano al cuello desnudo.

Se palpó la piel desnuda.

Ya no había nada de Igory en ella.

Solo heridas y cicatrices que no se veían.

Larvas.

Larvas que podían curarse.

Para mis larvas no tiene nada.

Contuvo la sonrisa al recordar las palabras de Marlowe. Hasta antes que ella se había dado cuenta de sus similitudes con Maya. ¿Desde cuándo?

Un león roto.

Abrió la puerta de su habitación.

Soy un puñetero león roto.

Se miró al espejo. Demasiado delgada, despeinada y con las mejillas y el pecho enrojecidos por el sol. No era su mejor versión. Una versión aún peor que la que tenía en Londres, allí al menos podría maquillar las consecuencias físicas de sus males.

Un león roto.

Pero un león al fin y al cabo. Volvió a contener la sonrisa. A pesar de verse con aquellas pintas, nunca se sintió tan cerca de su padre y hermanos.

Se acercó al espejo mirándose el lugar en el que estaba la gargantilla.

Libre.

Aunque la perseguirían a donde fuera.

Recuperarme. Hacerme fuerte. Volver a ser un león.

Un león metido en un proyecto enorme.

Sacó la ropa de una de las maletas y se metió en el cuarto de baño con el móvil en la mano, lo alejó de su pecho e hizo una foto en la que se viese bien la fina línea blanca que el sol no había podido enrojecer bajo la gargantilla. La señal no duraría ni dos días.

La envió a las unicornios.

«Hermana, eres una sandía. ¿Te duele?», dijo Michelle.

Rio al leerla. Despistada como siempre, ni siquiera se había dado cuenta. Y eso que estaba delante cuando su padre dijo que dejase la gargantilla atrás.

«¿La has tirado al río?», preguntó Natalia y su risa aumentó. A ella sí que no se le escapaba ningún detalle.

«La tiene Marlowe».

«Toma ya», escribió Vicky. «Tu padre nos va a colgar de las torretas de la casa Lyon».

«Jajajaja». Su madre lo acompañó también de emoticonos.

«¿Por qué?». Su padre quería que se quitase el collar, supuso que sería una alegría para él cuando se enterase.

«Porque nos echa la culpa de todo. Ahora vamos a lo importante. Elige un color, blanco, negro, rojo o verde».

«Si es para esa fiesta, aún no sé si voy a ir», respondió.

«Tú elige color y ya veremos», respondió Mayte.

Echó todo el aire por la boca y volvió a cogerlo. Ladeó la cabeza pensando. Tía Mayte había sido la última en hablar y su cabeza enseguida se dirigió a años atrás, a vídeos y fotos de la fiesta que dio tío Damon por su título de sir. Recordaba el vestido de tía Mayte, uno de los vestidos que en su cabeza estaban en el pedestal más alto, quizás por el contraste visual que daba aquel color rojo brillante a los jardines de la mansión Damon con todas aquellas esculturas monstruosas.

«Rojo», sonrió al escribirlo y le dio a enviar.

«Hadas madrinas, a trabajar», respondió tía Vicky.

Mary Kate alzó la mirada para ver su reflejo en el espejo.

«Con mangas, por favor», se apresuró a escribir. No quería dejar al descubierto los huesos sobresalientes del hombro ni la delgadez de sus brazos.

«¿Y Marlowe?», preguntó tía Vicky.

«Está abajo con Miss Fendy».

«Si dices que está abajo es que tú estás arriba…», dijo su hermana para que ella acabase la frase.

«Voy a ducharme. Esta noche creo que la vamos a pasar con la leona».

«¿Con la Fendy?», preguntó Vicky.

El cuerpo entero le dio un respingo para soltar una carcajada que resonó en los azulejos del baño.

Se llevó el dorso de la mano a la nariz para seguir riendo.

«Con Maya, Vicky», le respondió Natalia.

El chat se llenó de emoticonos y risas.

Ella no es un león.

Apretó los labios y se miró de reojo en el espejo.

Natalia seguía escribiendo.

«Mary Kate, la doctora conoce bien a Fendy, así que quizás para fastidiarla a ella, porque ahora mismo lo que más desea es que su antigua amiga se despida definitivamente de Marlowe, le cuente lo del lago, ¿vale? Y no va a sentarle bien».

«Natalia, es una alegría tenerte en el chat, siempre augurando cosas felices», intervino Vicky y llegaron las risas de Michelle.

«Hace bien en decírselo», dijo tía Mayte. «Para que no la coja desprevenida».

Pero eso era algo que ya esperaba, ahora que lo decía la madrina que nunca fallaba en nada, su pensamiento parecía más real aún. Cogió aire y lo soltó en un resoplido.

«Pero yo no lo hice con ninguna intención. Fue una… reacción estúpida». Torció los labios y le dio a enviar.

«Qué niña más inocente», escribió tía Vicky. «Aquí no importan tus intenciones, Mary Kate. Aquí el problema es que hay una mujer intentando joderle el empotre a otra, ¿lo sabes? No hay reglas y le va a importar un pimiento que esta vez a la que cojan de los pelos sea a ti».

Mary Kate negó con la cabeza.

«¿Voy a acabar como Maya?», preguntó y su hermana colocó un emoticono de fuego.

«Mary Kate», siguió Natalia. «Bruce y Fendy son mujeres impulsivas y Marlowe es así como la pieza grande. No creo que haya muchos por allí, ¿verdad?».

Ni aquí ni en ninguna parte.

«Y lo peor es que una y otra se creen con derecho sobre él en orden de llegada. Algo así como los animales con los territorios. Y tú eres la última en llegar», siguió tía Natalia.

«Pero yo no soy ninguna amenaza para ellas. Ya os he dicho que mis intenciones con Marlowe no son las que ellas pueden pensar».

«Niña inocente, vuelvo a repetirte que tus intenciones dan lo mismo», respondió Vicky.

—Pufff —resopló.

«Voy a acabar como Maya», repitió ella en el chat y esa vez no era una pregunta.

Pero ser como Maya comenzaba a gustarle muchísimo. Tanto que tuvo que contener la sonrisa.

«Así que tienes dos opciones. Alejarte de Marlowe o que te resbale todo y seguir como vas», dijo su madre.

No puedo alejarme de Marlowe. No es una opción.

«Ya te adelanto que Marlowe no tiene nada con la Fendy», dijo Vicky.

«¿Vicky, ya lo sabes?», preguntó Mayte.

«Me lo acaba de decir Stoker por privado. Dice que se lo ha preguntado directamente a Marlowe y le ha contestado que solo está con ella cuando se encarta, ¿os tengo que explicar qué quiere decir eso?».

«Noooooo», respondió con rapidez Mayte.

«¿Stoker ha hablado con Marlowe?». Mary Kate se llevó la mano a la frente en cuanto lo envió.

No lo había visto con el teléfono en ningún momento y no se había separado de él. Así que supuso que sería en aquel momento, mientras ella estaba arriba. Una suerte no estar delante, se le hubiese caído la cara a trozos.

«Son amigos, los amigos hablan, ¿sabes? Igual que las hadas madrinas y las madrastras y las hermanas gemelas», respondió Vicky.

«¿No le habrás pedido a Stoker que se lo pregunte? Qué vergüenza». Resbaló la mano desde su frente hasta la mitad de la cara, tapándose un ojo con ella. «A ver si ahora va a pensar que soy yo la que quiero saberlo».

«Mary Kate, vas a tener que hacerte otro unicornio, pero en la frente», le respondió su tía Vicky. «Voy a tener que recordarte, primero: la vergüenza solo sirve para ponerle topes a tus acciones e impedir que disfrutes sin límites de las cosas. Segundo: tiene que importante un pito lo que piense nadie, seamos nosotras, los Lyon, tus maravillosas amistades de Londres, Igory Ramson o Laurence Marlowe».

Apretó los labios y los absorbió dentro de la boca.

«El caso es que esas dos van a seguir jodiéndose todo lo que puedan. Así que esto sigue», dijo Natalia.

«Y ahora estás tú dentro del territorio», añadió Claudia.

Maya y yo.

«Que no se diga que si se te lía parda sin comerlo ni beberlo, no te hemos avisado», dijo Vicky y llegaron más risas. Hasta ella misma rio.

«Si os digo la verdad», escribió mientras a su cabeza regresaba la imagen de Maya y las leonas de Turuc. «Es algo que he visto venir desde el lago».

Frunció el ceño recordando cómo se abalanzaban a ella para echarla de allí.

Turuc.

El macho más grande y fuerte de aquella reserva. Y habiendo visto a Mali, no podía imaginarse cómo sería Turuc de cerca.

«Y esto se suma a todas las noticias de hoy sobre los Ramson, eso lo siento aún más, Mary Kate», continuó Natalia. «Para el documental no te harían falta ni los leones, solo con el escenario menudo bestiario tienes montado», añadió.

No sabía ni cómo con la que tenía encima tenía ganas de reír con las palabras de Natalia.

«¿Qué piensas hacer, hermana?».

Leyó el mensaje de Michelle sin dejar de visualizar a las leonas de Turuc y las hienas contra Maya. La última en llegar, una leona débil y un tanto vulnerable.

¿Que qué pensaba a hacer? La única opción que tenía, según el experto Laurence Marlowe.

«Recuperarme. Hacerme fuerte. Volver a ser un león», respondió y sonrió al enviarlo al chat.

Enseguida llegaron las llamas al chat.

«Exactamente eso», respondió Natalia.

«Siiiiiiiii», dijo tía Vicky.

Su hermana puso una línea entera de llamas de fuego. Y llovieron más emoticonos de gritos y manos a la cabeza.

«Ahora sí, hermana. Bienvenida a tu historia. Por todos los demonios, eres una Lyon».

«Y una unicornio», añadió su madre.

«Bienvenida de nuevo», dijo su tía Mayte.

Tuvo que sonreír al leerlas.

Alzó la mirada hacia el espejo.

—Pues sí. —Se inclinó hacia el espejo para mirarse la marca sin enrojecer que había dejado la gargantilla—. Soy Mary Kate Lyon. —Se enderezó y se subió la camiseta para sacársela por la cabeza, quedándose en sujetador—. Y esta es mi historia.

Fuera la que fuera, la de un león roto, la de una joven que habían condenado a la transparencia repleta de miedos e inseguridades. Débil. Magullada.

Pero estaba en un lugar donde todo eso no tenía importancia.

Se desabrochó el pantalón y fijó la mirada en el estómago hundido y engurruñado por culpa

de tantas pesadillas que se contorsionaban y quedaban atrapadas allí dentro, en una danza extraña que la hacía enfermar sin tener razón, mientras todo su cuerpo temblaba.

Recuperarme. Hacerme fuerte. Volver a ser un león.

Y volver a Londres y ponerse frente a los Ramson para comprobar que ya no podían hacer nada que le doliese.

Se quitó el pantalón. Ya sus heridas en las rodillas estaban mejorando.

Volver a ser un león.

Quizás nunca lo fue del todo, siempre estuvo a la sombra de los grandes Lyon y por esa razón se dejó arrastrar a aquella parte oscura y asfixiante que era estar cerca de Igory. Tampoco eso importaba ahora.

Abrió el agua caliente, esta apenas tenía fuerza y por mucho que le diese a la rosca el caudal no aumentaría.

Se quitó lo que le quedaba de ropa y se metió bajo el agua. Contuvo la respiración.

Se encorvó ligeramente hacia delante y se cruzó los brazos en el estómago mientras el agua caía mojándola por completo.

No sabía ni cómo iba a salir de aquello, tampoco estaba muy convencida de poder ganarle a los Ramson ni el camino para hacerlo. Pero la sola idea de tener una oportunidad de ser al fin un león, como lo era su padre, su tía Georgina, su hermana Michelle, su madre, como lo fueron sus abuelos, como lo serían sus hermanos…

Sintió cómo su espalda se enderezaba y el pecho se llenaba de una ráfaga de energía que la hizo sonreír.

Se pasó las manos por el nacimiento del pelo para quitarse el agua.

Soy una Lyon.

Una con cuerno de unicornio. Giró la cabeza para mirar el tatuaje y sonrió.

¿Cómo demonios había olvidado todo esto?

Cuando durante años había escuchado a tía Vicky repetirle qué significaba aquel símbolo.

Volvió a sonreír.

Acabó rápido la ducha y salió a envolverse con la toalla. Su teléfono estaba encendido.

«Eso, Mary Kate, conviértete en un león y que tiemble Londres. Pueden darle por el culo a todos los Ramson. Y ya puestos, déjate de títeres y de fantasmas de medio pelo, y ve a por el león más tocho de la reserva», había escrito Vicky.

Mary Kate alzó las cejas.

¿Turuc?

Tuvo que contener la risa.

«¿Y eso a qué viene, Vicky?», preguntó tía Mayte. «Si estamos hablando de otra cosa».

Tía Natalia puso un emoticono con la mano en la cabeza y las líneas de risas se

multiplicaron.

Los unicornios habían regresado al chat. Le encantaba.

Chat alternativo

Vicky: Hércules, toma las medidas de Marlowe que le vamos a hacer un monumento y lo vamos poner en el jardín de Mayte y Thomas. Menudo crack.

Claudia: Jajajaja.

Stoker: Jajaja.

Lyon: ¿Qué ha pasado?

Damon: Este no se entera nunca de nada.

Vicky: Mejor.

Wilde: ¿Pero en el jardín no había solo monstruos?

Mayte: Y unicornios.

Blake: Yo no tengo ni idea tampoco. ¿Qué ha hecho el crack?

Claudia: Ya ha empezado a recuperar al león.

Blake: Pues menos mal, porque yo ya estaba temblando.

Wilde: Jajaja y yo.

Irina Yadav: ¿En algún momento dudáis de que esto no va a funcionar?

Wilde: Dudar, exactamente dudar… Pero que hay que echarle imaginación al asunto sí. Son tan diferentes.

Irina Yadav: Usted no se ha detenido más que en una superficie que suele fallar a menudo, pero hay otro tipo de detalles y percepciones que no suelen estar a la vista. En su caso, doctor Wilde, y en el de su no-esposa (porque no tiene valor para pedírselo porque piensa que le va a decir que no) era muy evidente. Pero no siempre es así y tiene el ejemplo en el señor Byron.

Stoker: Buah, Wilde, tienes para recoger por aquí un rato.

Wilde: Muchas gracias por una aclaración pública, señora Larsson.

Hércules: Jajajaja.

Stoker: Wilde, cobarde.

Blake: Jajajaja.

Byron: Yo tengo que decir que en todo momento estoy de acuerdo con lo que dice la señora Larsson. Y además, confío plenamente en Marlowe. Todo va a ir bien.

Wilde: Aquí nadie está desconfiando de Marlowe. Que va a hacer lo que esté en su mano para ayudar a Mary Kate y a lo del documental lo sé. Pero de eso a lo que se espera llegar por aquí, es otro tema.

Lyon: ¿A qué otro tema se espera llegar por aquí?

Michelle: Jajajaja.

Damon: ¿Lo digo? Que Irina Yadav esté en el grupo ya es una pista.
Irina Yadav: Y a usted, Sir Damon, le encantaría que me equivocase.
Lyon: Lo de Irina no me preocupa, que estén mi mujer y mis cuñadas, sí.
El Mago: Le preocupa principalmente una cuñada en concreto.
Mayte: Jajajaja.
Vicky: ¿Marlowe os ha dicho algo del tetazo que ha visto Bruce?
Lyon: A esto es a lo que me refería.
Stoker: Hoy el que me voy a ahogar de la risa soy yo en vez de Wilde.
Blake: Estamos hablando con él, dadnos unos minutos.
Claudia: Es que sois lentos de la leche.
Byron: Es que no es rápido respondiendo. Le estarán hablando y no nos lee de seguido.
Mayte: Pues está con Miss Fendy.
Natalia: ¿Os dice algo de MK?
Hércules: Claro.
Vicky: Y no lo cuentan, menudos traidores. Mayte, échalos del grupo.
Damon: Contarán lo que les parezca igual que hacéis vosotras, que no sois unas santas.
El Mago: Jajajaja.

19

No sabía por qué imaginaba que en cuanto estuviese en línea, los Misters no lo dejarían ni dos segundos en paz. Y tendría que haber una extraña conexión entre ellos y Mary Kate, para que en cuanto ella cogiera el teléfono para hablar con los suyos, los Misters no parasen de escribirle a él, en el chat o en privado. Así que no tenía dudas de que esa extraña conexión tenía cuernos de unicornio.

Se retiró de Olivia para escribirles.

«No sabéis ni disimular», les puso. «Stoker no sabía ni por dónde le venían y no se dio cuenta. Pero yo prefiero no saber la que tenéis montada en el otro chat».

«¿Otro chat? ¿Dónde?», respondió Blake.

«En el que os han dicho que Mary Kate tiene línea y por eso habéis corrido a hacerme preguntas. Las de Stoker en concreto sobre Fendy».

«¿Pero tú no sabes que Stoker es un pedazo de cotilla? No le eches cuenta», dijo Wilde.

Marlowe alzó las cejas leyéndolo.

«Entonces, ¿no tenéis otro chat con las tías y madre de Mary Kate?», les preguntó él.

Estos se creen que soy tonto.

«No», respondió Stoker. «¿Para qué?».

Cogió aire y lo echó de golpe.

«¿Temes que tengamos un chat?», preguntó Hércules y Blake puso un montón de llamas.

«¿Sinceramente? Me da igual», respondió él. «Pero no penséis ni por un momento que soy imbécil. Sé muy bien por qué a quien sea se le ocurrió que era buena idea enviar aquí a Mary Kate».

«No, no tienes ni idea», dijo Stoker y llovieron las risas.

«Claro que la tengo. Y ahora que más o menos he podido observar bien a esa chica, creo que quien tuvo la idea lleva razón. Mary Kate está en el lugar correcto».

Tuvo que contener la risa. Era una pena no verles las caras.

«¿En serio?», preguntó Wilde.

«No caigáis. Nos está vacilando para que le digamos que tenemos otro chat», dijo Stoker.

Llegaron más risas.

Entró un mensaje de Hércules.

«¿Cómo está ella?». Supuso que en parte Michelle, que nunca andaba muy lejos, querría saber otra visión de su hermana más allá de lo que ella pudiese decirle.

«Desorientada, débil, perdida y entra en pánico cada dos por tres. Pero ha conocido a alguien

y, para sorpresa mía, creo que ese vínculo puede ayudarla».

«¿A un tío de dos metros y pico, con melena y que anda con leones?», dijo Wilde y las risas llenaron el chat.

Negó con la cabeza riendo también.

«No. Es alguien mucho más parecida a ella».

«¿No serán Olivia o Bruce, no?», preguntó Stoker. «Porque ahí las amistades ya sabemos cómo acaban». Más risas en el chat.

«Acabo de decir que es alguien parecido a ella. Olivia y Bruce no lo son, precisamente».

No sabía si su mensaje se perdería entre risas y sandeces varias que estaban poniendo. Era difícil tener una conversación seria cuando tomaban cierto rumbo y dudó si merecía la pena seguir diciéndoles algo con sentido.

«¿Es una mujer?», preguntó Blake.

Marlowe sonrió al leerlo.

«Es una leona», respondió él.

«No sé por qué, pero lo estaba imaginando», dijo Byron y su sonrisa se amplió al leerlo.

«Una leona», escribió Stoker. «Mary Kate lleva dos días allí. ¿Dos días? ¿Estás de broma?».

«Débil, perdida… Ella y Maya. Se me acaba de levantar el vello», dijo Byron.

Se apresuró en escribir.

«Maya va a seguir en el hospital mañana. Así que voy a llevar a Mary Kate directamente con Mali».

«Echa el freno, Marlowe», escribió Hércules. «Si le devuelves a Christopher Lyon una leona sin cabeza, te colgará del torreón más alto que haya construido».

«No voy a ponerla en peligro, solo quiero comprobarlo».

«Yo no entiendo de leones y lo mismo voy a decir una burrada», escribió Wilde. «Pero… ¿y si que la haya aceptado Maya no quiere decir nada? Me refiero, a que como está enferma ha podido hacer una excepción».

«No es solo que la haya aceptado. Maya se acercó a Mary Kate sin estar yo, en la linde de la manada de las leonas de Mali, cuando llevábamos todo el tiempo junto al río más alejados. No se suele acercar tanto a las leonas si no está huyendo de algo o si no estoy yo. Y aquí en el pueblo, dentro de la jaula, primero rugió a Olivia y después dejó a Mary Kate entre las dos. Una acción que he visto a veces en algunas leonas jóvenes si están junto a otra leona más veterana de la manada. Así que voy a trabajar a Maya con Mary Kate, pero antes tengo que acostumbrar a Mary Kate a los leones porque de momento entra en pánico hasta con Maya».

«No sé la razón. Qué rarezas tiene esa muchacha», respondió Stoker y llovieron las risas. «Hemos encargado a Marlowe que haga un documental con Mary Kate, pero él se va poner a experimentar con ella y los leones. Marlowe siendo Marlowe», añadió Stoker y todos volvieron a

llenar el chat de risas.

«¿Y ella sabe que piensas meterla en medio de una manada de leones?», preguntó Hércules.

«Le he preguntado que si quiere ayudarme con Maya y ha dicho que sí», respondió a Hércules.

«No tiene ni idea, acaba de despertar a un monstruo», dijo Blake.

Tuvo que aguantar la sonrisa.

«No, no la tiene. Pero tampoco le importa. No es viva, pero a pesar de venir de donde viene, y de estar magullada, dolorida y con todas las incomodidades de estar aquí, no se ha quejado ni una sola vez. Se resigna con lo que tiene, con lo que arrastra, y tira adelante como puede. Así que me gusta mucho más tenerla a ella aquí que a vosotros, ¿lo sabéis?».

Vinieron más risas.

«Porque te encantan los leones, no puedes evitarlo», dijo Stoker.

Leyó el mensaje de Stoker y se detuvo en él unos segundos mientras llegaban más mensajes del resto. Sintió un toque en el brazo.

—¿Qué te cuentan tus amigos para que sonrías de esa manera, Laurence Marlowe? —preguntó Fendy y enseguida él frunció el ceño siendo consciente de la expresión que tendría leyendo el comentario de Stoker.

Miró a Olivia, que no esperaba respuesta. Sus preguntas sobre sus amigos siempre eran retóricas, reflejo de una simple curiosidad del por qué ellos solían hacerlo reír o sonreír siempre.

—La chica cenará aquí supongo, ¿no? —añadió.

—No. —Esa respuesta pareció sorprenderla—. Viene conmigo a la clínica.

Olivia movió levemente las cejas.

—¿Con la leona? Pensaba que querría descansar. Dos días con Laurence Marlowe deben ser muy intensos.

Le notó en la voz el mismo resquemor que a Bruce y en vista a lo que pasó la tarde anterior era necesario sacar a Mary Kate Lyon de aquel círculo extraño que las dos mujeres habían formado a su alrededor.

—Le quedan muchos días con Laurence Marlowe, cuando antes se acostumbre, mejor —dijo él volviendo a mirar el móvil. Tenía un mensaje de Christopher Lyon. Le extrañó que él le escribiese.

—¿Y cómo lleva ese cambio drástico de vida? —Olivia vio que lo que fuese que hubiera en el móvil le había llamado la atención sobremanera.

—Mejor de lo que yo esperaba. —Abrió el chat de Lyon.

Un educado saludo cordial seguido de dos puntos.

«Aunque Mary Kate aún no me ha llamado, me dicen que mi hija está bien. Gracias por acogerla en tu casa y por todo lo que estás haciendo. Ni que decir que de la misma manera tienes

abiertas las puertas de la casa Lyon y de toda mi familia cuando lo necesites.

Un abrazo y mis respetos.

Christopher Lyon».

Christopher Lyon significaba serenidad, educación, caballerosidad y elegancia al más alto nivel. Fuera aparte de los que a simple vista se podía observar en él, a través de la propia Mary Kate estaba viendo mucho más. Impecable trabajo el de él y su esposa con las gemelas. Y se apenaba de que en parte aquel trabajo y todo lo que habían puesto en ellas, se hubiese visto invadido, truncado o amenazado por aquel extraño, pálido y desgarbado hombre que solía acompañar a Mary Kate, y por todo lo que lo rodeaba.

Pero eso iba a acabarse como que él se llamaba Laurence Marlowe. Y ya hasta acudir a Londres y asistir a un evento navideño no le parecía ni tan mala idea.

Porque sus leones, del primero al último, eran intocables.

Alzó la mirada hacia la puerta azul que conectaba el restaurante con la pensión por donde ya volvía Mary Kate.

A pesar de pertenecer a la alta sociedad londinense, a tener un trono y una corona en la casa Lyon, a poseer un físico privilegiado y ser dueña de unos ojos cuyo color parecía estar retocado con un pincel digital, el egoísmo, el orgullo y la soberbia no parecían ir con ella.

Cada vez entendía más al ser Lyon y su compromiso con él, y con Mary Kate, se iba extendiendo lentamente.

La joven llegó hasta él y Olivia. Hasta desde su estatura exagerada podía ver cómo, aun sin tacones, la altura de Mary Kate era notable. La altura justa que hacía que pudiese observar su rostro al completo sin tener que inclinar la cabeza, tan solo entornando los ojos era suficiente.

El pelo recogido en una cola le quedaba bien, pero le gustaba infinitamente más con el pelo de leona con el que se levantaba por la mañana. En cuanto a su tez, en Londres pensaba que aquel brillo porcelánico era producto de maquillajes. Pero no lo era porque allí no llevaba, lo que fuera que le diera ese aspecto de piel casi mojada sería otro tipo de ungüento que hacía que sin maquillar también estuviese sublime.

—Señorita Lyon —le dijo Olivia—. ¿Puedes decirle al cocinero qué quieres de cenar? Más tarde os llevaré la cena a la clínica.

Mary Kate enseguida lo miró a él, quizás la estaba acostumbrando a que fuese él el que elegía la comida sin preguntar. Y no creyó que fuera del todo lo correcto por su parte aunque lo hiciese porque sí sabía qué alimentos eran los que Mary Kate necesitaba esas primeras semanas.

—Lo mismo que Marlowe —respondió ella cuando vio que él no pensaba decir ni una palabra.

Vio de reojo la expresión de Olivia. Estaba comprobando cómo Mary Kate paso a paso se iba metiendo en un terreno en donde no la querrían.

—¿Es mucho, no? —dijo Olivia y sonó más a réplica extraña que a respuesta.

Mary Kate la miró como si no hubiese sido capaz de ver las señales de rugido de Olivia.

—Pues la mitad —respondió Mary Kate y Marlowe alzó las cejas. No por la respuesta, sino porque si seguía ignorando señales se llevaría un zarpazo.

—A mí no, te he dicho que se lo digas al cocinero.

Y se llevó el zarpazo incluso antes de lo que esperaba.

—Perdón. —La joven se alejó de ellos y él la siguió con la mirada. No se había enfadado ni tampoco ofendido por las palabras de Olivia. Tampoco la había visto abochornarse.

No entendía nada. Aún menos la reacción de Olivia.

—¿Por qué le hablas así? —le dijo él a Fendy con tono robusto.

Y ella pareció sobresaltarse.

—Porque yo no soy su sirvienta a pesar de que ella pueda considerarlo así —replicó Olivia —. ¿Te molesta? ¿Esa joven es intocable o qué?

Todos sus leones lo eran.

Y no le estaba gustando el tono que estaba tomando aquello. O se andaba con cuidado, o la pelea entre Fendy y Bruce contaría con un elemento más. Y eso no iba a permitirlo.

—Lo es mientras esté conmigo y va a estarlo los próximos meses —respondió con rapidez y vio cómo ella endurecía la mandíbula.

—¿Pegada a ti todo el tiempo? —preguntó ella con ironía y él fue consciente de que hiciese lo que hiciese Mary Kate, el pie en el charco ya estaba metido por el simple hecho de tener que estar allí junto a él.

—Donde tenga que estar. —Fendy no era Bruce. Bruce entendía mucho mejor su personalidad y sus expectativas en las relaciones. Olivia Fendy quizás no las veía o no era capaz de verlo y quería torcerlas y desviarlas a la fuerza en otra cosa.

No era incómodo ni molesto en circunstancias normales, puesto que allí no había muchas más mujeres lo suficientemente cerca de él. Pero ahora estaba Mary Kate.

—Todo esto lo estaba viendo yo venir —dijo Olivia—. Que en cuanto viniese ella todo iba a cambiar. Pero podrías haberme avisado al menos.

Marlowe tuvo que inclinar la cabeza y bajar la barbilla.

—¿Avisarte? Te lo dije muy claro, creo. —Demasiadas explicaciones le dio para ser él reservado como era, quizás para evitar cualquier tipo de confusión. Y creyó que hasta eso había podido ser el detonante de la pelea con Bruce.

—¿Que no íbamos a vernos ni un solo día?

—No. Eso te lo dije ayer.

—¿Ayer por la pelea? ¿O por esa Lyon? —replicó Olivia.

—Mary Kate Lyon. —Tuvo que corregirla.

Olivia alzó las cejas, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Si no tuviese esa pinta de elfa de los bosques también actuarías así? —La ironía regresó.

—La envían a mi cargo los Misters y más personas que tienen mi respeto y compromiso. Por supuesto que sí.

No fue capaz de objetar nada sobre aquello de elfa de los bosques y a Olivia no se le fue por alto.

—¿A tu cargo como si fuese una niña pequeña?

—A mi cargo como todo el que viene a mi casa. Y si no cambias esta actitud con ella, no podré traerla por aquí.

Aunque no había ningún otro lugar similar a varios kilómetros. La competencia de Olivia en el pueblo no era exactamente una opción, no era un lugar para llevar a Mary Kate.

—Pues trasládala a donde Gregor. —A Olivia no se le pasó por alto el detalle.

Se alejó de él para marcharse al ver que ya se acercaba Mary Kate.

—Olivia, ya —respondió él para que se detuviese aquella actitud.

Pero Olivia no le respondió, solo lo miró antes de darle la espalda. Mary Kate la miró cómo se alejaba.

—Dime que está así porque Bruce le ha dicho lo del lago —le soltó ella en un susurro.

Susurro que hizo que el estómago de Marlowe rebotase para sobresaltar su cuerpo en una carcajada.

Se llevó la mano bajo los orificios de la nariz para ahogarla y cogió aire para contenerlo. Se calmó de inmediato. No correspondía reír porque no eran unas circunstancias que tuviesen gracia. Pero aquel era justo el comentario que hubiese dicho cualquiera de aquellas que se hacían llamar unicornios. Y aunque se le había olvidado por completo, la que llevaba consigo de mochila, y llevaría durante algún tiempo, era una de ellas. Con todas las consecuencias.

Miró a Mary Kate un instante.

Una elfa de los bosques, dijo Olivia. Con aquella cara y aquellos ojos podría ser una elfa y lo que a la señorita Lyon le diese la real gana.

—¿Has acabado ya? —preguntó ella intentando no mirar hacia Fendy.

—No. —Tenía que subir a ducharse y cambiarse también—. Espérame aquí, tardo diez minutos.

Pero la puerta del restaurante se abrió y apareció en el umbral Amanda Bruce, que enseguida dirigió la mirada hacia ellos. Agarro el brazo de Mary Kate.

—No. —Tiró de ella—. Ven conmigo.

Dejarla allí era como dejar a Maya en mitad de la llanura de la reserva, aun con las heridas.

—¿A dónde? —La vio girarse y mirar tras de sí. La joven vio a Bruce y la saludó con la única mano que le había dejado libre.

—Arriba.

La respuesta le sorprendió.

—Y prepara todas tus mejores cámaras para mañana. Vas a conocer a Mali. —Su gesto con Mary Kate llamó la atención de Olivia.

—¿A Mali? ¿Tan pronto?

—¿Sí? —Llegaron a la recepción de la pensión y se dirigieron hacia las escaleras.

—¿Por qué?

Resbaló la mano por el antebrazo de Mary Kate y le envolvió la mano con la suya sin dejar de hacer que lo siguiese escaleras arriba. No temblaba tanto como esperaba. De hecho, no temblaba nada.

—Porque cuanto antes, mejor. —Acababa de hacerla entrar en pánico. Había contado con ello.

—¿Porque cuánto antes me arranquen la cabeza antes te desharás de mí? —replicó ella y tuvo que contener la sonrisa. No sabía si había sido algún tipo de efecto del chat del teléfono, pero a aquella leona le estaba creciendo sin parar un cuerno de unicornio en la frente.

Seguramente aquel cuerno iría inherente y proporcional a su recuperación. No había contado del todo con ello. Los unicornios solían ser tremendamente intrépidos y molestos.

Y con esos sí que no tenía experiencia en ninguna reserva.

20

Pasaron de largo de la puerta de su dormitorio y se detuvieron justo en la siguiente. Marlowe abrió la puerta de la habitación.

—No quiero deshacerme de ti. —Lo oyó decir mientras ella alzaba la mirada hacia el interior de la habitación—. No de momento —añadió él y ella lo miró de reojo.

Aquí debe de ser donde se trinca a la Fendy. Justo al lado de mi dormitorio. Fantástico, encima los voy a escuchar en estéreo.

Marlowe no perdió el tiempo, cogió ropa que había doblada y planchada sobre la cama, dejó caer una pequeña cadena con llaves y la gargantilla de Igory y algo más que no logró ver y entró en el baño, cerrando la puerta.

Mary Kate comprobó que la habitación era exactamente igual que la suya, dio un paso hacia el interior y cerró la puerta tras su espalda.

Bajó levemente la barbilla.

No sé cómo ni por qué, pero he acabado en la cueva del león tocho.

Dio unos pasos hacia la cama mientras oía el agua correr en la ducha y miró la puerta cerrada del baño.

Y dice que no quiere deshacerse de mí de momento.

Contuvo la sonrisa y bajó la mirada hacia la cama. Allí estaba la gargantilla de brillantes. Pero su vista no se detuvo en ella, sino en lo que había visto caer a su lado.

Era el brazalete de cuero marrón que solía llevar Marlowe en la muñeca derecha. Por primera vez lo veía fuera de su mano y por primera vez podía ver la parte interior del cuero. No era lisa como la externa, tenía una especie de línea, aunque con la sombra que hacía la luz no era capaz de distinguirla bien.

Se apoyó con una mano en la cama y cogió el brazalete y se lo acercó. No era una línea, era la abertura a una especie de bolsillo o doble fondo interior.

Frunció el ceño, la curiosidad le podía, comenzó a palpar el brazalete. Si había algo y el grosor le decía que sí, era blando y sin mucha consistencia. Metió la uña en la abertura para poder ver qué había en aquel hueco interior.

Pelo.

Pelo basto, seco, esponjoso y de color blanco roto.

Pelo de león.

Mali tenía la melena oscura, de él no era. Y Turuc era un león dorado, tampoco.

Metió el dedo en la abertura para alcanzar a tocarlo en un intento de imaginar cómo era el tacto de la melena de un león.

—¿No eres capaz de quedarte quieta ni un segundo? —Oyó su voz tras la espalda y apretó los labios en una mueca.

—No pretendía husmear. —Cerró la mano envolviendo el brazalete—. Solo que…

—Sí, sí pretendías husmear —le replicó él y ella se mordió el labio.

Me pillan siempre, no hay forma.

Se giró despacio para comprobar si a Marlowe le había molestado lo que había hecho. Y contuvo la respiración.

No sabía si en algún momento de su miserable vida, viviese los años que viviese, lograría acostumbrarse a la imagen de Marlowe sin camiseta.

Por suerte él no tardó en meter la cabeza por el agujero del algodón y tapar aquella obra de arte de la naturaleza humana y ella pudo echar el aire que había contenido.

Ella abrió la mano para que él viese claramente qué había estado husmeando, aunque ya lo sabría, sobre la cama solo estaba eso, las llaves y una gargantilla que no quería volver a ver.

Acercó el brazalete a Marlowe y este lo cogió.

—Cuando quieras saber algo, con preguntar es suficiente —le dijo él metiendo la mano en el aro de cuero y ajustándolo. No se había molestado en absoluto, pero eso era algo que ella también imaginaba de antemano.

No, no, husmear es más divertido.

Tenía que reconocer que el hecho de que alguien como él llevase un adorno o complemento ya llamaba la atención sobremanera. Así que de alguna forma intuía que aquello debía tener algún tipo de significado. Pensó que podría ser una reliquia familiar. Otra parte de ella, de esa que salía ardiendo sin mucha explicación, pensaba que pudiera ser alguna referencia a alguna mujer.

Pero él era Laurence Marlowe, solo había una debilidad en su vida.

Y aunque allí dentro únicamente fuese pelo de un animal, el hecho de que él lo llevase consigo hizo que sintiese tirantez en la piel levemente a la vez que el tintineo se extendiese pecho arriba.

—¿De quién es? —Miraba cómo Marlowe volvía a atar el brazalete.

—De Atlas —respondió haciendo el nudo y lo apretó con los labios.

—El que murió en la otra reserva.

—Sí. —Marlowe comprobaba que estaba bien ajustado.

—¿Y por qué lo llevas? —Una pregunta que quizás no debería hacer.

Qué demonios, acababa de decir que cuando quiera saber algo, pregunte.

—Porque me salvó la vida. —Marlowe se inclinó para coger las llaves y se dirigió hacia la puerta, tirando de ella otra vez.

A ella apenas le dio tiempo de reaccionar, pronto se vio de nuevo dando zancadas tras la

mano de Marlowe.

Bajaron con rapidez y salieron por la puerta de la pensión sin atravesar el comedor. Y ya alejados, Marlowe le soltó la muñeca.

—¿Hay alguna razón para que me saques de aquí como si fuera una furtiva? —preguntó ella tocándose la muñeca, no entendía cómo no se la había triturado. Aquel cepo que le formaba la mano de Marlowe era tremendamente duro, sin embargo solo ajustaba lo justo para que no se soltase, sin apretar ni un ápice más.

Menudo control de la fuerza.

Años de experiencia con bestias, suponía.

Lo vio volver a contener la sonrisa.

Mary Kate miró tras de sí, dejaban atrás el restaurante.

—Van a arrastrarme por la reserva —dijo en un suspiro.

—No —se apresuró a responder él.

—¿No? De todos modos déjale claro que yo a lo que he venido aquí es a hacer un documental. Y que todo lo demás son anécdotas sin importancia. —Lo seguía aunque ya no la sujetara. Bajó los ojos para mirar la mano de Marlowe.

Que tampoco me importa que me sujetes, eh.

Aunque eso sería sumar más papeletas para tentar a la suerte con Olivia.

—Lo sabe. Y del resto no tengo que darle explicaciones —dijo él sin mirar atrás.

Buff. Ahora sí que me arrastran por la reserva.

—Escucha —le dijo con frescura y dio unos pasos ligeros para ponerse junto a él, llevándose la mano al pecho—. A mí no me vayas a meter en ningún juego de dominación ni chulerías de cortejo que tengas con la Fendy, ni con la doctora, ni con nadie.

Marlowe se detuvo y se giró para ponerse de cara a ella.

—¿Me ves con ganas de ese tipo de juegos?

Yo a estas horas con la paliza que me estás dando, no veo directamente.

Marlowe se inclinó para acercar su cara a la de ella.

—Te equivocas —respondió él mismo y se retiró de ella para seguir andando.

Ella lo siguió con la mirada mientras él pasaba delante.

—Yo solo sé que ayer esas dos se agarraron de los pelos. Y no quiero volver a Londres con la mitad de los que tengo —le dijo y se apenó de estar a su espalda y no poder verle la cara. Así que se adelantó de nuevo con unos rápidos pasos—. Que tampoco es que me sobren.

Comparados con la trenza de Olivia y la melena rizada de Bruce, los suyos eran escasos.

Marlowe volvió a adelantar el paso y esa vez sí le llegó a ver la cara y quizás la razón de que hubiese acelerado. Se estaba riendo.

Ella volvió a detenerse.

¿Le hace gracia? Menudo fantasma con una pila de testosterona.

—¡Laurence Marlowe! —dijo y hasta unos hombres que pasaban al otro lado de la acera se giraron para mirar.

—Qué —respondió con el mismo tono de voz tranquilo de siempre, sin mirarla y sin detenerse.

Ella resopló y aceleró hasta adelantarlo y ponerse delante de él y esa vez Marlowe no tuvo más remedio que detenerse.

Él la miró unos fragmentos de segundo en silencio.

—¿Quieres dejar de darle tantas vueltas mentales a todo? —le dijo él.

Mary Kate alzó las cejas.

—Así lo único que consigues es que todo parezca más difícil y un problema —añadió y alzó una mano para ponerle un dedo en la frente—. Páralo ya.

Le dieron ganas de empujar el dedo de Marlowe con la frente.

—¿Cabrear a tu novia no es un problema? —preguntó inclinando levemente la cabeza para sentir más la presión de su dedo.

—No es mi novia. Y si se enfada no es tu problema —respondió él—. Es su problema.

—Pero es mi pelo —dijo ella y lo vio reír negando con la cabeza y apartando la mirada. Que Olivia Fendy no fuese novia de Marlowe le alegró de una manera que no esperaba.

Marlowe dejó de reír y la miró de nuevo, apartando el dedo de su frente.

—No confías en mí entre personas, ¿cómo vas a confiar en mí entre leones?

—Llévame entre leones y lo comprobamos —respondió ella—. Lo mismo me es más fácil.

Marlowe sonrió sin dejar de mirarla. Si había algo que complementaba bien el dorado de su piel con el color de su pelo y sus ojos, era el esmalte claro de sus dientes.

—Mañana —dijo y tiró de ella. Mary Kate sonrió. Estar entre leones sonaba cada vez menos mal.

—¿Voy a conocer a la madre y tías de Nuru que son como mi madre y mis tías, pero en león?

—Sí.

La sonrisa de Mary Kate se amplió, seguía dejándose arrastrar por él.

—¿Y cómo son mi madre y mis tías, según tú? —Cada vez se le agolpaban en la cabeza más preguntas para él. Una curiosidad que no lograría saciar ni en los meses que estuviese allí. Su propio mundo según los ojos de Laurence Marlowe.

—Potentes, curiosas, entrometidas… —Él se detuvo, no lograba verle la cara, pero sabía que estaba riendo.

—¿Como los Misters? —respondió ella y esa vez sí logró ver su risa.

—Los Misters son algo más torpes. —La miró de reojo.

—¿También en los leones es así?

—Sí. Son las hembras las que se organizan y cazan, más rápidas, más resistentes, más ágiles. Pero ellos aportan la fuerza y la seguridad de que nada cambie.

Exacto.

Al menos en su casa era así. El pedestal en el que tenía a su padre acababa de alzarse dos peldaños más.

—¿Los echas de menos? ¿A los Misters? —Se detuvieron a unos metros del hospital veterinario y al fin pudo verle la cara a Marlowe. No hizo por liberar su mueca, simplemente la dejaba caer en peso en la mano de él.

Marlowe había fruncido el ceño.

—Están todo el día dando la lata en el chat, no me da tiempo de echarlos de menos —respondió y Mary Kate sonrió—. Desde que estás aquí aún más.

—¿Por qué? —La curiosidad la invadió de manera instantánea. ¿Los Misters hablaban de ella? ¿Qué dirían? Hasta se inclinó hacia delante para verle mejor la cara.

—Quieren saber cómo te adaptas. Y cómo me adapto yo a ti. —Marlowe se giró hacia ella y bajó los ojos para mirarla.

—¿Y cómo me estoy adaptando y cómo te estás adaptando a mí?

—Mucho mejor de lo que esperaba.

La respuesta de Marlowe activó algo en su pecho que se extendía hacia sus axilas.

—Porque esperabas… —Un efecto de sensación placentera que necesitaba que fuera a más.

—Esperaba que te quejases todo el tiempo, esperaba verte disgustada, agobiada, asqueada, lanzándote en la primera silla que encontrases y deseando regresar a Londres.

Mary Kate alzó las cejas.

—Pero sigues en pie. Y ni siquiera te das cuenta de lo difícil que es.

Lo placentero en su cuerpo se desvaneció de golpe y llegó un tremendo pinchazo en la garganta acompañado de cierto brillo en los ojos.

—Si no eres consciente, si no reconoces lo que eres y tus posibilidades —añadió él—, no se reconocerá a ojos de nadie.

Las lágrimas la inundaron por completo y Mary Kate se llevó el dorso de la mano libre a la nariz para sorberse.

—¿Y entonces cómo has visto tú mis posibilidades? —preguntó a media voz, algo quebrada por aquel tintineo en la garganta.

Marlowe miró primero su ojo izquierdo, el que ya tenía alguna pequeña mota azul. Y luego el derecho, que aún no se estaba manchando de su color real.

—Porque yo soy un experto en leones rotos —respondió.

Mary Kate tragó saliva y miró a Marlowe. Regresaba aquella sensación placentera en el pecho. Y se extendía. Y se extendía recorriendo axilas, costillas y brazos, hasta llegar a la

muñeca que le sostenía Marlowe. Abrió la mano y envolvió la muñeca de él, solo lo que pudo, la que llevaba el brazal de cuero.

Mary Kate bajó la cabeza con rapidez.

—Me hubiese gustado venir en otras circunstancias personales. Lo siento —dijo apretando los orificios de la nariz con el dorso de la mano.

—Aquí eso no tiene importancia. —Marlowe inclinó la cabeza hacia ella para decirlo.

Parecía imposible y de ciencia ficción que el lugar correcto para ella fuese un lugar perdido de la sabana.

Apretó la muñeca de Marlowe.

—¿Y si no lo consigo?

—¿Subirte sola a un árbol? ¿Lograr tocar a un león sin rejas? ¿Ayudar a Maya? ¿Esquivar los coletazos de Sabrina? ¿Conseguir que el mono te deje de robar? ¿Aprender a bordear a una serpiente sin que te ataque? ¿A qué te refieres en concreto?

Mary Kate tuvo que reír y su gesto hizo que alguna lágrima sobrante cayese, pero ya la humedad se había cortado en su origen.

—Subirme a un árbol lo conseguiré, supongo, si hago todo lo que has puesto en el cuaderno. —Tuvo que contener la sonrisa viendo cómo Marlowe fruncía la frente con la ironía de su voz —. Tocar a un león sin rejas ya lo he hecho.

—Maya no cuenta —la interrumpió él—. No es un león aún.

—¿Nuru?

—No.

La sonrisa de Mary Kate se convirtió en risas.

—No voy a conseguir esquivar a Sabrina, se esconde bajo las cosas para que no pueda verla —añadió ella y Marlowe tuvo que girar la cabeza para reír—. Lo del mono —ella negó con la cabeza—. Y la serpiente —resopló.

Marlowe le dio un toque en la barbilla.

—Tienes tiempo —dijo él. El gesto de Mary Kate buscando con la barbilla el camino que había seguido la mano de Marlowe al retirarse de ella fue absolutamente reflejo y no lo pudo controlar—. Ya veremos.

Él miró de reojo el hospital.

—Ya veremos —repitió y ella esa vez sabía que no se refería a ella.

Recuperarse. Hacerse fuerte. Volver a ser un león.

Apretó la muñeca de Marlowe y recibió la presión en la suya por respuesta.

—Ya veremos —repitió ella.

21

No sabía cómo Marlowe había podido dormir en el suelo sin nada en lo que apoyarse más que una pared. Le dolía la espalda hasta al respirar, y eso que el veterinario le había dejado una especie de aislante, una colchoneta de unos milímetros y un cojín.

Había dormido, sin embargo, más de lo que esperaba. Maya se había despertado algunas veces, una de ellas la había cogido a ella medio despierta también. Y por suerte, también a Marlowe, que fue quien la sujetó para que no se echase abajo del cubil y se arrancase las vías. Ella no se creyó con valor para sujetarla.

Avanzó de rodillas hacia la jaula abierta en la pared donde estaba la leona. Marlowe había salido y estaban solas. Ya le había dicho con un empujón con el empeine en su pantorrilla para despertarla, que no se demorase, que tenían que salir.

Los ojos vidriosos de Maya estaban medio abiertos.

—¡Señorita Lyon! —La voz de Marlowe desde fuera hizo que hasta Maya intentase levantar el cuello—. Vamos.

—No da margen, el muchacho —resopló y recibió la mirada de Maya.

Después de haber estado toda la noche viendo la planta de una de las patas delanteras de Maya y un poco de su cabeza, ya no le parecía tan enorme.

Comenzaba a adaptarse a su tamaño. Volvió a suspirar.

Pasó la mano por el cuerpo de la leona. En su estado no suponía ningún peligro. Había necesitado hasta alguna transfusión, el médico no sabía cómo había entrado en pie a la clínica. Decía que por los resultado de su analítica, tendría que estar tendida bajo cualquier seto, esperando que algún depredador le diese el golpe final.

—Seguiste en pie —susurró. Quizás ahí estaba la diferencia entre un verdadero león y otra cosa—. Seguir en pie.

Ladeó la cabeza sin dejar de mirar a Maya, que había vuelto a apoyar la cabeza y Mary Kate llegó con su mano hasta su cuello. Oyó voces fuera y notó cómo la leona tensaba el cuerpo.

Entornó los ojos intentando identificar la voz.

—La Fendy. —Por la noche ni siquiera había sido ella quien les llevó la cena, tal y cómo se había ofrecido. Miró de reojo la puerta de la sala, estaba abierta. Con la primera luz del sol pudo ver la sombra de Marlowe.

—¿Está ahí? —La oyó preguntar.

—Sí. —La voz de Marlowe era serena, aun así Maya volvió a alzar el cuello.

—¿Con ella?

—Sí. —Se oía arrastrar algo metálico. Reconoció las ruedas de la jaula donde llevaron a Maya.

—Me acabas de decir que es peligroso entrar.

—Y es peligroso entrar.

Mary Kate se inclinó hacia Maya.

—Voy a perder hasta la goma del pelo, ya verás, Maya —susurró y la leona la miró un instante antes de volver a dirigir la mirada hacia la puerta.

El cuerpo de Maya vibró desde dentro, pudo notarlo bajo su brazo, la tensión en los músculos, el tintineo profundo. Salió un rugido desde los más bajos fondos.

Y se hizo el silencio fuera.

—Aquí no podemos hablar, Olivia. Tienes que irte. —Era la voz de Marlowe de nuevo.

—Empiezo a estorbar, ya —respondió Olivia.

—Está rugiendo el león.

Maya volvió a espirar con el cuerpo aquel sonido que estremecía y que hacía que las piernas de Mary Kate se pusiesen ligeras.

—Deja de echar leña, Maya —le susurró—. Que me va a coger más interés todavía.

Tuvo que contener la sonrisa, de nuevo los ojos enormes de la leona se fijaron en ella.

—Pues que os aproveche a los dos. —Oyó decir a Fendy.

—Tu humano está más solicitado que Turuc, ¿sabes? —añadió Mary Kate—. El león más tocho de la reserva. —Y volvió a contener la sonrisa, la respiración también para no soltar ninguna carcajada y miró a Maya—. Eso es lo que te diría mi tía Vicky. Que te dejes de títeres y vayas a por él.

Acarició el lateral de la cara de la leona. Ya no se escuchaba a Olivia fuera, se habría ido.

—¡Miss Lyon! ¿Tengo que decírtelo en swahili?

Mary Kate puso los ojos en blanco y apoyó una de las plantas de los pies en el suelo para comenzar a incorporarse.

—Cuando tú y yo salgamos de esta… —Tenía unas agujetas terribles, le quemaban las piernas al hacer fuerza para alzarse del suelo—. Va a temblar la reserva. —Le dio una palmada al lomo de Maya—. Que se agarren todos.

Maya alzó el cuello al sentir que ella se alejaba. Marlowe se había asomado a la puerta.

—Vamos tarde —le dijo cuando pasó por delante de él.

—No tienes reloj, no sabes si vamos tarde.

—No necesito un reloj para saberlo —replicó él.

Salieron de la clínica y llegaron al coche, estaba anclada la jaula de Maya a él. Marlowe dejó una bolsa de tela en el asiento entre los dos.

—Tu primer desayuno.

Aquello era lo que había llevado Fendy, la cesta del desayuno.

No sabía si Marlowe pretendía que se lo comiese por el camino. Él arrancó el coche a la vez que con una mano desataba la cinta de la cesta.

Pues sí que pretende que me lo coma en el coche.

Había dentro un termo de leche y lo que parecía un bol con cereales.

Tenía que reconocer que hambre no era que tuviese. Lo único que tenía era sueño y el asiento le estaba pareciendo más que cómodo. Así que dejó resbalar el culo para que su cuerpo se inclinase mientras Marlowe tomaba la calle principal.

—Primero come, después te duermes. —Lo oyó decir y Mary Kate lo miró de reojo.

Pero no le dijo nada, bajó la mirada hacia la cesta y cogió el bol de cereales. Con aquel movimiento le daría fatiga comer. Pero no parecía tener muchas opciones con Marlowe.

Tuvo que volcar la leche con cuidado y engulló todo lo que pudo, no fue capaz de comérselo entero y tapó el bol antes de dejarlo en la cesta.

Volvió a dejarse caer en el asiento y cerró los ojos.

22

La miró de reojo. Mary Kate Lyon se había dormido de inmediato. Tal y como le pasaba con los leones, no podía tener un peso para llevar el control de la recuperación, pero después de tanto tiempo, tampoco lo necesitaba. Tercer día y Mary Kate no había vomitado, era más que un logro.

Después de moverse durante toda la noche en el aislante en el suelo, su coleta estaba algo más floja y se le había salido parte del pelo de las patillas. Volvía a ser una leona en cierta manera.

Su piel no estaba tan roja como el día anterior. Al parecer todos aquellos ungüentos que llevaba consigo, y que no eran pocos, estaban funcionando de momento. Aunque Mary Kate había perdido aquella mañana el efecto casi mojado de la piel. Lo que fuera que se daba, lo tendría en la casa.

No importaba, seguía pareciendo una elfa de los bosques. O de la sabana.

Kafwaka.

Venía a ser más o menos eso. Una mujer león. Lo más parecido a un hada mitológica de aquellos lares. Que pudiese relacionarse con los leones solo aumentaba más aquella percepción.

Así que necesitaba ver si lo de Maya era una anomalía o había más.

Había cosas que no podía explicar la ciencia. Lo había comprobado algunas veces.

23

La quemazón de las piernas había desaparecido en el segundo o tercer ejercicio, pero permanecer tanto tiempo como le pedía Marlowe, colgada o agarrada de los sitios, era imposible. Y si se hablaba de ascender por algunos de los palos, eso ya era otro nivel.

Jadeaba, estaba dispuesta a echarse el barreño de agua por encima. Marlowe no le había dejado descanso entre ejercicios. Tenerlo cerca mientras los hacía estaba resultando muy molesto. Se limpió el sudor de la sien. Literalmente estaba agotada. Quería una cama y dormir hasta la tarde.

Miró hacia la esquina de la casa, Marlowe estaba de vuelta otra vez.

—El mono se ha llevado algo de tu dormitorio, ni idea de lo que era —dijo y Mary Kate bajó la cabeza y se puso una mano en la frente.

Negó con la cabeza. Ni siquiera tenía tiempo de revisar el dormitorio. Marlowe no le había dado margen de nada.

—Bebe agua y come algo. Nos vamos —añadió.

Mary Kate lo miró entornando los ojos.

Hoy se ha levantado hecho un sargento.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él encima sorprendido.

—Porque hoy parece que te han dado cuerda. —Dio unos pasos hacia la casa—. ¿Es el efecto de haber dormido en el suelo? —Pasó por delante de él, Marlowe alzó las cejas.

Cogió un plátano del frutero que había sobre la cocina, quizás un intento de Marlowe de disuadir la afición del mono de robar otros útiles.

A saber qué se habrá llevado ahora.

—¿Puedo asearme al menos? —Le caía el sudor por la espalda.

—No —respondió él sin entrar en la casa.

Pues en un rato, en cuanto se seque esto, oleré a gloria.

Se dio la vuelta para mirar a Marlowe y sintió un dolor cortante en la parte de atrás de la pantorrilla y el tobillo. Alzó el pie enseguida.

—¡Ah! —gritó sujetándose en el respaldo de una de las sillas.

—¿Sabrina otra vez? —Él entró por la puerta.

Me la tiene jurada.

Mary Kate se sujetó el tobillo, pero recibió otro latigazo en el tobillo del pie que quedaba en el suelo.

—¡Marlowe! —Se sujetó a su hombro y a pesar del dolor de las piernas, trepó con ellas por él hasta engancharse al lateral de su cintura, tal y como hizo en el lago, aunque esa vez mantuvo

su pecho alejado de la cara de Marlowe.

Marlowe la alzó como si su peso no tuviese gravedad y la dejó sobre la silla, luego se inclinó para coger a Sabrina.

—Es que eres muy escandalosa y se asusta —dijo él alzando a Sabrina.

La joven frunció el ceño mirando a Sabrina, que la miraba con uno de sus ojos redondos sin pestañear.

—¿Que yo la asusto? ¿Será porque ella no quiere aquí a nadie que no seas tú? —replicó sin dejar de mirar al lagarto. Si no se tenía en cuenta el largo de aquella cola vivaz y certera, ni siquiera era un animal de mucha dimensión. Era verdosa con partes coloreadas de un color azulado, a trozos rojizos, y una especie de cresta que le recorría el lomo.

Intentó acercar una mano a Sabrina, pero el animal ladeó el cuerpo en la mano de Marlowe. Apuntándola de nuevo.

—¿Ves? —Retiró la mano.

—No es un perro que se pueda acariciar. Es un lagarto. Y tú demasiado ruidosa —respondió él dejando a Sabrina a un lado. El lagarto enseguida se dirigió debajo del sofá.

A él no le había hecho ni el amago de golpearle. Aquello de Laurence Marlowe debía de ser un don.

Mary Kate puso una mano en el hombro de Marlowe para bajarse de la silla. Podía haberlo evitado y bajarse sola.

Pero tocarlo está molando demasiado.

Desvió la mirada hacia la ventana.

Serenidad, seguridad, sabiduría, protección.

Contuvo la respiración.

Y encima está bueno.

Buscó hacia dónde había volado el plátano. Lo encontró cerca de uno de los muebles de la cocina, por suerte, lejos del sofá y de Sabrina.

Al inclinarse vio el estado de los bajos de los muebles.

—¿No te has planteado una reforma en la casa? —preguntó poniéndose en pie.

—¿Para qué?

Alzó la mirada, no se podía ser más bruto.

—Para vivir mejor.

Marlowe se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Se puede vivir mejor? No tienes ni idea. —Soltó el marco de la puerta y salió de la casa.

Mary Kate peló el plátano y le dio un mordisco.

—Por supuesto que se puede vivir mejor. —Tiró la cáscara a la basura y salió de la casa encajando la puerta y luego dándole una patada para dejarla lo más cerrada posible—. No digo

que te hagas una mansión. Solo una reforma. Se cae a trozos.

—Ya estás hablando como los Misters —dijo él cerrando la puerta del coche.

Hombre, menos mal que no soy la única.

—Si quisiera una casa mejor, viviría en mi casa de Londres.

Ella rodeó el coche.

—Te gustan las chozas, vale. —Entró en el coche—. Pero al menos podrías hacerla más cómoda.

—Para mí es cómoda.

Lo miró de reojo.

—Solo puedes sentarte en sillas de plástico, ese sofá cruje cuando te sientas, como las camas. Y ya no sé si las cadenas en los muebles de la cocina son para que los animales no te roben o para que no se caigan las puertas —añadió ella y Marlowe contuvo la sonrisa.

—Corrijo todo lo que dije ayer sobre ti. Ya te estás quejando.

Mary Kate alzó un dedo.

—No me estoy quejando —replicó ella—. Pero con un par de arreglos…

—Ya empezamos —se quejó él, como si ya estuviese harto de oírlo.

Se adentraban en un camino de arena, el mismo que cogieron el día anterior.

—Pues que sepas que he pedido una aspiradora de batería —dijo ella y él giró la cara enseguida para mirarla, por suerte en el camino solo estaban ellos.

—¿Una qué?

—Una aspiradora de batería —le repitió ella.

—¿Para qué?

Para aspirarte las neuronas defectuosas que estropean la perfección que llevas encima.

—Para quitar los tres dedos de polvo que tiene tu casa.

—Una tremenda estupidez. Va a volver a ensuciarse —respondió él atendiendo al camino de nuevo.

—Volveremos a limpiarlo entonces —dijo ella y lo oyó resoplar.

—Eres peor que los Misters —dijo él—. Y esa colcha de puntitos, suavita, que me has puesto en la cama, con un volante en los bordes, la quitas y la guardas. No la necesito.

Mary Kate contuvo la sonrisa.

—Y la aspiradora te la envían a…

—A la pensión, tienes que avisar a Olivia.

—¿Y dónde has comprado eso? —Frunció el ceño.

—Se lo pedí anoche a mi tía Georgina. Va a enviar algunas cosas más.

Marlowe la miró enseguida.

—¿Más colchas de volantes? No, por favor.

Mary Kate bajó la cara riendo y se llevó la mano a la frente.

—De volantes no, pero sí te he pedido ropa de cama.

—¿Por qué?

—Porque la tuya está llena de agujeros.

—Que va. —Tuvo que reír con la expresión de Marlowe. Estaba descubriendo una nueva versión de él que la hacía reír sin remedio.

—Pues cuando lleguen las nuevas, puedes usar las antiguas como toldos. Te cubren del sol por completo —respondió ella y él giró la cabeza para el otro lado para que no lo viese reír.

—Ya decía yo que no era una buena idea traer a una mujer a esta casa —dijo él y Mary Kate contuvo la sonrisa.

—¿Olivia no ha venido por aquí? —Esa vez no pudo contener la curiosidad.

—Segundos. No me gusta recibir visitas aquí si no es de gente cercana y ni loco dejaría a una mujer meter las narices en mi casa. Luego acabo con colchas de volantes en la cama.

Mary Kate soltó una carcajada.

—Gracias por lo de parte cercana.

—De eso nada. Tú fuiste impuesta —replicó él con ironía y la risa de Mary Kate se amplió.

El coche se salió del camino para tomar la dirección de la llanura de Mali.

—Tienes que revisar luego tu dormitorio, a ver si sabemos al menos qué se ha llevado el mono —dijo él mientras ella apoyaba el codo en la puerta del coche para dejar caer la barbilla en la mano.

Daba igual lo que se hubiese llevado. Lo único necesario y absolutamente irremplazable en aquella casa no estaba precisamente en su dormitorio. Y allí estaba comprobando que podía vivir con cualquier cosa.

—¿Ayer no era terrible soportarme y hoy sí? —Se enderezó en el asiento mientras veía que Marlowe contenía la sonrisa.

El caso es que no lo veo disgustado de tenerme aquí.

Y la sensación continua de ser un estorbo que la había acompañado durante tanto tiempo, meses atrás, comenzaba a desaparecer.

Llegaron hasta el lugar en el que colocó el día anterior la cámara y Marlowe detuvo el coche. Enseguida se bajó de él para desenganchar la jaula.

—¿Vas a meter a un león en la jaula para que yo me acerque? —preguntó agarrándose a los barrotes para hacer fuerza también.

—No —respondió él—. Voy a meter a una leona en la jaula para poder presentarla a la manada.

Mary Kate se quedó inmóvil.

¿Piensa meterme aquí?

Soltó los barrotes, Marlowe ya se llevaba la jaula, pero ella no había dado ni un paso.

Me ha llamado leona.

El vello se le erizo mientras las ráfagas de espirales se le esparcían por el pecho. Siendo Laurence Marlowe quien lo decía y con el significado que tenía aquel animal en él, tuvo que contener la respiración para digerirlo.

Alzó la mirada hacia Marlowe. No era la primera vez que lo hacía, ya la noche anterior le había llamado leona rota.

Él comenzó a bajar por el terraplén la jaula y se oyó un rugido que poco tenía que ver con el de Maya.

—Madre mía. —Apretó los dientes en una mueca y Marlowe sonrió al verla.

—Te acostumbrarás —dijo Marlowe cuando Mary Kate llegó hasta él—. Además, no tienen cuidado ninguno, si te tienen que rugir a milímetros de tu oído lo hacen.

Mary Kate frunció el ceño.

—De eso nada —replicó enseguida y la risa de Marlowe aumentó.

Se detuvieron y él abrió la jaula. Volvió a oírse el rugido de Mali.

—Sabe que estás aquí. Sabe que hueles a leona herida. Y sabe que estuviste ayer con Nuru —dijo Marlowe.

Mary Kate echó la mochila en el suelo de la jaula.

—¿Y eso es bueno o malo? —Agarró los barrotes para subir.

—No sé cómo lo interpretará él. Mali es inteligente y no le disgustan del todo los humanos. Aun así él decidirá cuánto te va a dejar acercarte. —Cerró la puerta en cuanto ella tuvo los dos pies dentro.

Mary Kate miró lo que quedaba de terraplén hasta la llanura.

—No vayas a soltar el cacharro este —dijo.

O me voy a tomar por culo rodando.

—¿Cuántos días tienen que pasar para que confíes en mí?

Confío en ti desde antes de que pusiese un pie en el aeropuerto.

Se agarró a los barrotes delanteros, como si estuviese en una atracción de feria. El desnivel y el estar atrapada hicieron que tuviese algo de vértigo al ver la inclinación de la colina.

—¿Esas de allí son las unicornios león? —preguntó al alcanzar a ver el charco y las leonas que andaban por allí.

—Falta alguna —respondió él.

—Mi madre y mis tías —murmuró ella conteniendo la sonrisa recordando las risas del chat por la noche cuando lo contó. Tampoco es que el chat de Marlowe estuviese en silencio. Ya le hubiese gustado leer qué decían por el otro lado.

—¿Y tu otra madre? —Lo oyó preguntar y Mary Kate giró la cabeza para mirar atrás, donde

estaba Marlowe. Que a hasta él mismo tuviese rasgos felinos en sus ojos parecía una absoluta broma.

—¿Jane? —resopló—. Hace meses que no hablo con ella.

Marlowe alzó las cejas, quizás Michelle les habría dicho a los Misters que ella sí hablaba a veces con su madre. Le seguía resultando extraño ese nexo entre Marlowe y los suyos, ahora que Marlowe pertenecía a otro limbo diferente en un lugar lejano y desconocido donde ella había ido a parar.

—No sabe ni que estoy aquí. —Ladeó la cabeza y miró hacia la llanura de nuevo—. Y tampoco creo que le importe.

—¿Te importa a ti? —La jaula se inclinó más, realmente parecía que se iba a caer de frente y rodar hasta abajo en el interior de una lavadora metálica. Pero Marlowe no la soltaría, estaba completamente segura.

—Cuando pienso en el significado de madre la única persona que se me viene a la cabeza es Claudia —respondió viendo cómo abajo comenzaban a agolparse un par de leonas rodeadas de leones de otros tamaños, algunos de corta estatura—. Pero eso no quita que no sea consciente de que tenga en alguna parte a otra persona que también se llama madre, con un significado un poco diferente.

—Entonces te importa —dijo él.

—No exactamente, porque me he acostumbrado a que sea así, pero no quita que me gustaría que se interesase algo por Michelle y por mí.

Se hizo el silencio un instante y Mary Kate alzó la mirada hacia el largo de la llanura. Allí podía ver a Mali, acercándose despacio a donde estaban las leonas, quizás el lugar donde solían encontrarse con Laurence Marlowe.

Apretó los labios.

Y él está fuera de la jaula.

Por mucho que supiese que él andaba entre leones con la misma facilidad con la que lo hacía con Maya, no era lo mismo que ver las dimensiones de leones fuertes y adultos delante de sus ojos. En la mente todo era más fantasioso.

Aquello era real.

El olor intenso a animal ya llegaba a ella a pesar de estar aún a algunos metros.

Vaya bicharraco.

La anchura de las zarpas de Mali podía apreciarse hasta en la distancia.

Qué preciosidad.

Ya podía distinguir las distintas tonalidades de su pelo, tenía partes de la melena que pasaban del chocolate al chocolate negro.

Mali se detuvo y alzó la mirada hacia la jaula. Y a pesar de haber leonas abajo, la mirada de

Mary Kate se centró únicamente en él.

—Me está mirando, ¿no le gusto? —preguntó y oyó la risa de Marlowe.

—Vas dentro de una jaula. Si te paseo así por Londres, ¿no te mirarían? —respondió Marlowe y Mary Kate sonrió.

Llegaron abajo y Marlowe tuvo que levantar parte de la jaula para colocarla y que pudiese rodar por la llanura.

—No saques las manos por los barrotes y ni se te ocurra abrir la puerta de la jaula. Van a acudir todos a mirarte, a rodearte y hasta se subirán encima —le iba diciendo él—. Sobre todo las leonas, son terriblemente curiosas.

Miró hacia las leonas. Ahora podía ver la diferencia con Maya, en color, en tamaño. Maya estaba justo en la medida entre una de las leonas adultas y otra más delgada y de menor estatura que estaba retirada a un lado, que supuso que sería algo así como una adolescente.

Estaba comprobando que ninguna de ellas se dejaba llevar por la curiosidad, no dejaban de observarla en la distancia.

Marlowe hizo rodar la jaula hasta retirarla de la pared de piedra de la colina. El sol a aquella hora de la mañana ya comenzaba a tomar fuerza, la temperatura perfecta de las primeras horas se había disipado y ya solo quedaría el calor extremo a pleno sol.

La jaula se detuvo y vio que Marlowe se inclinaba para activar una especie de freno.

—Si no pongo esto, puedes acabar de nuevo en la pared de piedra. No sabes lo brutos que son a veces —dijo y Mary Kate entornó los ojos al mirarlo, observando una nueva versión de Marlowe, lejana a la que vio las pocas veces en Londres, diferente también a la que tenía en la casa, en la pensión o incluso en la clínica del veterinario.

Quizás ahora tenía ante sus ojos al verdadero Laurence Marlowe en su estado original y en su lugar correcto del mundo.

Y algo pareció derramarse en su pecho expandiendo una ligereza vertiginosa similar a la que había sentido en lo alto de la colina con la jaula inclinada.

Soltó los barrotes despacio al escuchar una respiración seguida de un sonido extraño que no sabía identificar bien.

Las manos dentro.

Eres una leona, de las más delgadas y jóvenes. Mary Kate abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de pronunciar absolutamente nada. Una segunda leona, más grande y veterana, se acercaba despacio con un juego de hombros al andar tranquila en contoneo, elegante y seguro, fijando sus ojos miel en ella.

Tragó saliva y sintió cierto brillo en los ojos, no sabía si era por el pleno sol directo. Nuevos sonidos que no había oído ni siquiera en Maya y que salían de sus gargantas, toscos, profundos, similares al que producían los elefantes en el tono, mientras que nuevas leonas se acercaban a

ella.

Y se cruzó la ronquez de algo que sin levantar la vista sabía que provenía de algo enorme y poderoso.

Mali.

Claro que era más grande de lo que esperaba, y aun más de lo que podía apreciar a media distancia.

Y mientras que ella cruzaba la mirada con el que dominaba aquella parte de la llanura, de reojo vio cómo Marlowe se abría paso entre las leonas.

—Amara, Asha, Laila y Greta —dijo—. Para ti las unicornios león —añadió y Mary Kate tuvo que sonreír.

Contuvo la respiración al verlo entre aquellos bichos enormes de zarpas potentes y mirada curiosa.

—Ya te acostumbrarás a sus sonidos. —Él pasó la mano por la cabeza de una de ellas y la leona pareció querer perpetuar el contacto con Marlowe.

Una sensación que Mary Kate ya conocía.

Mali seguía avanzando hasta detenerse a un metro de la jaula, con la cabeza algo baja y alzando la mirada fija en ella.

—Y Mali —dijo Marlowe dando un paso hacia él mientras una de las leonas más jóvenes pasaba entre sus piernas y el león enorme se acercaba a él levantando la cabeza para mirarlo.

Una de las leonas saltó y se puso en pie sobre Marlowe, haciéndolo perder un instante el equilibrio, pero recuperándolo de inmediato.

Mary Kate contuvo la respiración.

—Como ves, son unos brutos —dijo riendo.

Y tú tienes que ser un dios.

—Tienes que tener cuidado cuando hagan algo de esto, porque ellos no lo tienen.

¿Cómo?

—Ya te enseñaré a caer y a cubrirte las costillas, porque pueden mandarte al hospital directamente. —Sacudió la melena de Mali, que volvió la mirada hacia ella de nuevo.

¿Que algún día piensas sacarme del cacharro este?

Una de las leona pasó por el lateral de la jaula restregándose por ella y la jaula se desplazó, ahora entendía lo que decía Marlowe, y eso que solo era una la que la estaba empujando.

Mary Kate se inclinó en el suelo, podrían hacerla caer en la plataforma y más se animaban a hacer lo mismo. Mali decidió acercarse más y con una rodilla puesta en el suelo, lo que hacía al león bastante más alto que ella, hizo que ni siquiera los barrotes le permitiesen respirar. Aquella manera de mirarla era capaz de hundirla en el suelo sin mucho esfuerzo.

El león puso la frente en los barrotes, justo a la altura donde tenía ella la cara. Y de su cuerpo

aquel rugido grave similar al que producía Maya cuando estaba Fendy cerca.

Pufff, no le gusto.

Mali tensó el cuerpo y la jaula se desplazó levemente, volvió a emitir aquel rugido grave y bajo.

Jo-der.

El león restregó la frente por los barrotes y se retiró para envestir la jaula, el sonido fue algo más fuerte.

Jooooo-der.

Miró a Marlowe enseguida, este observaba a Mali, pero en su expresión no había ni un ápice de preocupación o disgusto, así que por mucho que le acojonase lo que estaba haciendo el león, no era del todo malo.

Miró tras de sí, había una leona dándole vueltas a la jaula sin dejar de marcarla con la mirada. Aquello tampoco era que le diese mucha tranquilidad.

Resopló y vio que Marlowe sonreía.

Mali había dejado caer el culo en la jaula y parte de su pelaje traspasaba los barrotes. Aquel olor intenso a animal salvaje, de manera inexplicable no le molestaba en absoluto. Quizás eso era también lo que buscaba Marlowe impidiéndole una ducha aquella mañana, el olor a Mary Kate más intenso que pudiera darles.

Marlowe le rascó la barbilla al león.

—Con Mali va a ser muy fácil —dijo mirando al león con cierto orgullo.

—Pues si con Mali va a ser muy fácil y casi me cago encima, no quiero imaginarme a la manada del otro lado —respondió ella y la sonrisa de Marlowe se amplió.

Otra leona saltó a la espalda de Marlowe y él tuvo que agarrarse a los barrotes. Se giró para mirar a la leona.

—Esta es Greta —dijo empujando la cara de la leona y esta abrió la mano para hacerla desaparecer dentro de su boca—. El equivalente en león a tu tía Vicky.

Mary Kate contuvo la sonrisa. Greta apretó las zarpas en el cuerpo de Marlowe, en una especie de abrazo mientras que con la boca abierta le mordía esa vez el antebrazo.

Mary Kate se tapó la boca con la mano. Ahora entendía el mal estado de las camisetas de Marlowe. Aquellas garras agujereaban lo que se le pusiese por delante.

Lo vio apoyarse hasta en Mali para no caer al suelo mientras que un par de pequeños le atacaban por las piernas.

Aun con la mano en la boca, Mary Kate tuvo que reír.

—Qué barbaridad —dijo ella negando con la cabeza.

Marlowe la miró riendo.

—¿Qué te parecen?

Son lo más bonito que he visto en mi vida.

Se inclinó hacia delante, reconoció a Nuru entre las patas de una de las leonas.

—Me encantan. —Pero sacar la mano para tocarlo con su madre cerca no era una opción razonable.

Un olor a mierda abstracta y diversa la hizo encogerse.

—Depende de lo que hayan comido tienen mejores o peores digestiones. —A Marlowe también le llegaría el olor—. Cuando pasemos la noche aquí será una auténtica experiencia olfativa —rio y ella se sobresaltó.

—¿Vas a hacerme pasar una noche en esta jaula? —Abrió los ojos como platos.

—Claro que no. —Marlowe frunció el ceño antes de responder. El cuerpo de Mary Kate se sobresaltó aún más.

—¿Vas a hacerme pasar una noche fuera de esta jaula con ellos cerca?

El ceño de Marlowe seguía fruncido.

—¿Qué demonios de documental pretendes hacer si ellos no te aceptan? —preguntó él y ella cerró la boca enseguida.

Esto no estaba en el contrato, creo.

Siempre pensó en documentales más exteriores y objetivos.

Marlowe se inclinó en el suelo y enseguida varias leonas acudieron a él, una de ellas le metió el hocico por el cuello.

—¿Qué demonios de documental vas a hacer si no los conoces, sabes cómo piensan o lo que sienten? —Otra leona se cruzó con la primera y la cara de Marlowe desapareció entre pelo.

—¿Y si no me aceptan? —dijo ella mirando de reojo a Mali, que ya ni siquiera la miraba, seguía con el culo entre los barrotes, y por el olor habría echado otra ventosidad.

Marlowe logró sacar la cara de aquellos amasijos de pelo mimoso, quizás para responderle, pero otra leona volvió a hacerlo desaparecer. Marlowe la tuvo que apartar con la mano.

Vuelve locas también a las leonas, no solo a las humanas.

Y era consciente de que ella tenía margen de tiempo allí de caer como la primera a los pies de aquel dios león de mirada felina.

—¿Piensas dejar los «y si»? —protestó él—. ¿Y si Mali te ataca cuando pongas un pie fuera de la jaula y todas esas preocupaciones sobre posibilidades lejanas y vagas, que seguramente nunca vayan a ocurrir, te hayan hecho perder el tiempo creando angustias? —Otra leona se interpuso delante de la cara de Marlowe. Logró zafarse de ella y Mary Kate contuvo la sonrisa al verlo—. Mali es el encargado de la seguridad de todos ellos. Una familia enorme. Podría pasarse el día atemorizado con la posibilidad de que llegase otro león y acabase con todo. Y míralo. —Alargó la mano hacia Mali y le tiró de la oreja suavemente, la tranquilidad del león logró traspasar los barrotes y alcanzarla a ella, de la misma manera que lo hacía la presencia de

Laurence Marlowe—. Sin embargo, si un león mañana pusiese el pie en la llanura dispuesto a atacar a la manada, Mali no dudaría en responder con todo lo que tiene.

Mary Kate miró al león.

Estar preparado para lo que venga, sin miedo.

Quizás eso era suficiente para que la tranquilidad emanase del interior de su cuerpo. Un concepto que ella no conocía de manera natural.

Estar preparada.

La aceptasen los leones o no. Consiguiese superar a los Ramson o no.

Recuperarme. Hacerme fuerte. Volver a ser un león.

Un león significaba tantas cosas que sentía que aún no conocía todas las posibilidades de lo que aquellos animales serían capaz de enseñarle.

Estar preparado.

Mali lo estaba, aun sabiendo que la lucha con otro león conllevaría su muerte. Pero estaba tranquilo esperando el destino que estuviese para él. Y aceptarlo como el rey de la manada que era.

Criaturas fascinantes al máximo nivel eran aquellos felinos gigantescos y poderosos. Y no solo por su aspecto, sino por todo lo que cargaban sobre ellos.

Cogió aire despacio, cada vez le estaba costando menos respirar en aquel lugar perdido y alejado de todo.

Hasta el olor a león le estaba gustando. Tendría que ser muy rara en gustos, porque aquellos bichos olían a demasiadas cosas juntas.

Alzó la mirada hacia los ojos alargados de Marlowe.

Y por primera vez sintió su cuerpo ansioso y deseoso de sumirse en aquella tranquilidad placentera.

Estaba dispuesta a curarse de todo.

El lugar era el correcto. Ya no había dudas.

24

Su espalda ya se estaba acostumbrando a la esterilla o aislante en el suelo de la sala, cinco noches habían bastado. Pero ya podían volver a dormir en casa. Con Maya, claro.

Mary Kate encogió las piernas en el suelo mientras Marlowe manipulaba a la leona, le miró las encías y lo vio apretar alguna de las almohadillas de las zarpas para mirarle las uñas.

La leona parecía ansiosa por salir al fin de aquel cubil, y ella misma estaba deseando sacarla de allí. Aquello era tétrico y deprimente, y cada vez le daba más pena dejarla allí por la mañana cuando regresaban a la casa.

Cada día había sido exactamente igual, ejercicios en la mañana, jaula y leones durante el resto del día. Le había dado tanto el sol que pensaba que nunca, en toda su vida, había tenido un color de piel tan tostado. Por fin se fueron las rojeces y comenzaba a dorarse cogiendo un tono que, aunque lejano al de Marlowe, ya no era el urbano de Londres.

Cambió de postura, no sabía si era por ser el segundo día de regla y estar hinchada, pero tuvo que aflojarse el cinturón elástico.

Una regla que llegó al conocimiento de Marlowe a través del propio Mali, que había empujado la jaula intentando meter la nariz entre los barrotes con demasiada curiosidad y había sido la razón por la que Marlowe había decidido esperar unos días antes de abrir al fin las rejas y salir a comprobar el veredicto final del rey de la llanura.

En cuanto a las leonas, ya dejaban que Nuru y otro hermano más de manada, llamado Tiki, nervioso, inquieto y curioso a más no poder, estuviese con la joven dentro de la jaula, sin parecer que ya tuviese mucha importancia.

Mary Kate se rascó el brazo, Marlowe le dijo que pronto ella misma tendría a sus elegidos, pero era complicado no elegir a Nuru sobre Tiki, cuando este le había echado abajo el brazo de zarpazos de juego, siendo hasta algo más pequeño en tamaño que su hermano.

No quería ni imaginar cuando el terremoto Tiki creciera y cogiera el tamaño de Mali.

Se arrastró en el suelo hasta llegar a Maya. Ya se había acostumbrado a mirar a los leones desde aquella altura y cada vez el tamaño de sus patas le parecían menos exagerado. Tratar con animales enormes solo era cuestión de acostumbrarse, de no olvidarse de lo que son, y de saber leerlos como se debía. O al menos a eso era a lo que la estaba acostumbrando Marlowe.

Dentro de la jaula, grabar, fotografiar, escribir… aprender de ellos. Nunca imaginó que habría mejores maestros que Laurence Marlowe. Pero los había.

Acarició a Maya y ella buscó su mano, y luego su brazo, y luego su hombro y luego su cuello. Vio que Marlowe metió la rodilla entre ellas.

—Las costillas —le dijo y Mary Kate enseguida cambió la postura. Una sola pisada de león podría buscarle problemas. Quizás no de Maya, ella no pesaba tanto, pero Marlowe quería que se acostumbrase con todos por igual de momento.

Y también que evitase el suelo, allí el riesgo de ser pisada era mayor. Aunque a ella le daban más miedo los saltos. No resistiría a uno ni siquiera de Maya, uno de Mali sería terrible.

El olor a león ya comenzaba a ser parte de su propio cuerpo, notaba el olor fuerte, pero nada más.

Las agujetas se habían ido, no por completo, las de las piernas parecían ser eternas, pero ya más llevaderas. Y comenzaba a experimentar el hambre de cosas contundentes sin temor a la fatiga o los dolores de estómago. Este le estaba admitiendo de todo, pero su preferencia se estaba inclinando a la pasta en cualquier modalidad. O eso era lo que tenía ganas de comer cada medio día.

La tarde anterior habían aprovisionado la casa con comida suficiente para una temporada sin pisar el pueblo. Y lo prefería. Ella, educada en un concurrido Londres, rodeada de gente la mayor parte del día. Lo prefería.

Alargó la mano por el lado del cuello de Maya y la alzó. Y aunque sus ojos solo podían ver una manta de pelo corto y punzante que se le metía hasta por la nariz, sintió en la mano el tacto de Marlowe. Él nunca tardaba en acudir cuando lo necesitaba, y eso hacía que recurriese a él más veces de las que lo necesitaba. Cerró la mano en la de Marlowe y se alzó en el suelo. Pero despegarse de Maya a veces era complicado. Y que no la dejase caer también. Ella no era Laurence Marlowe.

Maya la siguió con la mirada mientras se ponía en pie. No sabía si le gustaba más su cara cuando la miraba desde arriba si estaba sentada, o desde abajo si estaba en pie. Aquella leona era la más bonita de toda la reserva y eso que le faltaba por conocer a las de Turuc. Y a él también. Al fin había escuchado su rugido y era aterrador.

Rascó la barbilla y vio cómo la leona encogía la espalda, después de observar leonas sabía que eso era el principio de ponerse en pie, así que dio un paso atrás enseguida.

—¡Ey! —Marlowe no fue capaz de impedirlo.

Y las zarpas de Maya la rodearon por completo, así que su cuerpo basculó de inmediato hacia atrás, iba directo al suelo.

Pero su espalda chocó contra algo consistente, duro pero cómodo a más no poder. Los bigotes de Maya le pincharon en los labios y en parte de la barbilla y tuvo que contener la sonrisa.

—Venga. Ya vale—dijo Marlowe y apartó a Maya de ella sin dejar de contener a la joven poniendo su propio cuerpo tras ella, algo que hizo que Mary Kate se dejase caer por completo.

No era difícil soportar a leones sobre el pecho de Laurence Marlowe y con el culo en vete a

saber sobre qué parte del cuerpo de él. Pero aun con Maya en el suelo no tenía prisa por retirarse.

Marlowe le había rodeado con un brazo para ponerle una mano en la parte de las costillas a Mary Kate y cubrirlas, con la otra mano sujetaba la frente de la leona.

—Ya —le dijo de nuevo a Maya y Mary Kate contuvo la sonrisa.

Maya podía saltar tantas veces como quisiera. Y esperaba que no fueran pocas.

Miró de reojo a Marlowe. Le fascinaba la forma de sus ojos aunque fuese la primera hora de la mañana. Los rasgos felinos en él no se distorsionaban en ninguna fase del día ni del cansancio.

Algo se movió en la lona de la puerta y ambos miraron. Era uno de los trabajadores de Olivia, llevaba el desayuno. Pero al ver a la leona suelta enseguida echó la lona de nuevo.

—Señor Marlowe —dijo desde fuera—. Le dejo esto por aquí.

Marlowe sujetó a Maya, que se había metido tras él.

—Vamos a meterla en la jaula, que está mejor de lo que yo esperaba y la puede liar aquí —le dijo a ella, que empezó a reír.

Mary Kate miró hacia la lona de la puerta. Que un trabajador de Olivia los hubiese visto en aquella cercanía casual no le había importado absolutamente nada. Y ni siquiera entendía el por qué solo el pensar que en unos instantes se lo contase a Olivia hacía que algo se encendiese en su estómago, el que estaba cubriendo Marlowe con el brazo y la mano. Ardía de una manera que calentándolo algo más, seguramente llegaría a explotar.

Se giró aún dentro de aquel cepo que solía formar Marlowe alrededor de ella para ponerse de cara a él. Contuvo la respiración al tener su cara tan cerca, por mucho que pasasen los días no se acostumbraba.

—Me voy a meter yo también en la jaula con ella —le dijo y Marlowe alzó las cejas—. Dentro de unas semanas voy a necesitar aquí más protección que en la llanura —añadió y vio la sonrisa de Marlowe.

—Ya estás comprobando que no —respondió él, que no había hecho tampoco el intento de retirarse de ella, a pesar de que la leona no había vuelto a mostrar intenciones de saltar.

Si estar a salvo de las fieras era permanecer allí, justo en aquel hueco entre el cuerpo y el brazo de Laurence Marlowe, estaba claro que no le importaría pasearse por la llanura de Mali, ni por la de Turuc ni mucho menos por el hostal Karibu.

Aún no había soltado el aire, hacerlo significaba que su pecho se moviese y rozase el de él.

—Vamos, Maya —dijo él inclinándose para empujar a la leona hacia la jaula y aquel espacio de seguridad se disolvió de inmediato con la retirada de Marlowe.

Maya se resistió, pero Marlowe consiguió que entrase dentro. Después de unos días de medicación y alimento, su cuerpo parecía algo más relleno.

Mary Kate agarró los barrotes y ayudó a sacar la jaula de la carpa de lonas. Siguieron por el camino que llevaba al portón, que había dejado entreabierto uno de los ayudantes del doctor. Y

justo tras él y delante del coche de Marlowe, estaba Olivia Fendy. Lejos del semblante amable de los comienzos, atravesó a Marlowe con la mirada. Quizás que Amanda Bruce avanzase a pasos acelerados calle abajo era una de las razones de su cabreo.

Lo caro que me va a salir a mí la gracia del gorila del lago y el tetazo a Marlowe.

—Espera aquí un momento. —Lo oyó decir y Mary Kate bajó la cabeza sin soltar los barrotes para mirar a la leona.

—Shhh —la llamó, pero Maya solo la miró un instante, prestando atención a los movimientos de Marlowe—. Ve tomando nota. Esto es lo que te espera a ti en la reserva, ¿lo sabes?

Sacó el móvil del bolsillo, ya le quedaban pocas líneas de batería.

«Ahora sí. Está ahí la Fendy echándole fuego a Marlowe».

Las risas de su hermana fueron inmediatas.

«Hermana, lo vas a flipar».

Mary Kate hizo una mueca.

Miró de reojo a Marlowe y Fendy, ella le hablaba acelerada.

—¡Marlowe! —Era uno de los ayudantes del doctor y Marlowe le hizo una señal con la mano para que esperase un momento.

Y yo voy a quedarme sola con la fiera. De eso nada.

Marlowe se apartó de Fendy, le hubiese gustado saber qué era lo que él le estaba diciendo y pasó por delante de la puerta hacia el otro lado, donde estaría el veterinario que ella no podía ver con la pared.

Mary Kate dio unos pasos rápidos hacia la puerta de la jaula sin ni siquiera mirar a Olivia.

—Hazme sitio ahí, anda. —Metió el muslo y luego abrió lo justo para que le entrase el cuerpo sin dejar que Maya asomase siquiera la cabeza fuera—. Que me van a quitar la peluca.

Cerró la puerta de los barrotes y se inclinó en el suelo en el centro de la jaula.

—Aquí no llegará, ¿no? —Rodeó con un brazo el cuello de Maya y miró hacia los barrotes. Tuvo que contener la sonrisa de su propia estupidez.

Su risa aumentó y se sorbió la nariz.

«Me he metido en la jaula con Maya», escribió con rapidez viendo de reojo que Fendy había atravesado la puerta.

Llovieron risas y aplausos.

«Ese Marlowe enseñando supervivencia ante las fieras. El mejor», dijo Vicky.

Más risas y aplausos.

Bajo el brazo que tenía apoyado sobre Maya sintió una vibración desde el interior de su cuerpo.

Empezamos.

—Ya que él no es claro, quizás sí seas clara tú —le dijo en cuanto llegó, ignorando el sonido que estaba haciendo Maya. Fendy se acercaba a la jaula.

Mary Kate alzó enseguida la cabeza para mirarla.

—Creo que la claridad de Laurence Marlowe es algo que no se debe ni discutir, pero si puedo ayudarte en algo, dime —respondió con demasiada tranquilidad, quizás en un intento de tranquilizar también a Maya. Y Fendy se detuvo en seco al escucharla. Su tono había sonado demasiado similar al de Marlowe. Demasiadas horas con él viendo cómo actuaba y hablaba con los animales. No lo hacía por Fendy, lo estaba haciendo por la leona. Sin embargo, a Fendy pareció ofenderle aquella actitud.

Fendy dio un paso más hacia la jaula.

—Ya sabía yo que esos modales refinados y ese olor a niña londinense rica no engañaban a nadie —dijo Fendy y Maya arremetió contra los barrotes de la jaula con tanta fuerza que una de sus patas traseras pasó por encima de su muslo, rasgando la tela y parte de la piel con ella.

Hasta a ella se le aligeró todo el cuerpo por estar en un espacio concurrido con una leona con un enfado tan grande. Ya dudaba si hubiese estado mejor fuera de la jaula, esta se tambaleó con fuerza.

—Lo vi venir desde que llegaste, que lo intentarías, ¿cómo no? Y te pillaron en el lago —añadió Fendy retirándose de la jaula—. Pero ya veremos. —Volvió a dar una paso atrás alejándose—. Porque a Marlowe nunca le gustó Londres, ni nada que se lo recuerde. Y tú siempre olerás a alta sociedad por mucho que te pegues a él medio desnuda. —Se dio media vuelta, lo que enfureció aún más a Maya y la jaula se tambaleó de nuevo.

Será…

Mary Kate se puso en pie de un salto, sonó tan fuerte en el suelo de la jaula que Maya se sobresaltó y Olivia se dio la vuelta para mirarla.

—¿Y a qué hueles tú, Olivia? —replicó y agarró los barrotes de la puerta de la jaula para salir —. Porque su distancia no es mi culpa.

Fue a tirar de la puerta para descorrerla, pero Maya metió la cabeza delante de su rodilla, la leona sabía bien que aquello era la puerta y quería salir. Maya podría empujarla y escapar, no era una opción abrir la puerta.

—Con toda esa ropa y bolsos de marca, no eres una fulana distinta a todas las que lo han intentado con Marlowe.

Soltó el cierre, no podía salir. Maya empujó los barrotes y movió la jaula. Si no se tranquilizaba, Maya ardería aún más. Cogió aire y lo contuvo.

—Y tú no puedes estar insultando y tirando de los pelos a todas las que estén cerca de él. —Tiró de Maya para que se retirase de los barrotes, y ahí fue consciente de que era un león. Era imposible moverla—. En Londres no darías a basto.

Los orificios de la nariz de Olivia se redondearon. Ahora sí que la había enfadado por completo.

—Oye, estúpida. —Dio unos pasos hacia las rejas con el dedo señalándola a ella.

—¿Cómo que estúpida? —la cortó.

Marlowe atravesó el umbral de la puerta con rapidez.

—¿Qué pasa aquí? —dijo y vio que Mary Kate estaba dentro de la jaula.

Mary Kate se dirigió otra vez hacia los barrotes de la puerta.

—Sujeta a Maya, que voy a salir de aquí —dijo con el pecho ardiendo.

—Tú no vas a salir a ninguna parte —le respondió él con rapidez y miró a Olivia—. Y ya está bien, Olivia. Se acabó.

—Esa que tienes dentro de la jaula tampoco es una santa —replicó ella.

—Nadie le pide que lo sea y menos cuando la insultan. —Lo oyó responder y Mary Kate contuvo la sonrisa, aquella sensación sublime y placentera del pecho se expandía, y cada vez que llegaba lo hacía con más rapidez.

Marlowe apoyó la mano en el hombro de Olivia y la llevó hasta fuera mientras se inclinaba para decirle algo que ya no escuchaba. Mary Kate los siguió con la mirada hasta que salieron.

Bajó la mirada hacia Maya.

—Él también es el león más tocho de la reserva. —Puso la mano en la cabeza de la leona, que seguía sin apartar la mirada de donde había desaparecido Marlowe con Fendy, siendo consciente de que con Marlowe delante la leona no había dado ni un solo rugido a Olivia, solo lo hacía cuando estaban ellas dos solas.

Y aquello hizo que la ligereza el cuerpo se extendiese aún más. Contuvo la respiración un instante. Se inclinó en el suelo y al final la leona giró la cabeza para mirarla.

—¿Te casarías con Marlowe? —susurró a Maya con ironía—. Yo sí —añadió y se tapó la cara para reír—. Y Olivia también. Y Bruce. —Su risa aumentó—. Y todas las que anden por aquí. Y todas las que conozca en Londres —negó con la cabeza y se quitó la mano de la cara.

Una semana intensiva junto a él hora tras hora sin separarse más de dos metros fueron suficientes para saber que no encontraría otra persona tan peculiar y extraordinaria en todos los años que le quedasen de vida. Y el efecto que Marlowe estaba provocando en su cuerpo era el de una extraño relleno que hacía que ya no lo sintiese tan escuálido, vacío y gris como antes y que perduraba aun cuando él no estaba cerca. Delante de Fendy lo acababa de comprobar, el blanco y negro estaba comenzando a tomar color. Un color amarillento como el de Maya.

Porque por un instante ya no le preocuparon ni lo más mínimo los insultos de Fendy.

Marlowe ya estaba de vuelta y ella alzó la mirada hacia él. Marlowe se detuvo delante de la jaula y las miró a una y a otra varias veces. Y juraría que Marlowe estaba conteniendo la sonrisa.

Se sacudió la nariz, Maya estaba perdiendo mucho pelo y este se le metía por todas partes.

Hasta resopló por los orificios para quitarse el cosquilleo.

Miró a Marlowe.

—¿Puedo salir ya? —preguntó y esa vez a Marlowe le costó más trabajo no reír.

—Casi que mejor te quedas ahí hasta que salgamos del pueblo —respondió él rodeando la jaula.

—¿Me lo dices en serio? —preguntó.

—Y tan en serio. —La risa de Marlowe aumentó.

Empujó la jaula para desplazarla hasta el coche.

—En cuanto la leona se tranquilice. —Su tono volvía a carecer de ironía. Esa vez era una respuesta verdadera. Mary Kate miró a Maya, sin embargo ella sí que la veía ya tranquila, se tranquilizó en cuanto tuvo a Marlowe delante.

Salir a la calle, aunque fuese una calle acostumbrada los leones, metida en la jaula con uno de ellos no dejaba de ser algo extraño y digno de mirar, por lo que estaba comprobando.

Un joven de piel oscura, vestido con camiseta y pantalón verde, se detuvo a mirarlas a tan solo un par de metros de la jaula.

—¿Marlowe! —lo llamó y él levantó la cabeza para mirarlo—. Cada vez encuentras ejemplares más diferentes —añadió y Marlowe bajó la cabeza para reír.

El joven se acercó y chocó la mano con Marlowe.

—Zundy, ella es Mary Kate Lyon —le dijo y el joven la miró a ella—. Mary Kate, Zundy es uno de los Ranger que ayuda al poblado del río con el cocodrilo.

—Encantado —le dijo el chico y Mary Kate sonrió—. ¿Lyon? ¿En serio? —empezó a reír y miró a Marlowe— ¿Y por qué tienes a Miss Lyon en una jaula? ¿No tendrá nada que ver con esas leyendas del poblado, no?

La risa de Marlowe aumentó. Mary Kate miró a unos metros más adelante de la calle. Allí estaba Fendy mirando la jaula, a ella, a Maya y a Marlowe. Y de camino a ellos se acercaba Amanda Bruce.

Ya sé por qué no me saca de la jaula.

Bajó la cabeza para reír, ya no sabía si «cuando la leona se tranquilice» lo había dicho por Fendy, por Bruce o por ella misma.

Cuando lo cuente en el chat van a llorar de la risa.

Marlowe anclaba la jaula al coche y Bruce llegó hasta ellos.

—¿Recuperada? —dijo mientras Marlowe seguía inclinado en el suelo con el mecanismo del remolque. Mary Kate vio que Bruce volvía a dirigir la mirada a ella.

—¿Te sorprende? —respondió Marlowe.

—Eres Laurence Marlowe, ya no me sorprende nada —replicó Bruce bajando la mirada hacia él—. Hasta que la vuelvan a acorralar las hienas mientras te sigue o la ataquen las leonas.

—Eso ya lo veremos. —Se oyó un sonido metálico contundente.

—¿Y el tener a Miss Lyon en la jaula junto a un león es otro de tus experimentos? —preguntó ella conteniendo la sonrisa.

—Buenos días, doctora Bruce —dijo Mary Kate con un tono más irónico que cordial y ahora sí que Marlowe levantó la cabeza.

Bruce entornó los ojos.

—Buenos días —respondió Bruce con aquella misma falta de cordialidad y miró tras de sí hacia donde ya se marchaba Olivia Fendy. Luego bajó la mirada hacia Marlowe—. Olivia parece decepcionada, ¿qué has hecho, Marlowe?

Qué ha hecho él, le pregunta. Pero si ha sido ella la que ha ido con el cuento para cabrearla.

—La respuesta sería: ¿qué has hecho tú, Amanda? —respondió Marlowe—. Pero eso ya lo sabes. —Marlowe miró a Bruce desde el suelo—. Y espero que con esto te hayas dado por ganadora con Olivia y no vuelvas a hacerlo.

Bruce miró a Mary Kate un instante.

—Lo que siempre le ha molestado de ti es que te ocupes todo el tiempo de los leones y te olvides de que existe todo lo demás —dijo Bruce—. Pero eso es Laurence Marlowe. —Volvió a mirarla a ella—. Hasta ahora.

Marlowe se puso en pie. Su cuerpo hizo sombra en toda la doctora, que estaba al otro lado del eslabón que unía la jaula al coche.

—¿Qué hay de diferente ahora? —preguntó él bajando los ojos para mirar a Bruce.

—Que ahora en tu jaula no llevas solo a una leona —respondió Bruce con cierta ironía, retirándose de Marlowe y del coche. Miró de nuevo a Mary Kate—. Y todos los que te conocemos sabemos que eso no ha pasado nunca.

Bruce volvió a retirarse aún más. Alzó la mano y se despidió de Mary Kate con la mano.

—Suerte con el documental, si es que logras sacarlo adelante —le dijo a ella—. Hay mucho animal suelto por esta reserva, ya has visto lo que le ha pasado a ella. —Bruce miró a Maya—. Y tú no eres una leona.

Mary Kate se sujetó a los barrotes para responderle, Bruce ya seguía su camino.

—No nos subestimes —replicó con rapidez a la doctora—. Ni a ella ni a mí.

Bruce se giró para mirarla y dio unos pasos hacia la jaula.

—Nos vamos. —Oyó la voz de Marlowe, que ya se montaba en el coche.

Bruce clavó sus ojos claros en ella.

—No os subestimo, pero si ella fuera realmente una leona, tú no podrías estar dentro de la jaula ahora mismo —dijo sin pestañear—. Y si tú fueras una mujer fuerte, tampoco permitirías que te dejaran ahí —añadió la doctora y Mary Kate noto cómo el pecho le ardía hasta explotar.

—¡Bruce! —Marlowe alzó la voz.

El motor del coche hizo vibrar el suelo de la jaula y Mary Kate tuvo que acuclillarse en el suelo.

—Eso que dices que le molesta a Olivia Fendy de Marlowe es lo mismo que siempre te ha molestado a ti, ¿no? —dijo Mary Kate sintiendo cómo la jaula comenzaba a moverse tras el coche y Bruce clavó sus ojos en ella—. Que para Marlowe no exista nada más que los leones —añadió poniendo una mano en el suelo para guardar el equilibro mientras que la jaula se desplazaba.

—Mary Kate. —Oyó a lo lejos la voz de Marlowe, aunque con el motor del coche él ni siquiera se estaría enterando de lo que estuviese diciendo.

El coche avanzaba y el calor del pecho seguía aumentando.

—Pero soy yo la que está en la jaula —dijo y Marlowe aceleró con tanta fuerza que necesitó agarrarse con la otra mano a uno de los barrotes.

Y que te den por el…

Marlowe siguió acelerando hasta salir de las calles y alcanzar la carretera y Mary Kate no miró atrás ni una sola vez.

¿Con sus palabras ahora Bruce pensaría que ella también había caído a los pies de Laurence Marlowe? Aunque seguramente ella y Fendy lo daban por hecho desde el primer momento, dijese lo que dijese, actuase como actuase. Al fin y al cabo, era lo que procedía. Caer ante un hombre diferente y extraordinario.

No hay opciones.

¿Las había para ella?

Igory estaba quedando arrinconado en una esquina sin color de un nuevo mundo que le estaba gustando. Seguramente no tenía opciones más que aquel único camino. Porque su cuerpo en aquel mundo estaba dejando de temblar por todo, de dudar por todo, de juzgarse por todo.

Era la primera vez que estaba metida dentro de una jaula y sin embargo sentía una libertad que no recordaba desde hacía mucho. Cerró los ojos mientras sentía el viento del camino y la velocidad del coche.

Se sujetó bien a los barrotes y se puso en pie.

Claro que era libre. Libre para poder meter la pata y cagarla, pero también era libre para hacerse fuerte y conseguir lo que se estaba proponiendo.

Gracias, Marlowe.

Dentro de la jaula. Esa no era nada. La otra, la de verdad que tanto mal le había hecho, había quedado atrás.

25

Lo único bueno de tener a Maya cerca de la casa aquellos días era que era la única que era capaz de mantener al mono ladrón a distancia. Pero a medida que Maya se iba recuperando, iba pasando más ratos lejos y el mono no tardó a hacer de las suyas. En el recuento de objetivos faltaban dos y una de sus cámaras favoritas, esta por suerte luego apareció camino de las rocas cercanas a la manada de Turuc, y hasta había podido ver otros monos quizás de la misma familia, pero mucho más tímidos y huidizos. Y por supuesto, con mayor vergüenza.

Su regla ya había desaparecido y Marlowe estaba dispuesto a sacarla de la jaula delante de Mali, algo que hacía que a Mary Kate le temblasen las piernas, pero aun así quería grabarlo y poder enseñárselo a su padre y sus hermanos cuando regresase a Londres por Navidad.

Había colocado algún trípode en la zona de arriba, pero estaba demasiado lejos, necesitaba algo más cerca. Había un árbol cerca de donde Marlowe dejaba la jaula, cada vez más cerca de los animales para que ella pudiese entrar en la llanura a pie, y cada vez recorrer en libertad más metros del territorio de los leones. Algo que Mali le permitía mirándola de lejos.

Colocó una cámara más en un trípode en el suelo y calculó el lugar donde solían colocar la jaula, pero necesitaba otra a cierta altura desde otro ángulo.

Justo en la rama del árbol, pero no la alcanzaba y a pesar de que sus entrenamientos de encamarse a cualquier cosa estaban avanzando a buen ritmo, no creyó que aquel tronco fino ni siquiera aguantase su peso. No era como los árboles de donde estaba la casa y donde se escondía el mono ladrón. A esos ya podía escalar hasta la mitad del tronco y por esa razón recuperó su cámara.

Marlowe se puso junto a ella y la miró de reojo. Él tampoco alcanzaría a colocarla.

Así que una buena opción podría ser escalar a Marlowe.

Y eso sonaba mejor que bien.

Contuvo la sonrisa y miró a lo lejos a Mali. Aquel león no solía quitarle un ojo de encima desde que pisaba la llanura, aunque estuviese tumbado de lado a lo largo del suelo, tal y como estaba ahora.

—¿Nerviosa? —le preguntó él con ironía.

—Hay ahí tumbado un león de doscientos kilos y en un rato lo tendré delante de mi cara, ¿cómo voy a estar nerviosa? —preguntó ella y lo vio contener la sonrisa.

—Doscientos quince la última vez que visitó la clínica —dijo él—. Turuc pasa de los doscientos cincuenta —añadió.

No había tenido aun contacto con la manada de Turuc y tampoco era que se viese preparada.

Turuc no era Mali en ningún sentido.

Marlowe levantó la mirada hacia la rama, quizás había entendido lo que pretendía hacer ella con aquellas cintas.

—¿Dos metros y algo y un metro ochenta alcanzan la rama? —preguntó él.

—¿Qué? — Mary Kate lo miró enseguida, pero su cuerpo basculó de manera brusca y se agarró a los hombros de Marlowe mientras que él la alzaba en peso. Ya su peso no era con el que llegó a la reserva, pero para él no era más pesada que una muñeca. La alzó en el aire y la sentó en su hombro.

—Dos metros y algo y metro ochenta alcanzan la rama —dijo en cuanto recuperó el equilibrio.

Tenía el culo sobre el hombro de Marlowe y una de sus nalgas sobresalía un poco, la otra estaba hundida en su cuello. El equilibrio de Marlowe era absolutamente perfecto hasta con ella encima. Era como estar sentada sobre una rama o una piedra. Así que pudo erguirse sin problema y pasar los ajustes y el soporte por la rama. Apretó los tornillos para ajustarla.

—Si no sobrevivo, no les envíes las tarjetas a mi familia —dijo y bajó la mirada para verlo reír.

Marlowe volvió a cogerla por la cintura para bajarla de su hombro y dejarla en el suelo. Lo miró de reojo mientras lo rodeó para rebasarlo y volver a mirar hacia la llanura.

La hora de la verdad.

Cogió aire y lo guardó dentro del pecho.

Y yo pensaba que andar por los pasillos de la productora cuando los Ramson estaban enfadados era tener miedo.

Qué era Igory o los Ramson al lado de Mali.

Sintió un cosquilleo en la mano y buscó el contacto de Marlowe con los dedos, él le cogió la mano al completo y tiró de ella. No pensaba darle ni un minuto de margen.

—¿Ya? ¿No me vas a dejar ni decir mis últimas palabras? —le dijo con ironía y él negó con la cabeza.

—Dejarte tiempo solo es dejar que te rellenes de malas posibilidades. —Marlowe abrió la mano que le tenía cogida y bajó la mirada para mirar la de Mary Kate—. Aun no estás temblando, lo estarías si te dejo pensar.

Y llevas razón.

Diecisiete días junto a Marlowe y ya la conocía bien, para hacerlo le habían sobrado quince.

Llegaron a donde acababan los árboles y las rocas, ya solo quedaba suelo libre salvo algunas matas de setos sueltas. Todo lo demás estaba a la vista. Ya no despertaba tanta curiosidad en los leones como el primer día que acudían todos a ver al extraño bicho que había en el interior de la jaula.

Mary Kate resopló, Marlowe sonrió y le soltó la mano para cogerla de los hombros y ponerla delante de él. Mary Kate giró la cabeza para mirarlo tras su espalda.

—No pienso ir yo delante —se apresuró a decirle.

—Sigues sin confiar en mí —replicó él.

—Sí confío en ti. —Ella miró al frente de nuevo—. En quien no confío es en mí.

Marlowe le movió los hombros para sacudirla.

—¿Aún no sabes cómo funciona tu cuerpo? —preguntó él y ella frunció el ceño, comenzó a hacerla avanzar, la jaula estaba a unos metros con la puerta abierta—. Llevas veintiséis años dentro de él, ya deberías.

—Aun así, va a tener que venir el recuperador de leones a explicármelo —respondió ella y lo miró de reojo—. Porque no tengo ni idea.

—Tu cuerpo tiene una capacidad asombrosa de llenarse de malos augurios —dijo él mientras seguían avanzando por la llanura—. Eres una especialista en audiovisuales, así que supongo que tu cabeza no deja de ver películas con las peores posibilidades de cada situación —añadió él y Mary Kate giró la cabeza de manera brusca para mirarlo, se encontró con los ojos almendrados de Marlowe a plena luz del sol, con aquel color entre el azul y el verde completamente transparentes—. Lo hace siempre, por muy absurdas e inofensivas que sean las circunstancias. Así que no me puedo ni imaginar lo que puede construir tu cabeza ahora mismo.

Ella, todavía con el ceño fruncido, alzó las cejas, gesto que lo hizo sonreír.

Marlowe la hizo detenerse, bajó la manos de sus hombros para cogerle las suyas a Mary Kate. Ella miró hacia la llanura de nuevo.

—A veces he tenido que ayudar con el miedo hacia los leones, pero no es el caso. Tú ya no lo tienes. Lo veo todos los días con Maya.

—Maya no es Mali —susurró ella bajando la barbilla.

Marlowe dio un paso hacia ella, casi podía sentir su cuerpo tras la espalda. Y sintió que él inclinaba la cabeza hacia su hombro y oído.

—Tu miedo no es con Mali —respondió él y de inmediato notó cómo le tiraba la garganta. Alzó la mirada hacia la llanura y el paisaje se emborronó levemente con la humedad de los ojos —. Si tu cuerpo tiene la capacidad para llenarse de todo eso que te asusta, que te hace dudar, temblar, retroceder o esconderte es porque durante mucho lo has vaciado de todo lo que hace que decidas, empujes, avances, trabajes o te haga feliz.

Mali se estaba moviendo, quizás levantándose. Contuvo la respiración y cerró los ojos. Que Marlowe le estuviese hablando de todo aquello precisamente en ese momento, no hacía más que aligerar sus piernas. Volvía sentirse culpable por ceder, permitir, dejar que la noria que la iba desnudando y absorbiendo a cada vuelta no se detuviera. Hasta dejarla en nada.

Apretó los labios, estaba a punto de romper a llorar.

—Mary Kate Lyon, da igual qué haya pasado, ni qué te haya traído hasta aquí —añadió Marlowe haciéndola avanzar de nuevo. Ella dejó caer su espalda por completo en él mientras daba un paso tras otro. Los ojos hasta cerrados se le humedecieron por completo—. A mí no me importa. Y a Mali no le importa.

Seguían avanzando y el olor a león se hizo intenso, seguido de una respiración que ya conocía bien. El vello de la piel se le erizó por completo.

—Si ellos te aceptan. —La voz de Marlowe en su oído hizo que el vello se le levantase aún más. Se detuvieron y Marlowe se despegó de su espalda despacio, soltándole también las manos —. Si se te concede el privilegio. —La mano de Marlowe hacía presión en su hombro, así que ella se acuclilló apoyando una rodilla en el suelo.

Sintió una espiración profunda y fuerte que acabó con lo que parecía un rugido ronco que se alargaba hasta que el león casi se quedaba sin aire. Diferente a aquellos rugidos que oía de Turuc a lo lejos, en los que el león se llenaba de aire para que el rugido explotase.

—Hace cuatro semanas no te imaginabas delante de un león, Mary Kate Lyon. —Oyó decir a Marlowe.

Abrió los ojos y se quedó inmóvil un instante. Mali la miraba a tan solo unos centímetros. A pesar de ser un felino, sus ojos marrones claros de cerca le recordaban más a los de un perro que a los de un gato. Pero a través de las rejas ya se había acostumbrado a su olor y a su tamaño.

Ya se conocían a media distancia. Sin embargo, no se atrevía ni a mover una mano para tocarlo. Tuvo que respirar, iba a asfixiarse si seguía conteniendo el aire.

Mali volvió a hacer aquellos ruidos que hacían los leones, eran similares a los que podría hacer una persona en mitad de un resfriado lleno de mocos, sonidos de nariz y de garganta continuos, medio silbidos, medio rugidos, medio gruñidos, a los que ya se había acostumbrado.

Mali bajó la cabeza y la subió de golpe, Mary Kate fue rápida para no llevarse un cabezazo. No era un león impulsivo, según Marlowe, de mucho saltar o pasar por encima. Pero era un león, con peso de león y fuerza de león.

Pestañeó y fue consciente de que la humedad se había ido. Hacía cinco semanas, como decía Marlowe, no se imaginaba delante de un león. Ni tampoco intentando competir con los Ramson. Ni mucho menos dejando a Igory en un rincón en escala de grises de su nuevo mundo que se coloreaba poco a poco.

Delante de un león.

Sin barrotes ni jaulas.

Alzó la mano y la metió bajo la melena espesa de Mali. Era imposible llegar a la piel.

—Es imposible rascarlo con esta melena —dijo y Marlowe rio.

—No es una bufanda absurda. Es una protección a los ataques en el cuello —respondió Marlowe.

Dios.

Una protección gruesa, espesa y tupida como no imaginaba. Así que llevó la mano hasta la barbilla del león, allí sí podía rascarle. Mali estiró el lomo y dio un paso hacia ella. Vio que Marlowe puso la rodilla cerca de su hombro, supuso que para frenar al coloso si acababa pasando por encima de ella.

Mali acercó tanto la cara a ella que hasta notó el cosquilleo en la nariz del pelo de león.

Si ellos te aceptan. Si se te concede el privilegio.

Tragó saliva y los ojos volvieron a brillarle.

Estaba delante de un león. Ella. Mary Kate Lyon.

Mali le acababa de conceder el privilegio.

A mí.

A ella, insignificante, miedosa, insegura, débil y hasta torpe.

Mali volvió a hacer aquella respiración sonora que si no estuviese acostumbrada podría parecerle un reflejo de angustia. No era así. Mali levantó la barbilla para que siguiera rascándolo.

Miró los ojos del león, le encantaban los pelos largos y punzantes de sus cejas.

Si se te concede el privilegio.

Puso la otra mano sobre la melena del león y la dejó caer en él, sintiendo de nuevo la aspereza y el espesor de su melena.

Llenarse de lo que la hiciera fuerte, avanzar, ser feliz.

Voy a hacer el trabajo de mi vida.

Y la sola idea de que pudiera ser así hizo que sonriese sin dejar de mirar a Mali. Y había quienes pretendían quitarle el proyecto hasta en la distancia. Fastidiarle el momento, entorpecer lo que había puesto en marcha.

Malditos Ramson. Igory, estoy delante de un león.

Algo que posiblemente ellos no podrían hacer en la vida. ¿Cómo demonios pretendían competir con ella?

A ella la habían aceptado los leones.

Bajó la frente y la dejó caer sobre Mali.

Proyecto Miss Lion.

No Lyon. El vello se le erizó de nuevo. Aquel título significaba mucho más de lo que parecía. Oyó el rugido ronco de Mali en su oído.

Adelante.

26

Aquel mono era un experto en hacer desaparecer cosas, pero que lo hiciese cuando ya era de noche la ponía negra.

Se había llevado el cargador de una de las cámaras y la necesitaba cargada al día siguiente. Ya trabajaban todos los días con los leones y no dejaba de grabar imágenes que no sabía si la llevarían a alguna parte. Observaba cada árbol, pero a aquellas horas los roedores proliferaban entre las ramas y la confundían.

Llevaba en el bolsillo del pantalón un paquete de cacahuetes bañados en chocolate, que era lo único que la había hecho alguna vez lograr acercarse algo al mono. Era terriblemente escurridizo.

Alumbró con la linterna una de las ramas, al fin logró ver el cable y el enchufe colgando.

—Ya esos trucos no van a servirte conmigo. Y a estas alturas me importa un pimiento que me mees encima, ¿sabes? —dijo buscando algún punto de apoyo para la punta del pie y subirse a la rama—. Además, ya que vienes a casa todos los días, voy a ponerte nombre.

Alzó la mirada mientras se alzaba en uno de sus pies. Pudo ver el brillo en los ojos del mono en medio de la oscuridad. Lo alumbró con el móvil y el mono saltó a otra rama.

—¿Saltarín? —dijo y ella misma hizo una mueca—. ¿Poca vergüenza? —Oyó una especie de grito agudo en los árboles y tuvo que reír. Seguía avanzando árbol arriba—. Pues si supieses cómo te llama Marlowe —añadió y su risa aumentó. Estaba llegando arriba y vio al mono desenrollando con rapidez el cable de la rama.

Es que tiene narices el mono.

—Mister… —dijo entornando los ojos. Y él la miró—. Mister... —Pasó la pierna por una de las ramas y se sentó encima—. Monkey. ¿Mister Monkey?

Arrugó la nariz. El mono estaba quieto mirándola, quizás no se imaginaba que ella llegaría hasta arriba.

—Eso es muy largo —añadió sacando el paquete de cacahuetes con chocolate del bolsillo. Lo abrió y lo olió. Luego extendió la mano con el paquete para que llegase el olor a él. Él hasta se inclinó levemente para olerlo mejor—. Mister Mon.

Sonrió al ver que él no dejaba de mirar el paquete. Ella se echó un puñado en la mano y se lo metió en la boca.

—Mister Mon, me gusta —asintió con la cabeza.

Escuchó un sonido digital y bajó enseguida la mirada hacia su reloj.

—¡Ostras! Que aquí hay cobertura, qué fuerte. —Abrió el chat. Pero ni siquiera le dio tiempo a que se descargasen los mensajes. La poca línea que había desapareció de inmediato. A unos

kilómetros de la casa había una antena, unas noches atrás habían ido para que Mary Kate no estuviese tantos días sin hablar con su familia. Nunca imaginó que estar completamente desconectada no era tan terrible.

Cogió más cacahuetes y se los metió en la boca.

—Y también los tengo con miel. —Se sacó otro paquete del bolsillo para que él lo viese y lo guardó de nuevo.

Al menos he conseguido que no se me mee encima. Si encima me devuelve el cargador, soy una crack.

Alargó la mano con un par de cacahuetes. El mono se acercó con rapidez, lo cogió dándole la espalda, cubriendo todo el cargador con el cuerpo, y se retiró de inmediato.

Lo miró mientras comía los cacahuetes.

—¿Molan, eh? Son un vicio, de chica me encantaban. —Se metió otro puñado en la boca. Le seguían gustando igual que siempre—. ¿Quieres más?

Le dio otro par y el mono lo cogió en la misma postura, pero ya no se dio tanta prisa en quitarse de su alcance. Solo se retiró un poco, y sin soltar el cargador con una mano, estiró la otra como hacía ella cada vez que le ofrecía cacahuetes.

Ella frunció el ceño mirándolo.

—A ver cómo te explico yo que te cambio esto por eso que tienes ahí. —Miró su bolsa de cacahuetes. Sin embargo, la sostuvo junto a su cuerpo como hacía él y estiró la otra mano vacía.

El mono vio que no había nada en su palma y reculó unos pasos atrás. Y luego saltó a otra rama más baja.

Lo vio sobresaltarse enseguida. Y la rama donde estaba el mono se movió bruscamente.

Ella se apoyó con las manos en la rama donde estaba sentada e inclinó el cuerpo para mirar abajo. Era Marlowe, y acababa de tirar del cable que el mono había dejado colgando para quitárselo.

—Bájate de ahí, anda —le dijo a ella—. Con que Mister Mon —añadió él y ella empezó a reír. No sabía desde cuándo Marlowe estaba abajo, pero estaba comprobando que quizás desde el principio. Era más sigiloso que Maya.

Apoyó las manos para levantarse y recular por la rama hasta el tronco y poder bajar de nuevo. Volvió a pasar la pierna por encima de la rama y miró hacia donde estaba el mono. Este se había quedado en el comienzo de la otra rama, algo encogido con el cuerpo pegado al tronco del otro árbol.

La miró con los ojos oscuros y redondos, con una expresión seria y la picaresca con la que acostumbraba.

—¿Qué le pasa? —preguntó a Marlowe sin dejar de mirarlo.

—Que hoy le ha salido mal la jugada. —Vio a Marlowe alzarse de puntillas para mirarlo

también.

Y Mary Kate entendió que Marlowe claro que llevaría ahí desde el principio, esperando mientras ella distraía al mono para quitarle el cargador.

A Mister Mon no le había salido nada bien la jugada. Y estaba enfadado. Y triste.

—¿Pero está bien? —Se agarró al tronco del árbol y enredó una pierna en él mientras veía que el mono bajaba la cabeza y perdía la mirada hacia el otro lado.

—Está como un niño al que le compran todos los días una chocolatina, pero un día le dicen que no.

—Ya. —Arrugó el paquete de cacahuetes y el mono la miró de reojo. Sabía que la estaba mirando, así que se metió el paquete en el bolsillo lateral del pernil del pantalón, dejando la mitad del paquete sobresaliendo de la tela.

Le dio la espalda al mono y se dispuso a bajar por el tronco. Marlowe estaba bajo ella, quizás para contener cualquier fallo. Se oyó el revuelo de ramas y gritos, tras más revuelos de ramas.

Ella contuvo la sonrisa.

—¿Por qué has hecho eso? —protestó él—. Era bueno que aprendiese.

—Porque le hace feliz. —Miró hacia las ramas. El mono se había detenido en una para mirarla y le sacó los dientes. La risa de Mary Kate aumentó. Luego Mister Mon miró a Marlowe. La orina fue tan escasa que apenas alcanzó la rama contigua a la que él estaba. Quizás por eso tampoco le haba orinado a ella, no tenía pis suficiente.

Marlowe negaba con la cabeza y Mary Kate soltó una carcajada.

Llegó hasta la altura de Marlowe y lo vio alzar los brazos. Ella se soltó para pasar del tronco a él, apretándole las rodillas a los lados de la cintura. Cada vez lograba saltar, encaramarse, agarrarse, subirse o bajarse de cualquier parte de manera más ágil. Aunque todas no le gustaban por igual.

Estaba claro cuál era su preferencia.

Y ya, aunque Marlowe no la sujetase por la cintura, era capaz de sostenerse en él únicamente con la fuerza de las rodillas. Él parecía saberlo, llevaba unos días que dejaba que ella sola subiese o se bajase de él sin ayuda.

Mary Kate apoyó las manos en sus hombros para abrir las piernas y saltar al suelo. Miró hacia el mono un instante, ya se estaba comiendo los cacahuetes. Luego dirigió la mirada hacia Marlowe.

Los días estaban volando uno tras otro. Sin embargo, la sensación era siempre de llevar allí más tiempo del que realmente llevaba. Un escaso mes. Y pocos días para regresar a Londres por Navidad.

Sintió los hombros de Marlowe moverse con su risa bajo sus manos y fue consciente de que no lo había soltado aún.

—No hay manera contigo. No son mascotas —le dijo él.

Mary Kate se retiró de él y negó con la cabeza.

—No son mascotas, lo dice el que tiene un lagarto con látigo de acero debajo de las camas.

—Hablando de látigo…. —Él bajó la barbilla para mirar sus pies—. El que te llevaste esta mañana… ¿qué estabas haciendo con esa luz roja? Creo que no era precisamente una cámara.

Pensaba que él no la había visto.

—Es un medidor, para mandárselo a mi padre y a mi tía Georgina —respondió. Y Marlowe frunció el ceño.

—Un toldo, dijiste un toldo. —Marlowe alzó el dedo y lo movió en el aire.

—Y he medido el toldo.

—¿En tu dormitorio? —Alzó las cejas para preguntarlo.

—Me dijiste que podía cambiar la cama —se apresuró a responder—. Hay… —De la manera irónica con la que Marlowe asentía la hizo tener que pensar mejor la respuesta—. Unas literas abatibles que pienso que irían mejor en ese cuarto tan estrecho.

—¿En mi dormitorio? —Esa vez fue ella la que alzó las cejas con la pregunta.

—No tienes cabecero y tu armario es terrible —respondía mientras Marlowe ladeaba la cabeza.

—¿En el salón?

—Me duele el culo de esas sillas de plástico y ese sofá… soy una pija, ya lo sabes —decía ella y él volvía a asentir—. Hace dos días me dijiste que podía cambiar lo que me incomodara.

—De tu dormitorio.

—Sí, pero digo yo… —Sacudió un insecto de la camiseta de Marlowe y él bajó la mirada para ver qué estaba haciendo—. Que ya que van a traer la litera, sería una pena no cambiar el sofá. Y ese armario de lona…

—Ya. —Alzó la mirada de nuevo hacia ella.

—Además van a traerlo todo y montarlo cuando no estemos aquí. Tres días, ¿no?

Regresar a Londres, aunque pudiese parecerle mentira, le resultaba de una pereza horrible. Y eso que la Navidad era su fecha preferida.

—Y hablando de Londres. —Se oyó un rugido a lo lejos. Era Turuc y hacía eco. Apenas había podido grabarlo a lo lejos. Marlowe le había dicho que cuando regresasen de Londres comenzarían en aquella manada tan difícil. Pero con Turuc no le garantizaba poder salir nunca de la jaula. Territorial y con un sentido protector sobrenatural con su llanura, con sus leonas y con Marlowe, ni siquiera él se fiaba de dejarla acercarse a él sin barrotes en medio.

En cuanto a Maya, había comenzado a entrar en la llanura de Mali en su jaula, como un tiempo antes había hecho ella. Sin embargo, la reacción de todos había sido muy diferente. Las leonas se la querían merendar, rejas incluidas.

—Hablando de Londres qué —dijo él.

Mirar a Marlowe a corta distancia hacía que a ratos sus pensamientos divagasen. Y era algo que no se corregía con el tiempo, al contrario, iba a más.

—Como tienes inquilinos en tu casa de Londres ahora, sé que sueles quedarte en casa de Blake o de Stoker. Pero mi padre insiste… —Tuvo que fruncir el ceño al decir aquello y hasta notó que se le calentaban las orejas con cierto bochorno—. Que puedes decir que no, eh, no te veas obligado.

Fue consciente de que ni siquiera había acabado de decírselo.

—Bueno, que en agradecimiento a todo lo que estás haciendo, a mi padre le encantaría invitarte esos días a la casa Lyon. —Sacudió la mano en el aire para espantas la nube de mosquitos que pasó entre ellos—. Es una oportunidad de oro para librarte de mí unos días si te vas a casa de Blake y lo entiendo. —Arrugó la nariz y vio cómo Marlowe contenía la sonrisa—. Pero de todos modos, Blake y Dayana vienen también a cenar en Navidad, con Hércules y mi hermana. En fin… —Ya estaba notando cómo le subían los colores, así que se retiró de él—. Que decidas lo que quieras. No te veas obligado a nada.

Le dio la espalda y avanzó hacia la casa.

Pufff este tío en la civilización.

El calor en las mejillas iba a más. Cogió aire y espiró en un resoplido.

—Vale. —Lo oyó decir a su espalda.

¿Conmigo? ¿En Londres?

Lo del pecho se le abrió por completo, la ligereza fue tan intensa que le costó girar la cabeza para mirarlo.

—¿Vale? —respondió y él dio unos pasos hacia ella.

—Si a ti no te importa tampoco perder la oportunidad de librarte tres días de mí. Salvo en la fiesta y en la cena de Navidad.

¿Librarme de ti? Que va. Me va la tortura.

Ella contuvo la sonrisa.

—Creo que vas a hacer a mi padre muy feliz. —Comprobó que en el móvil no tenía ni un ápice de cobertura. Tendría que esperar para responderle a Mister Lyon.

—¿Tú no le has dicho a tu padre lo que como, verdad? —dijo él y Mary Kate empezó a reír.

—Tú no sabes cómo es. Me pedirá un horario preciso con tu dieta para que a cada hora exacta alguien te avise de que la tienes lista —dijo y Marlowe sonrió—. Es Mister cuadrícula.

—Eso suena muy unicornio.

—Por supuesto. Se lo pusieron ellas.

Marlowe llegó hasta ella.

—Pues si eso dicen de Christopher Lyon, ¿qué nos dirán a los demás?

Mary Kate intentó que no se moviese ni un músculo de su cara, porque sabía que precisamente era lo que Marlowe estaba observando para encontrar la respuesta a sus palabras. Pero lo del león más tocho de la reserva y la pila de testosterona la hicieron tener que apretar los labios.

Él contuvo la sonrisa y dio unos pasos hacia la casa. Ella solo lo siguió con la mirada.

Marlowe en la casa Lyon.

Su sonrisa se amplió ahora que él no la estaba mirando.

Marlowe entre unicornios y leones.

No iba a ser la primera vez que lo iba a tener entre ellos, sin embargo no entendía cómo las otras veces ni siquiera fue capaz de ser consciente.

Frunció el ceño, las posibles imágenes se sucedían por la mente. ¿Marlowe en Londres entre gente corriente? Negó con la cabeza riendo.

Una fiesta de Misters y unicornios. Y Marlowe. Y ella.

Ya comenzaba a sonar bien.

Ladeó la cabeza y miró hacia la puerta de la casa.

Y los Ramson.

Y sorprendentemente seguía sonando bien. No tenía mucho sentido.

Pero si una manada de leones últimamente era el lugar perfecto del mundo, tampoco podía buscarle explicaciones a más.

Su mundo nuevo le estaba encantando.

Chat alternativo

Vicky: Estos sin dar señales de vida.

Wilde: Ya os avisamos. No tienen línea y Marlowe tiende a desaparecer por días.

Vicky: Pero así no podemos meter las narices.

Lyon: Mejor.

Damon: Jajaja.

Stoker: Tranquila, que ya mismo los tenemos aquí.

Claudia: Estoy deseando.

Blake: Y yo.

Lyon: Yo lo he invitado a pasar esos días en mi casa.

Blake: Ufff. Va a decir que no. Marlowe es un tanto extraño para esas invasiones de privacidad. Que Mary Kate lleve allí casi cinco semanas ya es un logro.

Stoker: Lo mismo con los Lyon no le importa. Tiene a una en su casa.

Byron: Y lo más importante. No se queja.

Vicky: Pero ¿cómo se va a quejar? Menudo ejemplar que le hemos enviado.

Stoker: Jajaja. Dice que le gusta más tenerla a ella allí que a nosotros.

Blake: Pero aviso, eso tampoco significa mucho. Somos terriblemente incómodos.

Hércules: Jajaja.

Lyon: Pues yo no me imagino a mi hija entre insectos y viviendo en esas condiciones.

Natalia: Pues tampoco se queja, Chris.

Mayte: Jajaja.

Claudia: Mira que somos positivos, que nos conformamos con que ni uno ni otro se queje.

Wilde: Jajajaja. Que tampoco sería malo, eh. Más que se quejaba Byron de Sayuri.

Byron: Habló el doctor que estaba encantado con su becaria.

Vicky: Jajajaja.

Stoker: Entonces, ¿es bueno o malo que se quejen?

Blake: Ni idea, la verdad. Como estamos aquí a ciegas, vete a saber.

Vicky: En diez días saldremos de dudas. Los voy a observar con lupa.

Mayte: Y me lo creo, jajaja.

Natalia: Ahora a esperar a que den señales.

27

Marlowe abrió la puerta del coche, pero no entró ni se sentó. Miró dentro de la tienda de alimentos y vio que Mary Kate seguía en los pasillos. Cogió el teléfono y marcó el teléfono de Stoker.

—¿Marlowe? Pensaba que os había comido el cocodrilo. —Fue el saludo de Stoker.

—A ese voy a buscarlo en unos días —respondió él ignorando la ironía de Stoker.

—¿Antes de Navidad? ¿No puedes esperar a después? Por si sale mal, te digo —dijo Stoker riendo y él negó con la cabeza—. Si me has llamado por el avión, ya está todo preparado. Pero no podré ir yo a por vosotros.

Casi que lo prefería. Aguantar las bromas de Stoker todo el vuelo eran demasiadas horas. Ya tenía bastante con los días que le quedaban en Londres.

—Gracias —le dijo con tranquilidad para que Stoker acabase ya con las risas—. Pero no te llamaba para eso.

—¿No? Esto me interesa. ¿Para qué me necesita el gran Laurence Marlowe?

Dudó hasta en pedírselo mejor a Byron y ya se estaba arrepintiendo de haber elegido a Stoker.

—Christopher Lyon me ha invitado a pasar esos días en su casa. —Miró de nuevo a Mary Kate, seguía dentro. Pero tenía que darse prisa. Stoker guardaba silencio—. Y le he dicho que sí.

Cerró los ojos esperando las carcajadas de Stoker. Pero solo hubo silencio, frunció el ceño y se retiró el móvil de la oreja para comprobar que no se había cortado la llamada. Pero no, Stoker estaba en silencio.

—Así que necesito que me hagas un favor —añadió.

—Dime.

Comprobó de nuevo que Mary Kate no había salido de allí.

—¿Podrías comprarme ropa y mandarla a la casa Lyon? —le soltó.

Y oyó un repertorio de sonidos nasales.

—Déjate de risas, que va en serio —le dijo firme.

—Y por eso me río. —Stoker casi no podía contestarle—. ¿Me estás diciendo que no piensas pasearte por la casa Lyon y por Londres junto a Mary Kate con tus pantalones de la selva y tus camisetas descosidas, rasgadas y llenas de agujeros?

Apretó los labios y cogió aire despacio mientras escuchaba la risa de Stoker.

—¿Me vas a hacer el favor o no? —Se dejó caer en la puerta abierta del coche.

—Claro, ¿qué necesitas? ¿Trajes de chaqueta?

—¿Qué dices? Ropa normal de calle. —Podría esperarse cualquier cosa de Stoker.

—Uffff, eso tiene muchas variantes, ¿qué estilo de ropa quieres?

—Yo qué sé. —Mary Kate seguía perdida entre los estantes—. Lo que te pondrías tú.

—¿A estas alturas me vas a decir que te gusta mi estilo? —Stoker rompió en carcajadas—. ¿Esta vez piensas ponerte pajarita en la fiesta?

—Estoy a un rugido de mandarte a tomar por culo —replicó él y la risa de Stoker aumentó—. Y no, no voy a ponerme pajarita. Eso que se te olvide. Y no te vayas a pasar con la ropa, que te conozco.

—Vale. Solo ropa de calle. *Jeans*, camisetas de inverno y algún abrigo, ¿te vale?

—Sí. —Temía lo que se podría encontrar.

—¿De leopardo?

—Vete a la m… —No le dio tiempo de acabar, Stoker le colgó.

Cogió aire y lo echó de golpe. Luego miró al interior de la tienda. Mary Kate ya estaba en la caja.

Tenía que reconocer que verla en su hábitat natural era algo que le apetecía más de lo que podía imaginar. Recuperarlos y llevarlos a donde procedían. Mary Kate no era consciente de lo que estaba consiguiendo, quizás no lo sería hasta que pusiese un pie en Londres.

Acompañar a su leona. A una más.

Entornó los ojos hacia aquella joven de pelo dorado que reflejaba los rayos del sol. Poco más de un mes allí y seguía sin incomodarle su presencia continua, hasta el punto de elegir no perderla de vista los días de Londres.

Mary Kate ya salía de la tienda y se dirigía al coche y él contuvo la sonrisa al mirarla. Había superado sus propias expectativas con ella y era un tremendo orgullo llevarla de nuevo hasta su familia.

Llegaría el día que tendría que separarse de ella. Era consciente.

No era ese mes, ni el siguiente. No quería pensarlo.

Le encantaba aquella leona.

Mary Kate llegó hasta él.

—¿Te gusta esto? —Ella abrió la bolsa de papel para que pudiese ver lo que llevaba dentro.

Estaba convencido de que nada de lo que pudiese ofrecerle ella le desagradaría.

—Sí. —Retiró el pelo de Mary Kate para mirar su mandíbula bajo la oreja izquierda. La noche anterior se había herido con unos setos. Y Maya tampoco era que tuviese el resto del cuerpo de la joven libre de incidentes sin mucha importancia. Esperaba que no se repitiese mucho en esos días, quería llevar aquella belleza sublime intacta para la tranquilidad de Christopher Lyon. Aquel hombre lo necesitaba con desesperación.

—No me duele —dijo ella. Mary Kate nunca retiraba la cara, la mano o cualquier parte de su

cuerpo cuando estaba en contacto con él. Y era consciente de que él tampoco tenía mucha prisa en retirarse.

Quizás había más razones que las más evidentes para enviarle a Mary Kate allí, y conociendo quienes la enviaban, sería idiota si tuviese dudas. Siempre fue consciente y se dejó.

Se dejó empujar dando un paso tras otro sabiendo que al final del camino había un barranco. Un barranco a los pies de Mary Kate Lyon.

Y ahora estaba comprobando que no tendría más remedio que caer rodando por él.

¿Quién tuvo la idea de enviarle allí a Mary Kate? ¿Y qué vio para intuir que se caerían los muros que había entre él y el resto del mundo? Porque eso era algo que quien lo conocía sabía bien que era tremendamente difícil.

No sería ninguno de los Misters.

Pasó el dedo una vez más por la piel de Mary Kate cercana a la magulladura y la apartó. Su pelo cayó de nuevo tapándole aquella parte del cuello. Ya se le había secado al completo, pronto se lo recogería con la goma que solía llevar siempre en la muñeca.

—Y esto se lo he comprado a Mr Mon. —Sacó unos paquetes de colores—. ¿Le gustará? No quiero que coma otra vez chocolate de momento.

Tuvo que reír con las palabras de Mary Kate.

—Le gustará todo lo que pueda quitarte de los bolsillos —le respondió él.

Parecía que al final Mary Kate estaba consiguiendo desviar los intereses del mono. Ahora su obsesión no era robar cosas de la casa, sino robarle directamente a ella.

—Para Sabrina no encuentro nada por aquí que pueda competir con las cucarachas platillo —dijo ella rodeando el coche para entrar por el otro lado. Y la risa de Marlowe aumentó—. Pero será lo primero que me ayudarás a buscar en Londres. —Lo señaló con el dedo—. Voy a conseguir que deje de darme coletazos.

Él negó con la cabeza riendo mientras se sentaba en el coche. Pero que ella contase con él en Londres más allá que la fiesta de la fundación o la cena familiar le gustó más de lo que esperaba.

La miró antes de arrancar, ella se había alzado para mirarse por el retrovisor y se rascó la punta de la nariz. Al principio solía tenerla llena de pieles secas por muchos filtros que se pusiera. Ya parecía que estaba cogiendo el color que allí se imponía a la fuerza con tanto sol.

Cada día estaba más guapa.

La leona le estaba fascinando.

Su móvil vibró mientras lo dejó en el asiento y lo miró de refilón. Era un mensaje de Brandon Wilde. Así que no arrancó el coche.

«Marlowe. Sé que seguramente te cogerá mal de tiempo, como siempre. Pero necesito que me hagas un favor enorme».

Frunció el ceño. Que sus amigos le pidiesen favores nunca era buena señal.

28

Habían salido corriendo hacia el hostal para coger un par de cosas y cambiarse.

Según había dicho Wilde a Marlowe, los necesitaba en Giza con cierta urgencia. Les había enviado un avión privado que los regresaría a la mañana siguiente a la sabana. Menos de veinticuatro horas fuera y aun así Marlowe aceptó a regañadientes.

Wilde solía llamar a Marlowe cuando encontraba momias de animales, pero no había dicho nada de momias. Solo que se vistiesen para una cena.

La plancha le daba unas curvas a su pelo que hacía demasiado tiempo no veía. Se había puesto un vestido de tirantes y vuelo color champán y ni siquiera sabía por qué demonios se lo había llevado allí. Ni ese vestido ni el resto de los que llevaba. Estaba claro que ella misma no era consciente de a donde iba antes de salir de Londres.

Se echó una capa más de rímel. No había decidido un maquillaje muy sofisticado, con los mismos polvos del sol se había hecho las sombras, y con las sombras un suave delineado.

Al brillo en las mejillas no pensaba renunciar. Coral irisado y con un exceso de iluminador que le encantaba con aquel nuevo tono de piel. En los labios usó tan solo perfilador y tinte de labios.

Sacudió el pelo y se echó el espray de brillo. Tampoco sabía por qué había llevado tantos artilugios de arreglo personal ni una maleta enorme de maquillaje y fijadores de todo tipo.

Tuvo que contener la sonrisa al sacar los zapatos de tacón *estileto* de la maleta de los zapatos.

—Lo mío es de traca.

Los dejó caer al suelo y se subió a ellos. Su cuerpo basculó hacia delante.

—La verdad es que son una maldad.

Una maldad que ella llevaba desde que ponía un pie fuera de la cama hasta la noche.

Había preparado una maleta de cabina con ropa para el regreso. No pensaba llevar aquellos tacones mucho tiempo más que el necesario.

Se subió con esfuerzo la cremallera del vestido.

—Esto es por los cacahuetes con chocolate —dijo y la cremallera se atoró—. Mierda.

La bajó completa hasta el comienzo de los glúteos y la volvió a subir, volvió a atorarse.

—Y por las tortillas de espinacas, y por las patatas a la brasa, los chuletones de brontosaurio y todo lo que pesca Marlowe en el río. —La bajó de nuevo.

Sonrió al verse. Su cuerpo se estaba recuperando. Lo había observado principalmente la dos últimas semanas, pero ahora el vestido se lo estaba diciendo claramente. Estaba recuperando un peso saludable y rellenaba pantalones y camisetas como hacía mucho, mucho, mucho que no lo

hacía. El hueso sobresaliente de su cadera ya no se marcaba tanto ni su estómago se hundía bajo sus costillas.

Se estaba recuperando. Esa era la razón por la que podía subir a árboles, subir rocas y saltar y engancharse sobre Marlowe sin que él tuviese que sujetarla.

Se dio media vuelta para volver a subirse la cremallera, pero seguía atorándose en el mismo punto. Necesitaba cerrar las dos partes de la tela y unirlas para que la cremallera subiese. Así que faltaba una mano más para poder hacerlo todo a la vez.

Una mano grande le servía.

Abrió la puerta y cogió la maleta de cabina y se dirigió hacia la siguiente puerta de habitación del hostal. Llamó con a mano.

—¡Marlowe! —Comprobó que en el pasillo no había nadie, al fin y al cabo, llevaba la parte de atrás del vestido abierta y se le veía hasta el elástico de las bragas, sin sujetador.

Él no tardó en abrir la puerta y ella alzó las cejas mirándolo. La diferencia de su propia altura con aquellos tacones interminables hacía que la distancia entre los dos se acortara sobremanera. Y le resultaba extraño mirarlo más de cerca sin que él tuviese que inclinarse.

Marlowe se había puesto un pantalón de hilo de un color crudo y una camisa del mismo color sobre una camiseta de un color algo más tostada.

De valorar cómo le quedaba mejor lo dejaba para otro momento. Sus tonos preferidos para Marlowe eran los tonos tierra en todos sus variantes y los crudos.

—La cremallera —dijo dándose la vuelta, pero su mirada enseguida se dirigió hacia la cama de la habitación de Marlowe. Había una montaña de ropa sobre ella.

Tardó unos instantes en sentir que él tocaba la cremallera, ella enseguida intentó coger las dos partes de la tela en la parte de atrás de su cintura para unirlas, pero oyó un «tris» y su cuerpo se enderezó embutido dentro del vestido antes de que las alcanzara.

Poco más y se queda con la cremallera en la mano. Qué bestias es.

—Gracias. —Solo esperaba que aquello cediese un poco o mal podría respirar sentada.

Mary Kate inclinó la espalda hacia él, acercándola más a Marlowe y giró la cabeza guiada por el olor.

—¿Hoy sí se puede oler bien? Voy ahora mismo a echarme colonia. —Basculó su espalda algo más hacia atrás para alcanzar mejor el olor. Marlowe se había inclinado hacia ella, por un momento pensó que era para que pudiese olerlo mejor. Pero no. Encontró los ojos de Marlowe frente a los suyos.

—¿Me estás diciendo que otros días huelo mal? —le preguntó sin mucha ironía y Mary Kate alzó las cejas.

—No —se apresuró a responder—. Pero hoy hueles muy bien.

Fue tan rápida que no era la respuesta que habría querido dar. Y el bochorno no tardó en

invadirle cara y cuerpo.

Si es que no puedo tener la boca cerrada.

—¿Sí? —Esa vez sí salió la ironía en la voz de Marlowe. Mary Kate se retiró de él enseguida.

—Ve bajando si has acabado. —Ella se apresuraba hacia su habitación. Quería desaparecer de su vista—. ¿Quieres guardar algo más en la maleta? —Marlowe no respondió, solo la miraba. Y eso hizo que el bochorno subiese aún más—. ¿No?

Entró en su habitación con rapidez y cerró la puerta, notando cómo le ardían hasta las orejas.

—Puff. —Echó todo el aire por la boca.

Alzó una mano el aire y la sacudió.

—No estoy preparada para las versiones de Marlowe menos salvajes. Ha sido eso. —Volvió a sacudir la mano—. Pues verás en Londres.

Se llevó la mano a la cara.

—Qué desastre va a ser.

Se echó el perfume de jazmín avainillado con el que llegó el primer día y comenzó a cerrar la maleta.

—Me traen aquí para que haga algo por mí misma y ya de paso que me recupere de la mierda en la que estaba metida y voy a acabar peor. —La cremallera de la maleta cerró al completo—. A ver a quién coño se le ha ocurrido mandarme aquí con el pedazo tío este.

Puso la maleta en el suelo, era la más pequeña que tenía. Apenas una maleta de cabina con el aseo y ropa para el día siguiente, tanto de ella como de Marlowe.

—La idea es una maldad, no hay derecho. —La echó a rodar hasta la puerta. Volvió a resoplar—. ¿Nadie contaba conmigo?

Miró la puerta sin abrirla.

—Es verdad que estoy hecha una mierda, pero soy una mujer. —Dio unos pasos atrás retirándose de la puerta—. Y ese tío tiene unas hormonas que…

Se tapó la boca con la mano y le dio la espalda a la puerta.

—Día y noche con Marlowe, así aprendes la vida salvaje —repitió las palabras que dijeron su madre y sus tías.

Cogió aire despacio por la nariz.

—¿Y cómo se superan días y noches con Marlowe sin que…? —Miró de reojo la puerta.

No podía demorarse mucho, tampoco tenían tiempo. El avión que les había enviado Brian Wilde les esperaba en el aeropuerto.

Abrió la puerta y comprobó que en el pasillo ya no estaba Marlowe y que la puerta de su dormitorio estaba cerrada. Así que bajó las escaleras hasta la planta baja. Marlowe tampoco estaba en el *hall*. Tendría que estar en el restaurante.

Se dirigió hacia el pasillo de la puerta azul claro y la abrió. Fendy era la que estaba más cerca

y en un primer momento su mirada se dirigió a ella, pero enseguida giró la cabeza hacia donde Olivia estaba mirando.

Marlowe estaba a unos metros hablando con una mujer de pelo rubio, no tan claro como lo tenía Mary Kate, más dorado. La chica le tenía una mano en el hombro a Marlowe y con el otro brazo casi le rodeaba el cuello.

¿Y quién cojones es esta ahora?

Olivia tampoco les perdía de vista.

Dio unos pasos y la atención de Olivia y de la mayoría de los que estaban en el restaurante se centró en ella. Pero la joven que hablaba con Marlowe seguía diciéndole lo que fuese que le estuviera diciendo, sin apartar sus zarpas de él.

Con esas confianzas, ¿de qué va?

Siguió avanzando hacia ellos.

No sé quién eres, pero ya estás quitándole los tentáculos del cuello.

Marlowe fue el primero de los dos en girar la cabeza y mirarla. Su gesto hizo que ella también girase la cabeza.

Mary Kate no se detuvo hasta que su cuerpo estuvo en contacto con el de Marlowe, obligando a la joven a soltarle el cuello y retirarse.

Hala, aire.

—Ella es Mary Kate Lyon —dijo él y la chica frunció el ceño mirándola con una frescura absoluta—. Ella es Zindia, una amiga.

Una amiga de qué tonalidad.

—¿Lyon? ¿De Londres?—le preguntó Zindia, que repasó con rapidez su vestimenta. Y Mary Kate bajó la mirada hacia ella. No sabía por qué estar montada en *estiletos* enormes estaba resultando placentero aunque a sus empeines no les hubiese gustado mucho. Asintió con la cabeza a Zindia—. ¿Como el arquitecto?

—El arquitecto es mi padre —respondió y vio que Marlowe frunció levemente el ceño sin dejar de mirarla.

—Guau. —Zindia miró a Marlowe algo contrariada. Volvió a mirar a Mary Kate—. ¿Y qué te trae por aquí? —Era eso lo que le contrariaba. No sabía de qué conocería a su padre. Pero el hecho de una Lyon en la sabana le resultaba extraño.

—Un documental sobre la reserva de Marlowe —se apresuró a responder.

Y aquello pareció sorprenderla aún más.

—¿Marlowe? ¿Un documental? ¿En qué estado estabas cuando firmaste ese contrato? —Zindia empezó a reír.

—En estado consciente y completamente convencido —respondió él y la risa de Zindia se paró de inmediato. Luego miró a Mary Kate.

—Tienes que decirme cuál fue el truco para convencer a Marlowe. Pensaba que era imposible convencerlo de cualquier cosa. Más aun que tuviese que ver con la reserva.

No ha hecho ni ha dicho nada malo. Pero me está cayendo con una patada en el estómago lleno.

—Mi firma fue después de la suya. Así que no tengo ni idea. —Se apartó de Marlowe levemente para salir de allí. No sabía por qué el pecho se le estaba calentando a la vez que las piernas se hacían ligeras. Olivia los observaba desde la barra y aun sabía menos por qué se estaba sintiendo más cercana a Olivia Fendy que a aquella tal Zindia. Que esta hubiese quitado sus manos de Marlowe no frenaba que todo aquello fuese a peor.

Quería salir y quería llevarse a Marlowe de allí. Pero tirar de él delante de Olivia le daba vergüenza.

A ratos me gustaría ser mi tía Vicky.

O tía Natalia, también era efectiva.

Qué coño. Ahora mismo me gustaría ser directamente Irina Yadav.

Zindia no hubiese durando allí ni dos segundos.

Necesitaba salir de allí y respirar fuera hasta que el calor del pecho se disipase. Pero la puerta estaba al otro lado, tendría que rodearlos.

Una mierda voy a rodear.

Dio un paso entre Zindia y Marlowe, porque no pensaba pasar por detrás de él, dejando libre el escaparate para Zindia. Marlowe tuvo que echarse hacia atrás para dejarla pasar.

—Te espero fuera— le dijo a él—. Encantada —le dijo a ella.

Lo siento, papá. Menudos modales.

Llegó hasta la puerta y al salir echó la mirada atrás. Zindia había acortado la distancia de nuevo con él y le había vuelto a poner una zarpa encima.

El calor le subía pecho arriba, tanto que hasta lo comenzó a sentir en la cara. Se apresuró a salir.

Esto no me ha pasado en la vida.

Nunca. Ni con Igory, ni con aquel chico de la facultad. Ni con el otro anterior de sus años de instituto y eso que ese en concreto era un golfillo del que tenía que cuidarse.

Espiró con fuerza.

Haber venido aquí no fue una buena idea.

Quizás en la teoría para recuperarse. Se estaba recuperando. Ella consigo misma se estaba recuperando. Pero estaba enlazando algo con Marlowe extraño, que no lograba reconocer bien en su cabeza, pero sobre lo que su cuerpo le estaba enviando señales que nunca había recibido así tan primitivas y directas. Bochornosas, quizás.

Cogió aire y lo echó de golpe.

Son celos de toda la vida. De los que corroen por dentro.

Y corroían mucho. No estaba preparada. Estar cerca de Marlowe comenzaba a no ser como al principio. A no ser tan placentero como las semanas anteriores.

Miró a través del cristal de la puerta. Marlowe ya se había separado de Zindia, pero ella daba un paso hacia él y le dejó caer una mano en el pecho.

Mary Kate agarró el pomo de la puerta de manera inconsciente y la entreabrió.

Me estoy encendiendo por segundos. Esto no puede estar pasando.

Le dio la espalda a la puerta sin soltar el pomo. Sintió la puerta moverse, era Marlowe que la abría desde dentro. Salió y ella se apartó de la puerta enseguida.

Él se detuvo en silencio y la miraba con el ceño fruncido, como había hecho dentro.

—¿La conoces de algo? —preguntó sin dar un paso hacia el coche.

—No la he visto en mi vida. —Ella, sin embargo, sí iba dirección al coche.

¿Y tú? La conoces de qué.

—Por un momento pensé que te habría quitado algún novio.

Un novio no. Pero me ha puesto que tiro mordiscos al aire.

Ella abrió la puerta del coche a pesar de que él no había llegado aún.

—¿Qué demonios te pasa? —Él le apartó la mano de la puerta del coche y cerró la puerta.

¿Que qué me pasa? Que no tengo nada contigo, solo eres mi amigo. Pero te quiero para mí. Mi amigo. Mío. Eso es lo que me pasa.

Le ardía la cara.

—Primero tus modales dentro. —Ella volvió a coger la puerta el coche y él volvió a detenerla—. Ahora tus formas conmigo fuera —añadió y ella notó que le ardían las orejas. Marlowe le cogió la barbilla para que ella lo mirase—. Y deja la puerta del coche, no lo necesitamos. Wilde tiene prisa.

Ella frunció el ceño, a lo lejos podía oír el sonido de las hélices de un helicóptero.

—¿Qué te pasa, Mary Kate? —volvió a preguntarle, pero esa vez la tranquilidad de Marlowe no la alcanzaba. El calor seguía aumentando y la ligereza de sus piernas también.

—Nada —respondió con rapidez.

Soy infantil y estúpida.

—Nada tiene muchos matices. —El helicóptero se escuchaba ya cerca y hasta hubo personas saliendo del restaurante para mirar—. Y espero que ese nada no te haga actuar más así porque no tiene mucho sentido. —Tiró de ella—. Vamos al claro para que puedan recogernos.

—Es el estómago, me aprieta el vestido —dijo en un intento de excusarse. Marlowe giró la cabeza para mirarla. Si antes le estaba dando vergüenza, ahora ascendía al límite mientras él bajaba la mirada hacia su barriga—. He engordado, varios kilos seguramente. Ya has visto la cremallera, ya no es mi talla —añadió—. Lo siento. Puedes disculparme con tu amiga cuando

puedas. —Al menos reconocía que no había resultado muy agradable.

—¿Quieres subir a cambiarte? —Marlowe se detuvo al preguntarle.

—No, no.

Que se te engancha otra vez la rubia.

No es que lo hubiese visto muy convencido de su excusa, pero con la respuesta parecía que Marlowe había acabado de despejar sus dudas.

—Pues vamos. —Tiró de ella de nuevo.

Se dejó arrastrar por la inercia del gesto de Marlowe, pero enseguida se aminoró dejándolo andar delante.

Esto no puede pasar. Qué vergüenza. Necesito a las unicornio con urgencia.

Cogió enseguida el móvil. Se iban alejando del restaurante y de la calle hacia la carretera ancha. Al otro lado había una explanada donde seguramente aterrizaría el helicóptero.

Abrió el chat y comenzó a escribir.

«Antes de salir nos hemos encontrado a una tal Zindia que se ha pegado a Marlowe de mala manera. No sé quién es, pero la Fendy estaba que echaba fuego».

Y yo también.

Le dio a enviar con rapidez, solo esperaba que estuviesen todavía por allí. En el dormitorio mientras se arreglaba no había podido prestarles mucha atención con tanta prisa.

Alzó la mirada hacia Marlowe, la distancia entre los dos era ya considerable. Era raro que Marlowe la dejase tan atrás sin esperarla. O se había molestado por su repentina rabieta o simplemente le estaba dejando espacio.

El helicóptero cada vez se escuchaba más cerca. Nunca se había subido en uno. Era la primera vez, y quizás sería algo tremendamente necesario; una experiencia física para su cuerpo que lograse dispersar lo otro. La vergüenza de su propio comportamiento estaba siendo insoportable.

Su móvil vibró.

«¿Y esa quién narices es ahora?», preguntó su tía Vicky.

Eso digo yo.

Tía Natalia escribía y Mary Kate se detuvo para leer lo que tenía qué decir.

«Marlowe lleva allí tiempo. Sabemos lo de Bruce y que la última fue Olivia Fendy, pero es evidente que no serían las únicas mujeres. ¿Qué más da?».

«Marlowe tiene allí su vida. Es algo razonable que entra dentro de lo normal», dijo tía Mayte.

«Me parece muy bien. Pero la niña dice que se le ha pegado como una lapa, y no podemos permitir que venga a entorpecer nuestro proyecto. Que la espante. Aire».

Apretó los labios mientras en su cuerpo rebotaban las carcajadas. Se llevó el dorso de la mano para reír.

Las risas de Michelle y de su madre llenaron el chat.

«De todos modos se van, ¿no? ¿Todavía estáis esperando?», preguntó Michelle.

«Ya se escucha el helicóptero».

«Wilde no ha dicho ni una palabra de que estos dos vayan de camino», dijo Vicky.

Mary Kate frunció el ceño.

«No ha dicho ni una palabra… ¿dónde?», se apresuró a preguntar.

«En el grupo de la fiesta». La respuesta de su hermana fue rápida. «Ya casi la tenemos terminada».

Ella asintió con la cabeza al leerla. No sabía qué le ocurría a Wilde, a pesar de las razones por las que solía recurrir a Marlowe, él parecía tranquilo. Pero Marlowe iba tranquilo hasta a atrapar cocodrilos, tampoco podía fiarse.

El helicóptero ya sobrevolaba por encima del pueblo. Entró un nuevo mensaje de tía Vicky.

«Tú hazme caso, como siempre. Lo más importante en estos momentos es el documental. No dejes que Marlowe se disperse. Pégate a él y no dejes que vengan lagartas a distraerlo, ¿vale?».

«Vicky, Mary Kate lleva allí más de un mes y Marlowe ha estado respondiendo de maravilla». Era tía Mayte. «Pero es más de un mes. ¿Y si las hormonas comienzan a sublevarse? Es normal que quiera compañía, ¿no? Creo que ninguno estamos teniendo en cuenta eso».

«Chica, la vida está llena de sacrificios. Que se joda», respondió Vicky y Michelle puso tres líneas de risas. «Además, ella también está a dieta. Y aquí igualdad para todos», añadió Vicky.

Más risas del resto. Mary Kate negó con la cabeza riendo también.

El helicóptero bajaba, el sonido le molestaba en los oídos y tuvo que agarrarse el vestido para que no revolotease y dejase a la vista su ropa interior.

—De verdad que no sé qué te pasa hoy. —Oyó la voz de Marlowe, pero no le dio tiempo ni de mirarlo. Se vio con el estómago sobre su hombro y cabeza abajo por su espalda—. ¿Ni siquiera me escuchas cuando te llamo?

Me ha cogido como si fuese un saco.

No podía ver el helicóptero, pero ya estaría en el suelo. Por suerte Marlowe le sujetaba la tela en los muslos para que no volase el vestido con el viento que se había levantado alrededor.

—¿Mister Marlowe? —Escuchó la voz de un hombre.

—Sí. —Subió al helicóptero aún cargando con ella.

—Y… ¿ella es la señorita Lyon? —preguntó la misma voz.

—La misma. —La dejó caer hacia delante y la sostuvo antes de que cayese para darle la vuelta y sentarla en uno de los sillones interiores.

Miró a Marlowe intentando recuperarse del susto. No sabía por qué había perdido el tiempo peinándose, entre el viento de las hélices y Marlowe tendría que parecer una leona.

¿Lo era ya? Desde luego estaba experimentando reacciones que no reconocía.

29

Mary Kate se inclinó hacia el cristal del coche para ver las pirámides de Giza encendidas, la noche caía. El cielo tenía un color azul moreteado con algunas zonas iluminadas, pero la oscuridad se iría rindiendo poco a poco en aquel juego de luces.

Dice que la magia de las unicornios, pero estos Misters no se quedan atrás.

De levantarse en la sabana un día más a un drástico cambio en otro lugar del mundo repleto de misticismo y de una belleza que embaucaba con tan solo contemplarlo.

Las pirámides siempre le transmitieron tranquilidad. No habían visto a Wilde ni a Anastasia. Un chófer lo esperó en el aeropuerto y los condujo hasta Giza sin ni siquiera soltar la maleta en ningún hotel. Marlowe llevaba un rato intentando contactar con Wilde, pero él no le cogía el teléfono.

—A saber en qué se ha metido —dijo Marlowe al enésimo intento de hablar con él.

Mary Kate lo miró de reojo. Por suerte el bochorno y el calor ya se habían ido de su cuerpo.

—¿Por qué no llamas a Anastasia? —preguntó ella girándose en el asiento para mirarlo. Le hubiese gustado ser de ayuda, pero salvo Marlowe, Hércules y Dayana, el resto eran unos completos desconocidos.

—Porque ni siquiera me fío de que Wilde le haya dicho que estamos aquí. —Marlowe se movió en el asiento para colocarse en el centro y mirar a través del cristal también—. Luego nos quejamos de Stoker, pero este no se queda lejos.

Mary Kate contuvo la sonrisa al oírlo.

El coche, un todoterreno, llegó hasta la arena de la explanada de las pirámides y siguió avanzando. Estaba claro que a pesar de que el chófer no les dio ninguna información, se acercaban allí.

—¿Qué puede ser? —preguntó Mary Kate—. Tú que lo conoces.

—Desde una fiesta con gente que le quieran partir la cara hasta cualquier cosa que se le haya ocurrido en estos días y que le urgía hacer antes de Navidad —respondió él poniéndose bien la camisa—. Espero que sea lo segundo.

Mary Kate frunció el ceño.

—Si es lo primero no tiene mucho sentido que dijese que viniésemos los dos. No voy a servir de mucho —dijo ella y Marlowe desvió la cara hacia el otro lado para reír.

El coche aminoró la marcha y pudieron ver en medio de la arena a Wilde junto a un coche con una de las puertas abiertas.

—Ya empezamos con los misterios —protestó él.

Mary Kate abrió la puerta de su lado.

—Es el doctor Wilde, no esperaba menos —respondió a Marlowe conteniendo la sonrisa y él negó con la cabeza.

Dentro de la estatura de todos los Misters, Wilde, siendo alto, era quizás el único que no era más alto que ella si llevaba tacones. Pero estos se hundieron en cuanto bajó del coche y su cuerpo basculó.

—Es que nos tendría que haber dicho que veníamos aquí —dijo Marlowe sujetándola mientras ella sacaba los pies de los zapatos.

La arena del desierto ya perdía el calor guardado en sus primeras capas superiores. Y aunque si su pie se hundía, sentía aquel polvo fino caliente envolviendo el pie, la sensación en la planta, cansados de la postura empinada dentro del zapato, resultaba placentera.

Marlowe cerró la puerta del coche y este enseguida se puso en marcha para marcharse de allí, con su maleta dentro.

Así que definitivamente se quedarían allí, en medio de nada, a medio kilómetro aproximadamente de las pirámides, con poca luz.

Pudo ver a unos treinta metros tras Wilde una especie de cenador cerrado de lona, una tienda de campaña que solían usar los arqueólogos. Eso, unido a que allí a aquellas horas no podía haber nadie sin permiso especial como el que presentó el conductor al acceder a la zona, hizo que todas las razones por las que Wilde los tenía allí que se le pudiesen pasar por la cabeza resultasen difusas.

Marlowe se adelantó y el cuerpo de Wilde se perdió unos instantes entre los brazos de Marlowe. Sonaron unas intensas y repetidas palmadas, unas más fuertes que otras.

Va a desmontar a Wilde.

Contuvo la sonrisa mientras llegaba hasta ellos. Wilde enseguida la miró a ella y sonrió.

La sensación con los Misters era cada vez más extraña. Antes eran unos completos desconocidos. Ahora empezaba a conocerlos a través de Marlowe y volver a verlos en persona era como verlos por primera vez, con unas percepciones completamente diferentes a las que tenía de ellos.

—Señorita Lyon, gracias por venir. —Él se inclinó hacia ella para besarla en la mejilla.

Mary Kate ladeó la cabeza sin dejar de mirar al doctor cuando él se volvía a dirigir a Marlowe. Claro que los Misters eran ahora diferentes a sus ojos.

Y cada vez le gustaban más y entendía ese vínculo que se había ido haciendo entre ellos y su familia, a pesar de haber estado ausente.

—Anastasia está en la caseta —dijo Wilde abriendo aún más la puerta en el coche. Y cuando Marlowe alzó la mirada hacia aquella tienda de lona, Mary Kate supo que ya él entendía qué era lo que se traía entre manos Brian Wilde.

—Brian —dijo Marlowe como si fuese el padre de un doctor Wilde de cinco años, y Mary Kate, aun sin saber qué estaba pasando, tuvo que contener la sonrisa.

Wilde se irguió. Llevaba un ramo redondo de flores en una mano, en la otra no lo vio.

—¿Qué? —respondió con cierta indiferencia a Marlowe mientras le daba el ramo a Mary Kate.

Ella lo cogió enseguida. Wilde le dio una caja oscura a Marlowe, pero este no hacía por cogerla.

—¿Me lo estas diciendo en serio? —dijo Marlowe sin hacer ni el intento de recoger la caja.

Wilde asintió con la cabeza.

—Es lo que ella quería —dijo Wilde y Marlowe inclinó el cuerpo acercando demasiado su cara a él.

—¿Cómo vas a saber lo que ella quería si ni siquiera se lo has preguntado? —La voz de Marlowe sonó tan firme que Mary Kate dio un paso atrás para retirarse algo más de ellos.

—Una vez dijo que no quería eventos ni reuniones.

—Claro. —Marlowe retiró su cara de la de Wilde y cogió la caja negra de la mano de su amigo—. Pues ve a decírselo, a ver si tienes suerte.

Mary Kate alzó las cejas.

Wilde dio un paso dirección a la tienda de lona señalando a Marlowe con el dedo.

—Verás que sí. —Dio otro paso más y su cuerpo dio un respingo. Se apresuró hacia el coche de nuevo y abrió el maletero—. El vestido, se me olvidaba.

Marlowe bajó la cabeza de inmediato al escucharlo y negó con la cabeza. Mary Kate lo vio dar unos pasos hacia Wilde y alzar la mano, pero el doctor fue rápido en escabullirse de sus zarpas.

—No os mováis de aquí —les dijo.

—No sé a dónde nos podríamos ir —contestó Marlowe regresando de nuevo con Mary Kate mientras Wilde reía.

Lo oyó resoplar mientras Wilde se alejaba. El doctor seguía sonriendo, pero Marlowe seguía negando con la cabeza.

—¿Le va a pedir matrimonio? —preguntó ella inclinándose levemente hacia el hombro de Marlowe mientras los dos seguían el camino de Wilde con la mirada.

—Exactamente le va a pedir que se ponga ese vestido y salga para que… —Marlowe miró a su alrededor—. Alguien que vendrá ahora, supongo, los case.

El cuerpo de Mary Kate se sobresaltó y la piel se le erizó de inmediato. Bajó la mirada hacia el pequeño ramo redondo. Un ramo de novia.

Miró de reojo la caja negra en la mano de Marlowe, ya suponía lo que podría haber dentro.

Y dos testigos.

El vello se le erizó aún más, tanto que los gránulos en su hombro fueron visibles.

Dos testigos. Un buen amigo del doctor, y ella.

Que Wilde la considerase en un momento como aquel, aunque fuese por casualidad, cercanía o cualquier razón simple, le levantaba algo de estómago arriba y hacía que le brillasen los ojos.

Cogió aire y lo contuvo. Porque ya había sido testigo del matrimonio de otro Mister, Hércules Orwell. Otro hermano de lazo de Wilde y Marlowe.

No eran tan lejanos ni tan extraños. En absoluto. Eran una especie de brazo de su familia. Y el tiempo que estuvo alejada de todos comenzaba a dejar de tener importancia.

—¿Y si le dice que sí? —preguntó.

Marlowe negó con la cabeza.

—Wilde en el fondo sabe que le va a decir que no. —Él miró hacia la tienda—. Por eso ha tardado más en decidirse. Pero al menos lo ha hecho y eso me parece bien. Lo que sobra es todo lo demás, incluido traernos a nosotros a la carrera para acabar rápido esta misma noche —Marlowe negó con la cabeza.

Mary Kate se dio la vuelta para mirar las pirámides. El cielo se había oscurecido del todo y la iluminación de los colosos parecía hacerlos flotar del suelo.

—Pues tiene su mérito si sabe que le va a decir que no. —Dio unos pasos para alejarse del coche y se acuclilló en el suelo.

Tenía su mérito y su punto romántico exacto, en el momento, la forma y el lugar para dos personas que se dedicaban a lo que se dedicaban. Los misterios y las sorpresas continuas.

—Ahí viene —dijo Marlowe y ella giró la cabeza para mirarlo.

Wilde regresaba a paso apresurado.

—¿Ves? —Marlowe tuvo que contener la risa cuando pudo apreciar en la distancia la expresión de Wilde.

Mary Kate se puso en pie enseguida. Wilde llegaba hasta ellos.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Marlowe a su amigo con un tono que hizo que Mary Kate tuviese que sostenerse el estómago para no reír.

—Que no —respondió Wilde y la joven se dio media vuelta hacia las pirámides para que el doctor no le viese la cara.

—Vale. —La tranquilidad de Marlowe hizo que esconder la risa fuese más difícil—. ¿Entonces qué, doctor Wilde? ¿Nos podemos ir? —Wilde llegó hasta Marlowe—. Porque todo esto podrías haberlo hecho antes y nos hubieses ahorrado el viaje.

Mary Kate bajó la cabeza apretando los labios para no sonreír. El viaje era lo de menos, no tenía ninguna importancia. Wilde les había dado todas las facilidades y aunque parte de ella estaba con Maya y la preocupación de no saber cómo podría llevar la ausencia de los dos en la casa, aunque Marlowe le dijera que no era ninguna mascota, que era salvaje y que tenía que

poner un límite al vínculo con ella, no podía quitársela de la cabeza. Ni lo haría hasta que regresase.

Bajó la mirada hacia el ramo de flores. Eran unas pequeña flores blancas y rosas, no entendía nada de flores, pero desprendían un olor intenso que eclipsaban el de su propio perfume.

—Os he reservado una *suite*, pero si queréis marcharos ya puedo intentar organizarlo —le respondió Wilde.

Mary Kate seguía con la mirada perdida en las flores. Era curioso que siempre se imaginara que justo ese mismo año, en algún momento, Igory le pidiese matrimonio y ella aceptara. Se hubiesen casado con rapidez. A pesar de sobre pensarlo todo, ella no solía pensarse mucho las decisiones importantes, las que quizás sí que deberían de llevarle más tiempo.

Era uno de sus defectos, sobrepasar cuando ya estaba todo decidido y no había más que cargarse con la culpa.

Hubiese dicho que sí y se hubiese casado con Igory y ahora ya no sería una Lyon, sino una Ramson.

Y todo lo que había a su alrededor en ese momento no existiría.

La tensión en la garganta fue inmediata, el brillo en los ojos también.

Magia del mundo real.

Se acercó el ramo a la nariz mientras que las palabras de Marlowe y Wilde se perdían tras su espalda.

—Doctor Wilde —dijo—, ¿puedo hablar con Anastasia?

Marlowe y Wilde callaron se inmediato.

—Puedes entrar si quieres, pero no le digas nada de esto porque va a ser peor, créeme —respondió Wilde.

Mary Kate ladeó la cabeza y se retiró el pelo de su hombro izquierdo con una mano para dejarlo caer el otro lado de su cuello. A través de la fina tira del vestido podría apreciarse el unicornio al completo desde atrás, donde estaban ellos dos.

Aunque no me conozcáis, yo también soy una de ellas.

Ninguno de los dos dijo absolutamente nada, habían entendido bien el gesto.

Un unicornio torpe, débil y algo diferente al resto.

Pero en la escultura del jardín de tío Damon no había ningún unicornio igual a otro. Ni siquiera los que representaban a su hermana a lo largo del tiempo eran todos iguales. La propia Michelle fue alguna vez un unicornio en ruinas.

Ni siquiera los miró, dejó caer los zapatos de tacón al suelo y dio unos pasos hacia la caseta de lona. Había una hondonada de arena en el camino, tendría que bajar y luego subir. Ahora, acostumbrada a los desniveles, no le suponía ningún problema aunque los pies se le hundiesen a cada paso.

La luz de la caseta hacía que pudiese ver la silueta de Anastasia dentro. Apenas había escuchado su voz, pero recordaba el sonido de su risa continua. Y aun perduraba en ella el bochorno en la boda de Michelle cuando Igory pasó por el lado de Anastasia dándole de malas maneras porque ella, en una de sus huidas desesperadas por salir de aquel agujero negro, buscó refugio en su familia unos instantes. Y Anastasia estaba entre ellos.

A Igory no le importaba faltar al respeto, ser grosero o mal educado con nadie que fuese cercano a ella. Y Anastasia lo era a pesar de todo. Como los Misters. Como las unicornio.

No fue capaz de defenderla aquel día. Ahora se lamentaba y no lo entendía. Aquel día tendría que haber sido ella y no Natalia quien se pusiese delante de él para exigirle que le pidiese disculpas a Anastasia.

También le agradeció a Wilde guardar las formas. Igory se hubiese merecido mucho más de lo que recibió aquel día. Porque al final logró su trofeo, que era a por lo que había ido allí. Su trofeo, alejarla de un grupo del que ella era parte.

Y aunque ella no se considerarse parte del todo, ellos sí que no la habían excluido.

Recordaba el vestido y un revoloteo oscuro sobre él. Y el ojo certero de Marlowe que a pesar de su rapidez al espantarlo, sus saltos y aspavientos, que había visto que el insecto aterrador no era más que un grillo. Un grillo que ni siquiera era muy grande.

Contuvo la sonrisa al recordarlo. Pero es que en aquel momento todo le daba demasiado miedo.

Se detuvo y bajó la cabeza para pasarse el dorso de la mano por la nariz y cerró los ojos.

¿Marlowe sentiría aquel miedo y por eso le cogió la mano cuando ella subía los escalones al altar?

Ahora que lo conocía estaba segura de que sí. Marlowe sabía que ella necesitaba ayuda aunque no la pidiese. Y en aquel momento, como en tantos otros, solo quería echar a correr. Aunque tan solo la idea de hacerlo supusiera un castigo.

Retomó la marcha, ya solo le quedaba ascender por la arena, ya la notaba más fresca.

Alcanzó la lona y se giró un instante para mirar a Marlowe y a Wilde mientras agarraba el filo de lo que parecía la puerta.

Ellos dos eran apenas unas siluetas a contra luz. Wilde tenía el cuerpo apoyado en el capó del coche, con la cabeza baja, seguramente Marlowe, frente a él, le estaba diciendo cosas que no quería escuchar. Y fue consciente de que Marlowe no solo era una guía para ella, para Maya, para sus leones…

Marlowe tenía el mismo efecto para todo el mundo, incluidos los Misters.

—¿Ana? —Era así como la llamaban las unicornios.

—Pasa, Mary Kate —le respondió desde el otro lado.

Mary Kate retiró la lona y miró dentro. La caseta estaba bordeada de cajas y maletas y al

frente del todo había una mesa con varios cuadernos encima. Allí estaba Anastasia.

La joven tenía el color de piel tostado de los que pasaban mucho tiempo al aire libre. Le gustaba mucho el pelo de Anastasia, un cúmulo de rizos apretados de color castaño con algunas vetas muy rubias que se rizaban en medio de otros rizos marrones.

Y sus ojos verde oscuros y moteados hacían el contraste idóneo para que la joven adquiriese el aspecto de una muñeca aleonada y salvaje.

—Siento que hayas venido para nada —añadió Anastasia—, pero es que Wilde no piensa bien las cosas.

—No tienes que sentirlo. —Entró en la caseta. El suelo de plástico con multitud de arena se hacía más incómodo en los pies que la arena de fuera.

Anastasia enseguida bajó la mirada a los pies.

—Tampoco sabíais nada, ¿no?

—Nos esperábamos algo mucho peor —respondió ella mientras Anastasia la alcanzaba para besarle la mejilla y la vio detenerse para reír.

Anastasia la rodeó con los brazos para besarla y al retirarse aún la dejó abrazada.

—¿Te ha contado Marlowe cuando casi le pegué un palazo en la cabeza? —preguntó Ana con ironía arrugando la nariz y Mary Kate empezó a reír.

Mary Kate asintió con la cabeza.

—Le echaste narices, es enorme —contestó ella y Ana rio.

Ana le quitó los brazos de su alrededor y se retiró de ella. Notó que observaba su cara, decían de ella que era un genio, que tan solo con unos instantes de ver algo, lo recordaba durante meses, años.

—Mi hermana y yo seremos como el juego de los siete errores para ti, ¿no? —dijo y Ana volvió a reír mientras se acercaba a la mesa.

—Tu hermana tiene… —Se señaló la frente.

—Fue de la varicela —respondió ella.

Anastasia se tocó la punta de la nariz.

—Más pequeña, sí —añadió Mary Kate aunque lo exacto fuera que tan solo era más fina.

—Los labios.

Mary Kate asintió.

—Tu hermana tiene más motas azules que tú en los ojos —dijo Anastasia—. Pero tú te pareces más a tu padre.

Mary Kate sonrió y Ana miró los cuadernos que tenía sobre la mesa.

—Llevo tres días pensando que estaba descifrando un juego de hace tres mil años. —Cogió un rollo de pergamino—. Que empezaba en El Valle de los reyes y me trajo hasta aquí. —Dejó caer algo en la mesa que rodó antes de inclinarse y quedar quieto. Mary Kate pudo ver el anillo

con una piedra brillante—. Y esto es lo que encontré.

Mary Kate contuvo la sonrisa. Pensaba que el doctor Wilde habría sido mucho más cutre a la hora de darle la sorpresa. Pero no, un juego de pergaminos y jeroglíficos para un genio como Anastasia era lo que correspondía.

—En primer lugar, pensaba que yo tardaría una semana en descubrirlo y esto lo tenía planeado para dentro de unos días —negó con la cabeza—. Si no llega a ser por la tormenta de arena, hubiese estado aquí ayer.

Mary Kate se acercó a la mesa riendo. Allí estaban las hojas que había usado Anastasia repletas de posibilidades y tachones.

—Siempre le dije que no lo hiciera y pensaba que no iba a hacerlo. —Anastasia se alzó con la manos en la mesa y se sentó sobre ella, mirando a Mary Kate.

—¿Por qué? —Mary Kate frunció el ceño al preguntarlo.

—Porque sabía que yo iba a decirle que no.

—¿Y eso qué más da? —dijo Mary Kate y el cuerpo de Anastasia se sobresaltó y la miró de inmediato.

—Pues que todo esto ha sido para nada.

Mary Kate negó con la cabeza.

—Ahora tú sabes lo que quiere él. No creo que todo esto haya sido para nada.

Mary Kate apartó los cuadernos y se sentó también en la mesa, dejando el anillo de Anastasia entre las dos.

—¿Saber que el doctor Wilde ahora tiene otras aspiraciones que las profesionales? Eso sí que ha sido una sorpresa —dijo Ana. La joven negó con la cabeza y cogió aire despacio. Mary Kate la miró de reojo. No la veía enfadada por aquel arrebato de Wilde en absoluto. Estaba más bien desconcertada. Volvió a negar con la cabeza. —Sabes la vida que tenemos Wilde y yo, a lo que nos dedicamos. ¿Cómo pretende…? —Se cruzó de brazos, pero no acabó la frase.

Sin embargo a ella las pretensiones de Brandon Wilde a pesar de sus circunstancias hicieron que algo le aligerase el estómago.

—Tener una familia. —Mary Kate acabó la frase.

Quizás Anastasia no estaba preparada para oírlo. Desvió la mirada y resopló levemente.

—Mira —Ana volvió a mirarla a ella—, soy de pensar que si una persona no lleva una vida tranquila, con una estabilidad espacial, no debería tener familia.

Mary Kate frunció el ceño.

—Lo que quiero decir es que… —se apresuró a explicarle a Anastasia al ver que el ejemplo no lo había entendido bien—. Yo vivo para mi trabajo. Y Wilde vive para su trabajo.

—Pero ahora Wilde quiere vivir para su trabajo y para algo más.

—Exacto. —Ana la señaló con el dedo—. Y eso es un error.

Mary Kate ladeó la cabeza sin dejar de mirar a Anastasia.

—¿Un error? Un error sería que yo me hubiese casado con Igory Ramson. —Se bajó de la mesa para ponerse frente a Anastasia, que se había sobresaltado con sus palabras.

Vio que la joven había abierto la boca, pero la cerró de golpe. Hasta ella, que la había visto pocas veces con Igory, sabía que llevaba razón con lo que había dicho.

Anastasia bajó la mirada.

—No en el mismo sentido, pero sería un error también —dijo la joven—. Mira mi padre. Un error.

Mary Kate conocía la historia de Anastasia, ella siguió de lejos el chat donde contaban la casualidad de la elección de la becaria de Wilde. Le puso un dedo en la barbilla para que alzase la mirada de nuevo.

—Mi madre tenía la vida perfecta para tener una familia —le dijo—. Así que esa variante de trabajo y vida creo que no es relevante en el resultado final. —Arrugó la nariz después de decirlo y consiguió sacar la sonrisa de Ana—. Recuerda que tengo una tía que vive en un circo —añadió y la sonrisa de Anastasia se amplió.

Mary Kate se detuvo en una de las espirales que enmarcaban la cara de Anastasia, y no pudo evitar alcanzarlo con la mano y tirar de él.

—Si tu padre y mi madre no han estado nunca con nosotras para guiarnos… —Estiró el rizo de Anastasia hasta dejarlo recto—. No debemos dejar que sean nuestra guía en nada. Que sean el ejemplo de lo que creamos que es la regla, aparte de ser mentira, no es justo para nosotras.

Soltó el rizo de Anastasia y este volvió a su lugar.

—Wilde cree estar preparado —añadió dejando el ramo sobre la mesa—. Si tú aún no lo estás, no pasa absolutamente nada. Pero deberías decírselo. Porque un no es difuso, cuando estoy segura de que a él no le importaría esperar el tiempo que haga falta.

Anastasia alzó los ojos hacia ella.

—El ejemplo de lo que creemos la regla —repitió Anastasia.

Mary Kate asintió con la cabeza.

—Yo no tengo mucha idea de nada, Ana —dijo ella—. Y no ha sido de mucha suerte que de entre todos los posibles haya sido precisamente yo la que estoy aquí, hablando contigo ahora —añadió y vio a Ana sonreír levemente.

Anastasia le alcanzó el brazo con la mano y se lo apretó. Mary Kate sonrió a su gesto.

—Voy a decirle a Wilde que venga de nuevo —le dijo y al verla asentir con la cabeza, se retiró de Ana y se dirigió hacia la puerta de lona.

Apartó la lona para salir.

—Para no tener mucha idea de nada no se te da mal, eh —le dijo Ana y ella giró la cabeza para mirarla—. Eso de ser un unicornio —añadió.

Mary Kate negó con la cabeza y el brillo en los ojos fue instantáneo. Todo lo que llevaba en la cabeza camino de la caseta de lona aterrizó en ella de nuevo.

—Siento lo de la boda de mi hermana —le dijo sintiendo que las cuerdas vocales se encogían garganta abajo mientras le quemaba el paladar adentro. Tuvo que tragar saliva—. Siento lo de ese imbécil y siento aún más no haber sabido reaccionar. Porque era mi responsabilidad.

Anastasia negó con la cabeza y movió una mano en el aire quitándole importancia.

Ni siquiera era capaz de defenderme a mí misma.

Cogió aire y lo contuvo en un intento de contrarrestar la tirantez de la garganta.

—No dejes que tampoco él te sirva de guía para creer que es la regla, porque es mentira —le dijo Anastasia y Mary Kate le sonrió levemente.

Salió y dejó caer la lona tras ella. La leve brisa hizo que lo de sus ojos fuese pasando. Cada vez le duraba menos, quizás porque ya comenzaba a dejarlo atrás y tan solo quedaban los restos de culpa por no hacer, por no saber.

Ya estaba acabando. Aun antes de lo que esperaba.

Y aunque a ratos no se sintiese preparada para ponerse frente a los Ramson, otra parte de ella lo estaba deseando.

—Mary Kate. —Oyó que Anastasia la llamó desde dentro.

30

Wilde le pasó la mano por los hombros y le dio una palmada.

—Pues llevabas razón —le dijo y él asintió con la cabeza—. Voy a quitarle el puesto a Stoker —añadió Wilde y Marlowe tuvo que reír con sus palabras.

Ambos miraron hacia la loneta.

—Si consigue que al menos no se enfade, ya me doy por agradecido con Mary Kate —dijo su amigo—. Por lo menos os habéis paseado, ¿eh? —Marlowe bajó los ojos para mirar a Wilde y negó con la cabeza—. Iremos a cenar y os llevaremos al aeropuerto.

Wilde volvió a dejarse caer en el coche.

—¿Y tú qué? —dijo Wilde y hasta en aquellas circunstancias sabía que no iba a librarse de las preguntas—. ¿Cómo vas con la leona?

Bajó la cabeza enseguida, pero vio que Wilde la bajaba también para ver si reía.

—Ya os he dicho que al menos no es molesta. —Marlowe miró hacia la carpa. Luego miró a Wilde.

—Y eso viniendo de alguien que siempre está solo, más de un mes ya es mucho. —Wilde se cruzó de brazos—. Cuando me hablaron del proyecto era lo que más temía, que no admitieses compañía.

—Y no pensaba admitirla. —Se dejó caer también en el coche junto a Wilde—. Antes de saber que era ella pensaba que quien se encargase del documental viviría en el hostal.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Christopher Lyon. —Alzó la mirada de nuevo hacia la lona.

—Yo solo he visto unas pocas veces a Mary Kate, ¿es parecida a Michelle?

Tuvo que contener la sonrisa.

—No, para nada. —Vio que Wilde había fruncido el ceño con su gesto.

Se hizo el silencio mientras la expresión de Wilde se iba transformando en ironía pura.

—Tú nunca mentirías, ni esquivarías respuestas incómodas poniendo excusas —dijo Wilde conteniendo la risa—. Así que me encanta esto que estoy a punto de preguntarte. Y lo siento por el resto, a los que les encantaría estar aquí.

Marlowe se retiró del coche.

—¿Por qué no te dedicas mejor a tus cosas? Que bastante tienes encima ahora mismo —le respondió.

Wilde negó con la cabeza.

—¿Qué dices? Es un placer preguntártelo, precisamente a ti. —Wilde también se retiró del

coche para ponerse de cara a él—. Laurence Marlowe, ¿te gusta esa chica?

Bajó la mirada hasta Wilde.

—Sí. —Ni siquiera tardó en responderle.

Vio la satisfacción en el rostro de su amigo.

—¿Y a ella el Mister salvaje?

—No lo sé, y no pienso preguntárselo —se apresuró a responder.

—¿Por qué? —Wilde se giró enseguida hacia la lona—. Pues yo sí pienso preguntárselo.

Marlowe dejó caer la mano abierta en la nuca de Wilde, sonó y todo. Y no pensaba moverla de allí.

—Que no se te ocurra meter tus narices de arqueólogo en nada que no sea artilugios milenarios. —Agarrándole bien la nuca con la mano tiró de él y lo pegó a su costado para luego quitarle la mano de la nuca y rodearle los hombros.

Wilde quedó pegado a él sin poder moverse.

—Entendido —rio su amigo—. Pero esto no va a servirte con Blake. Con Stoker sí.

Tuvo que reír al escucharlo. Wilde giró el cuerpo hacia él.

—¿Por qué no? —preguntó su amigo.

—Porque ella pertenece a un mundo diferente al mío. Entonces todo lo demás da igual.

Wilde le dio un codazo en las costillas.

—Eso es una gilipollez. —El doctor hundió más el codo al ver que no había tenido ningún efecto en su cuerpo.

—A mí su mundo no me interesa en absoluto y a ella solo le interesa el mío a modo vacaciones, como a vosotros. No es ninguna gilipollez. —Cogió la cara de Wilde con una mano y lo zarandeó—. Así que no quiero ironía. Ni risas. Ni bromas. Ni frases con segundas —decía mientras Wilde reía.

—Lo que pides es imposible, amigo. —Wilde le dio una palmada en el pecho.

—Contaba con eso —respondió él.

—¿Contabas también con lo de ella? —soltó a Wilde y este volvió a darle una palmada en el pecho.

—Cuando Stoker la dejó en el aeropuerto sí. —Miró de nuevo hacia la loneta. Mary Kate ya salía.

Wilde también miró hacia la caseta.

—Pues es una putada, Marlowe. —El doctor dio unos pasos hacia la caseta. Mary Kate venía ya de camino—. Que ella se vaya y vuelvas a quedarte solo… —Dio un par de pasos más—. Y al fin y al cabo es de la familia, la verías mínimo un par de veces al año en los eventos. —Wilde lo miró un instante—. ¿Te imaginas verla con otro idiota similar al que tenía antes?

—Doctor Wilde. —Se metió las manos en los bolsillos—. Ya —intentó pararlo.

Alzó la mirada de nuevo hacia la caseta de lona. Mary Kate iba ya por la hondonada de entre las dunas, pero se podía ver una silueta en el interior de la caseta.

Mary Kate se detuvo y se giró para mirar la caseta también.

Y Anastasia salió de aquella puerta de tela.

Bien, Mary Kate.

Tuvo que tragar saliva antes de mirar de reojo a Wilde, que se había quedado paralizado.

Dio unos pasos hasta ponerse junto a Wilde para verle la cara. El doctor se había llevado los dedos al comienzo de la nariz y se presionó con ellos. Marlowe le pasó el brazo por los hombros y lo apretó.

—Enhorabuena —le dijo apretando de nuevo.

Wilde se apartó la mano de la cara.

—¿Te he dicho que cada vez me gustan más los unicornios? —Wilde apretó los labios y cogió aire despacio—. Todo es mejor cuando hay uno cerca. —Wilde le dio una palmada y Marlowe tuvo que reír—. Y de esos no tienes ninguno fijo en la reserva. Te vendría muy bien.

Apretó de nuevo los hombros de Wilde mientras contenía la sonrisa.

—Gracias, a los dos, por estar conmigo hoy —añadió Wilde.

31

Había sido un placer y un privilegio haber presenciado una boda solitaria, tan solo de cuatro personas y el señor que la oficiaba, en un lugar como aquel, en silencio y en mitad de la noche.

A pesar de las prisas, Wilde al menos había conseguido a un fotógrafo que inmortalizara aquel momento, y el hombre se los había llevado hasta las pirámides a seguir con el reportaje.

Ellos se habían acercado también, aunque se mantuvieron a una distancia suficiente para no entorpecer.

El vestido de Anastasia era sencillo, tan solo un vestido liso de tirantes, largo y blanco. Una especie de túnica entallada y más suelta por abajo sin más decoración. No la necesitaba. Y aquel pelo quedaba bien con lo que fuera que se pusiera.

Mary Kate había perdido los zapatos. Supuso que aún estaban al lado del coche, más cerca de la caseta. Se dejó caer al suelo y Marlowe apoyó una rodilla a su lado.

La joven sintió cómo su estómago rugía. No había tardado en acostumbrarse a unos horarios más fijos y acordes.

—No creo que tarden mucho. O eso espero —dijo él y ella sonrió al ser consciente de que él lo había oído.

Desde allí no podían verlos, pero también esperaba que no tardasen. Comenzaba a refrescar y ella no llevaba más que aquel vestido. La maleta se había ido en el otro coche.

La piel se le erizó enseguida con la primera brisa. Ya hacía tiempo que no sentía frío. En casa de Marlowe el calor duraba todo el tiempo. Y estaba comprobando que a su cuerpo no le estaba agradando aquella sensación. No se imaginaba cuando llegase a Londres.

Vio que Marlowe bajó la mirada hacia su hombro.

—Toma esto. —Se bajó la camisa de los hombros.

—No. —Se apresuró a decir ella subiéndosela.

—¿Por qué? Yo no tengo frío —dijo él y ella negó con la cabeza.

—Porque solo es tela. —Levantó un lateral de la camisa e inclinó la espalda hacia el costado de Marlowe, haciéndose hueco entre su brazo y su cuerpo—. Seguiría teniendo el mismo frío. —Sentir el calor de Marlowe en su piel erizada fue completamente placentero.

Recuerdo que Michelle me contó algo así en su Érase una vez.

Se dejó caer aún más y soltó la camisa para quedar dentro de ella pegada a Marlowe, sintió el peso tras la espalda del brazo de él al rodearla.

—¿Sigues con frío? —preguntó él con cierta ironía.

Ella negó con la cabeza acomodándose mejor en él.

Aquí porque estamos a oscuras. Luego a la luz se me caerá la cara de vergüenza.

Ya podían tardar Anastasia, Wilde y el fotógrafo todo lo que necesitasen. Le daba igual el estómago y la comida.

Para mí. Mi amigo. Mío.

Marlowe para ella en cualquier circunstancia. Era lo que estaba pasando y cada vez iba a más. Quizás en Londres, en su propio ambiente, podría cambiar ese parecer y lo esperaba. Si no mala cosa. Porque en un intento de hacerse independiente por fin, solo estaba consiguiendo hacerse dependiente de él.

—¿Mejor?

—Sí. —Marlowe era como una estufa, pero lo notaba tenso y no sabía bien si era por la presencia lejana de Wilde y Anastasia y que los pudiesen ver demasiado pegados.

Pegarse a Marlowe, por culpa de insectos, por culpa de bestias, por perder el equilibrio, por no alcanzar las alturas, por frío, por lo que fuese, comenzaba a ser su respuesta favorita. Y tenía que reconocer que no siempre era necesario.

Pero le gustaba exagerarlo. La excusa.

No más de dos metros. Si es solo un metro, mejor.

Dijo la tía Vicky. Al principio podría parecer suficiente. Pero ahora solo un metro era mucha distancia.

Marlowe se dejó caer para sentarse en el suelo. A Mary Kate le fue más fácil acomodarse mejor.

—A ver si vas a dormirte —le dijo él bajando la mirada hacia ella.

Dormir en este colchón maravilloso, eso sí que sería uff…

Y si tardaban mucho en volver, posiblemente hasta se dormiría ante aquel paisaje maravilloso de oscuridad, focos, monumentos de líneas rectas apuntando al cielo y constelaciones de estrellas.

—Lo has hecho muy bien, pero ¿qué le has dicho a Anastasia para que lo viese tan claro? —Lo oyó preguntarle.

—Señor Marlowe, no sea usted curioso, no le pega nada —respondió y sintió cómo el cuerpo de él rebotaba en una risa que al oído no se apreciaba. Mary Kate sonrió—. Básicamente que los malos actos de cuatro idiotas no pueden condicionar nuestras decisiones. —Cerró los ojos.

—¿Sí? —Marlowe se habría movido, quizás para bajar la mirada y verla mejor—. ¿Y quiénes son los idiotas que te condicionarían a ti?

—Solo uno —respondió—. El nombre ya lo sabes.

Sintió que Marlowe volvía a moverse, prefería que se quedase quieto.

—Igory Ramson, ¿en qué podría condicionarte?

—En pensar que otro sería como él —respondió. Era extraño que Marlowe le preguntase por

Igory.

—Pues claro que los habrá como él, tampoco puedes pensar que todo el mundo es maravilloso —dijo y Mary Kate frunció el ceño aun con los ojos cerrados.

—Pero no voy a tener la mala suerte de encontrármelo dos veces —dijo ella enseguida.

—¿Por qué? —Las palabras de Marlowe hicieron que ella abriese los ojos y se encontrase con los de él mirándola.

—Porque estoy aprendiendo a cuidarme sola. —Se retiró de él para incorporarse, sabiendo que no tardaría mucho en dejarse caer de nuevo en su cuerpo.

—¿Sí? —La voz de Marlowe rebosaba ironía.

—Ya no te necesito para sacar cucarachas redondas del cuarto —replicó ella y vio que a Marlowe le sobrevino una carcajada desde el estómago

—Pero necesitas un palo enorme con una red para sacarlas —replicó él y Mary Kate tuvo que contener la sonrisa.

Ella le dio con el codo en las costillas, Marlowe ni lo sintió.

—Pues ahora que tengo un amigo acostumbrado a cocodrilos, gorilas, hienas y leones, puedo esperar a que le des el visto bueno —le dijo y Marlowe la rodeó al completo con rapidez atrayéndola hacia él con un tirón.

La respuesta placentera en su pecho al gesto de Marlowe fue inmediata.

—Pues que sepas que soy extremadamente exigente —le dijo cerca del oído—. No te conviene preguntarme.

Mary Kate bajó la cabeza para reír.

—Entonces no te preguntaré —dijo ella girando la cabeza hacia él. Encontró el rostro de Marlowe a centímetros del suyo y contuvo la respiración.

Acercó una mano hacia la nariz de Marlowe y le dio un leve roce con el dedo.

¿Exigente tú? Exigente yo después de haberte conocido.

Retiró la mano de la cara de Marlowe.

—Aunque no me preguntes estaré pendiente —dijo él y ella sonrió.

Pobre del que venga. Menuda competencia invencible.

Soltó el aire despacio, la sensación placentera del pecho no se iba, quizás porque tampoco Marlowe la había dejado de sujetar a él. Justo la postura para perfecta para poder rodearle el cuello y no responder de lo que pudiese venir después.

Una contención para la que ya no estaba preparada. Y menos aún de la manera en la que se le había ablandado lo de dentro durante la ceremonia de Anastasia y Wilde. Era como haber visto una película romántica, pero con la intensidad de poder estar dentro de ella. Y ver una parte a la que no estaba acostumbrada.

Volvió a contener el aire y retiró la cara de la de Marlowe tomando algo de más distancia

entre los dos. La tensión en el cuerpo de él se había disipado desde que la había pegado a él y sentía que ahora tenía carta libre en su cuerpo. Un sentimiento que no le venía muy bien, porque podía tomar aquel permiso completo. Porque todos los pensamientos físicos que tuviesen que ver con Marlowe eran otro nivel. Y esos la atraían de una manera torturadora.

Movió la rodilla y la dejó caer en la rodilla de Marlowe. Sabía que la confianza física ya no tardaría mucho en llegar a ellos. Eran muchos días y muchas noches conviviendo juntos. La corrección comenzaba a disiparse. Y eso aumentaría aún más el cúmulo de sensaciones que le producía Marlowe.

No sabía si regresaría a Londres con el tráiler de un documental, pero estaba segura de que lo haría con una tara como una casa.

Se dejó caer de nuevo en él, su brazo derecho todavía lo cubría el lateral de la camisa de Marlowe, pero el izquierdo estaba a la intemperie sobre su pecho. Sin embargo el simple contacto con él era suficiente para que no se enfriase.

Lo que pasa ahora es que se está calentando demasiado.

La ruptura de aquella barrera física con Marlowe iba a ser una tortura horrible. Pero estaba dispuesta a soportarla con gran resignación porque conociéndose tal y como era, iba a aprovechar la mínima para pegarse a él una vez y otra.

Pero esa vez se le acababa. Vio de lejos a Wilde y Ana seguidos del fotógrafo.

¿Ya? Qué pronto.

Sacó despacio la mitad del cuerpo que estaba bajo la camisa de Marlowe y se retiró de él. Marlowe se puso en pie y le tendió la mano para que se levantase ella. No le hacía falta ayuda, pero le daba igual, no iba a despreciar que Marlowe le diese la mano aunque fuesen unos segundos.

Lo sintió tras su espalda y enseguida se vio con la sobrecamisa de Marlowe sobre los hombros.

—Gracias —le dijo ella.

Aunque no es lo mismo sin ti dentro.

Como le había dicho antes, solo era tela.

Lo miró de reojo, él ya miraba hacia la dirección por dónde venían Anastasia y Wilde, así que tuvo margen para detenerse en el perfil del rostro de Marlowe. Seguía encantándole su nariz y la forma de sus labios.

Londres no está preparado para esto.

Contuvo la sonrisa.

Quizás tampoco lo estaba ella.

Chat alternativo

Wilde: Gracias a todos por las felicitaciones.

Blake: Pero ¿sin nosotros? Eso no se hace, tío.

Vicky: Por supuesto que no se hace. Eliminado de la fiesta de Navidad. Blake, bórralo de la lista.

Damon: Te recuerdo, Vicky, que es un Mister. No lo puede borrar.

Vicky: Pues para la próxima celebración de lo que sea, no viene.

Stoker: Jajajaja. Esta te la guardamos, Wilde.

Irina Yadav: Me alegra que al fin le haya echado valor, señor Wilde. Enhorabuena.

Damon: ¿Ya? ¿Sin críticas ni dardos? ¿No vas a decirle nada más, Irina?

Wilde: Muchas gracias, señora Yadav.

Stoker: Y por fin hemos visto, aunque sea en fotos, que Marlowe y Mary Kate están vivos y con todos los miembros del cuerpo en su lugar.

Wilde: Jajajaja. Están perfectos.

Vicky: Perfectos qué significa. Suelta.

Claudia: Eso. Ve soltando.

Wilde: Yo ni siquiera me los imaginaba hablando uno con el otro. Y la verdad es que me han sorprendido.

Vicky: Madre mía. ¿Eso es una explicación?

Mayte: Pero eso es lo mismo que me pasa a mí. Yo tampoco me los imagino ni siquiera hablando.

Blake: Ni yo. Estoy deseando verlos.

Claudia: Estamos todos deseando verlos.

Vicky: Wilde, suelta más. Que eres peor que un jeroglífico.

Claudia: Jajajaja.

Vicky: Es que no ha contado nada interesante. No hay derecho.

Natalia: Vicky, acaba de llegar a su casa y es su noche de bodas. ¿Qué leches quieres que te cuente por aquí? Deja al chaval que se vaya.

Michelle: Jajajaja.

Wilde: Venga, solo una y me voy. Mary Kate ha estado la mitad del tiempo dentro de la sobrecamisa de Marlowe.

Vicky: ¿Pero con Marlowe fuera de la sobrecamisa o con Marlowe dentro?

Wilde: A veces con Marlowe fuera y a veces con Marlowe dentro.

Michelle: Wow. Esa es mi leounicornio.

Lyon: ¿Hola? Estoy por aquí.

Wilde: Y ahora los he dejado en el hotel. Les he cogido una *suite* con unas vistas panorámicas a Giza maravillosas. Así que yo ya he hecho mi parte. Ya os toca a vosotros.

Mayte: ¿Una *suite* para los dos? ¿Los dos juntos?

Wilde: Sí.

Vicky: Bravo por ese Wilde. Y parecía que solo aportaba sandeces en el chat. A ver si vais cogiendo nota los demás Misters.

Byron: Si es que no nos ha dado tiempo de nada todavía.

Natalia: Qué cara más dura tienes, Vicky. Como si tú hubieses hecho algo.

Vicky: ¿Te parecen poco mis consejos? ¿Con el buen resultado que dan?

Lyon: Madre mía, lo que le estará diciendo a la niña. Yo me voy de aquí.

Vicky: Este todos los días diciendo lo mismo.

El Mago: Pero no se va jajajaja.

Vicky: Escuchadme, escuchadme. Estos dos están solos en la *suite*. Así que no os quiero a ninguno, ni unicornios ni Misters dándoles palique en los chats, ¿vale?

Stoker: Pues Marlowe ya le está echando la bronca a Wilde en el nuestro.

Vicky: Pues pasa de él. Ya te contará mañana.

Stoker: ¿No le contesto?

Vicky: No. Nada.

Stoker: ¿Risas tampoco?

Vicky: Pon alguna para que no se note tanto. Pero excusaros y disolveros hasta mañana. Que si no van a estar ahí como dos tontos en la *suite* pendientes al móvil.

Blake: Vale. Voy.

Byron: Ok.

32

Habían dejado la maleta junto al armario. La *suite* era enorme. Pensaba que era como las solía reservar su padre, una especie de apartamento con habitaciones para todos. Pero no, esta era completamente diáfana, solo un dormitorio con televisión panorámica y una cama cuadrada de dos metros por dos metros decorada en colores ocres que bien se mimetizaban con todo lo que rodeaba al edificio.

La terraza era amplia de barandas de cristal y tenía unos sillones donde poder contemplar de una manera privilegiada todo el conjunto de Giza con aquella iluminación tan atrayente.

Marlowe no había abierto la boca desde que habían abierto la puerta de la *suite* y después de comprobar que esta no disponía ni siquiera de un sofá auxiliar. Escribía en su móvil.

—Dice que se ha confundido, que lo siente —dijo Marlowe negando con la cabeza.

Pues yo no lo siento en absoluto.

—Voy a llamar a recepción a ver si hay cualquier otra libre. —Marlowe salió al balcón.

Mary Kate sintió que su móvil sonaba dentro de su pequeño bolso. Lo sacó enseguida.

«Mary Kate», era la tía Vicky en el chat unicornio. «Ya sabemos que Wilde se ha casado. Hemos visto las fotos y me encanta tu vestido. Estás preciosa».

Ella le respondió con corazones.

«Ha sido precioso. Me alegro mucho por ellos», escribió en el chat.

«¿Pasáis la noche allí o regresáis ya?», preguntó su tía.

Miró a Marlowe de reojo, hablaba por teléfono, seguramente con recepción.

«Wilde nos ha reservado una *suite*, pero se ha confundido y han puesto una doble de una sola habitación. Marlowe está intentando que nos den otra habitación más».

«Qué torpe el doctor Wilde», respondió su tía Vicky.

Miró a Marlowe y le dijo que no con la cabeza.

—Está completo —añadió a su gesto.

«No hay más habitaciones», escribió en el chat.

«¿No? Pues nada, a hacerse sitio. ¿La cama es grande?».

Mary Kate se acercó despacio a la cama, a veces las camas que eran tan grandes estaban formadas por dos de un metro.

Levantó la colcha para ver si había separación en las sábanas, pero no, era toda de una pieza. Una cama. Solo una para los dos.

«Es grande, pero una sola pieza, no podemos separar nada».

«No tiene importancia, que Marlowe se encoja un poco». Frunció el ceño al leer a su tía

Vicky.

—No pasa nada —dijo Marlowe—. Puedo dormir en el suelo.

«Dice que va a dormir en el suelo». Era extraño que solo estuviese su tía Vicky.

«De eso nada. Pobrecito, con lo malo que es eso para a espalda. No lo permitas, ¿eh? Hacéis hueco como sea».

«Pero él está acostumbrado», respondió ella.

«Que no, que no. Además eso es de mala educación por tu parte, dejar al muchacho en el suelo y tú como una *reinona* en una cama enorme que caben dos».

Y lleva razón.

Se giró enseguida para mirar a Marlowe.

—¿Qué dices? No —dijo y Marlowe frunció el entrecejo.

—Lo hago muchas veces, no me importa.

—Ya lo sé, pero no es necesario, a mí no me importa que duermas en la cama. —Retiró la parte de arriba de la colcha para mover los almohadones, eran grandes y había cuatro—. Es grande, no habrá problema. —Puso dos almohadones partiendo la cama. Miró de reojo a Marlowe para ver si esa opción le parecía bien.

Marlowe bajó la cabeza y negó con ella, luego se giró hacia la terraza de la habitación y vio que su cuerpo se erguía para coger aire y soltarlo de golpe.

El móvil de Mary Kate vibró varias veces.

«Vicky, tienes una cara que te la pisas», era Natalia. «¿No has dicho que hoy no iba a haber chat y que ya mañana hablábamos?».

«¿Yo? ¿Cuándo he dicho eso y dónde?».

«No cambia con el paso de los años jajaja», era su madre.

Mary Kate frunció el ceño leyéndolas.

«A lo importante. Mary Kate, que Marlowe duerme en la cama».

Se apresuró a responder.

«No quiere. Hasta he puesto unos almohadones en medio de la cama y dice que no».

«Vale, tú ponte el pijama».

Mary Kate miró la maleta y se acercó despacio a ella.

«Verás la que vas a liar», era su madre de nuevo.

«Hay que ver lo poco que confiáis en mí», replicó su tía Vicky.

«A mí me están dando pena los que seguro que están cumpliendo», decía tía Mayte y ella volvió a fruncir el ceño.

Su hermana llenó el chat de risas.

«¿Están cumpliendo?», preguntó su madre.

«Sí», escribió Michelle.

«Pues nosotras no», dijo tía Vicky.

Más risas.

«¿Qué es lo que pasa?», preguntó Mary Kate.

«Tú ponte el pijama», repitió su tía Vicky.

—Y encima no hay nadie. —Miró hacia el balcón al oír protestar a Marlowe y lo vio dejar caer el teléfono en uno de los sillones.

Ella se metió en el baño con la maleta y sacó el pijama. Era un pantalón corto con una camiseta de tirantes. No la había usado nunca en la casa de Marlowe por que le daba repelús dormir con las piernas al aire. Los cosquilleos nocturnos por las piernas no los soportaba. Pero aquello era un hotel de lujo, su hábitat natural. Allí podría dormir desnuda sin problema.

No, desnuda no.

Se miró en el espejo ya sin el vestido y pudo comprobar cómo el hundimiento junto al hueso de la cadera había desaparecido al completo. Contuvo la sonrisa.

Se vistió con rapidez y cogió el teléfono del lavabo.

«Ya tengo el pijama, madrina».

No sabía de dónde venía aquel interés de su tía con que se pusiera el pijama.

«Ahora coges los almohadones de la cama y los pones en el suelo. Y te acuestas en ellos».

¿Cómo? ¿En el suelo?

Salió, Marlowe seguía en la terraza. Con su espalda tapaba casi todos los monumentos del complejo, pero las vistas seguían siendo maravillosas.

Cogió los almohadones y los echó al suelo junto a la cama. Necesitó los cuatro para formar una especie de colchón. Se inclinó en el suelo y se recostó en ellos.

Pues vale.

«Ya», puso en el chat. Esperaba las risas y emoticonos de todas, porque una parte de ella pensaba que podría ser alguna de las bromas de tía Vicky.

«Estupendo. Hasta mañana a todas», dijo tía Vicky.

El resto se apresuró a despedirse y ella quedó contrariada.

¿Acabo de hacer la prima?

Se llevó una mano a la cara y se la tapó con ella.

—¿Qué haces? —Era Marlowe, que entró con rapidez en la habitación—. De eso nada.

No le dio tiempo ni a incorporarse, Marlowe la recogió para cargarla en brazos. Ella lo miró mientras la llevaba hasta la cama.

—Puedo dormir yo en el suelo —le dijo ella. Cruzarse con los ojos de Marlowe a tan corta distancia justo antes de dormir era razón suficiente para cerrar los ojos y soñar con glorias.

—No. —Él la dejó caer en la cama.

Ufff. Me ha encantado cómo lo ha hecho. ¿Otra vez?

Mary Kate fue rápida en dejarse resbalar por la cama y gatear hasta los almohadones del suelo.

—Que no —dijo él. Mary Kate no llegó a alcanzar los almohadones, en aquella misma postura a gatas, Marlowe la cogió por la cintura y la alzó, dejándola caer de nuevo en la cama.

Buffff, Marlowe lanzándome a la cama. Toda la noche nos vamos a pegar así.

Había enrollado la colcha, que caía por un lado de la cama. Esa vez no pudo dejarse resbalar, él le sujetó los muslos mientras se inclinaba sobre ella.

—No. —La voz de Marlowe sonó firme mientras ella intentaba liberarse—. No voy a dejar que duermas en el suelo.

—Ni yo voy a dejar que duermas tú. —Logró liberar una pierna, pero Marlowe enseguida se la sujetó de nuevo—. Aunque tenga menos fuerza y no pueda cogerte en brazos.

Vamos a estar así toda la noche. Y créeme que me encantaría.

Mary Kate dejó de forcejear para mirarlo sobre ella. Marlowe ya tenía solo la camiseta por arriba por fuera del pantalón, con aquel color tostado que tan bien le quedaba a todo el conjunto de su imagen. Tenía la mirada felina fija en ella y podía sentir sus manos apretándole los muslos.

Uffff, a mí me va a dar un algo. Yo no sé cómo la Fendy y la Bruce han sobrevivido a esto y a peores. Ni la Zindia.

El calor al pensar en ellas le levantó el pecho. Así que cogió aire despacio y aflojó el cuerpo a consciencia mientras este se hundía en el colchón. Dejar sin fuerza los muslos bajo las manos de Marlowe hizo que tuviese que tener cuidado de que en su cara no reflejara la respuesta placentera de su cuerpo.

Bajó la mirada hacia el cuerpo de Marlowe y sus propias piernas. Solo tendría que alzar la cadera, enredar las piernas alrededor de él y volver a dejarse caer. El calor se extendió de inmediato con tan solo imaginarlo.

Volvió a alzar los ojos hacia los alargados de Marlowe.

Da igual las taras que yo pudiera traer con Igory o cualquier otro hombre del planeta. Este las quita de golpe igualmente.

Contuvo la respiración.

Entreabrió los labios para espirar despacio y vio que Marlowe dirigió la mirada hacia ellos.

Se hizo el silencio y se alargó unos segundos mientras el calor pareció explotarle obligo abajo y contrajo la cadera para contrarrestarlo.

Marlowe retiró las manos de sus muslos con rapidez y se incorporó.

—No. —La voz de Marlowe sonó rotunda.

Mary Kate quedó aún inmóvil en la cama, tuvo que coger de nuevo aire por la boca y echarlo con rapidez.

Puffff. No, mejor no, no se puede dormir con este hombre.

Dirigió la mirada hacia él, que entraba en el baño y cerraba la puerta.

Es que es exagerado. Tremendo. Horroroso. No, no, yo no estoy preparada para digerir a Marlowe de cerca.

Se giró en la cama para acostarse de lado. El cristal que daba a la terraza estaba construido para que aun desde la cama se pudiese apreciar todo el complejo iluminado. Rodó en la cama y alargó la mano para alcanzar un almohadón. Su cuerpo tardaría en recuperarse de aquella.

Le dio a la ruleta de la luz para bajarla lo suficiente como para que la luz más intensa fuese la que procedía de las vistas.

Se acostó en el filo de la cama, colocó el almohadón bajo su cabeza y dejó caer la cara en él. Cogió aire por la boca y lo echó de golpe.

Sintió la puerta del baño abrirse y lo miró de reojo.

Míralo, es que desprende testosterona.

Hundió la cara otra vez en la almohada y cerró los ojos mientras encogía las piernas y apretaba los muslos uno contra el otro.

Un unicornio, dos unicornios, tres unicornios…

Podría llegar a cien, a mil y no se enfriaría del todo.

Recordaba los días que dormía en la sala del veterinario con Marlowe. Pero él estaba más alejado de ella, en otras circunstancias, contexto y ella llevaba más ropa.

Pero ha sido agarrarme los muslos directamente en la piel e imaginármelo encima…

Contuvo el aire.

Brrrrrr. Un unicornio, dos unicornios, tres unicornios…

Metió el brazo bajo el almohadón y lo estiró para acomodar mejor el cuello, dejando caer la mano en el aire. Sintió un cosquilleo en los dedos y abrió los ojos enseguida.

Marlowe estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la cama, tenía una pierna estirada y la otra encogida. Había apoyado el antebrazo en la rodilla y miraba la pantalla de su móvil.

—Están todo el día y a todas horas tocando las narices y hoy desaparecen. —Lo oyó decir.

Ella se incorporó para apoyar el codo en la cama.

—Que Wilde no esté es normal —respondió.

—¿Pero los otros? Que Stoker no lea los mensajes puede ser motivo hasta de avisar a emergencias.

Mary Kate rio al escucharlo.

—Estará volando. —Mary Kate dejó caer la cara en su mano.

Bajó la mirada hacia el suelo, su móvil se habría caído durante la batalla con Marlowe. Lo cogió por la cinta y lo dejó en la mesilla de noche. Tampoco parecía haber nadie por allí en su pantalla.

Luego dirigió la mirada hacia la melena de Marlowe.

Voy a aumentar la tortura de la noche, venga.

Metió los dedos en su pelo. Era espeso y con alguna onda que hacía que se le disparasen las puntas a distintos lados.

—¿Alguna vez has tenido el pelo corto? —Una curiosidad estúpida que se había preguntado más de una vez.

—Hace mucho, en el instituto ya lo tenía así —respondió él y alzó la cabeza para mirarla—. Algo menos, quizás.

Volvió a peinar con los dedos el pelo de Marlowe y se recostó de nuevo en el almohadón sin retirar la mano de él.

Esto es más efectivo que contar unicornios.

Bajo la mirada hacia él, no se retiraba, no estaba tenso y no parecía tener ninguna molestia en que le tocase el pelo. Volvió a meter los dedos en la melena de Marlowe como solía hacer en la de Mali.

Llegó hasta la piel de su casco y enredó los dedos en algunos mechones tirándole despacio mientras los mechones iban resbalando. La cabeza de Marlowe basculó levemente hacia atrás. Las pulsaciones se le iban calmando.

—Puedes dormir en el suelo —le dijo enredando de nuevo los dedos en la raíz del pelo y tirando—. Pero no tenía importancia que durmieses en la cama.

Que mentirosa soy. Si me iba a dar un infarto.

Él negó con la cabeza y la ladeó siguiendo la dirección en la que ella le iba tirando del pelo. Parecía que le estaba gustando y eso hizo que la relajación de pulsaciones tuviese un retroceso y se acelerase de inmediato.

Es que ya no voy a poder ni tocarlo.

Llego de nuevo a la raíz con las uñas y lo sintió encoger la nuca. El calor entre los muslos le avisaba de que no pensaba irse muy lejos.

—Tu chat suena todo el día —dijo él—, y ahora está callado.

—Sí, no sé qué han dicho que hoy no había chat —respondió ella dirigiendo la mirada hacia el móvil en la mesita de noche.

—Silencio, ¿no es raro? Cuando tenemos línea siempre bombardean —añadió él.

Tiró de las raíces de Marlowe una vez más.

—¿Por qué te mandaron aquí, Mary Kate? —preguntó Marlowe y ella frunció el ceño y hasta se incorporó levemente al oír la pregunta—. ¿Por qué este proyecto y por qué tú?

—Es evidente, parece. —Ella se dejó caer de nuevo.

—Sí, claro que es evidente —murmuró él con rapidez y con demasiada ironía.

Mary Kate lo miró mientras él volvía a encoger la nuca con otro tirón.

—Sabían que yo necesitaba echar a correr a alguna parte —dijo ella y él alzó la cabeza para mirarla.

—¿Y no había más sitios que mi reserva? —Él alzó las cejas al decirlo.

Ella se incorporó de nuevo y apoyó el codo en el filo del colchón, acercándose más a Marlowe.

—Blake me dijo que tú necesitabas este documental para poder ayudar a tus proyectos. —Le estaba gustando mirar a Marlowe desde arriba, una perspectiva que tenía pocas oportunidades por la diferencia de estatura y siempre más de lejos o de frente. Se inclino más hacia él—. Así que yo lo necesitaba y tú también. Que nos vendría bien a los dos.

—¿Eso te dijo? —Él desvió la mirada hacia el cristal de la terraza y negó con la cabeza—. Alan Blake. —El estómago de Marlowe botó con una carcajada interna.

Ella volvió a meter los dedos hasta sus raíces y arrastró con ellos los mechones a modo de rastrillos. Vio cómo la piel se erizaba en el cuello de Marlowe.

Brrrrrr.

Respiró hondo despacio.

Un unicornio, dos unicornios…

—Tu padre es el único cuerdo y consciente, creo yo —dijo Marlowe y ella negó con la cabeza.

—No hay ningún cuerdo ni consciente en el lugar de donde yo vengo —respondió ella y Marlowe volvió a alzar los ojos para mirarla—. Cada uno a su manera —sonrió al decirlo—, la madurez, la conciencia, la corrección y la cordura son tremendamente monótonas y aburridas.

—No me creo que tu padre te haya enseñado eso.

—No me enseñó eso, pero me enseñó que con eso se es más feliz.

De nuevo arrastró el pelo de Marlowe desde la raíz.

Bajó la mirada, apartándola de los ojos de él.

—Pero a mí se me olvida todas las veces —añadió. Esa vez sin ser consciente clavó algo más las uñas en la raíz del pelo y su propio gesto la sobresaltó. Al mirarlo de nuevo pudo ver que la piel de Marlowe se volvía a erizar.

Tres unicornios, cuatro unicornios…

—¿Ser feliz? —Ya era muy evidente que a él le estaba encantando lo que estaba haciendo en la cabeza.

Ser un unicornio.

—¿Cuándo se te olvidó? —preguntó Marlowe.

—Cuando dejé de tener personalidad propia y poder de decisión porque creía que era verdad que yo era torpe e inútil. Cuando me vacié de ambiciones y proyectos porque los de otros eran más importantes y me aseguraban que los míos vendrían después. Cuando me dejé aplanar hasta

volverme fina como una hoja de papel para que pudiesen pasar por encima sin hacerme notar demasiado porque eso causaba molestias. Cuando durante los castigos y consecuencias pensaba que estaba sola y que nadie podría ayudarme. Cuando sabía la manera de salir de todo, pero a la vez no quería salir, porque pensaba que fuera encontraría un infierno.

Cogió aire y suspiró.

—Pero todo es culpa mía —añadió y Marlowe giró la cabeza para mirarla. Mary Kate tuvo que sacar la mano de pelo de Marlowe.

—¿Tuya?

—Yo fui la que permitió que todo eso pasase.

—Y sigues echándote las culpas —Marlowe negó con la cabeza, volvió a apoyar la espalda en la cama y cogió la mano de Mary Kate para acercarla a su pelo de nuevo—. ¿Podrías darme cinco razones para no partirle la cara a ese imbécil? —preguntó Marlowe y ella le empujó la cabeza con la mano, riendo.

—Bestia. —Retiró la mano después de empujarlo—. Pero cinco no tengo, son demasiadas —respondió y Marlowe volvió a acercar la cabeza a ella para que siguiese, conteniendo la sonrisa.

Su gesto hizo que la sensación ligera del pecho aterrizase y se esparciera hasta los hombros.

—Solo puedo darte una —le dijo de nuevo alcanzando con las uñas el cuero cabelludo de Marlowe y tirando de su pelo para hacerlo alzar la barbilla y que la mirase—. No merece la pena.

Y ha sido maravilloso que huyendo de él yo llegase hasta aquí.

Marlowe asintió con ironía y ella volvió a empujarlo, esa vez hizo que hasta retirase la espalda de la cama.

—¿Antes de él había otro idiota? —preguntó mirándola de reojo.

—No —se apresuró a responder. Marlowe volvía a apoyar su espalda en la cama—. Bueno, sí. Dos.

Lo vio bajar la cabeza para reír.

Le hace gracia que tenga una ristra de idiotas.

Después de reír, Marlowe dejó caer la nuca en el filo del colchón y alzó la mirada hacia ella.

—¿Y tú? —le replicó ella y él enseguida bajó la cabeza y encogió el cuello desviando la mirada. Ella metió con rapidez el pelo entre su pelo hasta alcanzarle el cuero cabelludo. Tiró de su pelo para que la mirase de nuevo—. No huyas —le dijo conteniendo la sonrisa.

Ahora sí quiero saber.

Tiró aún más del pelo de Marlowe hasta que lo hizo apoyar la nuca en el filo del colchón. Y se inclinó hacia él para mirarlo más cerca. Encontró los ojos almendrados de Marlowe, esa vez se formaron unos pliegues en su frente sobre sus cejas doradas y lo tornaban más presa que león.

Burrrrr. Ya no sé por qué unicornio iba contando.

Colocó la otra mano en la barbilla de Marlowe para que no pudiese escapar.

—El primer día que llegué había dos damas sacándose la cabellera a tiras, ¿por qué? —preguntó cerrando la mano en el pelo de Marlowe.

Cinco unicornios, seis unicornios… no funciona, estoy a dos unicornios de comerle la boca.

Contuvo la respiración y ni por esas se le fueron las ganas.

—Eso no fue mi culpa —respondió él y ella frunció el ceño—. Ellas quizás no habían hablado bien las cosas.

Claro, la culpa es porque ellas son muy lobas, no porque tú seas un semental.

—A Amanda la conozco desde hace mucho tiempo, coincidimos en épocas y ahí solemos tener una relación. Y Olivia era muy amiga suya. Pero yo no sabía nada de que tuviesen una especie de trato.

El calor en el pecho, no el bueno, el malo, el que subía hasta la garganta para explotar, llegó para hacerla entender que no le gustaban las otras mujeres de Marlowe.

—¿Y Zindia? —Estaba deseando preguntarlo. Pero quería saber más.

—También la conozco desde hace mucho —respondió Marlowe y Mary Kate fue consciente de que aún le hacía fuerza con los dedos en el pelo. La tensión que le daba hablar de ellas se había reflejado en su gesto—. Ella tiene negocios por la zona y va y viene. Ha estado entre los espacios de Bruce, después de Bruce y antes de Olivia.

Mary Kate, deja de apretarle el pelo.

Tuvo que repetírselo varias veces para que su mano le obedeciese. Abrió la mano despacio.

Marlowe esperó en silencio, quizás esperando una pregunta más.

No quiero saber nada más.

Respiró despacio.

Bueno, realmente sí quiero saber. Lo que no quiero es este ardor de garganta.

—Y ahora que tienes a las tres allí, ¿vas a dejar que se peleen para quedarte con la que sobreviva? —preguntó con frescura.

—¿Qué dices? —Marlowe contuvo la sonrisa.

—¿Has elegido ya? —Fue rápida en replicar y él alzó los ojos para mirarla.

—No —respondió como si fuese evidente.

—No qué. —No pensaba tocar ni un pelo de Marlowe que delatase de nuevo que el pecho iba a explotarle.

—Que se acabó. —Marlowe retiró la espalda del colchón y quedó sentado en el suelo, más retirado de la cama y Mary Kate sonrió al verle la incomodidad.

Ella se incorporó con rapidez sentándose en la cama con las piernas cruzadas.

—Que solo te interesan los leones, ya —dijo ella bajando la cabeza para reír.

Su risa hizo que Marlowe se girase y cambiase de postura para ponerse de cara a ella.

—Exacto, solo los leones —dijo él y de nuevo tenerlo de frente con aquella mirada felina

hizo que el interés por los leones sonase absolutamente perfecto. La joven sonrió y alargó la mano hacia la cabeza de Marlowe.

—Leones. —Le revolvió el pelo y lo hizo sonreír también. Solo llevaba unas horas lejos de la reserva y ya estaba deseando volver. Había comenzado a estar entre ellos, no a mirarlos de lejos, no a verlos a través de unos barrotes.

Estar entre ellos con todo lo que eso significaba. Dar un paso fuera de una jaula sin impedimento significaba quitar un muro entre las dos especies y poderlos ver sin filtros ni vendas.

Necesitaba volver y continuar con aquel trabajo de mirarlos y escucharlos todo el tiempo mientras el pecho se le aplacaba, mientras que aquel torbellino de pensamientos tenebrosos dejaba de hacer ruido dentro de su cabeza, mientras que sentía que el cuerpo pesaba las toneladas de un león y se hundía en medio de una seca sabana abriendo raíces en una templada arena endurecida.

Volver con Maya, con Mali y con las leounicornios estaba siendo una necesidad.

Bajó la mirada hacia su rodilla. Marlowe apoyó una de sus muñecas en el filo de la cama, cerca de su pierna. Su mano se acercó a la muñeca de él de manera inconsciente, donde Marlowe llevaba el brazalete con el pelo blando de Atlas.

Metió su mano debajo de la mueca de Marlowe y la cerró envolviéndosela.

—Entonces no quiero saber más de mujeres —le dijo ella—. Quiero saber de leones.

Marlowe bajó la mirada hacia el brazal, Mary Kate le daba la vuelta a su muñeca para que el nudo de cuero quedase arriba y poderlo desatar.

—Atlas te salvó la vida. —Desató el nudo despacio y abrió el brazal.

Allí estaba el pelo vasto y mullido de un color tan claro que bien hubiese podido parecer de cualquier otro animal en lugar de un león, porque no había en toda la reserva de Laurence Marlowe un león con aquel color.

Dirigió la mirada hacia Marlowe. Él se había inclinado hacia delante para alcanzar a ver el pelo de Atlas también.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó y Marlowe sonrió de inmediato.

—Byron dice que es muy difícil, incluso un problema ser diferente, en el mundo animal no es distinto —dijo Marlowe.

Ella pasó el dedo por el pelo de león.

—Una de mis hadas madrinas dice que también podemos hacer que eso se convierta en algo extraordinario. —Dejó hueco en el bolsillo de cuero para que Marlowe pudiese tocarlo también.

—Él nació blanco, no es lo habitual aunque ya cada vez se conservan más en cautividad y estamos más acostumbrados a verlos. Pero ser blanco siendo un león no tiene nada de extraordinario. Es un problema.

Mary Kate alzó las cejas.

—La manada puede rechazarlo, su propia madre… son más grandes, bastante más grandes, como si fuesen de otra raza, pero también necesitan más comida y son menos ágiles. La sabana tiene otra paleta de colores, no puede esconderse con la misma facilidad que otros. Tienen los ojos claros, más propensos a enfermedades, ¿sigo? —Marlowe bajó los ojos hacia los mechones del león blanco—. Y este era muy muy blanco, tampoco todos los blancos son así.

—Parecería un oso polar. —Mary Kate sacó uno de los mechones para verlo mejor.

—Lo conocí porque en cuanto nació su madre lo escondió.

La joven alzó las cejas.

—Al principio no sabía si lo había abandonado, pero no, iba de vez en cuando a verlo. Por eso pude encontrarlo. Lo escondió del resto de la manada y de depredadores. Era hijo de Tuyi, una leona de un color similar al de Mali, ni siquiera era muy jovencita, quizás porque ya había tenido varios supo desde primera hora que ese león no era como el resto. Pero Tuyi murió a los pocos días. El animal que estaban cazando logró alcanzarla, ya te he dicho que no era muy joven. Yo entonces no trabajaba solo, el equipo entero intentamos salvarla, pero no fue posible. Si una leona muere, sus cachorros quedan a cargo del resto de leonas, no pasa nada. Pero Atlas era blanco y no lo querrían, así que fui a por él y me lo llevé. Lo extraño era que sobreviviese solo mientras su madre se ausentaba. Ni siquiera en las manadas sobreviven siempre.

Marlowe pasó los dedos por el pelo de león.

—Al principio tenía que darle biberones, era menos de la mitad que Nuru. Pero no tardó en crecer, y crecer y crecer.

—¿Mucho más que Turuc?

—Mucho más que Turuc —respondió él riendo y Mary Kate hizo una mueca.

—Lo más complicado fue enseñarle a cazar, ten en cuenta que al principio le tratamos la comida. Por eso mi insistencia con Maya. —Marlowe clavó los ojos en ella y Mary Kate desvió la mirada enseguida. Ella le daba la comida a Maya de vez en cuando. Quizás filetes crudos que solo le llenaban una muela, pero lo hacía a escondidas de Marlowe—. Entonces el grupo con el que trabaja se dispersó, encontré una reserva que me gustaba y nos repartimos los leones. Me lleve a Atlas, a otro león mayor que murió poco tiempo después, a Mali que era un adolescente que apuntaba maneras y a otro joven más que murió el mismo día que Atlas, aparte de las leonas.

—¿Hay fotos de él? —El pelo no era suficiente para imaginarlo.

—Hay fotos de él. —Marlowe cogió su teléfono—. Centenas —añadió desbloqueando su móvil.

Esperó a que él la buscase, Marlowe alargó el móvil hasta ella y Mary Kate lo cogió.

¿Se puede ser más guapo? No.

Un perfil de cabeza enorme y hocico alto bordeado de pelo blanco espeso y los ojos de un

azul similar a los oceánicos de Brandon Wilde.

Pasó la foto y en otra pudo verlo de cuerpo entero.

Diosssss.

Podía notar la diferencia de tamaño hasta en las patas, los hombros del león eran tremendamente anchos si los comparaba con los de Mali.

—Hizo su manada con sus leonas, tuvo hijos y nació Turuc.

Sonrió al escucharlo.

—Menudo trasto estaba hecho. —Marlowe rio al decirlo—. Se perdió un montón de veces y aún más veces se metió en líos con tejones y otros animales pequeños.

—¿Con tejones? —Mary Kate también rio.

—No te puedes imaginar lo agresivos que son. Turuc tiene un montón de señales de sus aventuras de la infancia.

Le gustaba que Marlowe le hablase de Turuc. Ella lo tenía idealizado, solo lo había visto en la distancia, imponente, majestuoso, una especie de dios de los leones rodeado de leonas fuertes al que no se podía acceder. Algo así como Marlowe en los comienzos. Saber cosas de él era ir haciéndolo real poco a poco a sus ojos.

Estaba deseosa de entrar en la jaula para acceder a la manada.

—Turuc creció y su necesidad de espacio y curiosidad se hizo grande, así que aunque no tuviese entonces mucho pelo, logro zafarse de la reserva y desapareció. Algunos vuelven al poco tiempo, cuando ven que fuera todo es terrible —Marlowe volvió a reír—. Pero Turuc no regresaba. Por experiencia sé que cuando un león lleva fuera un tiempo concreto ya no regresa. Algunos porque mueren, otros porque encuentran su sitio completamente salvajes.

—¿Atlas no se fue nunca? —preguntó y él negó con la cabeza.

—Él no solía separarse de mí.

—Como Maya. —Mary Kate sonrió y él también al oírlo.

—Y como tú —replicó él y ella enseguida bajó la cabeza.

—No, pero lo mío es diferente. —Con la cabeza baja alzó la mirada hacia Marlowe, que contenía la risa—. Mi supervivencia depende en gran medida de ti —añadió con frescura intentando disimular el bochorno y él asentía con ironía—. Nada que ver. Si yo tuviese las zarpas y los dientes de esos bichos, no me verías un pelo durante el día.

Eso no me lo creo ni yo. El contacto con Marlowe es adictivo, válido para animales y humanos, máxime en mujeres.

Marlowe cerró los labios y vio que su pecho se inflaba de aire.

—Los leones forasteros siempre han sido el terror de los que convivimos con las manadas, sea de mi forma o de la forma que sea —soltó el aire—. Esos rugidos por la noche —negó con la cabeza—. He vuelto a soñar con ellos demasiadas veces. Y en todas las veces la angustia con la

que me despierto es la misma hasta que recuerdo que ya eso pasó.

Marlowe bajó la mirada y Mary Kate se inclinó hacia él para acercarse a su cara. Le levantó la barbilla para que la mirase.

—¿El señor de los leones tiene miedo a algo?

—A no poder ayudarlos si pasa otra vez —respondió Marlowe y Mary Kate frunció el ceño. Ni siquiera Laurence Marlowe era imbatible. Las pesadillas y los miedos era algo que lograba atacarlos a todos, en mayor o menor medida. La diferencia estaba a rendirse a ellos o simplemente prepararse.

Recuperarse, hacerse fuerte, volver a ser un león.

—Puedes hacerte una idea de un mordisco de un león —le dijo él y ella asintió—. Pues no te la haces hasta que te muerde. Es una trituradora de carne y hueso, no le supone nada.

—¿Te llegó al hueso?

—Lo rompió y se llevó parte del muslo, lo del muslo ya lo has visto —respondió él y Mary Kate hizo una mueca con la boca—. Sabía que los dos leones irían a por Atlas, y no pude hacer nada. —Lo oyó espirar el aire con fuerza—. Son dioses y nosotros solo humanos.

—¿Cómo se sobrevive a esa mordida?

—Con un torniquete y con suerte. —Marlowe se dio una palmada en el muslo.

—Es que hay que estar loco para intervenir en una pelea de leones.

—Solo intentaba que no lo atacasen los dos a la vez, distraer a uno —Marlowe negó con la cabeza—. Tampoco tenía la experiencia que tengo ahora. Si no fuese por Atlas, yo estaría muerto. —Marlowe cogió uno de los mechones del león—. Ni siquiera recuerdo que gritase, no sé cómo él sabía que el otro león me estaba atacando. Estaba en plena lucha con el otro león y la hubiese ganado si no hubiese echado a correr hacia mí. Pero llego a mí y allí estaba el otro león.

Mary Kate cogió otro de los mechones de Atlas y sintió cierta ligereza en la muñeca al tocarlo ahora que sabía algo más de él. Resultaba los cruces de casualidades que tenían que darse para que dos puntos lejanos llegasen a acercarse uno al otro. En el suyo, el comportamiento ruin y deplorable de Igory, en el de Marlowe el heroico y valiente de un león blanco.

Soltó el mechón en el saco interior del brazal y alcanzó la mano de Marlowe.

—Con un nuevo rey perdí por completo la manada. Ya te dije que murieron muchos, pero los que quedaron vivos estaban bajo el territorio de un león adulto que no me conocía de nada y que ya había sido atacado por uno de los suyos. Así que me centré en la manada de Mali —continuó él. Mary Kate no había retirado la mano de la de él, Marlowe resbaló uno de sus dedos por uno de ella—. Pero al forastero no le pareció suficiente territorio con el de Atlas y fue a por Mali.

Mary Kate alzó las cejas.

—Y no me preguntes de dónde apareció Turuc, pero lo del otro león en el muslo habría parecido una broma con la forma que este otro se dirigió a mí. —El mismo se llevó la mano a la

sien—. Me he metido en muchas, ni te imaginas. Pero solo dos veces he pensado que no saldría. —La miró a ella—. Esas dos.

—¿Y qué señal tienes de esa vez? —Ladeó la cabeza al preguntárselo.

—Ninguna, solo recibí un pisotón de Turuc en el tobillo —Marlowe sonrió—. Me salvó el padre y me salvó el hijo.

—Menuda familia de héroes. —Con la otra mano le dio en la barbilla a Marlowe. Caía el dios, quedaba el hombre. Y el hombre la estaba enamorando hasta hacerla explotar.

Mary Kate se alzó para sentarse más al filo de la cama y cruzó las piernas de nuevo.

—¿Cuándo voy a conocer a Turuc? —preguntó y Marlowe giró la cabeza para reír.

—Él no es Mali, ya te lo he dicho. Tiene un carácter especial, ni yo a veces lo entiendo —respondió él.

—No me importa, quiero conocerlo. —Metía los mechones de Atlas en el brazal.

—Turuc puede hasta volcar la jaula contigo dentro.

—Seguiría estando dentro, no es ningún peligro. —Vio que su réplica sorprendió a Marlowe —. ¿Yo con Maya dentro?

—Las leonas volcarían la jaula —dijo él—. Tampoco sus leonas se comportan como las de Mali.

Se comportan como las tuyas.

—No me dan miedo —respondió con rapidez y su respuesta volvió a sorprender a Marlowe.

—¿No te gusta Mali para Maya? —Marlowe ladeó la cabeza y la miró de reojo.

—Me encanta Mali, pero es mayor y ella es joven.

—Eso en los leones no importa —replicó él.

Mary Kate entornó los ojos.

—Siempre insistes en Turuc para Maya y ni siquiera lo conoces —dijo Marlowe y sonrió con ironía.

Las culpa es de mi tía Vicky y sus bromas. El león tocho, Turuc.

Y algo más.

—Mali me recuerda a mi padre —dijo la joven y Marlowe frunció el ceño al oírla, aunque esa vez no estaba sorprendido.

Y Maya a mí.

Y Turuc a él.

—Preséntame a Turuc —añadió ella.

Marlowe la miró en silencio un instante y asintió despacio con la cabeza.

—Pero después de Navidad, la primera vez quiero devolverte entera.

Mary Kate rompió en carcajadas.

33

Estaba sentada en el filo del precipicio rocoso que llevaba a la llanura de Turuc. Ya atardecía. Marlowe llevaba ya tiempo con la manada, una manada a la que ni ella ni Maya podían acercarse.

Maya estaba sentada junto a ella, tan pegada que prácticamente dejaba caer parte de su peso en ella, sin ser consciente de que su peso era demasiado para un torso humano. Desplazarse y retirarse de ella no servía, Maya volvía y se dejaba caer aún más hasta que acababa tumbada prácticamente sobre ella.

—Maya, échate para allá que al final me caigo rodando —le dijo a la leona empujándole el culo, pero aquellos animales eran de cemento, no había manera de moverlos.

Le gustaba la puesta de sol desde aquel punto, era como ver una puesta en el mar, pero esa vez el horizonte, en lugar de azul, era de tonos completamente naranjas y violáceos.

Rascó el lomo de la leona, que no pestañeaba mirando hacia la llanura. Allí solían ir por las tardes cuando Marlowe visitaba la manada de Turuc y podían verlos en la distancia.

—Mira —le dijo a la leona y rio al ver que ella movía la cabeza. A veces daba la casualidad de que su voz y el movimiento de la leona coincidían como si de verdad la estuviese entendiendo —. Ahí van las leonas lobas.

Tres leonas atravesaban despacio la llanura.

—Son unas fieras y no piensan hacerte hueco para que le pases el culo por la cara al león tocho, pero… te tienes que hacer amiga de ellas y… —Frunció el ceño con sus propias palabras —. O eso o te lías a leches y te llevas al león directamente. —Le dio unas palmadas a Maya—. Esta es una opción nada despreciable también. Mi tía Vicky estaría a favor de esta. Rápida, efectiva. Sí, señora.

Miró a Maya de reojo. Ella seguía sin perder de vista la llanura. Quizás a Maya le atraía aquel lugar tanto como a ella, y es que la llanura de Turuc, tanto por la forma que parecía estar hundida entre piedra, como el bordeo del lago largo o la cercanía, incluso, con la casa, le parecía el lugar perfecto si ella misma fuese una leona. Y sin serlo también.

Y más alejados de la leona vio la silueta gigantesca y ancha de un coloso con forma de león caminando junto a otro coloso cuya silueta podría ya reconocer a cualquier distancia y en cualquier parte.

—Ahí lo tienes. —Rascó a Maya con más fuerza—. ¿Es guapo, eh?

Esa vez fue ella la que se dejó caer en la leona.

—Muy guapo, sí —añadió y miró a la leona de reojo, que comenzaba a meterle la nariz en la

oreja. No sabía qué interés tenía Maya con sus orejas, a Marlowe no se lo hacía—. Y a nosotras solo se nos permite mirarlos. —Maya retiró la nariz de su oreja y la miró a corta distancia—. Mirarlos de lejos —negó con la cabeza y se llenó de aire para echarla de golpe—. Como dicen por ahí, yo no soy lo que a él le gusta y apesto a alta sociedad.

Se encogió de hombros.

—Pero a esas leonas tampoco les gustas tú. —Le cogió los pelos cortos de la barbilla y Maya abrió la boca para morderle la mano entera como solía hacer. Tener la mano dentro de la boca de un león era una sensación un poco extraña, que si lo valoraba con cordura podía llegar a hacerla temblar.

Pero no había cordura cuando se trataba de Maya.

—No le gustas. No. —Maya alzó una pata para pasársela por encima del brazo, hasta la zarpa de un león pesaba demasiado. Al principio no podía sostenérsela, pero ya ella misma iba ganando fuerza, y Maya y ella estaban cogiendo una redondez similar en los hombros y la parte superior del brazo. No comparable con Marlowe ni Turuc, pero al menos mucho mejor que cuando llegaron—. Pero a Turuc no le he visto rugirte ni una vez. Esa es la verdad. Y Marlowe siempre dice que la realidad solo se puede deducir observando.

Maya dio un paso hacia ella y abrió la boca en su hombro para darle un mordisco sin apretar demasiado.

—Tú. —Empujó los hombros de la leona para poder mirarle la cara. Sentía la humedad de la saliva de león en la camiseta—. ¿Me estás escuchando? —Era evidente que no. Maya solo quería morderle el hombro—. Ellos no nos rugen. —Sintió el calor de nuevo sobre la camiseta y la presión en la piel de los colmillos—. No te vayas a pasar, eh, que ayer me diste fuerte.

Rodeó con los brazos a Maya y dejó caer la cara en su lomo y la leona restregó su cara en ella.

—El lugar correcto del mundo está siendo el lugar más maravilloso del mundo —dijo apretando a Maya—. Y si no quiero irme ni los tres días de Navidad, aunque eche de menos a mi familia, no sé cómo lo voy a hacer cuando tenga que irme de verdad.

Al menos se aseguraría de que Maya estuviese en algún lugar al fin.

—Y cuando yo no esté cuídame al león. —Acercó su boca al oído de la leona—. Y aleja a las leonas lobas esas. —Empujó el hocico de Maya para que volviese a jugar a morder su brazo. La leona dio un respingo hacia ella y Mary Kate la sostuvo para que no cayese—. Cualquier día nos caemos rodando las dos, verás. Y abajo nos van a coger las fieras y nos van a dar para el pelo.

Rio con la cara metida en el cuello de Maya mientras la leona le rodeaba el cuello con la pata que hizo que su cuerpo basculase.

—¡Maya! ¡Maya! —La dejaría caer.

—Te he dicho que no te pongas tan al filo de las piedras, que cualquier día te caes. —La voz

del rey de la llanura hizo que cerrara los ojos y sonriera.

Pero tenía que ser consciente de que hablarle a Maya como si fuese una humana cualquiera era correr el riesgo de que él se enterase de lo que le decía. Y a Maya solía decirle demasiadas cosas que no quería que supiese nadie.

El peso de Maya se fue perdiendo y no tardó en verse atrapada en un brazo enorme que la retiró de la colina y la puso en pie.

—Los últimos días y vas a meter la pata —dijo Marlowe y ella tuvo que contener la sonrisa. Aquellos días Marlowe había aflojado muchas actividades para asegurarse de que ningún incidente la hiciese llegar a Londres con alguna marca. No sabía bien el por qué, ni que su familia fuese a revisarla—. Mira. —Marlowe señaló a los árboles que llevaban a la casa. Asomado en una de las copas, estirando el cuello a modo de avestruz, estaba Mr Mon esperando el momento de su vuelta a casa para robarle algo del bolsillo—. Eso has conseguido.

Esa vez Mary Kate no pudo contener la sonrisa. Se adelantó a Marlowe.

—¿Eso he conseguido? —le respondió y se dio media vuelta para avanzar sin dejar de mirarlo—. No has visto nada, chaval.

Se apresuró para meterse entre los árboles mientras Maya se enredaba entre las piernas de Marlowe haciéndole dar un traspiés y luego alzándose para restregar su lomo en él.

Mary Kate entró en la zona arbolada, hasta con los ojos cerrados la reconocería por el crujido de las ramas bajo la suela de las botas.

No tardó en oír el movimiento entre las copas, miró tras de sí si Marlowe la seguía. Él aún no había podido quitarse a Maya de encima y daba pasos con ella metida en el cuello.

En mi próxima vida quiero ser leona de Marlowe.

Cada día lo tenía más claro.

Alzó la mirada y encontró a Mr Mon desde una de las ramas bajas de uno de los árboles revisando con los ojos enormes los pantalones de Mary Kate.

Sonrió y miró atrás, Marlowe ya iba, pero Maya no se había despegado de él, quizás con Maya cerca el mono no se atrevería a bajar y hacía bien. Al fin y al cabo, Maya era un león.

Así que apresuró el paso hacia la casa para alejarse de Marlowe y de ella lo suficiente como para que ellos no la perdiesen de vista.

Se acercó al tronco de unos árboles y se giró para comprobar que la distancia era extensa para acercarse, diciendo con la mano a Marlowe que se detuviera. Contuvo la sonrisa al verlo contrariado.

Mary Kate apoyó la mano en el tronco y ladeó la cabeza mirando a Marlowe. Le gustaba cuando Maya lo rodeaba mientras le miraba la cara esperando el momento de saltarle al cuello de nuevo.

Yo te entiendo, Maya. Completamente.

Encogió el estómago para contener la risa, pero un cosquilleo en el hombro la hizo mantener la postura. Sin mover la cabeza, movió los párpados. Mr Mon aún no le dejaba acercarle la mano, solo tenía que quedarse quieta.

Él trepó por ella hacia el bolsillo del pantalón y sin perder de vista a Marlowe y a la leona hasta alargar la mano al bolsillo lateral del pantalón. Un movimiento rápido de Maya hacia Marlowe hizo que él se sobresaltase y se enganchase por completo en la espalda de Mary Kate, en un intento de perderse de la vista de Maya. Mary Kate bajó el hombro para facilitarle la vuelta al tronco del árbol.

El mono llegó al árbol y con rapidez a la rama. Agitó el paquete de frutos secos y rio con el ruido.

—De nada, eh —le dijo ella riendo. Mr Mon volvió a mirar a Marlowe y Maya y saltó a otra rama más alta, no tardó en perderse en la copa del árbol.

Mary Kate miró a Marlowe riendo, él ya se acercaba a ella negando con la cabeza.

—Vaya, en nada estarás trabajando con Bruce —dijo él con ironía.

No, no, no. Ni hasta el lago iría yo con Bruce.

—En nada lo tendrás pidiendo comida mientras comes. No sabes lo que haces. —La rebasó y continuó hasta la casa.

—Exagerado.

—Conozco cómo se las gastan. Tú no.

—Estoy haciendo que deje de robar de la casa. Algo que tú no has conseguido hasta ahora, ¿te molesta? —Comenzó a seguirlo.

—No, estás haciendo un amigo. Un amigo cara dura y sinvergüenza que cada vez querrá que le des más y si no te meará encima.

—Bufff, de esos he tenido muchos en Londres —le respondió riendo y Marlowe se detuvo para mirarla.

—Pues menudas amistades que tienes en Londres.

Miró de reojo a Marlowe. Que a Marlowe no le gustaba la ciudad, la sociedad ni nada que tuviese que ver con ella cada vez era más evidente en su forma de hablar. A todo solía ponerle pegas y acercándose el viaje de Navidad, esas pegas iban en aumento.

Así que sonrió con malicia tras la espalda de Marlowe.

—En menos de una semana es la fiesta de los Misters —le dijo y se mordió el labio. Le hubiese encantado poder verle la cara—. Ah, tú eres un Mister.

Ya salían de la arboleda. Marlowe se detuvo para mirarla de nuevo y lo hizo entornando los ojos.

—Casi no me acordaba —le respondió con cierta inquina.

—¿Y qué sueles hacer tú en las fiestas, Laurence Marlowe? —Lo fue rodeando.

Marlowe bajó la cabeza y Mary Kate contuvo la sonrisa al verlo resignado, tanto con la fiesta como con la ironía de ella.

—Estar presente hasta que me dejan irme de allí —respondió y ella tuvo que apretar los labios para no reír.

—¿Y mientras estás presente? Eres el anfitrión. —Volvió a estar delante de él.

—No, por suerte el protagonismo se lo suelen llevar Blake y Stoker. Una suerte para Byron y para mí.

—Pero eres demasiado grande, es imposible que puedas esconderte. —Alargó la mano hacia Marlowe y tiró de él hacia la casa—. Así que vamos.

—¿Vamos a qué? —preguntó con rapidez y Mary Kate notó cómo se resistió a seguirla, aunque al final dio unos pasos hacia la casa.

—¿Has bailado alguna vez? —Marlowe sacó la mano de la suya para que no siguiese llevándolo hacia la casa.

—En alguna fiesta universitaria y porque Stoker es un plasta.

Ella tuvo que reír.

—Tampoco veo que tú bailes mucho en las fiestas —le dijo él.

Ahí me ha dao. *Pero bien que me ha* dao.

—Por otros motivos —respondió y él frunció el ceño. Ella insistió volviéndole a agarrar la mano y lo llevó hasta la casa—. A Igory no le gustaba que yo hiciese nada que todos pudieran ver y comentar. Lo que viene a ser llamar la atención de alguna manera. Nunca me decía que no bailase. —Abrió la puerta de la casa—. Él no solía decir *a priori* que no hiciese algo porque entonces perdía la oportunidad de enfadarse, decirme todas aquellas cosas para que me diese vergüenza volverlo a hacer y hasta abrir la boca delante de los demás. Y por supuesto su consiguiente consecuencia, que solía ser quedarme sin la próxima reunión y que se fuese solo, silencio durante días, no permitirme entrar en el dormitorio de casa durante el tiempo que le durase, o la última vez, que ni siquiera me permitía entrar en la casa.

Se giró para mirar a Marlowe.

—Repíteme esa única razón que hay para no…

—No merece la pena —sonrió al decirlo. Ya no merecía la pena ni nombrarlo.

Entró en la casa y tiró de Marlowe para que entrase tras ella. Se apresuró a coger su tablet en la mesa y buscó la lista de reproducción.

—¿Y qué piensas hacer? —Lo oyó preguntarle.

—Enseñarte a bailar —respondió.

—Digo con él.

—Asegurarme de que esos aguijones venenosos que tienen él y su familia no inyecten nada en mi nueva vida.

—Pero vas a tenerlos cerca.

—Y ya me da igual.

No podía decirle las razones por las que los Ramson ya le daban igual, porque la principal era él mismo. Marlowe. Aunque no estuviera delante, aunque lo tuviese en la otra punta del mundo, todo lo que le estaba enseñando, cada reacción, sensación y sentimiento perduraría en ella todo el tiempo donde quisiera que fuese, como un tatuaje invisible que llevaría de por vida junto al unicornio.

Ahí estaba el centro de lo que a Marlowe se dedicaba. Recuperar leones, enseñarlos y soltarlos, para que buscasen por ellos mismos su camino.

Era afortunada por poder tener en la vida hadas madrinas y a Laurence Marlowe.

Lo otro, los sentimientos desde más adentro que pudiera tener por él, era algo con lo que tendría que aprender a convivir, aunque no lo tuviese a él donde ella se encontrara.

Buscó en sus listas de reproducción.

Érase una vez.

Era una lista compartida entre unicornios y cada una había ido incluyendo canciones. Ella también incluyó algunas aunque nunca tuviese un «Érase una vez» como el resto. Quizás en una ilusión por tener algún día alguno.

Pasó la lista de largo y buscó una recopilación que había hecho de las composiciones de Owen Byron, quizás para Marlowe sería más cómodo si el que movía las teclas del son era uno de sus hermanos Misters.

Y le dio al *play*.

La elegancia y la sensibilidad de la música de Byron eran indiscutibles desde las primeras notas.

—¿Esto se baila? —Oyó preguntar a Marlowe y ella bajó la cabeza para reír.

No era lo único que pensaba enseñarle.

Se giró hacia él y vio la puerta de la casa abierta y a Maya asomada mirando a uno y al otro. Solo esperaba que no se sumase a la mitad del baile, algo bastante probable conociéndola.

Miró los pies de Marlowe y pegó la puntas de sus botas a las de él.

—Con otro calzado será más fácil, estos pesan mucho —le dijo y levantó la mirada.

Tuvo que contener la sonrisa, porque lo vio completamente tenso y algo desconfiado. Estaba convencida de que si lo que estuviese a punto de hacer fuese sacarle una muela sin anestesia, Marlowe estaría mucho más tranquilo.

Acercó su cuerpo al de Marlowe y agarró sus manos.

—Agárrame con la otra. —Dejo la mano en el hombro de Marlowe.

—¿Tú estás segura de que esto es así? —Le pasó el brazo tras la espalda—. No podrías bailarlo con desconocidos.

—¿Por qué?

Él se inclinó enseguida para acercar su cara a la de ella.

—¿Tú bailas esto con desconocidos? —preguntó con ironía y ella negó con la cabeza riendo. No sabía si era por la incomodidad, pero él se estaba tomando aquello a broma. Sin embargo, no había retirado su cara un ápice de la de ella y eso hacía que su pecho estuviese completamente pegado al de Marlowe.

Clavó sus ojos en los de él y pudo ver aquel enredo de colores azules y verdes de sus iris en aquella forma alargada de párpados que tanto le gustaban. Un solo movimiento de cabeza haría que su nariz rozara la de Marlowe, así que tuvo que alzarla despacio para no tocarlo por milímetros inapreciables.

—¿Y ahora qué? —susurró él mientras las teclas de Owen Byron seguían sonando.

Ahora es cuando yo me desmayo.

Contuvo la respiración y la sonrisa. Estaba segura de querer bailar con Marlowe en la Navidad de los Misters. Pero también estaba segura que de hacerlo, su érase una vez personal e irreal estaría a la vista de todos. Su familia, las unicornios, los Misters…

Todos sabrían que Mary Kate Lyon había caído a los pies del cuidador de leones.

Y de qué manera.

34

Un niño había llegado al poblado gritando y una multitud echó a correr.

—Han cazado al cocodrilo —dijo Numa, una de las mujeres que la habían acompañado durante toda la mañana mientras Marlowe y los Rangers habían salido al río.

Mary Kate no podía moverse, una de las niñas le había enredado unos hilos en las manos y trenzaba en él un adorno que luego solían enredar en los recogidos de trenzas. Así solo pudo girar la cabeza para buscar entre los que estaban llegando una cabeza de pelo dorado.

No podía negarlo, había estado nerviosa todo el tiempo y cada minuto, porque esa vez sí había llevado el móvil para ver la hora, se había hecho demasiado largo. Así que estaba segura de que regresaría al poblado un día cualquiera a disfrutar de la compañía de aquella amable gente como se merecían.

La niña recogió los hilos cuando vio el movimiento. Mary Kate irguió la espalda, pero era difícil ver nada.

¿Pero que han traído el cocodrilo?

Alzó las cejas y no se lo podía creer. En cuanto la niña le liberó las manos se puso en pie y se apresuró a la salida del poblado echando a correr.

Se abrió paso como pudo y se detuvo a unos metros de la camioneta. Se llevó la mano a la boca.

Enseguida dirigió la mirada hacia Marlowe, que se bajaba de un salto de la parte delantera del vehículo.

Qué barbaridad.

Estaba claro que cuando Laurence Marlowe se proponía algo, fuese lo que fuese, aunque fuera atrapar a un monstruo inmenso en un río de agua oscura y con poca visibilidad y fondo de barro, lo lograba tarde o temprano.

Dio unos pasos hacia la camioneta. El animal parecía estar dormido y su cola sobresalía considerablemente de la parte trasera, que habían tenido que dejar la portezuela abierta para que entrase.

Se acercó aún más, siempre le habían llamado la atención las patas delanteras de aquellos seres enormes, aquellas manos de dedos redondeados y gruesos que tenían su punto dulce en una apariencia bestialmente monstruosa. Aun con la boca cerrada y atada con cintas gruesas, supuso que por si se despertaba durante el traslado, se le podían ver los dientes.

La barriga del animal se hinchaba con cada respiración.

Despierto tendrá que ser aterrador.

—¡Qué barbaridad! —dijo a Marlowe en cuanto lo tuvo cerca.

Él se inclinó hacia el animal y le pasó la mano por la cabeza, gesto que hizo que Mary Kate se atreviese a acercarse aún más. Tras ella en el poblado habían hecho un cordón para que la multitud no se acercase al coche.

—Vienen a por él, van a trasladarlo a otro sitio. Un antiguo compañero se encarga de eso —dijo Marlowe abriendo uno de los ojos del animal—. Espero que no se despierte durante el trayecto.

Él volvió a acariciar al animal.

—Tienen su encanto, ¿no? —le dijo a ella y Mary Kate dio un paso más y se colocó junto a Marlowe.

Era un animal que imponía sobremanera, con la piel gruesa y poco uniforme, de color embarrado, casi de camuflaje militar, de boca primitiva repleta de dientes enormes y de una mandíbula que era aún más ancha que el resto de su cuerpo, Marlowe le seguía encontrando su encanto. Quizás en aquellos ojos brillantes y amarillentos que recordaba demasiado a sus ancestros los dinosaurios y que tan solo había sido capaz de ver en recreaciones.

Marlowe le cogió una mano y se la alzó para meterla en aquel hueco trasero donde estaba el animal.

—No tendrás mucha oportunidad de tocar uno, ¿no quieres sentir cómo son? —le preguntó antes de acercarle la mano al cocodrilo.

Mary Kate contuvo la respiración y asintió con la cabeza.

Sus dedos lo alcanzaron. Duro, terriblemente duro y seco. Una aspereza que parecía frenarla y no dejarla avanzar. Frío, como si fuese de noche y no diese el sol. Más asperezas, una pequeña parte suave y pulida. Más frío.

Tocar a aquel animal era ser consciente de los inicios de los seres que habitaban el mundo. Marlowe la dejó sola en la piel del cocodrilo, pero ella no fue capaz de quitar la mano.

—¿Cuánto mide? —Dirigió la mirada hacia la cola.

—Ni idea —respondió Marlowe—. Seis metros seguro. Los he visto más grandes en mis visitas a Wilde —sonrió.

Supuso que el Nilo era un lugar maravilloso para ver aquel tipo de animales en su más alto esplendor.

—¿No había ningún nido? —Era una de las teorías de Marlowe que pudiese explicar que aquel animal no se moviese del lugar.

—No. Y es macho. —Marlowe había cogido una de las zarpas delanteras del animal e inspeccionaba sus dedos.

Mary Kate se inclinó hacia la boca para ver de cerca los dientes que sobresalían de aquella línea inmensa que lo hacía tener una sonrisa permanente.

—Es impresionante. —Le parecía imposible que aquel ser pudiese ser un ser vivo real y no una reconstrucción de exposiciones de animales que ya no existían.

Sintió que llamaban a Marlowe y él se retiró de la camioneta, dejándola sola con el cocodrilo.

Voy a hacerme un selfie *y me piro, no vaya a ser que se despierte y a mí me dé un infarto.*

El animal solo tenía atada la mandíbula, el resto de su cuerpo estaba libre y si un coletazo de Sabrina dolía, uno de aquel cocodrilo le arrancaría la cabeza.

Activó la cámara y alargó la mano mientras se inclinaba más junto al animal, dejando que se viese bien aquella boca inmensa y sonriente.

Fue rápida en hacer un par de fotos para enviárselas a la familia. Sus hermanos lo fliparían al verla sin duda, con la de veces que se encontró pequeñas réplicas de cocodrilos de plástico por la casa Lyon.

—Un cocodrilo y una dama. —Oyó la voz de un hombre y enseguida se enderezó de un sobresalto—. Normalmente me entregan solo cocodrilos.

Frente a ella había un hombre de unos treinta y pocos años, con el pelo castaño claro, los ojos no muy grandes de un color azul oscuro y un sombrero similar a los que llevaban los hombres que salieron con Marlowe aquella mañana.

—Mi nombre en Tom Denwork, me encargo de los cocodrilos de la zona —se presentó y alargó la mano hacia Mary Kate.

—Mary Kate Lyon. —Cogió la mano del hombre que se la apretó de inmediato.

Tom la soltó y se inclinó sobre el animal.

—¿Y tu especialidad es…? —preguntó él revisando la boca del animal.

—No soy zoóloga. He venido con Laurence Marlowe, voy hacer un documental de su reserva.—Y aquellas palabras llamaron la atención del joven.

—¿De la reserva de Laurence Marlowe? —Lo señaló con el dedo — ¿Ese Marlowe de ahí? ¿En serio?

Mary Kate asintió con la cabeza y vio que Marlowe llegaba hasta ellos.

—Magnífico ejemplar, Laurence —le dijo Tom dándole una palmada en el hombro—. Ambos.

Vio que Marlowe no se detuvo junto a Tom, sino que pasó por delante de ella y se paró justo quitándole toda la visión del zoólogo de cocodrilos.

—¿Cómo? —Marlowe bajó la cabeza para mirar a Tom, que enseguida se retiró de él y de ella para rodear la parte trasera de la camioneta y la cola del cocodrilo.

—Que tengo un sitio para él —dijo Tom con un tono más profesional, carente de ironía.

—Va a despertarse pronto, es mejor que salgáis ya —le respondió Marlowe.

Mary Kate tuvo que sujetarse a su espalda y alzarse de puntillas para ver que Tom se montaba en la camioneta que ya conducía uno de los Rangers.

—Nos vemos —le dijo a Marlowe—. Y suerte con el documental. —El coche arrancaba—. Un placer, señorita Lyon —añadió con una cordialidad extrema.

Ups. ¿Qué ha pasado?

Marlowe siguió el coche con la mirada mientras este rodeaba el poblado.

—No te cae bien por lo que veo, ¿no? —preguntó Mary Kate tras el hombro de Marlowe, que aún permanecía en forma de muro entre ella y el coche del cocodrilo.

—No es mal compañero y solemos trabajar juntos en cosas como esta —respondió—, pero es el golfo de por aquí y no suele respetar mucho a las mujeres. Ahora cada vez que te lo cruces no tendrás ese problema.

—Ah. —Ella alzó las cejas, Marlowe le dio la espalda para dar pasos hacia el poblado—. Entonces te tengo que dar las gracias.

—No —lo dijo rotundo—. Vamos, hay cosas por hacer hoy.

—Si lo dices por hacer las maletas, no voy a llevarme ninguna.

Todo lo mío se queda aquí, no pienso mover ni un lápiz de labios.

—No lo he dicho por las maletas.

Frunció el ceño y siguió a Marlowe.

35

—No te muevas, que se va a ir otra vez la guía. —Mary Kate entornó los ojos mientras el mechón mojado resbalaba entre los dedos.

—No me he movido desde que has empezado. —Y llevaba razón, había sido ella la que soltaba algunos mechones cada vez que se inclinaba sobre la tablet para mirar el vídeo, y ya no sabía ni cuál era el mechón que le cuidaba el corte.

El cuerpo de Marlowe rebotó en una carcajada.

—Es que me has dado unas tijeras terribles —dijo y la risa de Marlowe aumentó.

Había sido una mala idea ofrecerse a cortarle el pelo ella cuando lo vio que estaba dispuesto a hacerlo solo, como parecía que solía hacer siempre.

Era una suerte que el pelo de Marlowe no fuese liso y se pudiesen disimular los trasquilones. Aun así, tendría que cortarle otra vez el largo y ya iban dos veces. A Mary Kate le sobrevino la risa también.

—Es que lo mejor hubiese sido buscar una peluquería mañana en Londres.

—¿Qué dices? —Marlowe se giró para mirarla y se le volvieron a escapar los mechones. Mary Kate tuvo que apretar los labios para que no la viese reír.

Es que no puede ser más bruto.

Tenía claro que si Marlowe decidía ir a una peluquería o a cualquier otra parte cotidiana, no pensaba perdérselo porque tendría que ser un *show*.

—Además no da tiempo —añadió él colocándose de nuevo en la silla—. La fiesta empieza por la noche.

—¿Aquí da tiempo de todo en un día y allí no?

—Allí se tarda demasiado en llegar a cualquiera parte. Es una pérdida de tiempo —replicó él y ella contuvo la sonrisa de nuevo—. Y Stoker tiene cita con el sastre por si hay que hacer algún arreglo. —El tono de voz de Marlowe protestando hacía que cada vez le fuese más difícil contener la risa—. Y siempre hay que hacer arreglos, como si alguien se fijase en si hay un pliegue aquí o allí —añadió y Mary Kate soltó los mechones para llevarse la mano a la cara para reír.

Lo único que lamentaba era perderse aquella prueba de traje de Marlowe porque ella tendría que hacer lo mismo, a toda velocidad.

Peinó de nuevo el pelo de Marlowe y volvió a quitar de largo, lo mínimo que le permitían aquellas tijeras que se usarían para cortar desde un cable a cualquier otra cosa. Y ni siquiera

estaban del todo afiladas para cortar lo más pequeño.

Era como pelarlo con unas tijeras de escuela. Tenía que llevar el pelo a la parte más interior de las hojas donde parecía que sí eran más efectivas.

A mí me gusta que el pelo le caiga en la cara. Es que le queda…

Sacó la lengua y se la mordió a un lado de la boca mientras levantaba el flequillo de Marlowe.

Cortó recto arriba y lo soltó.

Ahí va.

Y hasta mojado el pelo le cayó en la forma correcta y con la curva exacta a un lado y a otro para enmarcarle la cara.

Menudo león.

Marlowe alzó la cabeza para mirarla.

—¿Ya? —preguntó.

Si hasta pelado a mordiscos estás perfecto.

Daban igual las tijeras y las manos torpes, y que ella no tuviese ni idea.

—Ya —respondió retirando las manos del respaldo de la silla sabiendo que había tardado demasiado en responder mientras lo miraba.

Era consciente de que en cuanto su familia la viese junto a Laurence Marlowe se darían cuenta de todo.

Se dio media vuelta y dejó las tijeras en la mesa y se dirigió hasta su dormitorio y cerró la puerta.

En Londres todo lo que estaba sintiendo por dentro se haría real porque ya no solo estaría dentro de ella, sino a la vista de todo el mundo.

Un «Érase una vez» solitario en el que solo estaba ella y un espejismo de hombre al que ni ella ni nadie podría conquistar más allá de lo que habían conseguido aquellas otras mujeres, y ni siquiera eso estaría a su alcance.

La casualidad de que en el lugar perfecto del mundo estuviese precisamente Laurence Marlowe hacía que ese lugar pareciese aún más perfecto y más atrayente. Pero allí no había sitio para nadie más que para él.

Tensó la lengua en el paladar mientras la garganta se le calentaba lentamente, el brillo en los ojos no tardó en aparecer.

Cuando me enviaron aquí a mí no contaban con esto.

Bajó la cabeza y se llevó el dorso de la mano a la nariz.

Ellos conocían a Laurence Marlowe, con él no habría consecuencias de aquel tipo, ¿pero ella? ¿Qué opción de sentimientos tenía ella con alguien como él cerca?

Espiró el aire de una vez.

Otro tipo de vida lejos de allí no merecía la pena. Otro hombre tampoco.

Caí.

Rodando por la colina de rocas hasta la llanura de un león enorme.

Apretó los labios, llegaba la humedad a los ojos.

Chat Alternativo

Stoker: Gente, ha llegado el día.

Vicky: Siiiiii, por fin.

Damon: ¿Han llegado ya?

Claudia: Han llegado al aeropuerto. Vienen de camino a casa.

Blake: Se ha hecho largo de narices, jajaja.

Vicky: Pero largo.

Stoker: Pues ya está. Vamos a ver el resultado, o por lo menos una muestra.

Byron: Yo es que no me lo imagino, de verdad.

Mayte: Jajajaja.

Hércules: Es que os lo digo de verdad, esta vez hemos ido a lo difícil. ¿Marlowe?

Vicky: Jajajaja.

Natalia: No me habéis mandado la hora del bus.

Claudia: Vente a mi casa esta tarde y ya está. Salimos desde aquí.

Stoker: Yo también llegaré temprano.

Blake: Y yo.

Vicky: Pues nada, en un rato largo nos vemos.

36

Sentía los pies helados con las medias dentro de aquellos zapatos de tacón. Se había cambiado en el avión y se había puesto un vestido de lana de cuello alto que siempre solía llevar en invierno en un color tostado similar a las camisetas que llevaba Marlowe en la reserva.

Él, sin embargo, no se había cambiado de ropa. Llevaba pantalones de bolsillos y tan solo una camiseta bajo la cazadora. Tendría que estar congelándose, era pleno invierno.

Se miró en el reflejo del cristal de la ventanilla del coche. Habían regresado sus ondas, su maquillaje urbano y su olor intenso a flores blancas y vainilla de siempre. Podría parecer la misma imagen que se fue a la sabana, con las ojeras inexistentes ya, eso sí.

No tenía nada que ver con la joven que se había ido. Estaba algo dolorida porque allí las agujetas parecían ser perennes, pero sentía el estómago erguido y dispuesto a engullir lo que tocase.

Llegaban las casas que conocía bien a ambos lados del camino.

—¿Alguna vez has estado en la casa Lyon? —Por la reacción del chófer de la familia cuando vio a Marlowe supuso que no. Encima siendo de baja estatura como era el pobre hombre, quedó desconcertado.

—No. —Marlowe no había abierto la boca en todo el camino, tan solo miraba a través de la ventanilla.

Casi podría sentir la sensación fuera de lugar de Laurence en su propio cuerpo. Eso sumado a que iban dirección hacia una casa extraña supuso que tampoco era que fuese cómodo para él. No se quejaba, tan solo estaba callado. Un silencio que ella alargó.

Llegar a Londres no dejaba de ser extraño también para ella. No hacía tanto que se fue, apenas mes y medio largo, y a su cuerpo le parecía muchísimo más. Como si todo aquello fuesen tan solo recuerdos de una vida pasada donde no existía la reserva ni Laurence Marlowe.

Y la impresionante fachada de la mansión Lyon se abría entre los árboles.

Mi casa.

Contuvo la respiración y apretó los labios para respirar despacio por la nariz.

La verja se abrió y el coche accedió a los terrenos de la casa.

Miró de reojo a Marlowe, no le vio hacer ningún gesto de asombro al ver la casa, supuso que ya se la imaginaba. Al fin y al cabo, aunque no lo pareciese, Marlowe alguna vez perteneció a un mundo parecido a aquel.

Sus ojos se cruzaron con los de él un instante. El coche se detuvo.

—En casa —dijo él en un susurro—, de una pieza —añadió y Mary Kate tuvo que sonreír.

Accionó la puerta para salir antes de que el chófer le abriese y sacó un pie para ponerlo en el suelo.

Poner el primer pie en la casa Lyon hizo que todo su cuerpo se le erizase. Estaba deseando ver a su familia.

Marlowe bajó también y el conductor no tardó en retomar el camino sin ellos hasta la cochera. Marlowe se colocó junto a ella, ambos miraban la fachada de la casa. Los ladridos fuertes de un perro hicieron que Mary Kate se sobresaltase.

—¿Quién demonios ha dejado suelto al perro de Aníbal? —Miró hacia uno de los laterales del jardín.

Era curioso que lo recordase más grande y, sobre todo, de patas más gruesas, pero no dejaba de ser lo más parecido a un lobo que había en perro, con un carácter con el que debían tener cuidado.

Enseguida se puso delante de Marlowe y el perro frenó en seco a solo un par de metros de ellos, con la cabeza baja.

—¡Frankie! ¡No! —le dijo.

Con un pelaje oscuro y atigrado y aquellos ojos de un miel claro, la tonalidad de sus contrastes le infundía respeto hasta a ella, que le había dado de comer con la mano muchísimas veces.

Sintió que Marlowe le ponía una mano en el hombro y giró la cabeza para mirarlo mientras oía el rugido del animal, que seguía sin moverse.

—No pasa nada —le dijo él y dio unos pasos para volver a ponerse a su lado.

Mary Kate enseguida miró al perro, que con un leve movimiento de orejas pareció erguirse levemente. Marlowe bajó la cabeza para mirarlo.

—Un lobo checoslovaco.

—Hace unos cuatro años mi tía Natalia y tío Erik se lo trajeron a Aníbal. Mi hermano es como tú con los leones, pero con lobos. —Sus últimas palabras hicieron que Marlowe sonriese. Mary Kate alargó la mano para cogerle el collar a Frankie.

Pero vio que Frankie había inclinado levemente las orejas sin dejar de mirar a Marlowe.

Qué demonios.

Ella miró a Marlowe, él seguía sin moverse, pero con la misma tranquilidad con la que andaba por la sabana.

Este lleva ventaja.

Hienas, leones, serpientes y cocodrilos, Mary Kate contuvo la sonrisa.

El perro dio unos pasos despacio hacia Marlowe y al llegar a él levantó despacio el hocico. Marlowe le acercó la mano y el perro alzó más la nariz, vio que la mano de Marlowe resbalaba desde la frente del animal en una caricia.

Ella alzó levemente las cejas y miró a Marlowe.

—Es un perro muy bueno, excelente. Pero suele querer comerse a las visitas que no conoce —dijo desconcertada y Marlowe sonrió y acercó la otra mano al perro.

Pero tú eres un alfa y él lo sabe.

Relajó los hombros y soltó el estómago al ver que Marlowe se inclinaba en el suelo para seguirlo acariciándolo y Frankie empezó a mover el rabo mientras se acercaba aún más a él y le olía la camiseta.

—¿Y fuera de casa?

—Fuera de casa es como ves ahora. —Mary Kate le pasó la mano por la cabeza también—. Pero explícale que para defender la casa ya están las alarmas y un equipo de seguridad —añadió y Marlowe empezó a reír.

Mary Kate escuchó unas voces en la puerta de la casa y se giró para mirar. Su padre estaba en la puerta principal de la casa Lyon, junto a su madre y a su hermana Ella.

—¡Mary Kate! —La niña saltó la mitad de los escalones para echar a correr hacia ella.

Mary Kate se apresuró hacia ella.

—Ya sabía yo que ibas a ser la primera. —Se inclinó para cogerla en brazos y hasta dejó caer el bolso al suelo al hacerlo.

Ella la rodeó con los brazos y le plantó un beso sonoro en la cara.

—Tenía ganas de verte. —La niña le cogió la cara con las dos manos—. Te ha dado mucho el sol —le dijo y Mary Kate tuvo que reír.

Ella no habría perdido ni un ápice de peso, pero ya acostumbrada a cargar con todo tipo de cosas, incluidas las patas de Maya, su hermana de ocho años comenzaba a ser peso pluma. Al igual que Frankie ahora parecía más pequeño y delgado. Su propia perspectiva de las cosas se estaba distorsionando.

Se giró con Ella en brazos hacia Marlowe, que se ponía en pie para acercarse a ellas.

—¿Ese hombre tan grande es el de la selva? —susurró Ella y Mary Kate contuvo una carcajada.

—Ya lo conoces de la boda de Michelle, ¿no? —La miró de reojo, Ella miraba a Marlowe con cierta desconfianza.

Mary Kate alzó algo más a la niña en su cuerpo.

—Ella Lyon —le dijo a Marlowe, luego miró a su hermana—. Y él es Laurence Marlowe, ¿lo recuerdas?

Pero Ella no hizo ningún gesto, ni de asentir ni de negar que lo recordase. Tan solo miraba a Marlowe. Mary Kate se acercó al oído de Ella.

—Además te trae un regalo —le susurró al oído y su hermana la miró enseguida—. Está en el coche, corre.

La dejó en el suelo para que echase a correr a buscar al chófer. Marlowe tenía el ceño fruncido mientras Ella se alejaba.

—¿Le doy miedo?

—Le das miedo a mucha gente, no tiene importancia —respondió Mary Kate y vio que Marlowe contenía la sonrisa.

Su padre había bajado los escalones de la casa junto a su madre. Fue a ella a la primera que alcanzó Mary Kate. Sin embargo, la joven pudo ver cómo su padre le echó un vistazo de arriba abajo y enseguida dirigía la mirada hacia Laurence Marlowe.

Y no lo vio disgustado en absoluto.

—Teníamos muchas ganas de verte —le dijo Claudia. Con el abrazo a su madre no sabía cuánto tiempo había durado aquel cruce de mirada entre el jefe de los Lyon y Laurence Marlowe, ni si hubo más gestos o señales. Su padre ahora la miraba solo a ella.

La rodeó con el brazo y la apretó para darle un beso, pero no la soltó, se balanceó levemente con ella en el abrazo.

—No sabes lo que me alegra verte —le dijo y ella lo apretó también, recibió un segundo beso, esa vez en la frente.

Pasó un brazo por la espalda de su padre y sin soltarlo se giró hacia Marlowe.

—Señora Lyon. —Lo oyó decir al saludar a su madre.

Marlowe miró a su padre y este alargó una mano hacia él sin soltar con el otro brazo a Mary Kate.

—Mr Marlowe —dijo su padre y Mary Kate enseguida bajó la mirada hacia sus manos, llevaba días imaginando cómo sería aquel apretón. Y duró tanto como esperaba de ambos ahora que los conocía.

—Gracias por la invitación —le dijo Marlowe a su padre.

—No tienes que darlas. —La voz de su padre se perdió en una jauría de voces humanas.

—Pufff. —Se retiró enseguida de sus padres. Estuviese en medio o en un lado, era un mal sitio.

Venían los jóvenes Lyon.

Cruzó una mirada con Marlowe antes de que la arrollasen en banda. Algunos ya eran adolescentes, pero aquel recibimiento en manada no se perdía.

—Cuidado con vuestra hermana —les dijo su padre.

Pero su hermana ya estaba acostumbrada al recibimiento abrumador de los leones. Inconscientemente había pasado una de las piernas atrás, como cuando le veía a alguno las intenciones de saltar.

Sacudió el pelo de George y cogió la barbilla de Chris, ya se le estaba afinando la cara y hasta sentía algunos vellos gruesos en ella. Quince años hacían que su aspecto cambiase en poco

tiempo, tan poco tiempo como llevaba fuera.

—Aníbal. —Sabía quién iba a ser el más bestia, se metió por debajo de su axila.

—¿Has visto leones de cerca? —preguntó y ella empezó a reír.

—Ten cerca como estás tú.

—Buaaaahhhh, qué fuerte —decía su hermano sonriendo.

A Oliver lo habían dejado el último. Solo tenía diez años y era un superviviente entre bestias.

—¿A Marlowe lo conocéis, verdad? —les preguntó retirándose de los cuatro.

Se giró para mirar ella también a Marlowe. Hasta Aníbal se había quedado callado. A partir de ahora Marlowe pasaría a ser su ídolo absoluto, no tenía dudas.

—Chris. —Tuvo que alzar la mano para tocar el hombro de Chris, ya la había superado en estatura—. George. —Él con catorce años casi la alcanzaba si no llevaba tacones—. Aníbal. —A este lo empujó directamente y vio que Marlowe contenía la sonrisa, con solo doce años siempre fue un elemento peligroso en potencia—. Y Oliver.

Mary Kate estaba entre Chris y George, puso una mano en la cabeza de cada uno.

—¿Puedes verlos por aquí la primera cresta de la melena? —dijo y Marlowe sonrió—. Algo así, ¿verdad?

Chris se inclinó para besarla en el hombro.

—¡Hermanos! —Era la voz de Ella que arrastraba un saco por el camino desde el *parking*. Con el otro brazo tenía rodeado un peluche grande de león amarillo y marrón junto a su cuerpo.

Claudia rio al verla.

—El señor de la selva nos ha traído esto —gritó la niña y Oliver echó a correr hacia ella.

Mary Kate vio que Claudia se tapó la cara para reñir las palabras de la niña.

—¡Ella! —la llamó su padre—. Se dice el señor Marlowe.

Marlowe bajó la cabeza quizás escondiendo que también aguantaba la risa.

Chris y George siguieron a Oliver más apaciguados. Aníbal iba a echar a correr también.

—¡Aníbal! —Frenó en seco con la voz de su padre—. Te dije que llevaras al perro al jardín de atrás.

Aníbal se fue girando despacio con la nariz encogida y enseñando los dientes en una mueca.

—Se me olvidó.

Su padre asentía con la cabeza.

—Por eso te lo he recordado en tres ocasiones.

Aníbal señaló a Frankie, que estaba sentado cerca de uno de los setos.

—Lo llevo ahora.

—No —respondió su padre—. Creo que no va a ser ninguna molestia para el señor Marlowe.

Aníbal miró a Marlowe y luego al perro.

—Pues vale.

Menudo fresco.

Se fue con sus hermanos con aquellos andares peculiares que a Mary Kate tanta gracia le hacían. Marlowe los observaba mientas ellos sacaban cosas del saco y se las repartían.

—No hacía falta por tu parte —le dijo Claudia—. Muchas gracias —añadió señalando al interior de la casa—. Stoker ha enviado unas cajas… tenían ropa y está ya todo en tu dormitorio.

—Mary Kate —le dijo su padre—. Acompaña a Marlowe y le enseñas la casa.

Ella se giró para mirar a Marlowe, su padre se había colocado junto a él. Verlo sin su ambientación natural y salvaje era extraño, pero aún lo era más verlo en la mansión de los Lyon y entre los suyos.

Y le estaba encantando.

37

Salió de su dormitorio junto a Michelle, desde que ella se fue de la casa Lyon había notado que aquel dormitorio se le había hecho demasiado grande y vacío, así que tener de nuevo allí a su hermana le estaba gustando sobremanera.

—Mi hermana entre leones, ¡guau! —Michelle pasaba las fotos de la tablet una tras otra sentada sobre una mesa redonda que tenían desde que eran niñas.

Hércules y Marlowe se habían ido con Stoker a recoger los trajes y miraba de vez en cuando a través de la ventana por si estaban de vuelta. Ni siquiera los había visto cuando se fueron. Hércules, Stoker y Michelle llegaron poco después que ellos a la casa Lyon y ella aún estaba en su dormitorio buscando entre centenas de zapatos cuál de los más altos era el mejor para el vestido de aquella noche.

—Hermana, me recuerdas a Clock mirando el jardín los días de lluvia —dijo Michelle y Mary Kate se tapó la cara—. Menudo enganche.

Ni a la noche va a tardar en saberse.

—¿Qué dices? —Se retiró de la ventana enseguida y Michelle alzó los ojos mirándola con picaresca.

Michelle sonrió.

—No, no. —Rodeó la mesa y entró en el vestidor para perderla de vista, aunque no sabía a por qué podría ir cuando ya tenía el vestido y todos los complementos fuera.

—Vale. —Oyó a su hermana fuera—. Entonces esta noche podemos presentarle a jovencitas ávidas de hombres salvajes, ¿no?

—No, no, no. —Salió con rapidez del vestidor y su hermana rompió en carcajadas.

Se detuvo frente a su hermana.

—Ni una palabra más —le dijo a Michelle y esta se cerró con los dedos en la boca una cremallera invisible—. Vale.

Michelle volvió a atender el teléfono, pero pudo ver cómo sus labios se resistían a reír. Ella le empujó el hombro.

—Ya —le advirtió.

—Es que estás como si… —Michelle la miró entornando los ojos—. Si te hubiesen dado una cuerda interminable.

—Porque estoy nerviosa.

—¿Por qué? —Mary Kate arrugó la nariz al decirlo.

—No lo sé. —Se apartó de su hermana y cogió el pequeño bolso rojo que tenía preparado

para la fiesta de por la noche.

—¿Los Ramson? —preguntó Michelle y ella alzó el dedo para negar con él.

Soltó el bolso y estiró la parte de vuelo del vestido rojo que iba a ponerse.

—Hoy me resbalan los Ramson.

No sabía quién de ellas lo había elegido. Ella les dijo que con mangas y tenía mangas hasta el codo, pero estas eran transparentes, como lo era la espalda y parte del escote, con un encaje decorado con algo que emitía destellos. Un corpiño entallado y la parte de abajo de vuelo que llegaría por debajo de la rodilla.

Para el camino llevaba una rebeca de pelo también roja con un cinturón. Resopló.

—Los Ramson han pasado de ser tus dioses, a tu pesadilla, y ahora te resbalan —dijo Michelle—. En seis o siete semanas, ¿no? —A Michelle le sobrevino una carcajada desde el estómago.

—Parece mucho más tiempo —respondió ella inspeccionando los botones de la espalda del vestido, eran pequeños y muchos.

—Porque la evolución ha sido considerable. ¡Dios! Me encanta este vídeo. —Se giró al escucharla y Michelle le mostró la tablet. Era ella con una rodilla en el suelo frente a Mali.

Y las ganas de regresar a la reserva se convirtieron en necesidad. Cambiaría aquella fiesta navideña por una noche entre leones, con el único problema de que entre leones no podría tener al resto de su familia.

Apretó los labios y bajó la cabeza, cogió aire por la nariz y lo echó por ella.

—¿Bajamos y te tomas una infusión? —Michelle bajó de la mesa—. Porque un té no soy capaz de darte así —añadió—. Otra opción es que bajes a la piscina o al gimnasio y eches energía, también funciona. —Su hermana le apretó el brazo—. Si hasta te estás poniendo fuerte. —Michelle reía y ella volvió a empujarla.

—Vale, una infusión. —Tiró de Michelle.

—Me estás acelerando hasta a mí. —Michelle le rodeó la cintura por detrás y fue andando tras ella a través de la puerta hasta el pasillo.

Mary Kate se dejó empujar hasta la escalera. Antes de llegar al rellano vio que uno de los empleados abría la puerta principal.

El primero en entrar fue Hércules, seguido de Stoker. Y tras ellos entraba Marlowe, que llevaba una percha con un traje en una funda negra.

Mary Kate tuvo que bascular el cuerpo para poder verlo bien desde aquella perspectiva tras Hércules, que no era que fuese tampoco precisamente pequeño.

Michelle le cogió la mano, la había adelantado escaleras abajo y tiró de ella y la miró de reojo con picaresca. Una mirada a la que Mary Kate entornó los ojos y bajó la barbilla.

Flotó hasta el último escalón y llegó al *hall* de la casa Lyon. El empleado enseguida le cogió

a Marlowe la percha con el traje. Hércules se apartó y pudo verlo.

Marlowe llevaba unos pantalones negros con un cierto metalizado, no muy anchos ni muy ajustados, aunque más ajustados que con los que lo solía ver. Lo de la camiseta gruesa de cuello alto de un canalé suave y ajustada de aquel color blanco nuclear hizo que tuviese que desviar la mirada mientras que aquella energía placentera le recorriese tronco y piernas.

Tragó saliva y pegó la lengua al paladar.

Lo dicho. Londres no está preparado para este tío paseándose por aquí. Yo tampoco.

Ahora que se había medio acostumbrado al Marlowe de la sabana, aquella versión urbanista la dejaba a otro nivel de pelota rodando por un barranco. Que venía a ser cayendo directamente por un agujero.

Burrrr.

Le entraron ganas hasta de sacudir los hombros cuando recibió la mirada felina de aquellos ojos verdes y azules cuya claridad seguía intacta a pesar de haber cambiado de ambientación a una completamente opuesta.

—¿Muchos pliegues? —le preguntó mientras veía con el rabillo del ojo la mirada curiosa de Stoker observándolos a ella y a Marlowe con un descaro similar al de tía Vicky.

El pecho de Marlowe subió con aquella risa contenida estómago arriba.

Anda que si estuviésemos ahora mismo al otro lado iba a tardar yo mucho en saltar sobre él y engancharme por cualquier bicho volador.

—Yo me voy, en un rato estoy otra vez de vuelta con Mía para el bus. —Stoker se acercó de nuevo a la entrada principal—. Sed puntuales que tenemos que llegar de los primeros.

—Si no te ponemos a conducir el bus —le dijo a Stoker su hermana, apoyándose en el hombro de Hércules—. Y seguro que llegamos los primeros.

—Qué dices, hoy no sé conducir —replicó Stoker riendo. Salió y cerró la puerta.

Michelle la miró a ella.

—¿Y vosotras no subís ya a vestiros? —preguntó Hércules mirando a Michelle.

—Mary Kate necesita una infusión —respondió Michelle poniéndose de puntillas.

Necesita, dice, qué poca vista tiene.

—Y después subimos. —La miró a ella—. Además, como en los viejos tiempos. Yo la peino a ella y ella a mí.

Le sonrió a su hermana y sintió cómo unos mechones de su hombro se movían. Miró de reojo, eran los dedos de Marlowe y siguió la línea hasta sus ojos.

—Pero si tienes el pelo perfecto —le dijo y tuvo que contener la sonrisa. Estaba claro que o bien se había acostumbrado demasiado a la Mary Kate de la sabana, o ya no la recordaba en el resto de eventos.

Esta noche voy a intentar al menos empatarte.

Echó una mirada fugaz a su hermana y la vio alzando las cejas mirándola a ella y a Marlowe. Por un momento pensaba que ella seguiría hablando con Hércules, pero no, ambos estaban pendientes de ellos dos.

¿Pero aquí qué pasa?

Marlowe soltó su mechón de pelo, quizás también se había dado cuenta del interés de aquellos dos.

—Vamos, que si no llegaremos tarde y el último siempre se lleva la bronca. —Michelle tiró de ella.

Se dejó llevar y cruzó con Marlowe una mirada. Tan solo habían sido Hércules, Michelle y Stoker, pero eran muchos más.

Menuda noche que le esperaba.

Érase una vez.

Uno sin mucha consistencia en el que encima estarían los Ramson, pero era su Érase una vez.

Así que sería una de las mejores noches de su vida.

Chat alternativo

Vicky: ¿Qué os queda?

Byron: Nosotros vamos de camino.

Blake: Y nosotros.

Vicky: Natalia, nosotros no. Venga, hombre.

Mayte: Natalia y yo llevamos un rato en el jardín esperando, que nos vamos a quedar congeladas. Y Erik, Andrea y Thomas están ya junto al coche.

Vicky: ¿En serio? ¿Y dónde estoy yo? Es que tu casa tiene todos los pasillos iguales con los bichos estos.

Wilde: Jajajaja, qué grande.

Michelle: Yo ya estoy lista, pero Mary Kate lleva ya tres maquillajes de labios rojos y ahí sigue.

Vicky: Pues que no se los pinte mucho por si acaso.

Lyon: Vicky, sigo por aquí.

Vicky: Hola, Chris.

Mayte: Jajajaja.

Claudia: Hombre, serán labiales fijos de todos modos.

Vicky: Qué dices, luego se te quedan los morros terribles y lo que se corre sí que es fijo.

Stoker: Jajajaja.

Natalia: Vicky, deja ya el chat y baja, que me estoy muriendo de frío.

Hércules: Michelle, cuéntalo tú.

Vicky: ¿El qué? Suelta.

Michelle: Es que no me ha dado tiempo de coger el móvil siquiera. Que Marlowe le ha dicho a mi hermana que tiene el pelo perfecto.

Blake: ¿Marlowe haciendo una observación física positiva de algo sofisticado? No te creo jajaja.

Hércules: Pues créela, que yo estaba delante.

Wilde: Jajajaja. Este Marlowe no nos deja de sorprender.

Blake: Curiosidad extrema por esta noche.

Vicky: Por fin vamos a meter el ojo.

Irina Yadav: Señoras y señores, calma. ¿De verdad piensan estar toda la noche con los ojos puestos en esos dos, en lo que hagan o en lo que se digan? Porque van a coger el primer avión para la sabana.

Byron: Pienso lo mismo. Van a estar incómodos.
Vicky: No, que va.
Stoker: Jajajaja. Pues yo no pienso callarme ni una con Marlowe esta noche.
Wilde: Jajajaja. No sabe lo que nos pide.
Blake: De eso nada. Esta moche la pienso disfrutar. Señores, yo llegando a la casa Lyon.
Lyon: Doy aviso al portero.
Natalia: Vicky, tus muelas. Baja ya.
Stoker: Jajajaja.

38

Huyéndole una vez más a la mano de Stoker, que no le dejaba en paz el flequillo, empujó sin querer a Blake, que tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caerse.

—Es que se nota un montón que te ha peinado Stoker —dijo Hércules y Wilde se giró limpiándose las lágrimas de uno de los ojos.

—Y lo decís como si eso fuera malo —respondió Stoker. Por mucho que huyese de él, no era posible.

Marlowe miró de reojo a Wilde, que les había dado la espalda para mirar por la ventana de uno de los pasillos. Seguía haciendo aquellos ruidos nasales al querer parar el golpe de risa. Podía verse ya el microbús en la entrada de la casa Lyon.

—No, si malo no es. —A Wilde se le quebró la voz. Sorbió la nariz—. Pero pareces el modelo de un poste de peluquería.

Blake apoyó la mano en el hombro de Marlowe para romper en risas agudas.

—Voy a mandaros a la mierda a todos. —Se hizo hueco tras Blake para entrar de nuevo en el dormitorio. Se echaría agua en el pelo y se quitaría toda aquella pasta que le había puesto Stoker.

—¿Dónde vas? ¿Dónde vas? —Hércules lo sujetó del brazo.

—A quitarme esto. —Se llevó la mano al pelo. No le gustaba ni el tacto. Además veía el flequillo demasiado abultado y echaba de menos el pelo en la cara y en el cuello.

—No te vas a quitar nada, estás perfecto. —Stoker ayudó a Hércules para sacarlo al pasillo.

Byron sujetaba la percha con el chalequillo del traje y la chaqueta.

—Y esa manía de vestirnos todos iguales, parecemos tontos —murmuró y Blake volvió a romper en carcajadas. Hasta Byron giró la cabeza para reír.

—Anda ya. —Stoker cogió el chaleco de la percha y lo abrió para que metiese un brazo.

—Este cacharro no me lo vayas a apretar mucho —le advirtió a Stoker, enseguida llegaron más sonidos guturales de Wilde.

—Que no —respondió Stoker.

—En la tienda me lo has puesto que parecía un corsé victoriano —replicó él y a los sonidos de Wilde se unieron los de Blake y Hércules.

Stoker negaba con la cabeza.

—Es tremendo, eh. —Le abrochaba los botones—. Es como si tuviésemos que domesticarlo cada vez que lo vamos a llevar a cualquier sitio.

Siguió a Stoker con la mirada mientras él lo rodeaba para ponerse a su espalda.

—No lo aprietes —le repitió.

—Que noooo. —El primer tirón ya apuntaba maneras.

—¿Veis? Ya lo está apretando —protestó y hasta Byron se dio media vuelta, percha en mano, para reír.

—Yo con este hombre no puedo —dijo Wilde desde la ventana, seguía con la voz quebrada por el llanto de la risa del rato que había estado Stoker peinándolo. Su amigo volvió a coger aire por la nariz y lo echó en un suspiro. Luego se sorbió la nariz.

—Tengo que estar ridículo, ¿verdad? ¿Dónde hay un espejo?

—¿Te quieres estar quieto? No hay quien te vista así —le respondió Stoker.

—¿Y por qué insistes en vestirme tú? —Se giró y Stoker lo detuvo poniéndole la mano en el hombro.

—Ya estoy acabando —dijo Stoker y Byron se acercó con la percha con la chaqueta.

—Y encima tela de brillo —Marlowe negó con la cabeza al ver la chaqueta.

—Es una fiesta, Marlowe, y es de noche —respondió Blake.

Las solapas de la chaqueta tenían más brillo que el resto de la tela. Tenía que reconocer que al ser negro no era que aquel brillo resultase llamativo. Pero no era el traje que él se hubiese puesto, más bien porque él no se hubiese puesto ningún traje.

Hércules cogió la chaqueta de la percha.

—Mete el brazo, anda —le dijo su amigo—. Y no hagas movimientos raros que la rompes como siempre —añadió y esa vez fue Blake el que rompió a reír.

Marlowe negó con la cabeza.

—Ya me la pondré luego —dijo y Hércules quedó inmóvil con la chaqueta en la mano.

—¿En serio, Marlowe? —Alzó hasta las cejas al decirlo.

—Que con eso no puedo ni moverme —negó de nuevo con la cabeza.

Hércules se inclinó hacia él.

—Laurence —le dijo su amigo—, hoy no vas a necesitar correr, ni subirte a árboles, ni atravesar un río. No hace falta más movimiento que el de estar de pie o sentado, y eso puedes hacerlo con la chaqueta.

—Con eso no puedo ni sentarme y por si fuera poco, también el chaleco debajo. —Miró a Stoker—. ¿Hay más cosas absurdas para llevar encima?

Vio de reojo que Stoker tenía una tira de tela negra en la mano. Se apartó de él en un sobresalto.

—Eso sí que no —dijo y Wilde rompió en carcajadas.

—Venga ya, no seas tonto. —Stoker dio unos pasos hacia él.

—Que no, que no. —Le dio un manotazo en la mano donde llevaba la tira de la pajarita mientras daba otro paso atrás.

—Marlowe. —Hasta Byron se acercó a él, que parecía estar encerrado entre él, Blake, Stoker y Hércules—. No hace falta ni anudarla, la puedes llevar abierta. Es para que no quede la camisa

tan blanca vacía.

—¿Vacía? —Dio otro paso atrás mientras ellos lo rodeaban, ya le quedaba poco margen, detrás tenía la pared. Se tiró del chaleco—. Ya llevo esto.

Los cinco lo miraron sin decir una palabra, pero tampoco lo dejaban escapar.

—Que no, que no. —Buscó con la mirada un hueco entre ellos para escabullirse de allí. Pero no había suficiente espacio en el que él entrase sin arrollarlos.

Stoker resopló.

—¿Qué hacemos con él? —dijo y miró a Blake, este negó con la cabeza—. Míralo, parece que vayamos a cazarlo y a meterlo en una jaula.

Blake sonrió conteniendo una carcajada.

—Podéis decir lo que queráis y podemos estar aquí hasta mañana —les dijo Marlowe—. No me voy a poner nada más de lo que llevo —lo dijo tan rotundo que hasta Wilde se apartó del corro, quizás dándose por vencido.

—Mira que eres melón —protestó Stoker acercándole la mano de nuevo al flequillo. Recibió otro manotazo de Marlowe—. Es que antes te lo has tocado y ahora se te está cayendo.

—¿Estás tú tocándome cada dos minutos y se cae por mi culpa? —Volvió a dar otro manotazo para apartar la mano de Stoker.

—Porque te tocas a lo bruto, como lo haces tod…

—Buenas noches. —La voz de Mary Kate entre las de los Misters fue como un hueco para escabullirse de ellos.

Stoker se giró y le dejó espacio para verla.

Considerablemente más alta a como estaba acostumbrado a verla. Sobrepasaba incluso a Blake y hasta igualaba a Stoker. Y habría bajado la mirada hasta sus zapatos si la imagen del rostro de Mary Kate no absorbiera todas sus atenciones sin poder mirar a ninguna parte más.

Llevaba el pelo algo abombado, como si se hubiese hecho un recogido, pero este lo hubiese enganchado en alguna rama después de haber corrido por toda la reserva. Porque el flequillo y parte de su melena caían sin estar atados a nada.

Llevaba la tez brillante, aquel resplandor que recordaba de ella en las fiestas, un efecto mojado que aumentaba la dulzura de sus facciones y ese halo de ninfa de los bosques. Las mejillas.

Las pequeñas piedras brillantes sobre el encaje de las mangas no podían competir con lo que desprendía su cara, ni siquiera unos pendientes largos que emitían destellos con los focos del pasillo.

Lo de aquella mujer era absolutamente celestial.

Los ojos de Mary Kate enseguida llegaron a él y su sonrisa fue inmediata.

—No esperaba que fueses el último en acabar —dijo dando unos pasos mientras los Misters

se abrían para dejarle el sitio.

Se había escuchado el sonido gutural tan típico de Wilde, aunque algo disimulado. Si no lograba controlarlo y rompía, estaba dispuesto a sentarse tras él en el bus para tenerlo a mano.

Bajó la mirada enseguida hacia las manos de Mary Kate, llevaba unas pequeñas flores secas entre hojas verdes.

—Esta tarde he ido a la floristería a comprar esto —dijo la joven con aquel tono de voz dulce deteniéndose junto a Blake—. No sabía si ya tendríais alguno.

—Se me había olvidado, así que muchas gracias —le respondió Stoker girándose para ponerse frente a ella.

Vio que Mary Kate separó uno de los pequeños ramilletes de hojitas verdes y flores diminutas rojas y se lo puso en el ojal de la chaqueta. Hasta él, que no entendía, pudo ver que tenían un aire navideño.

Le puso otra a Blake y otra a Wilde. Y Marlowe observó cómo a Byron se lo ofreció en la palma de su mano.

—Son muy bonitos, muchas gracias —dijo su amigo al cogerlo.

Se acercó por último a Hércules, que seguía con su chaqueta en la mano y ella le puso el ramillete también

—¿Esta es tu chaqueta? —Mary Kate lo miró a él.

Se hizo el silencio absoluto, nadie quiso responder, así que no quería ni mirar la cara de sus amigos. Tensó la mandíbula.

—Sí —respondió viendo cómo Mary Kate pasaba la mano por la solapa de la chaqueta buscando la pequeña abertura, y su mirada se detuvo en cómo resaltaban las ondas de tela roja del vestido de Mary Kate en el negro intenso de la chaqueta.

—Son muy bonitos los trajes —dijo ella metiendo el cabo del ramillete y le dio la vuelta a la solapa para comprobar por detrás que estaba completamente dentro. Algo que no había visto que lo hiciera con ninguno de los Misters.

Se oyó de nuevo aquel sonido de Wilde, esa vez cruzado con el de alguien más. Contuvo la respiración y sin soltar la mandíbula dirigió una mirada hacia Blake, pero por la expresión orgullosa de su amigo, poco respeto le estaba dando.

—Ya vamos a terminar. —Oyó decir a Stoker con una sonrisa flamante y alzando frente a Mary Kate la cinta de la pajarita.

Son tela de cabrones.

Ella bajó la mirada hacia la tira de tela. Supuso que Mary Kate, acostumbrada a numerosos eventos y viniendo de la familia Lyon, sabría bien lo que era aunque estuviese deshecha.

—Ahora mismo se la acabo de hacer a mi padre. —Ella cogió la tira enseguida—. ¿Puedo yo? —Lo miró a él enseguida—. Me salen muy bonitas.

Marlowe apartó la mirada enseguida de Mary Kate y de todos sus amigos. Vio de reojo que Wilde retiraba la cortina de la ventana, quizás en un intento de desaparecer mientras sus hombros rebotaban sin parar.

Aquel olor a flores blancas y vainilla le encantaba y ya le resultaba familiar, así que no tardó en bajar los ojos al foco de aquel olor mientras ella le levantaba el cuello de la camisa.

Mary Kate había alzado la mirada un instante hacia su flequillo, soltó una de las manos del cuello de la camisa para llevarla hasta su pelo.

—Tienes que echarte laca, sino se te caerá en un rato. Si no tienes te la bajo yo ahora —añadió la chica. Más sonidos como los de Wilde, pero ya no sabía por dónde veían.

—Yo he traído, está en el baño —respondió Stoker dando unos pasas atrás dirección a la puerta del dormitorio—, voy a por ella.

Marlowe bajó la mirada aún más. A pesar del brillo de lo que fuese que Mary Kate llevase en la piel, el contraste absoluto era un rojo mate en sus labios que le daban un aspecto similar al terciopelo y que resaltaba su forma.

La joven se inclinó aún más y le levantó la barbilla con el dedo.

—No te muevas —le dijo en un susurro mientras cruzaba la tira de tela.

Tener los iris de Mary Kate cerca era ir contando las motas azules que se abrían en el fondo violáceo. Y aunque ya se las supiera de memoria, podría seguir contándolas durante toda la noche.

Sintió la presión en el cuello y hasta tragar saliva se podría volver una ansiedad. Ella metió el dedo en el cuello.

—Ahora te lo aflojo, ¿vale? —volvió a susurrarle.

Dirigió una mirada fugaz hacia Blake, casi se había escondido tras el hombro de Hércules y pudo verle los ojos brillantes.

La que me queda ahora…

Volvió a mirar a Mary Kate, ella seguía concentrada en lo que estaba haciendo en su cuello. Sintió un tirón del cuello de la camisa, ella volvía a bajarlo. Y volvió a meter el dedo entre la pajarita y la camisa.

—Ya. —Dio un paso atrás para retirarse de él.

Tras ella esperaba de manera traicionera Stoker para echarle de nuevo aquel espray del demonio. Tuvo que apresurarse a cerrar los ojos, no había tenido piedad.

—Perfecto —añadió ella dando otro paso atrás—. Ten cuidado al ponerte la chaqueta, que no se caiga el ramillete.

—Yo estoy pendiente, no te preocupes —dijo Hércules. Más sonidos de nariz y de garganta.

Mary Kate se dirigió hacia el cruce del pasillo.

—Os veo abajo —les dijo y desapareció.

Aunque ella ya no estaba presente, él no se atrevía a mirar a los Misters. Hércules era el que tenía más cerca, con la chaqueta abierta de nuevo para que se la pusiese.

Marlowe tensó la mandíbula y miró a su amigo.

—¿Tengo que decirte que metas un brazo o lo vas a meter solo sin que te lo diga? —preguntó con ironía.

Hércules se movió con rapidez para escabullirse del manotazo dirección a su cuello. Blake rompió a carcajadas, Wilde aún no había salido de detrás de la cortina, pero por lo poco que había podido murmurar, seguía ronco.

—¿Qué dice ese? —preguntó mirándolo de reojo mientras metía un brazo en la chaqueta.

—Que sí, que la has enseñado bien a amansar fieras —dijo Blake.

Marlowe negó con la cabeza y las risas fueron a más, cuando Hércules le colocó bien las hombreras tuvo que resoplar.

—Qué guapo, Mr Marlowe. —Stoker le pasó la mano aplanándole la chaqueta—. Pero si pareces el maniquí de la tienda de trajes. —Stoker recibió una mirada que hizo que diese un paso atrás reculando por si la mano de Marlowe caía en su nuca.

Blake cogía aire mientras sus ojos cada vez brillaban más.

—No tiene gracia —protestó él mirándose de nuevo en el reflejo del cristal de la ventana—. Ninguna.

De poco sirvió, sus amigos rompieron en carcajadas.

39

Hacía frío y las medias finas se helaban haciendo inestables los tobillos. La rebeca roja de pelo tampoco era que le quitase mucho frío.

A través de los cristales oscuros del bus y gracias a la luz interior, podía ver a sus tías y a su madre, que habían ocupado la última hilera de asientos, la que tenía cuatro asientos juntos. Recordaba en cada excursión que justo en esos asientos finales solían sentarse los más ruidosos de la clase.

Oyó la risa de su madre y hasta sin saber por qué, hizo que ella sonriese también. Su padre subía tras el tío Damon.

Faltaban los Misters y su hermana, Anastasia, Dayana, Mía y Jimena seguían fuera. Pero ella se había apartado y estaba junto al autobús. Al fin y al cabo, ella no pertenecía a aquel grupo tampoco. Allí no pintaba nada.

No había contado con encontrarse fuera de lugar cuando la única familia de Marlowe estuviese reunida, a pesar de que Michelle fuese su hermana. No era parte de ellos. Solo era la hermana de Michelle.

Contuvo la respiración, el frío iba a más, casi no sentía las manos ni las puntas de los pies.

Puso la mano en la barra del lateral de la puerta del bus en la que todo el mundo se apoyaba para subir y su padre se detuvo en el segundo escalón y se la cogió.

—Estás helada —le dijo él y cerró la mano en un intento de calentársela.

—No es para menos. —Encogió los hombros.

—Y ¿por qué no subes?

Mary Kate bajó la mirada enseguida. No tenía motivos para esperar fuera, podría haber subido la primera o podría haber subido con las unicornios. Estar dentro, calentarse con el aire acondicionado del bus. Pero no lo había hecho.

Se había quedado fuera pasando frío. A pesar de no pertenecer al grupo de los Misters.

Tenía que subir. No podía quedarse allí en medio en ninguna parte.

Asintió a su padre y dio un paso hacia la puerta del bus. Cuando vio que su padre había acabado de subir el último escalón, ella alzó un pie y se impulsó.

Pero no llegó a poner el segundo pie, notó que las ondas del vuelo de su vestido se contraían haciendo espacio y dejó el pie en el aire.

—¿Tú también llevas aquí fuera todo el tiempo? Estás loca. —Y en la mano que no agarraba la baranda, despareció el frío de inmediato dentro de la de Marlowe.

Mary Kate giró la cabeza y bajó los ojos para mirarlo.

Ahora ya no había dudas de que la perfección en su nuevo mundo solo podría llamarse Laurence Marlowe.

—Anda, sube —añadió él alzándose también en el primer escalón y haciendo que ella se apresurase a subir el siguiente, tapando con aquel cuerpo enorme toda la corriente que pudiese alcanzarle desde la puerta.

El fondo del mini bus era una mezcla de telas blancas y estolas de pelo que se movían al son de la risa.

—¿Todas de blanco para que parezcáis angelitos? —Escuchó la voz de tío Erik desde uno de los asientos junto al tío Andrea.

—Es que de colores parecemos siempre un parchís —respondió su madre.

Tío Damon se había sentado justo en la fila de delante de tío Erik y vio que su padre dudó al sentarse a su lado.

Mary Kate frunció el ceño. Su padre se hubiese sentado a su lado, quizás era eso lo que estaba esperando, a que ella y Michelle entrasen para que si ella no se sentaba con Michelle, no dejarla sola.

Accedió al pasillo del bus y dejó pasar varias hileras, no quería avanzar tanto y estar tan pegada al final que era donde estaban ellos. Se detuvo a la mitad y sintió tras ella que el vuelo de su vestido se liberaba. Marlowe habría accedido a cualquiera de los asientos.

Se giró para mirar el comienzo del bus, lo había cogido del lado contrario donde estaba su familia y en la parte de delante vio que Michelle y Hércules se habían sentado en los primeros asientos de la izquierda y Blake y Dayana en los de la derecha.

Marlowe había dejado pasar el primer asiento y se sentó junto a la ventanilla.

Agarró el reposacabezas del asiento libre que había junto a Marlowe, y cruzó una mirada fugaz con su padre.

Lo siento, papá.

Y hasta a media distancia notó en las llamas de los iris de su padre que la había entendido. Se recogió parte del vuelo del vestido y entró entre el asiento junto a Marlowe y el respaldo del asiento donde se sentaba Stoker.

—Chris, me estás tapando la vista, échate a un lado ya. —La voz de tía Vicky llegó desde el fondo del bus y se oyó la risa de su tía Mayte y hasta la del tío Damon.

Miró de reojo a Marlowe, definitivamente no parecía del todo Laurence Marlowe tal y como lo conocía, y esa nueva versión hacía que no tuviese la libertad de acercarse a él como siempre. Quizás porque tampoco había tenido nunca tantos ojos humanos alrededor.

Marlowe bajó la mirada hacia su mano, se la cogió y la llevó hacia una rejilla que había entre los dos asientos de donde salía aire caliente.

—Gracias —susurró ella. Aquel aire caliente directo en la piel congelada resultaba

completamente placentero.

Marlowe le soltó la mano y se inclinó hacia delante para alcanzar a Stoker, que estaba sentado justo delante de ella. Vio cómo la mano de Marlowe caía sobre la nuca de Stoker produciendo un sonido sordo.

Vio de reojo cómo Byron, que estaba justo en el asiento del pasillo al otro lado, se tapaba la cara para reír. Marlowe dejó caer su mano dos veces más sobre la nuca de Stoker y luego la retiró. La risa de Byron aumentó tanto que tuvo que girarse hacia Jimena para seguir riendo.

Mary Kate arrugó la nariz sin entender mucho más que el hecho de que Marlowe no había hecho fuerza alguna sobre su amigo. Quizás era una especie de advertencia de que lo tenía al alcance.

Ella misma tuvo que contener la sonrisa al ser consciente de que eso podría ser la razón más probable a su gesto.

—Es mejor tenerlo callado —le dijo Marlowe cerca de su hombro.

Ella se llevó el dorso de la mano a la nariz para reír, pero Marlowe se la quitó para volver a acercársela a la salida del aire.

No se la sujetaba mucho tiempo, simplemente se la colocaba y la soltaba. Un contacto justo y corto que podía disfruta mucho menos que los de la sabana, cuando estaba convencida de que la mano de Marlowe le quitaría mucho mejor el frío que el aire caliente de aquella rejilla.

Entre los dos asientos delanteros pudo ver unos ojos enormes de color azul muy claro y la tez blanca de Mía, que le sonrió aunque ella solo pudiese ver una porción de su cara. Mary Kate sonrió también, aquella joven tenía la belleza dulce de una auténtica muñeca, no le extrañaba que Stoker estuviese enloquecido con ella. A pesar de sus continuas risas y sus ironías, y por lo que estaba viendo en Marlowe, seguramente también meteduras de pata, cuando miraba a Mía Austen solo le faltaba un babero.

El bus empezó a andar y vio que Blake se levantaba del asiento, atravesando todos el bus hasta la parte de atrás. Mary Kate se inclinó hacia el pasillo para ver qué le estaba dando a la tía Vicky.

Pero hasta que Blake no se hubo retirado, no pudo verlo con claridad.

—Sois todos testigos —dijo su tía Vicky alzándose en el asiento y se sujetó al hombro de Natalia para que su cuerpo no perdiese el equilibrio.

Mary Kate vio cómo su madre, que estaba con el codo apoyado en el reposabrazos, inclinaba la cabeza hacia delante y se sujetaba la frente. Ella tuvo que contener la risa al verlo.

—Blake me acaba de dar el poder y hoy soy… —ella alzó una extraña varita de cabo ancho y una estrella gruesa en el extremo—, hada madrina oficial.

Se oyeron risas en todo el bus. Vicky miró el artilugio y pulsó algo en él, en la varita, que en su origen era de color blanco, empezaron a encenderse varias luces.

Botones, ufff.

Su padre se giró y cuando vio los botones de la varita giró aún más el cuerpo.

—¿Y eso para qué es? —preguntó y las risas aumentaron cuando Vicky lo miró de reojo.

—Tengo el control absoluto de la fiesta —respondió y su padre enseguida alzó la mirada hacia Blake.

—Buh, qué peligro —replicó su padre enseguida—. ¿A ella se lo vas a dar? ¿Lo has pensado bien, Blake? —El tono sonaba a advertencia. Las carcajadas de Stoker y otras más agudas de Wilde llenaron el espacio del bus.

—No lo sé —respondió Blake con ironía riendo mientras se alejaba de ellos.

Blake pasaba por el pasillo sujetándose a los asientos.

—Vaya chulada de varita, ¿no? —dijo Jimena cuando pasó Blake.

Blake se giró para mirar la varita en la mano de Vicky, que ya estaba dándole a algo y proliferaron las luces de colores.

—La verdad es que cuando la encargué no sabía que iba a quedar tan auténtica —respondió él. Luego miró a Mary Kate—. Pero a tu tía no podía darle un mando común como los de siempre.

Ella negó con la cabeza confirmándoselo.

—Es el mando perfecto —le dijo a Blake mirando de nuevo a Vicky. Dejó caer la cara en el filo del asiento sin dejar de mirar el final del bus, Vicky se había sentado—. ¿Ella es la que ha preparado la fiesta?

—Sí —respondió Blake.

—Entonces va a salir bien —sonrió al mirar a las cuatro.

—Blake ya se daba la vuelta para regresar a su asiento.

—Nuestros mayores benefactores estarán allí y han llevado a familiares y amigos. Más nos vale que sí —dijo él ya llegando a su asiento.

Observó unos segundos más a las cuatro siendo consciente de que Blake debía tener una confianza absoluta en el criterio de Vicky si le había dado el mando absoluto de una reunión así.

La magia del mundo real no falla.

Y era lo que le esperaba aquella noche. Magos, ogros y brujas.

¿Estaba preparada?

Había llegado la hora.

40

—La puerta está llena de gente. Ya sabía yo que llegaríamos los últimos. —Su padre pasaba por el camino central del autobús para salir.

—Como las estrellas —replicó todavía desde su asiento de atrás Vicky.

—Es que hoy no eres una estrella, eres uno de los anfitriones, ¿recuerdas? Tienes que llegar antes que nadie, por eso el autobús. —Su padre hasta se detuvo para contestar a su tía.

Vicky negó con el dedo de la mano que tenía libre.

—Los anfitriones son los seis Misters —respondió—. Ellos son los que han llegado tarde.

—Por tu culpa, en parte. —Tía Natalia seguía a su padre y se giró hacia Vicky para decirlo.

—He llegado antes que Marlowe —dijo tía Vicky—. Es culpa de él.

Mary Kate, que se disponía a levantarse, miró tras su hombro a Marlowe, este había alzado las cejas y ella apretó los labios para no reír. Que se incluyese a Marlowe en aquellos juegos de unicornios le encantaba.

—Y yo he llegado tarde por culpa de Stoker —replicó Marlowe enseguida—, que se ha empeñado en este peinado horrible.

Mary Kate se dejó caer de nuevo en el asiento.

—No es horrible. —Acercó la mano despacio a uno de los lados. Era cierto que el tacto de su pelo sin polvos ni fijadores le gustaba más. Pero al conjunto, tal y como él estaba aquella noche, no podía ponerle ni una pega.

Aquella noche se tendría que quitar a las mujeres de encima con una pala.

El ardor en el pecho fue automático al pensarlo.

—¿Ves como no es horrible? —Stoker hasta se inclinó entre ellos dos, estaba en pie ya en el pasillo y esperaba a que Mía pasase delante de él.

Mary Kate sintió una mano en el hombro, era su madre.

—Salid vosotros —le dijo y Mary Kate se levantó de inmediato y salió al pasillo.

Vio que Claudia movió la mano en el aire para que Marlowe pasase delante de ellas también.

Ella estaba llegando ya a los escalones de la puerta y sintió un cosquilleo en la mano en la que no llevaba el bolso. Agarró la punta de los dedos de Marlowe.

—Marlowe. —Era la voz de tía Vicky—. ¿Has visto los tacones que lleva mi sobrina? Que no se caiga en las escaleras, por favor.

Marlowe se detuvo y se giró para mirar a Vicky. Alzó su mano para que ella viese que ya tenía sujeta a Mary Kate.

—Así, muy bien —respondió ella enseguida a su gesto con una frescura que hizo que hasta

Mary Kate contuviese la sonrisa al empezar a bajar—. Que esta se ha puesto la bufanda esa de plumas y no veo una mierda siendo la última.

—Vicky. —Escuchó la voz de tía Natalia—. ¿No tienes ya una varita llena de botones? Pues ya tienes de sobra con los botones. Que te metes hasta en los charcos.

La risa de su madre sonó aguda y hasta Marlowe tras ella contuvo la sonrisa.

—Me tendrían que haber puesto un botón, pero para desactivar a tu marido. Que está ahí en la puerta sin saber que ya no hace falta. —Oyó decir a Vicky de nuevo.

Y Mary Kate supuso que se lo estaba diciendo a su madre, porque el que estaba en la puerta era Christopher Lyon, esperando para ayudarla a bajar los últimos escalones.

Y para no hacerle el feo, sin soltar a Marlowe, alzó la mano en la que llevaba la pulsera del bolso, teniendo que bajar casi de lado para no soltar a ninguno de los dos.

—Gracias —le dijo a su padre y los soltó a los dos en cuanto llegó abajo, pero no lo suficientemente rápido como para que su padre no viese que ya Marlowe le estaba ayudando.

—Disculpa —le dijo su padre—. La costumbre —añadió apartándose para ayudar a su madre, que era la siguiente.

La costumbre, dijo.

La costumbre de que Igory fuese delante y ni mirase atrás.

Contuvo la respiración.

—¿Toda la noche piensas estar con esos zapatos? —preguntó Marlowe bajando la mirada aunque ella sabía que con el vuelo del vestido y estando tan cerca de ella, no podría verlos.

—Siempre lo hago. —Y escogió a conciencia los más altos que pudo. Eran el precio para tener a Marlowe más cerca que de costumbre y le estaba encantando aquella perspectiva. Lo de los pies era lo de menos.

—¿Puedes andar bien? —Tiró de su muñeca para dejar pasar a Blake, que iba junto a un hombre que llevaba un auricular, supuso que era de los trabajadores de la fiesta y ella dio un paso hacia él.

Perfectamente.

Los invitados estaban agolpados al otro lado de una valla formando una especie de cola y pudo comprobar que en la etiqueta estarían los colores permitidos. Solo negro, blanco, verde, rojo…

—¿Cómo puedes no tropezarte con eso? —añadió Marlowe.

Nunca.

Miró a Marlowe.

—¿Dónde está Blake? —Se oyó a tía Vicky—. Que tengo que entrar un momento yo antes a probar eso. —Pasó por el lado de ellos con aquel vestido blanco con piedras de destellos. Vicky miró a Mary Kate de reojo. Mary Kate recibió un guiño del hada madrina que nunca antes había

parecido más una hada madrina que en aquel momento. Hasta la parte de atrás de su vestido llevaba dos adornos que colgaban, de pelo y plumas, que bien parecían dos alas en reposo esperando para echar a volar.

—Claro que me tropiezo con los tacones, mucho, continuamente —dijo y Marlowe frunció el ceño.

Ella seguía mirando a Vicky hasta que la perdió de vista tras una puerta negra que se abrió el hueco justo para que ella entrase. Entonces giró la cabeza y miró a los ojos a Marlowe.

El dolor de pies no iba a ser nada si tenía a aquella distancia sus ojos.

Menudo león.

En la sabana o en Londres, no importaba. Ni con un traje de fiesta con brillo, ni peinado así, Marlowe nunca perdía su esencia, ni aquella seguridad aplastante, ni la forma de transmitirle tranquilidad. Ni aquella pila de testosterona, mucho menos eso.

Lo vio contener la sonrisa.

—Los llevas a todas las fiestas y seguramente todos los días en tu trabajo, no creo que te tropieces continuamente.

No ha colado.

Ella tuvo que aguantar la sonrisa también.

—Vamos entrando. —Oyeron decir a Blake.

Pero ellos no se movieron un ápice.

—De todos modos. —Marlowe le ofreció su brazo—. No pienso arriesgarme.

Esa vez no hubo forma de que Mary Kate contuviese la sonrisa.

Bajó la mirada hacia el hueco que se formaba en el brazo de Marlowe. Era como la otra vez en la boda de Michelle, salvo que en aquel entonces él era un desconocido.

Metió la mano despacio y agarró el antebrazo de Marlowe. Volvió a alzar la mirada hacia sus ojos.

—Como la otra vez —dijo ella.

—No. —Él fue rápido en responder—. Nada que ver.

La sonrisa de Mary Kate se amplió. Marlowe miró tras ella un instante, hacia el otro lado de la valla donde estaba la cola de invitados.

—¿Eres consciente de que esta noche ellos están en alguna parte por aquí? —Volvió a mirarla a ella.

La joven asintió con la cabeza mientras Marlowe observaba su cara y hasta acercó la otra mano hacia la mano con la que ella lo agarraba, quizás para notar aquel estado extraordinario en el que ella entraba al principio de todo cuando llegaban a su cabeza Igory y los Ramon.

Ver la satisfacción en Marlowe hizo que la fuerza que sentía dentro aumentase considerablemente.

—Señorita Lyon, ¿entramos? —le preguntó él.

Se giraron hacia la puerta y ambos frenaron de golpe cuando encontraron frente a ellos a una mujer alta y delgada de pelo oscuro y rostro con poca expresividad que casi no pestañeaba al mirarlos. Iba acompañada de un hombre de altura similar a la de Hércules Orwell.

—¿Señora Larsson? —Hasta su cuerpo se sobresaltó. La última persona que pensaba encontrar allí era a la escritora Irina Yadav. Ahora entendía a Blake cuando decía lo de sus mayores benefactores. Menudos invitados que tenía aquella noche.

A Irina no se le podía saludar como a cualquier persona, ni mostrar efusividad siquiera. Lo único que fue capaz de hacer fue alargar la mano hacia su marido para estrechársela en cuanto Marlowe lo soltó.

Mary Kate volvió a mirar a Irina.

—No sabía…

—No podía faltar hoy —la interrumpió Irina.

Vio que Jayden Larsson contenía la sonrisa mientras tocaba el hombro de su esposa para que se dirigiese junto a él hacia la puerta.

—Señor Marlowe —dijo ella antes de retirarse.

Ufff, Marlowe, miedo…

—Es usted un magnífico recuperador de leones —añadió y cogió el brazo de su marido para avanzar hasta la entrada.

Mary Kate se quedó paralizada mientras se le erizaba la piel, y no solo por el frío. Irina se alejaba de ellos, la piel se le erizó aún más.

—¿Nada más? —dijo la joven y frunció el ceño.

—De momento parece que sí —respondió Marlowe con la tranquilidad de siempre. No sabía si aquella forma de mantener la tranquilidad era porque el huracán Irina no le había pasado por encima—. De momento —repitió Marlowe mirándola de reojo y Mary Kate bajó la cabeza para reír.

—Pue no sabes de la que nos hemos librado —susurró Mary Kate inclinándose hacia su hombro.

—Sí, sí lo sé. —Avanzaban hacia la entrada—. Y que no lo haya hecho… —Llegaron a la puerta y vio que Marlowe dirigía la mirada hacia Irina, que se había detenido, ya en el recibidor, con la tía Mayte.

—¿Qué? —El recibidor daba a unas escaleras considerables por las que se bajaba a una sala enorme. Sin embargo, nadie podía bajar aún, tan solo repartirse en aquella planta superior que era tan solo un pasillo circular bordeado con una baranda desde la que se podía ver al completo la sala de abajo, en una especie de mirador.

Y la sala de abajo estaba completamente oscura, como si tras el último escalón estuviese el

fin del mundo, aun así pudo apreciar una cortina negra.

Se sobresaltó cuando le tocaron el hombro. Era Blake.

—Marlowe —dijo y se apartó de ellos.

Ella miró a Blake alejarse y detenerse en otro sitio junto a Stoker. Marlowe resopló.

—Tengo que ir a la entrada —Marlowe negó con la cabeza.

Mary Kate miró a los guardas de seguridad junto a un portón doble. Los invitados no habían entrado aún. Por esa razón la valla de fuera. Aquello era la entrada de los anfitriones y familia.

Anfitriones, familia e Irina Yadav, que no sabían bien cómo ubicarla, porque Irina no era cercana a nadie.

—Ve con tu familia. —Marlowe cogió su mano para quitarla despacio de su brazo, no sabía bien si había sido él el que antes de retirarla se la había apretado o si inconscientemente había sido ella misma.

Marlowe se alejó de ella y quedó sola.

Comenzó a sonar una voz cantando *Silent Night.*

Luego una segunda voz y una tercera. Un coro de momento sin más música que sus voces.

El portón doble se abría y ya empezaron a sonar instrumentos.

Mary Kate miró fijamente hacia la puerta abierta, donde comenzaba a entrar gente mientras los Misters, tres en cada lado, comenzaban a saludarlos.

Fue consciente de que a través de aquella puerta estaba su otra vida, la que había dejado atrás no hacía mucho.

Ogros y brujas con el poder de teñirlo todo en blanco y negro.

Cogió aire por la boca y lo contuvo. Llevaba días y días sin meditar las decenas de posibles reacciones de Igory cuando se volviese a encontrar con ella, ni mucho menos las de su familia. Mali y Turuc no lo hacían con los posibles leones forasteros.

Solo había que estar preparado.

Recuperarme. Hacerme fuerte. Volver a ser un león.

—¿Su nombre, señorita? —Miró a quien le hablaba. Era un hombre con una carpeta en la mano y una lista.

—Mary Kate Lyon —respondió con rapidez y el hombre pareció sobresaltarse.

—Disculpe, señorita Lyon. —Se retiró enseguida de ella como si la hubiese ofendido.

Ya no recordaba la fuerza del apellido Lyon donde estuviese. Ni el orgullo de llevarlo.

Ese apellido que solía brillar solo y que los Ramson relegaron al barro.

Alzó la mirada para recorrer con ella los que habían entrado y el pequeño trozo de fila de invitados que alcanzaba a ver.

¿Dónde están?

Porque en su nuevo mundo los leones eran intocables. De eso se había encargado Marlowe

de enseñarle muy bien.

Entreabrió los labios enseguida al ser consciente.

Un magnífico recuperador de leones.

Dirigió los ojos hacia Irina. Y el vello se le volvió a erizar mientras le brillaban los ojos.

¿Qué sabía Irina de ella, de Marlowe, de Igory Ramson?

Le agarraron la muñeca.

—Hermana, ven. —Michelle la hizo dar un traspiés al tirar de ella y la llevó hasta Claudia, Natalia, Vicky y Mayte.

Natalia estaba inclinada sobre la varita de Vicky.

—A mí me das mucho miedo con eso —le dijo—. Qué valor tiene Blake.

—No, ya verás. —Vicky sacudió la varita—. Mira.

En el lateral tenía una especie de tuerca. Vicky le dio con el pulgar y las luces fueron bajando. Volvió a darle hacia el lado contrario y se alzaron en intensidad.

—Hoy soy dios —añadió tía Vicky y Mary Kate pudo ver en su expresión a una pequeña la mañana de Navidad entre regalos.

—¡Qué valor tiene Blake! —repitió su tía Natalia y hasta su hermana se retiró para reír.

Mary Kate dirigió la mirada hacia la parte superior de la pared del fondo. Allí estaba la palabra Misters en luz brillante, formada con unos tubos en un decorado navideño similar al que ponían en las calles.

Lo que era extraño era volver a leer aquella palabra conociendo a cada Mister, principalmente a uno de ellos y lo que ello conllevaba.

Ahora aquel proyecto con el que los seis llevaban tanto tiempo y cómo lo habían hecho crecer siempre para buenas causas, le producía aún más admiración.

—Voy a ir cambiando ya de música. —Vicky tanteaba la varita.

—¿De la música no se encarga Byron? —preguntó Michelle.

—Que va, Byron quiere la noche libre hoy —respondió Vicky—. Tengo un chico encargado de ponerla y el teléfono este para irle enviando mensajes. Un poco cutre, sí. Pero si no lo decís, nadie lo nota. Byron solo ha traído el coro que abre la fiesta. Que empieza… —Vicky miró la puerta—. Ya.

—Pero si aún hay gente entrando —le dijo tía Mayte.

—El coro tiene que irse y así le da ambiente a la entrada.

Mayte negó con la cabeza y miró a Natalia.

—Lleva razón. —Su madre se apoyó en el hombro de Vicky.

—¡Qué valor tiene Blake! —volvió a repetir Natalia y hasta Mary Kate rompió en carcajadas.

Mary Kate dio unos pasos hacia la baranda y pudo ver cómo en aquella especie de agujero negro se iban encendiendo pequeñas luces, como si fuesen velas flotando a media distancia.

—Entra coro —dijo su tía Vicky al teléfono blanco que llevaba colgado de la muñeca. Y en cuanto comenzaron las primeras notas del coro movió la varita al son.

—Cómo se nota que la canción la ha elegido Byron, se nos va a dormir el personal nada más llegar —protestó tía Vicky.

Mary Kate se llevó la mano a la boca para reír. Miró hacia la puerta un instante para ver a Marlowe. Estaba en uno de los lados con Blake y Stoker, algo más apartado que ellos. Ahora que lo conocía bien, podía ver su incomodidad y que estaba allí absolutamente obligado y como un castigo. Antes de conocerlo pensaba que él tan solo era así y tenía ese carácter extraño. Nada más lejos.

La mirada felina de Marlowe se dirigió hacia donde estaba y quedó fija en ella.

—Mary Kate. —Tan solo oír su voz hizo que su estómago hiciese el ademán de encogerse, pero ya estaba demasiado acostumbrado a estar extendido como para que Igory lo consiguiera.

Se giró y lo tuvo delante a apenas un metro y poco de su cara.

No era tan alto como lo recordaba y mucho más delgado. Ahora se había habituado a otros volúmenes y hasta estos le gustaban infinitamente más.

Ya de lo otro mejor no lo valoraba, porque se encendería y encendida solo sabría morder.

A su mente llegó Mali de inmediato, bordeando aquel charco que se formaba en la llanura y su respiración no se aceleró un ápice.

Tras Igory pudo ver a Basilia Ramson, que la observó con el más absoluto descaro de arriba a abajo, sabía bien que Basilia era lo suficiente observadora al detalle como para saber que ni siquiera su cuerpo era el mismo que se fue del pasillo de los Ramson junto a Alan Blake.

Y tras Basilia estaba el resto de la familia, que ni siquiera la habían visto aún.

El coro se detuvo y siguió una música tranquila, ya no en directo, sino desde aquel aparato de tía Vicky.

Igory bajó la mirada hacia su vestido.

—Estás preciosa —le dijo él—. Impresionante, Mary Kate.

Ahora piropos. Lo de siempre cuando quiere conseguir algo. Está muy visto ya.

Mali seguía caminando en su mente, hasta en medio de aquella música podía oír el sonido de aquellos rugidos graves. Definitivamente, Marlowe tenía razón y la reserva era el sitio perfecto del mundo.

—Mary Kate. —Fue lo único que oyó de la voz de Basilia y eso hizo que el resto dejase de mirar alrededor como lelos y al fin fuesen conscientes de que ella estaba allí.

—¿No sabías que íbamos a venir? —le dijo Igory.

—Sí —respondió ella apartando la mirada de Basilia para mirar a Igory.

—Seguro que encontramos un buen momento esta noche para hablar de esos proyectos que tú y nosotros tenemos entre manos. Ahora al parecer somos competencia. —Sintió que Igory le

cogía la mano.

Mary Kate resbaló su mano enseguida para apartarla de él.

—No habrá ningún buen momento porque no pienso hablar de proyectos contigo —respondió y vio cómo Igory tensaba la mandíbula.

—Ya no soy necesario para tu carrera, ¿verdad? Y por eso me hablas así. —Rápido cambió el tono de voz a uno que ella recordaba muy bien.

Empieza su juego.

Y esa vez su estómago consiguió encogerse levemente mientras su cuerpo recordaba aquella sensación angustiosa donde las piernas comenzaban a temblar con el miedo de dar un solo paso en falso.

Los ojos le brillaron de inmediato.

—Sigues sin entenderlo. —Le salió la voz en un susurro.

—¿Que solo me querías para tus fines? —Igory se acercó a ella y se inclinó en su hombro—. Todos me lo decían, pero yo confiaba en ti. Y al final… —negó con la cabeza—, me has abandonado. Con lo cual, es cierto, solo me querías para tu conveniencia.

Mary Kate negó con la cabeza.

—Es lo que demuestra tu forma de actuar —añadió él—. Es lo que estás demostrando hoy. —Bajó la mirada hasta la mano de la joven y la rozó con la suya, ella la apartó de inmediato—. ¿Ves? ¿Eso es lo que me merezco?

Ella alzó los ojos para mirarlo y sintió con fuerza aquella máquina especialista en darle la vuelta a todo, como siempre, para que ella fuese la culpable y él tan solo diese pena. Una vez más, aunque fuese semanas después, aunque ella hubiese estado en la otra punta del mundo, aunque hubiese andado entre leones, aunque hubiese escalado árboles y bordeado serpientes.

No, Igory.

Ya no iba a funcionar con ella.

—Claro que es lo que te mereces —respondió tranquila—. Pero no tiene nada que ver con tu productora.

Volvió a ver cómo la mandíbula de Igory se apretaba.

—No sabes apreciar lo que tienes y cuando te des cuenta ya será demasiado tarde —replicó él y su tono de voz iba cambiando poco a poco a uno más conocido para ella.

Ella asintió con la cabeza.

—No, no lo veía. Y si alguna vez hice por verlo intentaba taparlo todo el tiempo, como si así lo pudiese hacer desaparecer —volvió a negar con la cabeza—. Y claro que me di cuenta tarde. Cuando ya estaba al borde de la ruina.

—Si me lo dices por el dinero que me prestaste para mis proyectos, vas a tener de vuelta cada céntimo. —La ira de Igory desbordaba en cada palabra.

—La ruina la tenía yo por dentro —le dijo ella con rapidez—. Pero me encantaría que me devolvieses cada libra que puse en tus proyectos.

—Yo no tengo la culpa de que seas débil e inestable. —Se inclinó más hacia ella, tanto que Mary Kate dio un paso atrás para guardar distancia de nuevo—. Ni infantil, ni variable. Y estoy harto de tus rabietas de niña rica y soberbia.

Mary Kate se alisó la falda del vestido con una mano.

—En todo este tiempo no te has preocupado ni siquiera en conocerme. —Contuvo la respiración y alzó la mirada hacia Igory. No sabía muy bien qué le atrajo un día de él. Pero estaba claro que ahora no tenía ni un ápice de lo que le gustaba en los hombres—. Solo viste en mí a alguien… domesticable.

Igory negaba con la cabeza como si fuese una locura absoluta todo lo que estaba escuchando.

—Me decepciona por momentos que pienses así —le dijo lleno de rabia.

—No me preocupa. —Volvió a apartarse de él, esa vez para acabar la conversación y darle la espalda.

—Maldita soberbia estúpida, ahora crees que eres la digna señorita Lyon y sin el dinero de tu padre no serías capaz ni de firmar una letra de un teléfono.

Mary Kate se detuvo y cerró los ojos. Alzó la barbilla para coger aire.

Una sola razón. No merece la pena ni que te aceleres por este tío.

Expulsó el aire de golpe por la boca.

—Pero pronto, en cuanto presentes lo que sea que estés preparando de tu safari por la sabana, todo el mundo sabrá que no eres más que humo. Débil, inútil, que solo sabe llorar y se queja por todo. Y cuando decepciones a todos los que te rodean no pienses que voy a estar aquí para recogerte de nuevo y aguantar tus paranoias existenciales de las narices.

Se giró enseguida para mirar a Igory.

—Hay montones de mujeres mejores que tú. De hecho, no tardamos ni dos días en sustituirte en la empresa. —Hasta sonrió al decirle eso—. Prescindible —añadió—, demasiado prescindible. Ni siquiera allí podría hacerte ya un hueco.

Mary Kate frunció el ceño.

—¿Todavía sigues pensando que se me va pasar por la cabeza buscarte a ti o a ninguno de los Ramson? —Le hacía hasta gracia verlo tan convencido.

—Cuando te dejemos sin proyecto —respondió él. —Porque vamos a dejarte sin proyecto —añadió.

Mary Kate se tomó unos instantes atenta a su propio cuerpo.

Igory había pasado por un intento de convencerla de que era el buen joven despechado, de que ella era la que tenía el problema y era culpable de todo, luego pasó al insulto y al desprestigio, a hacerla ver inferior e inútil. Y ahora a la amenaza.

Y le estaba resbalando de punta a punta, porque su cuerpo seguía intacto.

No sabía si era por la cercanía de su familia, de las unicornios, del propio Marlowe, o era que ella de verdad había vuelto a ser un león. Más león que nunca.

—Al demonio el proyecto, nunca volvería a una jaula.

Y vio la frustración absoluta y la ira en el rostro de Igory Ramson.

—Al demonio el proyecto —era la voz de Basilia—, eso es algo que me esperaba de alguien como ella. —Mary Kate se giró y vio que la mujer daba un paso hacia ella—. Abandonar sin importar lo que hayan apostado otros. Por eso nunca accedí a darte ningún trabajo importante. No tienes el más mínimo espíritu de lucha.

—No tiene ni idea, señora Ramson. —Se apartó de Basilia también y pudo ver con el rabillo del ojo cómo el hermano de Igory se acercaba a tía Natalia, que miraba por la barandilla. Él la miraba de abajo a arriba para luego retirarse con rapidez y volverla a mirar a media distancia, inclinándose y todo para volverla a mirar con movimientos un tanto torpes.

Madre mía.

—Que no eres competencia para nosotros está claro —añadió Basilia y Mary Kate volvió a mirarla a ella—. Al menos lo aceptas, ¿no? Porque ya habrás descubierto que sola no eres capaz ni de sostener una cámara sin temblar ni llorar.

—No sé si esa costumbre de entrar en las conversaciones que su hijo tiene conmigo es porque no se fía de que sea demasiado imbécil como para debatir por él solo —le soltó y vio cómo hasta el cuerpo de Basilia se sobresaltó.

—Estás muy subidita, ¿no? Por fin das de sí lo que eres —respondió Basilia y su hijo enseguida le agarró del brazo.

—Eso mismo le estaba diciendo —dijo Igory en un intento, como siempre, de que su familia arremetiese contra ella y así acorralarla.

—¿Ahora te crees mejor que nosotros? —Esa vez fue el padre de Igory, que se colocó junto a su mujer mientras su hija los rodeó como un satélite para no perderse detalle.

—Si soy mejor o no, no lo va a decidir ni tu madre ni yo —dijo Mary Kate—. Lo veremos en poco tiempo.

Dio un paso atrás para retirarse de ellos y sintió que Igory le agarraba de nuevo la muñeca.

—No quiero enfrentamientos. —Igory se inclinó en su hombro, sin soltarle la mano para hablarle—. Pero pareces dispuesta.

No, tú quieres que yo solo calle y llore.

Miró a Igory y volvió a liberar su mano de él.

—Yo tampoco quiero enfrentamientos. Pero si parezco dispuesta es porque estoy absolutamente dispuesta a no permitir que ni tú ni todos estos que vienen contigo volváis a hacer lo que solíais hacer conmigo —Mary Kate negó con la cabeza—. No solo se acabó lo que tenía

contigo. También se acabaron las consecuencias.

Miró tras de sí al resto de los Ramson.

—Se acabaron las pesadillas —añadió volviendo a mirar a Igory mientras se alejaba de ellos —. Casi lo consigues —le dijo a Igory—. Te faltó muy poco para hacerlo.

Romper del todo al león.

Vio cómo la mandíbula de Igory se tensaba.

—Y mi collar, ¿dónde lo tienes? —Sus palabras hicieron que se girase hacia él.

—Eso, el collar que te compró mi hijo —dijo el padre de Igory.

—Está donde es útil —respondió enseguida—. Pero en cuanto me devuelvas mi dinero, te lo haré llegar. No creo que llegue ni a la cuarta parte de lo que me debes.

—Será soberbia, engreída y estúpida. —Oyó a decir a Basilia. Pero ya estaba dispuesta a irse y acabar con aquello.

Pero su cuerpo se chocó contra algo al girarse. Nada que ver a cuando se chocaba contra el cuerpo de Laurence Marlowe, esa vez era sobre algo más flexible y abatible, frágil y con menos estabilidad.

Rodeó la fina cintura de Irina Yadav y por un momento pensó que la mujer caería al suelo.

Sabía que a Irina no se le podía tocar de ningún modo, pero no había otra forma de no dejarla caer. Esperaba que le perdonase el gesto.

—¿Señorita Lyon? —Hasta en su rostro le notó una leve expresión de desconcierto de haber recibido el impacto—. Qué fuerza en la inercia —añadió recuperando el equilibrio sujetándose en el hombro de Mary Kate. Pero Irina no tardó en mirar a los Ramson en cuanto recuperó el equilibrio—. Señora Ramson.

Uffff. Qué oportuna y qué te quiero, Irina.

Hasta le brillaron los ojos al oír nombrar a Basilia. Aún no había soltado del todo la cintura de Irina.

—Debería prestar más atención a su otro hijo, que es evidente que ha empezado la fiesta por su cuenta hace varias horas y puede dar espectáculos lamentables con señoras o señoritas, como el que en unos instantes dará con la señora tía de Miss Lyon, que no es que suela tener mucha paciencia con sujetos de ese tipo.

Basilia estiró las cejas tanto que hasta se le hicieron leves pliegues en la frente.

—¿Perdone? —dijo Basilia absolutamente ofendida.

—Que su hijo está completamente borracho y solo sabe buscar con los ojos y con gran descaro la abertura del vestido de Natalia Valkyrie. Y además de ser una mujer casada con un hombre entrenado en servicios secretos, no es una mujer que se vaya a quedar callada ni indefensa ante tal falta de respeto. Mándelo a casa y ahórrese disgustos, bochorno y alguna denuncia.

Es que Irina es muuuu grande.

Apretó los labios para no sonreír.

—¿Pero qué está diciendo usted de mi hijo? —La ofensa de Basilia iba a más. Conociéndola sabía que no era fácil hacer callar y retroceder a Basilia, aún menos con aquel ímpetu de esconder cada falta y defecto de su familia falsamente perfecta.

Pero si lo necesitas más claro, Irina te lo dirá más claro.

—Que aunque pueda controlarlo cuando está sobrio, la realidad sale cuando bebe. Y a su hijo le pierden las mujeres de una manera que lleva a problemas. De la misma manera que le pasa a su marido y por eso no se puede separar de usted más de metro y medio en las fiestas. Porque necesita controlar la copa que no debe y le cree un problema más de tantos como llevará a cuestas.

Hostiaaaaaas.

Basilia lanzó una mirada a Mary Kate, como si ella fuese la culpable de las palabras Irina. Y la joven sintió que aunque no lo fuera en absoluto, le hubiese encantado serlo. Todo por verles aquellas caras.

—¿Estas son tus nuevas amistades? —le preguntó Basilia a ella.

—¿Amistad? No, en absoluto. —Fue Irina la que respondió—. Yo no tengo amigos.

—Es usted una soberbia —le soltó Basilia.

—Esa es la razón por la que no tengo amigos. —Irina estaba tranquila y tan fresca como siempre, pero a Mary Kate le costó no reír.

Basilia negó con la cabeza y se alejó de ambas.

—Se le olvida su hijo, sigue tras la señora Valkyrie —añadió Irina aunque Basilia iba ya lejos de ellas. Irina miró a Igory, que era el último en retirarse—. Mi consejo es que huya ahora, señor Ramson.

—Ya la conozco y no me da ningún miedo la sarta de estupideces que suelta para faltar al respeto —le respondió él.

—No le he dicho en ningún momento que deba huir de mí —replicó Irina.

—¿Entonces de quién? ¿De ese gilipollas de la selva? —Igory miró a Mary Kate enseguida.

—No se te ocurra decir ni una mala palabra. —Mary Kate rodeó a Irina para llegar a Igory y avanzó hasta ponerse delante de él—. No se te ocurra ni siquiera nombrar a Laurence Marlowe.

Los ojos de Igory se abrieron enormes y la miró como si ella estuviese loca.

—Con lo de huir me refería a los leones, señor Ramson —dijo Irina apartándose. Mary Kate pudo ver a Christopher Lyon, que se acercaba a ellos a toda velocidad.

Pero Igory no parecía haberlo visto siquiera. Seguía con la mirada fija en Mary Kate.

—¿Te lo estás follando? ¿Eso es lo que pasa? Después del tiempo que llevábamos, ¿eso lo que has tardado en follarte a otro? —Alzó la voz tanto que Mary Kate recordó aquellos otros

tiempos en los que a Igory le daba exactamente igual dejarla en el estado que fuera delante de la gente.

—Señor Ramson. —Irina fue más rápida que ella al responder—. La señorita Lyon no le tiene que dar cuentas de sus copulaciones, ni a usted ni a nadie. —Irina detenía a su padre poniéndole una mano en el hombro y con rapidez el tío Erik lo apartaba de allí.

—Claro que sí que es eso, ¿verdad, Mary Kate? —Igory no parecía escuchar a nadie ni ver a nadie que no fuese a ella.

—No —se apresuró a responder ella.

Igory se inclinó hacia Mary Kate.

—Además de una desagradecida, eres una zorra.

—No te voy a consentir ni un insulto.

—Pues llama a tu gorila. —Igory dio un paso atrás alejándose de ella—. ¡Puta! —Y algunos invitados se giraron al oírlo.

Dios míos, qué vergüenza.

La cara se le emblanqueció de inmediato al oír aquellos insultos.

—¡Zorra! —Igory la insultó más alto al ver que ahora sí había encontrado algo que la aterraba —. ¿Te has ido a la selva a hacer un trabajo? —Igory rio—. ¿O a qué has ido? Pedazo de puta.

La música se alzó de manera considerable, supuso que la varita de su tía tendría algo que ver.

Vio que su padre volvía a acercarse, él sí lo habría escuchado, pero Irina alzó una mano para que se detuviese. Luego Irina se giró para mirar a Igory, encogiéndose levemente de hombros. Como si hubiese sido una pena que no escuchase sus advertencias.

Un gesto que Mary Kate no llegó a entender.

Se sobresaltó al ver cómo el cuerpo enorme de Laurence Marlowe se interponía entre ella e Igory Ramson y este ascendió en altura en décimas de segundo cogido por la levita y quizás también por parte de la camisa.

Sin mediar una sola palabra, Marlowe lo había levantado del suelo y lo transportó hacia una esquina, dejándolo nuevamente en el suelo, pero con los pies dentro de un semicírculo de piedra que parecía un macetero.

Marlowe se apartó de él, Igory lo miraba algo asustado, pero sin entender bien qué acababa de pasar.

Basilia y el resto de la familia llegaron a ellos de inmediato.

—¿Pero qué demonios…?

No pudo acabar la frase, a unos centímetros de la cabeza de Igory, la boca de un pez de piedra comenzó a echar un chorro de agua emitiendo luces y destellos, cayendo al completo sobre Igory.

Mary Kate se llevó la mano a la frente.

—Bien, Vicky. —Oyó la voz de su padre, que seguía junto a Irina.

—Es que menudo pase me ha hecho Marlowe. —Oyó la voz de tía Vicky, seguramente el tío Erik la tapaba. El caudal de agua aumentó tanto que Igory tuvo que escabullirse para salir de él.

Él señaló enseguida a Marlowe.

—Te vas a arrepentir de esto —le dijo.

Marlowe negó con la cabeza tranquilo.

—¿Cómo te atreves, pedazo de bestia sin modales? —Basilia ayudaba a su hijo a salir del semicírculo que recogía el agua del chorro hacia el mecanismo que ascendía de nuevo para volver a salir.

—A mis leones, señora, —le respondió Marlowe—, del primero al último, no los toca nadie.

Mary Kate contuvo la respiración mientras el vello se le erizaba.

Blake los rebasó a todos para acercarse a los Ramson.

—Vaya, lamento que se haya accionado la fuente. Van a acompañarlos ahora mismo a la salida para que su hijo no esté mucho tiempo mojado con este frío.

—Y acuérdese de llevarse a su otro hijo —intervino Irina y Mary Kate vio cómo hasta su propio padre giró la cabeza para reír.

Basilia apartó a Blake de un manotazo al pasar junto a él.

—No tendríamos que haber venido sabiendo cómo se las gasta la gentuza —dijo el señor Ramson.

—Qué poca vergüenza —añadió la hermana de Igory.

—Le llegará la denuncia —dijo el padre de Igory a Blake antes de alejarse con la comitiva Ramson y Blake asintió con la cabeza.

Blake se giró enseguida para mirarlos a ellos.

—Mira que me dais trabajo, eh —les dijo y se oyó la risa de tío Erik.

Mary Kate miró de reojo a Marlowe, ni siquiera se había despeinado un ápice.

—Señores, a la primera botella de champán invito yo. —Oyó la voz de su padre—. Que sean tres mejor —añadió y Vicky empezó a reír.

Marlowe miró a la tía Vicky, que había alzado la varita.

—Magia del mundo real. —Le guiñó un ojo y Marlowe contuvo la sonrisa.

—Qué sincronización —dijo Stoker riendo, acababa de llegar a ellos.

Vio a su padre girar la cabeza para mirar a Irina.

—Tiene que aceptarlo, señor Lyon.

—¿El qué?

—El delegar.

Su padre frunció el ceño al escuchar a Irina, ella ya se retiraba de ellos.

—Gracias —le dijo su padre, pero ella ni se giró.

—Irina —gritó Vicky—. Eres una crack.

—No pienso estar soportándola toda la noche, señora Caruso —respondió Irina y todos rompieron en carcajadas.

Mary Kate vio que su padre se había movido de donde estaba y había dado unos pasos hacia Marlowe. Quiso disimular y que ellos dos no la viesen pendiente, así que se alejó con disimulo.

—Ahora solo queda disfrutar —le dijo tía Natalia.

Vicky se abrió paso tras Natalia con los ojos muy abiertos.

—¿Os habéis dado cuenta de lo poco que nos han durado los ogros esta vez? —dijo—. Somos cada vez mejores.

Natalia la miró de reojo y negó con la cabeza.

Mary Kate echó una mirada hacia la dirección por dónde se había ido Irina.

—¿Por qué ella se ha metido? —preguntó y vio que su madre contuvo la sonrisa.

—Es Irina, hace lo que le da la gana —respondió tía Mayte.

Mary Kate negó con la cabeza.

—Quería ayudarme. —La divisó a lo lejos a un par de metros de su marido mientras él saludaba a un matrimonio—. No es como las otras veces. —Hasta le había dejado tocarla más allá de sujetarla para que no cayese al suelo. Irina Yadav, la extraña Irina Yadav.

No le convencía no buscarle explicación porque fuese difícil encontrar una explicación para Irina. Se retiró de su madre y de sus tías y se dirigió hacia donde se encontraba Irina, esta la vio aun de lejos y la vio tensarse y acercarse a la baranda. Irina volvía a ser lo fría y distante de siempre.

Mary Kate apresuró el paso.

—Señora Larsson —le dijo. La mujer había dejado caer los antebrazos en la baranda esperando que empezase el espectáculo que seguramente se estaba preparando fuera de la vista en aquel agujero negro.

—Tampoco pienso estar soportándola a usted toda la noche —le dijo antes de que pudiese abrir la boca—. No tiene que darme las gracias si es a lo que viene.

Grosera y desagradable, nada nuevo ni diferente.

Mary Kate contuvo la sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque es lo que hago siempre. Es lo que a su tía le gusta de mí, ¿no? —respondió y Mary Kate negó con la cabeza.

—Ha impedido que mi padre intervenga, y lo ha hecho dos veces. —Ella apoyó un antebrazo en la barandilla, solo uno para seguir frente a Irina, aunque a Irina la tuviese de perfil sin ni siquiera mirarla—. No es lo que usted hace siempre.

Irina se limitaba a hablar, a soltar, no interfería en nada personal.

Irina guardó silencio. La luz iba bajando suavemente hasta que todo quedó a oscuras.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo Mary Kate.

—Porque usted ya no lo necesita.

Mary Kate frunció el ceño.

—Pero ha tenido que intervenir Marlowe para parar los insultos—dijo Mary Kate.

—Y el señor Marlowe ha sido muy efectivo.

Mary Kate bajó la barbilla para reír.

—Suele serlo, sí —respondió a Irina.

Comenzó la música, una música navideña, pero tocada con la fuerza de la música épica. La luz de «Misters» se hizo intensa y brillante.

—Pero he necesitado ayuda de todos modos, no lo he hecho sola —le dijo a Irina.

Más luz, la cortina se abría.

La tía Vicky nunca decepcionaba.

Bailarines con uniformes de soltado rojos y verdes, la misma apariencia de aquellos muñecos que adornaban las calles navideñas.

Mary Kate alzó la mirada, conocía a su tía bien. Y allí estaba el enramado de bandas para el vuelo de los ángeles. En cuanto un coro se sumó a la música, las bandas se tensaron. Y ellos no tardaron en aparecer.

—Señorita Lyon. —Irina ya no parecería sorprenderse de nada que viniese de la tía Vicky a pesar de lo que se podía escuchar alrededor del resto de invitados—. Hay una absurda creencia que dice que cuando te fortaleces no necesitas a nadie. —Irina inclinó la cabeza para mirar hacia el final de las escalinatas donde se había encendido un foco—. Y no es cierto, da igual que sea una amiga, un hermano, una madre, un hijo, un padre, una pareja… No es ninguna debilidad. —Las voces del coro ascendieron, y la purpurina empezó a ser como una fina lluvia—. Al contrario, a veces por la gente que te rodea sacas una fuerza que no tendrías estando solo.

La música ascendió en ritmo junto con aquel coro y el efecto en su cuerpo hizo que hasta tuviese que encoger los hombros. Irina ladeó la cabeza sin dejar de mirar los bailarines que ascendían escaleras arriba.

Donde acababan las escaleras y estaba la entrada a la sala inferior podían ver espirales de fuego que producían destellos, bengalas enormes que no dejaban de girar.

Vicky no decepcionaba nunca, por mucho que su padre y el resto dijesen que era un peligro dejarle el mando. En el fondo ellos mismos sabían que no.

Le brillaron los ojos enseguida mientras más espirales que desprendían fuego se encendían.

No decepcionar.

Contuvo a respiración.

—Señora Larsson. —Sabía que la escuchaba aunque no le dirigiese ni un instante la mirada

—. Usted tiene muchos lectores, infinitos por todo el mundo —añadió—, y usted sabe bien qué significa cada nueva publicación para ellos... —Tuvo que detenerse, uno de los ángeles rozó con las alas la cabeza de Irina, estaban bajando en altura, descendiendo hasta apenas unos metros por encima de los bailarines—. ¿Cómo hace para no decepcionar a nadie?

—Señorita Lyon —más fuego y destellos—, a estas alturas sé muy bien que a mis lectores no puedes darles solo una novela —respondió Irina mientras regresaban los coros y la música ascendía—. Tengo que darles magia.

Notó cómo la piel se le erizaba, no sabía bien si por Irina o por aquella combinación perfecta de luces, purpurina, disfraces, música y danza.

Los espirales se fueron estirando y tomaron una nueva forma.

Bienvenidos.

Abrió la boca. Por eso el alza en altura de los invitados en el piso superior. Aquel espectáculo tenía que verse desde arriba y la escalera parecía un descenso a otro tipo de mundo.

Negó con la cabeza mientras la humedad de los ojos aumentaba.

Darles magia.

Y eso tendría que dar en el trabajo para que los Ramson no tuviesen opción de arrebatarle su proyecto.

Magia del mundo real. Sonrió y se llevó la mano tras el hombro izquierdo.

En cualquier faceta.

Fuese un espectáculo navideño, una novela, un proyecto documental o el día a día.

Algo explotó, parecía que el fuego iba a arrasarlo y que alcanzaría a los invitados, algunos hasta se apartaron de la barandilla, pero tan solo eran bandas de tela y más purpurinas.

Irina se quitó una del hombro.

Tita, ya te vale.

Su estómago rebotó en carcajadas.

Qué barbaridad.

—Señoras y señores. —Era la voz de tía Vicky entre la música. Enseguida tuvo que dirigir la mirada hacia las escaleras, descendía por ellas, seguida de los Misters a tan solo un par de metros. Marlowe y Hércules iban los últimos. Desde allí sí podían apreciarse bien aquellas alas de plumas que caían del vestido de tía Vicky hasta el suelo. Y la propia varita era el micro.

—Hoy está pletórica —dijo Irina y ella tuvo que contener la sonrisa.

—Bienvenidos a la fundación Misters. —La voz de tía Vicky de nuevo. Rompieron los aplausos y se oyó otra explosión, más fuego, esa vez en las letras Misters. Vicky llegaba abajo—. Vayan pasando —añadió, alzando una mano para que la siguieran, aunque apenas se la oía entre tanta ovación y la música, antes de meterse entre los ángeles blancos que acababan de alcanzar el suelo.

Vio a su tía apartarse la varita de la boca y alzarla mientras miraba hacia arriba. Lo que hizo que enseguida Mary Kate alzase la mirada también.

Regresaron sus carcajadas y ella misma acompañó los aplausos de los invitados.

Bajaba una cúpula de destello, como las típicas esferas de discoteca, pero que ocupaba gran parte del techo mientras caían pequeños globos transparentes rellenos de plumas y más purpurina. Una lluvia sobre los invitados que iban accediendo a la escalinata.

Y ahora empezaba a entender lo de limitar los colores. Los invitados se mimetizaban con los colores de los bailarines y con aquel espectáculo sin desentonar en aquel mundo particular en el que iba a tener desarrollo la fiesta.

Los primeros invitados detuvieron a Blake, mucho se temía que no lo dejarían en paz en toda la noche. Quizás era la razón por la que Byron se fue a un extremo de la escalera, alejado de bailarines y de invitados.

Pobre, vaya noche que le espera.

La música acababa, y comenzaron las notas de una canción mucho más alegre, ya nada épica. Lo que venía a ser el inminente principio de una fiesta.

Más lluvia de plumas y una hilera de camareros repartiendo los primeros kit de copas.

Irina no se había movido de la barandilla, ni ella de su lado. No había terminado su conversación con ella. Así que se dejó caer con la misma postura que Irina en la barandilla mientras comenzaba el pase de invitados a la planta baja.

Desde allí podía comprobar que Stoker y Blake eran las caras de la fundación para los benefactores, que Wilde a ratos se escondía tras el hombro de Hércules para reír. Que Byron se alejaba lo más posible. Y que Marlowe simplemente pasaba de todo.

—Señora Larsson, ¿puedo…? —Ladeó la cabeza mirando a Marlowe.

—Le adelanto que no me gustan las conversaciones profundas, y me incomodan sobre manera los dilemas personales ajenos, así que sea breve —la cortó Irina.

Mary Kate entornó los ojos mientras cerraba la boca, suspiró y volvió a mirar hacia Marlowe. Hasta en aquella distancia y con los focos podía apreciarle aquella forma felina en los párpados y la transparencia de sus iris. El cuello blanco impoluto de la camisa resaltaba aquel tono dorado en su piel.

—¿Y si los protagonistas de sus novelas existieran de verdad? —Contuvo la respiración al decirlo. Alzó la barbilla y bajó los párpados para no dejar de mirar a Marlowe—. Habría alguna manera de… —espiró el aire—, huir de ellos, de lo que producen, de lo que hacen sentir, superarlos, olvidarlos, poder encontrar el amor en otra parte… —Cogió aire de nuevo por la boca.

—Los protagonistas de mis novelas no existen en el mundo real —respondió Irina—. Pero a veces sí —añadió y el cuerpo de Mary Kate se sobresaltó mirando con rapidez a Irina—. Ningún

hombre en el mundo real va a aparecer como si estuviese diseñado por una escritora de romance, y ningún protagonista de mis novelas de romance están diseñados por sí solos. —Las palabras de Irina hicieron que frunciese el ceño—. Es mucho más simple. —Irina movió el dedo índice—. Los protagonistas de mis novelas están formados por un conjunto de elementos que van encajando a la perfección en cada hueco que tienen mis protagonistas femeninas. Imagina en el mundo real que todas sus piezas, hasta las más pequeñas, van encajando en cada uno de tus huecos, hasta en los que ni siquiera prestaste atención o no les dabas importancia. Es ahí donde te convences de que no quieres otra cosa en tu vida. En ese sentido, claro que existen mis protagonistas en el mundo real. Muchos. Y no hay forma de huir de ellos, ni de lo que producen, ni de superarlos ni olvidarlos. No puedes hacer nada.

Mary Kate miró de reojo a Marlowe de nuevo.

—No se culpe por enamorarse del señor Marlowe —añadió Irina Yadav, y Mary Kate tuvo que tragar saliva.

—Claro que me culpo, soy imbécil por pensar que… —La tirantez de la garganta aumentó.

—Usted no tenía más opciones —replicó Irina.

—¿No? ¿Por qué? —Se sorbió la nariz.

Irina se retiró de la barandilla irguiéndose, seguramente ya querría marcharse, dio unos paso y se detuvo junto al hombro de Mary Kate.

—Porque él hubiese sido el protagonista que yo hubiese diseñado en una historia que protagonizase Mary Kate Lyon —respondió Irina.

Mary Kate contuvo la respiración mientras Irina se alejaba de ella. Cerró los ojos y suspiró. Abrió los ojos y frunció el ceño.

—Eso decía yo, que no tenía opciones —murmuró aunque ya no había nadie a su lado, mientras se colocaba de nuevo en la barandilla buscando a Marlowe con la mirada.

¿Quiénes son las dos arpías esas?

Hasta se alzó con la punta de los pies en la barandilla para ver a dos jóvenes que estaban en la segunda fila de Misters, donde estaba Marlowe.

Tampoco las culpaba, menudo espectáculo.

Eso no se ve todos los días, ¿verdad?

Puso el codo en la barandilla y se sujetó la barbilla con la mano.

—Me vuelves a recordar a Clock. —La voz de su hermana se cruzó con la risa de su madre.

—Yo ya me he cansado de ser hada madrina, ahora quiero ser bruja. —La tía Vicky se abrió paso tras Natalia—. Natalia, ¿cómo le espantamos esas dos a Marlowe?

Mary Kate se tapó la cara para reír.

—¿Por qué me preguntas a mí? Yo qué sé —respondió Natalia y Mayte y su madre rompieron en carcajadas.

—¿Ya no lo recuerdas? —dijo Vicky y Natalia la empujó con el hombro.

Vicky se puso al lado de ella y miró al techo.

—Has estado muy bien con los Ramson. —Alzó la mano con la varita y las luces se encendieron.

La lluvia de plumas y purpurina aumentó.

—Eso no va a funcionar, Vicky —decía su madre entre risas.

Marlowe se apartó del caudal de lo que estaba cayendo, pero las chicas lo hicieron con él. Una de ellas hasta le puso una mano en el pecho a Marlowe para empujarlo algo más y luego acercarse a él. O más bien pegarse a él.

—Ha sido peor —dijo tía Mayte.

—Pufff. —Tenía a Michelle al otro lado.

—No me pidáis que sea infalible —dijo Vicky riendo—. A ver… —Se inclinó hacia Mary Kate y su madre se abrió hueco entre las dos.

Tía Mayte se colocó tras Michelle y Natalia tras Vicky.

—Vamos a ser claras, ¿vale? Del uno al diez, siendo el uno que no te gusta nada, el cinco es guapo, pero nada más y el diez que estás perdidamente enamorada. Del uno al diez siendo el uno lo dejamos pasar y el diez ese no se te escapa en la vida.

Mary Kate bajó la cabeza y negó con ella, contener la sonrisa con la tía Vicky era complicado.

—El diez. —Fue su hermana la que respondió por ella.

Mary Kate se giró para darle la espalda a la barandilla y hasta a aquellas dos jóvenes guapas que se habían acercado a Marlowe para mirarlas a ellas.

—Fue Irina, ¿verdad? —les preguntó—. Fue Irina. —Ya no tenía dudas.

Mayte y Natalia se miraron. Claudia le puso la mano en el hombro.

—Irina hizo un comentario en la boda de tu hermana, o más bien una advertencia a Marlowe de que tuviese cuidado con los leones o algo así. —Su madre miró a Natalia, pero Mayte puso la mano entre las dos.

—Fue una especie de mensaje a Natalia —dijo Mayte y la joven asintió despacio con la cabeza.

Luego se giró un instante para mirar abajo, allí seguían las dos lapas pegadas a Marlowe, que se había retirado de ellas considerablemente.

—Pero ella no contaba con que además de mi protagonista, lo sería de decenas más —suspiró.

—¿Y? —preguntó Vicky mordiéndose la lengua y dándole a la varita—. Lo que importa es quién es la protagonista de él.

Se oyó una explosión y hasta Mary Kate se sobresaltó, cayeron más cosas del techo. Una de

las jóvenes se agarró a Marlowe, como si se hubiese dado el susto de su vida.

—Tía —le dijo su madre—, aunque quieras no puedes ser bruja, lo tuyo es ser hada madrina.

Michelle rompió en carcajadas. Natalia apoyó una mano en la barandilla.

—Baja y te llevas a Marlowe de ahí, porque no se van a ir y lo van a seguir a donde vaya —dijo Natalia.

Mary Kate negó con la cabeza.

—Llevo semanas pegada a Marlowe…

—Como debe de ser —la cortó Vicky y Natalia le dio un manotazo.

—Cállate ya. —Acompañó al manotazo.

Ambas miraron a Mary Kate de nuevo.

—Llevo semanas pegada a Marlowe y aquí no hay serpientes ni… bichos voladores que hacen zumbidos de abejorros, ni nada por lo que tenga que agarrarme a él ni subirme a él. —Los ojos de tía Vicky se abrieron como platos.

—¿Cómo que no? Baja, que voy a explotar todo lo que hay ahí arriba —dijo con rapidez y Claudia se tapó la boca dando carcajadas hacia la barandilla.

—Lo que quiero decir es… —Encogió el hombro al sentir la barbilla de su hermana y ladeó la cabeza para rozar su sien con la de ella. Ya hasta se le estaban pegando los gestos de Maya. Michelle le rodeó la cintura—. Que me propuse ser independiente y ahora no me separo de él.

Vicky movió la mano en el aire.

—Te lo digo yo, que tengo ya muchos años —dijo—. Eso no es dependencia. Eso es calentura —soltó y esa vez fue tía Mayte la que se fue dando carcajadas hacia la barandilla.

Mary Kate bajó la cabeza para reír también. Luego la alzó y miró hacia Marlowe, se llenó de aire y lo soltó al entero.

—¿Del uno al diez? —preguntó tía Vicky de nuevo.

—Diez. —No se lo pensó ni un segundo.

—Pues baja ahí y quita a ese hombre del mercado ahora mismo —respondió tía Vicky.

Más risas de su madre de fondo.

—Señora, buenas noches. —Mary Kate se sobresaltó con la voz de un hombre. Vio a tía Natalia girar la cabeza hacia su derecha, allí había un hombre de edad similar a su padre, acompañado de varios más—. ¿Vienen solas?

—No, caballero. Vayan circulando hacia la escalera. —La respuesta de su tía fue inmediata.

—Disculpe, buenas noches. —Los hombres se retiraron enseguida de ellas hacia la escalera.

Su madre volvió a reír en la barandilla. Mary Kate tuvo que reír también y notaba en el hombro que el cuerpo de su hermana rebotaba.

La cruz de su tía con los hombres en las fiestas era algo que según decían venía desde años atrás. Y había podido comprobar en el depravado del hermano de Igory su fijación con los

muslos de tía Natalia. Unos muslos que a pesar de los años seguían fuertes y apretados. Cada vez que hacía los ejercicios en la sabana recordaba a sus tíos Erik y Natalia.

Vicky miró la parte de abajo del vestido de Natalia.

—Yo te dije que esa abertura…, señora Valkyrie. —Vicky se llevó otro manotazo en el hombro.

Mary Kate alzó la mirada más allá del hombro de Natalia, a cierta distancia, una distancia considerable, pero no tanto como para perderla de vista, estaba el tío Erik junto al tío Andrea y recordó las palabras de Irina.

Su tía Natalia en su cabeza representaba la fuerza absoluta que pudiese tener una mujer. Pero aun así el tío Erik estaba pendiente por si aquella fuerza absoluta no era suficiente o algo se iba de las manos.

Algo así como hacían los leones en las cacerías. Eran las leonas las que cazaban y ellos solo intervenían si era necesario.

—Es curioso —dijo Mary Kate y ladeó la cabeza—, con Igory todo eran obligaciones y deberes absolutos respecto a él, es tu deber cuidarme, es tu obligación entenderme, es tu obligación escucharme, es tu deber... —Recordaba las consecuencias de cuando no estaba a la altura. Y la realidad era que a ojos de Igory nunca lo estaba—. Y para mi parecían objetivos imposibles, porque nunca los alcanzaría aunque me empeñase en ello, aunque para hacerlo mejor dejase de entenderme yo, de cuidarme yo, de escucharme yo —añadió.

Miró a Marlowe y sintió cómo Michelle le apretaba la cintura contra ella.

—Y ahora que mi única obligación es cuidarme, que es un deber escucharme y entenderme… —Contuvo la sonrisa cuando un foco giratorio lo alumbró haciendo su figura absolutamente celestial. No podía ser más guapo—. Estoy segura de que podría pasarme la vida escuchándolo a él, siguiéndolo a donde quisiera llegar, entendiendo cada cosa que hace y cuidándolo aunque no le haga falta.

Guardó el aire en el pecho.

—¿Porque es lo que él hace contigo? —dijo tía Natalia y los ojos se le llenaron de lágrimas de inmediato. No pudo ni responder.

Sintió el brazo de su madre cruzarse con el de su hermana tras su espalda y se dejó caer en ella.

—No quiero regresar a Londres, mamá —le dijo y lo de los ojos aumentó—. Nunca.

—¿Ni de visita? —preguntó su hermana con ironía.

—De visita, sí —le respondió ella a Michelle riendo a pesar de las lágrimas.

Tía Vicky empezó a apartar al resto.

—Todo esto es muy bonito —dijo y echó una mirada abajo, luego miró a Mary Kate—. Pero… ¿puedes bajar ya y quitar a ese hombre del mercado? Que en el escaparate a la gente se le

antoja.

Regresaron las risas. Mary Kate miró hacia donde estaba Marlowe.

—¿Bajar así sin más? —preguntó acercándose hacia la barandilla—. ¿Y luego qué?

—Engancharlo y llevártelo de ahí —le respondió su tía y su hermana rompió en carcajadas.

—Mi padre está ahí al lado con tío Damon. —A solo dos metros de Marlowe.

—Con lo todo lo que está haciendo ese muchacho —dijo su madre—, para papá Laurence Marlowe ahora mismo es dios. Así que tranquila.

Su hermana volvió a reír.

—Hércules dice que ya sabe quién va a ser su yerno favorito. —Su hermana hizo una mueca.

—¿Y si él no…?

—¿No, qué? —la cortó Natalia.

Mary Kate entornó los ojos hacia Marlowe esperando a que el foco volviese a él.

—Si no piensa lo mismo.

—Te he visto hablando con Irina —dijo tía Mayte asomándose también en la barandilla.

Mary Kate negó con la cabeza.

—Dice que Marlowe es el protagonista que ella hubiese diseñado para mi novela, pero eso no quiere decir que me hubiese diseñado a mí para él —respondió y sintió la barbilla de tía Mayte en su hombro.

—¿Y en qué momento en más de sesenta novelas Irina Yadav ha diseñado un protagonista que no esté completamente enamorado de su personaje principal? —respondió Mayte.

Giró enseguida la cabeza para mirar a tía Mayte. La sensación eléctrica y placentera que le provocaba todo lo que tuviese que ver con Laurence Marlowe se le extendió por el cuerpo con una consistencia que no había sentido nunca.

—Hermana. —Miró hacia el otro lado, donde estaba Michelle—. Uno de los mayores problemas era que Marlowe no admitía compañía ni solía aceptar a nadie cerca, mucho menos en su casa.

Mary Kate alzó las cejas.

—Y ya estamos viendo que tú tienes sitio para él en cualquier parte —añadió Michelle.

—¿Podéis dejar de entretenerla? Que las leonas están ya en manada ahí abajo —dijo tía Vicky volviéndolas a apartar de Mary Kate. La cogió por el encaje del vestido—. Bajas tú o te bajamos nosotras. Pero a por él.

Se enderezó y asintió a tía Vicky. Su hermana la empujó desde atrás y dio varios traspiés hasta que recuperó la estabilidad con aquellos tacones enormes.

—Érase una vez … —Su tía Vicky movió la varita riendo. Luego movió la mano en el aire para que no se entretuviese más.

Llegó hasta las escaleras y se detuvo un instante.

Lo de manada era cierto, ya no eran dos, eran cuatro.

Madre mía.

Y Marlowe ya no estaba en el sitio inicial, se había desplazado en un intento de escape que por lo visto no le había salido muy bien.

Comenzó a bajar las escaleras.

Yo salvando a Laurence Marlowe, quien lo diría.

Aunque tampoco es que fuese ninguna salvación. Sus intenciones no eran muy distintas a las de aquellas cuatro.

Contuvo la sonrisa. La pila de testosterona producía reacciones parecidas en todas.

Llegó hasta aquel cúmulo de olores varios, cada cuál más intenso. Marlowe sobresalía por una cabeza y parte del pecho a todas salvo a una, que era incluso más alta que ella.

—Buenas noches, señoritas —dijo abriéndose paso y algunas se apartaron. Las que no las tuvo que apartar ella.

Agarró la mano de Marlowe y tiró de él.

—Que disfruten de la fiesta —volvió a decirles llevándose a Marlowe de allí.

Pudo ver con el rabillo del ojo la risa de Wilde y de Anastasia que no andaban muy lejos.

Avanzó con él entre los invitados en la planta baja hasta que encontró un hueco para detenerse y ponerse frente a él y tuvo que contener la sonrisa al ver su expresión de desconcertado.

—Tengo que darte las gracias creo, ¿no?

—¿Por liberarte de una manada de fieras? No lo sé —respondió ella con ironía—. Lo mismo te he fastidiado la noche.

—No —sonrió.

Ella bajó la mirada hacia la pajarita de Marlowe, alguna de aquellas manilargas le habrían tocado y se la habían torcido. La agarró con las manos para ponerla bien.

—Pero yo sí tengo que darte las gracias a ti.

—De eso nada. Siento lo que te ha dicho —respondió él bajando la mirada también hacia sus manos.

Acabó de ponerle la pajarita bien.

—Lo que diga de mí ha dejado de tener importancia en mi vida —sonrió al decirlo.

—Pero sí lo tiene en la mía —replicó él enseguida.

Y el aire se le cortó de inmediato, notando como cada vez la sensación eléctrica pecho abajo se asentaba más en su cuerpo.

Llevó su mano hacia la cara de Marlowe y la presionó con ella.

Menudo león estás hecho.

Más corrientes la inundaron.

—Gracias. —Fue lo único que pudo decirle. Porque engancharle el cuello, comerle los labios, y decirle que lo amaba con locura no podía en ese momento. Bajó la mirada hacia el pequeño ramillete, tampoco había salido libre de aquella conversación entre mujeres.

Menudas lobas.

—No has comido —le dijo a Marlowe.

—No.

—Los leones no comen cuando abandonan —le dijo y Marlowe frunció el ceño.

—Tampoco es que me haya dado tiempo. —Su risa aumentó.

Alargó la mano y cogió la mano de Marlowe.

—Pues vamos. —Vio de refilón que aquellas jóvenes los seguían con la mirada.

Lo siento, chicas, pero este león ya tiene leona hoy. Y muerdo.

Apretó la mano de Marlowe y tiró de él para acercarse a las mesas.

41

Vicky se había sentado en aquel trono entre los palcos del sofá que estaban alrededor de la zona de baile.

—Esa reina —le dijo Claudia riendo.

—Pon aquí la botella, que hoy son de pago y desaparecen como en la boda de Michelle —dijo Vicky y Michelle se tapó la cara para reír.

Natalia dejó caer la cadera en el sillón de Vicky.

—Estas horas ya me matan —dijo sacando uno de sus pies del zapato.

Vicky negó con la cabeza.

—Y a mí. —Mayte se sentó en otro de los sillones.

—Que viejas estáis, coño —protestó Vicky y alzó la varita para bajar la luz de los palcos que rodeaban la pista.

—Eso, tú baja la luz. —Claudia se dejó caer en un sofá largo—. Que nos vamos a quedar dormidas.

Vicky cogió la botella de champán y se la puso junto a ella en el sillón, Mayte se encogió en el suyo para reír.

—Ahí viene tu marido, Claudia. La buena cara que trae —dijo Vicky y el cuerpo de Claudia empezó a botar de la risa.

—Papá. —Michelle alargó una mano hacia su padre en cuanto llegó a ellas y se la pasó por la espalda para dejarse caer en él—. Mira. —Se alzó de puntillas señalando la pista.

—Michelle, echa más palos al fuego, por si no los ha visto —murmuró Vicky y las carcajadas de Mayte se ahogaron en el respaldo del sillón.

—Todo el mundo me está preguntando si es mi nuevo yerno —dijo Christopher y esa vez la risa de Claudia sí se oyó.

Él echó una mirada fugaz hacia la pista.

—Sois unas liantas —protestó Lyon y el cuerpo de Claudia botó aún más, la risa ya empezaba a romper en lágrimas.

—No, no, díselo a Irina. —Vicky movido una mano en el aire.

Mayte se irguió en el sillón.

—Pues a mí me encanta —dijo Michelle—. Mi hermana volviendo a ser mi hermana de siempre.

El cuerpo de Christopher Lyon dio un respingo y miró a su hija.

—¿Tu hermana hacía eso siempre? —preguntó él alzando las cejas.

Claudia se dejó caer en el respaldo del sofá rota en carcajadas.

—Esta se ahoga hoy. —Mayte la abanicó con la mano.

—Papá, están bailando —replicó su hija.

—Pues será que yo no entiendo estos bailes modernos —murmuró su padre de nuevo.

—Qué antiguo eres, hijo —protestó Vicky.

Claudia se sorbió la nariz.

—Dios —dijo limpiándose las lágrimas.

Claudia se asomó para ver a Mary Kate y le dio un codazo a Mayte. Luego se inclinó hacia ella.

—Está negro porque la que se está pegando es la hija —le susurró y Mayte se giró para reír —. El muchacho no está haciendo absolutamente nada.

—Si, si, si, es solo ella. —No sabía cómo Vicky había podido enterarse, pero también se inclinó hacia Mayte.

Las tres miraron a Christopher Lyon y volvieron a reír.

Vicky se irguió en el sillón mirando a la pista.

—Veréis —dijo mordiéndose el labio y marcando con la cabeza el ritmo de la música.

Entornó los ojos y esperó a que Mary Kate volviese a acercarse a Marlowe, esa vez le rodeó el cuello y Vicky sonrió con malicia.

Esperó unos instantes más a que Mary Kate se acercase algo más a Marlowe.

—Ahora —susurró y le dio a la varita. La luz de la pista bajó tanto que quedó completamente oscura. Chris enseguida la miró.

—¿No te gusta lo que ves? —le dijo Vicky con el tono fresco que le caracterizaba—. Pues *solucionao*. Hoy soy dios, ya lo sabes.

La música bajaba también, lo que provocó que empezasen a oírse palmas y fuesen los propios invitados los que tatareasen la música.

—Enciende eso —le dijo Lyon.

—Nah —respondió ella y hasta Natalia se retiró del sillón para reír.

Vicky se echó para delante en el sillón.

—Pero vamos a ver, Chris —le dijo Vicky—, estamos en una fiesta familiar. Estás tú aquí, que no dejas de darle vueltas a la pista desde que se han puesto a bailar. En serio. ¿Qué crees que van a hacer ahí en medio? Ya sabes cómo es Marlowe de respetuoso.

Christopher dejó caer una mano en el respaldo del sofá en el que estaba Claudia.

—Si Marlowe no me preocupa en absoluto —respondió.

Las carcajadas de Claudia explotaron y debían de oírse desde la pista. Mayte volvió a echarle aire con la mano.

—Enciende eso —añadió Christopher y Claudia hundió la cara en el brazo de Mayte sin

dejar de rebotar.

Vicky volvió a morderse la lengua alzando la varita. Le dio a la ruleta. Fue tan rápida que la luz pareció un rayo al encenderse y apagarlo.

—Ups —dijo Vicky y miró a Christopher—. No has visto nada, ¿no? Mejor.

Esa vez la propia Natalia se separó del sillón a carcajada limpia. Claudia acercó su boca al oído de Mayte.

—¿En serio? —le preguntó, a ella no le había dado tiempo de mirar.

—No estaban ni cerca, le está vacilando —le respondió Mayte en otro susurro y Claudia esparció saliva en otra ristra de carcajadas.

—Es que estaba tan contento al principio cuando echaron a los Ramson… —La voz se le quebró y se sorbió la nariz—. Y cuanto más va pasando la noche… —No pudo ni acabar.

—Enciende ya. —La voz de Lyon esta vez sonó a orden.

—Me duele hasta la barriga —decía Claudia.

Michelle se había tapado la cara con ambas manos para reír.

Y Vicky esa vez obedeció. Si Mary Kate se había retirado de Marlowe, sería poco tiempo, porque volvía a estar agarrada a su cuello y bastante cerca. Hasta Claudia frunció el ceño al ver que no había hueco entre las dos siluetas de la nariz.

—Nos has hecho perdernos lo más interesante, Chris —dijo Vicky.

Christopher negaba con la cabeza.

Claudia miró a la derecha, a la entrada del palco. Irina subía los dos escalones silenciosa.

—Ahora sí, ya está el cuadro entero. —Oyó decir a Christopher Lyon y cogió aire para echarlo de golpe.

Irina lo miró de reojo.

—Señor Lyon —dijo Irina—. Observo que está usted disfrutando especialmente de esta fiesta a medida que van pasando las horas —dijo y se volvió a escuchar la risa de Natalia—. Además auguro que va a ser uno de los mayores benefactores de esta fundación —añadió Irina y Claudia rompió en carcajadas al ser consciente de que tendría que duplicar las partidas si había dos Misters en la familia.

—Me ahogo —murmuró Claudia sorbiendo la nariz.

—Espera, no te ahogues todavía —dijo Vicky y la música se cortó.

Cambió la luz a una más tenue y empezaron las notas de una canción más lenta. Vicky se puso en pie.

—Qué bonitooooo —dijo y las luces empezaron a agolparse para hacer un efecto de caída de lluvia.

Christopher le lanzó una mirada que hizo que hasta Irina tuviese que aparatarse, seguramente para reír también.

—Señor Lyon. —Era Irina de nuevo—. ¿Qué pega tiene Laurence Marlowe?

—Ninguna.

—Hércules dice que va a ser su yerno favorito —dijo Michelle con rapidez inclinándose hacia su padre.

—Para Hércules tampoco tengo ninguna pega —replicó el señor Lyon enseguida.

Michelle contuvo la sonrisa.

—Son muy altos, eso sí —añadió Lyon con cierta ironía y Claudia volvió a romper en carcajadas. Luego él miró a Irina—. Entiéndalo, soy su padre.

Irina asintió.

—Me consta que bastante bueno —dijo Irina y Michelle volvió a dejarse caer en él.

—Excelente —añadió su hija y recibió un beso en la sien.

—Pero su trabajo tal y como lo conoce está terminando y empieza otro diferente —le dijo Irina y Lyon guardó silencio.

—Mi trabajo tal y como lo conozco no lo he hecho bien con esa hija en concreto. —Para señalar a Mary Kate hizo un gesto con la barbilla.

—Deje de culparse por lo de los Ramson —respondió Irina enseguida y negó con la cabeza.

Lyon apretó los labios mientras Michelle le apretaba la cintura para abrazarlo más.

—Ya ha pasado, papá —le dijo Michelle.

—Señora Valkyrie, también lo digo por usted. —Irina miró a Natalia un instante y esta giró la cabeza y bajó la cabeza.

—A ella no le correspondía, a mi sí —dijo el señor Lyon.

—Tampoco le correspondía al señor Marlowe y lo ha solucionado —replicó Irina—. La familia, señor Lyon, tiene cercos difusos, nunca se sabe dónde empiezan y dónde acaban. Y la suya es enorme.

En la garganta de Christopher Lyon se apreció que había tragado de manera profunda.

Irina enseguida se apartó de él y movió la mano en el aire.

—No estoy aquí para ablandar a un hombre como usted, solo he venido a decirle que quizás si hablase con el señor Marlowe, se sentiría mucho mejor.

Irina se dirigió hacia la salida del palco.

—Que sigan disfrutando de la noche —añadió antes de bajar y marcharse.

Mayte la siguió con la mirada. Vicky ladeó la cabeza.

—Al final nos va a terminar queriendo y todo —dijo y Mayte sonrió.

—Seguramente ya nos quiera —dijo Natalia que al fin se sentó en el sofá.

Vicky se inclinó para mirar a Natalia de cerca.

—Te brillan los ojos, ¿has visto lo blanda que te pone cualquier cosa que te diga Irina?

Christopher negaba con la cabeza. Claudia miró de reojo el camino que había tomado Irina.

—No está tan… metralleta con nosotros, ¿no? —dijo—. Yo creo que sí, que ya nos quiere.

—Y ha salido a defender a Mary Kate como una bala —dijo Michelle sentándose también—. Le ha dado a Basilia para el pelo.

—Lo ha hecho también para frenar a Chris. —Natalia alzó la barbilla para estirar el cuello—. Y eso que ha dicho que el cerco de la familia es difuso…

Mayte sonrió.

Claudia miró a su marido.

—¿Vas a hablar con Marlowe?

—No, no —respondió él y rompieron las carcajadas de nuevo en toda ellas.

42

Michelle acababa de llegar con Anastasia, y Mary Kate y Mía se habían ido retirando de ellos hasta que él y Stoker quedaron relegados a un lado.

Stoker se inclinó en su hombro.

—Ya sobramos, ¿ves? —Tiró de su brazo para sacarlo de la pista. Lo siguió sin mucho ímpetu, donde lo llevase sería mucho peor que una pista de baile.

No sabía de dónde habían salido Wilde y a Blake, pero parecieron conocer el camino mejor que Stoker a donde fuese que iban. Se detuvieron donde había menos bullicio y enseguida los tres se giraron para mirarlo con ironía.

—Ustedes dos —los señaló a uno y al otro—. Para bailar no, pero para esto bien que os apuntáis.

—Es que no te he visto bailar desde… ¿nunca? —dijo Wilde.

—En las fiestas de la universidad —lo corrigió Stoker.

—Pero yo estaba muy borracho como para acordarme —respondió Wilde y empezaron a reír.

Marlowe sintió una presión en el hombro. Hércules lo rodeó por la derecha, poniéndole la mano luego en la nuca y dándole una leve palmada.

—Es la primera vez que veo a Marlowe feliz en una fiesta —dijo.

Marlowe se liberó de la mano de Hércules en su nuca, sabía que la siguiente palmada ya no sería tan leve. Dio un paso atrás cuando vio a Byron junto a Blake.

—Sabíamos que te gustaban los leones —dijo Stoker riendo—. Pero has superado nuestras expectativas. —Stoker dio otro paso hacia él y tuvo que recular una vez más.

—¿Ya me estáis acorralando? —preguntó Marlowe conteniendo la sonrisa.

Hércules volvió a pasarle la mano por los hombros.

—Pero tú no nos tienes miedo —le dijo su amigo y Blake rompió en carcajadas.

—La verdad es que no nos tiene miedo, míralo —dijo Byron riendo.

—¿Qué miedo os voy a tener a vosotros? —Empujó a Stoker, que rompió en carcajadas.

—Se nos ha enamorado el león. —Hércules fue cerrando el brazo que le rodeaba el cuello para pegarlo a él—. ¿Verdad?

Marlowe miró a Hércules sin responder ni una palabra.

—¿Quién iba a imaginarlo cuando hablábamos en el chat hace tiempo y tú me aconsejabas cosas cuerdas sobre Michelle Lyon mientras estos decían estupideces? —dijo su amigo y lo hizo sonreír.

—Y como es el único con coherencia, ¿os habéis fijado lo inútiles que hemos sido esta vez?

—dijo Blake y sonaron más risas.

—Si es que somos unos palurdos —dijo Stoker—. Yo por lo menos lo tengo asumido.

Más risas.

—¿Inútiles esta vez sobre qué? —Tuvo que decir Marlowe—. Si yo no tengo nada con Mary Kate Lyon. He hecho lo que se me pidió, tenerla en casa y ayudarle con el documental y con todo lo demás. Nada más. Y no sé qué demonios estoy viendo entre vosotros, ellas, y el señor Lyon cada vez más serio.

Las risas se detuvieron de golpe y todos quedaron serios mirándolo.

Blake lo señalaba con el dedo.

—Es verdad. —Su amigo frunció el ceño—. Mira que somos torpes.

—Cierto —dijo Stoker.

—Marlowe ha hecho todo lo que hemos dicho. —Wilde hizo una mueca—. Correcto siempre y oportuno, Marlowe.

—Corregimos. —Byron se abrió paso.

—Ayuda a Mary Kate con el documental, pero no dejes que esa mujer se te escape. —Wilde le dio un toque en el pecho.

Marlowe negó con la cabeza.

—¿Por qué? —les preguntó.

—Porque te encanta —respondió Stoker.

—Porque en concreto con ella puedes vivir solo y aislado, como te gusta, solo que ahora es mucho mejor.

Ladeó la cabeza al escuchar a Blake.

—Porque con ella puedes estar en sitios como este sin que estés deseando marcharte —dijo Byron.

—Porque con ella no te importa bailar. —Wilde la señaló con el dedo.

—Ni ponerte una pajarita sin tantos dramas. —Hércules le cogió la pajarita y lo obligó a sacudir la cabeza. Se zafó de él.

—Ahora sí me estáis dando miedo —dijo y ellos rompieron en carcajadas.

Stoker le puso las manos en los hombros.

—Con ella eres una versión casi perfecta de Laurence Marlowe —añadió su amigo—. Porque hasta a nosotros nos permite disfrutar contigo en muchas circunstancias sin que estés fuera de lugar.

Frunció el ceño mirando a Stoker.

—Si yo siempre he ido a todas partes con vosotros.

—Si, como un león enjaulado —replicó Blake y regresaron las risas—. Ahora es lo mismo, pero sin que estés todo el tiempo rugiendo.

Marlowe tuvo que girar la cabeza para reír.

—Ahora solo falta un detalle —dijo Blake—. Que se lo digas a ella.

—No —se apresuró a responder él y todos rieron.

Wilde alzó las cejas.

—¿Te da miedo? —preguntó.

—No. —Lo acompañó negando también con el dedo.

—¿Entonces qué problema hay? —preguntó Stoker.

Sus amigos se abrieron a un lado y otro como si fueran bolos y hubiese llegado la bola por el centro.

No tardó demasiado la bola. Una bola llamada Irina Yadav.

—¿Veis? Esta sí que da miedo. —Oyó a uno de ellos en un susurro y Stoker se retiró enseguida del grupo riendo.

Pero la mirada de ella no se detuvo en ninguno de sus amigos.

—Viene a por ti, tío —otro susurro y hasta él tuvo que apretar los labios para no reír.

Irina al ver el pasillo que se había formado ante ella dio unos pasos hacia él.

—Señor Blake, no tiene que ir a ninguna parte, seré breve. —La oyó decir y contuvo la sonrisa al ser consciente de que Blake se estaba escabullendo.

—Que usted sea breve tampoco me quita las ganas de quitarme de en medio —respondió Blake.

Marlowe apreció un gesto en Irina, no supo bien identificarlo, pero era un gesto. El inicio de una expresión cotidiana, ¿una risa? Frunció el ceño mirando a Blake y a Irina. Blake era un tanto fresco, lo conocía bien. Pero no lo suficiente como para atreverse a responderle así a Irina Yadav. Ya no era tan desconocida para él como en la boda de Hércules.

—Señor Blake, acaba de despejarle al señor Marlowe algo que se lleva pasando por la cabeza desde que me ha visto en la puerta. —Irina se puso una mano en la cintura.

Blake alzó las cejas y lo miró a él.

—Pero a estas alturas supongo que ya no importa —añadió ella. Hasta a media distancia aquel olor intenso y pegajoso sería capaz de ahuyentar hasta los más molestos insectos de toda la sabana, cuando el efecto de los perfumes solía ser el contrario. Era terrorífico.

Marlowe negó con la cabeza.

—La que habréis montado —dijo mirando uno por uno.

—Los ha habido peores, créame —respondió Irina.

—No ha tenido desperdicio —dijo Wilde riendo.

—No te fíes, que viene ahora —le dijo Stoker y la mirada de Irina se dirigió a él enseguida.

Irina negó con la cabeza.

—No tengo ninguna intención de perder el tiempo en decirle nada que no quiera escuchar,

señor Marlowe, entre otras cosas, porque a usted le da exactamente igual lo que yo o cualquiera pueda decirle, le guste o no —dijo Irina—. Tiene una seguridad aplastante que solo he visto tambalearse en contadas ocasiones. Casualmente todas ellas cerca del señor Lyon —añadió y Marlowe frunció el ceño. Irina dio un paso atrás para girarse y darles la espalda—. Buenas noches.

El círculo de Misters a su alrededor se cerró en cuanto Irina se alejó. Blake resopló.

—Es temible de verdad. —Su amigo se colocó bien la chaqueta y Stoker empezó a reír.

Byron lo miraba en silencio mientas Wilde comprobaba que Irina efectivamente se alejaba del todo.

—¿Qué pasa con el señor Lyon? —le preguntó Byron,

Stoker echó una mirada al camino que había tomado Irina.

—Esa mujer es como si tuviera cámaras para observarnos todo el tiempo. Es impresionante —dijo Stoker. Luego lo miró a él—. ¿Es por el padre?

Marlowe bajó la cabeza y llenó el pecho de aire.

—Él me pidió que cuidase de Mary Kate —les dijo y el coro se cerró aún más a su alrededor.

—Y la estás cuidando, ¿no? —dijo Blake y él negó la cabeza—. Le has quitado de encima hoy al mierda ese que la estaba insultando.

—Eso no tiene importancia. Pero lo que Lyon me dijo no fue un cuida de mi hija allí en la sabana, aunque lo pareciera —le respondió a Blake—. Fue un… te dejo a mi hija a tu cargo, a tu responsabilidad… —añadió, volvió a negar—. Te entrego a lo mejor que tengo, a ver si tú puedes hacer algo que no podemos hacer los demás.

Los cinco lo miraron en silencio.

—Marlowe. —Era la voz de Hércules—. ¿Cómo Christopher Lyon no iba a confiarte a su hija? A ti.

Marlowe negó con la cabeza.

—En ese trato no entraba lo otro —añadió él.

—Tampoco es algo que hayas podido evitar —le dijo su amigo Byron—. Eso no se elige.

—No —respondió él con rapidez—. Pero sí puedo evitar que se haga real. Elegir dejarlo como está y es como si no existiera.

Vio a Stoker dar un salto por detrás de Blake para alcanzarle la nuca, pero la pudo esquivar. Blake rompió en carcajadas.

—Llevo razón —le dijo a Stoker y este negó con la cabeza. Marlowe miró a Blake—. Tú vas a tener una hija, ¿la dejarías a mi cargo?

—Siempre, sin duda —respondió Blake—. Bueno, siempre no, si tuviese la edad de Mary Kate no —añadió y Wilde se echó a reír.

—¿Veis? —Marlowe señaló a Blake—. Hay una diferencia entre «encárgate de mi hija» a

«haz lo que quieras con mi hija».

Wilde se acercó a él.

—Te honra todo lo que nos estás diciendo y el respeto que sientes por el señor Lyon y su hija. Pero, amigo… —Le puso la mano en el hombro—. Si lo que esperas es que un padre te dé permiso para que hagas lo que quieras con su hija, espérate sentado porque ninguno te lo va a dar.

Stoker se alejó de ellos para reír a carcajadas.

—Vamos, yo no se lo daría a ningún tío —añadió Wilde.

—Ni yo —dijo Hércules.

—No es eso tampoco lo que quiero. —Pero ya no sabía cómo explicarlo. Volvió a coger aire y a echarlo de golpe.

Sintió unas palmadas en la espalda.

—Eres de palabra, pero ya exagerado —le dijo Blake—. Porque estar así, con Mary Kate todo el tiempo al lado… —Blake movió la cabeza.

—Y muy al lado —añadió Stoker.

Wilde se apoyó en su hombro para bajar la cabeza riendo.

—Y encima yo les reservo una habitación con una sola cama —dijo y rompió en carcajadas. Su risa se cruzó con la de Stoker.

Hércules le dio una palmada en la cara.

—Pobre Marlowe —dijo él, pero Marlowe no dejó que se la agarrase.

—Señores. —Fue Blake de nuevo—. Viene el señor Lyon.

Se apartaron de Marlowe con disimulo, aunque lo hicieron todos a la vez.

—El único león que puede darle miedo a Marlowe —dijo Stoker.

—El segundo, quizás —añadió Wilde riendo—. Porque la leona en la pista también.

Dejó caer la mano en la nuca de Wilde y sonó tanto que hasta el señor Lyon se detuvo a un par de metros de ellos.

—Señor Lyon. —Blake lo saludó mientras se iba alejando despacio—. Stoker, Wilde —llamó a su amigos.

Hércules y Byron se fueron por el otro lado. Realmente era como si se hubiese acercado un verdadero león.

Y como siempre delante de los leones, solo quedaba él.

El señor Lyon dio unos pasos más hacia él. Era curioso que de todos los Lyon fuese Aníbal, el que en carácter menos se pareciese a su padre, fuese el único en heredar aquellas llamas en los ojos.

—Le queda muy bien la pajarita —le dijo Christopher Lyon y Marlowe alzó las cejas.

—¿Le han dicho algo estos idiotas? —señaló por donde se habían ido los traidores de sus

amigos.

Lyon negó con la cabeza y acercó una mano hacia la pajarita.

—Pero mi hija Mary Kate suele dejarles unos pliegues peculiares que hacen que tiendan a torcerse ligeramente hacia la izquierda de vez en cuando. —Se la puso derecha—. Como la que llevo yo. Suelo pedirle que me la haga porque sé que le gusta.

Marlowe sonrió.

—Aunque parezcan iguales, mis hijas se parecen muy poco y Mary Kate siempre se ha llevado la parte más difícil —continuó el señor Lyon—. Su hermana siempre ha sido caótica y desordenada, Mary Kate representa el orden y la pulcritud. —Marlowe contuvo la sonrisa a consciencia al oírlo para que él no lo notase—. Pero también Michelle ha sido siempre más hábil y rápida en ciertas cosas y eso significó que Mary Kate se acostumbrase a ir por detrás o a estar un poco a su sombra, sin que se diese cuenta de que en otras materias ella también tenía sus habilidades extraordinarias. Por mi parte puedo decirte, y con bastante vergüenza, que no siempre he usado la balanza justa con Mary Kate y a veces he resaltado sobremanera cada cosa que hacía bien. —Lyon bajó la barbilla aunque alzaba los ojos para mirarlo—. Así que no se te ocurra decirle que hace las pajaritas torcidas porque no me lo perdonaría cuando llevo toda la vida diciéndole que las hace muy bonitas.

Marlowe tuvo que sonreír.

—Le guardo el secreto —respondió y Lyon sonrió también.

—Cuando mis gemelas se separaron y cada una comenzó su vida independiente pensé que a Mary Kate le vendría muy bien. Nunca temía por Michelle, sabía que ella no tendría ningún problema. Pero Mary Kate se había apoyado siempre mucho en su hermana, toda la vida, así que le suponía un reto comenzar a andar de manera independiente. Y lo estaba haciendo muy bien porque comenzó a brillar ella sola con todos sus encantos y talentos. —El señor Lyon giró la cabeza para buscarla en la pista y allí estaban las dos cabezas de pelo rubio platino—. Yo pensaba que el vínculo entre ellas dos era irrompible, como también pensaba que mi hija iba ganando fuerza por momentos y que yo estaría ahí velando por ella si caía. Una sensación de inmunidad suprema, quizás por soberbia o por estar acostumbrado a supervisarlo todo. —El señor Lyon movió la mano en el aire. Luego negó con la cabeza—. Pero Mary Kate se fue alejando hacia un lugar donde yo no podía hacer nada. Un sitio donde ni siquiera cabía su hermana. Ni su madre. Ni yo. Y allí no tengo ni idea de lo que le hicieron para que todo lo que yo había intentado durante toda la vida no hubiese servido para nada, porque rompieron a mi hija completamente.

Lyon le agarró el brazo.

—Pero hoy mi hija Michelle, mi esposa y yo vemos a Mary Kate tal y cómo era antes de los Ramson. Los días previos al viaje a la sabana los pasaba llorando, temblando y vomitando lo

poco que comía. —Lyon miró a las gemelas, Mary Kate estaba abrazando a Michelle—. Y esta noche casi acaba con todos los chocolates de la mesa de dulces.

—Le pierde el chocolate —dijo él y los ojos del padre de Mary Kate se dirigieron a él enseguida.

—Y los frutos secos cubiertos de chocolate —añadió el hombre y Marlowe tuvo que girar la girar la cabeza a un lado para reír.

Volvió a mirar al señor Lyon, este aun sonreía, quizás al reconocer su reacción a su comentario sobre Mary Kate. Pero su sonrisa se perdió de nuevo y entornó los ojos.

—Ahora por lo visto debo concienciarme yo en no sobreproteger a Mary Kate después de lo que ha pasado. —Lyon dio un paso atrás y desvió la mirada un instante—. No sé si ese imbécil se fijó en ella porque vio una debilidad, algo que jugaba a su favor para utilizarlo y manipularlo.

Marlowe lo miró de reojo.

—¿Qué debilidad tiene su hija, señor Lyon? —preguntó él.

El señor Lyon miró a Mary Kate.

—Ella puede hacer todo lo que se proponga, pero es una mujer sensible al extremo. —Entornó los ojos mirando cómo Mary Kate abrazaba a Michelle—. Y se carga de fuerza si tiene una estabilidad y una cercanía en la gente que la rodea.

—¿Una manada? ¿Como los leones? —respondió él y vio cómo el cuerpo de Christopher Lyon se sobresaltaba. Miró enseguida a Marlowe.

—Supongo que algo así.

— ¿Y qué debilidad tienen los leones? —preguntó al señor Lyon.

Él volvió a mirar a sus hijas.

—Eso lo sabrás tú mejor que yo.

Marlowe contuvo la sonrisa.

—Después de años con ellos puedo decir que son los seres más fuertes que he visto. —Miró de reojo a las gemelas—. Y si tuviese que decir alguna debilidad, supongo que la familia. Por eso muchos mueren defendiéndola. Pero también es lo que los hace fuertes.

—Entonces entiendo a sus leones, señor Marlowe —dijo Christopher Lyon regresando sus llamas hacia él—. Mi hija está de vuelta y preparada para un nuevo camino. De nuevo gracias por la parte que le corresponde a usted.

—No es ningún mérito mío —se apresuró a responder.

—Hace un tiempo le pedí algo y ha cumplido su palabra, claro que es un mérito que le reconozco y tiene mis respetos —añadió el señor Lyon —. Y como ya le dije, la casa y la familia Lyon estará para lo que usted necesite.

Marlowe bajó la mirada un instante y cogió aire despacio.

—Señor Lyon. —Volvió a mirar las llamas en los ojos del padre de Mary Kate—. He hecho

lo posible por ayudar a Mary Kate con el proyecto y con todo lo que ella llevaba consigo, como me comprometí con los Misters, con su esposa y sus amigas, y con usted. Pero no tiene que reconocerme, ni darme las gracias ni merezco su respeto ni mucho menos tiene por qué abrirme las puertas de su casa y su familia.

Christopher entornó levemente los ojos.

—Me he enamorado de su hija. No era mi intención, ni lo esperaba ni lo valoré siquiera cuando acepté todo eso, aunque en el fondo sabía que podría haber una posibilidad. Y lo siento.

No sabía si se había detenido el tiempo o había dejado a Cristopher Lyon inmóvil, como solían quedarse las personas con Irina después que le pasase el tráiler por encima.

—¿Por qué lo siente? —preguntó después de unos segundos.

—Por su confianza en mí.

—Sigue intacta. —Lyon fue tan rápido en responder que se sobresaltó.

—¿Mi hija lo sabe?

Marlowe negó con la cabeza.

—Creo que le gustará saberlo.

Marlowe frunció el ceño.

—Pero su mundo y el mío no tienen nada que ver.

—Señor Marlowe, no sé de lo que me habla de dos mundos, porque desde que usted y mi hija llegaron a Londres, cuando los mir solo he podido ver un mundo —replicó el señor Lyon.

—Ella tendría que renunciar la mayor parte del tiempo a todo lo que tiene aquí . ¿Usted querría eso? —dijo y vio a Christopher Lyon sonreír.

—Tener a una hija lejos la mayor parte del tiempo no es algo que ningún padre quiera —respondió Lyon—. Pero Mary Kate lleva mucho tiempo sin poder tomar la decisión de lo que de verdad quiere en su vida. Así que no seré yo quien le impida esa posibilidad.

El señor Lyon sonrió y dio un paso atrás.

—Gracias por su sinceridad, Mr Marlowe.

Christopher se alejó y quedó solo.

Sintió un leve tirón en su chaqueta y se giró. Ni siquiera la había visto venir.

—¿Y mi padre? —Inclinó el cuerpo para mirar tras una columna—. Estaba aquí ahora mismo.

Mary Kate se giró de nuevo para ponerse frente a él. Tenía un churrete negro en la mejilla en medio de todo aquel efecto mojado y brillo. Le cogió la cara.

Estaba seguro de que no había en el mundo, ni cautiva ni en libertad, una leona más bonita que aquella.

Le pasó el pulgar por la mancha de la mejilla.

—Es el rímel de Michelle.

Él frunció el ceño.

—¿Qué es un rímel? —preguntó y Mary Kate empezó a reír.

—Se pone en las pestañas. —La vio llevar las manos a su pajarita—. ¿Te has tirado? Se te tuerce como a mi padre.

Marlowe contuvo la sonrisa.

—Habrán sido los Misters, que no dejan de darme golpes —respondió. No sería él el que destapase el secreto de Mr Lyon, que posiblemente tendría ya demasiados años.

Y además él mismo podría pasarse la vida poniéndose pajaritas torcidas en cada evento. Le daba exactamente igual si las hacía ella.

—Ya. —Ella dio un paso atrás para comprobar que ya estaba bien.

A veces echaba de menos que por allí no volasen insectos incómodos, ni serpentearan reptiles para que Mary Kate se agarrase a él, así que cogió la mano de la joven y la acercó a él.

—Creo que quedan aún frutos secos con chocolate —le dijo y ella sonrió de inmediato.

—¿Dónde? ¿Los has visto? Llevo un rato buscando y nada.

—Seguro que Blake nos los consigue.

—Pues vamos. —Pasó por delante de él.

Marlowe la siguió riendo.

43

A mediodía habían estado con Byron y Wilde, ellos y Stoker eran los únicos que no estarían aquella noche en la casa Lyon. Byron porque no quería que su padre saliese tan tarde de vuelta a casa en su estado de salud, Wilde porque tenía más familia, y Stoker porque la fiebre lo había llevado directamente a la cama.

Al ser la noche de Navidad la calle no estaba tan llena como de costumbre a pesar de que aún había tiendas abiertas. Mary Kate abrió la bolsa de la tienda de comida de animales.

—¿Y esto le gustará a Sabrina más que las cucarachas? —preguntó a Marlowe.

—Al chaval de la tienda casi lo caes de espaldas con la consulta, pero cuando se ha recuperado ha dicho que sí. Así que fíate de él —respondió Marlowe subiendo el cuello del abrigo.

Mary Kate lo miró con disimulo.

Marlowe con abrigo. Brrrr.

Un abrigo cruzado negro que le quedaba casi o más elegante que el traje de la noche anterior. Sacudió los hombros como si tuviera frío.

Brrrrr.

—Hay que darse prisa antes de que cierren —dijo Marlowe y Mary Kate abrió el bolso y sacó los dos sobres blancos. Le dio a Marlowe el que ponía su nombre.

—¿Y si me tocas tú? —preguntó él con ironía.

—Te ahorrarás pensar en el regalo porque estoy aquí. —Ella abrió su sobre esperando que tampoco le tocase él.

Sacó la tarjeta.

—Alan Blake. —La joven hizo una mueca al leerlo—. Qué mala suerte —añadió y Marlowe empezó a reír—. ¿Qué leches se le puede regalar a Blake?

Marlowe había sacado su tarjeta también.

—Tu hermano Chris —dijo él y ella señaló la tarjeta con el dedo.

—Ese sí es fácil. —Pero luego frunció el ceño y miró la tarjeta de Marlowe—. ¿Seguro que es mi hermano y no mi padre?

—Chris Lyon —leyó Marlowe—. La tarjeta de tu padre tenía el nombre completo.

—Vale. —Guardó su sobre y el de Marlowe—. A Chris le gusta el deporte.

—¿Cuál deporte? —preguntó él dándole la tarjeta a Mary Kate para que la guardase en el bolso.

—Las artes marciales mixtas —respondió y contuvo la sonrisa al ver la expresión de

Marlowe.

—¿Chris Lyon? —Alzó las cejas.

Ella movió la mano en el aire.

—Lo has visto con el uniforme del colegio, un uniforme que no cambian de diseño desde el siglo pasado, y le da un aspecto de niño… —negó con la cabeza—. No lo representa mucho —dijo y empezó a reír.

—¿Quiere ser luchador?

—Quiere ser guardaespaldas —ella sonrió al decirlo. Luego entornó los ojos—. ¿Qué le compro a Blake?

Marlowe se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿En serio? —Mary Kate hasta se inclinó hacia él—. Pero si es tu amigo.

—Pero es un amigo un tanto raro —respondió Marlowe y Mary Kate rompió en carcajadas.

—Pues la llevo clara —Mary Kate resopló. Vio a una gente saliendo de una tienda de paraguas—. ¿Le compramos una gabardina?

—Mientras sea oscura —dijo Marlowe y ella agarró la solapa del abrigo de Marlowe.

—Vale, ¿dónde suele comprar Blake la ropa? —Alzó los ojos hacia él sin soltarse la solapa del abrigo.

—Ni idea, pregúntale a Stoker.

Mary Kate ladeó la cabeza.

—Está en la cama con fiebre, ¿cómo voy a preguntarle?

—Pues cómprale un oso de peluche. Eso nunca falla —replicó Marlowe y ella frunció el ceño.

—¿Un oso de peluche a Alan Blake? —Tuvo que reír—. Ni se me pasaría por la cabeza.

—No es tan chungo como parece, ya lo has visto —se apresuró a decir Marlowe.

—No —replicó ella con ironía—. Pero aún conserva restos de su parte oscura. —Marlowe acabó la frase junto a ella. Una frase de Irina que quedó en bromas familiares desde la boda de Michelle.

Ella negó con la cabeza riendo.

—¿Cómo te fue con Irina anoche? —le preguntó él—. Porque fue brutal con los Ramson —añadió él y la risa de Mary Kate aumentó.

—Para lo que Irina es no fue ninguna temeridad hablar con ella —negó con la cabeza en un movimiento rápido—. Pero es que realmente para mí ella nunca lo ha sido.

Él alzó las cejas.

—Yo creo que tu familia tiene enchufe con ella. No es justo —dijo él.

—De eso nada, mira mi tío Damon —replicó ella y él empezó a reír.

Y, MK, deja de tirarle ya de la solapa que le va a llegar al suelo. Y no quiero que ese cuerpo

pase frío.

—Tienes una familia enorme y un tanto peculiar —le dijo él y ella asintió con la cabeza.

—Y no me imagino sin ella —respondió Mary Kate. Se alzó para mirar a Marlowe—. ¿Tú no te sientes solo?

Marlowe se inclinó para acercar su cara a la de ella.

—¿Con estos cinco plastas? —Sacudió la cabeza—. Nunca. Ni cuando quiero estar solo —añadió y ella negó con la cabeza.

Ella sonrió levemente y se alzó de puntillas en un intento de acercar su cara a la de él. Tuvo que sujetarse con ambas manos en las solapas del abrigo de Marlowe.

—Ahora tienes una plasta añadida. —Encogió la nariz al decirlo y quedó inmóvil cuando él le pasó el dedo por ella. La nariz helada le buscó el dedo cuando Marlowe lo retiró de ella, y su gesto hizo que volviese a pasarle el dedo por la nariz.

Marlowe la miró un instante en silencio, luego negó despacio con la cabeza y las corrientes eléctricas en su pecho se abrieron de inmediato contrarrestando el frío. La ligereza en su cuerpo hizo que quisiese bascular el cuerpo hacia él y dejarlo caer al completo.

Contuvo la respiración. No procedía algo así, así que contuvo el reflejo.

—¿Sientes la nariz? La tienes congelada. —Esa vez él le empujó la punta hacia arriba.

—No siento la mitad del cuerpo —espiró aire con fuerza.

Recibió el calor en la mejilla de la mano completa de Marlowe, que le cubría desde la barbilla a la sien, bastante holgada, ladeó ligeramente la cabeza hacia ella.

—Vamos a darnos prisa entonces o acabarás como Stoker —dijo él rodeándole la espalda con el otro brazo.

¿Prisa? No tengo ninguna, vamos.

Al contrario, había basculado su cuerpo en el de él para que la envolviese más.

—Me estoy mal acostumbrando a una temperatura más cómoda. —Mary Kate levantó la barbilla para encajar mejor la cara en la mano de Marlowe.

El cuello lo tiene que tener todavía más calentito.

Meter la nariz en aquel hueco entre su piel y el cuello del abrigo debía ser un placer absoluto en medio de aquella humedad.

Y sin frío también, qué leches. Me encanta. Cómo está con el abrigo, por dios. Brrrrr.

Ya se le estaba quitando el frío, pero la calidez ahora llegaba desde dentro hasta fuera.

Cerró los ojos un instante.

—No sabía que Londres podría resultar ahora un tanto desagradable —añadió y abrió los ojos.

Encontró su nariz pegada a la punta de la nariz de Marlowe y sus ojos la miraban sin pestañear.

—¿Londres desagradable? ¿A ti? —preguntó él con ironía.

A mí que no me haga esto, que tengo su boca a tiro y se me pude ir la pinza.

—Ruido todo el tiempo, gente todo el tiempo… —respondió ella—. Demasiado tiempo.

Marlowe sonrió y su gesto hizo que ella bajase la mirada hasta sus labios.

Y tan a tiro que la tengo. Uffff.

Sintió cómo él le pasaba la mano por la espalda, un intento absurdo de que entrara en calor. Estaba entrando sola.

—¿Y si fuera la sabana demasiado tiempo? —preguntó él y notó cómo Marlowe le empujaba con la punta de su nariz la suya hacia arriba, movimiento que le obligó a alzar más la barbilla.

¿Más cerca su boca? No, no. ¿Pero esto qué demonio de prueba es?

—No creo que nunca fuese demasiado tiempo. —Marlowe no le separaba la punta de la nariz de la suya. Era la distancia perfecta en la que podría apreciar de verdad aquella forma felina y perfecta de sus párpados y delimitar cada mancha verde y azul de sus iris.

—Sin un vestidor enorme, sin esos tacones del demonio que traes, sin la cantidad de tiendas y restaurantes que tienes aquí... —decía Marlowe.

—No los necesito.

—Sin cobertura —se apresuró a seguir.

Ella sonrió al notar que volvía a alzar la punta de la nariz. Lo del pecho aumentó recibiendo una onda de vértigo absoluto, como si estuviese balanceándose en el columpio largo del jardín de los Lyon.

—Mejor.

—¿Tus perfumes?

—Ya no huelen tan bien —replicaba tan rápido que Marlowe sonrió de nuevo.

Se hizo el silencio un instante en el que esperó que Marlowe acabase de observar lo que fuera que estaba buscando en sus ojos.

—¿Tu familia? —Sabía que llegaría la pregunta.

—Mi familia seguiría siendo mi familia —sonrió—, solo que sería más grande. Dos mandas más grande.

Marlowe volvió a sonreír.

—¿Estás segura?

Que no me acerques más la boca.

Marlowe se apartó ligeramente de ella.

Pero tampoco me la alejes.

—Mary Kate —dijo él, Marlowe volvía a mirarle los ojos, uno y otro—. Me encanta tenerte en la reserva.

Dilo otra vez.

—Y es la primera vez que quiero tener a alguien en la reserva todo el tiempo —añadió él—. Quiero que sepas que…

Ella se alzó de puntillas con rapidez y tiró de las solapas de Marlowe. Cerró los ojos y abrió los labios entre los de él antes de que pudiese decir una palabra más. Dejó caer su pecho en él y ladeó la cabeza para abrirle más los labios a Marlowe y poder introducirle la lengua y absorberlo al completo, dos veces.

Se retiró ligeramente de sus labios y lo miró mientras le ardían hasta las orejas.

Puffffff.

Volvió a llevar los labios hacia los de él con rapidez y esa vez lo absorbió dentro de los suyos al primer roce, rodeándole el cuello con los brazos. Sintió un corriente caliente en el interior de la boca que venía desde la de Marlowe, atrayendo su lengua. Gesto que hizo que ella le apretase el cuello y el cuerpo contra el suyo, dejando que aquella corriente de aire le entrase garganta adentro y empujase sus latidos a un ritmo que la hizo hasta retirarse de él.

Que hasta se me olvida que estamos en la calle.

No fue capaz ni de cerrar los labios, necesitaba respirar y por la nariz no era suficiente. Le titiritaba hasta lo de allí abajo de una manera bochornosa.

Miró a Marlowe y vio que también tenía los labios entreabiertos.

Puffffff.

Se alzó de puntillas agarrándolo de nuevo, pero Marlowe contrajo el mentón no dejándole alcanzarle la boca esa vez mientras la miraba con el ceño levemente fruncido. Una expresión demasiado representativa de un: «¿Ya? ¿Puedo seguir hablando?”».

Mary Kate estiró los labios y enseñó los dientes en una mueca de disculpa y él contuvo la risa.

Es que esto no se puede aguantar, hijo. Qué. Barbaridad. De hombre.

El bochorno la invadió por completo.

Resbaló la mano por el cuello de Marlowe hasta su hombro, conteniendo la sonrisa al ver que él aún estaba esperando por si había otro arrebato más por su parte.

Se oyeron unas campanas desde el final de la calle, pero ni siquiera le prestó atención. No era capaz de apartar ni un solo segundo la mirada de aquellos ojos felinos, que ahora esperaban pacientes a la posible próxima reacción por su parte.

Qué desastre soy. Qué vergüenza.

Solo le consolaba pensar que su tía Vicky le diría que muy bien todo.

Cogió aire despacio y bajó la barbilla.

Marlowe sonrió y le cogió la cara.

Debe estar acostumbrado de todas formas.

Cogió aire despacio por la nariz conteniendo cada movimiento de sus músculos por si alguno

se iba sin pedir permiso.

Él le levantó la cara despacio.

—Nadie me ha dicho nada de las intenciones con las que te enviaron allí, pero me las imagino —dijo él—. Y estando Irina cerca lo entiendo mucho mejor —añadió alzándole aún más la barbilla. Mary Kate sintió la tirantez en la cintura de Marlowe acercándola más a él—. Y tengo que reconocer que todos llevaban razón. —Vio que a Marlowe le sobrevino una carcajada desde el estómago que lo hizo sonreír y negó con la cabeza—. Mary Kate, me he enamorado. —Le rozó con la nariz la suya—. Y aunque no tenga ni idea cómo se empieza algo como esto porque nunca lo he hecho, me gustaría intentarlo contigo. Y me encantaría que saliera bien.

Mary Kate sonrió.

—Me gusta la idea —respondió ella y encogió la nariz antes de reír. Y Marlowe se inclinó hacia ella.

Que fuese él el que iniciara el beso inició una corriente en ella garganta abajo que resonó en campanas cuando llegó entre sus piernas. Volvió a envolverle el cuello y sorbió sus labios antes de que Marlowe se separase de ella.

Yo no sé si me voy a acostumbrar algún día a esto. Estoy en Londres en pleno diciembre y parece que estoy a pleno sol en la sabana.

Ya no tenía fríos ni los pies.

—Pero tengo una queja —dijo ella dándole con el dedo la nariz—. Bueno… es una duda y según me respondas será una queja. —Levantó la barbilla y dejó caer los párpados.

Marlowe la miró con ironía frunciendo el ceño.

—¿Desde cuándo sabes que llevaban razón?

—Desde que te recogí del avión de Stoker.

Ella tuvo que girar la cabeza para reír.

Y yo pensando estupideces.

Luego miró a Marlowe.

—¿Todo este tiempo lo sabías y yo pensando que no te interesaba más que tu compromiso con el reportaje? —dijo con ironía y negó con la cabeza—. Vaya manera de torturarme. —Marlowe empezó a reír.

La atrajo a él y la envolvió al completo con los brazos.

—Tampoco parecía que tú tuvieses más interés que el reportaje. Bueno sí, Maya —dijo él riendo.

Mary Kate negó con la cabeza enseguida.

—Se me da muy mal, fatal ocultar esas cosas —negó con más energía—. A mí sí que se me notaba.

Marlowe la miró sin responder.

Es que no me puede decir otra cosa. Menudo calentón que me entró en el puñetero hotel de los cojones. Hombre, que si lo notó.

A Marlowe apenas le hacía falta información para nada. Una intuición o una forma primitiva de ver las cosas lo hacía saber y deducir.

Pasó el dedo por el cuello de Marlowe hasta su mandíbula.

Brrrrr.

—Ahora te tocará a ti tener paciencia y enseñarme a mí —dijo él rozando con la nariz de nuevo. Se escapó un beso ligero.

—Te haré una guía, paso por paso si quieres —respondió ella sonriendo y se acercó a Marlowe para besarlo de nuevo. Pero él se detuvo.

—Tampoco hace falta un paso por paso —dijo él—. Hay cosas que no necesito que me enseñes.

¿Hay cosas que no necesito enseñarte? ¿Eso va por…?

Ella le puso las manos en los hombros. El calambre entre las piernas fue real y bastante notorio.

No irá ni por ahí, pero tal y como estoy, con eso de abajo titiritando, todo me suena a lo mismo.

—Ya sé lo que no hay que hacer —añadió Marlowe acariciando la cara—. Tienes mi palabra.

Se me acaban de caer las bragas, pero de verdad.

Bajó la barbilla y metió la cabeza bajo la mandíbula de Marlowe.

—Eso no me preocupa.

Sabía que con Marlowe el miedo, la inseguridad, el blanco y negro, la jaula, los castigos, las consecuencias… nada de eso regresaría a su vida.

Aquella sensación continua no regresaría jamás.

Alzó la cabeza y lo besó en la mejilla, mucho más calmada.

Marlowe la envolvió por completo en un abrazo. Cerró los ojos.

No recordaba una Navidad mejor desde el año que pidió en su carta que le trajeran a Claudia para siempre.

Las dos mejores navidades de su vida.

Rodeó a Marlowe para abrazarlo.

Esa vez el regalo había llegado unas horas antes.

Chat Alternativo

Vicky: Que sepáis que vuestro Mister imposible se ha declarado esta tarde a MK.

Blake: ¿Ya?

Vicky: Hay quien debe disculpas por aquí.

Stoker: Y que nos tengamos que enterar por aquí. Voy al otro chat, que le voy a dar la tabarra.

Wilde: ¿Tú no estabas malo?

Stoker: Lo estoy y me muero de aburrimiento en la cama. Ya tengo entretenimiento.

Byron: Me alegro.

Damon: Yo ya no sé quiénes son peores, si los Misters o los unicornios.

Vicky: Tú, que no eres ni Mister ni unicornio y estás por aquí para enterarte de todo.

Claudia: Jajajaja.

Irina Yadav: Señora Caruso, me ha ahorrado usted escribir una línea con el señor Damon.

Vicky: Jajajaja, si es que al final nos vamos a hacer amigas.

Irina Yadav: No.

Mayte: Jajajaja.

Damon: Tampoco usted, señora Larsson, es Mister ni unicornio y anda por aquí.

Irina Yadav: Aunque no sea Mister ni unicornio, y aunque este chat no haya sido del todo agradable para mí, mi presencia aquí está más justificada que la suya. Al fin y al cabo, señor Damon, esta es mi obra.

Vicky: Jajaja.

Claudia: Y menuda crack ayer, Irina, con la madre de los Ramson jajajaja.

Blake: El tráiler Irina y la maravillosa colaboración de Vicky y Marlowe con la fuente, creo que los Ramson no se acercan más a los Misters.

Natalia: Ni a las unicornios.

Michelle: Ni a Los Lyon.

Lyon: Ni a mi hija.

Mayte: No pensé decir esto con tanta alegría, pero… Feliz Navidad, equipo. Un honor una vez más.

Wilde: El honor es nuestro, señora Damon. Feliz Navidad.

Irina Yadav: Abstenerse de enviar uno por uno felicitaciones absurdas, por favor. Ya con estas dos nos damos todos por felicitados.

Wilde: Jajajaja.

44

Salió de la ducha, tenía sobre la cama otro de los conjuntos que le había llevado Stoker. Unos *jeans* de un tono grisáceo y un jersey crudo de cuello ancho que prefería ponerse con una camiseta por dentro por si le picaba.

Cogió su móvil que no dejaba de vibrar sobre la cama.

«Confirmamos que a Marlowe lo único que le da miedo en el mundo es Christopher Lyon», había puesto Stoker y enseguida el resto llenó el chat de sandeces.

Negó con la cabeza. No había dicho ni una palabra de su paseo con Mary Kate, pero estaba comprobando que tampoco hacía falta.

«No le eches cuenta a estos», había escrito Byron «Yo me alegro, amigo. Ningún Mister debería estar solo. Ni siquiera tú».

«Y ahora que hemos colocado al rarito, ¿qué hacemos?», preguntaba Wilde y se tuvo que encorvar para reír.

«Vais a estar muy aburridos», escribió él.

«Hombre, ya anda por aquí», dijo Blake. «En un rato te veo, así puedo llegarte a la nuca», añadió Blake y sonrió al leerlo.

«De aburridos nada», replicó Stoker. «Yo quiero saber cómo se lo toman tus bestias salvajes de la sabana».

Regresaron las risas.

«¿Y tú cómo estás? Aunque en un rato te veo», escribió Hércules.

«¿Cómo debería de estar?». Frunció hasta el ceño al escribirlo. Le dio a enviar.

«Cagado», respondió Stoker. «Tú no sabes en la que te has metido jajajaja».

«Vas a llevarte todas las broncas y más, ya verás. Se te acabó la tranquilidad de la sabana», escribió Blake.

Volvió a negar con la cabeza.

«Menudos amigos estáis hechos», escribió Byron. «Tú ni caso».

«Nunca les hago caso», respondió a Byron.

Cerró el chat aún sonriendo y abrió el de Mary Kate.

«¿Qué te queda?», le escribió a ella.

Supuso que ella tardaría más. Aunque tampoco encontraba qué más tendría que hacer Mary Kate antes de la cena de Navidad si llevaba impecable desde por la mañana. No entendía cómo a aquella joven londinense refinada no le importaba en absoluto la vida en la sabana de la forma en

la que él le había mostrado.

Ella estaría con el móvil en la mano, porque no tardó en responder.

«Minutos. Vente cuando acabes».

Dirigió la mirada hacia una pequeña bolsa de cuero marrón que tenía sobre el escritorio del dormitorio. Llevaba días deseando dárselo, aun antes de saber que Mary Kate no regresaría a Londres como imaginaba.

Pero no importaba que viviese en la sabana o allí cerca de su familia. Era suyo. Le pertenecía.

45

Llamaron a la puerta y se sobresaltó a pesar de estar esperando a Marlowe. Dejó la plancha sobre el lavabo y salió para abrirle.

Le rodeó el cuello y se alzó para alcanzarle los labios y apretarle los suyos contra ellos durante unos segundos.

—Feliz Navidad —le dijo ella.

Brrrrr.

—Feliz Navidad —dijo él conteniendo la sonrisa.

Tengo que trabajar eso de besarlo primero, dejarlo hablar después. Pero es taaaaan difícil.

Le pasó la mano por el jersey a la altura del pecho. Le gustaba cómo le quedaba la lana.

Y cómo le queda todo en general.

Bajó la mano hasta la de Marlowe y tiró de ella.

—Pasa. —Tuvo que detenerse al ver que él no se movía de su lugar—. ¿En serio? —Hasta le dio risa que no quisiese dar ni un paso hacia dentro de su dormitorio.

—En serio —respondió él.

El señor Marlowe es todo corrección, por Dios. Pues yo corrección contigo voy a tener poca, te aviso. Mejor no digo ni hasta dónde tengo campanas desde hace unas horas.

—No quería darte esto abajo —dijo él dándole una bolsa marrón de cuero que le cabía en la palma de la mano, cerrada con una cuerda.

Mary Kate alzó las cejas.

—No tenías que…

—Hace tiempo que pensaba dártelo —la cortó él.

Mary Kate cogió la bolsa despacio y le quitó el cordón para abrirla, mientras sentía la ligereza en los dedos que corrió poco a poco hacia sus muñecas.

Sonrió al ver la pulsera de cuero en su interior, algo más clara que la de Marlowe y más pequeña.

Abrió la boca, pero no fue capaz de decir absolutamente nada, las cuerdas vocales se le estiraron de inmediato. La pulsera se emborronó a su vista y se llevó la mano a la boca.

No lo esperaba.

Marlowe empezó a reír.

—Habrá más leones en tu vida, seguramente. —Él abrió el bolsillo interior de la pulsera para que pudiese ver el pelo de Maya—. Pero ella siempre será la primera.

Se dejó caer en él, las lágrimas ya le empezaron a caer en uno de los ojos.

—Gracias. —Sintió un beso en la cabeza y dejó caer la mejilla en el pecho de Marlowe. Las ganas de estar de nuevo con Maya aumentaron, y el pensar que deambulaba sola por los alrededores de la casa hizo que el llanto aumentase—. Mañana a esta hora estaremos ya allí, ¿verdad? —preguntó y la risa de Marlowe aumentó.

—Claro que sí.

Ella alzó la mano para que Marlowe se la colocase.

—No creo que te pegue mucho con la ropa que sueles llevar aquí —le dijo él envolviéndole la muñeca con el cuero y tirando de los cordones para atarla.

—Esta pulsera me pega con toda la ropa que vaya a llevar en cualquier parte —replicó ella y Marlowe sonrió.

No me la pienso quitar jamás. Mi leona conmigo siempre.

Se llevó el dorso de la mano a la nariz mientras Marlowe le ataba la pulsera en la muñeca de la otra mano.

Pufff, menos mal que me la ha dado ya sabiendo yo que no voy a volver a Londres. Anda que si me la llega a dar estos días atrás… Menudo lote de llorar me hubiese dado.

Marlowe acabó de atársela y le limpió unas lágrimas en el ojo derecho.

—Ya —le dijo él limpiando una más—. Que se te va a quitar eso que te has puesto en la cara —añadió y Mary Kate, aun con lágrimas, tuvo que reír.

Esa plasta llamada maquillaje, ¿verdad?

Negó con la cabeza y su risa aumentó mientras Marlowe le quitaba una lágrima más. Luego se llevó la mano en la que tenía la pulsera a la boca y se la besó.

—Entra, me quedan dos minutos —dijo ella cogiendo el jersey de Marlowe. Él negó enseguida con la cabeza—. ¿Vas a esperarme aquí en el pasillo?

—Claro —respondió él, sin dejarse mover un ápice de nuevo.

—¿Cómo voy a dejar que esperes en el pasillo? Dentro puedes sentarte.

—¿No dices que son dos minutos? —Él alzó las cejas y la miró conteniendo la sonrisa, de los dos minutos no se había creído ni una palabra.

—Quizás es algo más —respondió y él no pudo aguantar la sonrisa.

Mary Kate bajó la mirada para mirar su pulsera y la tocó con la otra mano.

—Me ha encantado. —Encantarle era poco. El cosquilleo muñeca arriba no se detenía. Llevar a Maya con ella y todo lo que significaba.

Recuperarse. Hacerse fuerte. Volver a ser un león.

Tuvo que contener la respiración para que no le sobreviniese el llanto de nuevo.

Rodeó el cuello de Marlowe y pegó su frente a la de él.

Le encantaba estar en casa, pero contaba las horas para regresar a la reserva.

46

Aníbal no había necesitado ningún entrenamiento con troncos para encaramarse por Marlowe hasta llegar a la parte de arriba del árbol y poner la bola con la foto impresa de Dayana King en su interior.

Marlowe le dio a Aníbal una bola más, Mary Kate tuvo que entornar los ojos para buscarle la forma. Era una foto de una ecografía en la que había que echar imaginación.

Aníbal había sido aún más temerario de lo que solía serlo ella y tenía una rodilla en el hombro de Marlowe. Su cuerpo basculó de cabeza al árbol, pero él supo sujetarlo.

—Aníbal, no seas bestia. —Se oyó la voz de su padre en el otro lado.

Claudia llevaba otra caja con bolas.

—Chris, el próximo año hay que comprar un árbol más grande —dijo su madre poniendo las bolas con más fotos familiares en una silla.

—Si seguimos a este ritmo, habrá que poner un bosque —respondió su padre y sonaron las carcajadas del tío Damon.

La tía Georgina cogió una de las bolas y miró a Mary Kate de reojo.

—¿Te gusta cómo han quedado? —le preguntó acercándole una y Mary Kate sonrió.

No habían quedado fuera del árbol navideño familiar ni las leonas unicornios, ni Nuru, ni Maya, ni ningún león de Marlowe.

—Me encantan. —Era una bola con una foto de ella con Nuru.

La tía Georgina le dio con el hombro y le acercó otra bola. Mary Kate abrió la boca. La habrían hecho ese mismo día porque era una foto de ella y Marlowe la noche de la fiesta. Tía Georgina le guiñó un ojo y miró tras de sí hacia el sillón cercano de la chimenea donde estaba sentado su padre con tío Damon y tío Dylan.

Mary Kate empezó a reír.

De nuevo el cuerpo de Aníbal basculó.

—Laurence, lo peor que has hecho es sujetarlo —dijo su padre y Mary Kate alzó las cejas al ver que su padre había eliminado todas las formalidades hablándole a Marlowe por su nombre—. Ahora se lanzará directamente hacia la rama alta que quiera.

—¿Cómo va a dejar que se caiga, papá? —le dijo Michelle sacando la cabeza desde el otro lado del árbol. Cogió unas bolas más y volvió a perderse.

—De peores se ha caído.

—¿Y has solucionado algo? —De nuevo la voz de Michelle al otro lado.

Vio al perro de Aníbal, que no se quitaba del lado de Marlowe y que no perdía ojo a Aníbal.

Como si quisiese ayudar para que no cayese al suelo. Mary Kate contuvo la sonrisa.

Aníbal bajó una mano para que Marlowe le diese otra bola. La pequeña Ella Lyon se asomó por el otro lado del árbol. Hércules era el que la tenía cogida en brazos para que pudiese poner bolas a media altura.

—¡Laurence! —Oliver hasta la empujó al pasar corriendo y dio un salto para engancharse en Marlowe también, que tuvo que sujetar bien a Aníbal para que no se cayese.

—¡Oliver! —Su padre hasta se puso en pie—. Baja ahora mismo de ahí.

De ahí. Ahí. De Laurence Marlowe.

Mary Kate tuvo que darles la espalda para reír.

—Ya está controlado, no hay problema. —Fue la voz de Blake y Mary Kate miró a Marlowe, que ya tenía a Oliver en el otro hombro. Esa vez sentado, tal y como la ponía a ella para que amarrase las cámaras a los árboles.

Está claro que a los Lyon nos gusta escalar a Marlowe.

Y tampoco a él le suponía un problema, ni siquiera a dos a la vez. Chris se reía desde el otro lado de Marlowe y alargó la mano hacia su brazo.

—Es que es una pasada —dijo tocándole el tríceps.

¿A que sí? Llevo diciéndolo desde que llegué a la sabana.

—Chris, esas cosas no se dicen así, qué vergüenza. —Su hermano George negaba con la cabeza y Michelle le pasó la mano por la nuca. Él la miró—. ¿Estamos dando la nota, verdad? —le preguntó en voz baja y ella empezó a reír—. Va a pensar que somos unos salvajes.

Se inclinó hacia el oído de George.

—Piensa que él vive entre leones —le dijo ella.

—Estos son peores, te lo aseguro —respondió su hermano y Mary Kate vio que hasta Marlowe tensó la mandíbula para no reír.

Blake se inclinó en una de las bolas para mirar la foto que había dentro en la que estaba él, mientras rodeaba a Dayana.

—Señor Lyon, gracias por recoger esta noche a los Misters huérfanos —le dijo a su padre con ironía.

Su madre alzó una mano quitándole importancia. Él tío Damon levantó una mano también.

—A dos tenía que recogerlos por narices, así que tampoco tiene mucho mérito uno más —soltó el tío Damon y Mary Kate se tapó la cara.

—¿Ves? —le dijo George a Mary Kate de nuevo en su oído—. Estamos dando la nota.

Su cuerpo rebotaba en carcajadas que intentó que no saliesen fuera. Una bola rodó por el suelo.

—Se me escapó —dijo Aníbal y apoyó una mano en Marlowe para saltar al suelo.

—¡Aníbal, por Dios! —Su madre entraba con una caja más. Pero Marlowe lo cogió en el aire

rodeándole la cintura con el brazo sin que se le cayese Oliver por el otro lado.

El tío Damon levantó la mano de nuevo.

—Esta vez pensaba que al menos uno se te caería —dijo tío Damon riendo.

Vio de reojo cómo George se tapaba la cara y se retiraba hacia la mesa.

—Yo no pienso invitar a nadie nunca —iba diciendo.

Marlowe dejó a Aníbal en el suelo, que no se había asustado ni un ápice, al contrario, parecía divertido. Miró a Marlowe enseguida.

—Guau —dijo el niño y él le sacudió el pelo.

—Sí, guau, que casi te partes la cabeza —dijo su padre levantándose del sillón.

Con Marlowe cerca no se va a partir nada.

Estaba completamente segura.

Aníbal corrió a coger la bola que rodaba por el suelo y de vuelta se detuvo junto a ella.

—Este mola, eh —le dijo y siguió su camino hacia Marlowe de nuevo.

Qué poca vergüenza tiene.

Se cogió al brazo de nuevo y Marlowe lo ayudó a subirse.

Desde luego que le echa paciencia.

Tuvo que sonreír al mirarlos.

—Ya se acabaron las bolas, ¿no? —preguntó la tía Georgina acercándose a ellos de nuevo.

—La última —dijo Aníbal y se mordió la lengua para colocar la que se le había caído antes. Una precisamente de la tía Georgina y el tío Dylan—. Ya.

Marlowe dejó caer en el aire a los dos a la vez y los cogió a media altura. Los dos niños rompieron en carcajadas.

—Falta una. —Se oyó una voz dulce desde la parte baja del árbol.

Mary Kate bajó la mirada y sonrió.

—Lilia. —Alargó la mano para ayudarla a ponerse en pie.

Era la hija mayor de tía Mayte, Lilia Damon. Una niña excesivamente tímida de ocho años que lograba eclipsarse tras los revoltosos pequeños Lyon.

Si no la hubiese ayudado a abrirse camino entre Marlowe, Oliver y Aníbal, se hubiese quedado en el suelo hasta que decidiesen retirarse del árbol.

Mary Kate la cogió en brazos.

—¿Dónde quieres ponerla? —le preguntó.

Era una bola con la foto de George.

La niña no respondió, solo alargó la mano hacia una rama vacía y la colgó con mucho cuidado. Mary Kate le dio un beso enorme y sonoro en la mejilla. Le encantaba la pequeña Lilia. Tenía la timidez y la dulzura de tía Mayte, sin duda.

—Muy bien. —La dejó en el suelo de nuevo y le cogió la mano para que no volviese a

desaparecer tras algo para que no pudiesen verla.

—Por fin. —El tío Damon rodeó los sillones—. ¿Comemos ya entonces? —Miró a su padre —. Que desde que han llegado tus invitados los has puesto a trabajar con el árbol y no les has dado ni una chocolatina. Menudo anfitrión.

Su padre le dio en el hombro al tío Damon.

—El próximo año lo hacemos en tu casa —le respondió su padre.

—Encantado siempre —respondió su tío.

Dayana alzó las cejas y la miró a ella.

—¿Pasar la Navidad en la casa de Thomas Damon? —Sacudió la mano en el aire—. Lo recordaré toda mi vida —añadió y Mary Kate empezó a reír.

Ya ella se había acostumbrado y era simplemente su tío. Pero no dejaba ser quien era para el resto del mundo. Algo un tanto incómodo en ventas y celebraciones familiares en el que todo el mundo se quedaba paralizado.

Pero al tío Damon todo eso le importaba poco.

Tía Georgina le dio en el hombro, oyó un tintineo cerca de su oído.

—Todas tuyas —le dijo tía Georgina en un susurro sacudiendo de nuevo las llaves.

—Gracias —susurró ella también—. ¿Cómo ha quedado?

—Será una sorpresa —respondió su tía riendo. Miró a Marlowe de reojo e hizo una mueca—. No sé si buena para todos. —Aumentó su risa.

Mary Kate se tapó la cara para reír.

—Gracias —dijo otra vez.

Lilia miraba a una y a otra sin entender mucho. Mary Kate le puso la mano en la cabeza y la apretó a su cuerpo.

—¿Vamos a la mesa? —le preguntó y ella asintió con la cabeza.

—¡Marlowe! —De nuevo Aníbal se montaba en Marlowe—. Vamos a la mesa.

—¡Aníbal, no seas cara dura! —le reprendió su padre.

—¡Yo! —Oliver corrió hacia Marlowe también.

Mary Kate suspiró mirándolos.

—No te los vas a quitar de encima hoy —le dijo.

Tampoco podrías quitarte de encima a su hermana mayor en otras circunstancias.

Marlowe era como un imán para todo el mundo.

Se guardó las llaves que le dio tía Georgina. Las horas pasaban. Pronto estarían de nuevo en la reserva.

Echaría su familia de menos, no lo dudaba.

47

No se podía creer ni que le diese alegría ver el cartel del hotel Karibu. La sensación era que había estado fuera demasiado tiempo. Y solo habían sido tres días.

Marlowe detuvo el coche en el *parking*.

—¿Y si solo me cambio y nos vamos? —preguntó ella y miró de reojo a Marlowe. El también llevaba unos *jeans* y una camiseta de las que llevaba en Londres, pero de manga corta.

—Deberíamos haber comido hace más de una hora.

—Quiero llegar a casa, ver a Maya y entonces comer —replicó ella.

Marlowe negó con la cabeza y rio.

—La pido para llevar. —Marlowe abrió la puerta del coche, pero Mary Kate ya estaba fuera. Haber puesto un pie en la sabana de nuevo había sido una inyección de energía en su cuerpo. Una extraña necesidad de correr entre pasto seco y escalar árboles.

Fue ella la que empujó la puerta para entrar. Ver a Fendy, a Amanda Bruce o a incluso a Zindia ya no le resultaba tan tenso. Quizás la inyección de unicornios sumado a saber la realidad de Marlowe, hizo que se desvaneciese aquel calor extraño que le producían unas y otras.

—Cualquier cosa que esté hecha —le dijo a Marlowe antes de retirarse de él y apresurarse hacia la puerta que llevaba arriba.

Por las escaleras se quitó los tacones y abrió la puerta de su dormitorio, entró y se apresuró a cambiarse de ropa. Corrió escaleras abajo de nuevo con el móvil en la mano.

Tras la puerta azul claro sus ojos enseguida se dirigieron a Olivia Fendy, que tenía el cuerpo a escasos centímetros de Marlowe, vio que este se retiraba y que ella volvía a acortar distancias.

Ya estamos.

No quiso apresurarse hacia ellos.

Pero ya te estás separando de ahí, que no lo he catao ni yo todavía.

—¡Marlowe! —reconoció la voz de uno de los Rangers del día del cocodrilo y Marlowe se alejó de Fendy para atenderlo.

—Muy pronto de vuelta —le dijo Olivia a ella—. ¿Aún no has acabado con el documental?

Tía Natalia siempre dice que es mejor corto, claro y directo, y cuanto antes mejor.

—Voy a quedarme en la reserva —le soltó—. Con o sin documental.

Vio la cara de Fendy tensarse de inmediato.

—Ya imaginaba que no querrías irte de aquí —replicó Olivia enseguida. No pudo ocultar su decepción y nuevamente, y como siempre, su enfado. Una especie de ofensa extraña.

—Imaginabas bien. —Se acercó a Marlowe, que seguía hablando con aquel hombre y tiró de

su brazo—. Vámonos —le dijo en un susurro.

Marlowe la miró un instante y luego miró tras de sí a Olivia. Vio el por qué se lo había dicho. La cara de Fendy transmitía exactamente los segundos que le quedaban a la bomba para estallar.

—Vale —respondió él.

—Laurence Marlowe. —Era la voz de Olivia—. Todo esto lo estaba viendo venir.

Mary Kate cogió aire y lo soltó de golpe, él se giró para mirar a Olivia.

—Que yo solo era un entretenimiento —añadió Olivia—. Que todo eran excusas y huidas. Y ahora… —La miró a ella—. Hasta cambias tu casa para que esta dama londinense pueda estar lo más cómoda posible.

Ya metió la pata. Era una sorpresa.

—¿Qué? —dijo Marlowe con el ceño fruncido y Mary Kate lo empujó en el pecho para que se alejase de Olivia y pudieran salir de allí.

—Pensaba de verdad que era tu forma de ser —dijo Olivia—. Pero solo ha hecho falta que venga una mujer a la altura de eso que detestabas para que cambies de opinión. Lo que estaba claro era que yo quedaba fuera y que Bruce tenía razón. Ni ella ni yo ni Zindia, sino una del mundo del que venías, el mismo de tus amigos, cómo no. ¿Vuelven a gustarte las mansiones y la gente de su estilo?

Mary Kate movió la mano en el aire.

—Oye, perdona, vale que te joda, lo entiendo. Pero ya te estás pasando, eh —la cortó ella—. Y no voy a consentir…

Sintió cómo Marlowe la rodeaba por la cintura y la retiraba de Fendy alzándola en el aire.

—Niñata idiota —le dijo Fendy y ahora entendió la reacción de Marlowe para quitarla de allí.

Marlowe puso a Mary Kate en el suelo y metió el cuerpo entre ella y Fendy.

—Olivia, lo he intentado, pero contigo es imposible. Esta tarde dejaremos libres las habitaciones —le dijo y también se apartó de ella y le dio la espalda para dirigirse hacia la puerta agarrando a Mary Kate de la mano para llevársela con él.

Salieron de allí.

—Nos hemos quedado sin comida, ¿verdad? —preguntó ella en cuanto la puerta se cerró.

—Sí —respondió Marlowe.

—Pues vale. —Ella dio unos pasos hacia el coche.

Marlowe la siguió negando con la cabeza. El motor del coche hizo que Mary Kate mirase hacia la carretera. Era Amanda Bruce.

Seguimos.

—¿Ya estáis de vuelta? —preguntó—. Pues tenéis a vuestra leona de nuevo por aquí.

Marlowe se sobresaltó.

—¡Al coche! —La voz de Marlowe sonó a orden absoluta.

—Ya te dije que era para nada, Marlowe. El fin de esa leona es el que es —añadió Bruce.

Mary Kate se dio media vuelta para mirarla.

No te hago una peineta porque no tengo ganas de liar otra discusión.

Pero con la mirada pareció decírselo de todos modos.

—¿Pasa algo, señorita Lyon? —preguntó Bruce con ironía.

—Que menudo palo tenéis todas aquí metido por el culo. —No pudo callarse—. En cuanto a la leona… —Abrió la puerta del coche—. Su fin es donde está. —Se sentó en el coche—. En casa —añadió cerrando la puerta.

Marlowe arrancó y el coche rechinó con la aceleración.

—¿Hay algún otro pueblo por aquí? —preguntó a Marlowe.

—No.

Mary Kate resopló. Iban tan rápido que no tardaron en llegar a la carretera. Marlowe dio un silbido, pero el sonido se perdería con el motor del coche.

—Hay que sacar a Maya de aquí —dijo él.

—¡Maya! —Mary Kate se puso de rodillas en el asiento y miraba los alrededores de la carretera—. ¡Maya!

Sonrió al ver algo dorado corriendo a gran velocidad en la misma dirección que ellos. Marlowe la tuvo que ver también porque aminoró la marcha para que pudiese igualarlos.

48

—¡Qué demonios! —Entraron en el acceso a la casa.

Mary Kate alzó la barbilla para que Maya pudiese alcanzarla desde el asiento trasero, el animal no dejaba de restregarle la cara y el lomo.

Sonrió al ver la casa y hasta se la tapó con una mano.

Tía Georgina nunca decepcionaba. Tiempo récord.

Habían colocado un toldo retráctil de unos metros para formar un porche y habían puesto en el suelo lamas que imitaban a la madera, cuando ella solo les había pedido algo para sentarse bajo el toldo.

Desde allí podía ver dos sillones colgantes individuales y uno más largo, doble, o quizás triple.

El cambio de puerta y ventanas era evidente. Se sacó las llaves del bolsillo trasero del pantalón.

—Bienvenido a tu casa —le dijo.

Marlowe negó con la cabeza, cogió las llaves.

—Esto tiene que ser una broma —dijo abriendo la puerta del coche.

—Sí, hemos llenado la casa de cosas que no necesitas. —Abrió también el coche. Maya bajó de un salto. Tuvo que reír al ver a Marlowe detenerse antes de subir a la tarima del porche.

—Esto se va a llenar de bichos por debajo —protestó y ella se tapó la cara con la mano de nuevo para reír—. Tú ríete, cuando te salga una serpiente y no sepas de dónde, cuando estés balanceándote en tu sillón… —Lo empujó para que se balanceara—. Hablaremos de camino al hospital.

Marlowe subió a la tarima y cogió una de las llaves para abrir la puerta.

—Sigue abriendo para fuera, nadie sabe el por qué, pero te la hemos dejado igual —dijo ella accediendo a la tarima y acercándose a la puerta, recibió una mirada de Marlowe.

—Porque todos los animales saben empujar —replicó él como si fuera evidente.

Era lo que ella misma imaginaba.

Los hierros que anclaban la puerta acorazada a la fachada sonaron mientras la llave daba varios giros.

—Solo tenía que ser a prueba de monos ladrones —dijo Marlowe y ella contuvo la risa.

También ella estaba deseando ver el interior. Tía Georgina ni siquiera había querido enseñarle fotos.

Marlowe abrió la puerta sin poner un pie dentro y bajó la barbilla para mirar al suelo, luego

la miró a ella.

—¿Te gusta? —Mary Kate no pudo aguantar la risa esa vez al ver la expresión de Marlowe. Pasó por delante de él al ver que no se movía.

Lo de tía Georgina era nivel dios, por esa razón ganaba lo que ganaba en su trabajo.

Había sustituido el suelo por uno de madera, un color roble con vetas, la pared apenas era un color blanco roto, no dejaba de ser blanco, pero le había quitado aquel aspecto de pasillo de hospital.

La cocina ocupaba toda la pared de la derecha, aprovechando cada centímetro y no los huecos que tenía Marlowe en las esquinas con los muebles antiguos.

Al lado izquierdo había puesto un sofá en condiciones por fin, con patas para que Sabrina pudiese meterse debajo como siempre. En la pared pudo ver lo que parecía un cuadro rectangular de madera, con un mecanismo para poder abatirlo y que se convirtiese en mesa de madera.

También había puesto unos cuadros de fotos que ella le envió de la manada cubiertas con un cristal. Y al fin sillas de madera con cojines mullidos.

Cogió la mano de Marlowe y tiró de él. A pesar del poco espacio, al ser la cocina de color blanco con la encimera de madera como el suelo, y el sofá de un tono tostado, le daba la claridad y la amplitud suficiente y la calidez de un hogar.

Habían colocado una especie de platanero alto junto al sofá. Tía Georgina nunca decoraba nada sin plantas.

Las ventanas eran todas de triple cristal y herméticas, para que pudiesen enfriar la casa con el nuevo sistema de aire y que no se escapase nada. Y había buscado las mosquiteras más resistentes para cubrirlas.

A Sabrina no va a gustarle nada eso.

Miró debajo del sofá y vio el rabo de Sabrina en una de las esquinas. Sonrió al verla.

—Te traigo unos mini bichos maravillosos —le dijo ladeando la cabeza bocabajo y se quitó con rapidez por si acaso.

Vio a Marlowe sonreír frunciendo el ceño.

Mary Kate dio unos pasos hacia el baño. Ya no notaba el olor a tubería, estaba todo sustituido y solucionado. El baño ahora era una especie de pasillo de piedra gris, imitando a la perfección la roca natural. Y la ducha una cascada al fondo.

—Eso va a echar demasiada agua. —Lo oyó protestar tras ella.

—Han contado con eso —respondió ella—. Han contado con todo —añadió siguiendo el camino hasta los dormitorios.

El que había ocupado ella siempre ahora parecía estar completamente libre y parecía mucho más grande.

Las literas eran abatibles y estaban recogidas. Una sola pieza para dos camas, un armario y

un escritorio que posiblemente se perdería debajo cuando abriesen las camas. La nueva ventana la cubría un estor de lino, al igual que las del salón.

Ahora había menos espacio en el pasillo. Aquel armario metálico había sido sustituido por un pequeño trastero para guardar aspiradoras y otros utensilios. Y que ahora todas la puertas fuesen correderas y se perdiesen dentro de la pared hacía que fuese tremendamente cómodo.

Sonrió al ver el nuevo dormitorio de Marlowe. Tía Georgina había diseñado un mural en relieve que replicaba la sabana, como si más allá de la cama estuviese la llanura de Mali y Turuc y el resto de la manada.

Una cama con un cabecero simple y ropa de lino en tonos rotos y tostados. Dos mesillas de noche sin patas y un armario mucho más grande que el de Marlowe y de madera.

Misma casa, más comodidad. Espacio reducido, pero suficiente para ellos dos.

Miró a Marlowe y él bajó los ojos para mirarla a ella. No sabía cómo, a pesar de que las ventanas fuesen las mismas, la sensación en la casa era más luminosa. Otra magia del mundo real que sabía hacer bien tía Georgina.

—Gracias —dijo y ella alzó las cejas.

—¿Entonces te gusta?

—Tendré que acostumbrarme, pero gracias por las molestias —respondió él.

Ella le puso la punta del dedo en la barbilla.

—Reconoce que está infinitamente mejor —le dijo con ironía y lo vio contener la sonrisa—. Y reconoce que la casa necesitaba una reforma.

—No —replicó enseguida y ella rio—. Bueno, ahora contigo quizás sí que la necesitaba. —Se encogió de hombros y luego sonrió—. Ahora es una choza más cómoda y moderna.

La risa de Mary Kate aumentó.

Oyeron un ruido de cuerdas vocales felinas y tuvieron que salir al salón. Aquella puerta tendía a cerrarse si no la sujetaban y Maya estaba fuera quejándose.

—A Maya no le gusta la reforma —dijo Marlowe abriendo la puerta.

Hasta en aquel marco grueso pudo notar el cambio físico que había pegado Maya desde los primeros días. Ahora era una leona de hombros más anchos y de mejores formas.

Mary Kate se inclinó para cogerle la cara a leona con ambas manos y estrujó su cara en ella.

—Quédate con ella, voy a bajar a la manada un momento —dijo Marlowe saliendo de la casa —. Creo que Sila ya habrá tenido el cachorro.

Mary Kate asintió y miró a Maya de nuevo.

—Te he echado de menos como no te imaginas. —Volvió a hundir la cara en la leona y esta se retiró de ella como si quisiese seguir a Marlowe, pero solo quería ver cómo se marchaba.

—Oye, que ese león es mío ahora —le dijo riendo a la leona y Maya la miró con sus ojos almendrados—. Bueno, contigo lo comparto. Contigo sí. —Le pasó la mano por la cabeza, pero

Maya quería salir de la casa. Mary Kate entornó los ojos.

—No puedes seguir a Marlowe hasta la llanura, ya lo sabes —dijo siguiendo hasta fuera.

Maya andaba despacio hacia los árboles, pero se detuvo y miró a atrás.

—Vale, voy contigo hasta a la colina.

Cerró la puerta y atravesó la tarima del porche tras la leona, sin perder de vista las copas de los árboles.

—Mr Mon —lo llamó sacándose del bolsillo un paquete de los que tanto le gustaban a él. Lo hizo sonar.

No había alcanzado ni la mitad de camino cuando vio unos ojos redondos que se asomaban entre las ramas.

—Amigo. —Volvió a mover el paquete para hacerlo sonar.

Con Maya tan cerca sabía que él no se atrevería a bajar. Así que tiró de una de las ramas para comprobar si aguantarían su peso.

Apoyó el pie en un saliente del árbol y ascendió un par de metros.

—¡Mr Mon! —volvió a llamarlo—. Te los he traído sin azúcar. De chocolate negro puro —sonrió al ver que él se iba acercando por las ramas.

Ella ascendió una rama más y se acuclilló en ella.

—Además hoy no tienes que robármelo. —Alargó la mano con el paquete hacia él—. Es un regalo que te he traído de Londres.

El mono se montó en su misma rama y anduvo por ella hasta acercarse.

Mary Kate esperó a que lo cogiese. Por lo general el mono echaba a correr en cuanto tenía el premio, pero esa vez se quedó allí dándole vueltas al paquete mientras lo miraba.

Mary Kate acercó la mano a él y el mono enseguida dirigió una mirada a sus dedos. Él se los empujó con sus manos para alejarle la suya del paquete. Mary Kate tuvo que reír. Por el gesto por supuesto, por el primer contacto que Mon hacía con ella que no tuviese nada que ver con robarle cosas.

Él no se alejaba.

—A ti también te he echado de menos. —Volvió a acercar los dedos, esa vez al hombro del mono, que se había dado media vuelta para darle la espalda. Y él al sentirla giró la cabeza para mirarla—. La vida en Londres es diferente a la de aquí. Muy diferente. Pero cada vez la vida que me parece más extraña es aquella.

Cogió aire y lo soltó de golpe en un suspiro.

—¿Quién iba a decírmelo? A mí, Mary Kate Lyon. —Siguió pasando los dedos por el hombro del mono. La estaba dejando tocarlo. Todo un logro. Ella sonrió—. Allí podría hacer lo que quisiera, todo tipo de entretenimientos, fiestas y un vestidor enorme. —Resbaló la mano por el brazo de Mr Mon, volvía a acercar los dedos hasta el paquete. Pero esa vez él no lo retiraba.

Estiró uno de los dedos y tocó el plástico del paquete y él se quedó quieto. Le brillaron los ojos y hasta le escoció la garganta.

—Pero no tiene nada que ver con lo que tengo aquí. —Su sonrisa se amplió al ver que él le estaba dejando tocar su premio.

Retiró la mano del paquete y volvió a acariciarlo antes de regresar al tronco y bajar al suelo de nuevo.

Maya estaba al final de la arboleda, esperándola. Mary Kate se apresuró para alcanzarla y Maya en cuanto vio que ella había retomado el camino, siguió avanzando.

—¿Qué te pasa hoy? —Tuvo que correr para llegar hasta ella.

Solo tres días y parecía que Maya había cambiado. Siempre le gustaba asomarse a la colina cuando Marlowe estaba en la llanura con la manada, pero era la primera vez que la veía impaciente. Quizás era por los días sola.

Se sentó junto a ella en aquellas piedras que Marlowe le decía que no debía sentarse porque podría caer abajo si Maya la empujaba.

Ver a Maya silenciosa mirar hacia una manada que ella no tenía era uno de los momentos más difíciles para Mary Kate allí en la sabana.

Se dejó caer en el animal.

—Vas a ser parte de ellos —le dijo restregando la cara por su lomo—. Porque dice Marlowe, que tarde o temprano, la bestia siempre sale.

Maya bajó la cabeza un instante y llegó con su nariz hasta la cara de Mary Kate para restregarse por ella.

—Y estoy segura de que la tía es enorme. —Alzó el brazalete de cuero—. Ahora somos hermanas, ¿lo sabes? Y es un honor para mí, Maya.

Tuvo que sujetarse en el suelo con las manos tras su espalda para soportar la presión que la leona hacía sobre ella, acabaría con la espalda en el suelo.

—Eres una pedazo de leona, y vas a conseguir la manada del león más grande de por aquí —añadió mientras encogía la nariz con los bigotes punzantes de ella.

Y se oyó un rugido ronco que no salió del cuerpo de Maya. Porque el lateral de su cuerpo no vibró, ni lo pudo sentir en el oído.

Se agarró a Maya, el cuerpo entero se le había bloqueado.

Giró la cabeza despacio para mirar atrás.

Dios…

Nunca había visto a un león tan grande fuera de una pantalla. Superaba en tamaño a Mali con creces, a lo alto y a lo ancho. A aquel león se le podían apreciar hasta los músculos de las patas delanteras como si fuese un deportista.

Tenía tanto pelo rodeándole el cuello que parecía que llevaba una corona. Acostumbrada al

hocico de Maya, aquel bicho era enorme lo mirase por donde lo mirase.

Contuvo la respiración, el miedo le llegó hasta el ano. Turuc no había subido nunca la colina.

Maya enseguida pasó las patas por encima de ella y Mary Kate quedó con el cuerpo bajo el de Maya, que se había incorporado y respondió al rugido de Turuc con otro rugido ronco.

Los ojos de Mary Kate se inundaron de inmediato cuando vio el gesto de su leona. A pesar de que en una lucha no tendría nada que hacer contra Turuc. Y ser consciente de eso hizo que el miedo en su cuerpo aumentase.

Maya dio unos pasos adelante, en uno de ellos pisó su muslo con una pata trasera, pero ni siquiera eso podía hacerle daño en aquellas circunstancias. Lo único que no quería era que entre ella y Turuc se iniciase una pelea.

Maya volvió a rugirle al león, esa vez más fuerte.

Ahí está la bestia.

Lamentaba que saliese contra el león más grande y fuerte de la reserva.

Turuc dio unos pasos en un intento de rodearla, pero Maya se volvió a interponer entre ella y el león. El rugido esa vez fue más fuerte y Turuc respondió con uno de los suyos, los que hacía que retumbasen árboles y hasta las paredes de la casa que ya conocía bien.

Mary Kate se llevó la mano a la boca y las lágrimas aumentaron. Su única esperanza era que el rugido de Turuc llamase a Marlowe y él llegase a tiempo.

Maya se avanzó a Turuc en una embestida rápida y vio que el león reculó un instante y embistió también sin llegar a alcanzarla. Pero Maya se mantuvo sin moverse un ápice.

La respuesta fue un rugido de Turuc, esa vez más fuerte si es que eso era posible. Un rugido más y alzó la babilla para alargarlo.

Madre mía, qué pulmones.

Y la boca gigantesca que acababa de ver mientras rugía, mejor ni lo pensaba. Podría matarlas a las dos en pocos minutos.

Maya volvió a avanzar y esa vez sí llegó a alcanzarlo con la frente, empujando la cara del león con ella y Turuc echó atrás una de las patas traseras.

Mary Kate cerró los ojos esperando la respuesta de Turuc. No quería verlo, bajó la cabeza y se llevó una mano a la cara.

Pero lo siguiente que oyó fue uno de aquellos sonidos de la nariz de los felinos. Un nuevo rugido ronco que reconoció como el de Maya.

Abrió un ojo, el otro aún lo tenía bajo la mano. Y soltó el aire de golpe.

Maya pasó por delante de Turuc, rebasándolo, y siguió dando pasos adelante mientras Turuc la seguía con la mirada.

Y Turuc movió una de sus patas delanteras y luego otra hacia la dirección donde avanzaba la leona.

Mary Kate sintió cómo todo su cuerpo se asentaba y comenzaba a sentirlo.

Pero el león se detuvo y la miró a ella. Se sobresaltó con el sonido de nariz de él y el aire caliente de león llegó hasta Mary Kate.

Dios.

Pero Turuc no se detuvo en ella más allá de aquella espiración fuerte, miró a Maya y siguió tras ella.

Me cago en…

Soltó aire de nuevo con fuerza.

—Jo-der. —Se llevó la mano a la cara de nuevo. Estaba hasta mareada del susto.

—¡Mary Kate! —Marlowe llegaba a paso apresurado, pero su mirada enseguida se dirigió hacia Turuc, que se perdía tras Maya en aquellos arbustos.

Con Turuc allí las hienas ni se acercarían.

—No lo he visto subir, nunca lo ha hecho —dijo él ayudándole a incorporarse. Le cogió enseguida la cara—. Lo siento.

—Estoy bien. —Se abrazó a él y miró hacia donde se habían ido Maya y Turuc.

—Y hemos pasado de fase con Maya, ni sé cómo —dijo apoyando la barbilla en la frente.

—Si Turuc la acepta, ¿la aceptarán las leonas?

—La acepten o no, él va a defenderla. Así que irá bien —respondió él y ella sintió cómo su cuerpo recobraba por completo el peso de nuevo. Marlowe le cogió la cara y se la alzó para que lo mirase—. Y contigo también.

Ella alzó las cejas.

—¿Conmigo? Si casi me come —le dijo ella y él empezó a reír.

Él negó con la cabeza.

—Turuc no venía a comeros. —La sonrisa de Marlowe se amplió.

Mary Kate cogió aire y cerró los ojos.

—Es enorme —resopló.

—Pues ve acostumbrándote a su tamaño —replicó él.

Difícil. Muy difícil.

Marlowe la soltó y se alejaron de la colina para meterse en la arboleda camino a la casa.

El paisaje con solo cuatro detalles había cambiado por completo al fondo de la arboleda. Ahora parecía un hogar. El suyo.

Se dejó caer en Marlowe y él le rodeó con un brazo y le besó la sien.

La tarima se calentaba a pleno sol, tendrían que acostumbrarse a mantener el toldo echado todo el tiempo.

—No sabes la tranquilidad que me acabo de llevar con Maya —dijo él.

Pues yo me he cagado encima.

—Parecía que iban a pelearse. —Mary Kate hizo una mueca y él sonrió.

Marlowe abrió la puerta de la casa y la atrajo hacia él, cogiéndole la nuca para besarla y el beso se alargó tanto que Mary Kate sintió cómo su cuerpo basculaba hacia él, quedando completamente pegado al de Marlowe. Solo agarrarle el pelo o los hombros era suficiente para que su cuerpo se acelerase y el calor corriese ombligo abajo y se enredase entre sus piernas.

Volvió a apretarse contra él y Marlowe la empujó hasta que su espalda encontró la pared. Rodeó el cuello de él y le absorbió la lengua y los labios antes de resbalar la boca por él hasta donde acababa su mandíbula y hacerla correr cuello abajo.

El ardor entre las piernas se hizo intenso y regresó el tintineo que le provocaban los besos de Marlowe.

Mary Kate tiró de la camiseta de Marlowe y metió las manos tras la tela. Tocarlo directamente, sin algodón, sin lana, sin abrigos y sin chaquetas. Directamente él.

Le desabrochó los pantalones con una sola mano y volvió a perderla bajo el algodón. Sintió como le apretaba las nalgas, tanto que ella tuvo que alzarse de puntillas a la vez que le cavaba los dientes en el cuello.

Y algo en su gesto hizo que él volviese a buscarle la boca y la atrapó con tanta fuerza que la joven tuvo que arquear la espalda. Esa vez lo sintió hurgar en su pantalón, retirarlo, meter las manos directas en su piel también y volver a apretarla.

La alzó en el suelo y ella cerró los muslos en el cuerpo de Marlowe. Recibió una envestida, que aun con ropa entre ellos pudo sentir directa y firme mientras su espalda daba contra la pared.

Lo oyó espirar con fuerza. El tintineo entre sus piernas iba a más. Apretó a Marlowe contra ella para recibir otra mientras le introducía la lengua en la boca.

La ropa sobraba allí abajo, tiraba, molestaba. Pero en aquella postura era imposible quitársela, ni tampoco quitársela a él.

Cerró los ojos al sentir la lengua de Marlowe resbalar por el cuello camino de la clavícula y le apretó los dedos en los hombros.

La retiró de la pared y dio unos pasos con ella alzada hacia el dormitorio.

Las formas de Londres se habían acabado. Ya no estaban en la casa Lyon.

Estaban en la guarida del león.

Y no llegaba a imaginar lo que vendría.

Sonrió apretando su frente contra la de él.

El león era completamente suyo. Ahora sí. Completamente.

49

Acostumbrarse al tamaño de Turuc, eso es lo que había hecho durante semanas y ya estaba preparada para seguir grabando todo lo que debía para regresar a Londres y montar las imágenes con una composición musical que le había pedido a Owen Byron.

La tenía en su cabeza, secuencia por secuencia. La presentación completa del documental que pensaba rodar si se le daba la oportunidad.

Comenzaba a gustarle estar en la manada de noche. Al fin y al cabo, los leones eran animales nocturnos.

Soltó el farol en el suelo, llegó hasta Marlowe y dio un traspiés al notar cómo la empujaban desde el culo. Se giró, era Maya. Y tras ella Turuc, con él era complicado no caerse, ya la había dejado caer varias veces y había sobrevivido a algún pisotón.

Se inclinó riéndose en el suelo y Turuc llevó la boca entreabierta hasta el oído. Cerró los ojos, sabía lo que venía. Un rugido que le retumbaba los tímpanos.

Su risa aumentó.

—Te va hacer daño, no te quejes después —le regañó Marlowe.

Tuvo que engancharse a la melena del león para poner la rodilla en el suelo y que no la dejase caer de lado. Y dejó caer la cara en el pelaje de Turuc.

—Si ellos te aceptan —dijo Mary Kate—, si te conceden el privilegio… —Un ruido más que la hizo retirar la cara de él, volvió a agarrarse de sus melenas para guardar el equilibrio—. Puedes ver cómo viven, saber lo que sienten. —Otro empujón, esa vez de Maya.

Cada día amo más a los leones.

Tuvo que intervenir Marlowe para alzarla.

—Y lo que se siente cuando te aplastan, eso también —añadió Marlowe y ella rompió en carcajadas—. No dejes que te hagan eso… —Había perdido la cuenta de las veces que se lo había dicho.

Mary Kate alzó la barbilla.

—Dos semanas. —Fecha para presentar aquello en el evento y le dio un codazo a Marlowe —. Y no tengo ni una pizca de miedo.

Él se dejó caer en el árbol y la miró de reojo.

—Te veo horas escribiendo en el cuaderno, a estas altura debes tenerlo muy claro —le dijo él.

Y ella asintió con la cabeza.

—La verdad es que en un princip… —Nuevo empujón, esta vez de Sila, otra leona de Turuc,

y ella alargó la mano para acariciarla, pero Maya se metió en medio y la empujó con el culo para ponerse ella. Mary Kate negó con la cabeza—. En un principio pensaba hacer otra cosa. —Levantó la mano—. Estaba convencida de hacer otra cosa —suspiró—. Pero Irina me hizo cambiar de opinión.

—No sé si debes hacerle caso a Irina. —Sonó irónico.

—Siempre hay que hacerle caso a Irina —replicó ella y él frunció el entrecejo con ironía—. Así que ya tengo claro lo que quiero.

Pasó la mano por Maya y otra por Turuc.

—Y vais a ayudarme, ¿verdad? Claro que sí. —Luego miró a Marlowe—. Sé lo que hay en juego. No son solo los Ramson, son las consecuencias de lo que consiga.

—No te presiones con eso.

—Debo presionarme con eso —respondió ella—. No es solo la reserva, es el agua del poblado. —Se acercó a Marlowe y le rodeó el cuello—. Y confía en la leona, porque va a conseguirlo.

—Nunca he dudado de la leona.

—¿No? —Dejó caer a cadera en él.

—No —negó con la cabeza y rozó la nariz con la suya—. La bestia siempre sale, Mary Kate.

Ella entornó los ojos meditándolo y sonrió.

Estaba deseando que todos los que confiasen en ella vieran lo que había preparado.

50

Llevaba unos días en Londres de nuevo. El tiempo justo de la edición de la presentación. La música que había compuesto Owen Byron y de la que solo escuchó una muestra en la sabana, ahora grabada e insertada con cada imagen era absolutamente perfecta. Tenía que agradecerle mucho al gran compositor por los cambios sugeridos, que le atendiese cada llamada y que consiguiese cada efecto que ella le pedía, incluidos algunos sonidos de la sabana y rugidos de los leones, y su propia voz. Varias pistas de sonido que ahora encajaban como un puzle, pieza por pieza montadas en su cabeza y que ahora eran reales.

Cerró el ordenador, desde el día anterior sentía el cuerpo ligero, por mucho que se hubiese hecho fuerte poco a poco los nervios del evento no acababan de calmarse. Pero ahora esos nervios no la hacían sufrir, al contrario. Era unos nervios similares a los días previos de eventos especiales de los que la hacían disfrutar.

Abrió la puerta del dormitorio y bajó al despacho de su padre. Marlowe había llevado a sus hermanos a la fábrica de aviones de Stoker, los pequeños leones lo deberían estar flipando.

Llamó a la puerta.

—Papá, soy yo —dijo antes de abrir.

Su padre estaba sentado tras su mesa con varios planos sobre ella y sonrió en cuanto la vio.

—Acabo de terminar la edición —le dijo ella sonriendo.

—Si quieres podemos verla juntos abajo —dijo él.

Abajo era la sala de cine que tenían en la casa Lyon. Ella negó con la cabeza.

—Quiero que la veas allí. —Su padre frunció el ceño.

—¿Marlowe la ha visto? —preguntó y ella negó con la cabeza.

—No va a verla nadie —respondió ella.

—¿Por qué? —Su padre giró la silla, ella rodeaba la mesa para acercarse a él.

—Porque por primera vez, papá, no quiero aprobaciones —respondió apoyando una mano en la mesa—. No necesitó nada más que estéis conmigo.

Su padre sonrió.

—O estás convencida de que está tremendamente bien, o estas convencida de que es un truco infumable —replicó él y ella empezó a reír.

Luego bajó la cabeza.

—Cada vez que he hecho algo he necesitado hablarlo, comentarlo, que lo valoren, antes de presentarlo aunque fuese en una clase de la facultad —negó con la cabeza—. Pero esta vez he hecho lo que he sentido que tenía que hacer. Desde dentro. Y es tal y como lo quiero yo. Yo. —

Su padre asintió escuchándola.

—Y yo estaré tremendamente orgulloso —respondió su padre.

Ella lo abrazó.

—Te quiero, papá —le dijo ella.

—¿Sí? Yo creo que no —le dijo él con ironía y ella empezó a reír—. Ahora quieres más a los leones —añadió y la risa de ella aumentó—. Y encima no lo niegas.

—Nah —respondió ella y él rio también.

Se retiró de él sin dejar de rodearlo y miró los ojos de su padre.

—Estoy deseando enfrentarme en el evento al director del grupo editorial y a los Ramson —dijo ella sonriendo. Su padre volvió a asentir.

Y lo estaba. Había conseguido todo lo que se propuso. Recuperarse. Hacerse fuerte. Volver a ser un león.

El resultado lo vería en menos de dos días.

51

La proyección del proyecto de los Ramson había acabado y rompieron los aplausos. Christopher Lyon miró hacia los asientos de atrás, nadie de la familia había movido un ápice las manos a pesar de que el trabajo se veía impecable. Su mujer había apoyado el codo en el brazo del sillón y se inclinó hacia Natalia a susurrarle algo al oído.

Tenía que agradecer que hubiesen estado todos allí. Hasta la presencia de Irina Yadav era de agradecer. No sabía cómo se encontraba Mary Kate, pero él estaba nervioso, algo que no era capaz de transmitirle a su hija. Ni siquiera se lo había dicho a Claudia.

Pero solo el hecho de que esa vez Mary Kate rompiese con todo eso que cargaba desde hacía tantísimo tiempo, y hacerlo en el momento profesional más importante de su carrera, lo hacía sentirse tremendamente orgulloso como padre.

Mary Kate no necesitaba la aprobación de nadie. Ya lo había aprobado ella y eso era suficiente. Así que estaba deseando ver el resultado.

Vio que su hija se había levantado del sillón y se dirigía hacia las escaleras del escenario por el pasillo central. No era una sala muy grande, apenas cincuenta personas como mucho y quizás los acompañantes de Mary Kate eran demasiado numerosos. Allí no faltaba un león, un unicornio ni un Mister, tampoco una escritora especial.

Cogió aire despacio y notó la mano de su esposa apretar la suya cuando Mary Kate se cruzó con Igory Ramson, que aún hablaba con Zumberg, el director de todo el grupo de productores, el que debía decidir en aquellos días cuál de los dos proyectos se llevaría a término.

No sabía cómo su hija, completamente sola, con la maquinaria que se había llevado a la sabana, iba a ser capaz de competir con todo lo que habían puesto los Ramson sobre la mesa. Pero ella estaba dispuesta a hacerlo.

Igory seguía sin irse del escenario, cómo iba a marcharse con lo que le gustaba ser el centro de atención. Pero a Mary Kate parecía no importarle, se acercó al ordenador central y empezó a teclear en él.

La joven miró la pantalla y luego a Igory, que seguía allí acaparando miradas y comenzaron a oírse murmullos. Así que Mary Kate le dio a algo y las luces se bajaron al completo, la sala quedó a oscuras absolutamente, ya que en la pantalla tampoco había nada más que oscuridad.

Se hizo el silencio y comenzaron a sonar las notas lentas de una melodía sobre el sonido de los árboles, hojas moviéndose, pájaros o algún insecto, o todo junto quizás.

La pantalla seguía a oscuras,

—Hay veces que un león deja de ser lo que es. —Era la voz en *off* de su hija Mary Kate—.

Son enjaulados, pisados, y golpeados hasta hacerlos desaparecer.

La pantalla se fue encendiendo poco a poco a poco. La silueta de su hija escuálida, de espaldas y acercándose a una colina sobre una llanura de la sabana donde podían verse los leones. Ver la versión antigua de su hija, tal y cómo la dejó Igory y los Ramson, hizo que la tirantez de su garganta fuese inmediata.

—Este es el lugar a dónde van los leones rotos —siguió la voz de Mary Kate. Y se perdió su imagen y se comenzaron a ver imágenes de leones echados durmiendo, jugando o corriendo por la llanura—. Aquí no importa de dónde vengan ni lo que haya pasado un tiempo atrás. —Más imágenes de leones, la música se aceleraba poco a poco—. Rotos, escuálidos y sin manada, sin ni siquiera saber lo que son. —Más imágenes, caza, rugidos, manadas…—. Solo hay una opción para ellos. —La música ascendía. Un león gigantesco color dorado andaba despacio con el sol de fondo—. Recuperarse. Hacerse fuertes. Volver a ser un león.

Una manada de leonas corría por la llanura quizás en busca de alguna presa.

—Volver a cazar.

Las leonas ahora dormían unas acurrucadas en otras.

—Tener una manada.

Dos leonas rugían y se avanzaban una a otra.

—Y defenderla.

Un león con la melena marrón oscura se acercaba despacio a una joven de pelo dorado que estaba arrodillada en el suelo. Contuvo la respiración mientras se oían los murmullos.

—Y si ellos te aceptan. —El león bajó la cabeza y miró la cara de su hija a centímetros de distancia.

El león siguió avanzando, la música ascendía de nuevo y sintió cómo le brillaban los ojos.

—Si te concede el privilegio. —El león rozó su cara con la de Mary Kate.

La piel se le erizó por completo y tuvo que pestañear para ver la pantalla. Los murmullos aumentaban.

—Podrás ver cómo viven. —Más imágenes de Mary Kate entre ellos, esta vez tumbada en el suelo con la manada de leonas—. Cómo sienten. —Un cachorro de león en brazos de su hija—. Y cómo avanzan.

Un león dorado enorme y una leona algo más pequeña se dirigían hacia Mary Kate.

La música se aceleró y con ella las imágenes de su hija. Ahora se pudo ver cómo corría la manada y Mary Kate entre ellas cámara en mano. Ella se detuvo y se arrodilló en el suelo alzando la cámara hasta su cara mientras una leona saltaba por encima para avanzarse sobre una presa. Y la acción se cortó y pasó a la siguiente imagen, una leona jugando con sus cachorros y Mary Kate sentada con otro de ellos en brazos mientras otra leona le metía la cara en el cuello.

Otra vez Mary Kate entre leonas corriendo a su alrededor, esa vez para alejar a unas hienas.

Más murmullos cuando todos fueron conscientes de que ellos no eran leones domesticados por así decirlo, eran salvajes con su instinto natural. Con presas y con amenazas en su manada. Y su hija estaba entre ellos.

La música se detuvo.

—Porque tarde o temprano —continuó Mary Kate—. La bestia siempre sale.

Se oyó el rugido poderoso de un león, un rugido que hizo retumbar hasta las paredes de la sala.

Más murmullos, el rugido fue a centímetros del oído de Mary Kate y lo hizo el león dorado enorme. Que retiró la boca de la oreja de su hija y bajó la cabeza para apoyar su frente en ella. Se cruzó con ellos una leona, que también rozó su cara por la de su hija.

—Mi nombre es Mary Kate Lyon y este es mi proyecto.

La pantalla se puso de nuevo en oscuro con letras blancas.

«Proyecto Miss Lion».

El cambio de la letra del apellido lo hizo tener que contener la sonrisa. Las luces se encendieron y se oyeron los aplausos.

Pasó el brazo por la espalda de su mujer, que estaba secándose las lágrimas.

—Vaya, mi leona. —Oyó decir a Vicky en el asiento de atrás—. Buah.

Vio al director dirigirse enseguida hacia Mary Kate.

—Natalia, mira los Ramson, a la Basilia se le van a salir los ojos —dijo Vicky de nuevo—. Que les den por…

Tuvo que volver a pestañear para aclarar la vista, la música seguía sonando. Había gente en pie, mucha. Entre ellos Irina Yadav, que tenía la cabeza baja. Aquella mujer cada vez podía ocultar menos sus emociones, o quizás ya la iba conociendo y sabía cuándo estaba aguantando las lágrimas.

Claudia se secaba con un pañuelo y luego lo miró a él y asintió con la cabeza, no podría decir ni una palabra.

Chris se inclinó para mirar a Marlowe, que estaba unos asientos más adelante, la segunda butaca del pasillo central, junto a Hércules y Michelle.

Solo hizo falta que se mirasen unos segundos, ya sabían el resto.

Zumberg seguía hablando con su hija. La decisión creyó que estaba clara. Los Ramson tenían poco que hacer.

52

Que le aceptasen el proyecto solo tenía una parte mala, y era que había tenido que quedarse un tiempo más en Londres para firmar más contratos y contratar también al personal que le ayudaría allí en la sabana y que pronto estarían de camino.

Pero ya había acabado y regresaba. Ni siquiera había avisado a Marlowe. Prefería llegar por su propio pie y darle la sorpresa.

Aparcó su coche, copia exacta del de Marlowe, junto al de él. No andaría lejos, sin embargo la puerta de la casa estaba cerrada.

Bajó y se apresuró a abrir.

—¡Marlowe! —dijo avanzando por el salón. Saltó antes de que Sabrina pudiese alcanzarle con la cola. Él no respondía.

Salió de nuevo y rodeó la casa por si estaba en la parte de atrás.

—¡Marlowe! —Allí tampoco había nadie.

Se dio media vuelta y se detuvo en seco al ver pegada en la pared, y junto a la boca de una manguera, una serpiente con parte del cuerpo alzado en el suelo.

Era evidente que buscaba agua, aquello estaba completamente seco.

Se movió despacio rodeándola y alcanzó el grifo, abrió, esperó que saliese un poco de agua y volvió a cerrarlo. Reculó dando pasos atrás y rodeó ampliamente al animal para echar a correr hacia la arboleda.

—¡Marlowe! —Esa vez gritó, pero si estaba con la manada de Turuc no podría oírla.

Se metió bajo los árboles y sintió las ramas a la vez que algo caía sobre ella. Mr Mon cada vez era más bruto. Caminó por ella hasta el bolsillo lateral de su pantalón y escaló por ella de nuevo hasta su hombro mientras no dejaba de avanzar. Lo cogió con las manos y lo alzó para que se enganchase a alguna rama y lo soltó, el mono se perdió entre las ramas con su botín.

—¡Marlowe! —No estaba por allí.

Echó a correr hacia la colina y comenzó a descender por las piedras hasta llegar abajo, derrapando con aquella arenilla bajo las suelas. Y echó a correr mientras algunos leones acudían a ella.

—¡Marlowe! —Ya lo veía y él la habría oído. Y Turuc y Maya, que lo adelantaron y se detuvieron a mirarla.

Ella aceleró y saltó para abrir las piernas y engancharse a él.

Lo rodeó con los brazos y lo besó antes de que le pudiese decir ni una palabra.

Turuc los tiró a los dos al suelo.

Epílogo 1

Era de noche, la tarima del porche solía crujir por la noche. Marlowe llevaba razón y solo servía para que alimañas se metiesen bajo ella.

Se bajó de la tarima y avanzó con el farol en la mano, había escuchado el ruido de un animal. Marlowe salió fuera también.

Mary Kate entornó los ojos intentando ver la forma de algo en la penumbra.

Maya caminaba despacio, su silueta cada vez le parecía más desconocida. Y llevaba algo en la boca.

Ya no solía subir a la casa, y aún menos llevarle regalos nocturnos de algo que había cazado, ya cazaba en manada junto a las leonas y se repartían el botín.

Pero podía ver claramente algo colgando de su boca.

Se llevó la mano a la boca y la tirantez de la garganta fue inmediata.

—Laurence —dijo dando unos pasos hacia la leona.

En un principio colgaba extraño, balanceándose al ritmo de ella, no sabía si estaba muerto.

Pero no, le vio mover la boca.

Mary Kate se arrodilló en el suelo.

—Maya, ¿has tenido un bebé? —Alzó los brazos hasta ella que siguió avanzando y se inclinó para dejárselo en el regazo.

Los ojos se le llenaron enseguida y apenas podía verlo.

Pasó la mano por el cachorro, a pesar de ser animales fuertes, nacían vulnerables y muy pequeños.

Lo cogió y se lo acercó al pecho. Era completamente blanco. Blanco como el pelo que Marlowe llevaba en su brazalete de cuero.

—Maya, es precioso —le dijo sintiendo que Marlowe se acuclillaba junto a ella para verlo—. Tu bebé es precioso.

—Blanco. —Lo oyó decir y pasó también la mano por él.

Luego los dos miraron a la leona y Marlowe le tiró de la piel de debajo del cuello.

—Muy bien, Maya. —La sacudió y bajó la mirada hacia el cachorro. Lo cogió de los brazos de Mary Kate.

Marlowe le miró la boca, las orejas y hasta pata por pata.

—Es perfecto. —Lo acercó a la boca de Maya y ella lo volvió a agarrar.

La leona se dio media vuelta y se encaminó hacia la arboleda con la misma lentitud y elegancia con la que había llegado. Mary Kate sonrió y se dejó caer en Marlowe.

—¿Lo ha traído para que lo veamos?

—Sí —respondió él y la sonrisa de ella se amplió.

Se llevó la mano al rabillo del ojo para secarse una lágrima.

Cada día tenía más claro que aquel era su lugar correcto en el mundo.

Se hundió más en Marlowe y cerró los ojos. La silueta de Maya se había perdido en la penumbra.

Epílogo 2

Las cuatro se acercaron a la baranda. La ceremonia ya había acabado. Sonaba de fondo un coro africano, tambores y música.

El traje de Mary Kate era de dos piezas, top y falda larga. Marlowe tampoco es que llevase un traje convencional, simplemente un pantalón de lino y una camisa de media manga.

Vicky empujó a Claudia.

—Ayuda a Irina a subir que ese escalón es muy grande.

—No necesito ayuda —dijo Irina agarrándose al pasamanos.

Pero Natalia la ayudó de todos modos.

—Pues esto ya ha acabado —dijo Vicky.

Natalia se cruzó de brazos.

—Sí, ha acabado.

Irina asintió con la cabeza.

—Pero quedan más, ¿no? —preguntó Mayte—. Lo que pasa es que aún son pequeños.

Claudia se encogió de hombros.

—Ahí os las vais a apañar solas, yo ya he acabado aquí —dijo Irina agarrándose a la baranda.

El beso de Mary Kate y Marlowe era tan largo que ya se estaban escuchando vítores. Vicky empezó a reír.

—Estos te van a superar, Claudia —dijo y las cuatro rieron. Irina seguía mirándolos.

—Ya lo creo —respondió Claudia.

—¿Y qué pensáis hacer hasta que los que quedan crezcan? —preguntó Irina.

Vicky miró al resto, sacudió la cabeza.

—Son muchos años, eh —dijo Claudia.

—Leerte a ti —le dijo Vicky a Irina—. Y prepararnos para la próxima.

Irina contuvo la sonrisa. Las cuatro rompieron en carcajadas.

Epílogo 3

Se fueron empujando las cuatro, unas a otras hasta llegar a las chicas, sin dejar de mirar el escenario con las cortinas corridas, con las letras Misters.

—¿Cuál es la actuación estelar que decían que tenían? ¿Os han dicho algo? —preguntó Vicky a Dayana, Ana, Mía, Jimena, Michelle y Mary Kate.

Ellas negaron con la cabeza.

Los ojos de Vicky se detuvieron en Mary Kate.

—Ha llegado la última y os ha adelantado a todas —les dijo y empezaron a reír—. La primera camada de tres.

Mary Kate balanceó el cuerpo e hizo una mueca. Aún estaba de cuatro meses y ya tenía una barriga considerable.

—Yo prefiero no adelantarla —dijo Anastasia y Jimena se empezó a reír.

Michelle le pasó la mano por la barriga.

—Es que tres es una barbaridad —dijo Michelle frunciendo el ceño.

Se detuvo la música.

—Señoras y señores… —Se oyó una voz.

—¿Ese es Mateo? Menudo traidor —dijo Vicky.

Rompieron en carcajadas.

—Esta noche, Misters —añadió la voz de Mateo.

La cortina se abrió y se oyeron gritos.

—No me jodas. —Era la voz de Anastasia.

Dayana estaba hasta roja de la risa.

Había en el centro una batería que ponía Misters en el bombo central, y más instrumentos junto a micrófonos.

—No me lo puedo creer. —Anastasia se apartó de ellas tapándose la cara.

Michelle había hundido su cara en el hombro de Mary Kate.

Vicky se acercó a ellas.

—¿Sabéis un truco que funciona muy bien? —les dijo Vicky y Claudia, Mayte y Natalia rompieron en carcajadas—. Haced como si no los conocierais.

Las carcajadas de las unicornios aumentaron. Hasta Jimena le dio la espalda al escenario.

—¿En qué momento se les ha ocurrido? —dijo la joven.

—A quién se le ha ocurrido lo imaginamos —dijo Mía—. Lo que no sé es cómo los otros han

aceptado.

Las carcajadas de Claudia aumentaron.

Los Misters salieron vestidos con traje blanco y con las tiras de pajaritas deshechas, como habían estado abajo en la fiesta.

—La madre que los parió —dijo Anastasia.

Unas señoras que estaban silbando y gritando se detuvieron en ellas antes de seguir avanzando a los pies del escenario.

—Los Misters son vuestros maridos, ¿verdad? —preguntó una.

Jimena estiró la barbilla en una mueca mientras Mayte se tapaba la cara riendo. La joven negó con la cabeza.

—Que va —respondió Anastasia y se giró para mirar a Mía—. ¿Tú los conoces?

Mía negó con la cabeza.

—De nada —dijo Michelle.

Las mujeres se quedaron algo desconcertadas y siguieron su camino. Claudia se limpiaba las lágrimas agarrada al hombro de Natalia.

Marlowe se había sentado en la batería.

—¿Desde cuándo sabe tocar la batería? —preguntó Mary Kate.

—Desde la universidad —dijo Michelle—. Hicieron alguna de estas.

—¿En serio? —Mía había encogido la nariz al hablar.

—Me lo creo —dijo Anastasia y negó con la cabeza alzando la mirada hacia ellos.

Vicky se metió los dedos en la boca para silbar. Dayana la detuvo a la mitad del silbido.

—No les des carrete, que son capaces de querer hacerlo en todos los eventos de la fundación.

—Yo al próximo no vengo —dijo Anastasia.

Mayte se limpiaba las lágrimas.

Stoker se puso en medio del escenario, tras el micrófono y más adelantado al resto.

—Cómo no —dijo Mía.

Wilde parecía que lo que se había colgado era un bajo. Byron estaba entre dos teclados. Blake tenía una guitarra, como Stoker.

Marlowe dio tres veces en la batería y se hizo el silencio. El bullicio alzó los gritos.

—Iros preparando, no va a ser la única vez —les dijo Claudia.

Las cuatro rompieron en carcajadas de nuevo.

Nota de autora:

Gracias por leerme una vez más. Espero de corazón que el final de esta serie os haya gustado.
Seguimos pronto,
Noah